

DON WINSLOW

EL PODER DEL PERRO

«TAN BUENO QUE
QUERRÍAS QUEDÁRTELO
PARA TI SOLO.»

IAN RANKIN



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Década de los setenta: el gobierno de Estados Unidos emprende una lucha sin cuartel contra el narcotráfico en México. Art Keller, un joven agente de la DEA de origen hispano, no tarda en obtener resultados y acabar con el patrón local. Un error fatal. El nuevo heredero del imperio del narcotráfico es Adán Barrera, y ambos saben cómo ha llegado a serlo. Encadenados a la misma guerra, se encuentran Nora Hayden, una hermosa prostituta de alto nivel adiestrada para hacer enloquecer a los hombres; el padre Parada, un cura católico confidente de ésta y empeñado en ayudar al pueblo, y Billy Boy Callan, un chico taciturno, convertido en asesino a sueldo por azar. Narcovaqueros, campesinos, mafia al puro estilo italoamericano, una jauría de irlandeses armados, policías corruptos, un soplón con el sugerente sobrenombre de Mamada y un santo milagrero conforman el universo de este thriller épico, coral y sangriento sobre la búsqueda de la redención.

L≡**LIBROS**

Don Winslow

El poder del perro

Adán Barrera - 1

EN EL VOLCÁN

por Rodrigo Fresan

UNO De todos los posibles subgéneros de la literatura, uno de los más intensos e interesantes es, sin duda, la novela mexicana escrita por extranjeros.

México posiblemente sea el país más y mejor visitado por los escritores de fuera. Y las razones para que esto sea así son tan obvias como misteriosas: México limita con Estados Unidos y funciona como frontera mágica donde todo cambia en unos pocos metros.

México como el perfecto punto de fuga o puerta de entrada para personajes que necesitan encontrarse, pero, antes, inevitablemente, perderse. Y no olvidar nunca esa sórdida y casi última fotografía de Francis Scott Fitzgerald vestido de charro turístico en Tijuana o a Terry Lennox cambiando de rostro y de nombre allá abajo al final de *El largo adiós* de Raymond Chandler.

En este sentido, México ofrece todo lo necesario para el drama y la tragedia y, también, la comedia enloquecida. Y por allí, cruzando esa frontera que es geográfica pero también existencial y mística pasaron, o se quedaron para siempre, por citar apenas unos pocos, los antihéroes de *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence, *Serenata* de James M. Cain, *El poder y la gloria* de Graham Greene, *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, *Children of Light* de Robert Stone, *La última oportunidad* de Richard Ford, *Todos los hermosos caballos* de Cormac McCarthy, *Atticus* de Ron Hansen, *Lejos de Veracruz* de Enrique Vila-Matas y *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño; sin por eso olvidar la sombra perdida de Ambrose Bierce y los innumerables perseguidores de la epifanía beatnik ayudados por cantidades importantes de mezcal y peyote mientras se canta a los gritos « La bamba » o « La cucaracha ».

Bienvenidos a México como patria espiritual de los fugitivos y encandilador agujero negro con picante perfume *noir* en el que, por lo general, los personajes caen para matar, enloquecer, iluminarse o morir o —como ocurre en *El poder del perro* de Don Winslow— hacer todas esas cosas (y muchas más) al mismo tiempo y no necesariamente en ese orden.

DOS Y una percepción ajustada pero a la vez injusta definiría *El poder del perro* como una versión narco-mex de *El padrino* de Mario Puzo.

Ya saben: la saga que abarca varias generaciones —entre los años 1975 y 2004— de una familia indestructible que, por esas cosas de la vida, se dedica a destruir personas y a fabricar muertos.

Pero *El poder del perro* no es nada más que eso.

El poder del perro es —sin dudas— el *magnum opus* de Don Winslow y, también, una impactante y documentadísima enciclopedia del comercio de drogas al sur y al norte del Río Grande.

Digámoslo así: he aquí la Gran Novela Americana del Narcotráfico.

Este libro publicado en 2005 fue el noveno que firmó Winslow luego de la serie protagonizada por Neal Carey y de varias eficaces novelas que lo acercaban a la picaresca delictiva de Elmore Leonard, entre las que destacan *The Winter of Frankie Machine* (2006), próxima a ser llevada al cine con Robert De Niro; oscureciendo un tanto su tono con *The Death and Life of Bobby Z* (1998) y *California Fire & Life* (1999) y *The Dawn Patrol* (2008), donde se ofrecen postales del ambiente surf-drogadicto de California del Sur.

Todo bien. Muy divertido. Tramas bien aceitadas y sorpresas.

El poder del perro, insisto, es otra cosa.

El poder del perro es algo grande y rabioso.

Una enferma exhibición de atrocidades curada con la misma metodología del *roman à clef* y de la historia alternativa que patentó el inmenso James Ellroy (admirador confeso de *El poder del perro*) para su *Cuarteto de Los Ángeles* y su hasta ahora díptico compuesto por *America* y *Seis de los grandes*. Ellroy la compara en intensidad y logros a la ya clásica *Dog Soldiers* de Robert Stone, publicada en 1974, donde la mercancía llegaba desde Saigón. De acuerdo. Pero el lienzo en el que pinta Winslow es, seguro, más amplio y ambicioso.

Winslow —nacido en Nueva York en 1953 y quien alguna vez trabajó como actor, encargado de sala de cine, guía de safari y detective privado— demoró más de seis años en documentarse y escribir *El poder del perro*. Y esta dedicación se nota en todas y cada una de sus líneas y rayas para acabar ofreciéndonos cómo se trazó el mapa de la ruta Colombia/Honduras/México/USA para transportar la droga desde las plantaciones del Tercer Mundo hasta las narices y brazos del Imperio.

Y por último, pero no en último lugar, *El poder del perro*, sin por eso renunciar por un segundo a la velocidad del más vertiginoso de los entretenimientos, es —ya desde sus bestiales y casi alucinatorias primeras páginas— un profundo tratado sobre la moralidad y la ética y lo que ocurre cuando estas desaparecen para dar lugar a una batalla con demasiados frentes abiertos y donde, por lo tanto, no cabe siquiera la posibilidad de una retirada en busca de la retaguardia.

Así, *El poder del perro* es un thriller sanguíneo y sangriento y sanguinario —advertencia: algunas de sus escenas de torturas harían palidecer hasta al más curtido Sam Peckinpah— con aceitada mecánica de tragedia shakespeariana, donde todos aúllan y *también* usan los dientes, y donde un hombre solo —como

aquel perturbado y perturbador príncipe dinamarqués— comprende que hay algo que huele a podrido en México y en sus cercanos y distantes alrededores que, no importa que incluyan hasta el Hong Kong de los traficantes de armas, nunca están lejos.

El crimen, se sabe, acerca a las personas.

TRES El centro moral de *El poder del perro* —su héroe a pesar suyo— es el medio mexicano y desilusionado veterano de Vietnam y honesto agente de la DEA Art Keller.

Un hombre que, a lo largo de veintinueve años, se relaciona —gracias a una juvenil y deportiva amistad con los hermanos Barrera y su patriarcal padre— con los clanes y cárteles que componen y se reparten el negocio de la droga en México y su tráfico hacia Estados Unidos, con la Mafia encargada de su distribución, y con la corrupta oficialidad norteamericana encargada de « combatir » el asunto, sin por eso privarse de recibir grandes beneficios.

Y no es casual que Keller en algún momento sea definido como « un cowboy », porque, antes que nada y después de todo, *El poder del perro* no deja de ser un western. O, para ser más puntual y cardinalmente precisos, un southern. Una sucesión de duelos cada vez más concéntricamente cerrados hasta alcanzar ese núcleo y clímax del enfrentamiento final y definitivo luego de que Keller comprenda que todo ha llegado a su fin para no terminar nunca y que la DEA no es una entidad justiciera, sino apenas un organismo regularizador y administrativo. Y está claro que la historia empieza aquí, pero no termina ni tiene final a la vista. Alcanza con leer los titulares de ayer y de hoy y de mañana: cabezas cortadas sobre el suelo de una discoteca, juglares privados cosidos a balazos por un rival al que no le gustan sus canciones, fusilamientos masivos, sicarios que se confiesan todos los domingos besando la cruz y las procesiones de alijos por paisajes donde las catedrales de la codicia tienen cimientos de pirámides sacrificantes.

De este modo, y con estos modales, ya se dijo, *El poder del perro* divierte (ladra) sin privarse de denunciar (muerte), y bienvenidos al incesante desfile de transparentes máscaras apenas escondiendo al « Señor de los Cielos » Amado Carrillo Fuentes, a Ernesto « Don Neto » Fonseca, a los temidos hermanos Arellano, al cardenal Posadas, al gángster de Hell's Kitchen Mickey Fetherstone, al agente encubierto y torturado Enrique « Kiki » Camarena, al don mafioso Paul Castellano, al candidato a la presidencia Luis Donald Colosio y al coronel Oliver North, entre muchos otros.

Un crítico norteamericano escribió que « si el diez por ciento de *El poder del perro* fuera verdad, sería algo horripilante. Que el noventa por ciento pueda ser cierto resulta casi insoportable ».

A lo que Winslow respondió: « Hay personajes ficticios y en más de una ocasión he mezclado y fundido acontecimientos; pero hay muy poco en el libro que no haya realmente sucedido. Eso es lo que da miedo. Mi editor se la pasaba diciéndome “Don, esto es demasiado”, y yo le respondía: “De acuerdo, yo pienso lo mismo. Pero es verdad”. De ahí que la escritura del libro no haya sido, en más de un momento, un trabajo agradable» .

Winslow, que viajó a México y a varios de los lugares donde transcurre la novela para hablar con gente metida en el negocio, agregó: «El sistema es sencillo: hay que respetar las reglas. Les comuniqué a mis entrevistados que jamás pondría sus nombres pero sí sus puntos de vista. Y les dije que si no hablaban conmigo, en cualquier caso yo escribiría el libro; así que lo mejor para todos era que el libro fuera lo más fiel y verdadero que fuera posible...

» El punto de partida, el primer impulso, me vino luego de leer acerca de una masacre de niños y mujeres, por un asunto de drogas, que tuvo lugar en Baja California, en México, en 1988. Me pregunté entonces cómo se podía llegar a ordenar la ejecución de algo así, cómo llega alguien a este punto. Supongo que escribí *El poder del perro* buscando una respuesta. Y lo cierto es que todavía estoy buscándola. Si alguna vez la encuentro, me encantará poder compartirla con todos ustedes» .

Mientras tanto, y hasta entonces, ahí están todos, corriendo mientras suenan los corridos y son muchos los que mueren en México gritando aquello de « ¡Que viva México!» .

CUATRO *El poder del perro* es una de esas novelas en las que uno se va a vivir mientras las lee y —la tasa de mortalidad de sus páginas por momentos quita el aliento—, mientras que los leídos van siendo acribillados o despedazados o vuelan por los aires o son sometidos a torturas (ya comprenderán a lo que me refiero) de una creatividad católicamente diabólica.

Pensar en *El poder del perro* como la versión adicta y adictiva de *La guerra y la paz* haciendo hincapié en lo primero. Mejor aún: *El poder del perro* como *La guerra y la guerra*, Despachos desde las trincheras y las tripas en llamas de un volcán en constante erupción donde un cada vez más desilusionado y endurecido Art Keller baila, en los afilados bordes de su cráter, el peligroso vals de una venganza incubada a lo largo de tres décadas junto a los encantadores y monstruosos narcos Adán y Raúl Barrera, a la calculadora prostituta *de luxe* Nora Hayden, al religioso e intrigante padre Parada, al asesino a sueldo Sean Callan y a esa especie de implacable espectro/terminator de la CIA que es John Hobbs.

Pasen a este infierno para sus personajes, a este paraíso para el lector que los sigue, y abandonen toda esperanza (de soltar este libro) quienes entren aquí.

Y, una vez terminado *El poder del perro*, siéntense a esperar a que la HBO lo convierta en una gran miniserie.

Hasta que eso ocurra, aquí va esta novela ardiente como lava y épica como mito antiguo en la que un hombre bueno y vencido se enfrenta a los triunfales hombres malos.

Y ya se sabe: hay tantos más hombres malos que hombres buenos.

Las mejores historias —y *El poder del perro* es una de ellas— siempre han tratado exactamente de eso, de esa misma vieja e interminable guerra.

Y parafraseando al Michael Herr de *Despachos*:

México México México, todos estuvimos allí.

Y, si no, allá vamos.

Apocalipsis ahora.

*En memoria de Sue Rubinsky,
que siempre quiso averiguar la verdad*

*Libra mi alma de la espada,
mi única vida de las garras de los perros*

Salmos 22,21

PRÓLOGO

El Sauzal
Estado de Baja California
México
1997

El bebé está muerto en brazos de su madre.

A juzgar por la forma en que yacen los cuerpos (ella encima, el bebé debajo), Art Keller deduce que la mujer intentó proteger al niño. Debía de saber, piensa Art, que su cuerpo blando no podría detener las balas (de rifles automáticos, desde esa distancia), pero el movimiento debió de ser instintivo. Una madre interpone el cuerpo entre su hijo y quien quiere hacerle daño. Así que se dio la vuelta, se retorció cuando las balas la alcanzaron, y después cayó sobre su hijo.

¿De veras creía que podría salvar al niño? Tal vez no, piensa Art. Tal vez no quería que el niño viera surgir la muerte del cañón del arma.

Tal vez quería que la última sensación del niño en este mundo fuera la de su pecho. Envuelto en amor.

Art es católico. A los cuarenta y siete años de edad, ha visto montones de madonnas. Pero ninguna como esta.

—*Cuernos de chivo*^[1] —oye que dice alguien.

En voz baja, en un susurro, como si estuviera en la iglesia.

Cuernos de chivo: AK-47.

Art ya lo sabe: centenares de casquillos de 7,62 milímetros siembran el suelo de cemento del patio, junto con algunos casquillos de escopeta del 12, y algunos 5,56, procedentes seguramente de AR-15, piensa Art. Pero casi todos los casquillos son de *cuernos de chivo*, el arma favorita de los *narcotraficantes* mexicanos.

Diecinueve cuerpos.

Diecinueve bajas más en la Guerra contra las Drogas, piensa Art.

Diez hombres, tres mujeres, seis niños.

Alineados contra la pared del patio y fusilados.

Cosidos a balazos sería una expresión más acertada, piensa Art. Destrozados por una descarga enorme de balas. La cantidad de sangre es irreal. Un charco del tamaño de un coche grande, de dos milímetros y medio de espesor, de sangre seca y negra. Las paredes salpicadas de sangre, el jardín inmaculado salpicado de sangre, que brilla roja y negra en las puntas de la hierba. Sus hojas semejan diminutas espadas ensangrentadas.

Debieron de oponer resistencia cuando se dieron cuenta de lo que iba a

suceder. Sacados de sus camas en plena noche, arrastrados al patio, alineados contra la pared... Alguien tuvo que resistirse al final, porque hay muebles volcados. Muebles de patio de hierro forjado. Cristales rotos sobre el cemento.

Art baja la vista y ve... Joder, es una muñeca, y está mirándole con sus ojos de cristal marrón, tirada en la sangre. Una muñeca, y un animalito de peluche, y un bonito caballo pinto de plástico, todos arrojados al charco de sangre, junto a la pared.

Niños, piensa Art, arrancados de su sueño, que cogen sus juguetes y los abrazan. Mientras, sobre todo mientras, los fusiles rugen.

Una imagen irracional se le aparece: un elefante de peluche. Un juguete infantil con el que siempre dormía.

Tenía un solo ojo. Estaba manchado de vómitos, de orina, y de diversos efluvios infantiles, y olía a todos ellos. Su madre se lo había quitado mientras dormía para sustituirlo por un elefante nuevo con dos ojos y un aroma prístino, y cuando Art despertó le dio las gracias por el elefante nuevo, y después buscó y recuperó el viejo de la basura. Arthur Keller oye cómo se parte su corazón. Desvía la vista hacia las víctimas adultas.

Algunos están en pijama (pijamas y combinaciones de seda caras), otros en camiseta. Dos de ellos, un hombre y una mujer, están desnudos, como si hubieran interrumpido su abrazo poscoito. Lo que fue amor, piensa Art, ahora es obscenidad desnuda.

Un cuerpo yace paralelo al muro opuesto. Un anciano, el jefe de la familia. Debí de ser el último en morir, piensa Art. Obligado a contemplar el asesinato de su familia, y después ejecutado. ¿Misericordiosamente?, se pregunta Art. ¿Una especie de retorcida compasión? Pero, entonces, repara en las manos del viejo. Le han arrancado las uñas, y cortado los dedos después. La boca todavía está abierta en un chillido petrificado, y Art ve los dedos embutidos contra su lengua.

O sea, sospechaban que alguien de su familia era un *dedo*, un informador.

Porque yo les hice creerlo.

Que Dios me perdone.

Registra los cuerpos hasta encontrar el que busca.

Cuando lo hace, se le revuelve el estómago y tiene que reprimir las náuseas, porque han despellejado la cara del joven como si fuera una banana. Las tiras de carne cuelgan obscenamente de su cuello. Art espera que se lo hicieran después de dispararle, pero sabe que no es así.

Le han volado la mitad inferior del cráneo.

Le dispararon en la boca.

A los traidores se les dispara en la nuca, a los informadores en la boca.

Pensaban que era él.

Eso era exactamente lo que querías que pensaran, se dice Art. Afróntalo:

salió tal como habías planeado.

Pero nunca me imaginé esto, piensa. Nunca pensé que harían esto.

—Tenía que haber criados —dice Art—. Obreros.

La policía ya ha inspeccionado las dependencias de los obreros.

—No había nadie —dice un poli.

Desaparecidos. Desvanecidos.

Se obliga a mirar de nuevo los cadáveres.

Es culpa mía, piensa Art.

Yo he provocado su desgracia.

Lo siento, piensa Art. Lo siento muchísimo. Se inclina sobre la madre y el niño, hace la señal de la cruz y susurra:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—*El poder del perro* —oye murmurar a un poli mexicano.

El poder del perro.

PRIMERA PARTE
PECADOS ORIGINALES

LOS HOMBRES DE SINALOA

*¿Ves aquella llanura inhóspita, triste y agreste,
la sede de la desolación, vacía de luz,
excepto por el brillo de esas lívidas llamas,
de reflejos pálidos y espantosos?*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Distrito de Badiraguato
Estado de Sinaloa
México
1975

Las amapolas arden.

Flores rojas, llamas rojas.

Solo en el infierno, piensa Art Keller, las flores son de fuego.

Art está sentado en una cresta sobre el valle en llamas. Mirar hacia abajo es como contemplar un cuenco de sopa humeante. No ve con claridad a través del humo, pero lo que distingue es una escena surgida del infierno.

Jerónimo Bosch plasma la Guerra contra las Drogas.

Los *campesinos* mexicanos corren delante de las llamas, aferrando las escasas posesiones que han podido reunir antes de que los soldados prendieran fuego al pueblo. Los *campesinos* empujan a sus hijos hacia delante, cargados con sacos de comida, fotografías familiares compradas a buen precio, mantas y algo de ropa. Sus camisas blancas y sombreros de paja (manchados de amarillo a causa del sudor) les dan la apariencia de fantasmas entre la bruma de humo.

Salvo por la ropa, piensa Art, podría ser Vietnam.

Casi se sorprende, cuando mira la manga de su camisa, al ver algodón azul en lugar del verde del ejército.

Tiene que recordarse a sí mismo que esto no es la Operación Fénix, sino la Operación Cóndor, y que esas no son las montañas invadidas de bambú del I Corps, sino los valles montañosos de Sinaloa, ricos en amapolas.

Y la cosecha no es de arroz, sino de opio.

Art oye el rítmico hup-hup-hup de los rotores de los helicópteros y alza la vista. Como un montón de tipos que estuvieron en Vietnam, considera el sonido

evocador. Sí, pero ¿evocador de qué?, se pregunta, y después decide que es mejor dejar enterrados algunos recuerdos.

Helicópteros y aviones describen círculos en el cielo como buitres. Los aviones se encargan de rociar de fuego la tierra. La misión de los helicópteros es proteger los aviones de las esporádicas salvas de AK-47 disparadas por los *gomeros*, cultivadores de opio, restantes, que aún quieren oponer resistencia.

Art sabe demasiado bien que una ráfaga certera de un AK es capaz de derribar un helicóptero. Si lo alcanzas en el rotor de cola, caerá en espiral como un juguete roto en la fiesta de cumpleaños de un niño. Alcanza al piloto, y... bien... Hasta el momento han tenido suerte, y ningún helicóptero ha resultado alcanzado. O los *gomeros* tienen mala puntería, o no están acostumbrados a disparar contra helicópteros.

En teoría, todos los aparatos son mexicanos (oficialmente, Cóndor es un espectáculo mexicano, una operación conjunta entre el Noveno Cuerpo del Ejército y el estado de Sinaloa), pero es la DEA la que compró y pagó los aviones, y son pilotos contratados por la DEA quienes los pilotan, la mayoría ex empleados de la CIA de la antigua dotación del sudeste asiático. Menuda ironía, piensa Keller: chicos de Air America que antes transportaban heroína a los señores de la guerra tailandeses y ahora rocían con defoliantes el opio mexicano.

La DEA quería utilizar Agente Naranja, pero los mexicanos se habían opuesto. Así que en su lugar están utilizando un nuevo compuesto, 24-D, con el que los mexicanos se sienten más cómodos, sobre todo, ríe Keller, porque los *gomeros* ya lo estaban utilizando para matar las malas hierbas que rodeaban los campos de amapolas.

Así que había suministro preparado.

Sí, piensa Art, es una operación mexicana. Los norteamericanos solo hemos venido como «consejeros».

Como en Vietnam.

Solo que con gorras diferentes.

La Guerra contra las Drogas norteamericana ha abierto un frente en México. Ahora, diez mil soldados mexicanos están atravesando este valle cerca de la ciudad de Badiraguato, en colaboración con los escuadrones de la Policía Judicial Federal, más conocida como *federales*, y una docena aproximada de consejeros de la DEA como Art. La mayoría son soldados de infantería. Otros van a caballo, como *vaqueros* que azuzaran ganado. Las órdenes son sencillas: envenenar los campos de amapolas y quemar los restos, dispersar a los *gomeros* como hojas secas en un huracán. Destruir la fuente de heroína de las montañas de Sinaloa, al oeste de México.

La Sierra Occidental posee la mejor combinación de altitud, precipitaciones y acidez del suelo del hemisferio occidental para cultivar *Papaver somniferum*, la

amapola que produce el opio, que luego se convierte en Barro Mexicano, la heroína barata, marrón y potente que está inundando las calles de las ciudades norteamericanas.

Operación Cóndor, piensa Art.

Hace más de sesenta años que no se ha visto un cóndor de verdad en los cielos mexicanos, y más en Estados Unidos. Pero cada operación ha de tener un nombre, porque, de lo contrario, no nos creemos que es real, así que Cóndor vale.

Art ha leído algo sobre el ave. Es (era) el ave de presa más grande, aunque la expresión engaña un poco, porque prefería alimentarse de carroña a cazar. Un cóndor grande, ha descubierto Art, podía matar a un ciervo pequeño, pero prefería que alguien matara al ciervo primero, para poder descender y apoderarse de él.

Vivimos a costa de los muertos.

Operación Cóndor.

Otro recuerdo fugaz de Vietnam.

Muerte desde el Cielo.

Y aquí estoy, acucillado de nuevo en la maleza, temblando a causa del frío húmedo de las montañas, preparando emboscadas.

Otra vez.

Solo que el objetivo no es un miembro del Vietcong que regresa a su pueblo, sino el viejo don Pedro Avilés, el señor de la droga de Sinaloa, el Patrón en persona. Don Pedro dirige el negocio del opio en estas montañas desde hace medio siglo, incluso antes de que el mismísimo Bugsy Siegel viniera aquí, seguido de Virginia Hill, con el fin de asegurar una fuente constante de heroína para la mafia de la costa Oeste.

Siegel llegó a un acuerdo con un joven Pedro Avilés, quien utilizó dicha influencia para convertirse en *patrón*, una posición que ha mantenido hasta hoy. Pero el poder del anciano se le ha ido escapando de las manos en los últimos tiempos, a medida que jóvenes prometedores han desafiado su autoridad. La ley de la naturaleza, supone Art: los jóvenes leones se imponen a los viejos. El ruido de las ráfagas de ametralladora en las calles de Culiacán ha mantenido despierto a Art más de una noche en la habitación de su hotel, algo tan común en estos tiempos que la ciudad se ha ganado el sobrenombre de Little Chicago.

Bien, después de hoy, tal vez se queden sin nada por lo que pelear.

Detienes a don Pedro y se acaba todo.

Y te conviertes en una estrella, piensa, con cierto sentimiento de culpa.

Art cree a pies juntillas en la Guerra contra las Drogas. Como creció en el Barrio Logan de San Diego, fue testigo privilegiado del efecto de la heroína sobre un barrio, sobre todo uno pobre. Se supone que esto servirá para expulsar la droga de las calles, se recuerda, no para conseguir un ascenso.

Pero la verdad es que ser el tipo que se cargó al viejo don Pedro Avilés

consolidaría tu carrera.

Lo cual, a decir verdad, puede reportar un ascenso.

La DEA es una organización nueva, apenas cuenta con dos años de antigüedad. Cuando Richard Nixon declaró la Guerra contra las Drogas, necesitaba soldados para librarla. Casi todos los nuevos reclutas procedían de la antigua Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas, la ONDP. Muchos venían de departamentos de policía de todo el país, pero no pocos de los recién llegados eran de la Compañía.

Art era uno de estos Vaqueros de la Compañía.

Así llaman los policías a todos los tipos procedentes de la CIA. Los tipos que defienden la ley sienten mucho resentimiento y desconfianza hacia los tipos de los servicios secretos.

No debería ser así, piensa Art. En el fondo, todo se reduce a lo mismo: recoger información. Encuentras tus recursos, los cultivas, los administras y actúas según la información que te transmiten. La gran diferencia entre su nuevo trabajo y su antiguo trabajo es que en el anterior detienes a tus objetivos, y en el último solo los matas.

Operación Fénix, los asesinatos programados de la infraestructura del Vietcong.

Art no ha hecho mucho «trabajo sucio». Su trabajo en Vietnam consistía en recoger datos sin procesar y analizarlos. Otros tipos, sobre todo los de las Fuerzas Especiales prestados a la Compañía, actuaban según la información de Art.

Solían ir de noche, recuerda Art. A veces desaparecían durante días, después reaparecían en la base a altas horas de la madrugada, ciegos de dexedrina. Después desaparecían en sus garitos y dormían, en ocasiones varios días seguidos, para luego volver a salir y repetir la jugada.

Art les había acompañado alguna vez, cuando sus fuentes habían proporcionado información sobre un grupo numeroso de cuadros directivos concentrados en una misma zona. Entonces acompañaba a los tipos de las Fuerzas Especiales para preparar una emboscada nocturna.

No le gustaba mucho. Casi siempre estaba acojonado, pero hacía su trabajo, apretaba el gatillo, protegía las espaldas de sus colegas, sobrevivía con todas las extremidades indemnes y la mente intacta. Había visto mucha mierda que solo deseaba olvidar.

Tengo que vivir con el hecho, piensa Art, de que escribía nombres de hombres en una hoja de papel y, al hacerlo, firmaba su sentencia de muerte. Después, todo es cuestión de encontrar una forma de vivir de una manera decente en un mundo indecente.

Pero esa jodida guerra.

Esa maldita guerra.

Como mucha gente, vio por televisión los helicópteros despegar de los tejados

de Saigón. Como muchos veteranos, salió a emborracharse aquella noche, y cuando le ofrecieron subirse al carro de la nueva DEA, agarró la oportunidad al vuelo.

Antes lo habló con Althie.

—Tal vez se trate de una guerra en la que valga la pena participar —dijo a su mujer—. Tal vez sea una guerra que podamos ganar.

Y ahora, piensa Art mientras espera a que don Pedro aparezca, puede que estemos cerca de conseguirlo.

Le duelen las piernas de tanto estar sentado, pero no se mueve. Su período en Vietnam le enseñó a no hacerlo. Los mexicanos dispersos en la maleza a su alrededor siguen una disciplina similar, veinte agentes especiales de la Dirección Federal de Seguridad mexicana (DFS), armados con Uzis y vestidos con uniformes de camuflaje.

Tío Barrera lleva traje.

Incluso aquí, en la maleza, el ayudante especial del gobernador luce su típico traje negro, camisa blanca de cuello con botones, corbata negra muy delgada. Parece a gusto y sereno, la imagen personificada de la dignidad masculina latina.

Recuerda a uno de aquellas estrellas cinematográficas de los años cuarenta. Pelo negro peinado hacia atrás, bigotillo, delgado, rostro hermoso con pómulos que parecen tallados en granito.

Los ojos tan negros como una noche sin luna.

Oficialmente, Miguel Ángel Barrera es poli, policía del estado de Sinaloa, guardaespaldas del gobernador del estado, Manuel Sánchez Cerro. Extraoficialmente, Barrera es la mano derecha del gobernador, el encargado de lavar los trapos sucios. Y como Códor es, desde un punto de vista técnico, una operación del estado de Sinaloa, Barrera es el tipo que dirige en realidad el cotarro.

Y a mí, piensa Art. Si he de ser sincero, Tío Barrera me está dirigiendo a mí.

Las doce semanas de entrenamiento en la DEA no fueron particularmente duras. Art podía superar con facilidad la carrera de cinco kilómetros y jugar al baloncesto, y la parte de autodefensa era muy poco sofisticada en comparación con Langley. Los monitores les ordenaban practicar lucha libre y boxeo, y Art había terminado tercero en el San Diego Golden Gloves cuando era jovencito.

Era un peso medio mediocre con buena técnica pero manos lentas. Descubrió la dura verdad de que la velocidad no se aprende. Era lo bastante bueno para colarse en los rangos superiores, donde se podían recibir buenas palizas. Pero demostraba que era capaz de encajarlas, lo cual le granjeó el respeto cuando era un chico mestizo del barrio. Los aficionados al boxeo mexicanos respetan más lo que un boxeador es capaz de aguantar que lo que es capaz de atizar.

Y Art era capaz de aguantar.

Después de que empezara a boxear, los chicos mexicanos le dejaron en paz. Hasta las bandas le rehuían.

Sin embargo, en las sesiones de entrenamiento de la DEA se obligó a no abusar de sus oponentes en el ring. Era absurdo apalazar a alguien y ganarse un enemigo solo para exhibirse.

Las clases de procedimiento de defensa de la ley eran más duras, pero salió airoso, y el entrenamiento de drogas era fácil, con preguntas del tipo: ¿Puede identificar la marihuana? ¿Puede identificar la heroína? Art resistió el impulso de contestar que en casa siempre podía.

La otra tentación que resistió fue la de acabar primero de la clase. Podía conseguirlo, sabía que podía, pero decidió volar bajo. Los policías ya estaban convencidos de que los tipos de la Compañía estaban pisando su terreno, de modo que lo mejor era andarse con tiento.

De modo que se lo tomó con calma en el entrenamiento físico, mantuvo silencio en clase, falló algunas preguntas de los exámenes. Aprobó, pero no brilló. Mantener la calma en el campo de entrenamiento era más difícil. ¿Prácticas de vigilancia? Pan comido. ¿Cámaras ocultas, micrófonos, pinchar teléfonos? Podía instalarlos dormido. ¿Encuentros clandestinos, cajas muertas, cultivar una fuente, interrogar a un sospechoso, reunir información, analizar datos? Podría haber sido el profesor del curso.

Mantuvo la boca cerrada, se graduó y fue nombrado agente especial de la DEA. Le concedieron dos semanas de vacaciones y le enviaron derecho a México.

A Culiacán.

La capital del tráfico de drogas del hemisferio occidental.

La ciudad del mercado de opio.

Las entrañas de la bestia.

Su nuevo jefe le dispensó una bienvenida cordial. Tim Taylor, el Agente Residente al Mando, el ARM, ya había traspasado el escudo de Art y visto a través de la película transparente. Ni siquiera levantó la vista del expediente. Art se sentó al otro lado del escritorio y el tipo preguntó:

—¿Vietnam?

—Sí.

—«Programa de Pacificación Acelerada» ...

—Sí.

Programa de Pacificación Acelerada, también llamado Operación Fénix. El viejo chiste decía que un montón de tíos alcanzaron la paz.

—La CIA—dijo Taylor, y no era una pregunta, sino una afirmación.

Pregunta o afirmación, Art no contestó. Sabía lo esencial sobre Taylor: un tipo de la antigua ONDP que había vivido la época de los recortes presupuestarios.

Ahora que las drogas eran una prioridad, no pensaba perder sus ganancias, que tanto le había costado conseguir, por culpa de una remesa de chicos nuevos.

—¿Sabes lo que no me gusta de los Vaqueros de la Compañía? —preguntó Taylor.

—No. ¿Qué?

—No sois policías —replicó Taylor—. Sois asesinos.

Que te den por el culo, pensó Art. Pero mantuvo la boca cerrada. La mantuvo cerrada con firmeza mientras Taylor se lanzaba a una perorata sobre por qué no quería que Art le viniera con chorradas de vaquero. Sobre todo eso que formaban un equipo y Art debía ser un «jugador del equipo» y «atenerse a las normas».

Art habría sido de buena gana un jugador del equipo si le hubieran dejado entrar en él. Pero tampoco le importaba gran cosa. Cuando creces en un barrio siendo hijo de padre anglosajón y madre mexicana, no entras en ningún equipo.

El padre de Art era un hombre de negocios de San Diego que sedujo a una chica mexicana mientras estaba de vacaciones en Mazatlán. (Art consideraba curioso que hubiera sido concebido, aunque no naciera allí, en Sinaloa). Art padre decidió hacer lo correcto y se casó con la chica, una opción no demasiado dolorosa, pues era una belleza. Art heredó de su madre la apostura. Su padre se la llevó a Estados Unidos, pero luego decidió que la chica era como tantas otras cosas que puedes conseguir en México cuando vas de vacaciones. Tenía mejor aspecto en la playa iluminada por la luna de Mazatlán que a la fría luz anglosajona de la vida cotidiana norteamericana.

Art padre la abandonó cuando Art tenía un año. Ella no quiso desprenderse de la única ventaja que tenía su hijo en la vida (la ciudadanía estadounidense), así que fue a vivir con unos parientes lejanos a Barrio Logan. Art sabía quién era su padre. A veces se sentaba en el pequeño parque de la calle Crosby, miraba los altos edificios de cristal del centro e imaginaba que entraba en uno de ellos para ver a su padre.

Pero no lo hacía.

Art padre enviaba cheques (puntuales al principio, esporádicos después), y de vez en cuando le daban ataques de paternalismo o culpabilidad y aparecía para ir a cenar con Art o a un partido de padres. Pero esos encuentros eran torpes y forzados, y para cuando Art entró en el instituto las visitas habían remitido por completo.

Igual que el dinero.

Así que no fue fácil cuando Art, con diecisiete años, tomó por fin la decisión de ir hasta el centro, entrar en el edificio alto de cristal, plantarse en el despacho de su padre, dejar sobre el escritorio sus brillantes notas del Test de Aptitud Escolar y la carta de aceptación de la UCLA, y decir:

—No te asustes. Lo único que quiero de ti es un cheque.

Lo recibió.

Una vez al año durante cuatro años.

También recibió la lección: YOYO.

Estás más solo que la una.

Una buena lección, porque la DEA le envió a Culiacán prácticamente solo. « Hazte una idea del terreno », le dijo Taylor al principio de la retahíla de tópicos, que también incluyó « En la vida hay que mojarse », « Tómatelo con calma » y, aunque parezca mentira, « No prepararse es prepararse para fracasar » .

También debería haber incluido « Y vete a tomar por el culo », porque ese era el mensaje fundamental. Taylor y los polis le aislaron por completo, le ocultaron información, no le presentaron a sus contactos, le excluyeron de las reuniones con los polis mexicanos, no le incluyeron en las charlas de las mañanas, con café y donuts, ni en las sesiones de cerveza vespertinas, cuando se transmitía la verdadera información.

Le jodieron desde el comienzo.

Los mexicanos no iban a hablar con él porque, al ser un yanqui en Culiacán, solo podía ser dos cosas: un traficante de drogas o un soplón. No era traficante de drogas porque no compraba nada (Taylor no le daba dinero; no quería que Art jodiera algo que ya estaba en marcha), por lo tanto, tenía que ser un soplón.

Los policías de Culiacán no querían saber nada de él porque era un soplón yanqui que debería quedarse en casa y ocuparse de sus asuntos, y además, la mayoría estaban a sueldo de don Pedro Avilés. Los polis estatales de Sinaloa no trataban con él por los mismos motivos, partiendo de que, si la propia DEA no trabajaba con él, ¿por qué iban a hacerlo ellos?

Al equipo no le iba mucho mejor.

La DEA llevaba dando la matraca al gobierno mexicano desde hacia dos años, con la intención de que actuaran contra los *gomer*s. Los agentes aportaban pruebas (fotos, cintas, testigos), pero solo conseguían que los *federales* prometieran actuar en el acto, y cuando no lo hacían tenían que escuchar: « Esto es México, señores. Estas cosas necesitan tiempo » .

Mientras las pruebas maduraban, los testigos se asustaban y los *federales* cambiaban de puesto, de manera que los norteamericanos tenían que empezar de nuevo con un poli federal diferente, quien les decía que aportaran pruebas sólidas y le presentaran testigos. Cuando lo hacían, les miraban con perfecta condescendencia y les decían: « Esto es México, señores. Estas cosas necesitan tiempo » .

Mientras la heroína descendía desde las colinas e inundaba Culiacán como barro en el deshielo primaveral, los jóvenes *gomer*s peleaban contra las fuerzas de don Pedro cada noche, hasta que a Art la ciudad le parecía Danang o Saigón, solo que con muchos más tiroteos.

Noche tras noche, Art yacía en la cama de su habitación del hotel, bebía whisky escocés barato, tal vez veía un partido de fútbol o un combate de boxeo en

el televisor, se cabreaba y se compadecía de sí mismo.

Y echaba de menos a Althie.

Dios, cómo echaba de menos a Althie.

Había conocido a Althea Patterson en Bruin Walk, durante el último curso, y se había presentado con una frase poco convincente.

—¿No estamos en la misma sección de policía científica?

Alta, delgada y rubia, Althea era más angulosa que curvilínea. Su nariz era larga y ganchuda, la boca un poco demasiado grande, y sus ojos verdes estaban un poco hundidos para ser considerada una belleza clásica, pero Althea era guapa.

E inteligente. Estaban en la misma sección de policía científica, y él la oía hablar en clase. Defendía su punto de vista (un poco a la izquierda de Emma Goldman) con ferocidad, y eso también le excitaba.

Fueron a comer una pizza, y después fueron al apartamento de ella en Westwood. Preparó café, hablaron, y él descubrió que era una chica rica de Santa Bárbara, de una familia californiana de rancio abolengo, y que su padre era un pez gordo del Partido Demócrata del estado.

Para ella, Art era terriblemente guapo, con el flequillo de pelo negro que le caía sobre la frente, la nariz rota de boxeador que le salvaba de ser un chico bonito, y la serena inteligencia que había conducido a un chico del barrio hasta la UCLA. Había algo más también (esa especie de soledad, de vulnerabilidad, de dolor profundo, de posible ira) que le hacía irresistible.

Acabaron en la cama, y en la oscuridad posterior al coito, él preguntó:

—¿Puedes tachar eso de tu lista liberal?

—¿El qué?

—Acostarte con un sudaca.

Ella pensó unos segundos antes de contestar.

—Siempre he pensado que «sudaca» se refería a los puertorriqueños. Lo que puedo tachar de la lista es acostarme con un frijolero.

—De hecho —adujo Art—, solo soy medio frijolero.

—Bien, Art, Jesús, ¿qué eres?

Althea era la excepción de la Doctrina del YOYO de Art, un infiltrado insidioso en la autosuficiencia ya muy enraizada en su interior cuando la conoció. El secretismo era un hábito, un muro protector que había construido a su alrededor. Cuando se enamoró de Althie, poseía la ventaja añadida de la instrucción profesional en la disciplina de la compartimentación mental.

Los buscadores de talentos de la Compañía le habían captado en segundo de carrera, lo habían recogido como fruta madura.

Su profesor de Relaciones Internacionales, un exiliado cubano, le llevó a tomar café, y después empezó a aconsejarle sobre qué clases debía tomar, qué idiomas estudiar. El profesor Osuna le llevó a su casa a cenar, le enseñó qué

tenedor debía utilizar en cada ocasión, qué vino elegir para acompañar cada plato, incluso con qué mujeres debía salir. (Al profesor Osuna le encantó Althea. « Es perfecta para ti —dijo—. Te aporta sofisticación»).

Fue más una seducción que un reclutamiento.

Tampoco era que costara seducir a Art.

Tienen olfato para tipos como yo, pensó Art después. Los extraviados, los solitarios, los desarraigados biculturales con un pie en dos mundos y en ninguno. Y tú eras perfecto para ellos, listo, criado en las calles, ambicioso. Parecías blanco, pero peleabas como un mulato. Solo necesitabas que te pulieran, y ellos lo hicieron.

Después llegaron los recaditos: « Arturo, viene de visita un profesor boliviano. ¿Podrías acompañarle a ver la ciudad? ». Unos cuantos más del mismo tipo, y después: « Arturo, ¿qué le gusta hacer al doctor Echeverría en su tiempo libre? ¿Bebe? ¿Le gustan las chicas? ¿No? ¿Tal vez los chicos? ». Después: « Arturo, si el profesor Méndez quisiera marihuana, ¿se la conseguirías? », « Arturo, ¿podrías decirme con quién está hablando por teléfono nuestro distinguido amigo poeta? », « Arturo, esto es un aparato de escucha. ¿Podrías introducirlo en su habitación...? » .

Y él lo hacía todo sin parpadear, y lo hacía bien.

Le entregaron su diploma y un billete para Langley casi al mismo tiempo. Explicárselo a Althie constituyó un ejercicio interesante.

—Podría contártelo, pero en realidad no puedo —fue lo mejor que se le ocurrió.

Ella no era estúpida. Lo captó.

—Boxear es la metáfora más adecuada para ti —le dijo.

—¿Qué quieres decir?

—El arte de mantener las cosas alejadas —replicó ella—. Es tu especialidad. Todo te resbala.

Eso no es verdad, pensó Art. Tú no me resbalas.

Se casaron unas semanas antes de que le enviaran a Vietnam. Le escribía largas y apasionadas cartas en las que nunca hablaba de lo que hacía. Estaba cambiado cuando regresó, pensó ella. Pues claro, era lógico. Pero su aislamiento de siempre se había intensificado. De repente podía interponer océanos de distancia emocional entre ellos y negar que lo hacía. Después, volvía a ser el hombre cariñoso y afectuoso del que se había enamorado.

Althie se alegró cuando dijo que estaba pensando en cambiar de trabajo. Estaba entusiasmado con la nueva DEA. Pensaba que podía hacer un buen trabajo para la organización. Ella le alentó a aceptar el empleo, aunque eso significara que iba a ausentarse tres meses más, incluso cuando volvió lo justo para dejarla embarazada y partir de nuevo, esta vez a México.

Le escribió largas y apasionadas cartas desde México en las que nunca

hablaba de lo que hacía. Porque no hago nada, le escribía.

Nada de nada, salvo compadecerme de mí mismo.

Pues mueve el culo y haz algo, escribió ella. O déjalo y vuelve a casa conmigo. Sé que papá podría conseguirte un empleo en el equipo de un senador de un día para otro, solo tienes que decirlo.

Art no dijo ni pío.

Lo que hizo fue mover el culo e ir a ver a un santo.

Todo el mundo en Sinaloa conoce la leyenda de san Jesús Malverde. Era un bandido, un atracador osado, un hombre de los pobres que entregaba el botín a los pobres, un Robin Hood de Sinaloa. Se le acabó la suerte en 1909 y los *federales* le ahorcaron justo al otro lado de la calle donde se alza ahora su altar.

El altar fue espontáneo. Primero algunas flores, después una foto, después un pequeño edificio de tablas toscamente unidas, que los pobres erigían por la noche. Hasta la policía tenía miedo de derribarlo porque la leyenda afirmaba que el alma de Malverde moraba en el altar. Que si ibas a rezar, encendías una vela y hacías una *manda*, una promesa devota, Jesús Malverde concedía favores.

Depararte una buena cosecha, protegerte de tus enemigos, curar tus enfermedades.

Notas de gratitud detallando los favores concedidos por Malverde están clavadas en las paredes: un niño enfermo curado, dinero del alquiler reaparecido como por arte de magia, un detenido fugado, una sentencia de culpabilidad revocada, un *mojado* regresado sano y salvo del norte, un asesinato evitado, un asesinato vengado.

Art fue al altar. Imaginaba que era un buen lugar donde empezar. Fue a pie desde su hotel, esperó pacientemente en la cola con los demás peregrinos y entró por fin.

Estaba acostumbrado a los santos. Su piadosa madre le había arrastrado hasta Nuestra Señora de Guadalupe, en Barrio Logan, donde asistió a clases de catecismo, le confirmaron y tomó la primera comunión. Había rezado a los santos, encendido velas ante estatuas de santos, mirado cuadros de santos.

De hecho, Art fue un católico devoto incluso durante la carrera. Al principio, en Vietnam, comulgaba con regularidad, pero su devoción se desvaneció y dejó de ir a confesarse. Era algo así como: Perdóneme, padre, porque he pecado, perdóneme, padre, porque he pecado. Perdóneme, padre, porque he... A la mierda, ¿de qué sirve? Cada día señalo a hombres para que los maten, una semana sí y otra también los mato yo mismo. No voy a venir para decirle que no voy a volver a hacerlo, cuando se repite con tanta regularidad como una misa.

Sal Scachi, un tipo de las Fuerzas Especiales, iba a misa todos los domingos que no iba a matar a nadie. Art se asombraba de que la hipocresía no le afectara. Incluso hablaron de ello una noche de borrachera, Art y aquel tío tan italiano de Nueva York.

—A mí no me molesta —dijo Scachi—. A ti tampoco debería molestarte. El Vietcong no cree en Dios, así que les den por el culo.

Se enzarzaron en una furiosa discusión, en la que Art quedó horrorizado al descubrir que Scachi estaba convencido de que estaban «haciendo el trabajo de Dios» cuando asesinaban a los vietcongs. Los comunistas son ateos, repetía Scachi, que quieren destruir la Iglesia. Lo que estamos haciendo, explicó, es defender la Iglesia, y eso no es un pecado, sino un deber.

Buscó debajo de la camisa y enseñó a Art la medalla de san Antonio que llevaba colgada alrededor del cuello con una cadena.

—El santo me protege —explicó—. Deberías conseguir una.

Art no lo hizo.

Ahora, en Culiacán, se levantó y miró los ojos de obsidiana de san Jesús Malverde. La piel de yeso del santo era blanca, y su bigote negro, y habían pintado alrededor de su cuello un chillón círculo rojo para recordar al peregrino que el santo había padecido martirio, como todos los santos.

San Jesús murió por nuestros pecados.

—Bien —dijo Art a la estatua—, hagas lo que hagas, está funcionando, y lo que yo hago no, así que...

Art hizo una *manda*. Se arrodilló, encendió una vela y dejó un billete de veinte dólares. Qué coño.

—Ayúdame a bajarte, san Jesús —susurró—, y habrá más como este. Daré el dinero a los pobres.

Cuando volvía al hotel del altar, Art conoció a Adán Barrera.

Art había pasado decenas de veces por delante de aquel gimnasio. Siempre sentía la tentación de echar un vistazo, pero nunca lo había hecho, pero esa noche en particular había dentro una gran multitud, así que entró y se mantuvo al margen.

Adán apenas tenía veinte años entonces. Bajo, casi diminuto, muy delgado. Pelo negro largo peinado hacia atrás, tejanos de diseño, zapatillas deportivas Nike y un polo púrpura. Ropa cara para ese barrio. Ropa elegante, chico elegante, Art se dio cuenta en el acto. Adán Barrera tenía aspecto de saber siempre lo que estaba pasando.

Art calculó que mediría metro sesenta y dos, tal vez metro sesenta y cinco, pero el chico que había a su lado alcanzaba el metro ochenta y siete sin problemas. Y menudo cuerpo. Pecho grande, hombros caídos, larguirucho. Era imposible tomarles por hermanos, salvo cuando les mirabas a la cara: la misma cara en dos cuerpos diferentes, ojos castaños hundidos, piel color café con leche, de aspecto más hispano que indio.

Se hallaban en un extremo del cuadrilátero, contemplando a un boxeador inconsciente. Otro luchador se erguía en el cuadrilátero. Un chico que aún no

habría cumplido veinte años, pero con un cuerpo que parecía tallado en piedra viva. Y tenía aquellos ojos (Art ya los había visto en el cuadrilátero), la mirada de un asesino nato. Solo que ahora parecía confuso y un poco culpable.

Art lo entendió enseguida. El boxeador acababa de dejar inconsciente a un sparring, y ahora no tenía a nadie con quien trabajar. Los dos hermanos eran sus representantes. Era una escena bastante común en cualquier barrio mexicano. Para los chicos pobres del barrio, solo había dos caminos de ascenso y salida: drogas o boxeo. El chico prometía, de ahí la multitud, y los dos hermanos de clase media tan distintos eran sus representantes.

El bajito paseaba la vista entre la muchedumbre en busca de alguien capaz de subir al cuadrilátero y aguantar unos asaltos. Muchos tipos en la multitud descubrieron de repente algo muy interesante en las puntas de sus zapatos.

Art no.

Aguantó la mirada del bajito.

—¿Quién eres? —preguntó el chico.

Su hermano lanzó una ojeada a Art, y este le dijo:

—Un agente de la brigada de narcóticos yanqui.

Después, clavó la vista en Art y dijo:

—*¡Vete al demonio, picaflor!*

—*Pela las nalgas, perra* —replicó al instante Art.

Lo cual fue una sorpresa, saliendo de la boca de alguien que parecía muy blanco. El hermano larguirucho empezó a abrirse paso entre la multitud para llegar hasta Art, pero el hermano bajito le agarró del codo y le susurró algo al oído. El hermano alto sonrió, y después el pequeño dijo a Art en inglés:

—Eres del tamaño adecuado. ¿Quieres pelear unos cuantos asaltos con él?

—Es un crío —murmuró Art.

—Sabe cuidar de sí mismo —replicó el hermano bajito—. De hecho, sabrá cuidar de ti.

Art rió.

—¿Boxeas? —insistió el chico.

—Antes —contestó Art—. Un poco.

—Bien, acércate, yanqui —dijo el chico—. Te encontraremos unos guantes.

Art aceptó el reto, pero no fue por machismo. Podría haberlo rechazado con una carcajada, pero el boxeo es sagrado en México, y cuando la gente a la que has intentado acercarte durante meses te invita a entrar en su iglesia, tienes que aceptar.

—¿Con quién voy a pelear? —preguntó a un hombre de entre el gentío mientras le calzaban los guantes.

—Con el Leoncito de Culiacán —contestó el hombre con orgullo—. Algún día será campeón del mundo.

Art caminó hasta el centro del cuadrilátero.

—No me trates muy mal —dijo—. Soy viejo.

Se tocaron los guantes.

No intentes ganar, se dijo Art. Trátale bien. Has venido a hacer amigos.

Diez segundos después, Art se estaba riendo de sus pretensiones. Entre puñetazo y puñetazo. No podrías ser menos eficaz, se dijo, aunque estuvieras atado con cable de teléfono. Creo que no deberás preocuparte por ganar.

Preocúpate de sobrevivir, tal vez, se dijo diez segundos después. La velocidad de manos del muchacho era asombrosa. Art ni siquiera veía llegar los golpes, y no conseguía pararlos, y muchísimo menos devolverlos.

Pero tienes que intentarlo.

Es una cuestión de honor.

Por lo tanto, lanzó un rechazo tras un golpe con la izquierda y recibió una combinación de tres golpes a cambio. Bum bum bum. Es como vivir dentro de un maldito timbal, pensó Art, al tiempo que reculaba.

Mala idea.

El chico se precipitó hacia él, lanzó dos golpes rapidísimos, y después un directo a la cara, y si la nariz de Art no se rompió, la imitación fue excelente. Se secó la sangre de la nariz, se protegió y recibió casi todos los martillazos siguientes en los guantes, hasta que el chico cambió de táctica y empezó a atacar las costillas de Art por ambos lados.

Art tuvo la impresión de que había transcurrido una hora cuando sonó la campana y volvió a su taburete.

Big Brother le estaba esperando.

—¿Ya has tenido bastante, *picaflor*?

Solo que esta vez no parecía tan hostil.

Art contestó en tono cordial.

—Solo estoy comprobando desde dónde sopla el aire, perra.

Se quedó sin aire a los cinco segundos del segundo asalto. Un gancho con la izquierda al hígado logró que Art hincara una rodilla. Tenía la cabeza gacha, y de su nariz manaban sangre y sudor. Jadeaba en busca de aire, y por el rabillo de sus ojos anegados en lágrimas vio que, entre la multitud, había hombres intercambiando dinero, y oyó que el hermano pequeño contaba hasta diez en tono concluyente.

Que os den por el culo a todos, pensó Art.

Se levantó.

Oyó maldiciones procedentes de la multitud, gritos de ánimo de algunos pocos.

Vamos, Art, se dijo. Recibir una paliza no va a servirte de nada. Tienes que plantar cara un poco. Neutraliza la velocidad de la mano del chico, no le dejes lanzar puñetazos con tanta facilidad.

Se arrojó hacia delante.

Recibió tres golpes fuertes, pero siguió adelante y acorraló al muchacho contra las cuerdas. Con los pies trabados, empezó a lanzar golpes breves y cortantes, insuficientes para hacer daño, pero que obligaron al chico a cubrirse. Después, Art se agachó, le golpeó dos veces en las costillas, se inclinó hacia delante y le inmovilizó.

Tómate unos segundos de descanso, pensó Art, recibe un golpe. Apóyate contra el chico, cánsale un poco. Pero incluso antes de que Little Brother pudiera llegar para romper el *clinch*, el chico se deslizó bajo los brazos de Art, giró en redondo y le *alcanzó* dos veces en la cabeza.

Art siguió avanzando.

Recibió golpes todo el rato, pero era Art el agresor, y esa era la cuestión. El chico estaba retrocediendo, bailando, golpeándole a voluntad, pero retrocediendo. Bajó las manos y Art lanzó la izquierda contra su pecho, forzando que retrocediera de nuevo. El chico parecía sorprendido, así que Art lo repitió.

Entre asalto y asalto, los dos hermanos estaban demasiado ocupados azuzando a su boxeador para que propinara una paliza a Art. Este agradecía los descansos. Un asalto más, pensó. Dejarme superar otro asalto.

Sonó la campana.

Un montón de *dinero* cambió de manos cuando Art se levantó del taburete.

Tocó los guantes con los del chico para el último asalto, le miró a los ojos y vio al instante que había herido su orgullo. Mierda, pensó Art, no era mi intención. Controla tu ego, capullo, y ni se te ocurra ganar.

No tendría que haberse preocupado.

Con independencia de lo que los hermanos le hubieran aconsejado al chico entre asalto y asalto, se amoldó a su estilo, moviéndose sin cesar a su izquierda, en la dirección de su golpe, con las manos altas, golpeando a Art a placer, para luego apartarse.

Art se movía hacia delante y golpeaba al aire.

Se detuvo.

Se quedó en el centro del cuadrilátero, sacudió la cabeza, rió e indicó por señas al chico que se acercara.

Al público le encantó.

Al chico le encantó.

Se encaminó arrastrando los pies al centro del cuadrilátero y empezó a lanzar puñetazos sobre Art, que los paraba como mejor podía sin dejar de cubrirse. Art devolvía un golpe cada pocos segundos, y el chico volvía a machacarle.

El chico no quería dejarle inconsciente. Se le había pasado la rabia. Solo estaba entrenando, siguiendo la rutina de los ejercicios y demostrando que podía golpear a Art cuando quisiera, ofreciendo a la multitud el espectáculo que deseaba. Al final, Art dobló una rodilla, con los guantes pegados a la cabeza y los codos hundidos en las costillas, con el fin de recibir la mayor parte de los golpes

en los guantes y los brazos.

Sonó la campana final.

El chico levantó a Art y se abrazaron.

—Algún día serás campeón —dijo Art.

—Has estado bien —dijo el chico—. Gracias por el combate.

—Tienes un buen luchador —dijo Art a Little Brother, mientras le quitaban los guantes.

—Vamos a por todas —dijo Little Brother. Extendió la mano—. Me llamo Adán. Este es mi hermano Raúl.

Raúl miró a Art y asintió.

—No has abandonado, y aquí. Pensé que abandonarías.

Esta vez se ahorró el *picaflor*, observó Art.

—Si hubiese tenido cerebro, habría abandonado —dijo.

—Peleas como un mexicano —dijo Raúl.

La alabanza definitiva.

De hecho, pelea como un medio mexicano, pensó Art, pero se lo guardó para sí. No obstante, sabía a qué se refería Raúl. Pasaba lo mismo en Barrio Logan. No importa tanto lo que eres capaz de pegar como lo que eres capaz de recibir.

Bien, esta noche he recibido de lo lindo, pensó Art. Lo único que deseo ahora es volver al hotel, tomar una larga ducha caliente y pasar el resto de la noche en compañía de una compresa de hielo.

Está bien, varias compresas de hielo.

—Vamos a tomar unas cervezas —dijo Adán—. ¿Quieres venir?

Sí, pensó Art. Sí.

De modo que pasó la noche bebiendo cervezas en un *cafetín* con Adán.

Años después, Art habría dado cualquier cosa en el mundo por haber matado a Adán Barrera en aquel momento.

Tim Taylor le llamó al despacho a la mañana siguiente.

Art tenía un aspecto de mierda, un fiel reflejo externo de su realidad interna. Le dolía la cabeza a causa de las cervezas y la *yerba* que había terminado fumando en el *after-hours* al que Adán le había arrastrado. Tenía los ojos morados, y quedaban rastros de sangre oscura seca debajo de su nariz. Se había duchado, pero no afeitado, porque, uno, no había tenido tiempo, y dos, la idea de pasar algo sobre su mandíbula hinchada se le antojaba poco apetecible. Y aunque se sentó en la silla muy despacio, sus costillas doloridas gritaron ofendidas.

Taylor le miró con repugnancia no disimulada.

—Menuda nohecita te has pegado.

Art sonrió con humildad. Hasta eso le dolió.

—Ya te has enterado.

—¿Sabes qué me han dicho? —preguntó Taylor—. Esta mañana me he reunido con Miguel Barrera. Ya sabes quién es, ¿verdad, Keller? Es un poli del estado de Sinaloa, ayudante especial del gobernador, el hombre de esta zona. Hace dos años que estamos intentando convencerle de que trabaje con nosotros. Y ha tenido que ser él quien me informe de que uno de mis agentes está armando bulla con los lugareños...

—Fue un combate de entrenamiento.

—Da igual —dijo Taylor—. Estos tipos no son nuestros colegas ni nuestros compañeros de copas. Son nuestros objetivos y...

—Tal vez sea ese el problema —se oyó decir Art.

Una voz incorpórea que no podía controlar. Tenía la intención de mantener la boca cerrada, pero estaba demasiado jodido para ceñirse a la disciplina.

—¿Cuál es el problema?

Joder, pensó Art. Demasiado tarde.

—Que a « esos tipos » los consideramos « objetivos ».

Y en cualquier caso, estaba cabreado. ¿Las personas eran objetivos? He estado allí, he hecho eso. Además, averigüé más cosas anoche que en los últimos tres meses.

—Escucha, aquí no vas de agente secreto —dijo Taylor—. Trabaja con la policía local...

—No puedo, Tim —contestó Art—. Has conseguido indisponerme con ellos.

—Voy a echarte de aquí —dijo Tim—. Te quiero fuera de mi equipo.

—Empieza el papeleo —dijo Art. Estaba harto de aquella mierda.

—No te preocupes, lo haré —dijo Taylor—. Entretanto, Keller, intenta comportarte como un profesional.

Art asintió y se levantó de la silla.

Despacio.

Mientras la espada de Damocles de la burocracia pendía sobre su cabeza, Art pensó que podría seguir trabajando.

¿Cómo es ese dicho?, se preguntó. ¿Que pueden matarte, pero no pueden comerte? Lo cual no es cierto, pueden matarte y comerte, pero eso no significa que te lo tomes con calma. La idea de ir a trabajar con el equipo de un senador le deprimía hasta extremos insospechables. No era tanto el trabajo como que se lo consiguiera el padre de Althie, y Art tenía una actitud ambivalente hacia las figuras paternas.

Era la idea del fracaso.

No dejes que te noqueen, oblígalas a noquearte. Oblígalas a romperse las putas manos para noquearte, infórmalas de que están peleando, dales algo para que se acuerden de ti cada vez que se miren en el espejo.

Volvió al gimnasio.

—*¡Qué noche brutal!* —dijo a Adán—. *Me mata la cabeza.*

—*Pero gozamos.*

Ya lo creo que nos lo pasamos bien, pensó Art. Tengo la cabeza hecha una mierda.

—¿Cómo está el Leoncito?

—¿César? Mejor que tú —dijo Adán—. Y mejor que yo.

—¿Dónde está Raúl?

—Echando un polvo, seguramente —dijo Adán—. *Es el coño ese.* ¿Quieres una cerveza?

—Sí, joder.

Dios, qué bien sabía. Art tomó un sorbo largo y maravilloso, y después apoyó la botella fría contra su mejilla hinchada.

—Estás hecho una mierda —dijo Adán.

—¿Tanto?

—Casi.

Adán hizo una seña al camarero y pidió un plato de embutidos. Los dos hombres se sentaron a una mesa de la terraza y vieron desfilar el mundo ante sí.

—Así que eres un agente de la brigada de narcóticos —dijo Adán.

—Ese soy yo.

—Mi tío es poli.

—¿No quieres seguir la tradición familiar?

—Soy contrabandista —dijo Adán.

Art enarcó una ceja. Le dolió.

—Tejanos —dijo Adán, y rió—. Mi hermano y yo vamos a San Diego, compramos tejanos y los pasamos clandestinamente por la frontera. Los vendemos libres de impuestos en la parte trasera de un camión. Te sorprendería saber cuánto dinero se gana.

—Pensaba que ibas a la universidad. ¿Qué era?, ¿contabilidad?

—Hay que tener algo que contar —dijo Adán.

—¿Tu tío sabe lo que haces para pagarte las cervezas?

—Tío lo sabe todo —dijo Adán—. Cree que es frívolo. Quiere que me dedique a algo « serio ». Pero el negocio de los tejanos es bueno. Aporta algo de dinero hasta que lo del boxeo despegue. César será campeón. Ganaremos millones.

—¿Has intentado boxear? —preguntó Art.

Adán sacudió la cabeza.

—Soy pequeño, pero lento. Raúl es el luchador de la familia.

—Bien, creo que yo he librado mi último combate.

—Creo que es una buena idea.

Los dos rieron.

Es curiosa la forma en que se forjan las amistades.

Art pensaría en eso unos años después. Un combate de entrenamiento, una noche de borrachera, una tarde en la terraza de un café. Conversación, ambiciones compartidas mientras se suceden platos, botellas y horas compartidas. Un torneo de chorradas. Risas.

Art pensaría en eso, cuando se dio cuenta de que, hasta que no conoció a Adán Barrera, no había tenido amigos.

Tenía a Althie, pero eso era diferente.

Puedes describir a tu mujer como tu mejor amiga, pero no es lo mismo. No es el rollo masculino, el hermano que nunca tuviste, el tipo con el que te vas de copas.

Cuates, amigos, casi hermanos.

Cuesta saber cómo ocurre.

Tal vez lo que Adán vio en Art fue lo que no encontraba en su hermano: una inteligencia, una seriedad, una madurez de las que él carecía pero anhelaba. Tal vez lo que Art vio en Adán... Joder, durante años intentaría explicarlo, incluso a sí mismo. Era solo que, en aquellos tiempos, Adán Barrera era un buen chico. Realmente lo era, o al menos lo parecía. Fuera lo que fuese lo que dormía en su interior...

Tal vez duerme en el fondo de todos nosotros, pensaría más tarde Art.

En mi interior se ocultaba, ya lo creo. El poder del perro.

Fue Adán, inevitablemente, quien le presentó a Tío.

Seis semanas después, Art estaba tumbado en su cama de la habitación del hotel viendo un partido de fútbol en la tele, sintiéndose como una mierda porque Tim Taylor acababa de recibir la autorización para trasladarle. Supongo que me enviará a Iowa para comprobar que las farmacias cumplen las normas de prescripción de medicamentos para el resfriado o algo por el estilo, pensó Art.

Carrera terminada.

Alguien llamó a la puerta.

Art la abrió y vio a un hombre con traje negro, camisa blanca y fina corbata negra. El pelo peinado hacia atrás a la vieja usanza, bigotillo, ojos tan negros como la medianoche.

Unos cuarenta años, con una seriedad del Viejo Mundo.

—Señor Keller, perdone por entrometerme en su privacidad —dijo—. Me llamo Miguel Ángel Barrera, de la policía estatal de Sinaloa. Me pregunto si podría robarle unos minutos de su tiempo.

Por supuesto, pensó Art, y le invitó a entrar. Por suerte, a Art le quedaba casi toda una botella de whisky, abandonada tras una serie de noches solitarias, de modo que pudo ofrecer una copa al hombre. Barrera la aceptó y ofreció a Art un

delgado habano.

—Lo dejé —dijo Art.

—¿Le importa que fume?

—Viviré indirectamente por mediación de usted —contestó Art.

Buscó a su alrededor un cenicero y descubrió uno. Después, los dos hombres se sentaron a una pequeña mesa junto a la ventana. Barrera miró a Art unos segundos, como si meditara sobre algo.

—Mi sobrino me pidió que pasara a verle —dijo.

—¿Su sobrino?

—Adán Barrera.

—Claro.

« Mi tío es poli », pensó Art. Así que este es « Tío ».

—Adán me engañó para que subiera al cuadrilátero y me enfrentara a uno de los mejores pugilistas que he visto en mi vida —explicó Art.

—Adán se cree que es representante —dijo Tío—. Raúl se cree que es entrenador.

—Lo hacen bien —dijo Art—. César podría llevarles muy lejos.

—Yo soy el dueño de César —dijo Barrera—. Soy un tío indulgente, dejo jugar a mis sobrinos, pero pronto tendré que contratar a un representante y a un entrenador de verdad para César. No se merece menos. Será campeón.

—Adán se llevará una decepción.

—El aprendizaje de un hombre comporta enfrentarse a la decepción —dijo Barrera.

Bien, nada de bromas.

—¿Es verdad lo que me ha dicho Adán de que está teniendo dificultades profesionales?

¿Cómo responder a eso?, se preguntó Art. Sin duda. Taylor emplearía un tópico como « hay que lavar la ropa sucia en casa », pero tendría razón. Se cabrearía como una mona si se enterara de que Barrera estaba aquí, hablando con un agente inferior.

—Mi jefe y yo no nos entendemos siempre.

Barrera asintió.

—La visión del señor Taylor puede ser algo estrecha. Vive obsesionado por Pedro Avilés. El problema de su DEA es que es, y perdóneme, muy norteamericana. Sus colegas no entienden nuestra cultura, la forma en que funcionan las cosas, la forma en que tienen que funcionar.

El hombre no se equivoca, pensó Art. Nuestro planteamiento, cuando menos, ha sido torpe y patoso. Esa puta actitud norteamericana de « Sabemos cómo hay que hacer las cosas », « Apártese de mi camino y deje que hagamos el trabajo ». ¿Y por qué no? Funcionó muy bien en Vietnam.

—Lo que nos falta en sutileza, lo compensamos con falta de sutileza —

contestó Art en español.

—¿Es usted mexicano, señor Keller? —preguntó Barrera.

—Mestizo —dijo Art—. Por parte de madre. De hecho, es de Sinaloa, Mazatlán.

Porque, pensó Art, me va bien jugar esta carta.

—Pero usted se crió en el *barrio* —dijo Barrera—. ¿En San Diego?

Esto no es una conversación, pensó Art, sino una entrevista de trabajo.

—¿Conoce San Diego? —preguntó—. Vivía en la calle Trece.

—Pero no se metió en ninguna banda...

—Boxeaba.

Barrera asintió, y después se puso a hablar en español.

—Ustedes quieren acabar con los *gomeros* —dijo—. Nosotros también.

—*Sin falta*.

—Pero como boxeador —dijo Barrera—, usted sabe que no puede ir directamente por el KO. Tiene que atraer al contrincante a su terreno, llenarle el cuerpo de golpes, acorralarle. No se va por el KO hasta el momento preciso.

Bien, no es que haya conseguido muchos KO, pensó Art, pero la teoría es correcta. Los yanquis queremos ir por el KO a las primeras de cambio, y el hombre me está diciendo que aún no ha llegado el momento.

Me parece bien.

—Lo que está diciendo me parece muy sensato —dijo Art—. Pero la paciencia no es una virtud norteamericana. Creo que si mis superiores vieran algún progreso, algún movimiento...

—Es difícil trabajar con sus superiores —interrumpió Barrera—. Son...

Busca la palabra.

Art acaba por él.

—*Falta gracia*.

—Groseros —admite Barrera—. Exacto. Si, por otra parte, pudiéramos trabajar con alguien *simpático, un compañero*, alguien como usted...

Así que, piensa Art, Adán le ha pedido que me salvara el culo, y ha decidido que vale la pena hacerlo. Es un tío indulgente, deja jugar a sus sobrinos, pero también es un hombre serio, con un objetivo muy concreto en mente, y yo podría ayudarle a alcanzar ese objetivo.

Me parece bien, una vez más, pero la maniobra es delicada. ¿Una relación clandestina a espaldas de la agencia? Estrictamente *verboten*. ¿Me asocio con uno de los hombres más importantes de Sinaloa y no digo ni pío? Una bomba de relojería. Podrían despedirme de la DEA para siempre jamás.

Pero ¿qué puedo perder?

Art sirvió un poco más de whisky a cada uno, y luego dijo:

—Me encantaría trabajar con usted, pero hay un problema.

Barrera se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—No estaré aquí —siguió Art—. Me van a trasladar.

Barrera sorbió su whisky, fingiendo que le gustaba, como si fuera bueno, cuando ambos sabían que era una mierda barata.

—¿Sabe cuál es la verdadera diferencia entre Estados Unidos y México? —preguntó a continuación.

Art negó con la cabeza.

—En Estados Unidos, todo gira en torno a los sistemas —dijo Barrera—. En México, todo gira alrededor de las relaciones personales.

Y tú me estás ofreciendo una, pensó Art. Una relación personal de naturaleza simbiótica.

—Señor Barrera...

—Me llamo Miguel Ángel —dijo Barrera—, pero mis amigos me llaman Tío. Tío, pensó Art.

La palabra posee una implicación más profunda en el español de México. Tío podría ser el hermano del padre, pero también podría ser cualquier pariente interesado en la vida de un crío. Va más allá de eso. Un tío puede ser cualquier hombre que te tome bajo su protección, una especie de hermano mayor, hasta una figura paterna.

Una especie de padrino.

—Tío... —empezó Art.

Barrera sonrió y aceptó el cumplido con una leve inclinación de cabeza.

—*Arturo, sobrino mío...* —empezó.

Tú no te vas a ningún lado.

Excepto hacia arriba.

El traslado de Art fue suspendido la tarde siguiente. Le llamaron al despacho de Taylor.

—¿Qué coño sabes? —le preguntó Taylor.

Art se encogió de hombros.

—Me han tirado de las orejas desde Washington —dijo Taylor—. ¿Es alguna mierda de la CIA? ¿Sigues en su nómina? ¿Para quién trabajas, Keller?, ¿para ellos o para nosotros?

Para mí, pensó Art. Trabajo para mí. Pero no lo dijo. Se comió su ración de mierda.

—Trabajo para vosotros, Tim. Dímelo, y me tatuaré «DEA» en el culo. Si quieres, me pondré un corazón con tu nombre encima.

Taylor le miró desde el otro lado del escritorio, sin saber si Art le estaba tomando el pelo o no, ni cómo reaccionar. Adoptó un tono de neutralidad burocrática.

—Tengo instrucciones de dejar que actúes a tu aire. ¿Sabes cómo veo yo esta situación, Keller?

—¿Como darme cuerda suficiente para ahorcarme yo solito?

—Exacto.

¿Cómo estaba tan seguro?

—Trabajaré para ti, Tim —dijo Art al tiempo que se levantaba para irse—. Trabajaré para el equipo.

Pero mientras salía no pudo resistir la tentación de canturrear, aunque en voz baja: «I'm an old cowhand, from the Rio Grande. But I can't poke a cow, 'cuz I don't know how...».

Una asociación pactada en el infierno.

Así la describiría Art más adelante.

Art Keller y Tío Barrera.

Se encontraban pocas veces y en secreto. Tío elegía sus objetivos con sumo cuidado. Art lo imaginaba construyendo, o, mejor dicho, deconstruyendo, mientras Barrera utilizaba a Art y a la DEA para quitar ladrillo tras ladrillo a la estructura de don Pedro. Un valioso campo de amapolas, después un invernadero, después un laboratorio, después dos *gomeros* de poca monta, tres policías estatales corruptos, un *federal* que estaba aceptando la *mordida* de don Pedro.

Barrera se mantenía al margen de todo, sin implicarse nunca de una manera directa, sin atribuirse jamás los méritos, utilizando a Art como un cuchillo para destripar la organización de Avilés. De todos modos, Art no era una simple marioneta. Utilizaba las fuentes que Barrera le proporcionaba para trabajar otras fuentes, obtener influencias, crear recursos en el álgebra de reunir información. Una fuente te consigue dos, dos te consiguen cinco, cinco te consiguen...

Bien, entre las cosas buenas también te consiguen infinitas cantidades de mierda de los tipos de la DEA. Tim Taylor aplicó el tercer grado a Art media docena de veces: «¿De dónde sacas tu información, Art? ¿Cuál es tu fuente? ¿Tienes un soplón? Somos un equipo, Art. En el equipo no existen individualidades».

Sí, pero son necesarias para ganar, pensó Art, y eso es lo que estamos haciendo por fin: ganar. Aumentar nuestra influencia, enfrentar a un *gomero* con otro *gomero*, demostrar a los *campesinos* de Sinaloa que los días de la supremacía de los *gomeros* están llegando a su fin. Así que no le decía nada a Taylor.

Debía admitir que había algo de «Que te den por el culo, Tim, a ti y a tu equipo».

Mientras, Tío Barrera maniobraba como un maestro de la técnica en el cuadrilátero. Siempre avanzando, pero siempre con la guardia alta. Preparaba

sus golpes y los lanzaba solo cuando el riesgo era mínimo. Dejaba sin aliento a don Pedro, le acorralaba y...

El golpe del KO.

Operación Cóndor.

La batida masiva de soldados y aviones de apoyo, con bombas y defoliantes. Pero aún era Art Keller quien les indicaba dónde disparar, casi como si contara con un plano personal de todos los campos de amapolas, invernaderos y laboratorios de la provincia, lo cual era casi literalmente cierto.

Ahora Art se acucilla en la maleza, a la espera del premio gordo.

Pese a todo el éxito de Cóndor, la DEA continúa concentrada en un único objetivo: capturar a don Pedro. Es lo único de lo que ha oído hablar Art: ¿dónde está don Pedro? Capturen a don Pedro. Tenemos que capturar al Patrón.

Como si tuviéramos que colgar la cabeza del trofeo en la pared, de lo contrario toda la operación sería un fracaso. Cientos de hectáreas de amapolas destruidas, toda la infraestructura de los *gomer* de Sinaloa arrasada, pero aún necesitamos al viejo como símbolo de nuestro éxito.

Van por ahí corriendo como locos, en persecución de todos los rumores y chismes, pero siempre un paso atrás, o, como diría Taylor, un día tarde y con un dólar de menos. Art es incapaz de decidir qué desea más Taylor: capturar a don Pedro o que Art no capture a don Pedro.

Art había ido en jeep a inspeccionar las ruinas carbonizadas de un laboratorio de heroína importante, cuando Tío Barrera salió del humo con un pequeño convoy de fuerzas de la DFS.

¿La puta DFS?, se preguntó Art. La Dirección Federal de Seguridad es como el FBI y la CIA juntos, solo que más poderosa. Los chicos de la DFS tienen carta blanca para todo lo que hacen en México. Bien, Tío es un poli de Jalisco. ¿Qué coño está haciendo con un pelotón de la DFS de élite, y encima al mando? Tío se asomó de su jeep Cherokee y dijo con un suspiro:

—Lo mejor será ir a por el viejo don Pedro.

Ofrece a Art el trofeo máspreciado de la Guerra contra las Drogas como si fuera una bolsa de colmado.

—¿Sabe dónde está?—preguntó Art.

—Mejor aún—contestó Tío—. Sé dónde estará.

Así que ahora Art está acucillado en la maleza, a la espera de que el viejo caiga en la emboscada. Nota los ojos de Tío clavados en él. Se vuelve y ve que Tío consulta su reloj.

Art recibe el mensaje.

De un momento a otro.

Don Pedro Avilés está sentado en el asiento delantero de su Mercedes descapotable, mientras traquetea poco a poco sobre la carretera de tierra. Están huyendo del valle en llamas, subiendo la montaña. Si llega al otro lado, estará a salvo.

—Ve con cuidado —dice al joven Güero, que está conduciendo—. Cuidado con los baches. El coche es caro.

—Tenemos que salir de aquí, *patrón* —le dice Güero.

—Lo sé —replica con brusquedad don Pedro—, pero ¿teníamos que tomar esta carretera? El coche se estropeará.

—No habrá soldados en esta carretera —le dice Güero—. Ni *federales*, ni policía estatal.

—¿Lo sabes con certeza? —pregunta Avilés.

Otra vez.

—Me lo dijo Barrera —contesta Güero—. Ha dejado libre esta ruta.

—Más le conviene —dice Avilés—. Con el dinero que le pago...

Dinero para el gobernador Cerro, dinero para el general Hernández Barrera va a recoger el dinero con la misma puntualidad que la menstruación de una mujer. Siempre, dinero para los políticos, dinero para los generales. Siempre ha sido así, desde que don Pedro era joven, cuando su padre le enseñaba el negocio.

Y siempre habrá estas redadas periódicas, estas purificaciones rituales procedentes de Ciudad de México, a petición de los yanquis. Esta vez es a cambio de una subida en el precio del crudo, y el gobernador Cerro envió a Barrera para que informara a don Pedro: «Invierta en petróleo, don Pedro. Venda el opio e invierta en petróleo. Pronto subirá. Y el opio...».

Así que dejé que esos jóvenes idiotas me compraran los campos de amapolas. Cogí el dinero y lo invertí en petróleo. Y Cerro dejó que los yanquis quemaran los campos de amapolas, haciendo el trabajo que el sol habría hecho por ellos.

Porque esa es la gran ironía: la Operación Cóndor se programó para ser lanzada justo antes de que llegaran los años de sequía. Lo ha visto en el cielo durante los dos últimos años. Lo ha visto en los árboles, la hierba, las aves. Los años de sequía se acercan. Cinco años de malas cosechas antes de que vuelvan las lluvias.

—Si los yanquis no hubieran quemado los campos —dice don Pedro a Güero—, lo habría hecho yo. Renueva el suelo.

De modo que la Operación Cóndor es una farsa. Una escenificación, una chanza.

Pero aun así, tiene que huir de Sinaloa.

Avilés no ha sobrevivido durante setenta y tres años siendo descuidado. Por eso Güero conduce, y cinco de sus *sicarios* de más confianza van en un coche

detrás. Hombres cuyas familias viven en la finca de don Pedro en Culiacán, y que serían exterminadas si algo le sucediera a don Pedro.

Y Güero, su aprendiz, su ayudante. Un huérfano al que recogió de las calles de Culiacán, como una *manda* a san Jesús Malverde, el santo patrón de todos los *gomeros* de Sinaloa. Güero, al que enseñó el oficio, al que enseñó todo. Ahora un joven, su mano derecha, un chico espabilado, capaz de realizar complejos cálculos en su cabeza en un abrir y cerrar de ojos, y que sin embargo conduce demasiado deprisa el Mercedes por esta carretera tan mala.

—Más espacio —ordena Avilés.

Güero («Rubiales»), debido a su pelo claro) lanza una risita. El viejo tiene millones y millones, pero cloquea como una gallina vieja cuando ve una factura de reparaciones. Podría tirar este Mercedes y no echarlo de menos, pero se queja de los pocos pesos que le cuesta lavarlo para quitar el polvo.

Güero no se enfada. Ya está acostumbrado.

Aminora la velocidad.

—Deberíamos hacer una *manda* a Malverde cuando llegemos a Culiacán —dice don Pedro.

—No podremos quedarnos en Culiacán, *patrón* —dice Güero—. Los norteamericanos estarán allí.

—A la mierda los norteamericanos.

—Barrera nos aconsejó que fuéramos a Guadalajara.

—No me gusta Guadalajara —replica don Pedro.

—Solo será una temporada.

Llegan a un cruce, y Güero se dispone a doblar a la izquierda.

—A la derecha —dice don Pedro.

—A la izquierda, *patrón* —contesta Güero.

Don Pedro ríe.

—He estado pasando opio de contrabando por estas montañas desde que el padre de tu padre le tiraba de las bragas a tu abuela. Gira a la derecha.

Güero se encoge de hombros y gira a la derecha.

La carretera se estrecha y la tierra es más blanda y profunda.

—Sigue adelante, espacio —dice don Pedro—. Sin pausa, pero sin prisa.

Llegan a una curva cerrada a la derecha que atraviesa la espesa maleza, y Güero levanta el pie del pedal.

—¿*Qué coño te pasa?* —pregunta don Pedro.

Cañones de rifles asoman de la maleza.

Ocho, nueve, diez.

Diez más detrás.

Entonces don Pedro ve a Barrera, con su traje negro, y sabe que todo va bien. La «detención» será una representación para los norteamericanos. Si llega a ir a la cárcel, saldrá en menos de un día.

Se levanta poco a poco y alza las manos. Ordena a sus hombres que le imiten. Güero Méndez se desliza despacio hacia el suelo del coche.

Art empieza a levantarse.

Mira a don Pedro, de pie en su coche con las manos en alto, tembloroso a causa del frío.

El viejo parece muy frágil, piensa Art, como si una ráfaga de viento pudiera derribarle. Una barba blanca incipiente en su cara sin afeitado, los ojos hundidos a causa de la fatiga evidente. Un viejo débil cerca del final del camino.

Parece casi cruel detenerle, pero...

Tío asiente.

Sus hombres abren fuego.

Las balas sacuden a don Pedro como si fuera un árbol joven.

—¿Qué están haciendo?— grita Art—. Está intentando...

El estruendo de los fusiles ahoga su voz.

Güero está agachado en el suelo del coche, con las manos sobre los oídos porque el ruido es increíble. La sangre del viejo cae como lluvia suave sobre sus manos, la cara, la espalda. Pese al ruido de los fusiles, consigue oír los chillidos de don Pedro.

Como una vieja que ahuyentara a un perro del corral.

Un sonido de su infancia.

Enmudece por fin.

Güero espera a que transcurran diez largos segundos de silencio antes de osar levantarse.

Cuando lo hace, ve que los policías salen de los arbustos. Detrás de él, los cinco *sicarios* de don Pedro están muertos, y brota sangre de los agujeros que las balas han abierto en la carrocería del coche, como agua de un bajante.

Y a su lado, don Pedro.

El *patrón* tiene la boca y un ojo abiertos.

El otro ojo ha desaparecido.

Su cuerpo parece uno de esos rompecabezas baratos, en los que tratas de colocar las bolitas en los agujeros, salvo porque hay muchísimos agujeros. Y el viejo está cubierto por una capa de cristales astillados del parabrisas, como azúcar hilado que cubriera al novio en la tarta de una boda de lujo.

Güero piensa por un momento en lo mucho que se enfadaría don Pedro si viera los daños causados en su Mercedes.

El coche está para el desguace.

Art abre la puerta del coche, y el cadáver del viejo se desploma fuera.

Se queda asombrado al comprobar que el pecho del anciano todavía se mueve. Si pudiéramos evacuarle por aire, piensa Art, tal vez exista una posibilidad de...

Tío se acerca, contempla el cuerpo y dice:

—Alto o disparo.

Saca una 45 de su funda, apunta a la nuca del viejo *patrón* y aprieta el gatillo.

El cuello de don Pedro se agita bruscamente, y vuelve a caer al suelo.

Tío mira a Art, y dice:

—Quiso sacar la pistola.

Art no contesta.

—Quiso sacar la pistola —repite Tío—. Todos lo hicieron.

Art contempla los cuerpos diseminados por el suelo. Las tropas de la DFS están recogiendo las armas de los muertos y disparándolas al aire. Destellos rojos brotan de los cañones de las pistolas.

Esto no ha sido una detención, piensa Art, sino una ejecución.

El larguirucho conductor rubio sale arrastrándose del coche, con las rodillas apoyadas en el suelo empapado de sangre, y levanta las manos. Está temblando. Art no sabe si de miedo, de frío, o de ambas cosas. Tú también estarías temblando, se dice, si supieras que estás a punto de ser ejecutado.

Basta de una puta vez.

Art se dispone a interponerse entre Tío y el chaval arrodillado.

—Tío...

—*Levántate, Güero* —dice Tío.

El chico se pone en pie, tembloroso.

—*Dios le bendiga, patrón.*

Patrón.

Entonces, Art comprende: esto no es una detención ni una ejecución.

Es un asesinato.

Mira a Tío, que ha enfundado la pistola y está encendiendo uno de sus delgados puros negros. Tío alza la vista, y advierte que Art le está mirando; señala con un movimiento de la mandíbula el cadáver de don Pedro, y dice:

—Ya tienes lo que querías.

—Y tú también.

—*Pues...* —Tío se encoge de hombros—. Recoge tu trofeo.

Art vuelve hacia su jeep y saca su poncho. Regresa y envuelve con cuidado el cuerpo de don Pedro, y después lo alza en brazos. Es como si el viejo no pesara nada.

Art lo carga hasta el jeep y lo deposita sobre el asiento trasero.

Se marcha a dejar el trofeo en el campamento base.

Cóndor, Fénix, ¿cuál es la diferencia?

El infierno es el infierno, lo llames como lo llames.

Una pesadilla despierta a Adán Barrera.

Un bajo rítmico, atronador.

Sale corriendo de la cabaña y ve gigantescas libélulas en el cielo. Parpadea, y se convierten en helicópteros.

Descienden en picado como buitres.

Entonces oye gritos, el sonido de camiones y caballos. Soldados que corren, armas que disparan. Agarra a un *campesino* y ordena «¡Escóndeme!», y el hombre le conduce al interior de una cabaña, donde Adán se esconde debajo de la cama hasta que el techo de paja estalla en llamas, sale corriendo y se topa con las bayonetas de los soldados.

Un desastre. ¿Qué coño está pasando?

Y su tío, su tío se pondrá furioso. Les había dicho que se marcharan una semana, que se quedaran en Tijuana, o incluso en San Diego, en cualquier lugar excepto aquí. Pero su hermano Raúl tenía que ver a esa chica de Badiraguato que le tiene loco, iba a celebrarse una fiesta, y Adán tenía que acompañarle. Y ahora, Raúl está Dios sabe dónde, piensa Adán, y yo tengo bayonetas apuntándome al pecho.

Tío ha criado a los dos chicos desde que su padre murió, cuando Adán tenía cuatro años. Tío Ángel apenas era un muchacho en aquella época, pero aceptó la responsabilidad como un adulto, llevó dinero al hogar, les habló a los niños como un padre, se encargó de que se portaran como es debido.

El nivel de vida de la familia aumentó a medida que Tío iba ascendiendo en el cuerpo, y cuando Adán era un adolescente ya llevaban un estilo de vida de clase media. Al contrario que los *gomeros* rurales, los hermanos Barrera eran chicos de ciudad. Vivían en Culiacán, iban a un colegio de la localidad, asistían a fiestas en los chalets de la ciudad, a fiestas en la playa de Mazatlán. Pasaban parte de los cálidos veranos en la hacienda de Tío, respirando el aire fresco de las montañas de Badiraguato, jugando con los hijos de los *campesinos*.

Los días de la infancia en Badiraguato fueron idílicos: iban en bicicleta a los lagos de las montañas, saltaban desde las paredes rocosas de las canteras para zambullirse en las profundas aguas esmeralda de las canteras, pasaban el tiempo en el amplio porche de la casa, mientras una docena de *tías* les mimaban y preparaban *tortillas*, *albóndigas* y el postre favorito de Adán, flan casero cubierto con una gruesa capa de caramelo.

Adán llegó a querer a los *campesinos*.

Se convirtieron en una numerosa y cariñosa familia para él. Su madre se había mostrado distante desde la muerte de su padre, y su tío era todo negocios y seriedad. Pero los *campesinos* poseían toda la calidez del sol del verano.

Tal como predicaba el cura de su infancia, el padre Juan, «Cristo está del

lado de los pobres» .

Trabajan tanto, observaba el joven Adán, en los campos, en las cocinas y en las lavanderías, y tienen tantos hijos, pero cuando los adultos vuelven del trabajo, siempre da la impresión de que tienen tiempo para abrazar a los niños, hacerles saltar sobre las rodillas, jugar y bromear.

A Adán le gustaban las noches de verano más que cualquier cosa, cuando las familias se reunían, las mujeres cocinaban, los niños correteaban de un lado a otro, y los hombres bebían cerveza fría, bromeaban y hablaban de las cosechas, el tiempo, el ganado. Después, todos se sentaban y cenaban juntos en largas mesas bajo antiguos robles, y enmudecían cuando la gente se dedicaba al muy serio asunto de comer. Después, una vez saciada el hambre, las conversaciones volvían a iniciarse, las bromas, las tomaduras de pelo familiares, las carcajadas. Después, cuando el largo día veraniego daba paso a la noche y el aire se enfriaba, Adán se sentaba lo más cerca posible de las sillas libres que luego se ocuparían cuando los hombres volvieran con sus guitarras. Después se sentaba, literalmente, a los pies de los hombres mientras cantaban la *tambora*, escuchaba fascinado las canciones sobre *gomeros*, *bandidos* y *revolucionarios*, los héroes de Sinaloa, que eran las leyendas de su infancia.

Y al cabo de un rato, los hombres se cansaban, hablaban de que el sol saldría temprano, las *tías* volvían con Adán y Raúl a la hacienda, donde dormían en literas, en el balcón protegido con telas mosquiteras, sobre las sábanas que las *tías* habían rociado con agua fresca.

Y casi todas las noches, las *abuelas* les contaban historias de *brujas*, historias de fantasmas y espíritus que adoptaban la forma de lechuzas, halcones y águilas, serpientes, lagartos, zorros y lobos. Historias de hombres ingenuos hechizados por el *amor brujo*, un amor demencial y obsesivo, y de hombres que luchaban contra pumas y lobos, gigantes y fantasmas, todo por el amor de hermosas jóvenes, solo para descubrir más tarde que sus amadas eran en realidad brujas feas y viejas, lechuzas o zorras.

Adán se dormía escuchando aquellos cuentos, y dormía como un tronco hasta que el sol le daba en los ojos, y todo el largo y maravilloso día de verano empezaba de nuevo, con el olor de *tortillas* recién hechas, *machaca*, *chorizo*, y naranjas gordas y dulces.

Ahora, la mañana huele a cenizas y veneno.

Los soldados están invadiendo el pueblo, prenden fuego a los techos de paja, derriban paredes de adobe con las culatas de sus fusiles.

El teniente Navarres, de los *federales*, está de muy mal humor. Los agentes norteamericanos de la DEA están muy cabreados. Están hartos de detener a « gente sin importancia ». Quieren peces gordos y le están jodiendo, porque insinúan que él sabe dónde están los « peces gordos » y que les está desviando de

su pista a propósito.

Han capturado a un montón de pringados, pero no al pez gordo. Quieren a García Abrego, Chalino Guzmán, alias el Verde, Jaime Herrera y Rafael Caro, y todos ellos se han escabullido de la redada.

Sobre todo, quieren a don Pedro.

El Patrón.

—No hemos venido para hacer la vista gorda, ¿verdad? —le preguntó en serio uno de los hombres de la DEA, con su gorra de béisbol azul. Lo cual enfureció a Navarres, esta eterna calumnia yanqui de que todos los polis mexicanos aceptan *la mordida*.

Así que Navarres está enfurecido, y humillado, lo cual convierte a un hombre orgulloso en un hombre peligroso.

Entonces ve a Adán.

Un vistazo a los tejanos de marca y las zapatillas de deporte Nike revelan al teniente que ese joven bajito, con su corte de pelo de ciudad y su ropa elegante, no es un *campesino*. Tiene el aspecto de un *gomero* de clase media de Culiacán.

El teniente se acerca y examina a Adán.

—Soy el teniente Navarres —dice el oficial—, de la policía federal judicial. ¿Dónde está don Pedro Avilés?

—No sé nada de eso —contesta Adán, reprimiendo el temblor de su voz—. Soy estudiante universitario.

—¿Qué estudias? —se burla Navarres.

—Económicas —contesta Adán—. Contabilidad.

—Un contable —dice Navarres—. ¿Qué cuentas? ¿Kilos?

—No —dice Adán.

—Estabas aquí por casualidad.

—Mi hermano y yo hemos venido a una fiesta —dice Adán—. Escuche, todo es un error. Si habla con mi tío, él le explicará...

Navarres saca la pistola y golpea a Adán en la cara. Los *federales* arrojan al inconsciente Adán y al *campesino* que le ocultó a la parte posterior de un camión, y después se alejan.

Esta vez, Adán despierta en la oscuridad.

Se da cuenta de que no es de noche, sino que le han tapado la cabeza con una capucha negra. Le cuesta respirar, y el pánico empieza a apoderarse de él. Tiene las manos atadas a la espalda y oye sonidos, motores en funcionamiento, rotores de helicópteros. Debemos de estar en una especie de base, piensa Adán. Entonces oye algo peor: los gemidos de un hombre, los golpes rotundos de algo hecho de goma y el chasquido del metal sobre la carne y los huesos. Percibe el olor de la orina del hombre, de su mierda, de su sangre, y después el hedor

repugnante de su propio miedo.

Oye la voz suave y aristocrática de Navarres.

—Dime dónde está don Pedro.

Navarres mira al campesino, un pedazo de carne sudoroso, sanguinolento y tembloroso, aovillado en el suelo de la tienda, entre los pies de dos enormes *federales*, cada uno de los cuales sujeta un trozo de manguera de goma, y el otro una vara de hierro. Los hombres de la DEA están sentados fuera, esperando a que largue. Solo quieren información. No quieren saber cómo se obtiene.

A los norteamericanos, piensa Navarres, no les gusta ver cómo se hacen las salchichas.

Cabecea en dirección a uno de los *federales*.

Adán oye el zumbido de la manguera de goma y un chillido.

—¡Dejen de golpearle! —grita.

—Ah, está de nuevo con nosotros —dice Navarres a Adán. Se acerca, y Adán percibe su aliento. Huele a menta—. Dime, ¿dónde está don Pedro?

—¡No se lo digas! —grita el *campesino*.

—Rómpele la pierna —dice Navarres.

Se oye un terrible sonido cuando el *federal* descarga la barra de hierro sobre la pantorrilla del *campesino*.

Como el de un hacha sobre la madera.

Luego chillidos.

Adán oye que el hombre gime, se atraganta, vomita, pero no dice nada.

—Ahora sí que creo que no sabe nada —dice Navarres.

Adán percibe que el *comandante* se acerca. Percibe olor a café y tabaco en el aliento del hombre, cuando el *federal* dice:

—Pero tú sí.

Arrancan la capucha de la cabeza de Adán, pero antes de que pueda ver nada, le vendan los ojos. Después nota que inclinan la silla hacia atrás, con sus pies formando un ángulo de cuarenta y cinco grados en relación con el suelo.

—¿Dónde está don Pedro?

—No lo sé.

Y es que no lo sabe. Ese es el problema. Adán no tiene ni idea de dónde está don Pedro, aunque lo desea con todas sus fuerzas. Se enfrenta a una dura realidad: si lo supiera, lo diría. No es tan duro como el *campesino*, piensa, ni tan valiente, ni tan leal. Antes de dejar que me rompan una pierna, antes de oír ese sonido horrible sobre mis huesos, de sentir un dolor inimaginable, les diría cualquier cosa.

Pero no lo sabe.

—La verdad es que no tengo ni idea... —dice—. No soy un *gomero*...

—Ajá.

El leve murmullo de incredulidad de Navarres.

Entonces Adán huele algo.

Gasolina.

Embuten un trapo en la boca de Adán.

Adán se revuelve, pero unas manos enormes le inmovilizan mientras vierten gasolina por las ventanas de su nariz. Experimenta la sensación de que se está ahogando, y es verdad. Quiere toser, atragantarse, pero el trapo metido en su boca no le deja. Siente que el vómito asciende hacia su garganta, y se pregunta si va a asfixiarse con una mezcla de vómitos y gasolina, cuando las manos le sueltan y la cabeza se agita con violencia de un lado a otro, y entonces le quitan el trapo y enderezan la silla.

Cuando Adán para de vomitar, Navarres repite la pregunta.

—¿Dónde está don Pedro?

—No lo sé —dice Adán con voz estrangulada. Siente que el pánico se apodera de él, que le impulsa a decir una estupidez—. Llevo dinero en los bolsillos.

Echan la silla hacia atrás y le meten de nuevo el trapo en la boca. Un chorro de gasolina inunda las ventanas de su nariz, como si invadiera su cerebro. Espera que sea así, espera que le mate, porque es insoportable. Justo cuando cree que va a perder el conocimiento, enderezan la silla, le quitan el trapo y se vomita encima.

—¿Quién te crees que soy? —chilla Navarres—. ¿Un poli de tráfico que te ha detenido por exceso de velocidad? ¡Intentas sobornarme!

—Lo siento —jadea Adán—. Suélteme. Me pondré en contacto con usted, le pagaré lo que quiera. Fije el precio.

Hacia atrás de nuevo. El trapo, la gasolina. La espantosa, horrible sensación de los vapores que invaden las ventanas de su nariz, su cerebro, sus pulmones. Siente que su cabeza se agita, su torso se retuerce, sus pies patean el suelo de una forma incontrolable. Cuando por fin se detiene, Navarres levanta la barbilla de Adán entre el índice y el pulgar.

—*Traficante de mierda* —dice—. Crees que todo el mundo está en venta, ¿verdad? Bien, voy a decirte algo, pedazo de mierda: no puedes comprarme. No estoy en venta. No hay nada que negociar. Vas a decirme lo que quiero saber, así de sencillo.

Entonces, Adán se oye decir algo muy estúpido.

—*Comemierda*.

Navarres pierde los papeles.

—¿Debería comer mierda? —grita—. ¿Debería comer mierda? Traedle aquí.

Levantando a Adán, le sacan de la tienda y le arrastran hasta las letrinas, un hediondo agujero con el asiento de un váter antiguo encima. Lleno casi hasta el borde de mierda, pedazos de papel de váter, orines, moscas...

Los *federales* levantan a Adán, que se revuelve, y sostienen su cabeza sobre

el agujero.

—¿Debería comer mierda?—chilla Navarres—. ¡Tú sí que comerás mierda!
Bajan a Adán hasta sumergir por completo su cabeza en la mierda.

Intenta contener el aliento. Se retuerce, se revuelve, intenta contener de nuevo el aliento, pero al final tiene que respirar en la mierda. Le sacan.

Adán tose y expulsa la mierda de su boca.

Aspira una bocanada de aire cuando vuelven a bajarle.

Cierra los ojos y la boca con fuerza, jura que morirá antes que tragar mierda de nuevo, pero sus pulmones no tardan en reclamar aire, su cerebro amenaza con estallar, abre la boca de nuevo, se ahoga con la mierda, y entonces le levantan y arrojan al suelo.

—Bien, ¿quién va a comer mierda?

—Yo.

—Limpiadle.

El chorro de agua de la manguera duele, pero Adán se siente agradecido. Está a cuatro patas, presa de náuseas y vomitando, pero la sensación del agua es maravillosa.

Una vez restablecido el orgullo de Navarres, se inclina sobre Adán casi como un padre.

—¿Y ahora... dónde está don Pedro?

—No... lo... sé —grita Adán.

Navarres sacude la cabeza.

—Lleaos al otro —ordena a sus hombres. Unos momentos después, los *federales* salen de la tienda arrastrando al *campesino*. Tiene los pantalones blancos manchados de sangre y rotos. La pierna izquierda se arrastra en un ángulo imposible, y un fragmento puntiagudo de hueso asoma de la carne.

Adán lo ve y vuelve a vomitar.

Vuelve a sentir náuseas cuando empiezan a arrastrarle hasta un helicóptero.

Art aprieta un pañuelo contra su boca.

El humo y la ceniza le están afectando, le escuecen los ojos, se le meten en la boca. Dios sabe qué mierda tóxica están absorbiendo mis pulmones, piensa.

Llega a una aldea situada en una curva de la carretera. Los *campesinos* se hallan parados al otro lado de la carretera y contemplan a los soldados, preparados para prender fuego a los techos de paja de sus *casitas*. Soldados jóvenes y nerviosos impiden que intenten recuperar sus pertenencias de las casas en llamas.

Entonces Art ve a un lunático.

Un hombre alto y corpulento, con la cabeza cubierta de pelo blanco, sin afeitarse, con barba blanca de varios días, una camisa de algodón sobre unos

tejanos y zapatillas de tenis, sostiene un crucifijo de madera delante de él como un mal actor en una película de vampiros de serie B. Se abre paso entre la multitud de *campesinos* y deja atrás a los soldados.

Los soldados también deben de pensar que está loco, porque se apartan y le dejan pasar. Art ve que el hombre cruza la carretera y se interpone entre dos soldados provistos de antorchas y una casa.

—¡En el nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, os prohíbo hacer esto! —grita el hombre.

Será el tío chiflado de alguien, piensa Art, alguien a quien tienen recluido en casa, y que ha aprovechado el caos para escapar y ahora vaga por ahí, dando rienda suelta a su complejo de mesías. Los dos soldados miran al hombre sin saber qué hacer.

El sargento se lo dice. Se acerca y grita que dejen de mirar como si estuvieran *fregados* y prendan fuego a la casa *chingada*. Los soldados intentan esquivar al hombre, pero este se mueve para impedirles el paso.

Se mueve rápido para estar tan gordo, piensa Art.

El sargento toma su rifle y levanta la culata hacia el loco, como con la intención de partírselo el cráneo, pero el desconocido no se mueve.

El lunático no se mueve. Se queda quieto, invocando el nombre de Dios.

Art suspira, para el jeep y baja.

Sabe que no tiene que entrometerse, pero no puede permitir que le partan la cabeza a un chiflado sin intentar impedirlo. Se acerca al sargento, le dice que él se ocupará del asunto, agarra al lunático por el codo y trata de alejarle.

—Vamos, *viejo* —dice Art—. Jesús me ha dicho que quiere verte al otro lado de la carretera.

—¿De veras? —contesta el hombre—. Porque Jesús me ha dicho que te vayas a tomar por el culo.

El hombre le mira con unos ojos grises asombrosos. Art los mira y comprende al instante que ese tipo no está como una regadera, sino que se trata de algo diferente por completo. A veces ves los ojos de una persona y sabes, sin más, que la hora de las gilipolleces ha terminado.

Estos ojos han visto cosas, y no se han estremecido ni inmutado.

El hombre mira las letras DEA en la gorra de Art.

—¿Orgullosa de ti mismo? —pregunta.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Y yo estoy haciendo el mío.

Se vuelve hacia los soldados y vuelve a ordenarles que paren y desistan.

—Escuche —dice Art—, no quiero que le hagan daño.

—Pues cierra los ojos. —El hombre se fija en la expresión consternada de Art—. No te preocupes —añade—, no me tocarán. Soy un cura. Un obispo, en realidad.

¿Un obispo?, piensa Art. ¿Vete a tomar por el culo? ¿Qué clase de cura... perdón, obispo, utiliza ese tipo de...?

Una ráfaga de ametralladora interrumpe sus pensamientos.

Art oye el pop-pop-pop sordo de un AK-47 y se arroja al suelo, lo más pegado al suelo posible. Levanta la vista y ve que el cura sigue de pie, como un árbol solitario en una pradera, mientras todos los demás han mordido el polvo, con la cruz en alto, gritando hacia las colinas, ordenando que dejen de disparar.

Es una de las cosas más increíbles y valientes que Art ha visto en su vida.

O estúpida, o loca.

Mierda, piensa Art.

Se pone de rodillas, salta hacia las piernas del cura, le obliga a caer y lo inmoviliza.

—Las balas no saben que es un cura —le dice.

—Dios me llamará cuando llegue mi hora —replica el cura.

Bien, pues Dios casi acaba de descolgar el teléfono, piensa Art. Se queda tirado en el suelo al lado del cura hasta que el tiroteo cesa, después se arriesga a levantar la vista y observa que los soldados han empezado a alejarse de la aldea, en dirección al origen de los disparos.

—¿No te sobraré un cigarrillo? —pregunta el cura.

—No fumo.

—Puritano.

—Le mataré —dice Art.

—Todo lo que me gusta me matará —replica el cura—. Fumo, bebo, como demasiado. Sublimación sexual, supongo. Soy el obispo Parada. Puedes llamarme padre Juan.

—Está usted loco, padre Juan.

—Cristo necesita de locos —dice Parada al tiempo que se pone en pie y se sacude el polvo. Pasea la vista a su alrededor y sonríe—. Y el pueblo sigue en su sitio, ¿verdad?

Sí, piensa Art, porque los *gomer*os empezaron a disparar.

—¿Tiene nombre? —pregunta el cura.

—Art Keller.

Le tiende la mano. Parada la acepta.

—¿Por qué estás quemando mi país, Art Keller? —pregunta.

—Como ya he dicho, estoy ...

—Haciendo tu trabajo —dice Parada—. Un trabajo de mierda, Arturo.

Ve que Art reacciona al « Arturo » .

—Bien, eres medio mexicano, ¿verdad? —pregunta Parada.

—Por parte de madre.

—Yo soy medio norteamericano —dice Parada—. Nací en Texas. Mis padres eran *mojados*, obreros emigrantes. Me trajeron a México cuando todavía era un

bebé, lo cual me convierte, técnicamente, en ciudadano estadounidense. En texano, nada menos.

—Sí.

«Engánchalos por los cuernos» .

Una mujer llega corriendo y se pone a hablar con Parada. Está llorando, y habla tan deprisa que a Art le cuesta entenderla. No obstante, capta algunas palabras: *padre Juan y federales y tortura...*

Parada se vuelve hacia Art.

—Están torturando a la gente en un campamento cercano. ¿Puedes conseguir que paren?

Es probable que no, piensa Art. Es el procedimiento habitual en Córdor. Los *federales* los afinan, y cantan para nosotros.

—Padre, no estoy autorizado a interferir en los asuntos internos de...

—No me trates como si fuera idiota —interrumpe el cura. Lo dice en un tono autoritario que obliga a Art Keller a escuchar—. Vámonos.

Se dirige al jeep de Art y se sube.

—Mueve el culo.

Art sube y pone el motor en marcha.

Cuando llegan al campamento base, Art ve a Adán sentado en la parte posterior de un helicóptero abierto, con las manos atadas a la espalda. A su lado está tendido un *campesino* con una espantosa fractura.

El helicóptero está a punto de despegar. Los rotores están girando, arrojan guijarros y polvo a la cara de Art. Salta del jeep, se agacha debajo de los rotores y corre hacia el piloto, Phil Hansen.

—¿Qué coño pasa, Phil? —grita Art.

Phil le sonríe.

—¡Dos pájaros!

Art reconoce la expresión: cazas dos pájaros. Uno vuela, el otro canta.

—¡No! —dice Art. Señala a Adán con el pulgar—. ¡Este tipo es mío!

—¡Que te den por el culo, Keller!

Sí, que me den por el culo, piensa Art. Mira en la parte posterior del helicóptero, donde Parada ya está atendiendo al *campesino* de la pierna rota. El cura se vuelve hacia Art con una mirada que es una pregunta y una exigencia al mismo tiempo.

Art sacude la cabeza, saca la 45, la amartilla y la apunta a la cara de Hansen.

—No vas a despegar, Phil.

Art oye que los *federales* alzan sus rifles y las balas entran en las recámaras.

Los tíos de la DEA salen corriendo de la tienda.

—Keller —grita Taylor—, ¿qué coño crees que estás haciendo?

—¿Es esto lo que hacemos ahora, Tim? —pregunta Art—. ¿Arrojamos a gente desde los helicópteros?

—No eres nuevo en esto, Keller —replica Taylor—. Has ido en el asiento trasero montones de veces.

No puedo decir nada al respecto, piensa Art. Es verdad.

—Estás acabado, Keller —dice Taylor—. Ahora sí. Te dejaré sin trabajo. Te mandaré a la cárcel.

Parece contento.

Art sigue apuntando la pistola a la cara de Hansen.

—Es un asunto mexicano —dice Navarres—. Manténgase al margen. No está en su país.

—¡Es mi país! —brama Parada—. Voy a excomulgar su culo tan deprisa...

—Ese lenguaje, padre —dice Navarres.

—Dentro de un momento será todavía peor.

—Estamos intentando localizar a don Pedro Avilés —explica Navarres a Art. Señala a Adán—. Este pedazo de mierda sabe dónde está, y nos lo va a decir.

—¿Quiere a don Pedro? —pregunta Art. Vuelve a su jeep y desenrolla el poncho. Don Pedro cae al suelo, levantando nubecillas de polvo—. Ya lo tiene.

Taylor contempla el cuerpo cosido a balazos.

—¿Qué ha pasado?

—Intentamos detenerle a él y a cinco de sus hombres —dice Art—. Se resistieron. Todos han muerto.

—Todos —dice Taylor sin apartar la vista de Art.

—Sí.

—¿Ningún herido?

—No.

Taylor sonríe satisfecho, pero está cabreado, y Art lo sabe, Art acaba de traer el Gran Trofeo, y Taylor ya no puede hacerle nada. Nada de nada. Ha llegado el momento de la ofrenda de paz. Art hace un gesto con el mentón hacia Adán y el *campesino* herido.

—Supongo que los dos tenemos que callar algunas cosas, Tim.

—Sí.

Art sube a la parte posterior del helicóptero y empieza a desatar a Adán.

—Lo siento.

—No tanto como yo —le dice Adán. Se vuelve hacia Parada—. ¿Cómo está esa pierna, padre Juan?

—¿Os conocéis? —pregunta Art.

—Yo le bauticé —dice Parada—. Le di la primera comunión. Y este hombre se pondrá bien.

Pero la mirada que dirige a Art y a Adán revela algo diferente.

—¡Ahora ya puedes despegar, Phil! —grita Art—. ¡Hospital de Culiacán, y

ve con cuidado!

El helicóptero despega.

—Arturo —dice Parada.

—¿Sí?

El sacerdote sonríe.

—Felicidades —dice Parada—. Estás loco.

Art contempla los campos arrasados, las aldeas quemadas, los refugiados que ya están formando una línea en la carretera de tierra.

El paisaje requemado y chamuscado se aleja hasta perderse de vista.

Campos de flores negras.

Sí, piensa Art, estoy loco.

Una hora y media más tarde, Adán yace entre las limpias sábanas blancas del mejor hospital de Culiacán. Han desinfectado y curado la herida que Navarres le hizo en la cara con el cañón de la pistola, le han inyectado antibióticos, pero ha rechazado los sedantes.

Adán quiere sentir el dolor.

Baja de la cama y recorre los pasillos hasta localizar la habitación donde, debido a su insistencia, han llevado a Manuel Sánchez.

El *campesino* abre los ojos y ve a Adán.

—Mi pierna.

—Sigue en su sitio.

—No les deje...

—No lo haré —dice Adán—. Duerme un poco.

Adán busca al médico.

—¿Podrá salvarle la pierna?

—Eso creo —dice el médico—, pero será caro.

—¿Sabe quién soy?

—Sé quién es.

Adán no pasa por alto la expresión desdeñosa y la insinuación aún más desdeñosa: Sé quién es su tío.

—Sálvele la pierna —dice Adán—, y será el jefe de un ala nueva de este hospital. Pierda la pierna, y pasará el resto de su vida practicando abortos en un burdel de Tijuana. Pierda al paciente, y le meterán en una tumba antes que a él. Y no será mi tío el que le meta en ella, seré yo. ¿Me ha comprendido?

El médico ha comprendido.

Y Adán comprende que la vida ha cambiado.

La infancia ha terminado.

Ahora la vida va en serio.

Tío inhala poco a poco un puro habano y mira la anilla de humo flotar en la habitación.

La Operación Cóndor no habría podido salir mejor. Quemados los campos de Sinaloa, envenenada la tierra, dispersos los *gomer*os y Avilés enterrado, los norteamericanos creen que han destruido el origen del mal, y dejarán en paz a México.

Su satisfacción me concederá tiempo y libertad para crear una organización que, cuando los norteamericanos despierten, no podrán ni tocar.

Una *federación*.

Alguien llama a la puerta con suavidad.

Un agente de la DFS vestido de negro, con la Uzi colgada al hombro, entra.

—Alguien ha venido a verle, don Miguel. Dice que es su sobrino.

—Déjale entrar.

Adán aparece en el umbral.

Miguel Ángel Barrera ya sabe todo lo que le ha sucedido a su sobrino: la paliza, la tortura, sus amenazas al médico, su visita a la clínica de Parada. De un día para otro, el chico se ha convertido en hombre.

Y el hombre va al grano.

—Sabías lo de la redada —dice Adán.

—De hecho, colaboré en su planificación.

En realidad, los objetivos habían sido elegidos con todo cuidado para eliminar enemigos, rivales y viejos dinosaurios, incapaces de comprender el nuevo mundo. De todos modos, no habrían sobrevivido, y solo habrían significado un estorbo.

Ahora ya no lo son.

—Fue una atrocidad —dice Adán.

—Era necesario —contesta Tío—. En cualquier caso, iba a suceder, así que lo mejor será aprovecharse. Los negocios son así, Adán.

—Bien... —dice Adán.

Y ahora, piensa Tío, veremos en qué clase de hombre se ha convertido el chico. Espera a que Adán continúe.

—Bien —dice Adán—, quiero entrar en el negocio.

Tío Barrera levanta la cabeza de la mesa.

Han cerrado el restaurante por la noche: fiesta privada. Yo diría que lo es, piensa Adán. El lugar está rodeado de hombres de la DFS armados con Uzis. Todos los invitados han sido cacheados y despojados de sus armas de fuego.

La lista de invitados sería un sueño para los yanquis. Todos los *gomer*os importantes que Tío seleccionó para sobrevivir a la Operación Cóndor se hallan

presentes. Adán se sienta al lado de Raúl y examina los rostros de la mesa.

García Abrego, con cincuenta años, un veterano en el negocio. Cabello plateado y bigote plateado, parece un gato viejo y sabio. De hecho, lo es. Mira a Barrera impassible, y Adán es incapaz de leer sus reacciones.

—Así ha conseguido llegar a los cincuenta en este negocio —le dice Tío a Adán—. Aprende de él.

Sentado al lado de Abrego está el hombre que Adán conoce como el Verde, llamado así debido a las botas verdes de piel de avestruz que lleva siempre. Aparte de esa vanidad, Chalino Guzmán parece un campesino: camisa de algodón y tejanos, sombrero de paja.

Sentado al lado de Guzmán está Güero Méndez.

Incluso en este restaurante urbano, Güero exhibe su indumentaria de vaquero: camisa negra con botones de nácar, tejanos negros ceñidos con una enorme hebilla plateada y turquesa, botas puntiagudas y sombrero de vaquero blanco, incluso por dentro.

Y Güero no puede dejar de hablar sobre el hecho de haber sobrevivido milagrosamente a la emboscada de los *federales* que acabó con la vida de su jefe, don Pedro.

—San Jesús Malverde me protegió de las balas —estaba diciendo Güero—. Os digo, hermanos, que caminé a través de la lluvia. Durante horas no supe que estaba vivo. Pensé que era un fantasma.

Dale que dale, tocando los huevos con su historia de que vació la *pistola* sobre los *federales*, que saltó del coche y corrió (« entre las balas, hermanos ») hacia los matorrales, desde los cuales escapó. Y cómo regresó a la ciudad, « pensando que cada momento era el último, hermanos » .

Adán pasea la mirada sobre el resto de los invitados: Jaime Herrera, Rafael Caro, Chapo Montana, todos los *gomer*os de Sinaloa, ahora todos en busca y captura, todos a la fuga. Barcos extraviados y empujados por el viento que Tío ha conducido a puerto seguro.

Tío ha convocado esta reunión, y por el simple hecho de hacerlo ha establecido su superioridad. Les ha obligado a sentarse juntos ante enormes envases de gambas frías, bandejas de *carne* fileteada y cajas de cerveza helada que los hombres de verdad de Sinaloa prefieren al vino.

En la sala de al lado, jóvenes músicos de Sinaloa están calentando para cantar *bandas*, canciones que ensalzan las hazañas de los *traficantes* famosos, muchos de los cuales se sientan a la mesa. En una sala privada, situada en la parte de atrás, hay reunidas una docena de putas de lujo que han venido desde el exclusivo burdel de Haley Saxon en San Diego.

—La sangre derramada se ha secado —dice Tío—. Ha llegado el momento de olvidar todas las rencillas, de lavar el sabor amargo de la *venganza* de nuestra

boca. Estas cosas han desaparecido, como el agua del río de ayer.

Toma un sorbo de cerveza, la paladea, y después la escupe.

Hace una pausa para ver si alguien protesta.

Nadie lo hace.

—También ha desaparecido nuestra antigua vida —dice—. Desaparecido entre veneno y llamas. Nuestras antiguas vidas eran como los frágiles sueños que soñamos despiertos, y que se alejan de nosotros como humo en el viento. Quizá nos gustaría recuperar el sueño, seguir durmiendo pacíficamente, pero eso no es vida, sino sueño.

» Los norteamericanos querían dispersar a los hombres de Sinaloa. Quemar nuestras tierras y ahuyentarnos. Pero el fuego que consume también deja sitio para una nueva cosecha. El viento que destruye también envía la simiente a la nueva tierra. Si quieren dispersarnos, así sea. Estupendo. Nos dispersaremos como las semillas de la *manzanita*, que crece en cualquier suelo. Crece y se esparce. Yo digo que nos esparzamos como los dedos de una sola mano. Yo digo que, si no nos dejan quedarnos en nuestra Sinaloa, nos apoderemos de todo el país.

» Hay tres territorios fundamentales desde los cuales dirigiremos *la pista secreta*: Sonora, fronteriza con Texas y Arizona; el Golfo, justo enfrente de Texas, Luisiana y Florida; y Baja, vecina de San Diego, Los Angeles y la costa Oeste. Pido a Abrego que se quede el Golfo como *plaza*, que tenga como mercados Houston, Nueva Orleans, Tampa y Miami. Pido al Verde, don Chalino, que tome la Plaza de Sonora, con base en Juárez, para tener Nuevo México, Arizona y el resto de Texas como mercado.

Adán intenta sin éxito leer sus reacciones: la Plaza del Golfo es rica en potencia, pero plagada de dificultades, pues la jurisdicción norteamericana termina en México y se concentra en la zona este del Caribe. Pero Abrego debería ganar millones (no, miles de millones) si encuentra una fuente para vender el producto.

Mira al Verde, cuyo rostro de *campesino* es impenetrable. La Plaza de Sonora debería ser lucrativa. El Verde debería ser capaz de introducir toneladas de drogas en Phoenix, El Paso y Dallas, por no hablar de la ruta que va al norte desde esas ciudades hasta Chicago, Mineápolis y, en especial, Detroit.

Pero todo el mundo está esperando el momento crucial, y Adán escruta sus ojos cuando se dan cuenta de que Tío se ha reservado la parte más suculenta del pastel.

Baja.

Tijuana permite el acceso a los enormes mercados de San Diego, Los Angeles, San Francisco, San José. Y a los sistemas de transporte capaces de trasladar el producto hasta los mercados aún más ricos del nordeste de Estados Unidos: Filadelfia, Boston y la joya de la corona: Nueva York.

Por lo tanto, está la Plaza del Golfo y la Plaza de Sonora, pero Baja es la Plaza.

La Plaza.

De modo que nadie se ve emocionado, ni sorprendido, cuando Barrera dice:

—Para mí, propongo... trasladarme a Guadalajara.

Ahora sí que están sorprendidos.

Ninguno más que Adán, incapaz de creer que Tío está cediendo el pedazo de bienes raíces más lucrativo en potencia del mundo occidental. Si la Plaza no va a parar a la familia...

—Pido que Güero Méndez acepte la Plaza de Baja —dice Barrera.

Adán ve que una sonrisa aparece en el rostro de Güero. Entonces lo comprende. Experimenta una visión que le explica el milagro de que Güero sobreviviera a la emboscada que mató a don Pedro. Sabe ahora que la Plaza no es un regalo sorpresa, sino una promesa cumplida.

Pero ¿por qué?, se pregunta Adán. ¿Qué está tramando Tío?

¿Y qué lugar ocupo yo?

Sabe que no debe abrir la boca para preguntar. Tío se lo dirá en privado, cuando esté preparado.

García Abrego se inclina hacia delante y sonríe. Tiene la boca pequeña bajo el bigote blanco. Una boca de gato, piensa Adán.

—Barrera divide el mundo en tres partes —dice Abrego—, y después se queda una cuarta. Me pregunto por qué.

—Abrego, ¿qué se cultiva en Guadalajara? —pregunta Barrera—. ¿En qué frontera se halla Jalisco? En ninguna. Es un sitio donde estar, así de sencillo. Un lugar seguro desde el cual servir a nuestra Federación.

Es la primera vez que le da nombre, piensa Adán. La Federación. Con él a la cabeza. Sin discusiones.

—Si aceptáis este acuerdo —continúa Barrera—, compartiré lo que es mío. Mis amigos serán vuestros amigos; mi protección, vuestra protección.

—¿Cuánto pagaremos por esta protección? —pregunta Abrego.

—Una suma modesta —dice Barrera—. La protección es cara.

—¿Cuánto?

—El quince por ciento.

—Barrera —dice Abrego—, divides el país en *plazas*. Estupendo. Abrego aceptará el Golfo. Pero has olvidado algo: al cortar la fruta, no cortas nada. No queda nada. Nuestros campos son quemados y envenenados. Nuestras montañas están invadidas de *policías* y yanquis. Y nos das mercados... No tenemos opio que vender en estos nuevos mercados nuestros.

—Olvidate del opio —dice Barrera.

—Y la yerba... —empieza Güero.

—Olvidate también de la marihuana —dice Barrera—. *Peccata minuta*.

Abrego extiende los brazos.

—Bien, Miguel Ángel, el Ángel Negro, nos dices que olvidemos *la amapola y la yerba*. ¿Qué quieres que cultivemos?

—Deja de pensar como un agricultor.

—Soy un agricultor.

—Tenemos una frontera de tres mil kilómetros con Estados Unidos por tierra —dice Barrera—. Otros mil quinientos kilómetros por mar. Es la única cosecha que necesitamos.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Abrego con brusquedad.

—¿Te unirás a la Federación?

—Claro que sí —dice Abrego—. Acepto esta Federación de Nada. ¿Qué alternativa me queda?

Ninguna, piensa Adán. Tío es el dueño de la policía estatal de Jalisco y está conchabado con la DFS. Ha orquestado de la noche a la mañana una revolución mediante la Operación Cóndor, y ha terminado al mando. Pero, y Abrego está en lo cierto, ¿al mando de qué?

—¿Y el Verde? —pregunta Barrera.

—Sí.

—¿Méndez?

—Sí, don Miguel.

—Entonces, *hermanos* —dice Barrera—, permitidme que os enseñe el futuro.

Se trasladan a una sala fuertemente custodiada del hotel que pertenece a Barrera.

Ramón Mette Banasteros les está esperando.

Mette es un hondureño, por lo que sabe Adán, que se mantiene en contacto con los colombianos de Medellín, y los colombianos apenas hacen negocios por mediación de México. Adán ve que disuelve cocaína en polvo en un vaso de precipitados que contiene una mezcla de agua y bicarbonato.

Ve que Mette coloca el vaso sobre un quemador y enciende la llama al máximo.

—Es cocaína —dice Abrego—. ¿Y qué?

—Mira —dice Barrera.

Adán ve que la solución empieza a hervir y oye que la cocaína emite un extraño chasquido. Después, el polvo empieza a convertirse en una masa sólida. Mette la saca con cuidado y la pone a secar. Se forma una bola que parece una piedra pequeña.

—Caballeros, les presento el futuro —dice Barrera.

Art se para ante san Jesús Malverde.

—Te hice una *manda* —dice Art—. Tú cumpliste tu parte del trato. Yo cumpliré la mía.

Deja el altar y coge un taxi hasta la periferia de la ciudad.

La ciudad de chabolas ya se está levantando.

Los refugiados de Badiraguato están convirtiendo cajas de cartón, cajas de embalar y mantas en sus nuevos hogares. Los afortunados y madrugadores han encontrado hojas de hojalata onduladas. Art ve incluso un antiguo cartel cinematográfico (*Valor de ley*) reconvertido en tejado. Un John Wayne descolorido contempla a un grupo de familias que construyen paredes con sábanas viejas, pedazos de contrachapado, bloques de ceniza rotos.

Parada ha encontrado algunas tiendas antiguas (se pregunta Art, ¿habrá atemorizado al ejército?) y ha montado un comedor de beneficencia y una clínica improvisada. Unas tablas apoyadas sobre caballetes sirven de mesa. Un depósito de propano alimenta una llama que calienta una delgada hoja de hojalata, sobre la que un cura y algunas monjas están calentando sopa. A pocos metros de distancia, algunas mujeres están preparando tortillas sobre una parrilla dispuesta sobre un fuego.

Art entra en una tienda donde unas enfermeras están lavando niños, restregando sus brazos en preparación para la inyección del tétanos que el doctor está administrando para pequeños cortes y heridas. Art oye chillidos de niños en otra parte de la tienda. Se acerca y ve a Parada acunando a una niña con quemaduras en los brazos. La niña tiene los ojos abiertos de par en par, debido al dolor y al miedo.

—El suelo más rico en opio del mundo occidental —dice Parada—, y no tenemos nada para calmar el dolor de un niño.

—Me cambiaría por ella si pudiera —dice Art.

Parada le estudia durante un largo momento.

—Te creo. Es una pena que no puedas. —Besa la mejilla de la niña—. Jesús te ama.

Una niña presa del dolor, piensa Parada, y eso es lo único que puedo decirle. Hay heridas peores. Tenemos hombres tan golpeados que los médicos han tenido que amputar brazos y piernas. Todo porque los norteamericanos son incapaces de controlar su apetito de drogas. Vienen a quemar amapolas, y acaban quemando niños. Voy a decirte una cosa, Jesús, necesitaríamos que nos echaras una mano en persona ahora mismo.

Art le sigue a través de la tienda.

—«Jesús te ama» —masculla Parada—. Noches como esta consiguen que me pregunte si es una chorrada. ¿Qué te trae por aquí? ¿La culpabilidad?

—Algo por el estilo.

Art saca dinero del bolsillo y se lo ofrece a Parada. Es la paga del último

mes.

—Servirá para comprar medicinas —dice Art.

—Dios te bendiga.

—No creo en Dios —replica Art.

—Da igual —dice Parada—. Él cree en ti.

En ese caso, Él es un imbécil, piensa Art.

IRLANDESES SALVAJES

*Where e'er we go, we celebrate
The land that makes us refugees,
From fear of priests with empty plates
From guilt and weeping effigies.*

SHANE MACGOWAN, « Thousand Are Sailing»

La Cocina del Infierno
Nueva York
1977

Callan crece mecido por fábulas sangrientas.

Cuchulain, Edward Fitzgerald, Wolfe Tone, Roddy McCorley, Pádraic Pearse, James Connelly, Sean South, Sean Barry, John Kennedy, Bobby Kennedy, Domingo Sangriento, Jesucristo.

El rico mejunje rojo de nacionalismo irlandés y catolicismo, o de nacionalismo católico irlandés, o de catolicismo nacionalista irlandés. Da igual. Las paredes del pequeño apartamento sin ascensor del West Side y las paredes de la escuela primaria de Saint Bridget están decoradas, si esa es la palabra, con espantosas imágenes de mártires: McCorley colgando del puente de Toome; Connelly atado a su silla, de cara al pelotón de fusilamiento inglés; san Timoteo asaetado de flechas; el pobre y desesperado Wolfe Tone cortándose el cuello con una navaja, pero la caga y se cercena la tráquea en lugar de la yugular, aunque de todos modos consiguió morir antes de que le colgaran; el pobre John y el pobre Bobby mirando desde el cielo; Cristo crucificado.

Por supuesto, en el propio Saint Bridget existen las catorce estaciones del Calvario. Cristo azotado, la corona de espinas, Cristo recorriendo dando tumbos las calles de Jerusalén con la cruz a la espalda. Los clavos atraviesan sus manos y sus pies benditos (un Callan muy joven le pregunta a la hermana si Cristo era irlandés, y ella suspira y le dice: No, pero como si lo fuera).

Tiene diecisiete años y se está trincando una cerveza detrás de otra en el pub Liffey de la Cuarenta y siete con la Doce, en compañía de su amigo O-Bop.

El otro tío que hay en la barra, aparte de Billy Shields, el camarero, es Little Mickey Haggerty. Little Mickey está sentado al final de la barra y está bebiendo

como si le fuera la vida en ello, debido a una inminente cita con un juez que va a alejarle entre ocho y doce meses de su siguiente Bushmills. Little Mickey llegó con una pila de monedas de veinticinco centavos, que ha ido introduciendo en la máquina de discos mientras apretaba el mismo botón. E-5. De modo que Andy Williams ha estado cantando « Moon River » durante toda la última hora, pero los chicos no dicen nada porque conocen la mala hostia que gasta Little Mickey.

Es una de esas tardes mortales de Nueva York (una de esas tardes de « no es el calor, es la humedad »), cuando la camisa se pega a la espalda y las rencillas se recrudecen.

Y de eso está hablando O-Bop a Callan.

Están sentados a la barra y beben cervezas, y O-Bop no puede cambiar de tema.

Lo que le hicieron a Michael Murphy.

—Lo que le hicieron a Michael Murphy no estuvo bien —dice O-Bop—. Estuvo mal.

—Sí —admite Callan.

Lo que le pasó a Michael Murphy fue que mató a tiros a su mejor amigo, Kenny Maher. Fue una de esas cosas. Los dos estaban colocados en aquel momento de barro mexicano, la heroína que corría por el barrio en esa época, y fue una de esas cosas. Una discusión entre dos yonquis que se les escapa de las manos, y Kenny le da unas cuantas hostias a Michael, Michael se cabrea, se larga, consigue una pistola pequeña del 25, sigue a Kenny hasta su casa y le mete una bala en la cabeza.

Después se sienta en mitad de la puta calle Cuarenta y nueve, llorando porque ha matado a su mejor amigo. Es O-Bop el que aparece y se lo lleva antes de que llegue la pasma, y como la Cocina del Infierno es como es, los polis nunca descubren quién le dio el pasaporte a Kenny.

Solo que los polis son los únicos del barrio que no saben quién mató a Kenny Maher. Todo el mundo lo sabe, incluido Eddie Friel, lo cual es una mala noticia para Murphy. Porque Eddie « Carnicero » Friel es el recaudador de impuestos de Big Matt Sheehan.

Big Matt es el jefe del barrio, es el jefe del sindicato de estibadores del West Side, es el jefe de los camioneros locales, es el jefe del juego, de los usureros, de las putas, lo que quieras... pero Matt Sheehan no permite la entrada de drogas en el barrio.

Es una cuestión de orgullo para Sheehan, y el motivo de su popularidad entre la gente mayor de la Cocina.

—Ya podéis decir lo que queráis de Matt —dicen—. Ha mantenido a nuestros chicos alejados de las drogas.

A excepción de Michael Murphy, Kenny Maher y unos cuantos más, pero da la impresión de que eso no afecta a la reputación de Matt Sheehan. Y una gran

parte de la reputación de Matt se la debe a Eddie el Carnicero, porque todo el mundo le tiene un miedo tremendo. Cuando Eddie el Carnicero va a recaudar dinero, pagas. Pagas con dinero, preferiblemente, y, si no, pagas con sangre y huesos rotos. Y aun así, le sigues debiendo dinero.

En un momento dado cualquiera, la mitad de la Cocina del Infierno le debe dinero a Big Matt Sheehan.

Otra explicación de por qué todos fingen apreciarle.

Pero O-Bop oye a Eddie hablar de que alguien debería encargarse del puto yonqui de Murphy, y va a ver a Murphy y le dice que debería marcharse un tiempo. Y Callan también. Callan se lo dice no solo por la fama de Eddie de apoyar con hechos sus amenazas, sino porque Matty ha corrido la voz de que las matanzas entre yonquis son perjudiciales para el barrio y perjudiciales para su reputación.

Así que O-Bop y Callan le dicen a Murphy que debería abrirse, pero Murphy dice que a la mierda, que se va a quedar donde está, y ellos se figuran que quiere suicidarse por haber matado a Kenny. Y unas semanas después, ya no se le ve el pelo, así que llegan a la conclusión de que ha sido listo y se ha largado, hasta la mañana en que Eddie el Carnicero aparece en el Shamrock Café con una gran sonrisa y un cartón de leche.

Lo va exhibiendo por el bar, y cuando llega a donde Callan y O-Bop están intentando tomar un café tranquilamente para matar la resaca, inclina el cartón para que O-Bop lo vea y dice:

—Eh, echa un vistazo.

O-Bop mira dentro del cartón y vomita al instante sobre la mesa, lo cual a Eddie le parece para morirse de risa, y llama marica a O-Bop y se marcha soltando carcajadas. Y la comidilla del barrio durante las siguientes semanas es que Eddie y el capullo de Larry Moretti, su colega, fueron al apartamento de Michael, le metieron en la ducha y le apuñalaron unas ciento cuarenta y siete veces, y después lo cortaron en pedazos.

La historia es que Eddie el Carnicero se trabaja el cuerpo de Michael Murphy, lo trocea como si fuera un cerdo, mete los diversos pedazos en bolsas de basura y las esparce por toda la ciudad.

Excepto la polla de Michael, que mete en el cartón de leche para exhibirla por el barrio, para que no exista la menor duda de lo que te puede pasar cuando jodes a uno de los amigos de Eddie.

Y nadie puede hacer nada al respecto, porque Eddie es uña y carne con Matt Sheehan, y Sheehan ha llegado a un acuerdo con la familia Cimino, así que es intocable.

Solo que seis meses después, O-Bop sigue dándole vueltas al asunto.

Y dice que no está bien lo que le hicieron a Murphy.

—De acuerdo, tal vez tenían que matarle —dice O-Bop—, pero ¿así?

¿Exhibiendo por ahí esa parte de él? No, eso está mal. Muy mal.

El camarero, Billy Shields, está limpiando la barra (tal vez la primera vez en su vida), y se está poniendo muy nervioso al oír a este chico poner verde a Eddie el Carnicero. Está limpiando la barra como si fuera a practicar una operación quirúrgica sobre ella.

O-Bop ve que el camarero le está mirando, pero eso no le refrena. O-Bop y Callan le han estado dando todo el día, paseando por la orilla del Hudson, fumando porros en un garito y bebiendo cervezas que llevaban en bolsas de papel marrón, de manera que, si no están del todo idos, tampoco están exactamente allí.

Y O-Bop, dale que dale.

De hecho, fue Kenny Maher quien le puso el mote de O-Bop. Están todos en el parque jugando al hockey, y se toman un descanso cuando Stevie O'Leary, como se le conocía todavía entonces, aparece, y Kenny Maher mira a Stevie y dice:

—Deberíamos llamarte Bop.

A Stevie no le disgusta. ¿Qué tiene?, ¿quince años? Que un par de tíos mayores te pongan un mote es guay, así que sonrío y dice:

—¿Bop? ¿Por qué Bop?

—Por tu forma de andar —dice Kenny—. Das un saltito a cada paso. Como si bailaras.

—Bop —dice Callan—. Me gusta.

—¿A quién le importa lo que te gusta? —pregunta Kenny.

Interviene Murphy.

—¿Cómo puedes llamar «Bop» a un irlandés? Mira ese puto pelo rojo. Cuando se para en una esquina, los coches frenan. Fijaos en la puta piel blanca y las pecas, por los clavos de Cristo. ¿Cómo puedes llamarle «Bop»? Suena a negro. Es el tío más blanco que he visto en mi vida.

Kenny medita al respecto.

—Tiene que ser irlandés, ¿eh?

—Sí, joder.

—De acuerdo —dice Kenny—. ¿Qué tal O'Bop?

Aunque pone énfasis en la O, de modo que se convierte en O-Bop.

Y se queda.

En cualquier caso, O-Bop sigue dale que dale con Eddie el Carnicero.

—O sea, que le den por el saco a ese tío —dice—. ¿Porque está conchabado con Matty Sheehan puede hacer lo que le salga de los huevos? ¿Quién cojones es Matty Sheehan? ¿Un irlandés borracho de clase media que aún sigue llorando por Jack Kennedy? ¿Tengo que respetar a ese tío? Que le jodan. Que se jodan los dos.

—Tranqui —dice Callan.

—Tranqui, una mierda —dice O-Bop—. No estuvo bien lo que le hicieron a

Michael Murphy.

Se inclina sobre la barra y se concentra en su cerveza. Se ha vuelto amarga, como la tarde.

Unos diez minutos después, Eddie Friel entra.

Eddie Friel es un tipo grandote.

Se sienta, ve a O-Bop y dice en voz muy alta:

—Eh, pelopolla.

O-Bop no se incorpora ni se da la vuelta.

—¡Eh! —chilla Eddie—. Estoy hablando contigo. Lo que tienes en la cabeza es vello púbico, ¿verdad? Todo rizado y rojo.

Callan ve que O-Bop se da la vuelta.

—¿Qué quieres?

Intenta hablar como un tío duro, pero Callan percibe que está asustado.

¿Por qué no? Callan también.

—He oído que tienes un problema conmigo —dice Friel.

—No, no tengo ningún problema —dice O-Bop.

Callan piensa que es la respuesta más inteligente, pero Friel no se queda satisfecho.

—Porque si tienes un problema conmigo, aquí estoy.

—No, no tengo ningún problema.

—Eso no es lo que me han dicho —dice Friel—. Me han dicho que andabas por el barrio dando la tabarra con que tenías un problema con algo que hice.

—No.

Si no fuera una de esas tardes de agosto criminales de Nueva York, es probable que la discusión hubiera acabado entonces. Mierda, si Liffey tuviera aire acondicionado, es probable que hubiera terminado entonces. Pero no tiene, tan solo un par de ventiladores en el techo que remueven el polvo y las moscas muertas, así que la cosa no acaba como debería.

Porque O-Bop está acojonado del todo. Es como si las pelotas se le hubieran caído al suelo, y no hay necesidad de seguir insistiendo, pero Eddie es un sádico.

—Eres un gilipollas mentiroso.

Al final de la barra, Mickey Haggerty levanta al fin la vista de su Bushmills.

—Eddie, el chico ya te ha dicho que no tiene ningún problema —dice.

—¿Alguien te ha preguntado algo, Mickey? —dice Friel.

—No es más que un crío, por el amor de Dios —dice Mickey.

—Entonces, no debería hablar como un hombre —dice Friel—. No debería ir por ahí hablando de que ciertas personas no tienen derecho a dirigir el barrio.

—Lo siento —lloriquea O-Bop.

Su voz tiembla.

—Sí, lo sientes —dice Friel—. Lo sientes mucho, cabronazo. Miradle, está llorando como una nena, y este es el gran hombre convencido de que ciertas

personas no tienen derecho a dirigir el barrio.

—Escucha, ya he dicho que lo siento —lloriquea O-Bop.

—Sí, oigo lo que me dices a la cara —dice Friel—, pero ¿qué dirás cuando te dé la espalda, eh?

—Nada.

—¿Nada? —Friel saca una 38 de debajo de la camisa—. Ponte de rodillas.

—¿Qué?

—¿Qué? —le imita Friel—. Que te pongas de rodillas, cabronazo.

O-Bop es pálido, pero Callan ve ahora que está blanco. Ya parece muerto, y tal vez lo esté, porque da la impresión de que Friel va a ejecutarle de un momento a otro.

O-Bop está temblando cuando se baja del taburete. Tiene que apoyar las manos en el suelo para no caerse, antes de ponerse de rodillas. Y está llorando, grandes lagrimones brotan de sus ojos y ruedan sobre su cara.

Eddie tiene esa sonrisa de hiena en la cara.

—Basta ya —dice Callan a Friel.

Friel se vuelve hacia él.

—¿Quieres participar en la fiesta, chico? —pregunta Eddie—. Tienes que decidir con quién estás, con nosotros o con él.

Callan mira fijamente hacia abajo.

—Con él —dice Callan, al tiempo que saca una 22 de debajo de la camisa y dispara dos veces a Eddie el Carnicero en la cabeza.

Eddie pone una expresión de absoluta incredulidad. Mira a Callan como diciendo «¿Qué coño?», y después se desploma. Está tendido de espaldas sobre el sucio suelo cuando O-Bop le quita la 38 de la mano, la introduce en la boca de Eddie y empieza a apretar el gatillo.

O-Bop chilla y profiere obscenidades.

Billy Shields levanta las manos.

—Yo no tengo ningún problema —dice.

Little Mickey levanta la vista de su Bushmills.

—Deberíais pensar en iros —le dice a Callan.

—¿Dejo la pistola? —pregunta Callan.

—No —dice Mickey—. Tírala al Hudson.

Mickey sabe que el río Hudson, entre la calle Treinta y ocho y la Cincuenta y siete, alberga más ferralla en el fondo que, digamos, Pearl Harbor. Y la poli no va a dragar el fondo para encontrar el arma que mató a Eddie el Carnicero. La reacción en Manhattan Sur será algo así como: «¿Alguien ha apiolado a Eddie Friel? Oh. ¿Le apetece a alguien este último pedazo de chocolate glaseado?».

No, el problema de estos chicos no es la ley, el problema de estos chicos es Matt Sheehan. No será Mickey el que vaya corriendo a ver a Big Matt para contarle quién se ha cargado a Eddie, porque Mickey no le debe ninguna lealtad a

Sheehan.

Pero Billy Shields, el camarero, perderá el culo por hacer méritos con Big Matt, de modo que estos chicos podrían optar por colgarse de ganchos de carne para ahorrar esfuerzos a Matt. A menos que sean capaces de quitar de en medio a Matt antes, cosa que no harán. Así que estos chicos están muertos, pero no deberían quedarse a esperar.

—Marchaos ya —les dice Mickey—. Marchaos de la ciudad.

Callan guarda la 22 debajo de la camisa, pasa una mano por debajo del codo de O-Bop y le levanta del suelo.

—Vámonos —dice.

—Espera un momento.

O-Bop busca en los bolsillos de Friel y saca un fajo de billetes arrugados. Le pone de costado y saca algo del bolsillo trasero.

Una libreta negra.

—Vale —dice O-Bop.

Salen por la puerta.

La poli llega unos diez minutos después.

El tío de Homicidios pasa por encima del charco de sangre que forma un gran halo rojo alrededor de la cabeza de Friel, y después mira a Mickey Haggerty. El tío de Homicidios acaba de ascender desde Cajas Fuertes y Pisos, de manera que conoce a Mickey. Mira a Mickey y se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué ha pasado?» .

—Resbaló en la ducha —dice Mickey.

No se van de la ciudad.

Lo que hacen es salir del pub Liffey, seguir la sugerencia de Mickey Haggerty, llegarse hasta el río y tirar las armas.

Después cuentan el fajo de Eddie.

—Trescientos ochenta y siete pavos —dice O-Bop.

Una decepción.

No van a ir muy lejos con trescientos ochenta y siete pavos.

De todos modos, no saben adónde ir.

Son chicos de barrio, nunca han estado en otra parte, no sabrían qué hacer, qué no hacer, cómo actuar, cómo arreglárselas. Deberían tomar un autobús para ir a algún sitio, pero ¿cuál?

Entran en una tienda de la esquina y compran un par de litronas de cerveza, y se meten debajo de un contrafuerte de la autopista West Side para pensar.

—¿Jersey? —dice O-Bop.

Es más o menos el límite de su imaginación geográfica.

—¿Conoces a alguien en Jersey? —pregunta Callan.

—No. ¿Y tú?

—No.

Donde conocen gente es en la Cocina del Infierno, de modo que acaban bebiendo un par de litronas más y esperan hasta que oscurezca, y luego vuelven al barrio. Entran en un almacén abandonado y duermen allí. Por la mañana temprano van al apartamento de la hermana de Bobby Remington, en la calle Quince.

Bobby se está peleando una vez más con su padre.

Abre la puerta, ve a Callan y a O-Bop y les hace entrar.

—Joder —dice Bobby—, ¿qué habéis hecho, tíos?

—Iba a disparar a Stevie —explica Callan.

Bobby sacude la cabeza.

—No iba a dispararle. Iba a mearse en su boca, nada más. Eso es lo que afirman los rumores.

Callan se encoge de hombros.

—Da igual.

—¿Nos andan buscando? —pregunta O-Bop.

Bobby no contesta. Está demasiado ocupado bajando persianas.

—¿Tienes café, Bobby? —pregunta Callan.

—Sí, voy a prepararlo.

Beth Remington sale de su dormitorio. Lleva un jersey Rangers hasta los muslos. Tiene el pelo rojo enredado que le cae sobre los hombros. Mira a Callan.

—Mierda —dice.

—Hola, Beth.

—Tenéis que largaros.

—Voy a prepararles café, Beth.

—Eh, Bobby —dice Beth. Saca un cigarrillo del paquete que hay sobre la encimera de la cocina, se lo mete en la boca y lo enciende—. Encima que te dejo el sofá para pasar la noche, ahora aparecen estos tipos. Sin ánimo de ofender.

—Bobby, necesitamos algún arma —dice O-Bop.

—Fantástico —dice Beth. Se deja caer en el sofá al lado de Callan—. ¿Para qué coño habéis venido aquí?

—No sabíamos adónde ir.

—Qué gran honor. —Se emborracha un par de veces, echa un polvo con él, y ya se cree que puede venir aquí cuando se mete en líos—. Bobby, prepárale una tostada o algo por el estilo.

—Gracias —dice Callan.

—No vais a quedaros aquí.

—Bien, Bobby —dice O-Bop—, ¿puedes encontrarnos algo?

—Si lo descubren, estoy jodido.

—Podrías acudir a Burke, decirle que es para ti —sugiere O-Bop.

—¿Qué estáis haciendo todavía en el barrio? —pregunta Beth—. Ya deberíais estar en Buffalo.

—¿Buffalo? —pregunta O-Bop sonriente—. ¿Qué hay en Buffalo?

Beth se encoge de hombros.

—Las cataratas del Niágara. Yo qué sé.

Beben café y comen tostadas.

—Iré a ver a Burke —dice Bobby.

—Sí, es justo lo que necesitas —dice Beth—, enemistarte con Matty Sheehan.

—Que le den por el culo a Sheehan —dice Bobby.

—Sí, ve a decirselo —dice Beth. Se vuelve hacia Callan—. Lo que necesitáis no son pistolas, sino billetes de autobús. Tengo un poco de dinero...

Beth es cajera en el Loews de la calle Cuarenta y dos. De vez en cuando, vende una entrada del cine, además de la suya. Así que ha ahorrado algo.

—Tenemos dinero —dice Callan.

—Pues largaos.

Se largan. Llegan hasta el Upper West Side, matan el tiempo en Riverside Park y van a ver la tumba de Grant. Después vuelven hacia el centro. Beth les cuele en Loews y se quedan sentados en el anfiteatro todo el día, viendo *La guerra de las galaxias*.

La jodida Estrella de la Muerte está a punto de estallar por sexta vez, cuando Bobby aparece con una bolsa de papel y la deja a los pies de Callan.

—Buena película, ¿eh? —dice, y se va tan rápido como ha llegado.

Callan acerca el tobillo a la bolsa y palpa el metal.

Entran en el lavabo de caballeros y abren la bolsa.

Una 25 antigua y una 38 especial de la policía, igualmente antigua.

—¿Qué pasa? —dice O-Bop—. ¿No tenía trabucos?

—Los mendigos no pueden elegir.

Callan se siente mucho mejor con una pistolita en el cinto. Es curioso que la echéis de menos tan deprisa. Te sientes ligero, piensa. Como si pudieras echarte a volar. El metal te ancla en la tierra.

Se quedan sentados en el cine hasta que está a punto de cerrar, y después regresan con cautela hasta el almacén.

Una salchicha polaca les salva la vida.

Tim Healey lleva esperándoles casi toda la puta noche y se está muriendo de hambre, de modo que envía a Jimmy Boylan a buscar una salchicha polaca.

—¿Con qué la quieres? —pregunta Boylan.

—Chucrut, mostaza picante, lo de siempre —dice Tim.

Boylan va y viene, y Tim devora la salchicha polaca como si hubiera pasado

la guerra en un campo de concentración japonés, y justo cuando la robusta salchicha se está convirtiendo en gas en sus intestinos entran Callan y O-Bop. Están en el hueco de una escalera, al otro lado de una puerta metálica, cuando oyen que Healey se tira un pedo.

Se quedan petrificados.

—Joder —oyen decir a Boylan—. ¿Alguien se ha hecho daño?

Callan mira a O-Bop.

—¿Bobby nos ha vendido? —susurra O-Bop.

Callan se encoge de hombros.

—Voy a abrir la puerta para que corra un poco el aire —dice Boylan—.

Joder, Tim.

—Lo siento.

Boylan abre la puerta y ve a los chicos parados.

—¡Mierda! —grita al tiempo que levanta la escopeta, pero lo único que Callan puede oír es el estruendo que estremece el hueco de la escalera, cuando O-Bop y él abren fuego.

El papel de plata se resbala del regazo de Healey cuando se levanta de la silla de madera plegable y busca su pistola, pero ve a Jimmy Boylan tambaleándose hacia atrás, y cómo pedazos de carne salen volando de su espalda, y pierde la valentía. Deja caer la 45 al suelo y levanta las manos.

—¡Acaba con él! —grita O-Bop.

—¡No, no, no, no! —chilla Healey.

Conocen a Fat Tim Healey desde siempre. Les daba monedas de veinticinco centavos para comprar tebeos. Una vez estaban jugando al hockey en la calle y Callan rompió sin querer el faro derecho delantero de Tim Healey, y este salió del Liffey y se rió.

—Me regalaréis entradas cuando juguéis con los Rangers, ¿vale? —fue lo único que dijo Healey.

Callan impide que O-Bop mate a Healey.

—¡Coge su pistola! —grita.

Grita porque le zumban los oídos. Su voz suena como si estuviera al otro extremo de un túnel, y le duele la cabeza una barbaridad.

Healey tiene mostaza en la barbilla.

Está diciendo algo acerca de que está demasiado viejo para esta mierda.

Como si hubiera una edad para esta mierda, piensa Callan.

Cogen la 45 de Healey y la escopeta de Boylan y salen a la calle.

Huyen.

Big Matty flipa cuando se entera de lo de Eddie el Carnicero.

Sobre todo cuando le dicen que han sido dos chicos que aún llevan los pañales

recién cagados. Se pregunta adónde va a ir a parar el mundo, qué clase de mundo se avecina, cuando las nuevas generaciones no respetan la autoridad. Lo que también preocupa a Big Matty es la cantidad de gente que le pide clemencia para los dos chicos.

—Tienen que ser castigados —les dice Big Matt, pero le molesta que cuestionen su decisión.

—Sí, hay que castigarlos —le dicen—, tal vez romperles las piernas o las muñecas, expulsarles del barrio, pero no merecen la muerte por esto.

Big Matt no está acostumbrado a que le lleven la contraria. No le gusta nada. Tampoco le gusta que no haya chivatazos. Ya tendría que haber echado el guante a esos dos animales, pero han pasado días y corre el rumor de que siguen en el barrio (lo cual equivale a burlarse en su cara), pero nadie parece saber dónde.

Ni siquiera la gente que debería saberlo lo sabe.

Big Matt llega a replantearse la idea del castigo. Decide que lo más justo sería cortar las manos que han apretado los gatillos. Cuanto más lo piensa, más le gusta la idea. Dejar que esos dos chicos paseen por la Cocina del Infierno con dos muñones, a modo de recordatorio de lo que pasa cuando no muestras el debido respeto a la autoridad.

Les cortaré las manos, y lo dejaremos así.

Les demostraré que Big Matt Sheehan puede ser magnánimo.

Entonces recuerda que ya no tiene a Eddie el Carnicero para encargarse de la tarea.

Un día después, se ha quedado también sin Jimmy Boylan y Fat Tim Healey, porque Boylan ha muerto y Healey ha desaparecido.

Y Kevin Kelly ha considerado conveniente encargarse de unos asuntos en Albany. Marty Stone tiene una tía enferma en Far Rockaway. Y Tommy Dugan se ha ido de juerga.

Todo lo cual conduce a Big Matt a sospechar que tal vez se esté gestando un golpe de Estado, una verdadera revolución.

Por lo tanto, reserva un vuelo a su otra casa, en Florida.

Lo cual sería una noticia estupenda para Callan y O-Bop, pero, por lo visto, antes de que Matty subiera al avión, se puso en contacto con Big Paulie Calabrese, el nuevo *representante* de la familia Cimino, y pidió un favor.

—¿Qué crees que le dio? —pregunta Callan a O-Bop.

—¿Una parte del Javits Center? —dice O-Bop.

Big Matt controla los sindicatos de la construcción y los sindicatos de los camioneros que trabajan en el enorme centro de congresos planeado en el West Side. Hace más de un año que los italianos están babeando por una parte de ese negocio. Solo el contrato del cemento vale millones. Ahora Matt no está en posición de negarse, pero podría esperar un favor razonable a cambio de acceder.

Cortesía profesional.

Callan y O-Bop están atrincherados en un apartamento de un segundo piso de la Cuarenta y nueve, entre la Décima y la Once. No duermen gran cosa. Se pasan el día mirando el cielo. O lo que se puede ver desde un tejado de Nueva York

—Hemos matado a dos tíos —dice O-Bop.

—Sí.

—Legítima defensa, desde luego —dice O-Bop—. O sea, estábamos en nuestro derecho, ¿no?

—Claro.

—Me pregunto si Mickey Haggerty nos va a vender —dice un poco después O-Bop.

—¿Tú crees?

—Se enfrenta a una condena de entre ocho y doce meses por robo —dice O-Bop—. Podría vendernos.

—No —dice Callan—. Mickey es de la vieja escuela.

—Es posible que Mickey sea de la vieja escuela —dice O-Bop—, pero también podría estar cansado de dormir entre rejas. Es su segunda condena.

Callan sabe que Mickey cumplirá su sentencia y volverá al barrio con la cabeza alta. Y Mickey sabe que no podrá conseguir ni unos cacahuets en la Cocina si se va de la lengua con la pasma.

Mickey Haggerty es la última de sus preocupaciones.

Es lo que está pensando Callan mientras mira por la ventana el Lincoln Continental aparcado al otro lado de la calle.

—Sería mejor acabar de una vez por todas —dice a O-Bop.

O-Bop tiene la cabeza de pelo rojo ondulado metida bajo el grifo de la cocina, intentando refrescarse. Sí, eso funcionará: la temperatura es de casi cuarenta grados, están en un apartamento de dos habitaciones de una quinta planta, con un ventilador del tamaño de la hélice de un barco de juguete, y la presión del agua es cero debido a que los bastardos del barrio han abierto todas las bocas de incendios de la calle y, por si eso no fuera suficiente, hay un pelotón de la familia Cimino buscándolos para hacerles fosfatina.

Y los harán fosfatina, y pronto, porque es lo bastante tarde para que la oscuridad les proporcione un manto de decoro.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta O-Bop—. ¿Quieres salir a tiro limpio? ¿Como en *Duelo de titanes*?

—Sería mejor que cocerse aquí hasta morir.

—No —dice O-Bop—. Esto es una mierda, desde luego, pero si bajamos nos coserán a balazos como a perros.

—Tenemos que bajar en algún momento —aduce Callan.

—No —dice O-Bop. Saca la cabeza de debajo del grifo y se sacude el agua—. Mientras haya pizzas a domicilio, no tendremos que bajar.

Se acerca a la ventana y mira el Lincoln largo y negro aparcado al otro lado de la calle.

—Los jodidos italianos nunca cambian —dice O-Bop—. Uno se cree que podrían aparecer en un Mercedes, un BMW, no sé, un puto Volvo o algo por el estilo. Cualquier cosa, salvo estos putos Lincolns y Caddies. Debe de ser una norma de esos spaghetti, te lo aseguro.

—¿Quién está en el coche, Stevie?

Hay cuatro tíos en el coche. Tres más merodean por las proximidades. Muy natural. Fuman cigarrillos, beben café, matan el tiempo. Como un anuncio de la mafia dirigido al barrio: vamos a dar una paliza a alguien, de modo que mejor os vais a otro sitio.

O-Bop se explica mejor.

—La subbanda de Piccone de la banda de Johnny Boy Cozzo —dice—. La rama Demonte de la familia Cimino.

—¿Cómo lo sabes?

—El tío del asiento del acompañante está comiendo una lata de melocotón en almibar —explica O-Bop—. Por lo tanto, es Jimmy Piccone, Jimmy Peaches. Le vuelve loco el melocotón en almibar.

O-Bop es un fanático de la mafia. La sigue como algunos tíos siguen a los equipos de béisbol. Tiene todo el organigrama de las Cinco Familias grabado en la cabeza.

Por lo tanto, O-Bop está enterado de que, como Carlo Cimino murió el año pasado, la familia ha sufrido una temporada de inestabilidad. Casi todos los tipos del núcleo duro estaban seguros de que Cimino elegiría a Neill Demonte como sucesor, pero en cambio se decantó por su cuñado Paulie Calabrese.

Fue una elección impopular, sobre todo entre la vieja guardia, convencida de que Calabrese es demasiado blando, está demasiado obsesionado en invertir el dinero en negocios legales. Al núcleo duro (los prestamistas, los artistas de la extorsión y los ladrones propiamente dichos) no le gusta.

Jimmy «Big Peaches» Piccone es uno de ellos. De hecho, está sentado en el Lincoln alardeando de ello.

—Somos la Familia del Crimen Cimino —está diciendo Peaches a su hermano, Little Peaches. Joey «Little Peaches» Piccone es más grande que su hermano mayor, Big Peaches, pero nadie se atreve a decirlo, de modo que los motes no cambian—. Hasta el jodido *New York Times* nos llama la Familia del Crimen Cimino. Nos dedicamos al crimen. Si hubiera querido dedicarme a los negocios, habría trabajado en, y o qué sé, la IBM.

A Peaches tampoco le gusta que Demonte fuera descartado como jefe.

—Es un viejo, ¿qué hay de malo en dejarle disfrutar de sus últimos años tomando el sol? Se lo ha ganado. El Viejo tendría que haber nombrado jefe al señor Neill y subjefe a Johnny Boy. Habríamos tenido nuestra *cosa nostra*.

Pese a su juventud (tiene veintiséis años), Peaches es un carca, un conservador, un William F. Buckley sin corbata. Le gusta el viejo estilo, las viejas tradiciones.

—En los viejos tiempos —dice Peaches, como si él hubiera vivido en los viejos tiempos—, nos habríamos quedado un pedazo del Centro Javits. No tendríamos que haberle lamido el culo a un irlandés como Matty Sheehan. Tampoco es que Paulie nos lo vaya a dejar probar. Le da igual si nos morimos de hambre.

—Eh... —dice Little Peaches.

—Eh... ¿qué?

—Eh... Paulie le da este trabajo al señor Neill, que se lo da a Johnny Boy, que nos lo da a nosotros —dice Little Peaches—. Es lo único que me interesa saber: Johnny Boy nos da un trabajo, nosotros hacemos el trabajo.

—Vamos a hacer el puto trabajo —dice Peaches. No le hace falta que su hermano pequeño le dé discursos sobre cómo funciona el asunto. Peaches sabe cómo funciona, le gusta cómo funciona, sobre todo en la rama Demonte de la familia, donde funciona como en los viejos tiempos.

Además, Peaches adora a Johnny Boy.

Johnny Boy representa todo lo que la mafia era.

Lo que debería volver a ser, piensa Peaches.

—Pronto se hará de noche —dice Peaches—. Subiremos y les daremos el pasaporte.

Callan está sentado, hojeando la libreta negra.

—Tu padre sale —dice.

—Menuda sorpresa —dice con sarcasmo O-Bop—. ¿Cuánto?

—Dos de los grandes.

—Debió de apostar a que los Budweiser Clydesdales aparecerían en el Aqueduct —dice O-Bop—. Eh, aquí viene la pizza. Oye, ¿qué coño está pasando? ¡Nos están robando la pizza!

O-Bop está muy cabreado. No le irrita en especial que estos tíos hayan venido a matarles (era de esperar, los negocios son así), pero se toma el secuestro de la pizza como una afrenta personal.

—¡No deberían hacer esto! —aúlla—. ¡No está bien!

Así empezó todo, recuerda Callan.

Levanta la mirada de la libreta negra y ve al gordo con una gran sonrisa en la cara, que alza hacia ellos un trozo de pizza.

- ¡Eh! —chilla O-Bop.
—¡Está buena! —grita Peaches.
—¡Se están comiendo nuestra pizza! —dice O-Bop a Callan.
—No pasa nada —dice Callan.
—¡Estoy hambriento! —lloriquea O-Bop.
—Pues baja y quitasela —dice Callan.
—Sería capaz.
—Llévate una escopeta.
—¡Joder!

Callan oye las carcajadas de los tíos de la calle. Le da igual. No le afecta tanto como a O-Bop. O-Bop detesta que se rían de él. Cuando ocurre algo así, significa pelea segura. A Callan se la suda.

- ¿Stevie?
—¿Qué?
—¿Cómo has dicho que se llama el tío de abajo?
—¿Qué tío?
—El que han enviado a liquidarnos.
—Jimmy Peaches.
—Sale aquí.
—¿Y qué pone?
O-Bop se aleja de la ventana.
—¿Cuánto?
—Cien mil.

Se miran y empiezan a reírse.

—Callan —dice O-Bop—, el partido acaba de empezar de nuevo.

Porque Peaches Piccone debe a Matty Sheehan cien mil dólares. Y eso es lo principal: los intereses se estarán acumulando con más rapidez que el hedor en una huelga de basureros, de modo que Piccone se halla en serios apuros. Está endeudado con Matt Sheehan hasta las cejas. Lo cual sería una mala noticia (más motivos para hacerle un buen favor a Sheehan), de no ser porque Callan y O-Bop se hallan en poder de la libreta.

Lo cual les abre una nueva perspectiva.

Si viven lo suficiente para aprovecharla.

Porque está oscureciendo, y deprisa.

—¿Se te ocurre alguna idea? —pregunta O-Bop.

—Sí.

Es una jugada desesperada, pero, mierda, la situación es desesperada.

O-Bop se dirige hacia la escalera de incendios con una botella de leche en la mano.

—¡Eh, vosotros, bastardos! —grita.

Los chicos del Continental levantan la vista.

Justo cuando O-Bop prende fuego al trapo metido en la botella.

—¡Comeos esto! —grita, y la lanza hacia el Lincoln.

—¿Qué coño...?

Peaches aprieta el botón que baja la ventanilla y ve la antorcha que cae del cielo hacia él, así que abre la puerta para salir cagando leches del asiento trasero del Lincoln, y lo hace justo a tiempo, porque la puntería de O-Bop es perfecta y la botella se estrella sobre el coche y las llamas se extienden sobre el techo.

—¡El coche es nuevo, joder! —grita Peaches hacia la escalera de incendios.

Y está muy cabreado, porque ni siquiera tiene la oportunidad de disparar contra alguien, ya que se ha formado un gentío numeroso, se oyen sirenas y toda esa mierda, y no pasan ni dos minutos antes de que toda la manzana se llene de polis irlandeses y bomberos irlandeses, que se ponen a regar lo que queda del Lincoln.

Polis irlandeses y bomberos irlandeses, y unas mil quinientas *drag queens* de la Novena avenida, que rodean a Peaches chillando y aullando, bailando y tocando los huevos. Envía a Little Peaches al teléfono de la esquina para hacer una llamada y conseguir un puto vehículo nuevo, y entonces siente la presión del metal contra su puto riñón izquierdo y alguien susurra:

—Señor Piccone, haga el favor de darse la vuelta muy despacio.

Con respeto, cosa que Peaches agradece.

Se vuelve y ve al chico irlandés (no el capullo pelirrojo de la botella, sino un chico alto y moreno), con una pistola en una bolsa de papel marrón y algo en la otra mano.

¿Qué coño será?, se pregunta Peaches.

Entonces cae en la cuenta.

La libretita negra de Matty Sheehan.

—Deberíamos hablar —dice el chico.

—Deberíamos —asiente Peaches.

Están en el sótano del palacio de ptomainas de Paddy Hoyle, en la puta Doce, y podría parecer un garito mexicano, pero no hay mexicanos en las cercanías.

Lo que hay es una tertulia italoirlandesa, y Callan y O-Bop están en un extremo con la espalda pegada a la pared, y Callan parece un bandido con una pistola en cada mano, y O-Bop sujeta una escopeta a la altura de la cintura. Junto a la puerta, están los dos hermanos Piccone. Los italianos no han desenfundado sus armas, están inmóviles con sus bonitos trajes, con aspecto muy tranquilo y muy duro.

O-Bop lo respeta. Le encanta. Como ya se han puesto en evidencia una vez

(da igual perder un Lincoln), no van a hacer más el ridículo aparentando preocupación por el hecho de que dos rufianes les apunten con todo un arsenal. Es chic, y O-Bop lo entiende.

De hecho, le gusta.

A Callan se la suda.

Si la cosa se tuerce, empezará a apretar gatillos, a ver qué pasa.

—¿Cuántos años tenéis? —pregunta Peaches.

—Veinte —miente O-Bop.

—Veintiuno —dice Callan.

—Los tenéis bien puestos —dice Peaches—, pero tenemos que hablar de ese rollo de Eddie Friel.

Ya está, piensa Callan. Está a punto de echarlo todo a perder.

—Me asqueaba ese vicio perverso —dice Peaches—. ¿Mearse en la boca de la gente? ¿Qué es eso? ¿Cuántas veces le disparasteis? ¿Ocho? Querías hacer bien el trabajo, ¿eh?

Se ríe. Little Peaches le corea.

Y también O-Bop.

Callan no. Está preparado, punto.

—Siento lo de tu coche —dice O-Bop.

—Sí —dice Peaches—. La próxima vez que queráis hablar, utilizad el puto teléfono, ¿vale?

Todo el mundo se ríe, excepto Callan.

—Es lo que intento decirle a Johnny Boy —dice Peaches—. Le digo que me lleve al West Side, con los zulús, los puertorriqueños y los irlandeses. ¿Qué coño se supone que debo hacer? Voy a decirle que escupen fuego del cielo, y que ahora tengo que comprarme un coche nuevo. Putos irlandeses. ¿Has mirado la libretita negra?

—¿Tú qué crees? —pregunta O-Bop.

—Que lo has hecho. Estoy convencido. ¿Qué has visto?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que pase aquí.

—Dime qué debería pasar aquí.

Callan oye que O-Bop traga saliva. Sabe que O-Bop está acojonado, pero va a pegarse el farde. Hazlo, Stevie, piensa Callan, adelante.

—Para empezar —dice O-Bop—, no llevamos la libreta encima.

—Oye, Ricitos —dice Peaches—, en cuanto empecemos a trabajarte, nos dirás dónde está la libreta. No te creas que tienes un as guardado en la manga. Y tú relaja el dedo sobre el gatillo, que aún estamos hablando.

Está mirando a Callan.

—Sabemos dónde está cada centavo de Sheehan —dice O-Bop.

—No me jodas... Está sudando la gota gorda para recuperar esa libreta.

—Que le den por el culo —dice O-Bop—. Si no recupera la libreta, no le debes una mierda.

—¿Es eso cierto?

—Por lo que a nosotros respecta —dice O-Bop—. Y Eddie Friel no nos va a llevar la contraria.

O-Bop nota el alivio en la cara de Peaches, de modo que insiste.

—Hay polis en esa libreta —dice—. Sindicalistas. Concejales. Un par de millones de dólares en la calle.

—Matty Sheehan es un hombre rico —dice Peaches.

—¿Por qué él? —pregunta O-Bop—. ¿Por qué no nosotros? ¿Por qué no tú?

Esperan mientras Peaches piensa. Le ven sopesar los peligros y las recompensas.

—Sheehan le ha hecho algunos favores a mi jefe —dice al cabo de un minuto.

—Si tuvieras la libreta —dice O-Bop—, podrías devolver los mismos favores.

Callan se da cuenta de que ha cometido un error al haber sacado las armas. Se le están cansando los brazos, le tiemblan. Le gustaría bajar la pistola, pero no quiere enviar ningún mensaje. De todos modos, tiene miedo de que si Peaches toma la decisión equivocada, sus manos tiemblen demasiado para disparar con puntería, incluso desde esta distancia.

—¿Le habéis dicho a alguien más que mi nombre sale en esa libreta? —pregunta por fin Peaches.

O-Bop se apresura a negarlo, tan rápido que Callan comprende que es una pregunta muy importante. Lo cual le lleva a preguntarse por qué Peaches pidió prestado el dinero, para qué lo ha usado.

—Irlandeses —masculla Peaches para sí—. Portaos con discreción —les dice—. Procurad no matar a nadie durante los dos próximos días, ¿de acuerdo? Volveremos a vernos.

Da media vuelta y sube la escalera, seguido de su hermano.

—Jesús —dice Callan. Se sienta en el suelo.

Sus manos empiezan a temblar como si se hubiera vuelto loco.

Peaches toca el timbre del edificio de Matt Sheehan.

Un irlandés grandote abre la puerta. Peaches oye a Sheehan dentro.

—¿Quién es? —pregunta.

—Es Jimmy Peaches —dice el grandote, y le deja entrar—. Está en el estudio.

—Gracias.

Peaches recorre el vestíbulo, se desvía a la izquierda y entra en el estudio.

La habitación tiene papel pintado verde. Tréboles y cosas así por todas partes. Una gran foto de John Kennedy. Otra de Bobby. Una foto del Papa. El tío tiene de todo, salvo un puto duende subido a un taburete.

Big Matt está viendo el partido de los Yankees.

Se levanta de la butaca, no obstante (a Peaches le gusta el respeto), y dedica a Peaches una de esas sonrisas de político irlandés.

—Me alegro de verte, James —dice—. ¿Has tenido suerte con esa pequeña dificultad durante mi ausencia?

—Sí.

—Has encontrado a esos dos animales.

—Sí.

—¿Y?

Jimmy le clava el cuchillo antes de que pueda decir «esta boca es mía». Hunde la hoja bajo el pectoral izquierdo y la empuja hacia arriba. La hace girar un poco para asegurarse de que en el hospital no tengan que enfrentarse a complicadas decisiones éticas.

El jodido cuchillo se queda atascado en las costillas de Sheehan, de modo que Jimmy tiene que apoyar el pie en el ancho pecho del hombre para extraer la hoja. Sheehan cae al suelo con tal fuerza que las fotos de la pared tiemblan.

El tipo grandote que le ha dejado entrar está en la puerta.

No parece que quiera hacer nada.

—¿Cuánto le debes? —pregunta Peaches.

—Setenta y cinco.

—No le debes nada —dice Peaches—, si desaparece.

Cortan en pedazos a Matty, le llevan a Wards Island y le arrojan a las aguas residuales.

De vuelta, Peaches canta.

*Anybody here seen my old friend Matty...
Can you tell me where he's go-o-o-ne?*

Un mes después de lo que ha llegado a conocerse en la Cocina del Infierno irlandesa como el «Levantamiento del Río de la Luna», la vida de Callan ha cambiado un poco. No solo sigue vivo, lo cual le sorprende, sino que se ha convertido en el héroe del barrio.

Porque mientras Peaches estaba arrojando a Sheehan al vertedero, O-Bop y él utilizaban un rotulador negro en la libretita negra de Matty para saldar algunas deudas, literalmente. Se lo pasaron en grande: eliminaron algunas entradas, redujeron otras, conservaron las que iban a proporcionarles el mejor botín.

Una época estupenda para la Cocina.

Callan y O-Bop se aposentan en el pub Liffey como si les perteneciera, cosa que, si se examina con detenimiento la libreta negra, viene a ser así. La gente

entra y solo hace falta que les besen los anillos, agradecidos por haberse librado de Matty, o porque están tan asustados que prefieren seguir pringados con los chicos que acabaron con Eddie Friel, Jimmy Boylan y, muy probablemente, el mismísimo Matty Sheehan.

Y también con alguien más.

Larry Moretti.

Es el único asesinato que Callan lamentará. Eddie el Carnicero era necesario. Y también Jimmy Boylan. Y también, sobre todo, Matty Sheehan. Pero Larry Moretti es simple venganza, por ayudar a Eddie a despedazar a Michael Murphy.

—Es lo que se espera de nosotros —dice O-Bop—. Es una cuestión de honor.

Moretti sabe lo que se avecina. Está encerrado en su casa de la Ciento cuatro, frente a Broadway, y no ha parado de beber para olvidar. No se ha encontrado con nadie durante un par de semanas (la borrachera ha sido permanente), de modo que es un objetivo fácil cuando Callan y O-Bop entran.

Moretti está tendido en el suelo con una botella. Tiene la cabeza entre los dos altavoces del equipo de música y está escuchando una mierda de disco, con el bajo atronando como una descarga de artillería lejana. Abre los ojos un segundo y ve a Callan y a O-Bop apuntándole con las pistolas, y entonces cierra los ojos y O-Bop grita « ¡Esto es por Mikey! », y se pone a disparar. Callan lo siente, pero se suma, y le resulta raro disparar a un tipo que ya está muerto.

Después tienen que ocuparse del cadáver, pero O-Bop ha venido preparado, depositan a Moretti sobre una lámina de plástico pesada, y Callan se da cuenta ahora de lo fuerte que debía de ser Eddie Friel para cortar carne de esa manera. Es un trabajo de la hostia, y Callan entra un par de veces en el cuarto de baño para vomitar, pero al final consiguen cortar a Moretti en suficientes pedazos para meterle en bolsas de basura, y luego se llevan las bolsas a Wards Island. O-Bop piensa que deberían meter la picha de Moretti en un cartón de leche y exhibirla por el barrio, pero Callan se niega.

No necesitan esa mierda. El rumor se propaga, y la gente desfila por el Liffey para rendirles homenaje.

Uno que no acude es Bobby Remington. Callan sabe que Bobby tiene miedo de que sospechen que fue él quien les delató a Matty, pero sabe que Bobby no lo hizo.

Fue Beth.

—Solo intentabas proteger a tu hermano —le dice Callan cuando ella aparece en su nuevo apartamento—. Lo comprendo.

Ella clava la vista en el suelo. Se ha puesto guapa, lleva el pelo largo cepillado y lustroso, y un vestido. Un vestido negro, con un escote que deja al descubierto la parte superior de sus pechos blancos.

Callan lo capta. Ha venido dispuesta a entregarse para salvar su vida, y la de su hermano.

—¿Lo comprende Stevie?—pregunta ella.

—Yo conseguiré que lo comprenda —dice Callan.

—Bobby se siente fatal —dice ella.

—No, Bobby está bien.

—Necesita un trabajo —dice ella—. No puede conseguir un carnet del sindicato...

Callan se siente raro cuando oye esto. Era la clase de favor que la gente pedía a Matty.

—Sí, nosotros nos encargaremos —dice. Tiene carnets de los sindicatos de camioneros, de la construcción, lo que sea—. Dile que venga. O sea, somos amigos.

—¿Y yo?—pregunta ella—. ¿Somos amigos?

Le gustaría tirársela. Mierda, le encantaría tirársela. Pero sería diferente, sería como tirársela porque puede, porque ella se lo debe. Porque él tiene poder ahora y ella no.

—Sí, somos amigos —dice.

Para informarla de que no hay problema, de que todo va bien, de que no tiene que entregarse así por las buenas.

—¿Y eso es lo único que somos?

—Sí, Beth. Eso es todo.

Se siente mal porque ella se ha vestido de gala, se ha maquillado y toda la pesca, pero ya no quiere acostarse con ella.

Es triste.

En cualquier caso, Bobby va a verles, le consiguen un empleo que su nuevo jefe considera pertinente (y Bobby no le decepciona en absoluto), y más gente acude a presentarles sus respetos o a pedir algún favor, y durante más o menos un mes Callan y O-Bop juegan a aprendices de padrinos desde un reservado del pub Liffey.

Hasta que llama el verdadero padrino.

Big Paulie Calabrese extiende una mano y les pide que vayan a Queens para explicarle en persona por qué *a*) no están muertos, y *b*) su amigo y socio Matt Sheehan sí.

—Les dije que fuisteis vosotros los que os cargasteis a Sheehan —explica Peaches.

Están sentados en un reservado de la Landmark Tavern, y Peaches está intentando comer cordero con patatas cubierto de salsa de carne grasienta. Al menos, en la reunión con Big Paulie les darán una comida decente.

Podría ser la última, pero será decente.

—¿Por qué lo has hecho?—pregunta Callan.

—Tiene sus motivos —dice O-Bop.

—Bien —dice Callan—. ¿Cuáles son?

—Porque —explica con cautela Peaches— si le dijera que lo hice yo, ordenaría que me mataran sin más.

—Un motivo estupendo —dice Callan a O-Bop. Se vuelve hacia Peaches—. Así que, ahora ordenará que nos liquiden.

—No necesariamente —dice Peaches.

—¿No necesariamente?

—No —explica Peaches—. No sois de la familia. No estáis sujetos a la misma disciplina. Si yo hubiera matado a Matt Sheehan, tendría que haber pedido permiso a Calabrese, que nunca me lo habría concedido. Por lo tanto, si hubiera seguido adelante pese a todo, me encontraría en serios problemas.

—Ah, una noticia cojonuda —dice Callan.

—Pero vosotros no necesitabais permiso —dice Peaches—. Solo necesitáis un buen motivo. Y la actitud adecuada.

—¿Qué clase de actitud?

—De futuro —dice Peaches—. Una actitud de amistad. De colaboración.

O-Bop alucina en colores. Es como un sueño convertido en realidad.

—¿Calabrese quiere contratarnos? —pregunta. Se está corriendo vivo.

—No sé si quiero que nos contrate —dice Callan.

—¡Es nuestra oportunidad! —exclama O-Bop—. ¡La puta familia Cimino!
¡Quieren trabajar con nosotros!

—Hay algo más —dice Peaches.

—Estupendo —dice Callan—. Ya imaginaba que eso no era todo.

—La libreta —dice Peaches.

—¿Qué pasa con ella?

—Mi entrada —dice Peaches—. Los cien de los grandes. Calabrese no debe enterarse. Si lo hace, estoy muerto.

—¿Por qué? —pregunta Callan.

—El dinero es de él —dice Peaches—. Sheehan le sacó un par de cientos a Paulie. Yo le pedí un préstamo a Matt.

—Por lo tanto, estás estafando a Paul Calabrese —dice Callan.

—Estamos —corrige Peaches.

—Santo Dios —dice Callan.

Hasta O-Bop parece menos entusiasta ahora.

—No sé, Jimmy —dice.

—¿Qué coño? —dice Peaches—. ¿No sabes? Yo debía liquidaros. Eran mis órdenes, y no las obedecí. Podrían matarme solo por eso. Salvé vuestras putas vidas. Dos veces. La primera porque no os maté, y después porque os libré de Matty Sheehan. ¿Y no sabes?

Callan le mira.

—O sea —dice—, que de esa reunión saldremos ricos o muertos.

—Más o menos —dice Peaches.

—Hay que joderse —dice Callan.

Ricos o muertos.

Hay peores alternativas.

La reunión se celebra en el cuarto interior de un restaurante de Bensonhurst.

—En plena zona spaghetti —dice Callan.

Muy conveniente. Si Calabrese decide matarnos, solo tiene que marcharse y cerrar la puerta tras de sí. Sale por la de delante, y nuestros cadáveres por la de servicio.

O por la salida, o lo que sea.

Está pensando en esto mientras se mira en el espejo e intenta anudarse la corbata.

—¿Nunca te habías puesto corbata? —pregunta O-Bop. Su voz es aguda, nerviosa.

—Claro que sí —contesta Callan—. El día de mi primera comunión.

—Mierda. —O-Bop se acerca y empieza a anudarle la corbata—. Date la vuelta, no te la puedo anudar por detrás.

—Te tiemblan las manos.

—Joder, sí, están temblando.

Van a la cita desnudos. Sin armas de ningún tipo. Nadie lleva armas cerca del jefe, excepto la gente del jefe. Así será todavía más fácil eliminarles.

Tampoco es que su intención sea ir solos. Tienen a Bobby Remington y a Fat Tim Healey, y a otro tipo del barrio, Billy Bohun, que harán guardia en el coche delante del restaurante.

Las instrucciones de O-Bop son muy claras.

—Si alguien que no seamos nosotros sale por la puerta —les dice—, matadle.

Y otra precaución: Beth y su amiga Moira comerán en la parte pública del restaurante. Beth y Moira también llevarán una 22 y una 44 en sus respectivos bolsos, por si las cosas se ponen feas y los chicos pueden salir del reservado.

Como dice O-Bop, « si voy a ir al infierno, será en un autobús abarrotado » .

Toman el metro hasta Queens porque O-Bop dice que no quiere salir de una reunión satisfactoria y productiva, subir al coche y bum.

—Los italianos no ponen bombas —intenta decirle Peaches—. Eso es mierda irlandesa.

O-Bop le recuerda que él es irlandés y toma el metro. Bajan en Bensonhurst, Callan y él siguen la calle hacia el restaurante, doblan la esquina y O-Bop dice:

—Putá mierda.

—¿Putá mierda? ¿Por qué?

Hay cuatro o cinco gangsters apostados ante el restaurante. Callan diría: ¿Y qué?, siempre hay cuatro o cinco gangsters apostados ante los restaurantes de los

gangsters.

—Ese es Sal Scachi —dice O-Bop.

Un tipo grande y grueso, cuarenta y pocos, ojos azules a lo Sinatra y pelo plateado, demasiado corto para ser un spaghetti. Parece un gánster, piensa Callan, pero tampoco parece un gánster. Y calza auténticos zapatos negros de punta cuadrada, pulidos como el mármol negro.

No hay que tomarse en coña a ese tipo, piensa Callan.

—¿Cuál es su historia? —pregunta a O-Bop.

—Es un jodido coronel de los Boinas Verdes —dice O-Bop.

—Me estás tomando el pelo.

—Que no, mierda —dice O-Bop—. Toneladas de medallas en Vietnam. Es de la mafia. Si deciden quitarnos de en medio, será Scachi quien se ocupe de ello.

Scachi se vuelve y les ve venir. Se separa del grupo, camina hacia O-Bop y Callan, sonrío.

—Caballeros —dice—, bienvenidos al primer o último día del resto de sus vidas. No se ofendan, pero debo asegurarme de que no portan armas.

Callan asiente y levanta los brazos. Scachi le cachea con unos pocos movimientos eficaces hasta los tobillos, y después repite la jugada con O-Bop.

—Bien —dice—. ¿Vamos a comer?

Les conduce hasta el salón interior del restaurante. Callan lo ha visto antes, en unas cuarenta y ocho películas de gánsters. Los murales de las paredes plasman escenas bucólicas de la soleada Sicilia. Hay una mesa larga con un mantel de cuadros rojos y blancos. Copas de vino, tazas de café, pequeñas porciones de mantequilla en platos helados.

Botellas de tinto, botellas de blanco.

Aunque han sido puntuales, ya han llegado algunos tipos. Peaches les presenta nervioso a Johnny «Boy» Cozzo y a Demonte, y a un par más. Después, la puerta se abre y entran dos matones, con el pecho como una tabla de carnicero, y después Calabrese se sienta a la mesa y Peaches se encarga de las presentaciones.

A Callan no le gusta que Peaches parezca asustado.

Peaches recita sus nombres, y después Calabrese levanta una mano.

—Primero la comida, después los negocios —dice.

Hasta Callan tiene que admitir que la comida no es de este mundo. Es la mejor que ha tomado en toda su vida. Empieza con un gran antipasto con provolone, prosciutto y pimientos rojos tiernos. Delgados rollos de jamón y tomates diminutos que Callan no había visto nunca.

Los camareros entran y salen, como monjas que siguieran al Papa.

Terminan los entrantes y llega el plato de pasta. Nada exótico, pequeños cuencos de espaguetis con salsa roja. Después, piccata de pollo (delgados pedazos de pechuga de pollo guisado con vino blanco, limón y alcaparras) y

pescado al horno. Después otra ensalada y postre, tarta blanca dulce empapada en anisette.

Todo esto y vino sin parar, y cuando los camareros sirven por fin los cafés, Callan está medio bolinga. Ve que Calabrese da un largo sorbo a la taza de café.

—Decidme por qué no debería mataros —dice entonces el jefe.

Una pregunta de examen muy jodida.

En parte, Callan tiene ganas de chillar. No deberías matarnos porque «¡Jimmy Piccone te robó cien de los grandes y nosotros podemos demostrarlo!», pero se calla la boca y trata de pensar en una respuesta diferente.

—Son buenos chicos, Paul —oye decir a Peaches.

Calabrese sonríe.

—Pero tú no eres un buen chico, Jimmy. Si fueras un buen chico, yo estaría comiendo hoy con Matt Sheehan.

Se vuelve y mira a O-Bop y a Callan.

—Todavía estoy esperando vuestra respuesta.

Y también Callan, que piensa si es que va a escuchar alguna, o si debería intentar abrirse paso entre los dos cachos de carne que vigilan la puerta, entrar en el comedor y apoderarse de las pistolas, de Beth, y volver vomitando fuego.

Pero aunque consiguiera salir y volver, piensa Callan, O-Bop ya estaría muerto para entonces. Sí, pero puedo enviarle en su autobús abarrotado.

Intenta deslizarse hasta el borde de su silla sin que nadie se dé cuenta, centímetro a centímetro, para flexionar las piernas y salir disparado de la silla. Tal vez lanzarse hacia Calabrese, cogerle por el cuello y salir por la puerta...

¿Para ir adónde?, piensa. ¿A la puta luna? ¿Adónde podríamos ir donde la familia Cimino no pudiera encontrarnos?

A la mierda, piensa. Ve a por las armas, salgamos como hombres.

Al otro lado de la mesa, Sal Scachi sacude la cabeza hacia él. Es un gesto casi imperceptible, pero le está diciendo que, si sigue moviéndose, es hombre muerto.

Callan no se mueve.

Tiene la impresión de que ha estado pensando una hora, aunque en realidad solo han sido unos segundos en la, digamos, tensa atmósfera de la sala, y Callan se queda muy sorprendido cuando oye la voz de O-Bop.

—No debería matarnos porque...

Porque... hummmmmmmmmmmmmmmmm...

—... porque podemos hacer más por usted de lo que habría hecho nunca Sheehan —dice Callan—. Podemos entregarle un pedazo del Javits Center, los camioneros locales, la construcción local. No se moverá ni un cacho de cemento del que usted no obtenga un poco. Recibirá un diez por ciento de todo el dinero que movamos en la calle, y nos ocuparemos de todo esto en su nombre. No tendrá que levantar un dedo ni implicarse.

Callan ve meditar a Calabrese.

Y se toma todo el tiempo del mundo.

Lo cual empieza a cabrear a Callan. Como si esperara a que Calabrese dijese «Que os den por el culo, muchachos», para acabar con todo ese rollo diplomático e ir al grano.

Pero, en cambio, Big Paulie dice:

—Hay algunas condiciones y algunas reglas. En primer lugar, nos llevaremos el treinta por ciento, no el diez, de vuestra recaudación. En segundo, nos llevaremos el cincuenta por ciento de cualquier dinero generado por actividades sindicales y de la construcción, y el treinta por ciento de cualquier dinero producto de cualquier otra actividad. A cambio, os ofrezco mi amistad y protección.

» Aunque no podréis convertirlos en miembros de la familia porque no sois sicilianos, podréis convertirlos en socios. Trabajaréis bajo la supervisión de Jimmy Peaches. Le hago personalmente responsable de vuestras actividades. Si tenéis una necesidad, acudid a Jimmy. Si tenéis un problema, acudid a Jimmy. Esta chorrada del Salvaje Oeste tiene que terminar. Nuestros negocios funcionan mejor en una atmósfera de tranquilidad. ¿Comprendido?

—Sí, señor Calabrese.

Calabrese asiente.

—De vez en cuando podré necesitar vuestra colaboración. Se lo comunicaré a Jimmy, que os lo comunicará a vosotros. Espero que, a cambio de la amistad y la protección que os dispense, no me deis la espalda cuando os necesite. Si vuestros enemigos han de ser mis enemigos, los míos tienen que ser los vuestros.

—Sí, señor Calabrese.

Callan se pregunta si es ahora cuando tienen que besarle el anillo.

—Una última cosa —dice Calabrese—. Dedicad a vuestros negocios. Ganad dinero. Prosperad. Haced lo necesario, pero nada de drogas. Esta era la regla que Carlo nos dejó en herencia, y sigue siendo la regla ahora. Es demasiado peligroso. No tengo la menor intención de pasar la vejez en la cárcel, de manera que la regla es drástica: si traficad con drogas, mueres.

Calabrese se levanta de la silla. Todo el mundo le imita.

Callan sigue en su sitio cuando Calabrese se despide y los dos matones le abren la puerta.

Y Callan se dice: Hay algo en esta película que no encaja.

—Stevie, el hombre se va —dice.

O-Bop le mira como diciendo: Pues bueno.

—Stevie, el hombre ha salido por la puerta.

Todo se detiene. Peaches está anonadado por este *faux pas*.

—El don siempre es el primero en marcharse —dice con la mayor elegancia posible.

—¿Hay algún problema? —pregunta Scachi.

—Sí —dice Callan—. Hay un problema.

O-Bop palidece como un muerto. Peaches tiene la mandíbula tan tensa que haría falta una llave inglesa Allen para desbloquearla. Demonte les está mirando como si fuera un especial del *National Geographic*. Johnny Boy solo piensa que es divertido.

Scachi no.

—¿Cuál es el problema? —le pregunta con brusquedad.

Callan traga saliva.

—El problema es que tenemos gente en la calle a la que hemos dicho que matara a la primera persona que saliera por la puerta si no éramos nosotros.

Un momento de tensión.

Los dos guardias de Calabrese tienen las manos sobre sus pistolas. Scachi también, solo que su revólver del 45 está apuntando a la cabeza de Callan.

Calabrese está mirando a Callan y a O-Bop, y sacude la cabeza.

Jimmy Peaches está intentando recordar el texto exacto del acto de contrición.

Entonces Calabrese ríe.

Ríe de tan buena gana que hasta tiene que sacar un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y secarse los ojos. Ni siquiera esto basta. Tiene que volver a sentarse. Termina de reír y mira a Scachi.

—¿A qué esperas? Dispáralas. —Con idéntica rapidez—: Es broma, es broma. ¿Pensabais que saldría por esa puerta y estallarían la Tercera Guerra Mundial? Muy divertido.

Les indica que vayan hacia la puerta.

—Esta vez —dice.

Salen por la puerta y se cierra a sus espaldas. Desde el comedor del restaurante aún les oyen reír. Pasan al lado de Beth y su amiga Moira, y salen a la calle.

Ni rastro de Bobby Remington y Fat Tim Healey.

Solo un montón de Lincolns negros de esquina a esquina.

Tíos de la mafia a su alrededor.

—Jesús —dice O-Bop—. No han encontrado sitio para aparcar.

Más tarde, un lloroso Bobby les dirá que dio vueltas y vueltas a la manzana, hasta que uno de los tíos de la mafia paró el coche y les dijo que se fueran cagando leches. Cosa que hicieron.

Pero eso será más tarde.

Ahora O-Bop mira el cielo azul desde la calle.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dice.

—No, Stevie, ¿qué significa?

—Significa —dice O-Bop al tiempo que pasa el brazo alrededor de Callan— que somos los reyes del West Side.

Los reyes del West Side.

Esa es la buena noticia.

La mala es lo que Jimmy Peaches ha hecho con los cien de los grandes que se ha quedado de las últimas voluntades y testamento de Matty Sheehan. Lo que ha hecho es comprar droga.

No la heroína habitual de la conexión habitual Turquía-Sicilia. No de la conexión de Marsella. Ni siquiera de la conexión de Laos que Santo Trafficante montó. No. Si compra a una de esas fuentes, Calabrese se enterará unos quince segundos después, y al cabo de una semana el cuerpo, ensangrentado de Jimmy Peaches dará un susto a los turistas en el Circle Line.

No, tiene que encontrar una nueva fuente.

México.

3
CHICAS DE CALIFORNIA

I wish they all could be California girls.

BRIAN WILSON, « California Girls»

La Jolla
California
1981

Nora Hayden tiene catorce años la primera vez que uno de los amigos de su padre le tira los tejos.

La está llevando a casa después de hacer de canguro de su crío, y de repente toma su mano y la pone encima de su paquete. Ella está a punto de apartarla, pero se queda fascinada por la expresión de su cara.

Y por cómo la hace sentir.

Poderosa.

De manera que deja la mano allí. No la mueve ni nada, pero al parecer ya es suficiente, porque oye su respiración agitada y ve sus ojos, intensos y peculiares, y tiene ganas de reír, pero no quiere... pues eso... romper el hechizo.

La siguiente vez que él lo hace apoya su mano sobre la de ella y la mueve en círculos. Ella nota que crece bajo su palma. Siente que da tirones. La expresión de él se le antoja ridícula.

Tiempo después, él frena el coche y le pide que se la saque.

Y ella, como que odia a este tipo, ¿vale?

Le da asco, pero lo hace tal como él le enseña, pero nota que es ella la que manda, no él. Porque puede parar y volver a empezar cuando le da la gana.

—No es un pene —le dice a su amiga Elizabeth—. Es una correa.

—No, es todo un cachorrito —contesta Elizabeth—. Lo mimas, lo acaricias, lo besas, le das un lugar confortable para dormir y te va a buscar cosas.

Tiene catorce años y aparenta diecisiete. Su madre se da cuenta, pero ¿qué puede hacer? Nora divide su tiempo entre su padre y su madre, y la expresión « custodia compartida » nunca ha tenido un significado más picante. Porque cada vez que va a casa de su padre, eso es lo que está haciendo él: compartiendo un *joint*.

Papá es una especie de rastafari blanco sin rastas ni convicciones religiosas.

Papá no sabría encontrar Etiopía en un mapa de Etiopía. A él solo le gusta la hierba. Esa parte es la que comprende a la perfección.

Mamá ha superado todo eso, y ese es el principal motivo de su divorcio. Ella superó su fase hippy con creces, de hippy a yuppy, de cero a sesenta en cinco segundos. Él está pegado a sus Birkenstocks como si los tuviera pegados a los pies, pero ella continúa avanzando.

De hecho, consigue un empleo muy bueno en Atlanta y quiere que Nora vaya con ella, pero Nora, no, a menos que me enseñes la playa de Atlanta, no quiero ir. Por fin, todo acaba ante un juez que pregunta a Nora con cuál de sus padres querría vivir, y está a punto de decir « Con ninguno », pero lo que dice es « Con mi padre », de modo que cuando tiene quince años va a ir a Atlanta de vacaciones y un mes en verano.

Lo cual es soportable, porque cuenta con suficiente buena hierba.

Los chicos del colegio la llaman Nora la Putorra, pero a ella le da igual y a ellos, en realidad, también. No es tanto un término peyorativo como el reconocimiento de una realidad. ¿Qué dirías de una compañera de clase a la que van a buscar en Porsches, Mercedes y limusinas, y ninguno de ellos es de sus padres?

Nora está colocada una tarde, rellenando un estúpido cuestionario para el asesor de orientación, y debajo de « Actividades extraescolares » escribe « Mamadas ». Antes de borrarlo, enseña el formulario a su amiga Elizabeth y ambas ríen.

Y esa limusina no va a entrar en el aparcamiento de Mickey D's. Ni en Burger King, Taco Bell o Jack in the Box. Nora tiene la cara y el cuerpo para exigir Las Brisas, el Inn de Laguna, El Adobe.

Si quieres a Nora, dale buena comida, buen vino, buena mierda.

Jerry el Colgao siempre tiene buena coca.

Quiere que se vaya a Cabo con él.

Pues claro. Es un traficante de coca de cuarenta y cuatro años con más recuerdos que posibilidades: ella tiene dieciséis años, con un cuerpo como la primavera. ¿Por qué no iba a querer que le acompañara a pasar un fin de semana guarro en México?

A Nora se la suda.

Tiene dieciséis años, pero para nada dulces.

Sabe que él no está enamorado de ella, por decir algo. Sabe con absoluta seguridad que ella no está enamorada de él. De hecho, cree que es más o menos un colgao, con la chaqueta de seda negra y la gorra negra de béisbol que cubre su pelo ralo. Los tejanos desteñidos, las Nike sin calcetines. No, Nora sabe de qué va el rollo: al tipo le aterroriza envejecer.

No temas, tío, piensa. No hay nada de que acojonarse.

Eres viejo.

Jerry el Colgao solo tiene dos cosas a su favor.

Pero son dos buenas cosas.

Dinero y coca.

En realidad, es lo mismo. Porque, como bien sabe Nora, si tienes dinero, tienes coca. Y si tienes coca, tienes dinero.

Se la chupa.

Tarda más por culpa de la coca, pero le da igual, no tiene nada mejor que hacer. Y derretir el polo de Jerry es mejor que tener que hablar con él, o, peor aún, escucharle. No quiere oír nada más acerca de sus ex esposas, sus hijos (mierda, conoce a dos de sus hijos mejor que él: va al colegio con ellos), ni de cómo consiguió el triple que ganó el partido de la liga de softball.

—¿Quieres ir? —pregunta cuando termina.

—¿Ir adónde?

—A Cabo.

—Vale.

—¿Cuándo quieres ir? —pregunta Jerry el Colgao.

Ella se encoge de hombros.

—Cuando sea.

Está a punto de bajar del coche cuando Jerry le da una bolsa llena de hierba del copón.

—Hola —dice su padre cuando entra. Está espantado en el sofá, viendo una reposición de *Con ocho basta*—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien. —Tira la bolsa sobre la mesita auxiliar—. Jerry te envía esto.

—¿Para mí? Guay.

Tan guay que hasta se pone en pie. De repente se convierte en el señor Iniciativa, mientras se lía un porrito bien apretado.

Nora entra en su cuarto y cierra la puerta.

Se pregunta qué pensar sobre un padre que hace de macarra de su hija a cambio de droga.

Nora sufre una experiencia en Cabo que cambia su vida.

Conoce a Haley.

Nora está tumbada junto a la piscina al lado de Jerry el Colgao y esa tía de la tumbona que hay al otro lado de la piscina la está examinando de pies a cabeza.

Una tía con mucha clase.

Veintimuchos, pelo castaño oscuro corto bajo una visera negra. Un cuerpo menudo y delgado esculpido en el gimnasio, exhibido gracias a un biquini negro casi invisible. Bonitas joyas: discretas, de oro, caras. Cada vez que Nora levanta la vista, la tía la está mirando.

Con esa sonrisa de complicidad, casi de suficiencia.

Y siempre está acechando.

Nora levanta la vista de la tumbona... y allí está. Pasea por la playa... y allí está.

Cena en el comedor del hotel... y allí está. Nora teme el contacto visual. Siempre es Nora la que aparta la vista antes. Por fin, ya no puede aguantarlo más. Espera a que Jerry se suma en una de sus siestas poscoitales, sale a la piscina y se sienta en la tumbona contigua a la de la mujer.

—Me has estado observando —dice.

—Sí.

—No me interesa.

La mujer ríe.

—Ni siquiera sabes lo que no te interesa.

—No soy lesbiana —dice Nora.

O sea, no le interesan los tíos, pero tampoco las tías. Lo cual nos deja a perros y gatos, pero los gatos no la enloquecen.

—Yo tampoco —dice la mujer.

—¿Y?

—Deja que te haga una pregunta —dice la mujer—. ¿Estás ganando dinero?

—¿Eh?

—Esnifando coca. ¿Estás ganando dinero?

—No.

La mujer sacude la cabeza.

—Nena, con tu cara y tu cuerpo, podrías ganar lo que quisieras.

A Nora le gusta la frase.

—¿Cómo? —pregunta.

La mujer busca dentro de su bolso y entrega a Nora una tarjeta.

Haley Saxon, con un número de teléfono de San Diego.

—¿A qué te dedicas?, ¿a las ventas? —pregunta Nora.

—Podría decirse así.

—¿Eh?

—¿Eh? —se burla Haley—. Me refiero a eso. Si quieres ganar lo que quieras, tienes que dejar de decir cosas como « ¿Eh?» .

—Bueno, a lo mejor no quiero ganar lo que sea.

—En ese caso, que tengas un buen fin de semana —dice Haley.

Levanta su revista y vuelve a leer. Pero Nora no se va, sigue sentada con la sensación de ser estúpida. Transcurren cinco minutos antes de que reúna valor para hablar.

—De acuerdo, tal vez desee ganar lo que quiera.

—De acuerdo.

—¿Qué vendes?

—A ti. Te vendo a ti.

Nora está a punto de decir « ¿Eh? », pero se contiene.

—No sé a qué te refieres.

Haley sonríe. Apoya su elegante mano sobre la de Nora.

—Es tan sencillo como suena. Vendo mujeres a hombres. Por dinero.

Nora lo capta enseguida.

—Así que se trata de sexo —dice.

—Nena, todo trata de sexo —dice Haley.

Le suelta un buen discurso, pero todo se reduce a esto: todo el mundo, siempre, tiene ganas de follar.

Acaba la charla con:

—Si quieres regalarlo, o venderlo barato, es tu problema. Si quieres venderlo por pasta gansa, ese es mi problema. ¿Cuántos años tienes, por cierto?

—Dieciséis —dice Nora.

—Joder —exclama Haley. Sacude la cabeza.

—¿Qué?

Haley suspira.

—Las posibilidades.

Primero, la voz.

—Si quieres continuar haciendo mamadas en el asiento posterior de los coches por cuatro chavos, puedes hablar como una chica de la playa —le dice Haley dos semanas después de conocerse en Cabo—. Si quieres ascender en el mundo...

Haley pone a trabajar a Nora con una refugiada alcohólica de la Royal Shakespeare Company, que baja la voz de Nora un octavo. (« Eso es importante —dice Haley—. Una voz profunda consigue que una polla se siente y escuche »). La maestra dipsomaniaca redondea las vocales de Nora, exagera sus consonantes. La obliga a recitar monólogos: Porcia, Rosalía, Viola, Paulina...

« ¿Qué estudiados tormentos tienes para mí, tirano? » .

« ¿Qué ruedas, qué potros, qué piras? ¿Qué desollamiento o qué cocción de plomo o aceite? » .

Su voz se educa. Más profunda, más llena, más baja. Todo forma parte del lote. Como la ropa que Haley la lleva a comprar. Los libros que Haley la obliga a leer. El periódico de cada día.

—Y no será la página de modas, nena, ni de arte —dice Haley—. Una cortesana lee antes que nada la sección de deportes, después las páginas económicas, y luego, si acaso, las noticias.

De manera que empieza a aparecer en el colegio con el periódico de la

mañana. Sus amigas están en el aparcamiento, para darle una última calada a la pipa antes de que suene el timbre, y Nora sentada examinando los resultados deportivos, el Dow Jones, el editorial. Está leyendo la *National Review*, el *Wall Street Journal*, el fanático *Christian Science Monitor*.

Es el único rato que pasa en el asiento trasero.

Nora la Putorra se va a Cabo y vuelve convertida en Nora la Doncella de Hielo.

—Vuelve a ser virgen —explica Elizabeth a sus desconcertadas amigas. No lo dice con resentimiento. Parece que es verdad—. Fue a Cabo y le reconstruyeron el himen.

—No sabía que podía hacerse —dice su amiga Raven.

Elizabeth se limita a suspirar.

Raven le pregunta el nombre del médico.

Nora se convierte en una fanática del gimnasio, se pasa horas en el ciclo estático, más horas en la cinta para correr. Haley contrata a una entrenadora personal, una fascista obsesionada con la salud llamada Sherry, a quien Nora bautiza como su «terrorista física». Esta nazi tiene el cuerpo de un galgo, y empieza a transformar el cuerpo de Nora en ese pequeño paquete firme que Haley quiere vender. La obliga a hacer flexiones, abdominales, estiramientos, y la inicia en pesas.

Lo interesante del asunto es que a Nora empieza a gustarle todo eso.

Todo: el riguroso entrenamiento físico y mental. A Nora le va la marcha. Se levanta una mañana y va a lavarse la cara (con la crema limpiadora especial que Haley le ha comprado), se mira en el espejo y se pregunta: «Caramba, ¿quién es esta mujer?». Va a clase, se oye discursando sobre asuntos de actualidad y se pregunta: «Caramba, ¿quién es esta mujer?».

Sea quien sea, a Nora le gusta.

Su padre no se fija en el cambio. ¿Cómo iba a hacerlo?, piensa Nora. No vuelvo en un Baggie.

Haley la lleva de paseo a Sunset Strip, en Los Angeles, para enseñarle las putas del crack. La cocaína del crack ha azotado la nación como un virus, y las putas lo han pillado. Se lo pasan bomba. Están de rodillas en los callejones, tumbadas de espaldas en los coches. Algunas son jóvenes, algunas viejas. Nora se queda asombrada de que todas parezcan muy viejas. Y muy enfermas.

—Nunca podría ser como estas mujeres —dice Nora.

—Sí, podrías —replica Haley—. Si no sigues el camino recto. Aléjate de la droga, no dejes que te jodan la cabeza. Sobre todo, ahorra dinero. Podrás ganar dinero entre diez y doce años, siempre que te cuides. A tope. Después, la decadencia. Así que deberás acumular acciones, bonos, fondos de inversión. Bienes raíces. Te pondré en contacto con mi asesor financiero.

Porque la chica va a necesitar uno, piensa Haley.

Nora es el paquete.

Cuando cumple dieciocho años, está preparada para ir a la Casa Blanca.

Paredes blancas, alfombras blancas, muebles blancos. Limpieza y mantenimiento significan un coñazo, pero vale la pena porque tranquiliza a los hombres en cuanto entran (a todos sin excepción les ha asustado de niños derramar algo sobre cualquier cosa blanca de su madre). Y cuando Haley está presente, siempre viste de blanco: la casa soy yo, yo soy la casa. Soy intocable, ergo mi casa es intocable.

Sus mujeres siempre visten de negro.

Nada más, siempre de negro.

Haley quiere que sus mujeres destaquen.

Y siempre van vestidas de pies a cabeza. Nada de ropa interior o batas. Haley no está al frente de un rancho de sementales baratos de Nevada. Es famosa porque viste a sus mujeres con jerséis de cuello alto, trajes, levitas negras, vestidos. Viste a sus mujeres con ropa que los hombres pueden imaginarse quitando. Y ella les obliga a desear hacerlo.

Tienen que pasar por el aro, incluso en la Casa Blanca.

En las paredes cuelgan imágenes en blanco y negro de las diosas: Afroditá, Niké, Venus, Hedy Lamarr, Sally Rand, Marilyn Monroe. Nora considera las imágenes intrigantes, sobre todo la de Monroe, porque se parecen un poco.

No es coña, se parecen, piensa Haley.

Está presentando a Nora como a una joven Monroe, pero sin grasa.

Nora está nerviosa. Tiene la vista clavada en un monitor de vídeo de la sala de estar, contemplando esta reunión de clientes, uno de los cuales va a ser su primer polvo profesional. Hace un año y medio que no practica el sexo, y ni siquiera está segura de recordar cómo se hace, pese a los quinientos pavos que le van a caer. Por lo tanto, confía en que sea ese tipo alto, moreno y tímido, y da la impresión de que Haley está intentando conducir las cosas en esa dirección.

—¿Nerviosa?—le pregunta Joyce.

Joyce es el polo opuesto, una *gamine* de pecho plano con un vestido de París años cincuenta (Gigi de puta), que la ha estado ayudando con el maquillaje y la ropa, la blusa negra de cuello abierto y la falda negra.

—Sí.

—Todas lo están la primera vez—dice Joyce—. Después se convierte en rutina.

Nora sigue mirando a los cuatro hombres sentados con torpeza en el gran sofá. Son jóvenes, de unos veinticinco años, pero no parecen universitarios ricos mimados, y se pregunta de dónde habrán sacado el dinero para venir aquí. Cómo han venido a parar aquí.

Callan se pregunta lo mismo.

¿Qué coño estamos haciendo aquí?

Big Paulie Calabrese cagaría sangre si supiera que Jimmy Peaches está aquí, conectando el oleoducto que chupará cocaína como una gigantesca paja desde Colombia hasta el West Side, pasando por México.

—¿Quieres relajarte? —dice Peaches—. Te he reservado un sitio en la mesa. ¿Quieres hacer el puto favor de sentarte y comer?

—« Si traficas con drogas, mueres» —le recuerda Callan—. Eso dijo Calabrese.

—Sí, « Si traficas con drogas, mueres» , pero si no traficamos, nos morimos de hambre —replica Jimmy—. ¿Es que el jodido de Paulie nos va a dar algo de los sindicatos? No. ¿De los sobornos? No. ¿De los camioneros? ¿De la construcción? No. Que le den. Si me entrega una parte de eso, entonces puede decirme que no trafique. Entretanto, trafico.

Las puertas todavía no se han cerrado detrás de los botones, y Peaches ya dice que quiere ir a esa casa de putas de la que le han hablado.

A Callan no le va la idea.

—¿Volar cinco mil kilómetros para echar un polvo? —pregunta—. Podemos hacerlo en casa.

—De esta clase no —dice Peaches—. Dicen que en ese lugar tienen los mejores coñitos del mundo.

—El sexo es el sexo —dice Callan.

—¿Qué sabrás tú de eso? —pregunta Peaches—. Eres irlandés.

No es que no le tiene la historia, es que esto era un viaje de negocios, y en lo tocante a los negocios, Callan es todo negocios. Ya es bastante difícil evitar que los hermanos Piccone no piensen en su polla cuando trabajan, no veas cuando persiguen mujeres.

—Pensaba que estábamos en viaje de negocios —dice.

—Jesús, ¿quieres animarte? —dice Peaches—. Vas a morir, en tu lápida escribirán que nunca te divertiste. Echaremos un polvo, haremos negocios. Hasta es posible que dispongamos de un minuto para comer, si te parece bien. Me han dicho que el marisco es estupendo allí.

Sí, qué listo es Peaches, piensa Callan. Por la ventana no se ve otra cosa que mar, de manera que alguien habrá imaginado alguna forma de preparar pescado, piensa.

—Eres un puto bastardo, ¿sabes? —dice Peaches.

Sí, un puto bastardo, piensa Callan. Me he cargado a cinco tíos para los Cimino, y Peaches me dice que soy un puto bastardo.

—¿Quién te dio el número? —pregunta Callan. No le gusta. Peaches llama a este número, una muñeca le dice: Claro, venid, y van a este almacén donde lo

único que les espera es una tormenta de mierda.

—Sal Scachi me dio el número, ¿vale? —dice Peaches—. Ya conoces a Sal.

—No sé —dice Callan. Si Calabrese fuera a matarles por ese asunto de las drogas, sería Scachi quien se encargaría.

—¿Quieres relajarte? —dice Peaches—. Estás empezando a ponerme nervioso.

—Bien.

—«Bien». Quiere que me ponga nervioso.

—Quiero que estés vivo.

—Agradezco tus deseos, Callan, y o también. —Peaches agarra a Callan por la nuca y le da un beso en la mejilla—. Ahora ya puedes ir al cura y confesarle que has cometido un acto homosexual con un spaghetti. Te quiero, bastardo. Esta noche, solo placer, te lo digo yo.

No obstante, Callan enfunda su 22 con silenciador antes de salir. Frenan ante la Casa Blanca y un minuto después se encuentran en el vestíbulo, boquiabiertos.

Callan piensa en beber una cerveza, pero después se contiene y echa un vistazo a su alrededor. Si alguien se ha planteado eliminar a Peaches, esperarán a que Jimmy esté dale que dale y le meterán una bala en la cabeza. De modo que Callan irá a beber su cerveza, agarrará a O-Bop y montará un poco de seguridad. Claro, O-Bop le enviará a la mierda, quiere echar un polvo, la seguridad será responsabilidad de Callan. De modo que bebe su cerveza, mientras Haley deja tres carpetas negras con aros sobre la mesita auxiliar de cristal.

—Esta noche contamos con unas cuantas damas —dice al tiempo que abre una carpeta. Cada página tiene una lustrosa fotografía en blanco y negro de veinticuatro por treinta, dentro de una funda de plástico, con otras más pequeñas de cuerpo entero, en diversas posturas, en el reverso. Haley no está dispuesta a exhibir a sus mujeres como si fuera una subasta de ganado. No, esto es elegante, digno, y sirve para disparar la imaginación de los hombres—. Conociendo a estas damas como las conozco yo —dice—, será un placer ayudarles a elegir la pareja adecuada.

Después de que los demás hombres hayan tomado su decisión, se sienta al lado de Callan, observa que se ha quedado clavado en la foto del primer plano de Nora y susurra en su oído:

—Una sola mirada suya bastaría para que se corriera.

Callan enrojece hasta la raíz del pelo.

—¿Le gustaría conocerla? —pregunta Haley.

Callan consigue asentir.

Resulta que sí.

Y se enamora al instante. Nora entra en la habitación, y le mira con aquellos ojos

suyos. Callan nota una descarga que va desde el corazón a la ingle, y viceversa, y en ese momento ya está perdido. Nunca había visto nada más bonito en su vida. La idea de que algo (alguien) tan bonito pueda ser suyo siquiera un instante es algo que no consideró posible en toda su vida. Ahora es inminente.

Traga saliva.

Nora, por su parte, está aliviada de que sea él.

No está mal físicamente, y no parece malo.

Extiende la mano y sonrío.

—Soy Nora.

—Callan.

—¿Tienes nombre, Callan?

—Sean.

—Hola, Sean.

Haley los sonrío como una casamentera. Quería el tímido para la primera vez de Nora, de modo que manipuló a los demás para que eligieran a las mujeres con más experiencia. Ahora, todo el mundo está emparejado tal como ella deseaba, charlan y pasean, se preparan para ir a las habitaciones. Se escapa a su despacho para poder llamar a Adán y decirle que sus clientes se lo están pasando bien.

—Yo me ocuparé de la cuenta —dice Adán.

No es nada. Es calderilla comparada con los negocios que los hermanos Piccone podrían reportarle. Adán podría vender un montón de cocaína en California. Tiene muchos clientes en San Diego y Los Ángeles, pero el mercado de Nueva York sería enorme. Colocar su producto en las calles de Nueva York mediante la red de distribución de los Cimino... Bien, Jimmy Peaches puede tener todas las putas que le dé la gana, y por cuenta de la casa.

Adán ya no va a la Casa Blanca. No como cliente, en todo caso. Acostarse con prostitutas, ni que sean de clase alta, ya no es adecuado para un hombre de negocios serio como él.

Además, está enamorado.

Lucía Vivanca es hija de una familia de clase media. Nacida en Estados Unidos, ha «conseguido el Doblete Diario», como dice Raúl. Es decir, goza de doble nacionalidad, mexicana y estadounidense. Recién graduada en el instituto de Nuestra Señora de la Paz, de San Diego, vive con una hermana mayor y va a clase al San Diego State.

Y es una belleza.

Menuda, de pelo rubio natural e impresionantes ojos oscuros, con una figura esbelta sobre la que Raúl hace comentarios obscenos a la menor oportunidad.

—Vaya *chupas*, hermano —dice—. Cómo sobresalen de la blusa. Podrías cortarte con ellas. Lástima que sea una *chiflona*.

No es una calentabraguetas, piensa Adán, sino una señora. Bien educada,

culta, de un colegio de monjas. De todos modos, debe admitir que está frustrado después de incontables achuchones en el asiento delantero de su coche aparcado, o en el sofá del apartamento de su hermana, las escasas ocasiones en que la *bruja* vigilante les concede unos minutos a solas.

Lucía no cederá hasta que estén casados.

Y yo no tengo dinero para casarme todavía, piensa Adán. No con una señora como Lucía.

—Le harías un favor yéndote de putas —arguye Raúl—, en lugar de someterla a tanta presión. De hecho, le debes a Lucía ir a la Casa Blanca. Tu moralidad es indulgencia egoísta.

Raúl no es nada egoísta a ese respecto, piensa Adán. Su generosidad es más que abundante. Mi hermano, piensa Adán, arrasa la Casa Blanca como un cocinero de restaurante arrasa la despensa y devora todas las provisiones.

—Es mi naturaleza generosa —dice Raúl—. ¿Qué quieres que te diga? Me gusta la gente.

—Esta noche guárdate dentro de los pantalones tu naturaleza generosa —dice Adán—. Esta noche toca negocios.

Confía en que todo vaya a bien en la Casa Blanca.

—¿Te apetece una copa? —pregunta Callan a Nora.

—¿Un zumo de pomelo?

—¿Eso es todo?

—No bebo —dice Nora.

Callan no sabe qué decir o hacer, de modo que se queda mirándola.

Ella le devuelve la mirada, sorprendida. No tanto por lo que siente, sino por lo que no siente.

Desprecio.

Da la impresión de que no puede hacer acopio de desprecio.

—¿Sean?

—¿Sí?

—Tengo una habitación. ¿Te apetece ir?

Callan agradece que se haya dejado de tonterías y evitarle seguir ahí parado como un capullo.

Pues claro que quiero ir, piensa. Quiero subir a la habitación, quitarte la ropa, tocarte por todas partes, metértela, y después quiero llevarte a casa. Llévate de vuelta a la Cocina y tratarte como a la reina del West Side, y conseguir que seas lo primero que vea por la mañana y lo último que vea por la noche.

—Sí. Sí, me apetece.

Ella sonríe, le toma de la mano y se disponen a subir cuando se oye la voz de Peaches desde el otro lado de la sala.

—¡Eh, Callan!

Callan se vuelve y le ve parado en una esquina al lado de una mujer bajita de pelo negro corto.

—¿Sí?

—Quiero hacer un cambio.

—¿Qué? —pregunta Callan.

—No pienso... —empieza Nora.

—Bien. Sigue así —dice Peaches. Mira a Callan—. ¿Y bien?

Peaches está cabreado. Se fijó en Nora nada más entrar en la sala. Tal vez la pieza más hermosa que haya visto en su vida. Si se la hubieran enseñado antes, la habría escogido.

—No —dice Callan.

—Venga, sé comprensivo.

El mundo se detiene en la sala.

O-Bop y Little Peaches dejan de meter mano a sus acompañantes y empiezan a analizar la situación.

Lo cual es peligroso, piensa O-Bop.

Porque si bien está muy claro que Jimmy Peaches no es el que está más chiflado de los hermanos Piccone (dicho honor recae en Little Peaches, sin la menor duda), Jimmy tiene su temperamento. Le da de repente, como caído del cielo, y nunca sabes qué va a hacer (o, peor todavía, lo que te ordenará hacer), sin pensarlo dos veces.

Y Jimmy está irritado en este momento, pensando en Callan, porque Callan se ha vuelto hosco y silencioso desde que llegaron a California. Y esto pone nervioso a Jimmy, porque necesita a Callan. Y ahora, Callan está a punto de subir para tirarse a la mujer que Peaches quiere tirarse, y eso no es justo, porque Peaches es el jefe.

Hay algo más que convierte en peligrosa la situación, y todos lo saben, aunque nadie de la banda de Piccone lo va a decir en voz alta: Peaches tiene miedo de Callan.

Así de claro. Todos saben que Peaches es bueno. Es duro, listo y malvado.

Es como piedra.

Pero Callan...

Callan es el mejor.

Callan es el asesino más despiadado que haya existido jamás.

Y Jimmy Peaches le necesita y tiene miedo de él, y esa combinación es volátil. Como nitrógeno en una carretera llena de baches, piensa O-Bop. No le gusta nada esta mierda. Le ha costado un huevo asociarles con los Cimino, todos están ganando dinero, ¿y ahora todo se va a ir al carajo por una rajita?

—¿Qué coño pasa, chicos? —pregunta O-Bop.

—No, ¿qué coño pasa? —pregunta Peaches.

—He dicho que no —repite Callan.

Peaches sabe que Callan puede sacar su pequeña 22 y meterle una bala entre ceja y ceja antes de que tenga tiempo de parpadear. Pero también sabe que Callan no puede cargarse a toda la puta familia Cimino, que es lo que tendrá que hacer si mata a Peaches.

Por eso Peaches va a por él.

Y es lo que en realidad cabrea a Callan.

Está harto de ser el perro de presa de los spaghetti.

A la mierda Jimmy Peaches.

A la mierda él, Johnny Boy, Sal Scachi y Paulie Calabrese.

—¿Me cubres las espaldas? —pregunta a O-Bop sin apartar los ojos de Peaches.

—Te cubro.

Ya está.

Menuda situación.

No parece que vaya a acabar bien para él ni para nadie, hasta que Nora interviene.

—¿Por qué no decido yo? —dice.

Peaches sonríe.

—Muy justo. ¿Te parece justo, Callan?

—Es justo.

Aunque piensa que no lo es. Estar tan cerca de la belleza que no puedas ni respirar. Y que se te escape entre los dedos. Pero ¿qué coño tiene que ver la justicia con eso?

—Adelante —dice Peaches—. Elige.

Callan experimenta la sensación de que el corazón se le sale del pecho. Está latiendo delante de todo el mundo.

Ella le mira y dice:

—Te gustará Joyce. Es guapa.

Callan asiente.

—Lo siento —susurra ella.

Y lo dice en serio. Quería irse con Callan, pero Haley, que ha vuelto a la sala y está haciendo lo que puede por tranquilizar la situación, la ha mirado de aquella manera, y Nora es lo bastante lista para comprender que tiene que elegir al grosero.

Haley se siente aliviada. Esta noche tiene que salir bien. Adán ha dejado muy claro que esta noche lo importante no es el negocio de ella, sino el de él. Y como Tío Barrera fue quien aportó el dinero para abrir el local, tiene que cuidar de los negocios de la familia Barrera.

—No lo sientas —dice Callan a Nora.

... No se va con Joyce.

—No te ofendas —le dice—, pero no, gracias.

Sale y se queda junto al coche. Saca la 22 y la sujeta a su espalda unos minutos después, cuando frena un coche y baja Sal Scachi.

Va vestido al estilo informal californiano, pero aún lleva puestos los lustrosos zapatos del ejército. Los spaghetti y sus zapatos, piensa Callan. Dice a Scachi que se pare y mantenga las manos donde pueda verlas.

—Ah, es el tirador —dice Scachi—. No te preocupes, Tirador, Jimmy Peaches no tiene que preocuparse por mí. Lo que Paulie no sabe...

Le da un leve puñetazo a Callan bajo la barbilla y entra en la casa. Se alegra mucho de haber venido, porque ha pasado los últimos meses con su traje verde, trabajando en una operación de la CIA llamada Cerbero. Scachi, con un grupo de tíos de las Fuerzas ha levantado tres torres de radio en la puta selva colombiana, vigilándolas para impedir que los guerrilleros comunistas las derribaran.

Ahora tiene que asegurarse de poner en contacto a Peaches con Adán Barrera. Lo cual le recuerda...

Se vuelve y llama a Callan.

—¡Eh, chico! Vienen un par de tíos mexicanos —dice—. Hazme un favor: no les dispaes.

Ríe y entra en la casa.

Callan alza la vista hacia la luz de la ventana.

Peaches entra a saco.

Nora intenta pararle un poco, ablandarle, enseñarle las cosas tiernas y lentas que Haley le enseñó, pero el hombre no lo acepta. Ya está empalmado, debido a su victoria de abajo. La tira boca abajo sobre la cama, le arranca la falda y las bragas y se la mete.

—Sientes eso, ¿eh? —dice.

Ella lo siente.

Duele.

El hombre es grande, y ella aún no se ha puesto húmeda y él dale que dale, de modo que lo siente sin el menor asomo de duda. Siente que desliza las manos por debajo de ella, le quita el sujetador y empieza a estrujarle los pechos, y al principio intenta hablar con él, decirle que... pero entonces siente la ira y el desprecio que se derraman sobre ella, y se dice: «Pierde el conocimiento, gilipollas», de modo que deja salir el dolor en forma de gritos, que él interpreta como de placer, así que arremete con más violencia y ella se acuerda de apretarle para que se corra, pero él se sale.

—No me vengas con trucos de putas.

Le da la vuelta y se sienta a horcajadas sobre ella. Junta sus pechos, mete la polla en medio y la empuja hacia su boca.

—Chupa.

Ella lo hace.

Lo hace lo mejor que él le permite, porque quiere acabar de una vez. De todos modos, él se lo monta en plan porno, de manera que termina pronto, saca la polla, la sacude y se corre sobre su cara.

Ella sabe lo que él quiere.

Ella también ha visto películas.

De modo que coge un poco con el dedo, se lo mete en la boca, le mira a los ojos y gime:

—Hummmmmmmmm.

Y le ve sonreír.

Cuando Peaches se marcha, va al cuarto de baño, se cepilla los dientes hasta que las encías le sangran, hace gárgaras con Listerine un minuto y lo escupe. Toma una larga ducha muy caliente, se pone una bata, va hacia la ventana y mira.

Ve al simpático, al tímido, apoyado contra el coche, y piensa que ojalá hubiera sido su novio.

SEGUNDA PARTE
CERBERO

4
EL TRAMPOLÍN MEXICANO

¿Quién tiene los barcos?
¿Quién tiene los aviones?

MALCOLM X

Guadalajara
México
1984

Art Keller ve aterrizar el DC-4.

Ernie Hidalgo y él están sentados en un coche, sobre una loma que domina el aeropuerto de Guadalajara. Art continúa mirando mientras los *federales* mexicanos ayudan a bajar el cargamento.

—Ni siquiera se molestan en cambiarse el uniforme —comenta Ernie.

—¿Para qué? —pregunta Art—. Están trabajando, ¿no?

Art tiene los prismáticos de visión nocturna enfocados en una pista de carga y descarga que nace lateralmente de la pista principal. En el lado más próximo de la pista, unos cuantos hangares de carga y algunos cobertizos pequeños hacen las veces de oficinas de las compañías de transporte aéreo. Hay camiones aparcados frente a los hangares, y los *federales* transportan cajas desde el avión hasta la parte posterior de los camiones.

—¿Estás grabando esto? —pregunta a Ernie.

—¿A ti qué te parece? —contesta Ernie. El motor eléctrico de su cámara zumba. Ernie creció entre las bandas de El Paso, vio los efectos que causaba la droga en su barrio y quiso hacer algo para solucionarlo. Cuando Art le ofreció el trabajo de Guadalajara, no dudó ni un momento—. ¿Qué crees que habrá en esas cajas?

—¿Galletas Oreo? —sugiere Art.

—¿Zapatillas Bunny?

—Sabemos lo que no es —dice Art—. No es cocaína, porque...

Ambos terminan la frase:

—... « ¡No hay coca en México! ».

Rien de este chiste compartido, un cántico ritual, una traducción sarcástica de la frase oficial que les dijeron sus jefes de la DEA. Según los peces gordos de

Washington, los aviones llenos de coca que han aterrizado con más regularidad y frecuencia que la United Airlines son producto de la imaginación de Art Keller.

La creencia popular es que el tráfico de drogas mexicano fue destruido durante los días de la Operación Cóndor. Eso afirma el informe oficial, eso afirma la DEA, eso afirma el Departamento de Estado... y ninguno de los antes mencionados necesita que Art Keller invente fantasías sobre «cárteles» de droga mexicanos.

Art sabe lo que dicen de él. Que se está convirtiendo en un auténtico coñazo, enviando informes mensuales, intentando inventar una Federación a partir de una pañilla de paletos de Sinaloa que fueron expulsados de las montañas hace nueve años. Dando la lata a todo el mundo con un puñado de Frito Banditos que trafican con un poco de marihuana y tal vez un poco de heroína, cuando lo que tiene que tener claro es que hay una epidemia de crack que asola las calles de Estados Unidos, y procede de Colombia, no del puto México.

Incluso enviaron a Tim Taylor desde Ciudad de México para decirle que se metiera la lengua en el culo. El hombre al mando de todo el funcionamiento de la DEA en México reunió a Art, a Ernie Hidalgo y a Shag Wallace en el cuarto interior de la oficina de la DEA en Guadalajara.

—No estamos donde está la acción —dijo—. Tenéis que asumir en lugar de inventar.

—No estamos inventando nada —dijo Art.

—¿Dónde están las pruebas?

—Estamos en ello.

—No —dijo Taylor—. No estáis en ello. No hay ningún trabajo que hacer. El fiscal general de Estados Unidos ha anunciado al Congreso...

—Leí el discurso.

—... que el problema de la droga mexicana ha terminado. ¿Tenéis la intención de dejar como un capullo al fiscal general?

—Creo que se las puede arreglar sin mi ayuda.

—Me encargaré de repetirle tu frase, Arthur —dijo Taylor—. No vas a ir, repito, no vas a ir persiguiendo nieve inexistente por todo México. ¿Ha quedado claro?

—Claro —dijo Art—. Si alguien intenta venderme cocaína mexicana, solo debo decir no.

Tres meses después, está viendo a *federales* inexistentes cargar cocaína inexistente en camiones inexistentes que entregarán la cocaína a miembros inexistentes de la Federación inexistente.

Es la Ley de las Consecuencias No Previstas, piensa Art mientras observa a los *federales*. La Operación Cóndor pretendía extirpar de México el cáncer de Sinaloa, pero lo que consiguió fue propagarlo por todo el cuerpo. Hay que reconocer el mérito de los tipos de Sinaloa: la reacción a su pequeña diáspora fue

genial. En algún momento se dieron cuenta de que su producto real no eran las drogas, sino la frontera de tres mil kilómetros que comparten con Estados Unidos, y su capacidad de pasar contrabando a través de ella. La tierra puede quemarse, las cosechas envenenarse, la gente desplazarse, pero esa frontera, esa frontera no se va a ir a ninguna parte. Un producto que podría valer unos centavos a cinco centímetros de la frontera vale miles a cinco centímetros del otro lado.

El producto (a pesar de la DEA, el Estado y el gobierno mexicano) es la cocaína.

La Federación llegó a un acuerdo muy sencillo y ventajoso con los cárteles de Cali y Medellín: los colombianos pagan mil dólares por cada kilo de cocaína que los mexicanos les entregan en Estados Unidos. Básicamente, la Federación abandonó el negocio de cultivar droga y lo cambió por el negocio del transporte. Los mexicanos reciben el cargamento de coca de los colombianos, lo transportan a zonas de almacenamiento cercanas a la frontera, lo trasladan a pisos francos de Estados Unidos, lo devuelven a los colombianos y reciben sus mil pavos por kilo. Los colombianos lo trasladan a sus laboratorios y lo convierten en crack, y su mierda está en las calles al cabo de unas semanas, a veces días, de abandonar Colombia.

No a través de Florida (la DEA ha estado castigando esas rutas como un mulo alquilado), sino a través de la descuidada «puerta trasera» de México.

La Federación, piensa Art, cuando tiene que aparecer al otro lado de la noche a la mañana.

Pero ¿cómo?, se pregunta. Hasta él tiene que admitir que su teoría plantea algunos problemas. ¿Cómo volar en un avión subrepticamente desde Colombia a Guadalajara, atravesando un territorio de América Central que no solo está vigilado por la DEA sino también, gracias a la presencia del régimen comunista sandinista en Nicaragua, por la CIA? Satélites espía, Sistemas Integrados de Vigilancia Aérea, nada capta esos vuelos.

Además, está el problema del combustible. Un DC-4, como el que está viendo en este momento, no tiene capacidad de almacenar combustible suficiente para efectuar el vuelo sin escalas. Tiene que parar y repostar. Pero ¿dónde? No parece posible, como sus jefes le han subrayado alegremente.

Bien, sí, puede que sea imposible, piensa Art. Pero allí está el avión, cargado de cocaína. Tan real como la epidemia de crack que está causando tanto dolor en los guetos norteamericanos. Así sé que lo estáis haciendo, piensa Art, mientras contempla el avión. Lo que no sé es cómo.

Pero voy a averiguarlo.

Y después voy a demostrarlo.

—¿Qué es eso?—pregunta Ernie.

Un Mercedes negro se acerca a la oficina. Unos *federales* se acercan corriendo para abrir la puerta trasera del coche, y un hombre alto y delgado

vestido de negro baja. Art distingue el fulgor de un puro, mientras el hombre atraviesa el cordón de *federales* y entra en la oficina.

—Me pregunto si es él —dice Ernie.

—¿Quién?

—El mítico M-1 en persona —dice Ernie.

«M-1» es el mote mexicano del jefe inexistente de la Federación inexistente.

La información que Art ha conseguido reunir a lo largo de los últimos años es que la Federación de M-1, como la Galia de César, está dividida en tres partes: los estados del Golfo, Sonora y Baja. Juntos, abarcan la frontera de Estados Unidos. Cada uno de estos tres territorios está dirigido por un hombre de Sinaloa que fue expulsado de su provincia natal por la Operación Cóndor, y Art ha conseguido poner nombre a los tres.

El Golfo: García Abrego.

Sonora: Chalino Guzmán, alias el Verde.

Baja: Güero Méndez.

En la cúspide de este triángulo, con base en Guadalajara: M-1.

Pero no pueden ponerle un nombre o un rostro.

Pero tú sí, ¿verdad, Art?, se pregunta. En el fondo, sabes quién es el patrón de la Federación. Tú le ayudaste a prosperar.

Art observa la pequeña oficina a través de sus prismáticos de visión nocturna, los enfoca en el hombre que está sentado ahora detrás de un escritorio. Viste un traje negro clásico, camisa blanca con el cuello abotonado, sin corbata. El pelo negro, algo vetado de gris, está peinado hacia atrás. Su rostro moreno y delgado exhibe un fino bigotillo, y fuma un puro delgado.

—Míralos —dice Ernie—. Actúan como en una visita papal. Nunca he visto a este tipo, ¿verdad?

—No —dice Art al tiempo que baja los prismáticos—, no lo he visto.

Al menos, desde hace nueve años.

Pero Tío no ha cambiado mucho.

Althea está durmiendo cuando Art vuelve a su casa alquilada del distrito de Tlaquepaque, un barrio residencial de casas unifamiliares, tiendas de ropa y restaurantes de moda.

¿Cómo no va a estar dormida?, se pregunta Art. Son las tres de la mañana. Ha dedicado las dos últimas horas a la farsa de seguir a M-1 para descubrir su identidad. Bien, lo hicieron con habilidad, piensa Art. Ernie y él habían seguido el Mercedes negro desde que salió a la autopista que conducía al centro de Guadalajara. Atravesaron el barrio del centro histórico y dejaron atrás la plaza de Armas, la plaza de la Liberación, la plaza de la Rotonda de los Hombres y la plaza Tapatía, en cuyo centro se halla la catedral. Después entraron en el barrio

comercial moderno y regresaron hacia las zonas residenciales, donde el Mercedes negro paró por fin ante un concesionario automovilístico.

Coches de lujo. Importados de Alemania.

Se habían detenido a una manzana de distancia y esperado mientras Tío entraba en la oficina, salió unos minutos después con un llavero y subió a un Mercedes 510 nuevo, esta vez sin chófer ni guardias. Le siguieron hasta el barrio rico de las casas con jardín, donde Tío entró en un camino de acceso, bajó del coche y entró en la casa.

Un ejecutivo más que vuelve tarde a casa después de una dura jornada de trabajo.

Bien, piensa Art, por la mañana me entregaré a otra farsa, entraré el concesionario y la dirección de la casa en el sistema, con el fin de conseguir la identidad de nuestro presunto M-1.

Miguel Ángel Barrera.

Tío Ángel.

Art entra en el comedor, abre el armario de las bebidas y se sirve un Johnnie Walker Etiqueta Negra. Coge su copa, avanza por el pasillo y echa un vistazo a sus hijos. Cassie tiene cinco años y se parece, gracias a Dios, a su madre. Michael tiene tres y también se parece a Althea, aunque tiene la complexión de Art. Althea está entusiasmada por el hecho de que, gracias a un ama de llaves mexicana y una niñera mexicana, los niños serán bilingües. Michael ya pide *pan*, y también *agua*.

Art entra de puntillas en la habitación de cada uno, les da un beso en la mejilla, y después vuelve por el largo pasillo, atraviesa el dormitorio principal y entra en el cuarto de baño contiguo, donde se da una larga ducha.

Si Althie significó una fisura en la Doctrina de Art del YOYO, los niños fueron una bomba de hidrógeno. En cuanto vio nacer a su hija, y después en los brazos de Althie, supo que su cascarón de «lobo solitario» había volado por los aires. Cuando llegó su hijo, no fue mejor, sino diferente, al mirar aquella versión en pequeño de sí mismo. Y una epifanía: la única forma de redimirse de haber tenido un mal padre es ser uno bueno.

Y él lo ha sido. Un padre amante y cariñoso para sus hijos. Un marido fiel y cariñoso para su esposa. Algo de la rabia y amargura de su juventud se han desvanecido, y solo han dejado esto, ese rollo con Tío.

Porque Tío me utilizó en los días del Cóndor. Me utilizó para eliminar a sus rivales y montar su Federación. Jugó conmigo, me hizo creer que iba a destruir la red de la droga, cuando lo único que estaba haciendo era ayudarlo a montar una más grande y mejor.

Asúmelo, piensa, mientras deja que el chorro caiga sobre sus hombros cansados, por eso has vuelto.

Su elección de destino había extrañado, este remanso de Guadalajara, sobre

todo para el héroe de la Operación Cóndor. Acabar con don Pedro disparó su carrera. Fue de Sinaloa a Washington, después a Miami, después a San Diego. Art Keller, el Chico Prodigio, iba a ser, a los treinta y tres años, el ARM (Agente Residente al Mando) de la agencia. Podía elegir el lugar que le apeteciera.

Todo el mundo se quedó estupefacto cuando eligió Guadalajara.

Expulsó su carrera del carril de aceleración y la hizo descarrilar.

Colegas, amigos, rivales ambiciosos, se preguntaron por qué.

Art no lo dijo.

Ni siquiera a sí mismo.

Que tenía asuntos pendientes.

Y tal vez debería dejarlo así, piensa, mientras sale de la ducha coge una toalla y se seca.

Sería tan fácil dar marcha atrás y atenerse a la línea de la compañía... Conformarse con los traficantes de marihuana de poca monta que los mexicanos quieren entregarte, rellenar obedientemente informes acerca de que el esfuerzo mexicano antidroga está dando sus frutos (lo cual no deja de tener su gracia, teniendo en cuenta que los aviones defoliantes mexicanos pagados por Estados Unidos están arrojando sobre todo agua; de hecho, están regando las plantaciones de marihuana y amapolas), y disfrutar de la vida.

Nada de investigaciones sobre M-1, nada de revelaciones acerca de Miguel Ángel Barrera.

Es agua pasada, piensa. Déjalo estar.

No hay que besar a la cobra.

Sí, hay que hacerlo.

Te está reconcomiendo desde hace nueve años. Toda la destrucción, todo el sufrimiento, toda la muerte provocada por la Operación Cóndor, todo para que Tío pudiera montar su Federación con él a la cabeza. La Ley de las Consecuencias No Previstas. Era justo lo que Tío había planeado, planificado, organizado.

Te utilizó, te lanzó como a un perro sobre sus enemigos, y lo hiciste.

Después no dijiste nada al respecto.

Mientras te ensalzaban como a un héroe, te daban palmaditas en la espalda y te dejaban entrar en el equipo. Patético hijo de puta, eso era lo único importante, ¿verdad? Estabas desesperado por ser uno de ellos.

Vendiste tu alma a cambio.

Ahora crees que puedes recuperarla.

Olvídalo. Tienes una familia a la que cuidar.

Se mete en la cama, intenta no despertar a Althea, pero no lo consigue.

—¿Qué hora es?—pregunta ella.

—Casi las cuatro.

—¿De la mañana?

—Vuelve a dormir.

—¿A qué hora te vas a levantar? —pregunta ella.

—A las siete.

—Despiértame. Tengo que ir a la biblioteca.

Tiene carnet de lectora en la universidad de Guadalajara, donde está trabajando en una tesis de posdoctorado: «La mano de obra agrícola en el México prerrevolucionario: un modelo estadístico».

—¿Quieres jugar un poco? —pregunta ella.

—Son las cuatro de la mañana.

—No te he preguntado por el tiempo ni la temperatura. Te he pedido algo. Manos a la obra.

Ella le abraza con sus manos cálidas, y al cabo de pocos segundos está dentro de ella. Siempre experimenta la sensación de volver a casa. Cuando ella alcanza el orgasmo, le agarra el culo y le empuja más hacia dentro.

—Eso ha sido estupendo, cariño —dice—. Ahora déjame dormir.

Él se queda despierto.

Por la mañana, Art mira las fotos del aeroplano, de los *federales* descargando la coca, abriendo después la puerta del coche para que Tío baje, después de Tío sentado ante el escritorio de la oficina. Después escucha el informe de Ernie sobre lo que ya sabe.

—Me puse en contacto con EPIC —dice Ernie en referencia al El Paso Intelligence Center, un banco de datos informáticos que coordina la información de la DEA, Aduanas e Inmigración—. Miguel Ángel Barrera es un ex policía del estado de Sinaloa, de hecho, el guardaespaldas del mismísimo gobernador. Sólidas conexiones con la DFS mexicana. Escucha esto: jugó en nuestro equipo. Fue uno de los polis que dirigió la Operación Cóndor en el setenta y cinco. Algunos informes del EPIC afirman que Barrera desmontó él solito la red de heroína de Sinaloa. Abandonó la fuerza y desapareció del radar del EPIC después de eso.

—¿Ningún golpe después del setenta y cinco? —pregunta Art.

—*Nada* —contesta Ernie—. Su historia se reanuda aquí, en Guadalajara. Es un hombre de negocios de mucho éxito. Es propietario de un concesionario de coches, cuatro restaurantes, dos edificios de apartamentos y considerables propiedades de buenas raíces. Está en la junta directiva de dos bancos y tiene poderosos contactos en el gobierno del estado de Jalisco y en Ciudad de México.

—No es el perfil habitual de un señor de la droga —dice Shag.

Shag es un buen chico de Tucson, un veterano de Vietnam que pasó de la inteligencia militar a la DEA, y en su estilo tranquilo es tan testarudo como Ernie. Utiliza su apariencia de vaquero para disimular su inteligencia, y un considerable

número de traficantes de drogas están hoy encarcelados porque subestimaron a Shag Wallace.

—Hasta que le ves supervisando un cargamento de coca —dice Ernie, y señala las fotografías.

—¿Podría ser M-1?

—Solo hay una forma de averiguarlo —dice Art.

Dando un paso más hacia el borde del abismo, piensa.

—No habrá ninguna investigación sobre la relación de Barrera con la cocaína —dice—. ¿Está claro?

Ernie y Shag se quedan un poco asombrados, pero ambos asienten.

—No quiero ver nada en vuestros informes, en ningún documento —dice—. Solo estamos persiguiendo marihuana. A ese respecto, Ernie, trabaja a tus fuentes mexicanas, por si el nombre de Barrera dispara alarmas. Shag, dedícate al avión.

—¿Vigilamos a Barrera? —pregunta Ernie.

Art niega con la cabeza.

—No quiero ponerle sobre aviso antes de estar preparados. Iremos cerrando el cerco en torno a él. Trabajad en la calle, trabajad en el avión, trabajad en su dirección. Si las pistas conducen hacia él.

Pero, mierda, piensa Art. Si ya sabes que sí.

El número de serie del DC-4 es N-3423VX.

Shag trabaja abriéndose paso entre la maraña de papeleo de los holdings, empresas tapadera y demás. La pista termina en una compañía de transporte aéreo llamada Servicios Turísticos (SETCO), que opera desde el aeropuerto de Aguacate en Tegucigalpa, Honduras.

Alguien que saca drogas de Honduras es casi tan sorprendente como alguien que vende perritos calientes en el Yankee Stadium. Honduras, la «república bananera» por antonomasia, posee una larga y distinguida historia en el tráfico de drogas, que se remonta a principios del siglo XX, cuando el país era propiedad de la Standard Fruit y la United Fruit. Las compañías fruteras tenían su sede en Nueva Orleans, y los muelles de la ciudad eran propiedad de la mafia de Nueva Orleans, la cual controlaba los sindicatos de estibadores, de modo que si las compañías fruteras querían descargar sus bananas procedentes de Honduras, los barcos debían transportar algo más que bananas.

Entró tanta droga en el país a bordo de aquellos barcos bananeros, que la heroína llegó a llamarse «banana» en la jerga de la mafia. La matrícula de Honduras no es sorprendente, piensa Art, y responde a la pregunta de en dónde repostó el DC-4.

La propiedad de SETCO es igualmente reveladora.

Dos socios: David Núñez y Ramón Mette Ballasteros.

Núñez es un cubano expatriado que vive en Miami. Nada extraordinario. Lo extraordinario es que Núñez participó en la Operación 40, un trabajo de la CIA en el que se entrenó a expatriados cubanos para volver y tomar el control político después de la triunfal invasión de Bahía de Cochinos. Lástima que la invasión no fue triunfal, como todo el mundo sabe. Algunos chicos de la Operación 40 acabaron muertos en la playa, otros fueron a parar ante los pelotones de ejecución. Los afortunados consiguieron volver a Miami.

Núñez fue uno de los afortunados.

Art no necesita leer el expediente de Ramón Mette Ballasteros. Ya conoce el historial. Mette era químico de los *gomer* en los días de la heroína. Se salió justo antes de la Operación Cóndor y volvió a su Honduras natal y al negocio de la cocaína. Corre el rumor de que Mette en persona financió el golpe de Estado que derrocó en fecha reciente al presidente de Honduras.

De acuerdo, piensa Art, los dos se ciñen a la línea de la compañía. El propietario de la aerolínea es un importante traficante de coca, que la está utilizando para transportar coca a Miami. Pero al menos uno de los aviones de SETCO está volando a Guadalajara, y eso no concuerda con la línea oficial.

El siguiente paso normal sería llamar a la oficina de la DEA en Tegucigalpa, pero no puede hacerlo porque se cerró el año anterior debido a la « falta de actividad ». Honduras y El Salvador se controlan ahora desde Guatemala, de manera que Art se pone en contacto con Warren Farrar, el ARM de Ciudad de Guatemala.

—SETCO —dice Art.

—¿Qué le pasa? —pregunta Farrar.

—Confiaba en que tú me lo dirías —replica Art.

Sigue una pausa, que Art está tentado de describir como « elocuente » .

—No puedo jugar contigo a esto, Art —dice después Farrar.

¿De veras?, se pregunta Art. ¿Por qué no? Solo celebramos unos ocho mil congresos al año, así que podemos jugar los unos con los otros en cosas como estas.

Lanza un disparo al azar.

—¿Por qué cerraron la oficina de Honduras, Warren?

—¿A qué coño estás jugando, Art?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

Porque me estoy preguntando si la compensación de que Mette financiara un golpe de Estado presidencial fuera que el nuevo gobierno echara a la DEA.

En respuesta, Farrar cuelga.

Bien, muchísimas gracias, Warren. ¿Por qué te has puesto tan nervioso?

A continuación, Art telefona a la Sección de Colaboración Antidroga del Departamento de Estado, un título tan trufado de ironía que le dan ganas de llorar, porque le dicen con el lenguaje burócrata más educado que se vaya a tomar por

el culo.

A continuación llama a la Oficina de Enlace de la CIA, explica su solicitud y consigue que le llamen esa misma tarde. Lo que *no* espera es que le llame John Hobbs.

En persona.

En otros tiempos, Hobbs fue el responsable de la Operación Fénix. Art le había informado algunas veces. Hobbs hasta le había ofrecido un trabajo después de pasar un año en el país, pero para entonces la DEA ya le había hecho una oferta y Art aceptó.

Ahora Hobbs es el jefe de sección de la CIA para América Central.

No me extraña, piensa Art. Un guerrero frío va a donde hay una guerra fría.

Hablan de trivialidades unos minutos («¿Cómo están Althea y los chicos?», «¿Te gusta Guadalajara?»).

—¿En qué puedo ayudarte, Arthur? —pregunta después Hobbs.

—Me estaba preguntando si podrías ayudarme a obtener información sobre una compañía de transportes aéreos llamada SETCO —dice Art—. El propietario es Ramón Mette.

—Sí, mi gente me ha pasado tu solicitud —dice Hobbs—. Me temo que tiene que ser denegada.

—Denegada.

—Sí —dice Hobbs—. Un no.

Sí, no tenemos bananas, piensa Art. Hoy no tenemos bananas.

—No tenemos nada sobre SETCO —continúa Hobbs.

—Bien, gracias por llamar.

—¿Qué te traes entre manos ahí abajo, Arthur? —le pregunta Hobbs.

—Estoy recibiendo algunas señales de radar —miente Art—, en el sentido de que SETCO podría estar transportando marihuana.

—Marihuana.

—Claro —dice Art—. Es lo único que queda en México en la actualidad.

—Bien, buena suerte, Arthur —dice Hobbs—. Siento no haberte podido ayudar.

—Te agradezco el esfuerzo —dice Art.

Cuelga, no sin antes preguntarse por qué el jefe de las operaciones latinoamericanas de la Compañía, ocupado en intentar derrocar a los sandinistas, dedica una parte de su valioso tiempo invertido en intentar derrocar a los sandinistas en llamarle y mentir.

Nadie quiere hablar de SETCO, piensa Art, ni mis colegas de la DEA, ni el Departamento de Estado, ni siquiera la CIA.

Toda la sopa de letras de las agencias acaba de deletrearte YOYO.

Estás más solo que la una.

Ernie le informa más o menos de lo mismo.

Pronuncias el apellido Barrera, y las fuentes habituales se cierran en banda. Hasta los chivatos más locuaces contraen un fuerte caso de afonía. Barrera es uno de los hombres de negocios más importantes de la ciudad, pero nadie ha oído hablar de él.

Déjalo correr, se dice Art. Esta es tu oportunidad.

No puedo.

¿Por qué no?

No puedo, punto.

Al menos, sé sincero.

De acuerdo. Tal vez porque no puedo permitir que gane. Tal vez porque le debo una derrota. Sí, pero él te está derrotando a ti. Sin tan siquiera hacer acto de aparición. No puedes echarle el guante.

Es verdad. No pueden acercarse a Tío.

Entonces, sucede lo más cojonudo.

Tío va en su busca.

El coronel Vega, el *federal* de más rango de Jalisco y el hombre con el que, en teoría, Art debe trabajar en colaboración, entra en la oficina de Art y se sienta.

—Señor Keller —dice con tristeza—, seré sincero. He venido a pedirle, humilde pero firmemente, que deje de acosar a don Miguel Ángel Barrera.

Art y él se miran.

—Por más que desee ayudarle, coronel —dice después Art—, esta oficina no está llevando a cabo ninguna investigación sobre el señor Barrera. No que yo sepa, en todo caso.

Grita en dirección a la oficina principal.

—Shag, ¿estás investigando al señor Barrera?

—No, señor.

—¿Ernie?

—No.

Art levanta los brazos y se encoge de hombros.

—Señor Keller —dice Vega, que mira a Ernie a través de la puerta—, su hombre va por ahí sacando a relucir el nombre de don Miguel de una manera muy irresponsable. El señor Barrera es un hombre de negocios respetable, con muchos amigos en el gobierno.

—Y, por lo visto, en la Policía Federal Judicial.

—Usted es mexicano, ¿verdad? —pregunta Vega.

—Soy norteamericano.

Pero ¿adónde quiere ir a parar?

—Pero habla español, ¿no?

Art asiente.

—Entonces conocerá la palabra *intocable* —dice Vega al tiempo que se levanta para marcharse—. Señor Keller, don Miguel es *intocable*.

Una vez lanzada la idea, Vega se va.

Ernie y Shag entran en la oficina de Keller. Shag empieza a hablar, pero Art le indica por señas que calle y que salgan todos fuera. Le siguen durante una manzana.

—¿Cómo ha sabido Vega que estábamos llevando a cabo una investigación sobre Barrera? —pregunta entonces.

De nuevo dentro, tardan pocos minutos en descubrir el pequeño micrófono instalado bajo el escritorio de Art. Ernie se dispone a arrancarlo, pero Art le agarra la muñeca y se lo impide.

—Me apetece una cerveza —dice—. ¿Y a vosotros?

Van a un bar del centro.

—Genial —dice Ernie—. En Estados Unidos, los polis ponen micrófonos a los malos. Aquí, los malos ponen micrófonos a los polis.

Shag sacude la cabeza.

—Así que saben todo lo que nosotros sabemos.

Bien, piensa Art, saben que sospechamos que Tío es M-1. Saben que hemos seguido el rastro del avión hasta Núñez y Mette. Y saben que con eso no podemos hacer nada. Entonces, ¿por qué se ponen tan nerviosos? ¿Por qué enviar a Vega a concluir una investigación que no lleva a ninguna parte?

¿Y por qué ahora?

—Muy bien —dice Art—. Divulgaremos un bulo. Les haremos creer que hemos dado marcha atrás. Dejadles en paz unos días.

—¿Qué vas a hacer, jefe?

¿Yo? Voy a tocar al intocable.

De nuevo en la oficina, comunica en tono contrito a Ernie y a Shag que tendrán que cerrar la investigación. Después va a la cabina telefónica y llama a Althea.

—No iré a casa a cenar.

—Lo siento.

—Yo también. Besa a los niños de mi parte.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también.

Todo hombre tiene su punto débil, piensa Art, un secreto que podría arrastrarle al fondo. Debería saberlo. Sé cuál es el mío, pero ¿cuál es el tuyo, Tío?

Art no va a casa aquella noche, ni las cinco siguientes. Soy como un alcohólico,

piensa Art. Ha oído a bebedores reformados contar que iban en coche a la licorería, sin dejar de jurar que no lo iban a hacer, entrar y jurar que no iban a comprar, comprar y jurar que no iban a beber lo que acababan de comprar.

Después se lo bebían.

Yo soy como esos tipos, piensa Art, arrastrado hacia Tío como un bebedor a la botella.

De modo que, en lugar de volver a casa por la noche, se queda sentado en el coche en la amplia avenida, aparcado a una manzana y media del concesionario de Tío, y vigila la oficina desde el retrovisor. Tío debe de vender montones de coches, porque está en la oficina hasta las ocho o las ocho y media de la noche, después sube a su coche y va a casa. Art está aparcado al pie de la carretera, la única vía de entrada y salida de la urbanización, hasta medianoche o la una, pero Tío no sale.

Por fin, la sexta noche, Art tiene suerte.

Tío abandona la oficina a las seis y media y no conduce hacia las afueras, sino de vuelta al centro. Art se queda algo retrasado por culpa del tráfico de la hora punta, pero consigue no perder de vista el Mercedes, mientras atraviesa el centro histórico y para al lado de un restaurante de *tapas*.

Tres *federales*, dos policías estatales de Jalisco y un par de tipos con aspecto de agentes de la DFS montan guardia fuera, y el letrero de la puerta del restaurante anuncia CERRADO. Uno de los *federales* abre la puerta de Tío. Éste baja y los *federales* se llevan el Mercedes, como si fueran aparcadores. Un policía del estado de Jalisco abre la puerta del restaurante cerrado y Tío entra. Otro policía de Jalisco indica por señas a Art que siga avanzando.

Art baja la ventanilla.

—Quiero comer algo.

—Fiesta privada.

Sí, me lo imagino, piensa Art.

Aparca el coche a dos manzanas de distancia, saca la cámara Nikon con objetivo 70-300 y la guarda debajo de la chaqueta. Cruza la calle y recorre media manzana, después se desvía a la izquierda por un callejón y camina hasta que calcula encontrarse detrás del edificio que hay enfrente del restaurante. Agarra la escalera de incendios y la baja. Sube por la escalera metálica, sujeta con tornillos a los ladrillos, hasta llegar al tejado.

Se supone que los ARM de la DEA no deben hacer este tipo de trabajos. Se supone que son ratas de oficina, que trabajan en colaboración con sus homólogos mexicanos. Pero viendo que mis homólogos mexicanos están al otro lado de la calle, cuidando de mi objetivo, piensa Art, el rollo del trabajo en colaboración no va a funcionar.

Se agacha y cruza el tejado, y después se tumba debajo del parapeto que bordea el edificio. El trabajo de vigilancia engorda la factura de la tintorería,

piensa mientras se tiende sobre el sucio tejado, apoya la cámara sobre el parapeto y enfoca el restaurante. Y no puedes sumarlo a tu lista de gastos.

Se prepara para la espera, pero esta es breve, porque un desfile de coches frena delante del bar de *tapas* Talavera. La mecánica es la misma: la policía de Jalisco monta guardia, mientras los *federales* interpretan el papel de aparcadores, y uno de los peces gordos del tráfico de drogas en México baja y entra en el restaurante.

Parece un estreno de Hollywood protagonizado por estrellas de la droga.

García Abrego, jefe del cártel del Golfo, baja del Mercedes. El hombre de mayor edad tiene aspecto distinguido, con el pelo plateado, bigotillo y traje gris. Güero Méndez, del cártel de Baja, parece el narcovaquero que es. Su pelo rubio (de ahí el mote, Güero, Rubiales) cuelga por debajo de su sombrero de vaquero. Viste camisa de seda negra, abierta hasta la cintura, pantalones de seda negra y botas negras de vaquero puntiagudas con remate plateado. Chalino Guzmán parece el campesino que es, con una chaqueta vieja que no le sienta bien, pantalones que no casan en absoluto y botas verdes.

Jesús, piensa Art, es como la Reunión de Apalachin, salvo que estos tipos no parecen nada preocupados por una posible irrupción de la policía. Es como si los padrinos de las familias Cimino, Genovese y Colombo se reunieran protegidos por el FBI. Solo que si se tratara de la mafia siciliana, yo no habría podido acercarme tanto. Pero estos chicos están encantados de haberse conocido. Creen que no corren ningún peligro.

Y es probable que no se equivoquen.

Lo más curioso, piensa Art, es ¿por qué este restaurante? Tío es propietario de media docena de locales en Guadalajara, pero Talavera no es uno de ellos. ¿Por qué no han celebrado la asamblea en alguno de sus garitos?

Aunque supongo que esto disipa cualquier duda sobre el hecho de que Tío es M-1.

El tráfico se detiene y Art se prepara para una larga espera. Las cenas rápidas no existen en México, y estos chicos tendrán un orden del día. Jesús, lo que daría por haber metido un micrófono ahí.

Saca un Kit Kat del bolsillo de los pantalones, desenvuelve la barra, la rompe en dos partes y guarda el resto, sin saber si gozará de la oportunidad de comer algo más. Después se tiende de espaldas, cruza los brazos sobre el pecho para darse calor y descabeza un sueñecito, un par de horas de sueño inquieto hasta que el ruido de puertas de coches y de voces le despiertan.

Empieza el espectáculo.

Se levanta y les ve salir a la acera. Si no existe una Federación, piensa, están haciendo una imitación del copón. Tienen un morro que se lo pisan, todos parados en la acera, riendo, estrechándose la mano, encendiéndose mutuamente puros habanos mientras esperan a que los aparcadores *federales* les traigan los coches.

Mierda, piensa Art, hasta se puede oler el humo y la sobrecarga de testosterona.

La atmósfera cambia de repente cuando sale la chica.

Es impresionante, piensa Art. Una Liz Taylor en joven, pero con la piel olivácea y los ojos negros. Y largas pestañas, que agita en honor de todos los hombres, mientras un hombre mayor que debe de ser su padre espera en la puerta, sonríe nervioso y dice *adiós* a los *gomeros* agitando la mano.

Pero no se marchan.

Güero Méndez se deshace por la chica. Hasta se quita el sombrero de vaquero, observa Art. Tal vez no tendrías que haberlo hecho, Güero, al menos hasta después de lavarte el pelo. Pero Güero hace una reverencia, una reverencia de verdad, barre la acera con el sombrero y sonríe a la chica.

Sus dientes plateados destellan a la luz de las farolas.

Sí, Güero, eso la conquistará, piensa Art.

Tío rescata a la chica. Se acerca, pasa un brazo casi paternal alrededor de la espalda de Güero y le acompaña con parsimonia hacia su coche, que acaba de frenar. Se abrazan, se despiden, Güero mira por encima del hombro de Tío a la chica antes de subir al coche.

Debe de ser amor verdadero, piensa Art. O al menos, lujuria verdadera.

Después Abrego se marcha, con un digno apretón de manos en lugar de un abrazo, y Art ve que Tío regresa hacia la chica, se inclina y le besa la mano.

¿Caballerosidad latina?, se pregunta Art.

O...

No...

Pero Art come en Talavera al día siguiente.

La chica se llama Pilar y es la hija de Talavera, por supuesto.

Está sentada en un reservado del fondo, fingiendo que estudia un libro de texto, y de vez en cuando mueve la cadera con timidez, mientras mira por debajo de esas largas pestañas para ver quién la está repasando.

Todos los tíos del local, piensa Art.

No aparenta quince años, salvo por un resto de grasa infantil el perfecto puchero adolescente de sus labios precozmente gruesos. Y aunque consigue sentirse como un pederasta, Art no puede evitar fijarse en que su figura es muy postadolescente. Lo único que revela sus quince años es la discusión en la que se enzarza con su madre, quien se sienta en el reservado y le recuerda en voz alta varias veces que solo tiene quince años.

Y *papá* alza la vista angustiado cada vez que se abre la puerta. ¿Por qué coño está tan nervioso?, piensa Art.

Entonces lo descubre.

Tío entra.

Art está de espaldas a la puerta y Tío pasa a su lado. Ni siquiera se fija en su olvidado sobrino, piensa Art, tan concentrado está en la chica. Y lleva flores en la mano, por Dios que lleva flores aferradas en sus largos y delgados dedos, y por Dios que lleva una caja de caramelos debajo del otro brazo.

Tío ha venido a cortejarla.

Ahora Art comprende por qué Talavera está tan acojonado. Sabe que Miguel Ángel Barrera está acostumbrado al derecho de pernada de la Sinaloa rural, donde las chicas de su edad, y aún más jóvenes, son desfloradas por los *gomer*os dominantes.

Por eso está preocupado. Por si ese hombre poderoso, ese hombre casado, va a convertir a su preciosa, hermosa y virginal hija en su *segundera*, su amante. Para utilizarla y después arrojarla a un lado, con la reputación arruinada y destruidas todas sus posibilidades de un buen matrimonio.

Y no puede hacer nada para remediarlo.

Tío no violará a la chica, Art lo sabe. No la tomará por la fuerza. Eso podría ocurrir en las colinas de Sinaloa, pero aquí no. Pero si ella le acepta, si se va con él por voluntad propia, los padres no podrán hacer nada. ¿Y qué jovencita de quince años no perdería la cabeza por las atenciones de un hombre rico y poderoso? Esta cría no es estúpida, sabe que ahora son flores y caramelos, pero podrían ser joyas y vestidos, viajes y vacaciones. Se encuentra en la base de un arco, pero no puede ver la parte negativa desde donde está, que un día las joyas y vestidos volverán a ser flores y caramelos, y después, ni siquiera eso.

Tío da la espalda a Art, quien deja unos *pesos* sobre la mesa, se levanta con el mayor sigilo posible, camina hacia la barra y paga la cuenta.

Piensa: Tal vez a ti te parezca una pieza joven y peculiar, Tío.

A mí me recuerda al caballo de Troya.

A las nueve de aquella noche, Art se pone unos tejanos y un jersey, y entra en el cuarto de baño, donde Althea se está duchando.

—Tengo que irme, cariño.

—¿Ya?

—Sí.

Es demasiado lista para preguntar adónde va. Es la mujer de un poli, ha trabajado en la DEA con él durante los últimos ocho años, conoce la dinámica. Pero conocerla no impide que se preocupe. Abre la puerta y le da un beso de despedida.

—Supongo que no tengo que esperar levantada.

—Buena intuición.

¿Qué estás haciendo?, se pregunta Art mientras conduce hacia la casa de

Talavera, en las afueras.

Nada. No voy a beber.

Localiza la dirección y frena a media manzana de distancia, al otro lado de la calle. Es un barrio tranquilo, de clase media alta, con farolas suficientes para mayor seguridad pero que no molestan en exceso.

Se sienta en su rincón oscuro, a la espera.

Aquella noche, y las tres siguientes.

Está allí cada noche cuando la familia Talavera regresa del restaurante. Cuando la luz se enciende en la habitación de arriba, y cuando Pilar la apaga. Art se concede otra media hora, y luego vuelve a casa.

Tal vez estás equivocado, piensa.

No, no lo estás. Tío siempre se sale con la suya.

La cuarta noche, Art está a punto de volver a casa cuando un Mercedes baja por la calle, apaga los faros y frena delante de la casa de los Talavera.

Siempre galante, piensa Art, Tío envía un coche y un chófer. Nada de taxis para este pedazo de culo menor de edad. Es patético, piensa, mientras ve a Pilar salir por la puerta principal y entrar en el asiento trasero del coche.

Art les concede una buena ventaja, y después arranca.

El coche para ante una urbanización construida sobre una loma de las afueras, en dirección oeste. Es un barrio agradable y tranquilo, muy nuevo, con casas unifamiliares acurrucadas entre los jacarandás tan típicas de la ciudad. Esta dirección es nueva para Art, no se trata de ninguna de las propiedades de Tío que tiene controladas. Qué tierno, piensa Art: un flamante nidito de amor para un flamante amor.

El coche de Tío ya ha llegado. El chófer baja y abre la puerta para que Pilar salga. Tío la recibe en la puerta y la acompaña al interior. Se están abrazando antes de que la puerta se cierre.

Jesús, piensa Art, si me estuviera tirando a una niña de quince años, al menos correría las cortinas.

Pero te crees a salvo, ¿verdad, Tío?

Y el lugar más peligroso de la Tierra...

Es donde estás a salvo.

Vuelve a la Casa del Amor (tal como la ha bautizado) por la mañana, porque sabe que Tío ya habrá vuelto a la oficina y Pilar estará en, bien, ejem, el colegio. Lleva el mono que utiliza para trabajar en su jardín y unas tijeras de podar. De hecho, corta un par de ramas de jacarandá rebeldes mientras efectúa el reconocimiento, toma nota del color de la pintura y el yeso del exterior, el emplazamiento de los cables del teléfono, las ventanas, la piscina, el spa, las dependencias.

Transcurrida una semana, después de visitar una ferretería y una tienda de aeromodelismo, y tras una llamada a un almacén de aparatos electrónicos de venta por correo de San Diego, vuelve con la misma indumentaria y corta algunas ramas, antes de agacharse detrás de los arbustos que han sido plantados estratégicamente ante la pared del dormitorio. Le gusta el lugar, no por motivos lascivos (preferiría no oír nada de lo que pasa dentro), sino porque los cables telefónicos entran en el dormitorio. Saca un pequeño destornillador de cabeza plana del bolsillo y, con la delicadeza de un cirujano, practica una minúscula abertura detrás del alféizar de aluminio. Introduce el diminuto micrófono FX-101 en la abertura, extrae un pequeño tubo de masilla del bolsillo y vuelve a cerrar la abertura. Después coge la pequeña botella de pintura verde que tanto se parece al color original y, con un pincel diminuto de los que se utilizan para pintar aviones a escala, la aplica sobre la masilla. Sopla sobre la pintura para que se seque, y después retrocede para examinar su obra.

El micrófono, ilegal y no autorizado, también es indetectable.

El FX-101 es capaz de captar cualquier sonido en diez metros a la redonda y transmitirlo a sesenta de distancia, de modo que Art cuenta con cierta flexibilidad. Sale de la urbanización y se dirige a la boca de la alcantarilla. Coge la unidad que contiene el receptor y una grabadora activada por voz, y las sujeta con cinta adhesiva a la parte superior de la alcantarilla. Ahora será algo tan sencillo como ir a dar un paseo, sacar una cinta y sustituirla por una nueva.

Sabe que será una lotería, pero solo necesita unas cuantas papeletas. Tío utilizará la Casa del Amor sobre todo para sus citas con Pilar, pero también utilizará el teléfono. Incluso podría utilizar la casa para celebrar reuniones. Hasta el criminal más cauteloso, piensa Art, es incapaz de separar los negocios de su vida privada.

Por supuesto, tú también lo eres, admíte.

Miente a Ernie y a Shag.

Ahora corren juntos. En teoría, es una orden de Art para que el equipo se mantenga en forma, pero la realidad es que lo hacen para poder hablar lejos de la oficina. Es difícil escuchar a un objetivo en movimiento, sobre todo en las amplias *plazas* del centro de Guadalajara, de manera que cada día, antes de comer, se ponen chándales y zapatillas Nike y van a correr.

—Tengo un IC—les dice. Un Informador Confidencial.

No le gusta mentirles, pero es para protegerlos. Si esto se tuerce, como sucederá casi con total seguridad, quiere que todo el peso recaiga sobre sus hombros. Si estos chicos se enteran de que ha pinchado ilegalmente un teléfono, se verán obligados a informar a sus superiores, tal como exigen las normas. De lo contrario, ocultarían «conocimiento culpable», lo cual arruinaría sus carreras.

Sabe que nunca le delatarían, de manera que se inventa un informador confidencial.

Un amigo imaginario, piensa Art. Al menos, es coherente: una fuente inexistente de coca inexistente, y así sucesivamente...

—Eso es estupendo, jefe —dice Ernie—. ¿Quién...?

—Lo siento —dice Art—. Es pronto aún. Solo estamos saliendo.

Captan. Una relación con un soplón es como una relación con el sexo opuesto. Flirteas, seduces, tientas. Les haces regalos, les dices cuánto les necesitas, no puedes vivir sin ellos. Y si se acuestan contigo, no lo cuentas, sobre todo a los chicos de los vestuarios.

Al menos, hasta cerrar el trato, y cuando ya lo sabe todo el mundo, el asunto suele haber terminado.

El día de Art es así: trabaja en la oficina las horas acostumbradas, vuelve a casa, se marcha ya avanzada la noche, recupera la cinta diaria, vuelve a casa y la escucha en el estudio.

Esto se prolonga durante dos semanas estériles.

Lo que oye consiste sobre todo en conversaciones de amor, conversaciones de sexo, mientras Tío galantea a su *innamorata* y poco a poco la va instruyendo en el arte de hacer el amor. Art acelera estos fragmentos, pero capta la idea general.

Pilar Talavera crece deprimida, a medida que Tío empieza a introducir ciertas apoyaturas en la música del amor. Bien, es interesante si te va ese rollo, pero no es así en el caso de Art. De hecho, le dan ganas de vomitar.

«Has sido una chica mala» .

«¿Sí?» .

«Sí, y has de ser castigada» .

Es frecuente en el trabajo de vigilancia. Escuchas mucha mierda que no querías oír.

Después, muy pocas veces, perlas en la basura.

Una noche, Art se lleva la cinta a casa, se prepara un whisky y lo bebe, mientras repasa el tedio de aquella velada, y oye a Tío confirmar la entrega de «trescientos trajes de boda» en una dirección de Chula Vista, un vecindario situado entre San Diego y Tijuana.

Ahora que ya lo tienes, piensa Art, ¿qué haces con ello?

El procedimiento habitual exige que entregues la información a tus colegas mexicanos, y a la vez a la oficina de la DEA en Ciudad de México, para que sea comunicada a la oficina de San Diego. Bien, si la entrego a mis homólogos

mexicanos y va a parar a las manos de Tío, y después a las de Tim Taylor, este se limitará a repetir la frase oficial de que no se distribuyen «trajes de boda» a través de México. Y exigirá saber quién es mi fuente.

Cosa que no pienso decirle.

Lo discuten mientras corren por la mañana.

—Estamos jodidos —dice Ernie.

—No —contesta Art.

Ha llegado el momento de dar otro paso hacia el abismo.

Sale de la oficina después de comer y va a una cabina telefónica. En Estados Unidos, piensa, son los criminales quienes utilizan las cabinas. Aquí, son los policías.

Telefonea a un conocido de la brigada de narcóticos de San Diego. Conoció a Russ Dantzer en una reunión interdepartamental, hace unos meses. Le pareció un tipo decente, legal.

Sí, y lo que necesitamos ahora es alguien legal.

Dispuesto a todo.

—¿Russ? Art Keller, de la DEA. Tomamos un par de cervezas juntos... ¿en julio pasado?

Dantzer se acuerda de él.

—¿Qué hay de nuevo, Art?

Art se lo cuenta.

—Esto podría ser una gilipollez —concluye—, pero no lo creo. Tal vez te gustaría participar.

Joder, sí, tal vez le gustaría participar. Y no hay nada que el fiscal general de Estados Unidos, el Departamento de Estado o todo el gobierno federal puedan hacer al respecto. Los federales van al Departamento de Policía de San Diego, el Departamento de Policía de San Diego les dice que se metan algo puntiagudo en el culo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Dantzer con el debido respeto a la ética profesional de la policía.

—Me mantienes al margen e informado al mismo tiempo —contesta Art—. Olvidate de que te he dado el soplo, y acuérdate de comunicarme cualquier información que te llegue.

—Trato hecho —dice Dantzer—, pero necesito una orden, Art. Por si has olvidado cómo funcionan las cosas en una democracia que protege escrupulosamente los derechos de sus ciudadanos.

—Tengo un IC —miente.

—De acuerdo.

No hace falta decir nada más. Dantzer transmitirá la información a uno de

sus chicos, el cual se la transmitirá a uno de sus IC, quien a su vez se lo dirá a Dantzer, quien informará a un juez y *presto*: causa probable.

Al día siguiente, Dantzer llama a Art a la cabina telefónica, a una hora previamente acordada.

—¡Ciento treinta y cinco kilos de cocaína! —grita—. ¡Eso son seis millones de dólares en la calle! Me ocuparé de que te reconozcan el mérito, Art.

—Olvidate de mí —dice—. Solo recuerda que me debes una.

Dos semanas después, la policía de El Paso también está en deuda con Art por la incautación de un camión articulado cargado de cocaína. Un mes después, Art da otro soplo a Russ Dantzer acerca de una casa en Lemon Grove.

La redada se salda con unos miserables veintitrés kilos de cocaína.

Más cuatro millones de dólares en metálico, tres máquinas de contar dinero y montones de documentos interesantes que incluyen resguardos de depósitos bancarios. Los resguardos son tan interesantes que cuando Dantzer los entrega al tribunal federal, el juez congela quince millones de dólares más en haberes, ingresados a varios nombres en cinco bancos del condado de San Diego. Aunque ninguno de los nombres es el de Miguel Ángel Barrera, hasta el último centavo del dinero le pertenece a él o a miembros del cártel que le pagan una cantidad por proteger sus haberes.

Y Art confirma mediante el tráfico telefónico que ninguno de ellos está contento.

Ni tampoco Tim Taylor.

El jefe de la DEA está examinando un ejemplar enviado por fax del *San Diego Union-Tribune*, cuyo titular anuncia a gritos MASIVO ALIJO DE DROGAS EN LEMON GROVE, con referencias a la *Federación*, y otro fax, de la oficina del ministro de Justicia, que clama: «¿Qué coño está pasando?». Se pone en contacto con Art.

—¿Qué coño está pasando? —grita.

—¿A qué te refieres?

—¡Sé lo que estás haciendo, joder!

—Pues me gustaría que me lo dijeras.

—¡Tienes un IC! ¡Y lo estás llevando a través de otras agencias, Arthur, y será mejor que no filtres esta mierda a la prensa!

—No pienso hacerlo —responde con sinceridad Arthur—. La estoy filtrando a otras agencias para que estas lo filtren a la prensa.

—¿Quién es el IC?

—No hay ningún IC —dice Art—. No tengo nada que ver con esto.

Sí, salvo que tres semanas después facilita al Departamento de Policía de Los Angeles un alijo de noventa kilos en Hacienda Heights. La policía estatal de Arizona captura un camión articulado con ciento sesenta kilos en la I-10. El Departamento de Policía de Anaheim irrumpe en una casa donde se incauta de

dinero y droga por valor de diez millones de dólares.

Todo el mundo niega haber recibido la información de él, pero todo el mundo predica su evangelio: *la Federación, la Federación, la Federación*, por siempre jamás amén.

Hasta el ARM de Bogotá acude al altar.

Shag contesta al teléfono un día y lo aprieta contra el pecho.

—Es el Gran Hombre en persona —dice a Art—. Desde la primera línea de la Guerra contra las Drogas.

Hasta hace dos meses, Chris Conti, el ARM de Colombia, no habría tocado a su viejo amigo Art Keller ni con un palo de tres metros de largo. Pero ahora, hasta Conti se ha vuelto religioso.

—Art —dice—, me he topado con algo que tal vez podría interesarte.

—¿Vas a venir, o quieres que vaya yo? —pregunta Art.

—¿Por qué no elegimos un territorio neutral? ¿Has estado en Costa Rica últimamente?

Lo cual significa que no quiere que Tim Taylor ni nadie más sepa que se ha reunido con Art Keller. Se encuentran en Quepos. Se sientan en una cabaña de la playa, a la sombra de una palmera. Conti llega con regalos: deposita una serie de resguardos de depósitos encima de la tosca mesa. Los resguardos coinciden con los recibos de caja del Bank of America de San Diego que fueron capturados en el curso de la última redada. Pruebas documentales que relacionan a la organización de Barrera con la cocaína colombiana.

—¿De dónde los has sacado? —pregunta Art.

—Bancos de ciudades pequeñas de la zona de Medellín.

—Bien, gracias, Chris.

—Yo no te los he dado.

—Claro que no.

Conti deja una fotografía granulosa sobre la mesa.

Una pista de aterrizaje en la selva, un puñado de tipos alrededor de un DC-4 con el número de serie N-3423VX. Art reconoce al instante a Ramón Mette, pero también le suena otro de los hombres. De edad madura, lleva el pelo corto al estilo militar y traje de faena sobre unas botas negras lustrosas.

Ha pasado mucho tiempo.

Muchísimo tiempo.

Vietnam. Operación Fénix.

Incluso entonces, Sal Scachi llevaba botas muy lustrosas.

—¿Estás pensando lo que yo estoy pensando? —pregunta Conti.

Bien, si estás pensando que el hombre parece de la Compañía, tienes toda la razón. La última vez que supe de él, Scachi era coronel de las Fuerzas Especiales, y después se dio de baja. Como consta en el curriculum vitae de la Compañía.

—Escucha —dice Conti—, me han llegado rumores.

—Yo comercio con rumores. Continúa.

—Tres torres de radio en las selvas al norte de Bogotá —dice Conti—. No puedo acercarme a la zona para comprobarlo.

—La gente de Medellín es muy capaz de contar con esa clase de tecnología —dice Art.

Lo cual explicaría el misterio de por qué los aviones de SETCO vuelan sin que el radar los detecte. Tres torres de radio que emitan señales VOR pueden guiarlos en sus viajes de ida y vuelta.

—El cártel de Medellín posee la tecnología necesaria para construirlas —dice Conti—, pero ¿tiene la tecnología para hacerlas desaparecer?

—¿Qué quieres decir?

—Fotos por satélite.

—De acuerdo.

—No aparecen —dice Conti—. Ni tres torres de radio, ni dos, ni una. En esas fotos podemos leer matrículas de coches, Art. ¿No va a aparecer una torre VOR? ¿Y los aviones, Art? Recibo información sobre los AWAC, pero no aparecen. Cualquier avión que vuele desde Colombia a Honduras tiene que pasar sobre Nicaragua, territorio sandinista, y sobre eso tenemos enfocado el Ojo en el Cielo.

Eso es cierto, piensa Art. Nicaragua es el blanco de la administración Reagan en América Central, un régimen comunista en el corazón de la doctrina Monroe. La administración estaba financiando a las fuerzas de la Contra que rodean Nicaragua desde Honduras en el norte y desde Costa Rica en el sur, pero entonces el Congreso estadounidense aprobó la Enmienda Boland, que prohibía la ayuda militar a la Contra.

Ahora, tienes a un ex miembro de las Fuerzas Especiales y fanático anticomunista (« Son ateos, ¿verdad? Que les den por el culo ») en compañía de Ramón Mette Ballasteros y un avión de SETCO.

Art abandona Costa Rica más alucinado que cuando llegó.

De vuelta en Guadalajara, Art envía a Shag a Estados Unidos en una misión. El vaquero se reúne con todas las brigadas antinarcoóticos y oficinas de la DEA del sudoeste y les dice, arrastrando las palabras con su acento de vaquero:

—Ese rollo mexicano va en serio. Va a estallar, y cuando lo haga, no querréis que os pillen con los pantalones bajados, intentando explicar por qué no lo visteis venir. Mierda, podéis obedecer la línea de la Compañía en público, pero en privado tal vez queráis jugar con nosotros, porque cuando suenen las trompetas, *amigos*, vamos a recordar quiénes son las ovejas y quiénes las cabras.

Los chicos de Washington no pueden hacer nada al respecto. ¿Qué van a hacer? ¿Decir a los polis norteamericanos que no hagan redadas antidrogas en suelo norteamericano? El Departamento de Justicia quiere crucificar a Art.

Sospecha que está propagando esta mierda, pero no pueden tocarle, ni siquiera cuando el Departamento de Estado llama para protestar a gritos del «daño irreparable a nuestra relación con un vecino importante».

La oficina del ministro de Justicia querría azotar a Art Keller en Pennsylvania Avenue y clavarle a un poste en el Capitolio, pero no ha hecho nada que pueda demostrarse. Y no pueden sacarle de Guadalajara, porque los medios se han interesado en la Federación, y una medida de ese estilo quedaría fatal.

De modo que tienen que seguir acumulando frustración, mientras Art Keller construye un imperio basado en afirmaciones del invisible, enigmático, inexistente IC-D0243.

—IC-D0243 es un poco impersonal, ¿no? —pregunta Shag un día—. Quiero decir, para alguien que está contribuyendo tanto como él.

—¿Cómo quieres llamarle? —pregunta Art.

—Garganta Profunda —sugiere Ernie.

—Ya existe —dice Art—, pero es una especie de Garganta Profunda mexicano.

—*Mamada* —dice Ernie—. Le llamaremos Fuente Mamada.

Fuente Mamada facilita a Art una cuenta bancaria con todas las demás agencias de defensa de la ley de la frontera. Niegan recibir algo del tipo, pero todos están en deuda con él. ¿En deuda con él? Mierda, le aman. La DEA no puede funcionar sin la colaboración local, y si quieren esa cooperación, será mejor que no toquen los cojones a Art Keller.

No, Keller se está convirtiendo a toda prisa en un *intocable*.

Pero no lo es.

Llevar a cabo una operación contra Tío, fingiendo lo contrario, es agotador. Abandonar a su familia a altas horas de la noche, mantener sus actividades en secreto, mantener en secreto su pasado, esperar a que Tío siga el rastro hacia él, para entonces recordarle que tienen viejas cuentas pendientes.

De tío a *sobrino*.

Art no come, no duerme.

Althea y él ya no hacen apenas el amor. Ella le riñe por ser irritable, reservado, cerrado.

Intocable.

Art piensa, sentado en el borde de la bañera a las cuatro de la mañana. Acaba de vomitar el pollo con guacamole que Althea le ha dejado en la nevera, y que ha comido a las tres y media. No, el pasado no te está alcanzando, tú estás avanzando hacia él. Con determinación, paso a paso, en dirección al abismo.

Tío se pasa noches en vela pensando en quién es el *soplón*. Los *patrones* de la Federación (Abrego, Méndez, el Verde) han recibido golpes considerables, y le están presionando para que haga algo.

Porque es evidente que el problema está en Guadalajara. Porque todas las tres *plazas* han sido tocadas: Abrego, Gómez, el Verde, todos insisten en que tiene que haber un *soplón* en la organización de M-1.

Encuéntrale, dicen. Mátales. Haz algo.

O lo haremos nosotros.

Pilar Talavera está acostada a su lado, respira serenamente con el sueño profundo y tranquilo de la juventud. Contempla su lustroso pelo negro, sus largas pestañas negras, ahora cerradas, el grueso labio superior perlado de sudor. Adora su olor joven y fresco.

Extiende la mano hacia la mesita de noche, coge un habano y lo enciende. El humo no la despertará. Ni tampoco el olor. Ha conseguido que se acostumbre. Además, piensa, nada podría despertar a la chica después de la sesión que han compartido. Es extraño haber encontrado el amor a esta edad. Es extraño y maravilloso. Ella es mi felicidad, piensa, *la sonrisa de mi corazón*. La convertiré en mi esposa dentro de un año. Un divorcio rápido, y después un matrimonio aún más rápido.

¿Y la Iglesia? Se puede comprar a la Iglesia. Iré a ver al cardenal y le ofreceré un hospital, un colegio, un orfanato. Nos casaremos en la catedral.

No, la Iglesia no presentará ningún problema.

El problema es el *soplón*.

La *condenada* Fuente Mamada.

Me está costando millones.

Peor aún, me está volviendo vulnerable.

Imagino a Abrego, el celoso *zorro viejo*, susurrando contra mí: «M-1 está perdiendo el control. Nos está cobrando una fortuna por una protección que es incapaz de garantizar. Hay un *soplón* en su organización» .

En cualquier caso, Abrego quiere ser el *patrón* de la Federación. ¿Cuánto tiempo tardará en creer que es lo bastante fuerte para actuar? ¿Me atacará directamente, o utilizará a alguno de los otros?

No, piensa, actuarán en comandita si no puedo descubrir al *soplón*.

Empieza en Navidad.

Los críos han estado dando la paliza a Art para que les lleve a ver el árbol de Navidad gigantesco que hay en el Cruce de las Plazas. Confiaba en que se conformarían con las *posadas*, los desfiles nocturnos de niños que van de casa en casa por el barrio de Tlaquepaque vestidos de José y María, buscando un lugar

donde pernoctar. Pero las pequeñas procesiones no consiguieron otra cosa que animar a los críos a ir a ver el árbol y las *pastorelas*, obras bufas sobre el nacimiento de Cristo representadas delante de la catedral.

No es el mejor momento para obras cómicas. En una de las conversaciones de Tío, Art acaba de oír algo acerca de setecientos veinticinco kilos de cocaína en ochocientas cajas, todas envueltas en papel de Navidad, con cintas, lazos y toda la pesca.

Alegrías navideñas por valor de treinta millones de dólares en un piso franco de Arizona, y Art todavía no ha decidido quién va a apoderarse de ellas.

Pero sabe que ha descuidado a su familia, de modo que el sábado anterior a la Navidad coge a Althea, a los críos y al personal doméstico, compuesto por la cocinera, Josefina, y la criada, Guadalupe, y se van de compras al mercado del barrio.

Tiene que admitir que se lo está pasando en grande. Se compran sus respectivos regalos de Navidad y adornos artesanales para el árbol de casa. Disfrutan de una prolongada y maravillosa comida a base de *carnitas* recién cortadas, sopa de alubias negras y *sopaipillas* con miel de postre.

Después, Cassie ve uno de esos elegantes carruajes tirados por caballos, pintado de negro con almohadones de terciopelo rojo, y quiere dar un paseo. Por favor, papá, por favor, y Art negocia un precio con el cochero, vestido de gaucho, y todos se arrebujan bajo una manta en la parte de atrás, Michael se sienta sobre el regazo de Althea y se queda dormido, acunado por el ininterrumpido clop-clop de los cascos de los caballos sobre los adoquines de la plaza. Cassie no. Cassie está fuera de sí de emoción, mientras mira los caballos enjaezados de blanco, con penachos rojos en los arneses, y después el árbol de dieciocho metros con sus luces brillantes, y cuando Art siente la profunda respiración de su hijo contra el pecho sabe que no se puede ser más feliz.

Ya ha oscurecido cuando termina el paseo, despierta con delicadeza a Michael y se lo entrega a Josefina. Atraviesan la plaza Tapatía en dirección a la catedral, donde han montado un pequeño escenario y la obra está a punto de empezar.

Entonces ve a Adán.

Su antiguo *cuate* lleva un traje arrugado. Parece cansado, como si hubiera estado viajando. Ve a Art y entra en unos lavabos públicos que hay alrededor de la plaza.

—Tengo que ir al lavabo —dice Art—. ¿Tienes que ir, Michael?

Di que no, chaval, di que no.

—Ya he ido en el restaurante.

—Id a ver el espectáculo —dice Art—. Enseguida vuelvo.

Adán está apoyado contra la pared cuando Art entra. Art empieza a examinar los cubículos para ver si están vacíos.

—Ya lo he hecho yo —dice Adán—. Tampoco entrará nadie. Hace mucho tiempo que no nos vemos, Arturo.

—¿Qué quieres?

—Sabemos que eres tú.

—¿De qué estás hablando?

—No juegues conmigo —dice Adán—. Solo contesta a una pregunta: ¿qué crees que estás haciendo?

—Mi trabajo —contesta Art—. No es nada personal.

—Es muy personal —dice Adán—. Cuando un hombre vende a sus amigos es muy personal.

—Ya no somos amigos.

—Mi tío está muy disgustado por todo esto.

Art se encoge de hombros.

—Le llamabas Tío —dice Adán—. Como yo.

—Eso era antes —dice Art—. Las cosas cambian.

—Eso no cambia —replica Adán—. Eso es para siempre. Tú aceptaste su protección, su consejo, su ayuda. Él te convirtió en lo que eres.

—Nos hicimos mutuamente.

Adán sacude la cabeza.

—Razón de más para apelar a la lealtad. O a la gratitud.

Introduce la mano en el bolsillo de la solapa y Art avanza un paso para impedir que saque una pistola.

—Tranquilo —dice Adán. Saca un sobre, lo deja sobre el borde del lavabo—. Ahí hay cien mil dólares norteamericanos en billetes. Pero si lo prefieres, podemos depositarlos en alguna cuenta de las Caimán, Costa Rica...

—No estoy en venta.

—¿De veras? ¿Qué ha cambiado?

Art le agarra, le empuja contra la pared y empieza a cachearle.

—¿Llevas un cable, Adán? ¿Me has tendido una trampa? ¿Dónde están las putas cámaras?

Art le suelta y empieza a registrar el lavabo. Las esquinas superiores, los cubículos, debajo de los lavabos. No encuentra nada. Deja de buscar y se apoya contra la pared, agotado.

—Cien mil ahora para demostrar nuestra buena fe —dice Adán—. Otros cien mil por el nombre de tu *soplón*. Después, veinte mil al mes solo por no hacer nada.

Art sacude la cabeza.

—Le dije a Tío que no aceptarías —dice Adán—. Prefieres otra clase de moneda. De acuerdo, te daremos suficientes alijos de marihuana para convertirte en una estrella de nuevo. Ese es el plan A.

—¿Cuál es el plan B?

Adán se acerca y abraza con fuerza a Art.

—Arturo —dice en voz baja a su oído—, eres un cerdo *imitagüeros* desagradecido e inflexible. Pero aún sigues siendo mi amigo y te quiero. Así que toma el dinero, o no lo tomes, pero desiste. No sabes con qué estás jugando.

Adán se echa un poco hacia atrás para mirar a Art a la cara. Sus narices casi se tocan cuando le mira a los ojos.

—No sabes con qué estás jugando —repite.

Retrocede, coge el sobre y lo levanta.

—¿No lo quieres?

Art niega con la cabeza. Adán se encoge de hombros y vuelve a guardar el dinero en el bolsillo.

—Arturo, no quieras saber cuál es el plan B —dice.

Después sale.

Art se acerca al lavabo, abre el grifo y se moja la cara con agua fría. Después se seca y sale para reunirse con su familia.

Están parados detrás de una pequeña multitud congregada delante del escenario. Los niños dan saltitos de placer cuando ven las travesuras de los dos actores vestidos de ángel Gabriel y de Lucifer, que se dan golpes en la cabeza con garrotes mientras luchan por el alma de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando salen del aparcamiento aquella noche, un Ford Bronco se aleja del bordillo y les sigue. Los críos no se dan cuenta, por supuesto (están dormidos como troncos), ni tampoco Althea, Josefina o Guadalupe, pero Art no le pierde de vista por el retrovisor. Art juega con él un rato mientras se abre paso entre el tráfico, pero el coche no se despega de él. Ni siquiera intenta disimular, piensa Art, así que está intentando mandarle un mensaje.

Cuando Art entra en el camino de acceso, el coche pasa de largo, después da media vuelta y aparca al otro lado de la calle, a media manzana de distancia.

Art conduce a su familia al interior, y después sale con la excusa de que ha olvidado algo en el coche. Se acerca al Bronco y llama a la ventanilla. Cuando la ventanilla baja, Art se inclina hacia delante, inmoviliza al hombre contra el asiento, introduce la mano en el bolsillo de la solapa izquierda y saca la cartera.

Tira la cartera con la placa de la Policía Estatal de Jalisco sobre el regazo del poli.

—Mi familia está ahí dentro —dice—. Si les asustas, si les aterrorizas, incluso si llegan a sospechar que les vigilas, volveré, cogeré la *pistola* que llevas al cinto y te la meteré por el culo hasta que te salga por la boca. ¿Me has entendido, hermano?

—Solo estoy haciendo mi trabajo, hermano.

—Pues hazlo mejor.

Pero el mensaje de Tío ya ha sido entregado, piensa Art, mientras entra de nuevo en casa: a los amigos no se les jode.

Después de una noche de insomnio casi absoluto, Art se levanta, se prepara una taza de café y bebe hasta que su familia despierta. Después prepara el desayuno de los críos, se despide de Althea con un beso y va en coche a la oficina.

De camino para en una cabina telefónica para cometer suicidio profesional: llama al condado de Pierce, Arizona, departamento del sheriff.

—Feliz Navidad —dice, y les habla de las ochocientas cajas de cocaína.

Después va a la oficina, donde espera una llamada personal.

A la mañana siguiente, Althea vuelve en coche de la tienda de comestibles cuando un coche desconocido empieza a seguirla. Nada de sutilezas, pegado a la cola. Ella no sabe qué hacer. Tiene miedo de llegar a casa y bajar del coche, y tiene miedo de ir a otro sitio, de manera que se dirige a la oficina de la DEA. Está aterrorizada (los dos niños van en el asiento de atrás), y se halla a tres manzanas de la oficina cuando el coche la obliga a parar y cuatro hombres armados con pistolas bajan.

El líder exhibe una placa de la Policía Estatal de Jalisco.

—Identificación, señora Keller —dice.

Sus manos tiemblan cuando busca el carnet de conducir. Entretanto, el hombre asoma la cabeza por la ventanilla.

—Qué chavales tan guapos —dice.

Ella se siente estúpida cuando se oye decir:

—Gracias.

Le da el carnet.

—¿Pasaporte?

—Lo tengo en casa.

—Hay que llevarlo encima.

—Lo sé, pero vivo aquí desde hace mucho tiempo y...

—Tal vez ha vivido aquí demasiado tiempo —dice el poli—. Me temo que tendrá que acompañarme.

—Pero estoy con mis hijos.

—Ya lo veo, señora, pero tiene que acompañarme.

Althea está al borde de las lágrimas.

—¿Y qué debo hacer con mis hijos?

El poli se disculpa un momento y vuelve otra vez a su coche. Althea intenta recuperar el control durante unos largos minutos. Reprime la tentación de mirar por el retrovisor para ver qué está pasando, así como las ansias de bajar del

coche con los niños y alejarse a pie. Finalmente, el poli regresa. Asoma la cabeza por la ventanilla.

—En México respetamos el significado de familia —dice con alambicada cortesía—. Buenas tardes.

Art recibe la llamada telefónica.

De Tim Taylor, que telefonea para decir que se ha enterado de algo inquietante y tienen que hablar del asunto.

Taylor todavía está hablando cuando empieza el tiroteo.

Plan B.

Primero oyen el rugido de un coche lanzado a toda velocidad, después el estruendo de los AK-47, luego todos se tiran al suelo, agachados detrás de las mesas. Art, Ernie y Shag esperan unos minutos tras los disparos, y después salen a mirar el coche de Art. Las ventanillas del Ford Taurus han volado en pedazos, los neumáticos están reventados y los costados exhiben decenas de agujeros grandes de bala.

—Creo que ni Blue Book lo podrá reparar, jefe —dice Shag.

Los *federales* se presentan al cabo de poco.

Si es que no estaban ya aquí, piensa Art.

Le conducen a la comisaría, donde el coronel Vega le mira con profunda preocupación.

—Gracias a Dios que no estaba dentro del vehículo —dice—. ¿Quién puede haber hecho algo semejante? ¿Tiene enemigos en la ciudad, señor Keller?

—Sabe muy bien quién cojones ha hecho esto —suelta Art—. Su chico, Barrera.

Vega le mira con los ojos desorbitados de incredulidad.

—¿Miguel Ángel Barrera? Pero ¿por qué querría hacer algo semejante? Usted mismo me dijo que no está investigando a don Miguel.

Vega le retiene en la sala de interrogatorios durante tres horas y media, intentando sonsacarle sobre sus investigaciones, con el pretexto de intentar determinar quién ha podido tener motivos para atacarle.

Ernie tiene miedo de que no salga. Está aparcado en el vestíbulo y se niega a marcharse hasta que su jefe no salga de allí. Mientras Ernie sigue acampado, Shag va a casa de Keller.

—Art está bien —dice a Althea—, pero...

Cuando Art vuelve a casa, encuentra a Althea haciendo las maletas.

—He reservado billetes para el vuelo a San Diego de esta noche —dice—. Nos instalaremos una temporada con mis padres.

—¿De qué estás hablando?

—Hoy he tenido miedo, Art —dice. Le cuenta el incidente con el poli de

Jalisco, lo que sintió cuando se enteró de que habían tiroteado su coche y le habían conducido a la comisaría de los *federales*—. Nunca había estado tan asustada, Art. Quiero irme de México.

—No hay nada de qué asustarse.

Ella le mira como si estuviera chiflado.

—Ametrallaron tu coche, Art.

—Sabían que no estaba dentro.

—Cuando pongan una bomba en la casa —dice ella—, ¿sabrán que los chicos y yo no estamos dentro?

—No hacen daño a las familias.

—¿Es una especie de norma?

—Sí. En cualquier caso, van a por mí. Es algo personal.

—¿Qué quieres decir?

Art calla.

—¿Qué quieres decir, Art? —repite Althea al cabo de medio minuto de silencio.

Art se sienta y le habla de su anterior relación con Tío y Adán Barrera. Le habla de la emboscada de Badiraguato, la ejecución de seis prisioneros, y de que mantuvo la boca cerrada. Que todo ello ayudó a Tío a fundar su Federación, que ahora inunda de crack las calles de Estados Unidos, y le toca a él hacer algo al respecto.

Ella le mira con incredulidad.

—Has llevado todo ese peso sobre los hombros.

Art asiente.

—Debes de ser un tipo muy fuerte, Art —dice Althea—. ¿Qué tendrías que haber hecho entonces? No fue culpa tuya. No sabías lo que Barrera estaba tramando.

—Creo que lo sabía en parte. Y no quería admitirlo.

—¿Y ahora crees que has de expiar tus culpas? —pregunta ella—. ¿Deteniendo a Barrera? Aunque te cueste la vida.

—Algo por el estilo.

Ella se levanta y entra en el cuarto de baño. Art tiene la impresión de que transcurre una eternidad, pero en realidad tan solo son unos minutos, hasta que Althea sale, abre el armario, saca la maleta de él y la tira sobre la cama.

—Ven con nosotros.

—No puedo.

—¿Esta cruzada tuya es más importante que tu familia?

—Nada es más importante para mí que mi familia.

—Demuéstralo. Ven con nosotros.

—Althea...

—Si quieres quedarte aquí y jugar a *Solo ante el peligro*, estupendo —dice

ella—. Si quieres conservar a la familia unida, empieza a hacer la maleta. Será cuestión de días. Tim Taylor ha dicho que se encargaría de enviarnos el resto de las cosas.

—¿Has hablado de esto con Tim Taylor?

—Llamó él. Más de lo que tú hiciste, por cierto...

—¡Estaba en una sala de interrogatorios!

—¿Se supone que debo sentirme mejor?

—¡Maldita sea, Althie! ¿Qué quieres que haga?

—¡Quiero que vengas con nosotros!

—¡No puedo!

Se sienta en la cama, con la maleta vacía a su lado como la prueba palpable de que no ama a su familia. Sí que les ama, profundamente, pero no puede obligarse a hacer lo que ella le pide.

¿Por qué no?, se pregunta. ¿Tendrá razón Althea? ¿Amo esta cruzada más que a mi propia familia?

—¿No lo entiendes? —pregunta ella—. Esto no tiene nada que ver con los Barrera, sino contigo. Eres incapaz de perdonarte. No estás obsesionado con castigarlos a ellos, sino a ti.

—Gracias por tu psicoterapia de pacotilla.

—Que te den por el culo, Art. —Althea cierra su maleta—. He llamado un taxi.

—Al menos, deja que os lleve al aeropuerto.

—No, a menos que subas al avión. Es demasiado duro para los niños.

Art coge la maleta y baja. Se queda parado con la maleta en la mano, mientras Althea y Josefina intercambian abrazos y lágrimas. Se agacha para abrazar a Cassie y a Michael. Michael no entiende nada. Art siente en la mejilla la tibieza de las lágrimas de Cassie.

—¿Por qué no vienes, papá? —pregunta la niña.

—Tengo trabajo que hacer —contesta Art—. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

—Pero ¡yo quiero que vengas con nosotros!

—Te lo pasarás en grande con los abuelos.

Se oye un bocinazo y lleva las maletas afuera.

La calle está llena de gente debido a una *posada*. Los niños van vestidos de José, María, reyes y pastores. Estos últimos golpean el suelo con los bastones, al ritmo de la música de una orquestita que sigue a la procesión. Art pasa las maletas al taxista por encima de los niños.

—Aeropuerto —dice Art.

—Yo sé —contesta el taxista.

Mientras el taxista mete las maletas en el maletero, Art acomoda a los chicos en el asiento posterior. Les besa y abraza otra vez, sin dejar de sonreír, y dice

adiós. Althea está de pie junto a la puerta del pasajero, sin saber qué hacer. Art la abraza y se dispone a besarla, pero ella vuelve la cara para que la bese en la mejilla.

—Te quiero —dice Art.

—Cuidate, Art.

Sube al taxi. Art sigue con la vista el vehículo, hasta que las luces traseras desaparecen en la noche. Después da media vuelta y se abre paso entre la *posada*, con los cánticos de fondo.

*Entrad, santos peregrinos,
en esta humilde morada.
El alojamiento es pobre,
pero es un regalo del corazón.*

Ve el Bronco blanco aparcado en la calle y se dirige hacia él, pero tropieza con un niño que le hace la pregunta ritual.

—¿Un lugar para alojarnos esta noche, señor? ¿Tiene una habitación para nosotros?

—¿Qué?

—Un lugar para alojarnos...

—Esta noche, no.

Se acerca al Bronco y llama con los nudillos a la ventanilla. Cuando la baja, agarra al poli, lo saca por la ventanilla y le propina tres fuertes puñetazos, antes de arrojarle al suelo. Le sujeta por la pechera de la camisa y le abofetea una y otra vez.

—¡Te dije que no te metieras con mi familia! —grita—. ¡Te dije que no te metieras con mi familia!

Dos padres le contienen.

Se suelta y se pone a andar hacia su casa. En ese momento ve que el poli, todavía tendido en el suelo, saca la pistola de su funda.

—Hazlo —dice Art—. ¡Hazlo, hijoputa!

El poli baja la pistola. Art se abre paso entre la estupefacta multitud y entra en su casa.

Se trinca dos whiskies sin hielo y se acuesta.

Art pasa el día de Navidad con Ernie y Teresa Hidalgo, debido a su insistencia y pese a sus objeciones. Llega tarde, porque no quiere ver a Ernesto Jr. y a Hugo abrir sus regalos, pero aparece con juguetes en las manos y los niños, ya enloquecidos por la emoción, se ponen a dar saltos y a chillar.

—¡Tío Arturo! ¡Tío Arturo!

Finge tener apetito. Teresa se ha tomado muchas molestias para preparar una cena de pavo tradicional (tradicional para él, no para un hogar hispano), de manera que se obliga a engullir grandes cantidades de pavo y puré de patatas, que en realidad no le apetecen. Insiste en quitar la mesa, y es en la cocina donde Ernie habla con él.

—Jefe, me han ofrecido el traslado a El Paso.

—Ah, ¿sí?

—Voy a aceptarlo.

—De acuerdo.

Ernie tiene lágrimas en los ojos.

—Es por Teresa. Está asustada. Por mí, por los chicos.

—No me debes ninguna explicación.

—Yo creo que sí.

—Escucha, no te culpo.

Tío ha saltado a sus perros *federales* para que acosen a los agentes de la DEA en Guadalajara. Los *federales* han ido a la oficina, buscado armas, equipos de pinchar teléfonos ilegales, incluso drogas. Han detenido a los agentes en sus coches dos o tres veces al día con el más endeble de los pretextos. Y los *sicarios* de Tío pasan delante de sus casas por las noches, o aparcan al otro lado de la calle, les saludan por la mañana cuando salen a recoger el periódico.

De modo que Art no culpa a Ernie por salir pitando. El hecho de que yo haya perdido a mi familia, piensa, no significa que él deba perder la suya.

—Creo que has hecho lo correcto, Ernie —dice.

—Lo siento, jefe.

—No tienes por qué.

Se abrazan con torpeza.

—Pasará un mes o así antes de que empiece en el nuevo trabajo —dice después Ernie—, así que...

—Claro. Haremos alguna de las nuestras antes de que te vayas.

Art se excusa poco después del postre. No puede soportar la idea de regresar a su casa vacía, de modo que da unas vueltas en coche hasta encontrar un bar abierto. Se sienta en un taburete y toma dos copas, que no le aturden lo suficiente para afrontar la idea de volver a casa, de modo que se dirige al aeropuerto.

Se queda sentado en el coche, en el risco que domina el aeropuerto, y ve llegar el vuelo de SETCO.

—Con Dancer y Prancer —dice para sí—. Con Donner y Blitzen.

Llega el trineo de Papá Noel lleno de regalos para los niños buenos.

Podríamos apoderarnos de nieve suficiente para abarcar el invierno de Minnesota, piensa, y la nieve seguiría cayendo. Podríamos apoderarnos de dinero en metálico suficiente para pagar la deuda nacional, y el dinero seguiría cayendo. Mientras el Trampolín Mexicano siga operativo, da igual. La coca

rebota de Colombia a Honduras, de México a Estados Unidos. La convierten en cracky salta alegremente en las calles.

El DC-4 blanco está aparcado en la pista.

Esta coca no va a ser esnifada por corredores de bolsa o estrellas de cine en ciernes. Esta coca va a ser fumada como crack, vendida a diez pavos la piedra a los pobres, sobre todo negros e hispanos. Esta coca no irá a Wall Street o a Hollywood. Irá a Harlem y Watts, a Chicago Sur y Los Angeles Este, a Roxbury y Barrio Logan.

Art ve que los *federales* terminan de cargar la coca en camiones. La rutina habitual de SETCO, piensa, suave e *intocable*, y está a punto de marcharse a casa cuando ocurre algo.

Los *federales* empiezan a cargar algo en el avión. Art ve que suben una caja detrás de otra a la bodega de carga del DC-4.

¿Qué coño?, piensa.

Mueve los prismáticos y ve a Tío, que está supervisando la operación.

¿Qué coño? ¿Qué pueden estar cargando en el avión?

Lo medita de camino a casa.

De acuerdo, piensa, hay aviones que transportan coca desde Colombia. No están guiados por señales de radio, y vuelan sin ser detectados por el radar. Se detienen y repostan en Honduras bajo la protección de Ramón Mette, cuyo socio es un cubano expatriado de la Operación 40.

Después los aviones vuelan a Guadalajara, donde son descargados bajo la protección de Tío y distribuidos a uno de los tres cárteles, Golfo, Sonora o Baja. Los cárteles transportan la coca a pisos francos a través de la frontera, y después la devuelven a los colombianos a razón de mil dólares el kilo. Después los cárteles mexicanos pagan a Tío un porcentaje de esos honorarios.

Es el Trampolín Mexicano, piensa Art, cocaína que salta desde Medellín a Honduras, desde Honduras a México, desde México a Estados Unidos. Y la oficina de la DEA en Honduras está cerrada, la de México no quiere hacer nada al respecto, y la DEA, el Departamento de Justicia y el Departamento de Estado no quieren saber nada del asunto. No ven, no oyen y, por el amor de Dios, no quieren que se hable de ello.

Bien, la historia de siempre.

¿Qué hay de diferente?

Lo diferente es el tráfico en doble sentido. Ahora, algo va en dirección contraria.

Pero ¿qué?

Está pensando en esto mientras abre la puerta y entra en la casa vacía, y entonces siente que apoyan contra su nuca el cañón de una pistola.

—No te vuelvas.

—No lo haré.

Claro que no. Ya estoy bastante asustado con solo notar la pistola. No necesito verla.

—¿Ves lo fácil que es, Art? —dice el hombre—. Pillarte.

Tiene acento norteamericano, piensa Art. Costa Este. Nueva York Baja la vista, pero solo ve las puntas de los zapatos del hombre.

Negros, brillantes como un espejo.

—He comprendido el mensaje, Sal —dice.

El momento de silencio que sigue le dice que ha acertado.

—Eso ha sido una puta estupidez, Art —dice Sal.

Aprieta el gatillo.

Art oye el chasquido metálico y seco.

—Santo Dios —dice.

Siente las piernas muy flojas, como agua, como si se fuera a caer. Tiene el corazón acelerado, el cuerpo sudoroso. Experimenta la sensación de que no puede respirar.

—La siguiente cámara no estará vacía, Art.

—Vale.

—Olvidate de esta mierda —dice Sal—. No sabes con qué estás jugando.

Lo mismo me dijo Adán, piensa Art. Con las mismas palabras.

—¿Te ha enviado Barrera? —pregunta.

—Cuando me apuntes a la cabeza con una pistola, podrás hacerme preguntas —contesta Sal—. Te estoy diciendo que ni te acerques al aeropuerto. La próxima vez, y será mejor que no haya una próxima vez, Arthur, no habrá «diálogo». En un momento dado estarás vivo, y al siguiente no. ¿Lo captas?

—Sí.

—Estupendo —dice Sal—. Ahora me voy a marchar. No te des la vuelta. Por cierto, Arthur.

—¿Sí?

—Cerbero.

—¿Qué?

—Nada —dice el hombre—. No te vuelvas.

Art no se vuelve mientras Sal se marcha. Se queda inmóvil un minuto entero, hasta que oye un coche alejarse por la calle.

Después se sienta y empieza a temblar. Necesita unos minutos y un whisky para reponerse, pero intenta reflexionar.

«Ni te acerques al aeropuerto».

Por lo tanto, sea lo que sea lo que cargan en el avión, son muy sensibles al respecto.

¿Y qué coño es Cerbero?

Mira por la ventana, y hay otro poli de Jalisco vigilando. Entra en el estudio y llama a casa de Ernie.

—Necesito que me traigas un coche. Entra por el lado contrario y aparca dos manzanas al sur. Vuelve a casa en taxi.

Sale por la puerta de la cocina, trepa por la valla y salta al patio del vecino, y sale a la calle de atrás. Encuentra el coche de Ernie donde debía estar, pero hay un problema.

Ernie aún está dentro.

—Te dije que volvieras a casa en taxi —dice Art cuando sube.

—Creo que no te oí bien.

—Vete a casa —dice Art. Ernie no se mueve—. Escucha, no quiero joderte la vida a ti también.

—¿Cuándo me vas a dejar participar en esto? —pregunta Ernie cuando baja del coche.

—Cuando sepa de qué va —contesta Art.

O sea, tal vez nunca.

Sube al coche de Ernie y se dirige a la Casa del Amor.

¿Y si me están esperando?, piensa, mientras se encamina hacia el muro para recuperar la cinta.

« En un momento dado estarás vivo, y al siguiente no » .

Clic.

Fuera.

Se sacude el miedo de encima y se abre paso entre los arbustos hasta el muro. Echa una rápida ojeada por encima y ve que la luz del dormitorio de Tío está encendida. Se agacha junto al muro, enchufa el auricular en la grabadora para oír la conversación en directo.

—¿Ha funcionado? —pregunta Tío.

—No lo sé. —El español de Sal es muy bueno, piensa Art, pero no cabe duda de que es la misma voz—. *Creo que sí. El tipo parecía muy asustado.*

Sí, claro, piensa Art. Deja que te apriete una pistola contra el cuello, a ver cómo te lo tomas.

—¿Sabía algo de Cerbero?

—Creo que no. No reaccionó.

Relájate, piensa Art. No sé una mierda de eso. Sea lo que sea.

—No podemos arriesgarnos —dice Tío—. *El siguiente intercambio...*

¿Intercambio?, se pregunta Art. ¿Qué intercambio?

—... *será en el norte.*

El norte, piensa Art.

Estados Unidos.

Sí, piensa Art. Hazlo, Tío.

Cruza la frontera.

Porque en cuanto lo hagas...
Voy a agarrar el avión en pleno vuelo.

Borrego Springs
California
Enero de 1985

El avión, en realidad cualquier avión, vuela hacia una señal VOR. Una señal VOR (Variable Oscillation Radio) es como la versión en radio de un faro, pero en lugar de un rayo de luz proyecta ondas de sonido que se registran como pitidos en la radio de un avión, o como una luz pulsátil en el panel de instrumentos. Todos los aeropuertos, hasta los pequeños, tienen una estación VOR.

Pero un avión cargado de droga no aterriza en un aeropuerto de Estados Unidos, ni siquiera pequeño. Lo que hace es aterrizar en una pista privada construida en algún lugar remoto del desierto. Las señales VOR siguen siendo fundamentales, porque el piloto localizará la pista de aterrizaje a base de triangular el emplazamiento entre las tres señales VOR, en este caso las señales VOR de Borrego Springs, Ocotillo Wells y Blythe. Lo que pasa es que la gente de tierra va a localizarles mediante el radio compás, o ADF, y les dará el emplazamiento, efectuando una remisión por distancia y puntos de compás (llamados « vectores » en navegación aérea) desde los tres emplazamientos VOR conocidos.

Después aparcarán al final de la pista de aterrizaje, y cuando vean el avión, se convertirán en su torre de aterrizaje, haciendo destellar sus linternas. El piloto dirigirá el avión hacia las luces y se posará con su valiosa carga.

Por razones de seguridad, los chicos de tierra no darán al piloto la localización de la pista hasta que esté en el aire, porque en cuanto esté en el aire, ¿qué puede pasar?

Bien, montones de cosas, porque la F de ADF significa « frecuencia », y eso es lo que Art ha obtenido a base de escuchar las conversaciones de Tío, y está sintonizado con ella para saber el lugar de aterrizaje al mismo tiempo que el piloto. Pero eso no es suficiente. El grupo de Art no puede esperar a que aterrice y luego detener a todo el mundo, porque no pueden acercarse bastante sin que les vean mucho antes de que el avión llegue.

Una vez que sales de la pequeña localidad de Borrego Springs, California, el desierto de Anza-Borrego consiste en medio millón de hectáreas de nada, y si enciendes aunque sea una linterna, parecerá un foco. Y el silencio es absoluto, de manera que un jeep suena como una columna acorazada. No podrás acercarte lo suficiente aunque puedas llegar a tiempo, una vez que hayas descubierto el

emplazamiento.

Por eso Art ha optado por una táctica diferente: en lugar de intentar seguir el rastro del avión, para luego subir a él, lo obligará a aterrizar en su propia pista.

Su plan es estrafalario, tan alucinante, tan demencial, que nadie se lo va a esperar.

Primero de todo, necesita una pista de aterrizaje.

Resulta que Shag conoce a un ranchero, en un lugar donde hacen falta cuarenta hectáreas para dar de comer a una sola vaca. Y el viejo amigo de Shag tiene unas cuantas miles, y sí, también una pista de aterrizaje porque, como Shag explica a Art, «el viejo Wayne vuela a Ocotillo a comprar sus comestibles», y no va en coña. Y como la opinión del viejo Wayne sobre los traficantes de droga es la misma que sobre el gobierno federal, se siente complacido de acoger esta pequeña emboscada, y todavía más de mantener la boca cerrada al respecto.

Lo siguiente que Art necesita es un cómplice en la conspiración, porque el antes mencionado Washington, D. C. se sentiría muy poco entusiasmado si supiera que el ARM de Guadalajara va a montar un número a varios cientos de kilómetros de distancia de su territorio. Lo que Art necesita es alguien que se encargue de las detenciones e incautaciones de rigor, de convocar a la prensa, y después de empezar a seguir el rastro del avión sin interferencias de la DEA ni el Departamento de Estado. Por eso Russ Dantzer está sentado a su lado.

Otra cosa que Art necesita es interferir el ADF del piloto, desviarlo a una frecuencia nueva, y después convencerle de que asista a la fiesta que se celebrará en el rancho del viejo Wayne.

Por lo tanto, lo más importante que necesita Art, como diría el viejo Wayne, es una suerte de la hostia.

Adán está sentado en la parte delantera del Land Rover, en mitad de esta *chingada* de desierto, con un cargamento de cocaína valorado en millones de dólares en el aire y su futuro en las manos.

Y ahora la *chingada* de la radio no funciona.

—¿Qué le pasa?—pregunta de nuevo.

—No lo sé —repite el joven técnico, que toquetea botones, cuadrantes e interruptores, intentando recuperar la señal—. Una tormenta eléctrica, algo en el avión... Estoy en ello.

El chico parece asustado. No es de extrañar: Raúl saca una pistola del 44 y la apunta a su cabeza.

—Esfuézate más.

—Guarda eso —dice con brusquedad Adán—. No nos va a servir de nada.

Raúl se encoge de hombros y devuelve la pistola al cinto.

Pero la mano del chico está temblando sobre los cuadrantes. Las cosas no

tenían que haber ido así. Se suponía que iba a hacer un trabajillo fácil a cambio de un poco de coca fácil, y ahora están amenazando con volarle la tapa de los sesos si no puede localizar el avión en el ADF.

Y no puede.

Lo único que obtiene es un chirrido tipo guitarra Led Zeppelin. Y su mano está temblando sobre los cuadrantes.

—Relájate —dice Adán—. Localiza el avión.

—Lo estoy intentando —repite el chico, con aspecto de estar a punto de llorar. Adán mira a Raúl como diciendo: ¿Ves lo que has conseguido?

Raúl frunce el ceño.

Sobre todo cuando Jimmy Peaches se acerca y llama a la ventanilla.

—¿Qué coño está pasando?

—Estamos intentando localizar el avión por la radio —explica Adán.

—¿Cuesta mucho? —pregunta Peaches.

—Más costará si continuas molestando —replica Raúl—. Vuelve a tu camión, todo va bien.

No, nada va bien, piensa Peaches mientras vuelve al camión. Lo primero que no va bien es estar aquí, jugando a ser Lawrence de Arabia en el culo del mundo, lo segundo es estar sentado en un camión lleno de mierda, lo tercero es que invertí la hostia en este camión, con dinero apalancado de otra gente, lo cuarto es que la otra gente es Johnny Boy Cozzo, Gene, el hermano de Johnny, y Sal Scachi, ninguno de los cuales es famoso por su naturaleza piadosa, lo cual me lleva a lo quinto, que si Big Paulie se entera de que estamos traficando con droga, va a ordenar que se nos carguen, empezando por mí, lo cual me lleva a lo sexto, que la coca está ahora en un avión perdido en el cielo y parece que estos frijoleros son incapaces de localizarlo.

—Ahora no pueden encontrar el puto avión —le dice a Little Peaches cuando sube de nuevo al camión.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Little Peaches.

—¿Qué palabra no has comprendido?

—Qué irritable.

—Joder, sí, soy irritable.

Conducir hasta California con un camión cargado de armas, y no solo unas cuantas pistolas, sino armas pesadas (M-16, AR-15, municiones, incluso un par de LAW), y para qué coño necesitan los putos mexicanos lanzacohetes nunca lo sabré. Pero ese fue el trato, esta vez los frijoleros querían que les pagaran en armas, así que pido el dinero prestado a los Cozzo y a Sal, añado un pequeño recargo secreto para cubrirme las espaldas, y me recorro toda la costa Este reuniendo este puto arsenal. Después atravieso todo el país, cagándome encima cada vez que veo a un policía estatal por culpa de lo que llevo detrás.

Peaches también está irritable porque las cosas de la familia Cimino no van

muy bien.

Para empezar, Big Paulie está cagado de miedo por culpa del Caso de la Comisión, porque el nuevo fiscal del distrito de la zona este de Nueva York, Giuliani, amenaza con colgarles un siglo de cárcel a los capos de las cuatro familias restantes. De modo que Paulie no les deja hacer nada para ganarse la vida. Nada de robos, nada de atracos y, por supuesto, nada de droga. Y cuando comunican que se están muriendo de hambre, la respuesta es que tendrían que haber invertido su dinero.

Tendrían que haber montado negocios legales en los que apoyarse.

Lo cual es una chorrada, piensa Peaches. Todos los obstáculos que tienes que superar para... ¿para qué? ¿Vender zapatos?

A la mierda.

El cabrón de Paulie es como una puta mujer.

Peaches ha empezado a llamarle la Madrina. El otro día, Little Peaches y él estaban hablando del asunto por teléfono.

—Eh —dice Peaches—, ¿sabes esa tía que la Madrina se está tirando? ¿Estás preparado? Por lo visto, utiliza un hinchador de pollas.

—¿Cómo funciona? —pregunta Little Peaches.

—No quiero ni pensarlo —dice Peaches—. Supongo que es como un neumático deshinchado, y le metes aire para que se te ponga dura.

—¿Lleva un tubo dentro de la polla?

—Supongo —dice Peaches—. De todos modos, lo que hace está mal, follarse a la tía en la casa donde vive su mujer. Qué falta de respeto. Gracias a Dios que Carlo no está vivo para verlo.

—Si Carlo estuviera vivo, no habría nada que ver —dice Little Peaches—. Paulie no tendría huevos, y mucho menos una polla hinchable, para follarse a una puta ante las narices de la hermana de Carlo. Paulie ya estaría muerto.

—Que Dios te oiga —dice Peaches—. Si quieres algo raro, pues vale, ve a buscar algo raro. Si quieres algo extraconyugal, ve a buscar algo extraconyugal, pero no en casa. La casa es el hogar de la esposa. Tienes que respetar eso. Es la costumbre.

—Tienes razón.

—Todo va mal ahora —dice Big Peaches—. Y cuando el señor Neill muera al fin... Te lo digo yo, será mejor que el trabajo de lugarteniente sea para Johnny Boy.

—Paulie no nombrará a John lugarteniente —dice Little Peaches—. Le tiene demasiado miedo. El trabajo será para Bellavia, ya lo verás.

—Tommy Bellavia es el chófer de Paulie —resopla Big Peaches—. Es un taxista, por el amor de Dios. No pienso recibir órdenes de un putito chófer. Mejor que sea John, te lo digo yo.

—De todos modos —dice Little Peaches—, no podemos correr riesgos con

este cargamento. Tenemos que cogerlo, ponerlo en la calle y ganar algo de dinero.

—Me doy por enterado.

Callan piensa más o menos en lo mismo, sentado en la parte posterior del camión en plena y fría noche del desierto. Ojalá se hubiera traído algo más que esta vieja chaqueta de cuero.

—¿Quién iba a suponer que haría frío en el puto desierto? —dice O-Bop.

—¿Qué está pasando? —pregunta Callan.

No le gusta esa mierda. No le gusta estar lejos de Nueva York, no le gusta estar en el culo del mundo, ni siquiera le gusta lo que están haciendo aquí. Ve lo que está pasando en las calles, lo que el crack está haciendo al barrio, a toda la ciudad. Se siente mal, no es una forma correcta de ganarse la vida. La mierda del sindicato es una cosa, la mierda de la construcción, la usura, el juego, incluso los contratos, pero no le gusta ayudar a Peaches a colocar crack en las calles.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó O-Bop cuando apareció—. ¿Decir que no?

—Sí.

—Si esto se jode, nosotros también nos jugamos el culo.

—Lo sé.

Y aquí están, sentados en la parte trasera de un camión sobre armas suficientes para conquistar una pequeña república bananera, esperando a que aterrice un avión para efectuar el intercambio y volver a casa.

A no ser que los mexicanos se rajen; en ese caso, Callan tiene diez balas del calibre 22 en el cargador y otra en la recámara.

—Aquí hay un arsenal —dice O-Bop—. ¿Para qué quieres una veintidós?

—Es suficiente.

Joder, ya lo creo, piensa O-Bop cuando se acuerda de Eddie Friel.

Joder, ya lo creo.

—Averigua qué está pasando —dice Callan.

O-Bop golpea en la pared.

—¿Qué está pasando?

—¡No pueden localizar el puto avión!

—¡No jodas!

—¡Sí jodo! —grita Peaches—. ¡El avión aterrizó, dimos el cambiazco y todos estamos sentados en Rocco comiendo linguini con salsa de almejas!

—¿Cómo se pierde un avión? —pregunta Callan.

Aquí no hay nada.

Es ese el problema. El piloto está a dos mil cuatrocientos metros sobre el desierto, y solo ve oscuridad abajo. Puede localizar Borrego Springs, puede localizar Ocotillo Wells o Blythe, pero a menos que alguien toque la bocina y le facilite el lugar del aterrizaje, tiene tantas probabilidades de localizar esa pista como de ver a los Cubs ganar las Series Mundiales.

Zip.

Es un problema porque lleva el combustible justo, y muy pronto tendrá que empezar a pensar en dar media vuelta y regresar a El Salvador. Prueba la radio de nuevo y obtiene el mismo chirrido metálico. Después sube media frecuencia y...

—Adelante, adelante.

—¿Dónde coño estabais? —pregunta el piloto—. Os habéis equivocado de frecuencia.

Que te crees tú eso, piensa Art.

San Antonio es el patrón de las causas desesperadas, y Art toma nota mental de darle las gracias con una vela y un billete de veinte dólares.

—¿Quieres quejarte o quieres aterrizar? —pregunta Shag por la radio.

—Quiero aterrizar.

El pequeño grupo de hombres acurrucados alrededor de la radio en esa noche gélida se miran y sonríen. Les conforta considerablemente, porque faltan poco para que un vuelo de la SETCO aterrice con un cargamento de cocaína.

A menos que todo se tuerza.

Cosa que podría suceder.

A Shag le da igual.

—De todos modos, mi carrera se ha ido a la mierda.

Da al piloto las coordenadas de aterrizaje.

—Diez minutos —dice el piloto.

—Recibido. Corto.

—Diez minutos —dice Art.

—Diez minutos muy largos —dice Dantzer.

Muchas cosas pueden suceder en diez minutos: En diez minutos, el piloto podría ponerse paranoico, cambiar de idea y dar media vuelta. En diez minutos, la verdadera pista de aterrizaje podría abrirse paso en la radio interferida de Dantzer y ponerse en contacto con el avión, para guiarlo hasta el lugar correcto. En diez minutos, piensa Art, podría producirse un terremoto que abriera una grieta en mitad de esta pista y tragárselos a todos. En diez minutos...

Exhala un largo suspiro.

—No jodas —dice Dantzer.

Shag le sonríe.

Adán Barrera no sonríe.

Tiene el estómago revuelto, la mandíbula apretada con fuerza. Esta operación no puede salir mal, le había advertido Tío. Tiene que coronarse con éxito.

Por numerosas razones, piensa Adán.

Ahora es un hombre casado. Lucía y él se casaron en Guadalajara, y el padre Juan presidió la ceremonia. Fue un día maravilloso, y una noche todavía más maravillosa, después de años de frustraciones al fin poder metérsela a Lucía. Había sido una sorpresa en la cama, una compañera más que entusiasta, no paraba de retorcerse y chillar su nombre, el pelo rubio desparramado sobre la almohada en una involuntaria simetría con sus piernas abiertas.

La vida de casado es estupenda, pero con el matrimonio llega la responsabilidad, sobre todo ahora que Lucía está embarazada. Eso, piensa Adán mientras sigue sentado en el desierto, lo cambia todo. Ahora va en serio. Ahora estás a punto de ser *papá*, con una familia a la que mantener, con su futuro en tus manos. Esto no le disgusta, al contrario, está emocionado por asumir la responsabilidad de un hombre, complacido sobremanera por la idea de tener un hijo... lo cual significa que, más que nunca, esta operación no puede salir mal.

—Prueba otra frecuencia —dice al técnico.

—He probado todas...

Ve que Raúl toca la culata de la pistola que lleva al cinto.

—Probaré otra vez —dice el técnico, aunque ahora está convencido de que no se trata de la frecuencia.

Es el aparato, la radio en sí. ¿Quién sabe si hay algo suelto dentro? Todos son iguales, piensa. Tienen millones de dólares en coca flotando por ahí, pero no quieren desembolsar cien pavos más en una radio. En cambio, tengo que trabajar con esta baratija de mierda.

De todos modos, no verbaliza sus críticas.

Sigue girando botones.

Adán clava la vista en el cielo nocturno.

Las estrellas parecen muy bajas y brillantes, da la impresión de que casi podría apoderarse de una. Ojalá pudiera hacer lo mismo con el avión.

Lo mismo piensa Art.

Porque allí arriba no hay nada, salvo las estrellas y un gajo de luna.

Consulta su reloj.

Las cabezas se giran como si hubiera sacado una pistola.

Han pasado diez minutos.

Ya has tenido tus diez minutos. Ya has tenido tus diez minutos eternos de calambres intestinales, pulsación acelerada y nervios a flor de piel, así que deja

de jugar con nosotros. Basta de torturas.

Mira el cielo de nuevo.

Es lo que todos están haciendo, mirar el cielo como miembros de una tribu prehistórica, intentando imaginar qué significa todo.

—Se acabó —dice Art un minuto después—. Se lo habrá olido.

—Mieeeeeerda —dice Shag.

—Lo siento, Art —dice Dantzler.

—Lo siento, jefe.

—No pasa nada —dice Art—. Lo hemos intentado.

Pero sí que pasa. Es probable que nunca más tengan otra oportunidad de apoderarse de pruebas tangibles de que el Trampolín Mexicano existe.

Y cerrarán la oficina de Guadalajara, nos dispersarán, y asunto concluido.

—Esperaremos cinco minutos más y...

—Calla —dice Shag.

Todos le miran por su ataque de brusquedad de vaquero insólita en él.

—Escuchad —dice.

Entonces lo distinguen.

El sonido de un motor.

El motor de un avión.

Shag corre hacia el camión, enciende el motor y hace parpadear los faros.

Las luces de navegación del avión le contestan. Al cabo de dos minutos, Art ve el avión descender de la negrura y posarse con suavidad.

El piloto exhala un suspiro de alivio cuando ve al hombre acercarse corriendo.

Entonces el hombre le apunta una pistola a la cara.

—Sorpresa, capullo —dice Dantzler—. Tienes derecho a guardar silencio...

¿Silencio?

El hijoputa se ha quedado sin habla.

Shag no. Está en el coche con Art, en plan Bundini Brown de vaquero.

—¡Eres el más grande jefe! ¡Tienes los brazos de un orangután! ¡Eres King Kong! ¡Alzas la mano al cielo y cazas aviones!

Art rie. Entonces ve que Dantzler se acerca al coche. El poli de San Diego sacude la cabeza, y hasta a la tenue luz se le ve pálido.

Estremecido.

—Art —empieza Dantzler—. Ese tipo... el piloto... dice...

—¿Qué?

—Que trabaja para nosotros.

Art abre la puerta de donde tienen encerrado al piloto.

Phil Hansen debería estar muy nervioso, pero no es así. Está reclinado, como

si esperara una multa de tráfico que, de todos modos, le será perdonada. A Art le vienen ganas de borrarle la sonrisa presuntuosa de la cara.

—Cuánto tiempo sin verte, Keller —dice como si tal cosa, como si todo fuera una broma.

—¿Qué coño es eso de que trabajas para nosotros?

Hansen le mira con serenidad.

—Cerberro.

—¿Qué?

—Venga, hombre. ¿Cerberro? ¿Ilopongo? ¿Hangan Cuatro?

—¿De qué coño estás hablando?

La sonrisa desaparece de la cara de Hansen. Ahora parece alarmado.

—¿Pensabas que tenías bula? —pregunta Art—. ¿Que podías introducir doscientos kilos de cocaína en Estados Unidos y tenías bula? ¿Por qué lo crees, capullo?

—Dijeron que tú...

—¿Que yo qué?

—Nada.

Hansen vuelve la cabeza y mira por la ventana.

—Si tienes una tarjeta de « Saldré Libre de la Cárcel », ya es hora de que la entregues —dice Art—. Dime un nombre, Phil. ¿A quién llamo?

—Ya sabes a quién tienes que llamar.

—No, no lo sé. Dímelo tú.

—Mi trabajo ha terminado.

Mira por la ventanilla.

—Alguien te ha jodido, Phil —dice Art—. No sé quién te ha dicho qué, pero si crees que estás jugando para el mismo equipo estás equivocado. Te hemos pillado cargado de coca, Phil. Te caerán quince años, como mínimo. Pero no es demasiado tarde para salir bien librado. Colabora conmigo, y si sale bien, me ocuparé de que te ofrezcan un trato.

Cuando Hansen se vuelve a mirarle, hay lágrimas en sus ojos.

—Tengo mujer e hijos en Honduras.

Ramón Mette, piensa Art. El tío tiene miedo de que Mette se venga con su familia. Tendrías que haberlo pensado antes de haber empezado a transportar coca.

—¿Quieres verlos antes de que tengan sus propios hijos? Habla conmigo.

Art ha visto antes esa mirada. La llama la Balanza del Quinqui, el tío culpable que sopesa sus opciones, y se da cuenta con horror de que no existe ninguna opción buena, solo una y mala. Espera a que Hansen se decida.

Hansen sacude la cabeza.

Art cierra la puerta del coche y sale al desierto un minuto. Podría registrar el avión ahora, pero ¿de qué serviría? Demostraría que SETCO está traficando con

drogas, pero eso ya lo sabe. Pero no sabría qué carga va a regresar en el avión, ni para quién.

No, ha llegado el momento de aprovechar la oportunidad.

Vuelve con Dantzler.

—Esta vez haremos las cosas de manera diferente. Dejaremos que el avión pase.

—¿Qué?

—Después podremos seguir su rastro de tres maneras —dice Art—. Averiguar adónde va la coca, averiguar adónde va el dinero, averiguar adónde vuelve el avión.

Dantzler accede. ¿Qué coño puede hacer? Es el jodido Art quien se lo pide.

Art asiente y vuelve al coche.

—Solo era un examen —dice a Hansen—. Has aprobado. Continúa.

Art ve al avión despegar de nuevo.

Después dice a Ernie por radio que espere el vuelo de regreso de SETCO, lo fotografíe y lo deje pasar.

Pero Ernie no contesta.

Ernie Hidalgo ha desaparecido del radar.

5
NARCOSANTOS

Hay dos cosas que el pueblo norteamericano no quiere: otra Cuba en el corazón de Centroamérica y otro Vietnam.

RONALD REAGAN

México
Enero de 1985

Seis horas después de que Ernie haya desaparecido del mapa, Art entra como una tromba en el despacho del coronel Vega.

—Uno de mis hombres ha desaparecido —dice—. Quiero que registren la ciudad de cabo a rabo. Quiero que detenga a Miguel Ángel Barrera, y no quiero oír más chorradas...

—Señor Keller...

—... más chorradas acerca de que no sabe dónde está, y de que en cualquier caso es inocente. Quiero que los detenga a todos, a Barrera, a sus sobrinos, a Abrego, a Méndez, a todos esos cabronazos de traficantes de drogas. Usted, por supuesto, no sabe que Barrera está relacionado con... —Se planta ante el escritorio del hombre y le grita en la cara—. Si es necesario —dice—, desencadenaré una puta guerra.

Habla en serio. Pedirá la devolución de todos los favores, amenaza con ir a la prensa, irá, amenaza con recurrir a ciertos congresistas, lo hará, traerá toda una división de marines de Camp Pendleton e iniciará una verdadera guerra, si todo ello es necesario para rescatar a Ernie Hidalgo.

Si (por favor, Dios, por favor, Jesús y María, madre de Dios) Ernie sigue vivo.

—¿Por qué sigue sentado ahí? —pregunta un segundo después.
Arrasan las calles.

De repente, como por arte de magia, Vega sabe dónde están los *gomer*os. Es un milagro, piensa Art, Vega sabe dónde viven, dónde paran o hacen negocios todos los *narcotraficantes* de la ciudad de categoría baja o media. Los detienen a todos. Los *federales* de Vega peinan la ciudad como la Gestapo, solo que no encuentran a Miguel Ángel, Adán, Raúl, Méndez ni Abrego. Es la misma historia

de siempre, piensa Art, la misma misión de buscar y esquivar. Saben dónde estuvieron esos tíos, pero, por lo visto, no consiguen descubrir dónde están ahora.

Vega llega al extremo de invadir la urbanización de Barrera, cuya dirección recuerda de repente, pero cuando llegan descubren que Miguel Ángel se ha ido. También encuentran algo que pone como una fiera a Art.

Una fotografía de Ernie Hidalgo.

Una fotografía de carnet de identidad tomada en la oficina de Guadalajara del Poder Judicial de la Federación, el PJF.

Art la coge y la agita ante la cara de Vega.

—¡Mire esto! —grita—. ¿Le dieron sus chicos esta foto? ¿Lo hicieron sus putos hombres?

—Por supuesto que no.

—Y una mierda —dice Art.

Vuelve a la oficina y llama a Tim Taylor a Ciudad de México.

—Estoy al corriente —dice Taylor.

—¿Qué vas a hacer?

—He ido a la oficina del embajador —dice Taylor—. Irá a ver al presidente en persona. ¿Has sacado del país a Teresa y a los chicos?

—Ella no quería marcharse, pero...

—Mierda, Arthur.

—Pero le dije a Shag que la llevara al aeropuerto —dice Art—. Ya deberían estar en San Diego.

—¿Y Shag?

—Esta peinando las calles.

—Os voy a sacar de ahí.

—Ni se te ocurra —dice Art.

Sigue un breve silencio.

—¿Qué necesitas, Art? —pregunta después Taylor.

—Un poli honrado —dice Art. Le habla a Taylor de la foto que encontró en la urbanización de Barrera—. No quiero más capullos del PJF. Enviame alguien limpio, alguien de cierto peso.

Aquella tarde Antonio Ramos llega a Guadalajara.

Adán oye los chillidos del hombre.

Y la voz tranquila que repite la misma pregunta una y otra vez.

« ¿Quién es Mamada? ». « ¿Quién es Mamada? ». « ¿Quién es Mamada? » .

Ernie les dice que no lo sabe. Su interrogador no le cree y empuja el punzón para el hielo otra vez, raspando la tibia de Ernie con él.

El interrogatorio se reanuda de nuevo.

« Sí que lo sabes. Dinos quién es. ¿Quién es Fuente Mamada? » .

Ernie les da nombres. Los que se le ocurren en aquel momento. Traficantes de poca monta, traficantes de enjundía, *federales*, policías del estado de Jalisco, cualquier *gomero* o poli corrupto, le da igual. Cualquier cosa con tal de que paren.

Pero no paran. No se tragan ningún nombre. El Doctor (los demás le llaman Doctor) sigue trabajando con el punzón para el hielo, lenta, paciente, metódicamente, indiferente a los gritos de Ernie. Sin prisas.

—¿Quién es Mamada? ¿Quién es Mamada? ¿Quién es Mamada?

—No lo sééééééééééééé...

El punzón descubre un nuevo ángulo para alcanzar otro fragmento de hueso y raspa.

Güero Méndez sale de la habitación, estremecido.

—Creo que no lo sabe —dice.

—Yo creo que sí —contesta Raúl—. Es un *macho*, un hijo de puta duro de pelar.

Esperemos que no sea demasiado duro, piensa Adán. Si nos diera el nombre del *soplón*, le dejaríamos marcharse antes de que la situación se nos escape de las manos. Conozco a los norteamericanos, le había dicho Adán a su tío, mejor que tú. Pueden bombardear, quemar y envenenar a otros pueblos, pero hazle daño a uno de ellos y reaccionarán con farisaico salvajismo.

Horas después de que se informara sobre la desaparición de Ernie, un ejército de agentes de la DEA irrumpió en el piso franco de Adán en Rancho Santa Fe.

Fue el mayor alijo de droga de la historia.

Novecientos kilos de cocaína valorados en treinta y siete millones y medio de dólares, dos toneladas de sinsemilla valoradas en otros cinco millones, más otros veintisiete millones en dinero en metálico, más máquinas de contar dinero, balanzas y demás herramientas relacionadas con el tráfico de drogas. Por no hablar de los quince trabajadores mexicanos ilegales que se dedicaban a pesar y empaquetar la coca.

Pero costó más que todo eso, piensa Adán mientras intenta no oír los gemidos de la otra habitación. Costó mucho más que eso. Las drogas y el dinero se pueden sustituir, pero un hijo...

—Una malformación linfática —habían dicho los médicos—. Linfangioma quístico.

Dijeron que no guardaba la menor relación con su precipitada huida de la casa de San Diego, minutos antes de que llegara la DEA, ni con las prisas por cruzar la frontera para ir a Tijuana, ni con el vuelo a Guadalajara. Los médicos dijeron que la enfermedad aparece en los primeros meses de embarazo, nunca después, y que en realidad no se conocen sus causas, solo que los canales linfáticos de la hija de Adán y Lucía no se desarrollaron bien, y por eso su cara y cuello están deformados, distorsionados, y no hay tratamiento ni cura. Y si bien

la esperanza de vida es la normal, existe el peligro de infecciones o apoplejías, en ocasiones dificultades para respirar...

Lucía le echa la culpa a él.

No a él directamente, sino a su estilo de vida, los negocios, la *pista secreta*. Si hubieran podido quedarse en Estados Unidos, con los excelentes cuidados prenatales, si el bebé hubiera nacido en la clínica Scripps tal como habían pensado, si en aquellos primeros meses, cuando vieron que algo iba mal, si hubieran podido tener acceso a los mejores médicos del mundo... tal vez, solo tal vez... aunque los médicos de Guadalajara le habían asegurado que nada habría cambiado.

Lucía quería volver a Estados Unidos para dar a luz, pero no sin él, y él no podía ir. Había una orden de busca y captura para él y para Tío.

Pero si lo hubiera sabido, piensa Adán ahora, si hubiera albergado la más mínima sospecha de que algo podía pasarle al bebé, habría afrontado el peligro. Y las consecuencias.

Malditos sean los norteamericanos.

Y maldito sea Art Keller.

Adán había llamado al padre Juan durante aquellas primeras horas terribles. Lucía sufría muchísimo, como todos ellos, y el padre Juan había corrido al hospital al instante. Llegó y abrazó a la niña, la bautizó allí mismo por si acaso, después sujetó la mano de Lucía y habló con ella, rezó con ella, le dijo que sería la madre maravillosa de una maravillosa niña especial que la necesitaría. Después, cuando Lucía se rindió por fin a los tranquilizantes y se durmió, el padre Juan y Adán salieron al aparcamiento para que el obispo pudiera fumar un cigarrillo.

—Dime en qué estás pensando —le preguntó el padre Juan.

—En que Dios me está castigando.

—Dios no castiga a niños inocentes por los pecados de sus padres —respondió Parada. Mal que le pese a la Biblia, pensó.

—Pues explíqueme esto —dijo Adán—. ¿Así ama Dios a los niños?

—¿Amas a tu hija, pese a su situación?

—Por supuesto.

—Entonces Dios ama a través de ti.

—Esa respuesta no me convence.

—Es la única que tengo.

Y no me convence, pensó Adán, y ahora también lo piensa. Y el secuestro de Hidalgo nos va a destruir a todos, si no lo ha hecho ya.

Apoderarse de Hidalgo había sido facilísimo. Joder, la policía lo había hecho por ellos. Tres polis detuvieron a Hidalgo en la plaza de Armas y lo entregaron a Raúl y Güero, que le drogaron, le vendaron los ojos y le condujeron a esa casa.

Donde el Doctor le había revivido e iniciado sus cuidados.

Que, hasta el momento, no han dado resultado.

Oye la voz suave y paciente del Doctor en la otra habitación.

—Dime los nombres de los funcionarios del gobierno que están en la nómina de Miguel Ángel Barrera.

—No sé los nombres.

—¿Mamada te dio los nombres? Dijiste que sí. Dímelos.

—Mentí. Me lo inventé. No lo sé.

—Entonces, dime el nombre de Mamada. Para preguntarle a él en lugar de a ti. Para que pueda hacerle esto a él en lugar de a ti.

—No sé quién es.

¿Es posible, se pregunta Adán, que el hombre no lo sepa? Oye ecos de su propia voz asustada ocho años atrás, durante la Operación Cóndor, cuando la DEA y los *federales* le pegaron y torturaron para extraerle información que no poseía. Le dijeron que debían asegurarse de que no lo sabía, de modo que continuaron la tortura después de que les dijera, una y otra vez, « No lo sé ».

—Joder —dice—. ¿Y si no lo sabe?

—¿Y qué? —se encoge de hombros Raúl—. De todos modos, hay que dar una lección a los norteamericanos.

Adán oye la lección que se está impartiendo en la otra habitación. Los gemidos de Hidalgo cuando el metal del punzón raspa su tibia. Y la voz insistente y suave del Doctor:

—Quieres volver a ver a tu mujer. A tus hijos. No cabe duda de que estás más en deuda con ellos que con ese informador. Piensa: ¿por qué te hemos vendado los ojos? Si nuestra intención fuera matarte, no nos habríamos tomado la molestia. Pero nuestra intención es soltarte. Para que vuelvas con tu familia. Con Teresa, Ernesto y Hugo. Piensa en ellos. Lo preocupados que estarán. Lo asustados que deben de estar tus hijos. Las ganas que tienen de que su *papá* vuelva. No querrás que crezcan sin padre, ¿verdad? ¿Quién es Mamada? ¿Qué te dijo? ¿Qué nombres te dio?

Y la respuesta de Hidalgo entre sollozos.

—No... sé... quién... es.

—Pues...

Empieza de nuevo.

Antonio Ramos creció en los vertederos de basura de Tijuana.

Literalmente.

Vivía en una choza situada ante el vertedero y recogía de la basura su comida, su ropa e incluso su refugio. Cuando construyeron una escuela cerca, Ramos iba cada día, y si algún niño se burlaba de su olor a basura, Ramos le daba una paliza. Ramos era un chico grande, flaco, debido a la falta de alimentos, pero

alto y de manos veloces.

Al cabo de un tiempo, nadie le tomaba el pelo.

Continuó hasta el instituto, y cuando la policía de Tijuana le aceptó, fue como tocar el cielo. Buena paga, buena comida, ropa limpia. Perdió aquella figura enclenque y la llenó, y sus superiores descubrieron algo nuevo acerca de él. Sabían que era duro. Pero no sabían que era listo.

La DFS, el servicio de inteligencia de México, también lo descubrió, y le reclutó.

Ahora, cuando aparece una misión importante que requiere a alguien duro y listo, es Ramos quien suele recibir la llamada.

Recibe la llamada de rescatar a este agente de la DEA norteamericana a cualquier precio.

Art le recibe en el aeropuerto.

Ramos tiene rotos varios nudillos de la mano y la nariz. Su pelo negro es abundante, y un mechón cuelga sobre la frente pese a sus intentos de controlarlo. Lleva embutido en la boca su marca de fábrica, un puro negro.

—Todo poli necesita una marca de fábrica —dice a sus hombres—. Querréis que los malos digan: « Ojo con el macho del puro negro » .

Lo hacen.

Lo dicen, van con cuidado y le tienen miedo, porque Ramos se ha ganado fama de tomarse la justicia por su mano. Se sabe que los tipos entregados a Ramos han pedido a gritos la intervención de la policía. La policía no acude. La policía tampoco quiere saber nada de Ramos.

Hay una callejuela cerca de la avenida de la Revolución bautizada como Universidad de Ramos. Está sembrada de colillas de puros y actitudes desagradables amansadas, y es donde Ramos, cuando patrullaba las calles de Tijuana, daba lecciones a los chicos que se consideraban malos.

—Vosotros no sois malos —les decía—. Yo soy malo.

Entonces les demostraba lo malo que era. Si necesitaban un recordatorio, solían encontrar uno en el espejo durante bastantes años después.

Seis *hombres* malos han intentado matar a Ramos. Ramos acudió a los seis funerales, por si alguno de los deudos deseaba vengarse. Ninguno lo intentó. Llama a su Uzi « mi Esposa » . Tiene treinta y dos años.

Al cabo de unas horas ha detenido a los tres policías que secuestraron a Ernie Hidalgo. Uno de ellos es el jefe de la Policía Estatal de Jalisco.

—Podemos hacerlo de prisa o despacio —le dice Ramos a Art.

Ramos saca dos puros del bolsillo de la camisa, le ofrece uno a Art y se encoge de hombros cuando lo rechaza. Tarda mucho en encender el puro, le da vueltas hasta que la punta se enciende, después da una larga calada, mira a Art y enarca sus cejas negras.

Los teólogos tienen razón, piensa Art. Nos convertimos en lo que detestamos.

- Deprisa —dice.
—Vuelva dentro de un rato —dice Ramos.
—No —contesta Art—. Haré lo que me corresponda.
—Ésa es la respuesta de un hombre —dice Ramos—. Pero no quiero testigos.

Ramos conduce al jefe de policía de Jalisco y a dos *federales* a una celda del sótano.

—No tengo tiempo para andar con rodeos, chicos —dice Ramos—. El problema es el siguiente: en este momento, tenéis más miedo de Miguel Ángel Barrera que de mí. Vamos a darle la vuelta a eso.

—Por favor —dice el jefe—, todos somos policías.

—No, yo soy policía —replica Ramos al tiempo que se calza unos pesados guantes negros—. El hombre al que secuestrasteis es policía. Vosotros sois un pedazo de mierda.

Alza los guantes para que todos los vean.

—No me gusta estropearme las manos —explica Ramos.

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo —dice el jefe.

—No —dice Ramos—, no podemos.

Se vuelve hacia el *federal* más corpulento y joven.

—Levanta las manos. Defiéndete.

El *federal* le mira con los ojos abiertos de par en par, asustado. Sacude la cabeza, y no levanta las manos.

Ramos se encoge de hombros.

—Como quieras.

Hace una finta con un derechazo a la cara, y después descarga todo su peso en tres ganchos de izquierda a las costillas. Los guantes aplastan huesos y cartilagos. El poli empieza a caerse, pero Ramos le sostiene con la mano izquierda y lanza tres rápidos golpes con la derecha. Después le arroja contra la pared, le da la vuelta y descarga una sucesión de golpes con ambas manos sobre sus riñones. Le sujeta contra la pared por la nuca.

—Has avergonzado a tu país —le dice—. Peor aún, has avergonzado a mi país.

Le coge del cuello con una mano y con la otra del cinturón, y le lanza a toda velocidad contra la pared opuesta. La cabeza del *federal* golpea el cemento con un impacto sordo. Su cuello se dobla hacia atrás. Ramos repite el procedimiento varias veces, hasta que por fin deja que el hombre caiga al suelo.

Ramos se sienta sobre un taburete de madera de tres patas y enciende un puro, mientras los otros dos polis miran a su amigo inconsciente, tumbado boca abajo. Sus piernas se agitan espasmódicamente.

Las paredes están manchadas de sangre.

—Bien —dice Ramos—, ahora me tenéis más miedo a mí que a Barrera, de modo que podemos empezar. ¿Dónde está el policía norteamericano?

Le cuentan todo lo que saben.

—Lo entregaron a Güero Méndez y a Raúl Barrera —le dice Ramos a Art—. Y a un tal doctor Álvarez, por eso creo que su amigo todavía podría estar con vida.

—¿Por qué?

—Álvarez trabajaba para la DFS —dice Ramos—. Como interrogador. Hidalgo debe de saber algo que a ellos les interesa, ¿no?

—No —dice Art—. No sabe nada.

Art siente que se le revuelve el estómago. Están torturando a Ernie para averiguar la identidad de Mamada.

Y Mamada no existe.

—Dímelo —dice Tío.

—No lo sé —gime Ernie.

Tío cabecea en dirección al doctor Álvarez. El Doctor utiliza unos mitones para coger una barra de hierro al rojo vivo, que introduce...

—¡Oh, Dios mío! —grita Ernie.

Después abre los ojos de par en par y su cabeza se derrumba sobre la mesa a la que le han atado. Tiene los ojos cerrados, está inconsciente, y los latidos de su corazón, que hace un momento se habían acelerado, son ahora peligrosamente lentos.

El Doctor deja los mitones y coge una jeringa llena de lidocaina, que inyecta en el brazo de Ernie. La droga le mantendrá consciente para que sienta el dolor. Impedirá que su corazón se paralice. Un momento después, la cabeza del norteamericano se levanta y sus ojos se abren.

—No te dejaremos morir —dice Tío—. Habla conmigo. Dime quién es Mamada.

Sé que Art me está buscando, piensa Ernie.

Removiendo cielo y tierra.

—No sé quién es Mamada —dice con voz entrecortada. El Doctor levanta de nuevo la barra de hierro.

—¡Oh, Dios míoooooooooo! —grita un momento después Ernie.

Art ve que la llama prende, parpadea, y después se eleva hacia el cielo.

Se arrodilla delante de la hilera de velas votivas y reza una oración por Ernie. A la Virgen María, a san Antonio, al mismísimo Jesucristo.

Un hombre alto y gordo se acerca por el pasillo central de la catedral.

—Padre Juan.

El sacerdote ha cambiado poco en nueve años. Su pelo blanco es un poco menos abundante, el estómago algo más abultado, pero los intensos ojos grises aún conservan su luz.

—Estás rezando —dice Parada—. Pensaba que no creías en Dios.

—Haré cualquier cosa.

Parada asiente.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Usted conoce a los Barrera.

—Yo los bauticé —contesta Parada—. Les di la primera comunión. Los confirmé.

Casé a Adán y a su mujer, piensa Parada. Sostuve a su hija deforme en mis brazos.

—Póngase en contacto con ellos —dice Art.

—No sé dónde están.

—Estaba pensando en la radio —dice Art—. En la televisión. Le respetan, le escucharán.

—No lo sé —dice Parada—. Lo puedo intentar, desde luego.

—¿Ahora mismo?

—Por supuesto —dice Parada—. Puedo confesarle —añade un instante después.

—No hay tiempo.

Van en coche a la emisora de radio y Parada envía un mensaje a «los secuestradores del policía norteamericano». Les ruega, en el nombre de Dios Padre, Jesucristo, la Virgen María y todos los santos, que liberen al hombre sano y salvo. Les exhorta a que miren su alma, e incluso, ante la sorpresa de Art, esgrime su última carta: amenaza con excomulgarles si hacen daño al hombre.

Les condena con todo su poder y autoridad al infierno eterno.

Después repite su esperanza de salvación.

«Liberad al hombre y volved con Dios. Su libertad es vuestra libertad».

—... me dieron una dirección —dice Ramos.

—¿Cómo? —pregunta Art. Está escuchando el mensaje de Parada por la radio de la oficina.

—He dicho que me dieron una dirección —dice Ramos. Se cuelga la Uzi del hombro—. Mi Esposa. Vamos.

La casa se encuentra en un barrio corriente. Los dos Ford Bronco de Ramos, atestados de agentes especiales de la DFS, rugen calle arriba, y los hombres bajan de un salto. Desde las ventanas disparan largas e indisciplinadas ráfagas de AK. Los hombres de Ramos se tiran al suelo y devuelven el fuego con ráfagas cortas. El tiroteo se interrumpe. Cubierto por sus hombres, Ramos y dos agentes más corren hasta la puerta con un ariete y la derriban.

Art entra justo detrás de Ramos.

No ve a Ernie. Recorre todas las habitaciones de la pequeña casa, pero lo único que encuentra son dos *gomeros* muertos, con un agujero limpio en la frente, tendidos junto a las ventanas. Un hombre herido está sentado, apoyado contra la pared. Otro está sentado con las manos sobre la cabeza.

Ramos saca la pistola y la apunta a la cabeza del hombre herido.

—¿Dónde? —pregunta.

—No sé.

Art se estremece cuando Ramos aprieta el gatillo y el cerebro del hombre salpica la pared.

—¡Jesús! —grita Art.

Ramos no le oye. Apoya la pistola contra la sien del otro *gomero*.

—¿Dónde?

—¡Sinaloa!

—¿Dónde?

—¡Un rancho de Güero Méndez!

—¿Cómo lo encuentro?

—¡No sé! ¡No sé! ¡No sé! ¡Por favor! ¡Por el amor de Dios! —grita el *gomero*.

Art agarra a Ramos por la muñeca.

—No.

Por un momento, da la impresión de que Ramos podría disparar contra Art. Después baja la pistola.

—Tenemos que encontrar el rancho antes de que le trasladen de nuevo —dice —. Debería dejarme disparar a este bastardo para que no hable.

El *gomero* se pone a llorar.

—¡Por el amor de Dios!

—Tú no tienes dios, hijo de la gran puta —dice Ramos al tiempo que le golpea la cabeza—. ¡Té voy a mandar p'al carajo!

—No —dice Art.

—Si los *federales* se enteran de que sabemos lo de Sinaloa —dice Ramos—, trasladarán de nuevo a Hidalgo para que no podamos encontrarle.

Si es que podemos encontrarle, piensa Art. Sinaloa es un vasto estado rural. Localizar un rancho es como localizar una granja concreta en Iowa. Pero matar a este tipo no servirá de nada.

—Póngale en aislamiento —dice Art.

—¡Ay, Dios! ¡Qué chingón que eres! —grita Ramos.

Pero Ramos ordena a uno de sus hombres que se lleve al *gomero*, le encierre en algún sitio y averigüe qué más sabe.

—Por el amor de Dios —dice después—, no dejes que nadie hable con él, o

le meteré tus pelotas en la boca.

Después Ramos echa un vistazo a los cadáveres del suelo.

—Y tirad esta basura —ordena.

Adán Barrera oye el mensaje radiofónico de Parada.

La voz familiar del obispo se impone a la banda sonora de fondo de los gemidos rítmicos de Hidalgo.

Después atruena la amenaza de la excomunión.

—Mierda de superstición —dice Güero.

—Esto ha sido un error —dice Adán.

Una metedura de pata. Un grave error de cálculo. Los norteamericanos han reaccionado con mayor radicalidad de la que tenían, han ejercido su enorme presión política y económica sobre Ciudad de México. Los putos norteamericanos han cerrado la frontera, han dejado miles de camiones tirados en la carretera, su cargamento pudriéndose bajo el sol, con unos costes económicos enormes. Y los norteamericanos están amenazando con exigir la devolución de los préstamos, joder, a México con el FMI, lanzar una crisis económica que podría destruir literalmente el *peso*. De manera que hasta nuestros amigos sobornados de Ciudad de México se están volviendo contra nosotros, ¿y por qué no? El PJF, la DFS y el ejército están reaccionando a las amenazas norteamericanas, encierran a todos los miembros de los cárteles que encuentran, invaden casas y ranchos... Corren rumores de que un coronel de la DFS ha golpeado hasta la muerte a un sospechoso y disparó a otros tres, de manera que ya se han perdido cuatro vidas mexicanas por la de este norteamericano, pero da la impresión de que a nadie le importa, porque solo son mexicanos.

Así que el secuestro fue un craso error, agravado por el hecho de que, pese a todo el coste, aún no han descubierto la identidad del tal Mamada.

Está claro que el norteamericano no lo sabe.

Lo habría dicho. No habría podido soportar el tormento del hueso, los electrodos, la barra de hierro. Si lo hubiera sabido, lo habría confesado. Y ahora yace sin dejar de gemir en ese dormitorio convertido en cámara de tortura, y hasta el Doctor ha levantado las manos y ha anunciado que ya no puede hacer más, y los yanquis y sus *lambiosos* están siguiendo mi rastro, y hasta mi antiguo cura me está enviando al infierno.

«Liberad al hombre y volved con Dios. Su libertad es la vuestra» .

Tal vez, piensa Adán.

Puede que tengas razón.

Ernie Hidalgo existe ahora en un mundo bipolar.

Está el dolor, y la ausencia de dolor, y nada más.

Si la vida significa dolor, es mala.

Si la muerte significa ausencia de dolor, es buena.

Intenta morir. Le mantienen vivo con goteros salinos. Intenta dormir. Le mantienen despierto con inyecciones de lidocaína. Controlan su corazón, su pulso, su temperatura, con la intención de impedir que muera y ponga fin al dolor.

Siempre con las mismas preguntas: «¿Quién es Mamada?». «¿Qué te dijo?», «¿Qué nombres te dio?», «¿Quién es del gobierno?», «¿Quién es Mamada?».

Siempre las mismas respuestas: «No lo sé», «No me dijo nada que yo no le haya dicho», «Nadie», «No lo sé».

Seguidas de más dolor, de muchos cautelosos cuidados, y de más dolor.

Después una pregunta nueva.

De pronto una nueva pregunta y un nuevo mundo.

«¿Qué es Cerbero?». «¿Has oído hablar de Cerbero?». «¿Mamada te habló alguna vez de Cerbero?». «¿Qué te dijo?».

«No lo sé». «No, no he oído hablar de eso». «No, no me habló de eso». «No me dijo nada». «Lo juro por Dios». «Lo juro por Dios». «Lo juro por Dios».

«¿Y Art?». «¿Te habló alguna vez de Cerbero?». «¿Mencionó Cerbero en alguna ocasión?». «¿Le oíste hablar alguna vez con alguien acerca de Cerbero?».

«Cerbero, Cerbero, Cerbero...».

«Conoces la palabra, pues».

«No, lo juro por Dios. Lo juro por Dios. Que Dios me ayude. Que Dios me ayude. Por favor, Dios, ayúdame».

El Doctor abandona la habitación, le deja a solas con su dolor. Le deja preguntándose: ¿Dónde está Dios, dónde está Arthur? ¿Dónde está Jesús, la Virgen María y el Espíritu Santo? María, ten piedad de mí.

Cosa rara, la piedad llega en la forma del Doctor. Es Raúl quien lo sugiere.

—Mierda, esos gemidos me están volviendo loco —le dice al Doctor—. ¿No puedes hacerle callar?

—Podría darle algo.

—Dale algo —dice Adán.

Los gemidos también le están molestando. Y si piensan liberarle, tal como él desea, será mejor devolverlo en el mejor estado posible. Que no es muy bueno, pero mejor que muerto. Y a Adán se le ocurre la idea de devolver al policía y, a cambio, obtener lo que desean.

Ponerse en contacto de nuevo con Arturo.

—¿Heroína? —pregunta el Doctor.

—Tú eres el médico —dice Raúl.

Heroína, piensa Adán. Barro Mexicano cultivado en México. La ironía es fina.

—Dale un chute —le ordena al Doctor.

Ernie siente la aguja penetrar en su brazo. El pinchazo y la quemadura familiares, y después algo diferente: un bendito alivio.

La ausencia de dolor.

Ausencia tal vez no. Digamos alejamiento, como si flotara en un cúmulo sobre el dolor. El observado y el observador. El dolor todavía está presente, pero distante.

Eloi, Eloi, gracias.

Virgen María del Barro Mexicano.

Mmmmmmmmm...

Art está en la oficina con Ramos, examinando planos de Sinaloa y comparándolos con los informes de inteligencia sobre campos de marihuana y sobre Güero Méndez. Intentando estrechar el cerco. En la televisión, un funcionario de la oficina del fiscal general de México está anunciando con solemnidad:

—En México, la categoría de banda importante de drogas no existe.

—Podría trabajar para nosotros —dice Art.

Tal vez la categoría de banda importante de drogas no exista en México, piensa Art, pero sí que existe en Estados Unidos. En cuanto se enteraron de la desaparición de Ernie, Dantzler lanzó una doble redada.

Adán escapó por los pelos del piso franco de San Diego, pero el alijo fue épico.

En la costa Este acertó de nuevo y detuvo a un tal Jimmy «Big Peaches» Piccone, un capo de la familia Cimino. El FBI de Nueva York les pasó todas las fotos de la banda que obraban en su poder, y cuando Art les echa una ojeada ve algo que le hiela los huevos.

Es evidente que la foto está tomada ante el bar habitual de algún mafioso, y allí está el gordo Jimmy Piccone y su hermano pequeño, igualmente obeso, unos cuantos spaghetti más, y alguien de pie cerca.

Sal Scachi.

Art habla con Dantzler por teléfono.

—Sí, es Salvatore Scachi —le dice Dantzler—. Un miembro de la familia Cimino.

—¿En la banda de Piccone?

—Por lo visto, Scachi no es miembro de ninguna banda —dice Dantzler—. Es una especie de mafioso que va por libre. Está bajo las órdenes directas del mismísimo Calabrese. Y ojo al dato, Art: ese tipo fue coronel del ejército de Estados Unidos.

Maldita sea, piensa Art.

—Hay algo más, Art —dice Dantzer—. Este Piccone, Jimmy Peaches. El FBI tiene su teléfono intervenido desde hace meses. Habla por los codos. Ha estado largando sobre un montón de cosas.

—¿Coca?

—Sí —dice Dantzer—. Y armas. Parece que su banda se dedica a vender armas robadas.

Art está asimilando esta información cuando otra línea suena y Shag salta sobre ella.

—Art —dice después.

Art cuelga a Dantzer y se pone al otro teléfono.

—Tenemos que hablar —dice Adán.

—¿Cómo sé que lo tenéis?

—Dentro de su anillo de boda está grabada la frase *Eres toda mi vida*.

—¿Cómo sé que está vivo todavía?

—¿Quieres que le hagamos chillar un poco?

—¡No! —dice Art—. Dime dónde.

—La catedral —dice Adán—. El padre Juan garantizará la seguridad de ambos. Si veo a un solo poli, Art, será hombre muerto.

De fondo, además de los gemidos de Ernie, Art oye algo que le provoca, si es posible, más escalofríos todavía.

« ¿Qué sabes de Cerbero? » .

Art se arrodilla en el confesionario.....

La rejilla se desliza a un lado. Art no puede distinguir la cara que hay detrás de la rejilla, lo cual, supone, es fundamental en esta farsa sacrilega.

—Te lo advertimos una y otra vez —dice Adán—, y no nos hiciste caso.

—¿Está vivo?

—Está vivo —dice Adán—. Ahora te toca a ti mantenerle con vida.

—Si muere, te encontraré y te mataré.

—¿Quién es Mamada?

Art ya lo ha pensado todo. Si revela a Adán que Mamada no existe, le meterán una bala en la cabeza a Ernie al instante. Tiene que evitarlo.

—Entrégame antes a Hidalgo.

—Ni hablar.

—En ese caso, creo que no tenemos nada más que decir —dice Art, y su corazón casi se para.

Empieza a levantarse cuando le dice Adán:

—Tienes que darme algo, Art. Algo que pueda entregarles.

Art vuelve a arrodillarse. Perdóname, padre, porque estoy a punto de pecar.

—Cancelaré todas las operaciones contra la Federación —dice—.

Abandonaré el país, dimitiré de la DEA.

Porque, qué coño, es lo que todo el mundo quiere que haga, sus jefes, su gobierno, su propia esposa. Si puedo terminar con este círculo vicioso y estúpido a cambio de la vida de Ernie...

—¿Te irás de México? —pregunta Adán.

—Sí.

—¿Y dejarás en paz a nuestra familia?

Ahora que mi hija ha nacido tullida por tu culpa.

—Sí.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

—Lo juro por Dios.

—No me sirve.

No, claro.

—Aceptaré el dinero —dice Arthur—. Abre una cuenta a mi nombre, retiraré los fondos. Después libera a Ernie. Cuando aparezca, te diré la identidad de Mamada.

—Y te irás.

—Ni un segundo después de lo necesario, Adán.

Art espera una eternidad mientras Adán medita. Durante la espera, reza en silencio a Dios y al diablo para que acepte el trato.

—Cien mil —dice Adán—. Serán enviados por giro telegráfico a una cuenta numerada del First Georgetown Bank, Gran Caimán. Te telefonaré para darte las cifras. Retirarás setenta mil por giro telegráfico. En cuanto veamos la transacción, soltaremos a tu hombre. Saldrás de México en el vuelo siguiente. Y no vuelvas nunca, Art.

La ventana se cierra.

Las olas se alzan ominosamente, y después rompen contra su cuerpo.

Oleadas de dolor cada vez más grandes.

Ernie quiere más drogas.

Oye que la puerta se abre.

¿Vienen con más drogas?

¿O más dolor?

Güero mira al poli norteamericano. Las decenas de pinchazos, donde introdujeron el punzón para el hielo, están cubiertas de pus e infectadas. Tiene la cara amoratada e hinchada debido a las palizas. Las muñecas, los pies y los genitales están quemados a causa de los electrodos, y el culo... El hedor es horrendo: las heridas infectadas, el pis, la mierda, el sudor acre.

Lávale, había ordenado Adán. ¿Quién es Adán Barrera para dar órdenes? Yo ya mataba hombres cuando él todavía vendía tejanos a quinceañeros. Y ahora

vuelve diciendo que ha llegado a un acuerdo (sin el permiso ni el conocimiento de M-1) para liberar a este hombre, ¿a cambio de qué? ¿Promesas vacías de otro poli norteamericano? ¿Quién va a cumplirlas, después de ver a su camarada torturado y mutilado?, se pregunta Güero. ¿A quién piensa tomar el pelo Adán? Hidalgo tendrá suerte si sobrevive al viaje en coche. Aun así, lo más probable es que pierda las piernas, tal vez los brazos. ¿Qué clase de paz cree Adán que comprará con este montón de carne ensangrentado, hediondo y podrido?

—Vamos a llevarte a casa —dice después de acuclillarse junto a Hidalgo.

—¿A casa?

—Sí —dice Güero—, ya puedes irte a casa. Duerme. Cuando despiertes, estarás en casa.

Clava la aguja en la vena de Ernie y empuja el émbolo. El Barro Mexicano tarda solo un segundo en surtir efecto. El cuerpo de Ernie se agita y sus piernas patean. Dicen que un chute de heroína es como besar a Dios.

Art contempla el cadáver desnudo de Ernie.

En posición fetal dentro de una sábana de plástico negro, tirado en la cuneta de una carretera de tierra de Badiraguato. Las costras de sangre ennegrecida resaltan contra el brillante plástico negro. Aún lleva puesta la venda negra. Por lo demás, está desnudo, y Art puede ver las heridas abiertas, por donde le introdujeron el punzón para el hielo y le rasparon los huesos, las quemaduras de los electrodos, las señales de violación anal, las marcas de agujas de las inyecciones de lidocaína y heroína en los brazos.

¿Qué he hecho?, se pregunta Art. ¿Por qué otra persona ha tenido que pagar por mi obsesión?

Lo siento, Ernie. Lo siento muchísimo.

Y lo van a pagar muy caro, que Dios me ayude.

Hay polis (*federales* y policías del estado de Sinaloa) por todas partes. La policía estatal fue la primera en llegar y sabotó el lugar del crimen, borró las huellas de los neumáticos, las pisadas, las huellas dactilares, cualquier prueba que pudiera relacionar a alguien con el crimen. Ahora los *federales* han asumido el control y recorren el lugar de una punta a otra, para asegurarse de que no queda ninguna prueba.

El *comandante* se acerca a Art.

—No se preocupe, señor —dice—, no descansaremos hasta encontrar al que lo hizo.

—Sabemos quién lo hizo —contesta Art—. Miguel Ángel Barrera.

Shag Wallace pierde los estribos.

—¡Maldita sea, si tres de sus jodidos tíos le raptaron!

Art lo separa. Le retiene contra el coche, cuando un jeep aparece a toda

velocidad, Ramos salta de él y corre hacia Art.

—Le hemos encontrado —dice Ramos.

—¿A quién?

—A Barrera —dice Ramos—. Tenemos que irnos ya.

—¿Dónde está?

—En El Salvador.

—¿Cómo...?

—Por lo visto, la novieta de M-1 añora su hogar —dice Ramos—. Ha llamado a sus papás.

El Salvador Febrero de 1985

El Salvador es un pequeño país del tamaño de Massachusetts, situado en la costa del Pacífico del istmo de América Central. Art sabe que no es una república bananera como su vecina del este, Honduras, sino una república cafetera, cuyos trabajadores tienen tal fama de laboriosidad que los llaman los «alemanes de América Central».

Tanto trabajar no les ha servido de mucho. Las llamadas Cuarenta Familias, un dos por ciento de la población de tres millones y medio de habitantes, siempre han estado en posesión de casi toda la tierra fértil, sobre todo en forma de grandes plantaciones de café. Cuanta más tierra se dedicaba a cultivar café, menos tierra se dedicaba al cultivo de alimentos, y a mediados del siglo XIX casi todos los *campesinos* de El Salvador se morían de hambre.

Art contempla la campiña verde. Desde el aire se ve plácida y hermosa, pero sabe que es un campo de muerte.

Las matanzas empezaron en la década de 1980, cuando los *campesinos* empezaron a engrosar las filas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), o de los sindicatos obreros, mientras estudiantes y sacerdotes se erigían en líderes del movimiento a favor de la reforma de la tierra y el trabajo. Las Cuarenta Familias respondieron formando una milicia de extrema derecha llamada ORDEN, y la orden que habían recibido era la orden de siempre.

ORDEN, casi todos sus miembros oficiales en activo del ejército salvadoreño, puso manos a la obra. *Campesinos*, obreros, estudiantes y sacerdotes empezaron a desaparecer, y sus cuerpos aparecían en carreteras secundarias, o sus cabezas en los patios de recreo de los colegios, a modo de ejemplo.

Estados Unidos, emperrado en proseguir la guerra fría, intervino. Muchos oficiales de ORDEN fueron entrenados en la U.S. School of the Americas. Para

cazar guerrilleros del FMLN y agricultores, estudiantes y sacerdotes, el ejército salvadoreño contaba con la ayuda de helicópteros Bell, aviones de transporte C-47, rifles M-16 y ametralladoras M-60, donadas por los estadounidenses. Mataron a muchos guerrilleros, pero también a centenares de estudiantes, profesores, obreros y sacerdotes.

Los del FMLN no eran precisamente ángeles, piensa Art. Cometían asesinatos y se financiaban gracias a secuestros. Pero sus esfuerzos palidecían en comparación con el ejército salvadoreño, bien organizado y financiado, y su doble, ORDEN.

Setenta y cinco mil muertos, piensa Art, mientras el avión aterriza en un país que se ha convertido en su propia fosa común. Un millón de refugiados, otro millón sin hogar. De una población de apenas cinco millones y medio de habitantes.

El vestíbulo del Sheraton está limpio y reluciente.

Los elegantes y ricachones se relajan en el salón con aire acondicionado, o se sientan en el fresco y oscuro bar. Todo el mundo va vestido impolutamente con los trajes y chaquetas blancas de los trópicos.

Todo es tan agradable, piensa Art. Y tan norteamericano...

Hay norteamericanos por todas partes, que beben cerveza en el bar, sorben Coca-Cola en la cafetería, y la mayoría son asesores militares. Van vestidos de civil, pero el porte militar es inconfundible, el pelo al uno, los polos de manga corta, los tejanos sobre zapatillas de tenis o las lustradas botas marrones proporcionadas por el ejército.

Desde que los sandinistas tomaron el control de Nicaragua, al sur, El Salvador se ha convertido en el gueto militar norteamericano. En teoría, los estadounidenses han venido para asesorar al ejército salvadoreño en su guerra contra el FMLN, pero también para asegurarse de que El Salvador no se convierta en la siguiente pieza de dominó que caiga en América Central. De manera que ya tenemos a soldados norteamericanos asesorando a los salvadoreños, y a soldados norteamericanos asesorando a la Contra, y después están los secretas.

Los tipos de la Compañía destacan tanto como los soldados de permiso. Para empezar, visten mejor, trajes a medida, camisas abiertas en el cuello y sin corbata, en lugar de la ropa deportiva que llegó al economato de la base. Lucen el pelo con estilo, incluso un poco largo, a la moda latinoamericana, y sus zapatos son Churchill y Bancroft caros. Si ves a un secreta con zapatillas de tenis, piensa Art, es que va a jugar al tenis.

Así que están los soldados y los secretas, y también los tipos de la embajada, que pueden ser una u otra cosa, o ninguna de las dos. Son los diplomáticos reales

y los funcionarios del consulado los que se encargan de los asuntos mundanos de visados, pasaportes extraviados y chicos retrohippies norteamericanos detenidos por vagancia y/o consumo de drogas. Después están los agregados culturales, las secretarías y las mecanógrafas. Y después están los agregados militares, muy parecidos a los asesores militares, salvo por el hecho de que visten mejor. Y después están los empleados de la embajada, que portan descripciones de empleo ficticias como transparentes velos de decencia, y que en realidad son espías. Se sientan en la embajada y controlan emisiones radiofónicas de Managua, con los oídos alerta para captar un acento cubano, o, aún mejor, ruso. O trabajan « la calle », como dicen ellos, se citan con sus fuentes en lugares como el bar del Sheraton, con la intención de averiguar qué coronel se cotiza al alza, qué coronel se cotiza a la baja, cuál podría estar planeando el próximo golpe de Estado, y si sería bueno o malo.

Así que tienes a los soldados, a los espías, a los tipos de la embajada y a los espías de la embajada, y por último a los hombres de negocios.

Compradores de café, compradores de algodón, compradores de azúcar.

Los compradores de café parecen del país. No es de extrañar, piensa Art. Sus familias han estado aquí durante generaciones. Da la impresión de que son los propietarios del hotel: este es su bar, suyo y de los cultivadores salvadoreños con los que están comiendo en el amplio patio. Los compradores de algodón y azúcar parecen ejecutivos norteamericanos más clásicos (se trata de una cosecha reciente en el paisaje salvadoreño), y los compradores norteamericanos aún tienen que adaptarse al entorno. Parecen incómodos, incompletos sin sus corbatas.

Así que tenemos un montón de norteamericanos, y un montón de salvadoreños ricos, y los otros salvadoreños que se ven son empleados del hotel o policías de la secreta.

Policía secreta, piensa Art. Eso sí que es un oxímoron. Lo único secreto de la policía secreta es cómo consigue destacar tanto. Art se para en el vestíbulo y los distingue como bombillas en un árbol de Navidad. Es sencillo: sus trajes baratos son imitaciones malas de los costosos trajes hechos a medida de la clase dirigente. Y si bien intentan parecer ejecutivos, tienen la tez morena y curtida por la intemperie. Ningún *ladino* de las Cuarenta Familias va a engrosar las filas de la policía, secreta o no, así que estos chicos, destinados a vigilar las idas y venidas en el Sheraton, aún parecen granjeros que van a la ciudad a la boda de un primo.

Pero, como bien sabe Art, el papel de un policía de la secreta en una sociedad como esta no consiste en pasar desapercibido, sino en ser visto. Llamar la atención. Informar a todo el mundo de que el Gran Hermano está vigilando.

Y tomar notas.

Ramos localiza al policía que anda buscando. Se retiran a una habitación y empiezan las negociaciones. Una hora después, Art y él se dirigen hacia el

complejo residencial donde Tío está escondido con su Lolita.

Salir de San Salvador es un recorrido largo, aterrador y triste. El Salvador posee la mayor densidad de población de América Central, que aumenta cada día que pasa, como puede comprobar Art por todas partes. Pequeñas aldeas de chabolas parecen ocupar todos los ensanchamientos de la carretera: casetas improvisadas con bidones hechas de cartón, hojalata ondulada, madera contrachapada o simple maleza cortada ofrecen de todo a gente que no tiene nada o casi nada con que comprar. Sus propietarios corren hacia el jeep cuando ven al *gringo* en el asiento delantero. Los niños se apelotonan contra el jeep, piden dinero, comida, lo que sea.

Art sigue conduciendo.

Tiene que llegar al complejo antes de que Tío desaparezca de nuevo.

En El Salvador siempre hay gente que desaparece.

A veces, a razón de doscientas personas por semana. Secuestradas por escuadrones de la muerte de extrema derecha, y después desaparecidas. Y si alguien hace demasiadas preguntas al respecto, también desaparece.

Todos los suburbios del Tercer Mundo son iguales, piensa Art: el mismo barro o polvo, según cual sea la estación y el clima, el mismo olor a cocinas económicas y alcantarillas abiertas, el mismo espectáculo monótono y desgarrador de niños desnutridos con barrigas hinchadas y grandes ojos.

No es Guadalajara, donde una clase media numerosa y próspera suaviza la diferencia entre ricos y pobres. En San Salvador no, piensa, donde los suburbios de chabolas se apretujan contra rascacielos centelleantes, como las cabañas de paja de los campesinos medievales que se apretujaban contra los muros de los castillos. Solo que estos muros están patrullados por guardias de seguridad privados, que portan rifles automáticos y metralletas. Y por la noche, los guardias salen de los muros del castillo y pasean entre las aldeas (utilizan jeeps en lugar de caballos), matan a los campesinos, abandonan sus cuerpos en las encrucijadas y en mitad de las plazas de los pueblos, asesinan y violan a mujeres, y ejecutan a niños delante de sus padres.

Para que los supervivientes sepan cuál es su lugar.

Es un campo de exterminio, piensa Art.

El Salvador.

Menudo Salvador, vaya mierda.

El complejo residencial se halla en un bosquecillo de palmeras, a unos cien metros de la playa.

Un muro de piedra coronado por alambre de espino rodea la casa principal, el garaje y las dependencias del servicio. Un portal de madera gruesa y la caseta de un guardia separan el camino de acceso de la carretera privada.

Art y Ramos se agachan detrás del muro, a treinta metros del portal.

Se esconden de la luna llena.

Una decena de comandos salvadoreños se hallan apostados a intervalos alrededor del perímetro del muro.

Han hecho falta frenéticas horas de negociaciones para conseguir la cooperación salvadoreña, pero se ha llegado a un trato: pueden entrar y detener a Barrera, conducirlo a la embajada norteamericana, llevarle en un avión del Departamento de Estado a Nueva Orleans, y acusarle allí de asesinato en primer grado y conspiración para distribuir narcóticos.

Para ello, han sacado de la cama a un acobardado agente de bienes raíces y lo han conducido a su despacho, donde proporciona al comando un diagrama del complejo. Mantiene incomunicado al nervioso hombre hasta que la operación haya terminado. Art y Ramos examinan el diagrama y trazan un plan operativo. Pero hay que hacerlo deprisa, antes de que los protectores de Barrera en el gobierno mexicano se enteren e intervengan. Hay que hacerlo limpiamente, nada de ruido, nada de escándalos y ninguna baja salvadoreña.

Art consulta su reloj: las cuatro y cincuenta y siete minutos de la mañana.

Faltan tres minutos para la hora H.

Una brisa transporta el aroma de los jacarandás desde el complejo, y Art recuerda Guadalajara. Ve las copas de los árboles alzarse sobre el muro, las hojas púrpura que lanzan destellos plateados bajo la luz de la luna. Al otro lado oye cómo las olas lamen la playa.

El paisaje idílico de los amantes, piensa.

Un jardín perfumado.

El paraíso.

Bien, esperemos que el paraíso se pierda de una vez por todas, piensa. Esperemos que Tío esté dormido como un tronco, sumido en un sopor poscoital del que pueda ser despertado con rudeza. Art recrea una imagen vulgar de Tío, arrastrado con el culo al aire hasta la furgoneta que espera. Cuanta más humillación, mejor.

Oye pasos, y ve que uno de los guardias de seguridad del complejo se dirige hacia él, baña el muro con la luz de su linterna, en busca de rateros furtivos. Art pega su cuerpo al muro.

El rayo de luz le da de lleno en los ojos.

El guardia baja la mano hacia la funda de la pistola, pero una serpiente de tela rodea su cuello y Ramos le levanta del suelo. Los ojos del guardia se salen de sus órbitas, la lengua asoma de su boca, y después Ramos deja caer al hombre inconsciente al suelo.

—Se pondrá bien —dice.

Gracias a Dios, piensa Art, porque un civil muerto jodería el trato, cogido con alfileres. Consulta su reloj cuando dan las cinco; el comando debe ser de primer

orden, porque en aquel preciso segundo Art oye un estallido sordo cuando una carga explosiva vuela el portal del muro.

Ramos mira a Art.

—Su pistola.

—¿Qué?

—Es mejor que lleve la pistola en la mano.

Art hasta ha olvidado que llevaba una. La desenfunda y corre detrás de Ramos, atraviesa la puerta volada y entra en el jardín. Deja atrás las dependencias del servicio, donde los aterrados trabajadores están tendidos en el suelo, apuntados con un M-16 por uno de los comandos. Mientras Art corre hacia la casa principal intenta recordar el diagrama, pero la descarga de adrenalina ha borrado su memoria, y entonces piensa: A la mierda, y sigue a Ramos, que corre con agilidad delante de él, con Esposa balanceándose en su cadera.

Art mira hacia lo alto del muro, donde tiradores vestidos de negro están apostados como cuervos, con los rifles apuntados a los terrenos del complejo, preparados para abatir a cualquiera que intente huir. Entonces, de repente, se encuentra delante de la casa principal, Ramos le agarra y le empuja al suelo cuando se oye otra explosión y el sonido de la madera al astillarse, en el momento en que la puerta principal salta por los aires.

Ramos vacía medio cargador en el hueco.

Después entra.

Art le sigue.

Intenta recordar: El dormitorio, ¿dónde está el dormitorio?

Pilar se incorpora y grita cuando irrumpen por la puerta.

Se tapa los pechos con la sábana y vuelve a gritar.

Tío (Art no da crédito a sus ojos, todo es demasiado surrealista) está escondido debajo de las sábanas. Se ha tapado la cabeza como un niño pequeño, como pensando: « Si no puedo verlos, ellos no pueden verme a mí », pero Art sí que le ve. Art es todo adrenalina. Tira de las sábanas, le levanta como si fuera unas pesas y le arroja de bruces sobre el suelo de parquet.

Tío no está con el culo al aire, sino que lleva unos pantalones cortos negros de seda, y Art siente que se deslizan a lo largo de su pierna cuando planta la rodilla en la región lumbar de Tío, agarra su barbilla y le levanta la cabeza lo suficiente para que su cuello amenace con partirse, y después apoya el cañón de la pistola en su sien derecha.

—¡No le haga daño! —grita Pilar—. ¡Yo no quería que le hicieran daño!

Tío libera la barbilla de la presa de Art y tuerce el cuello para mirar a la chica. La única palabra que pronuncia destila odio en estado puro.

—*Chcho.*

La chica palidece, con expresión aterrorizada.

Art empuja la cara de Tío contra el suelo. La sangre de la nariz rota de Tío se vierte sobre la madera pulida.

—Vamos, tenemos que darnos prisa —dice Ramos.

Art saca las esposas del cinturón.

—No le esposes —dice Ramos, sin disimular la irritación de su voz.

Art parpadea.

Entonces comprende: no se dispara contra un hombre que intenta escapar si va esposado.

—¿Quieres liquidarle aquí o fuera? —pregunta Ramos.

Eso es lo que espera que haga, piensa Art, disparar contra Barrera. Cree que insistió en sumarme a la incursión, para poder hacer eso. La cabeza le da vueltas cuando cae en la cuenta de que tal vez todo el mundo espera que haga eso. Todos los tíos de la DEA, Shag, sobre todo Shag, esperan que se ciña al viejo código de que a un asesino de polis no le llevas de vuelta a casa, un asesino de polis siempre muere al intentar escapar.

Joder, ¿de veras esperan eso?

Tío sí, desde luego.

—*Me maravilla que todavía esté vivo* —dice serena, suave, burlesco.

Bien, no te asombres tanto, piensa Art mientras amartilla el revólver.

—*Date prisa* —dice Ramos.

Art le mira. Ramos está encendiendo un puro. Dos comandos le están mirando, impacientes, mientras se preguntan por qué el *gringo* blando no ha hecho aún lo que debería hacer.

De modo que todo el plan de conducir a Tío a la embajada era una farsa, piensa Art. Una farsa para contentar a los diplomáticos.

Puedo apretar el gatillo, y todo el mundo jurará que Barrera se resistió a la detención. Sacó una pistola. Tuve que dispararle. Además, nadie va a examinar con mucha atención el informe del forense.

—*Date prisa*.

Solo que esta vez es Tío quien lo ha dicho, en tono irritado, casi aburrido.

—*Date prisa, sobrino*.

Art le agarra del pelo y tira de su cabeza hacia arriba.

Art recuerda el cuerpo mutilado de Ernie arrojado en la cuneta, exhibiendo las señales de su tortura.

Acerca la boca al oído de Tío.

—*Vete al infierno, Tío* —susurra.

—Nos encontraremos allí —contesta Tío—. Tendrías que haber sido tú, Arturo, pero les convencí de que fueran a por Hidalgo, en recuerdo de los viejos tiempos. Al contrario que tú, yo respeto las relaciones. Ernie Hidalgo murió por ti. Ahora, hazlo de una vez. Pórtate como un hombre.

Art aprieta el gatillo. Es difícil, exige más presión de la que recordaba.

Tío le sonríe.

Art siente la presencia del mal en estado puro.

El poder del perro.

Pone en pie a Tío.

Barrera le sonríe con absoluto desprecio.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ramos.

—Lo que habíamos planeado. —Guarda la pistola en la funda, y después esposa las manos de Tío a su espalda—. Vámonos.

—Lo haré y o —dice Ramos—. Si eres tan escrupuloso.

—No lo soy —replica Art—. *Vámonos*.

Uno de los comandos se dispone a cubrir la cabeza de Tío con una capucha. Art le detiene, y después mira a Tío a la cara.

—Inyección letal o cámara de gas, Tío. Ponte a pensar en ello.

Tío se limita a sonreír.

A sonreírle a él.

—Ponedle la capucha —ordena Art.

El comando cubre la cabeza de Tío y ciñe la capucha. Art le agarra por los brazos inmovilizados y le conduce fuera.

A través del jardín perfumado.

Donde, piensa Art, los jacarandás nunca han olido tan bien. Un aroma dulce y empalagoso, piensa Art, como el incienso que recuerda de la iglesia cuando era pequeño. La primera fragancia era agradable. A la siguiente, se te revolvía el estómago.

Así se siente ahora mientras avanza con Tío a través del complejo en dirección a la furgoneta que espera en la calle, solo que la furgoneta ya no espera, y unos veinte rifles le están apuntando.

A Tío no.

A Art Keller.

Son soldados salvadoreños del ejército regular, y les acompaña un yanqui vestido de civil, con relucientes zapatos negros.

Sal Scachi.

—Keller, te dije que la siguiente vez me limitaría a disparar.

Art pasea la vista a su alrededor y ve tiradores subidos a los muros.

—Había pequeñas diferencias de opinión en el seno del gobierno salvadoreño —dice Scachi—. Nosotros las solventamos. Lo siento, muchacho, pero no podemos permitir que te lo lleves.

Mientras Art se pregunta a quiénes se refiere el plural, Scachi hace una señal y dos soldados salvadoreños quitan la capucha de la cabeza de Tío. No me extraña que estuviera tan sonriente, piensa Art. Sabía que la caballería no estaba muy lejos.

Otros soldados sacan a Pilar. Ahora lleva un *negligé* que resalta más que esconde, y los soldados la miran con desdén.

—Lo siento —dice entre sollozos, cuando pasa al lado de Tío.

Tío le escupe en la cara. Los soldados le sujetan las manos a la espalda y no puede secarse, de modo que la saliva resbala sobre su mejilla.

—No olvidaré esto —dice Tío.

Los soldados conducen a Pilar hasta una furgoneta que espera.

Tío se vuelve hacia Art.

—Tampoco me olvidaré de ti.

—Vale, vale —dice Scachi—. Nadie se va a olvidar de nadie. Don Miguel, póngase ropa de verdad y vayámonos. En cuanto a ti, Keller, y tú, Ramos, a la policía local le gustaría meteros en la cárcel, pero les hemos convencido de las ventajas de deportaros. Unos aviones militares están esperando. Así que, si la fiestecita ha terminado...

—Cerberero —dice Art.

Scachi le agarra y se lo lleva aparte.

—¿Qué cojones has dicho?

—Cerberero —contesta Art. Cree que ya lo ha comprendido todo—. ¿Aeropuerto de Ilopongo, Sal? ¿Hangar Cuatro?

Scachi lo mira fijamente, y luego dice:

—Keller, acabas de ganarte un puesto en el Salón de la Fama de los Capullos.

Cinco minutos después, Art se encuentra en el asiento delantero de un jeep.

—Juro por Dios que, si de mí dependiera —dice Scachi mientras conduce—, te metería una bala en la nuca ahora mismo.

Ilopongo es un campo de aviación muy ajetreado. Aviones militares, helicópteros y aviones de transporte por todas partes, junto con el personal de mantenimiento.

Sal dirige el jeep hacia una serie de hangares tipo Quonset, con números delante que van del 1 al 10. La puerta del Hangar 4 se abre y Sal entra.

La puerta se cierra a sus espaldas.

Hay mucha actividad en el hangar. Una veintena de hombres, algunos en traje de faena, otros con uniforme de camuflaje, todos armados, están descargando un avión de SETCO. Tres hombres más están hablando, algo apartados. Por experiencia, Art sabe que, cuando ves a un grupo de hombres trabajando y a otros hablando, los que mandan son los que hablan.

Reconoce una de las caras.

David Núñez, socio de Ramón Mette en SETCO, expatriado cubano, veterano de la Operación 40.

Núñez interrumpe la conversación y se acerca al punto donde están

amontonando las cajas. Vocifera una orden y uno de los obreros abre una caja. Art ve que Núñez levanta un lanzagranadas como si fuera un ídolo religioso. Los hombres amargados manipulan las armas de una forma diferente al resto de nosotros, piensa. Parece que las armas estén conectadas con ellos de una forma visceral, como si un cable corriera desde el gatillo hasta sus corazones, pasando por la polla. Y Núñez tiene esa expresión en la cara: está enamorado del arma. Dejó sus huevos y su corazón en la playa de la bahía de Cochinos, y el arma representa su esperanza de desquitarse.

Es la vieja conexión de la droga Cuba-Miami-Mafia, comprende Art, activada de nuevo, que transporta coca en avión desde Colombia a América Central, luego a México, y desde allí a los traficantes de la mafia de Estados Unidos. Y la mafia paga en armamento, que va a parar a la Contra.

El Trampolín Mexicano.

Sal salta del jeep y se acerca a un joven norteamericano que debe de ser un oficial militar de paisano.

Conozco a este tipo, piensa Art. Pero ¿de qué? ¿Quién es?

Entonces recupera la memoria. Mierda, yo debería conocer a este tío. Preparé emboscadas nocturnas con él en Vietnam, Operación Fénix. ¿Cómo coño se llama? Entonces estaba en las Fuerzas Especiales, era capitán... Ya está, Craig. Scott Craig.

Mierda, Hobbs ha reunido aquí al antiguo equipo.

Art ve que Scachi y Craig hablan y le señalan. Sonríe y saluda. Craig se pone a hablar por la radio. Detrás de él, Art ve paquetes de cocaína amontonados hasta el techo.

Scachi y Craig se acercan a él.

—¿Esto es lo que querías ver, Art? —pregunta Scachi—. ¿Ya estás contento?

—Sí, no quepo en mí de gozo.

—No deberías tomártelo a broma —dice Scachi.

Craig le fulmina con la mirada.

No le sale bien. Parece un boy scout, piensa Art. Cara de niño, pelo corto, aspecto pulcro. Un Eagle Scout que cambia drogas por armas.

—La pregunta es —dice Craig a Art—, ¿vas a jugar en el equipo?

Bien, sería la primera vez, ¿no?, piensa Art.

Por lo visto, Scachi está pensando lo mismo.

—Keller tiene fama de vaquero —dice—. En la pradera solitaria...

—Mal sitio —dice Craig.

—Una tumba poco profunda y solitaria —añade Scachi.

—He dejado un informe completo de todo lo que sé en una caja de seguridad —miente Art—. Si me pasa algo, irá a parar al *Washington Post*.

—Te estás echando un farol, Art —dice Scachi.

—¿Quieres averiguarlo?

Scachi se aleja y habla por radio. Vuelve al poco y da una orden a gritos.

—Tápale la cabeza a este hijoputa.

Art sabe que está en la parte trasera de un coche, tal vez un jeep, a juzgar por los saltos. Sabe que se está moviendo. Sabe que, sea cual sea el lugar al que le llevan, está muy lejos, porque tiene la sensación de llevar horas viajando. Eso es lo que cree, pero en realidad no lo sabe porque no puede consultar su reloj, ni ver nada, y ahora comprende el terrorífico efecto desorientador de ir encapuchado. La sensación de no ser capaz de ver, pero sí de oír, y de que cada sonido es un estímulo que desata pensamientos cada vez más terroríficos.

El jeep se detiene y Art espera oír el chirrido metálico del cerrojo de un rifle, o el chasquido del percutor de una pistola, o, peor aún, el silbido de un machete que corta el aire y después...

Nota que han cambiado la marcha y el jeep salta hacia delante, y ahora se pone a temblar. Sus piernas se agitan de manera incontrolable y no puede dominarlas, ni tampoco impedir que su mente evoque imágenes del cuerpo torturado de Ernie. No puede reprimir el pensamiento: No permitas que me hagan lo que le hicieron a Ernie, ni su lógico corolario, mejor él que yo.

Se siente avergonzado, miserable, cuando en su mente vislumbra que, enfrentado a la terrible realidad, preferiría que se lo hicieran a otro. De haber podido, no habría ocupado el lugar de Ernie.

Intenta recordar el Acto de Contrición, lo que las monjas le enseñaron en primaria: si estás a punto de morir y no hay ningún sacerdote que pueda darte la absolución, si rezas un Acto de Contrición sincero podrás ir al cielo. De eso se acuerda. Lo que no puede recordar es la maldita oración.

El jeep para.

El motor se apaga.

Unas manos agarran a Art por encima de los codos y lo sacan del jeep. Nota hojas bajo los pies. Trepieza con una enredadera, pero los brazos no le dejan caer. Se da cuenta de que lo conducen hacia la selva. Después, las manos le empujan y cae de rodillas. No hace falta mucha fuerza. Nota las piernas como si fueran de agua.

—Quitadle la capucha.

Art conoce la voz que da la orden. John Hobbs, el jefe de sección de la CIA.

Están en una especie de base militar, un campo de entrenamiento, a juzgar por su aspecto, en el interior de la selva. A su derecha, jóvenes soldados con uniforme de camuflaje están enzarzados en una carrera de obstáculos... con notable torpeza. A su izquierda ve un pequeño campo de aviación que ha sido

practicado en la selva. Justo enfrente, aparece la cara pequeña y pulcra de Hobbs, el espeso pelo blanco, los brillantes ojos azules, la sonrisa desdeñosa.

—Y quitadle las esposas.

Art siente que sus muñecas recuperan la circulación. Después, la sensación de hormigueo. Hobbs le indica con un ademán que le siga y entran en una tienda de campaña, que alberga un par de sillas de lona, una mesa y un catre.

—Siéntate, Arthur.

—Me gustaría quedarme de pie un rato.

Hobbs se encoge de hombros.

—Arthur, tienes que comprender que si no fueras de la « familia », ya te habríamos liquidado. Bien, ¿qué es esa tontería de una caja de seguridad?

Ahora Art sabe que tenía razón, que su último intento de sobrevivir había dado en el blanco. Si la descarga de cocaína en el Hangar 4 hubiera sido obra de renegados, le habrían apiolado en la carretera. Repite la amenaza que dirigió a Sachi.

Hobbs le mira fijamente.

—¿Qué sabes acerca de Niebla Roja? —pregunta.

¿Qué coño es Niebla Roja?, se pregunta Art.

—Escucha —contesta—, yo solo sé lo de Cerbero. Y lo que sé es suficiente para hundiros.

—Estoy de acuerdo con tu análisis —dice Hobbs—. Bien, ¿en qué situación nos deja eso?

—Cada uno con las mandíbulas cerradas sobre la garganta del otro —dice Art—. Y ninguno de los dos puede aflojar la presa.

—Vamos a dar un paseo.

Atraviesan el campamento, dejan atrás la carrera de obstáculos, el campo de tiro, los claros de la selva donde soldados vestidos con uniforme de camuflaje están sentados en el suelo, mientras los instructores les enseñan tácticas de emboscada.

—Miguel Ángel Barrera pagó todo lo que hay en el campamento de entrenamiento —explica Hobbs.

—Jesús.

—Barrera comprende.

—Comprende, ¿qué?

Hobbs sube por una empinada senda hasta lo alto de una colina. Hobbs señala por encima de la inmensa selva que se extiende ante ellos.

—¿Qué crees que es esto? —pregunta.

Art se encoge de hombros.

—Una selva tropical.

—A mí me parece la nariz de un camello —contesta Hobbs—. Ya conoces el viejo proverbio árabe: en cuanto el camello mete la nariz dentro de la tienda, el

camello está dentro de la tienda. Nicaragua está ahí abajo, la nariz del camello comunista en la tienda del istmo de Centroamérica. No es una isla como Cuba, que podemos aislar con nuestra armada, sino parte del continente americano. ¿Cómo estás en geografía?

—Pasable.

—Entonces ya sabrás que la frontera sur de Nicaragua, la que estamos mirando ahora, se halla apenas a cuatrocientos cincuenta kilómetros del canal de Panamá. Comparte la frontera del norte con una inestable Honduras y un El Salvador aún menos estable, los cuales están luchando contra la insurgencia comunista. Y también Guatemala, que sería la siguiente pieza del dominó en caer. Si estás puesto en geografía, sabrás que entre Guatemala y los estados del sur de México, Yucatán, Quintana Roo y Chiapas, solo hay selva tropical y selva montañosa. Esos estados son rurales y pobres en su mayor parte, habitados por campesinos sin tierras, víctimas perfectas de la insurgencia comunista. ¿Qué pasaría si México cayera en poder de los comunistas, Arthur? Cuba ya es bastante peligrosa... Imagina una frontera de tres mil kilómetros con un país satélite de los comunistas. Imagina bases de misiles soviéticos en Jalisco, Durango, Baja.

—¿Qué pasaría? ¿Se apoderarían de Texas a continuación?

—No, de la Europa occidental —dice Hobbs—, porque saben, y es cierto, que ni siquiera Estados Unidos posee los recursos militares o económicos suficientes para defender una frontera de tres mil kilómetros con México y el desfiladero de Fulda al mismo tiempo.

—Estáis locos.

—¿De veras? —pregunta Hobbs—. Los nicaragüenses ya están pasando armas a través de la frontera para el FMLN de El Salvador. Pero no hace falta que vayamos tan lejos. Piensa únicamente en Nicaragua, un Estado satélite de los soviéticos montado a horcajadas sobre Centroamérica. Imagina submarinos soviéticos con base en la orilla del Pacífico desde el golfo de Fonseca, o en la orilla del Atlántico, siguiendo el golfo de México. Podrían convertir el Golfo y el Caribe en un lago soviético. Piensa en esto: si ya nos costó detectar silos de misiles en Cuba, intenta detectarlos en estas montañas, en la cordillera Isabelia. Misiles de alcance medio podrían llegar a Miami, Nueva Orleans o Houston, y nos quedaría muy poco tiempo para reaccionar. No quiero ni hablar de la amenaza de los misiles lanzados desde submarinos en el Golfo o el Caribe. No podemos permitir que Nicaragua sea un Estado satélite soviético. Así de sencillo. La Contra arde en deseos de ocuparse de la labor. ¿O prefieres ver a chicos norteamericanos combatiendo y muriendo en esa selva, Arthur? Tú eliges.

—¿Quieres que elija entre la Contra que trafica con droga, los terroristas cubanos y los escuadrones de la muerte salvadoreños que asesinan mujeres, niños, curas y monjas?

—Son brutales, malvados y crueles —dice Hobbs—. Solo superados por los comunistas. Echa un vistazo al globo —continúa Hobbs—. Salimos corriendo de Vietnam, y los comunistas aprendieron la lección. Conquistaron Camboya en un abrir y cerrar de ojos. Nosotros no hicimos nada. Invadieron Afganistán, y no hicimos nada, salvo prohibir que unos deportistas participaran en unas carreras. Así que, después de Afganistán, siguen Pakistán y la India. Y después, se acabó, Arthur: toda Asia se tiñe de rojo. Tienes estados satélites soviéticos en Mozambique, Angola, Etiopía, Irak y Siria. Y nosotros no hacemos nada de nada, así que piensan: «Estupendo, vamos a ver si no hacen nada en Centroamérica». Se apoderan de Nicaragua, ¿y cómo reaccionamos? La Enmienda Boland.

—Es la ley.

—Es un suicidio —dice Hobbs—. Solo un idiota o el Congreso serían capaces de cometer la locura de permitir que un títere soviético se enquistara en el corazón de Centroamérica. Es imposible describir semejante estupidez. Teníamos que hacer algo, Arthur.

—De modo que la CIA asume la responsabilidad de...

—La CIA no asumió ninguna responsabilidad —dice Hobbs—. Es lo que intento explicarte, Arthur. Cerbero emana de la más alta autoridad del país.

—Ronald Reagan...

—... es Churchill. En un momento crítico de la historia, ha visto la luz y ha decidido actuar.

—¿Me estás diciendo...?

—No está enterado de todos los detalles, por supuesto —dice Hobbs—. Solo nos ordenó dar marcha atrás a lo que estaba sucediendo en Centroamérica y derrocar a los sandinistas, «con todos los medios necesarios». Te lo citaré textualmente, Arthur: la Directiva Número Tres del Departamento de Seguridad Nacional autoriza al vicepresidente a tomar el mando de las actividades contra los terroristas comunistas que actúan en Latinoamérica. En respuesta, el vicepresidente formó el Terrorist Incident Work Group (TIWG), con base en El Salvador, Honduras y Costa Rica, que a su vez instituyó la National Humanitarian Assistance Operation (NHAO), la cual, a su vez, de acuerdo con la Enmienda Boland, tiene como misión proporcionar ayuda «humanitaria» no letal a los refugiados nicaragüenses, es decir, a la Contra. La Compañía no dirige la Operación Cerbero, ahí te has equivocado, sino que lo hace la oficina del vicepresidente. Scachi se halla bajo mis órdenes directas, y yo bajo las del vicepresidente.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Apelo a tu patriotismo —dice Hobbs.

—El país al que amo no se acuesta con gente que tortura hasta la muerte a sus propios agentes.

—Pues entonces a tu pragmatismo —dice Hobbs. Saca unos documentos del

bolsillo—. Documentos bancarios. Depósitos ingresados en tus cuentas de las islas Caimán, Costa Rica, Panamá... Todos de Miguel Ángel Barrera.

—No sé nada de eso.

—Resguardos de reintegros con tu firma.

—Tuve que hacer ese trato.

—El menor de dos males. Exacto —dice Hobbs—. Comprendo muy bien el dilema. Ahora te pido que comprendas el nuestro. Guardas nuestro secreto, nosotros guardamos el tuyo.

—Que te jodan.

Art da media vuelta y empieza a andar hacia la senda.

—Keller, si crees que vas a marcharte de rositas...

Art levanta el dedo corazón y sigue caminando.

—Tenemos que llegar a una especie de acuerdo...

Art niega con la cabeza. Que se metan por el culo su teoría del dominó, piensa. ¿Qué puede ofrecerme Hobbs a cambio de Ernie?

Nada.

Nada en este mundo. No puedes ofrecer nada a un hombre que lo ha perdido todo, la familia, su trabajo, su amigo, la esperanza, la confianza, la fe en su país. No puedes ofrecer nada significativo a ese hombre.

Pero resulta que sí.

Entonces Art lo comprende: Cerbero no es un guardián, es un portero. Un portero jadeante, sonriente, con la lengua fuera, que te invita ansioso a entrar en el averno.

Y no puedes resistirte a la invitación.

CONMOVIÓ LAS MÁS PROFUNDAS SIMAS

... y todos los cerrojos y trancas de hierro macizo o roca sólida con facilidad se aflojan: las puertas infernales vuelan de improviso abiertas con un impetuoso retroceso y un sonido estridente; sus goznes produjeron un horrisono y prolongado estampido, que conmovió las más profundas simas del Erebo.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Ciudad de México

19 de septiembre de 1985

La cama tiembla.

El temblor se funde con su sueño, y después con sus pensamientos conscientes: la cama está temblando.

Nora se sienta en la cama y mira el reloj, pero le cuesta enfocar los números digitales porque da la impresión de que vibran, casi se licúan, delante de sus ojos. Extiende la mano para inmovilizar el reloj. Son las seis y dieciocho minutos de la mañana. Entonces se da cuenta de que es la mesita de noche la que está temblando, de que todo está temblando, la mesa, las lámparas, la silla, la cama.

Está en una habitación de la planta séptima del hotel Regis, un lugar muy conocido de la avenida Juárez, cerca del parque de la Alameda, situado en el centro de la ciudad. Invitada por un ministro del gabinete, la llevaron para ayudarle a celebrar el Día de la Independencia, y allí sigue, tres días después. Por las noches, vuelve a casa con su mujer. Por las tardes, va al Regis para celebrar su independencia.

Nora piensa que tal vez continúe durmiendo, soñando, porque ahora las paredes están latiendo.

¿Estoy enferma?, se pregunta. Se siente mareada, con náuseas, sobre todo cuando se levanta de la cama y no puede caminar, ni siquiera tenerse en pie, mientras da la impresión de que el suelo se desliza bajo sus pies.

Mira el espejo grande de pared que hay frente a la cama, pero su rostro no se ve pálido. Su cabeza sigue dando vueltas en el espejo, y entonces el espejo se inclina y estalla en mil pedazos.

Levanta el brazo para protegerse los ojos y nota que diminutas astillas de cristal se clavan en su carne. Después oye el sonido de un fuerte chubasco, pero

no es lluvia, sino cascotes que caen de los pisos superiores. Entonces da la impresión de que el suelo se desliza como una de esas planchas metálicas de las casas de la risa, pero esto no es divertido, sino aterrador.

Estaría más aterrorizada todavía si viera lo que está pasando en la calle. Verla ondular, literalmente, ver que la parte superior del hotel se inclina, oscila y golpea la cúspide del edificio de al lado. No obstante, lo oye. Oye el terrible crujido, y después la pared que hay detrás de la cama cae, ella abre la puerta y escapa al pasillo.

Fuera, Ciudad de México sufre temblores de muerte.

La ciudad está construida sobre el lecho de un antiguo lago, que a su vez se asienta sobre la gran placa tectónica de Cocos, la cual se halla en constante movimiento bajo la masa continental mexicana. La ciudad y sus blandos movimientos se hallan a solo trescientos kilómetros del borde de la placa, y de una de las fallas más grandes del mundo, la gigantesca Zanja de Centroamérica que corre bajo el océano Pacífico desde la ciudad turística mexicana de Puerto Vallarta hasta Panamá.

Durante años se han producido pequeños movimientos sísmicos a lo largo de los extremos norte y sur de esta placa, pero no cerca del centro, ni cerca de Ciudad de México, lo que los científicos llaman «laguna sísmica». Los geólogos la comparan con una hilera de petardos que han estallado a lo largo de ambos extremos pero no en el centro. Dicen que, tarde o temprano, el centro tiene que incendiarse y estallar.

El problema empieza treinta kilómetros bajo la superficie de la tierra. Durante incontables eones, la placa de Cocos ha estado intentando hundirse, deslizarse bajo la placa hacia el este, y esta mañana lo consigue. A sesenta kilómetros de la costa, a trescientos sesenta kilómetros al oeste de Ciudad de México, la tierra se agrieta y envía un gigantesco terremoto a través de la litosfera.

Si la ciudad hubiera estado más cerca del epicentro, habría aguantado mejor. Tal vez los rascacielos habrían sobrevivido a las rápidas sacudidas de alta frecuencia que ocurren cerca del temblor real. Los edificios habrían saltado, aterrorizado y se habrían agrietado, pero habrían resistido.

Pero a medida que el temblor se aleja del centro su energía se disipa, lo cual, aunque parezca contradictorio, aumenta su peligrosidad debido al suelo blando. El temblor se transforma en lentos y largos movimientos ondulares, un conjunto de olas gigantes, por decirlo de alguna manera, que se suceden bajo el blando lecho del lago, esa cuenca de gelatina sobre la que la ciudad está construida, y esa gelatina rueda, y los edificios ruedan con ella, y sacude los edificios no tanto vertical como horizontalmente, y ese es el problema.

Cada piso de los rascacielos se traslada más hacia un lado que el piso de abajo. Los edificios, ahora más pesados por arriba, se deslizan literalmente en el

aire, entrechocan las cabezas y retroceden de nuevo. Durante dos largos minutos, las cúspides de dichos edificios se deslizan de costado en el aire, y se rompen.

Bloques de cemento se desprenden y caen a la calle. Las ventanas estallan. Enormes fragmentos dentados de cristal vuelan por el aire como misiles. Las paredes interiores se derrumban, acompañadas de las vigas de apoyo. Las piscinas de los tejados se agrietan, y toneladas de agua derriban los techos que hay bajo ellas.

Algunos edificios se parten en el cuarto o quinto piso, y envían dos, tres, ocho, doce plantas de piedra, cemento y acero a la calle, y miles de personas caen con ellas y quedan sepultadas bajo los cascotes.

Edificio tras edificio (doscientos cincuenta en cuatro minutos) se vienen abajo. El gobierno cae, literalmente: el Secretariado de la Marina, el Secretariado de Comercio y el Secretariado de Comunicaciones se derrumban. El centro turístico de la ciudad se lee como una lista de bajas, nombre tras nombre: el hotel Monte Carlo, el hotel Romano, el hotel Versailles, el Roma, el Bristol, el Ejecutivo, el Palacio, la Reforma, el Inter-Continental y el Regis caen uno tras otro. La mitad superior del hotel Caribe se parte como un palillo, y a través de la grieta caen a la calle colchones, equipajes, cortinas y huéspedes. Barrios enteros desaparecen: Colonia Roma, Colonia Doctores, Unidad Aragón y la Urbanización Tlatelolco, donde un edificio de apartamentos de veintidós plantas se derrumba sobre sus ocupantes. En un giro de los acontecimientos particularmente cruel, el temblor destruye el hospital general de México y el hospital Juárez, matando y atrapando pacientes, así como a médicos y enfermeras, que con tanta desesperación se necesitan.

Nora no sabe nada de todo lo ocurrido. Sale corriendo al vestíbulo, donde puertas de habitaciones que han caído parecen cartas de un sofisticado castillo de naipes que ha empezado a ceder. Una mujer la adelanta y aprieta el botón del ascensor.

—¡No! —grita Nora.

La mujer se vuelve y la mira, con los ojos desorbitados de miedo.

—No coja el ascensor —dice Nora—. Baje por la escalera.

La mujer la mira sin comprender.

Nora intenta recordar las palabras en español, pero no puede.

Entonces la puerta del ascensor se abre y brota un chorro de agua, como en una mala película de terror. La mujer da media vuelta, mira a Nora y ríe.

—Agua —dice.

—Vamos —dice Nora—. *Vámonos*, como se diga.

Agarra a la mujer de la mano e intenta arrastrarla, pero la mujer no se mueve. Suelta la mano y empieza a apretar el botón de bajada del ascensor una y otra vez.

Nora la deja y localiza la puerta de salida a la escalera. El suelo se ondula y

rueda bajo sus pies. Entra en la escalera y es como estar en una larga caja oscilante. La fuerza la envía de un lado a otro mientras baja corriendo la escalera. Hay gente delante de ella, y también detrás. La escalera se está llenando. Sonidos, sonidos horribles, resuenan en el estrecho espacio: crujidos, chasquidos, los ruidos de un edificio que se está cayendo a trozos, y chillidos, chillidos de mujeres, y peor aún, los gritos penetrantes de los niños. Se agarra a la barandilla para no perder el equilibrio, pero esta también se mueve.

Un piso, dos, intenta contarlos por los rellanos, y luego desiste. ¿Han sido tres, cuatro, cinco pisos? Sabe que tiene que bajar siete. Es absurdo, pero no recuerda cómo cuentan los pisos en México. ¿Empiezan por arriba y van bajando? ¿O es la planta baja el primero, y después segundo, tercero, cuarto...?

¿Qué más da? Sigue adelante, se dice, y entonces una espantosa sacudida, como un barco cabalgando las olas, la arroja contra la pared izquierda. Conserva el equilibrio, recupera el uso de los pies. Sigue adelante, sigue adelante, sal del edificio antes de que te caiga encima. Sigue bajando la escalera.

Es curioso, pero piensa en la empinada escalera que desciende desde Montmartre a través de la plaza Willette, donde algunas personas toman el funicular, pero ella siempre prefiere la escalera, porque es bueno para sus pantorrillas, pero también porque le gusta, y si camina en lugar de bajar en funicular, eso justifica un *chocolat chaud* en el bonito café que hay al pie. Y quiero volver allí, piensa, quiero volver a sentarme en una silla de la terraza, y que el camarero me sonría, y ver a la gente, ver la curiosa catedral, la Basílica del Sagrado Corazón en lo alto, la que parece hecha de azúcar hilado.

Piensa en eso, piensa en eso, no pienses en morir en esta trampa, en esta trampa mortal abarrotada y oscilante. Dios, qué calor hace aquí, Dios, deja de chillar, no sirve de nada, cierra el pico, hay un soplo de aire, ve gente apelotonada delante de ella, y entonces el embotellamiento desaparece y sale al vestíbulo.

Las arañas de cristal caen del techo como fruta podrida de un árbol que están sacudiendo, caen y se rompen sobre el antiguo suelo de baldosas. Pasa por encima de los cristales rotos, en dirección a las puertas giratorias. Hay un embotellamiento, espera su turno y pasa. No necesita empujar, ya la están empujando por detrás. Percibe el aroma del aire, aire maravilloso, ve la tenue luz del sol, casi ha salido...

Y entonces, el edificio se desploma sobre ella.

Está diciendo misa cuando empieza.

A doce kilómetros del epicentro, en la catedral de Ciudad Guzmán, el arzobispo Parada sostiene la hostia sobre la cabeza y ofrece una oración a Dios. Es una de las ventajas y privilegios de ser arzobispo de la archidiócesis de

Guadalajara, venir a decir misa a esta pequeña ciudad. Le encanta la arquitectura churrigueresca clásica de la catedral, fusión típicamente mexicana del gótico europeo con el paganismo maya y azteca. Las dos torres góticas de la catedral están redondeadas siguiendo el estilo precolombino, y flanquean una cúpula adornada con una panoplia de azulejos multicolores. Incluso ahora, de cara al retablo que hay detrás del altar, ve las tallas de madera dorada, querubines y cabezas humanas europeas, pero también volutas nativas de frutas, flores y pájaros.

El amor al color, a la naturaleza, la alegría de vivir, esto es lo que le deleita de la rama mexicana del cristianismo, la mezcla sin fisuras de paganismo indígena y una fe inquebrantable en Jesús. No se trata de la religión seca y austera de la intelectualidad europea, con su odio al mundo natural. No, los mexicanos poseen una sabiduría innata, la generosidad espiritual, ¿cómo decirlo?, brazos lo bastante largos para abarcar este mundo y el siguiente en un cálido abrazo.

Eso es estupendo, piensa, mientras se vuelve hacia la congregación. Debería encontrar una forma de expresarlo en un sermón.

Esta mañana, la catedral está atestada de fieles, aunque es jueves, porque ha venido a celebrar la misa. Tengo suficiente amor propio para disfrutar de este hecho, piensa. La verdad es que es un arzobispo enormemente popular. Se mezcla con la gente, comparte sus preocupaciones, sus pensamientos, sus risas, sus comidas. Oh, Dios, piensa, ya lo creo que comparto sus comidas. Sabe que corre un chiste por todas las ciudades que visita, y las visita todas: « Ensanchad la silla que preside la mesa. El arzobispo Juan viene a cenar » .

Toma una hostia y procede a depositarla sobre la lengua del fiel arrodillado delante de él.

Entonces el suelo salta bajo sus pies.

Eso es justo lo que siente, algo similar a un salto. Después, otro y otro, hasta que los saltos se funden en una serie constante de sacudidas.

Nota algo húmedo en la manga.

Baja la vista y ve que el vino se derrama de la copa que sostiene el monaguillo a su lado. Rodea la espalda del chico con su brazo.

—Avanza bajo los arcos y sal —dice—. Que todo el mundo vaya saliendo, con calma y en silencio.

Empuja con suavidad al monaguillo.

—Vete.

El muchacho baja del altar.

Parada espera. Esperará hasta que el resto de la congregación haya salido de la iglesia. Cálmate, se dice. Si mantienes la calma, ellos también la mantendrán. Si cunde el pánico, la gente podría morir aplastada al intentar salir.

De modo que se queda y pasea la vista a su alrededor.

Los animales tallados cobran vida.

Saltan y tiemblan.

Los rostros tallados se mueven arriba y abajo.

Un asentimiento petrificado, piensa Parada. ¿Sobre qué, me pregunto?

En el exterior, las dos torres tiemblan.

Están hechas de piedra antigua. Hermosas piezas de artesanía, obra de artistas locales. Hechas con amor, con cuidado extremo. Pero se alzan en Ciudad Guzmán, provincia de Jalisco, un nombre que procede de los primitivos habitantes tarascanos y que significa « lugar arenoso ». Las piedras de la torre son hermosas, fuertes y se elevan a la misma altura, pero hicieron el mortero de ese suelo arenoso.

Podían resistir muchas cosas, viento, lluvia y tiempo, pero no estaban hechas para aguantar el embate de un terremoto de escala 7,8, de treinta kilómetros de profundidad y a solo quince kilómetros de distancia.

De modo que, mientras los fieles desalojan la iglesia pacientemente, las torres tiemblan, el mortero que las sujeta se suelta y se derrumban sobre los bisnietos de los hombres que las construyeron. Las torres se desploman a través de la cúpula de azulejos y atrapan a veinticinco fieles.

Porque la iglesia está abarrotada esta mañana.

Por amor al obispo Juan.

El cual continúa inmóvil en el altar, incólume, conmocionado y horrorizado, mientras le gente que tiene delante desaparece en una nube de polvo amarillento.

Aún sujeta la hostia.

El cuerpo de Cristo.

Sacan a Nora de entre los muertos.

Una viga de sustentación de acero le salvó la vida. Cayó en diagonal sobre un fragmento de pared derrumbado e impidió que otra columna la aplastara. Dejó una grieta de espacio, un poco de aire, mientras yacía enterrada bajo los escombros del hotel Regis, de modo que al menos pudo respirar.

No es que haya mucho que respirar, el aire está saturado de polvo.

Se ahoga, tose, no ve nada, pero puede oír. ¿Transcurren minutos, horas? No lo sabe, pero durante ese tiempo se pregunta si está muerta. Si eso es el infierno, atrapada en un espacio pequeño y caluroso, incapaz de ver, atragantándose con el polvo. Estoy muerta piensa, muerta y enterrada. Oye gemidos, gritos de dolor, y se pregunta si eso durará eternamente. Si esa es su eternidad. El lugar donde van las putas cuando mueren.

Tiene espacio suficiente para apoyar la cabeza sobre el brazo. Quizá pueda dormir en el infierno, piensa, dormir toda la eternidad. Siente dolor. Descubre que su brazo está cubierto de sangre húmeda, y después recuerda que el espejo estalló y los cristales se clavaron en su brazo. No estoy muerta, piensa, cuando

siente la sangre húmeda. Los muertos no sangran.

No estoy muerta, piensa.

Estoy enterrada viva.

Entonces se apodera de ella el pánico.

Empieza a hiperventilar, a sabiendas de que no debería, que solo está agotando con mayor rapidez el pequeño suministro de oxígeno, pero no puede evitarlo. La idea de estar enterrada viva, en ese ataúd subterráneo... Recuerda un estúpido cuento de Poe que le obligaron a leer en el instituto. Los arañazos en la tapa del ataúd...

Tiene ganas de chillar.

Es absurdo malgastar el aire, piensa. Con él se pueden hacer cosas mejores.

—¡Socorro! —grita.

Una y otra vez. A pleno pulmón.

Entonces oye sirenas, pasos, el sonido de pies encima de ella.

—¡Socorro!

Un instante.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí! —grita, y después repite la palabra en español.

Siente y oye que levantan cosas de encima. Dan órdenes, imparten instrucciones. Después levanta la mano lo máximo posible.

Un segundo después siente el increíble calor de otra mano que se apodera de la suya. Luego siente que tiran de ella, la sacan al exterior, y, de pronto, como por milagro, está de pie al aire libre. Bien, más o menos. Hay una especie de techo encima. Paredes y columnas se inclinan peligrosamente. Es como estar en un museo en ruinas.

Un socorrista la sujeta por los brazos y la mira con curiosidad.

Entonces ella percibe un olor. Un olor dulzón y mareante. Dios, ¿qué es?

Una chispa hace estallar el gas.

Nora oye un crujido penetrante, y después un estruendo sordo que agita su corazón, y cae sobre el agujero. Cuando vuelve a levantar la vista, hay fuego por todas partes. Es como si el puto aire estuviera ardiendo.

Y avanza hacia ella.

—¡Vámonos! —grita el hombre—. ¡Ahorita!

Uno de los hombres agarra a Nora del brazo otra vez y la empuja, y se ponen a correr. Están rodeados de llamas, y escombros ardientes caen sobre sus cabezas, ella oye un chasquido, percibe un olor acre y amargo, un hombre da manotadas sobre su cabeza y comprende que su pelo está ardiendo, pero no nota nada. La manga del hombre arde, pero la sigue empujando, empujando, y de pronto salen al aire libre y ella quiere dejarse caer, pero el hombre no se lo permite, la sigue empujando sin parar porque, detrás de ellos, los restos del hotel Regis se desploman y arden.

Los otros dos hombres no lo consiguen. Se suman a los ciento veintiocho héroes que morirán intentando rescatar a gente atrapada en el terremoto.

Nora aún no sabe esto, mientras corre por la avenida Benito Juárez y llega a la relativa seguridad del espacio abierto del parque de la Alameda. Caen de rodillas cuando una mujer policía, una guardia de tráfico, arroja una chaqueta sobre su cabeza y apaga el fuego.

Nora pasea la vista a su alrededor. El hotel Regis es una pila de escombros en llamas. Al lado, da la impresión de que han partido en dos los almacenes Salinas y Rocha. Serpentinatas rojas, verdes y blancas, adornos del Día de la Independencia, flotan en el aire sobre el cono truncado del edificio. Alrededor de Nora, a juzgar por lo que ve a través de las nubes de polvo, los edificios han caído o se han partido por la mitad. Enormes pedazos de cemento, piedra y acero retorcido siembran las calles.

Y la gente. El parque está lleno de gente que reza de rodillas.

El cielo está oscuro a causa del humo y el polvo.

Oculta el sol.

Una y otra vez, oye que murmuran la misma frase: *El fin del mundo*.

La parte derecha de la cabeza de Nora está chamuscada. Tiene el brazo izquierdo ensangrentado y salpicado de fragmentos de cristal. La conmoción y la adrenalina se están desvaneciendo, y el dolor está empezando a convertirse en algo real.

Parada se arrodilla sobre los cadáveres.

Les da la extremaunción a título póstumo.

Una hilera de cadáveres llama su atención. Veinticinco cadáveres envueltos en sudarios improvisados, mantas, toallas, manteles, lo que pudieron encontrar. Alineados pulcramente sobre la tierra ante la iglesia derrumbada, mientras vecinos frenéticos peinan las ruinas en busca de más. Buscan a sus seres queridos, desaparecidos, atrapados bajo la piedra antigua. Desesperados, con la esperanza de oír algún indicio de vida.

Su boca murmura las palabras en latín, pero su corazón...

Algo se ha roto en su interior, se ha agrietado al igual que la tierra. Ahora se ha abierto una falla entre Dios y yo, piensa.

El Dios que existe, el Dios que no existe.

No se lo puede decir. Sería una crueldad. Le buscan para que envíe las almas de los fallecidos al cielo. No puede decepcionarles, en este momento no, tal vez nunca. La gente necesita esperanza y yo no se la puedo quitar. No soy tan cruel como Tú, piensa.

Así que pronuncia las oraciones. Les unge con aceite y prosigue el ritual.

Un cura se le acerca por detrás.

—¿Padre Juan?

—¿No ve que estoy ocupado?

—Quieren que vaya a Ciudad de México.

—Me necesitan aquí.

—Es una orden, *padre* Juan.

—¿De quién?

—Del nuncio papal —dice el cura—. Están llamando a todo el mundo para organizar la ayuda. Usted ya ha hecho ese trabajo antes, así que...

—Aquí hay docenas de muertos...

—Hay miles de muertos en Ciudad de México —dice el sacerdote.

—¿Miles?

—Nadie sabe cuántos. Y docenas de miles sin hogar.

Así que esto es lo que hay, piensa Parada: hay que ponerse al servicio de los vivos.

—En cuanto haya terminado aquí —contesta.

Vuelve a dar la extremaunción.

No pueden conseguir que se marche.

Mucha gente lo intenta (policías, socorristas, paramédicos), pero Nora no quiere recibir atención médica.

—Su brazo, señorita, su cara...

—Tonterías —replica ella—. Hay mucha gente con heridas mucho peores. Me encuentro bien.

Me duele todo, piensa, pero me encuentro bien. Es curioso, hace tan solo un día habría pensado que ambas cosas eran incompatibles, pero ahora sé que no es cierto. Le duele el brazo, le duele la cabeza, la cara, chamuscada por el fuego como si hubiera tomado demasiado el sol, pero se encuentra bien.

De hecho, se siente fuerte.

¿Dolor?

A la mierda el dolor. Está muriendo gente.

Ahora no quiere que la ayuden; quiere ayudar.

Se sienta y se quita con cuidado los fragmentos de cristal del brazo, y después se lo lava en la cañería principal de agua rota. Desgarra una manga del pijama de algodón que todavía lleva puesto (es una suerte que siempre le haya gustado más el hilo que la seda) y la ata alrededor de la herida. Después arranca la otra manga y la utiliza como pañuelo para cubrirse la nariz y la boca, porque el polvo y el humo la están asfixiando, y el olor...

Es el olor de la muerte.

Inimaginable, si nunca lo has percibido; inolvidable, después de la primera vez.

Aprieta el pañuelo contra su cara y va a buscar algo para ponerse en los pies. No le cuesta mucho, porque es como si los grandes almacenes hubieran estallado, y todo su contenido está esparcido por las calles. Se apodera de un par de chancletas de goma, y no piensa en ello como si se tratara de un saqueo (no se producen saqueos. Pese a la extrema pobreza de gran parte de los habitantes de la ciudad, no se producen saqueos), y se une a una partida de voluntarios que están excavando las ruinas del hotel en busca de supervivientes. Hay centenares de partidas semejantes, miles de voluntarios que se dedican a excavar en los edificios caídos de la ciudad, trabajando con palas, picos, desmontadoras de neumáticos, barras de acero rotas y las manos desnudas para rescatar a la gente atrapada bajo los cascotes. Sacan a los muertos y heridos en mantas, sábanas, cortinas de ducha, cualquier cosa que sirva de ayuda al personal de urgencias desesperado y superado por las circunstancias. Otros grupos de voluntarios ayudan a sacar los cascotes de las calles para dejar paso a ambulancias y coches de bomberos. Helicópteros de los bomberos vuelan sobre los edificios en llamas, bajan a hombres con cabrestantes para rescatar a gente a la que no se puede acceder desde tierra.

Entretanto, miles de radios emiten una letanía, rota por los gritos de dolor o alegría de los oyentes cuando el locutor anuncia los nombres de los muertos y los nombres de los supervivientes.

Se producen otros sonidos, gemidos, sollozos, oraciones, chillidos, gritos de ayuda, todos apagados, todos procedentes de las profundidades de las ruinas. Voces de personas atrapadas bajo toneladas de cascotes.

De modo que los voluntarios siguen trabajando. En silencio con terquedad, voluntarios y profesionales buscan supervivientes. Al lado de Nora está trabajando un grupo de girl scouts. No tendrán más de nueve años, piensa Nora, mientras observa sus rostros serios y decididos, abrumados ya, literalmente, con el peso del mundo. Hay girl scouts y boy scouts, clubes de fútbol, clubes de bridge, e individuos como Nora, que forman equipos.

Médicos y enfermeras, los pocos que quedan después del derrumbamiento del hospital, peinan los escombros con estetoscopios, aplican los instrumentos a las piedras para captar cualquier señal de vida. Cuando lo consiguen, los trabajadores piden silencio a gritos, las sirenas paran, los vehículos apagan los motores y todo el mundo guarda silencio absoluto. Y después un médico sonríe o asiente, y los equipos entran en acción, mueven la piedra, el acero y el cemento con delicadeza y cuidado, pero con eficacia, y a veces se llega a un final feliz cuando rescatan a alguien de entre los cascotes. Otras veces es más triste, no pueden apartar los obstáculos con la velocidad necesaria. Llegan demasiado tarde y descubren un cuerpo sin vida.

En cualquier caso, siguen trabajando.

Todo el día y toda la noche.

Nora descansa un rato por la noche. Se toma una taza de té y un pedazo de pan en el centro improvisado de auxilio a los damnificados en el parque. El parque está atestado de gente que se ha quedado sin hogar, y de gente que tiene miedo de quedarse en sus casas y edificios de apartamentos. Ahora el parque parece un gigantesco centro de refugiados, y Nora supone que así es.

Lo que es diferente es el silencio. Las radios están sintonizadas a bajo volumen, la gente susurra oraciones, habla en voz baja con sus hijos. No hay discusiones, ni empujones o codazos para disputarse la pequeña provisión de comida y agua. La gente hace cola con paciencia, lleva las escasas raciones a los ancianos y a los niños, se ayudan a transportar agua, montan tiendas de campaña y refugios improvisados, cavan letrinas. Los que viven en casas que el terremoto ha respetado aportan mantas, ollas, sartenes, comida, ropa.

Una mujer entrega a Nora unos tejanos y una camisa de franela.

—Cógelos.

—No podría.

—Está refrescando.

Nora acepta la ropa.

—*Gracias*.

Nora va a cambiarse detrás de un árbol. La ropa nunca le había producido tal sensación de bienestar. El tacto de la franela sobre su piel se le antoja cálido y maravilloso. En casa tiene armarios llenos de ropa, piensa, que apenas ha utilizado una o dos veces. Daría cualquier cosa por unos calcetines. Sabe que la ciudad se encuentra a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar, pero lo nota ahora, cuando la noche empieza a refrescar. Se pregunta cómo estará la gente atrapada bajo los edificios, si habrán encontrado algo con que calentarse.

Termina el té y el pan, vuelve a ceñirse el pañuelo y regresa a las ruinas del hotel. Se arrodilla al lado de una mujer de edad madura y empieza a apartar más escombros.

Parada atraviesa el infierno.

Se elevan incendios de las tuberías de gas rotas. Brotan llamas del interior de los edificios en ruinas, iluminan la oscuridad estigia del exterior. El humo acre irrita sus ojos. El polvo invade su nariz y su boca, y le hace toser. El olor le da náuseas. El hedor repugnante de cuerpos en estado de descomposición, el olor de la carne quemada. Bajo aquellos olores penetrantes, el olor más apagado pero todavía acre de heces humanas, pues los sistemas de alcantarillado han fallado.

La situación empeora a medida que avanza, se topa con un niño tras otro, que vagan llamando entre sollozos a sus madres y sus padres. Algunos van en ropa interior o pijama, otros con uniforme escolar. Los va recogiendo. Lleva a un niño pequeño en brazos y sujeta la mano de una niña con la otra, que aferra la mano

de otro niño, que aferra la mano de...

Cuando llega al parque de la Alameda, ya va acompañado de más de veinte niños. Va de un lado a otro hasta que encuentra la tienda del Socorro Católico.

Parada localiza a un monseñor.

—¿Ha visto a Antonucci?

Se refiere al cardenal Antonucci, el nuncio papal, el más alto representante del Vaticano en México.

—Está diciendo misa en la catedral.

—La ciudad no necesita una misa —dice Parada—. Necesita electricidad y agua. Comida, sangre y plasma.

—Las necesidades espirituales de la comunidad...

—*Sí, sí, sí, sí* —dice Parada, y se aleja.

Necesita pensar, ordenar sus ideas. Hay que organizar muchas cosas, la gente tiene muchas necesidades. Es abrumador. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo y se dispone a encender uno.

Una voz, una voz de mujer, surge de la oscuridad.

—Apague eso. ¿Está loco?

Sopla la cerilla. Enciende su linterna e ilumina la cara de la mujer. Un rostro de una belleza extraordinaria, incluso bajo la capa de polvo y mugre.

—Cañerías de gas reventadas —dice ella—. ¿Quiere que saltemos todos por los aires?

—Hay incendios por todas partes —contesta él.

—En ese caso, supongo que no nos hace falta uno más, ¿eh?

—No, supongo que no —dice Parada—. Usted es norteamericana.

—Sí.

—Ha llegado enseguida.

—Estaba aquí cuando ocurrió.

—Ah.

La examina de pies a cabeza. Siente el fantasma de una emoción largo tiempo olvidada. La mujer es menuda, pero tiene algo de guerrera. Una auténtica resentida. Quiere luchar, pero no sabe contra qué o cómo.

Como yo, piensa.

Extiende una mano.

—Juan Parada.

—Nora.

Solo Nora, observa Parada. Sin apellido.

—¿Vives en Ciudad de México, Nora?

—No, vine por negocios.

—¿A qué clase de negocios te dedicas?

Ella le mira a los ojos.

—Soy una *call girl*.

—Me temo que no...

—Una prostituta.

—Ah.

—¿A qué te dedicas tú?

Él sonríe.

—Soy cura.

—No vas vestido de cura.

—Tú no vas vestida de prostituta —replica él—. De hecho, soy algo peor que un cura, soy un obispo. Un arzobispo.

—¿Eso es mejor que obispo?

—Desde el punto de vista jerárquico, era más feliz de cura.

—¿Y por qué no vuelves a ser cura?

Él sonríe y asiente.

—Debo deducir que eres una *call girl* de mucho éxito.

—Sí —admite Nora—. Apuesto a que es usted un arzobispo de mucho éxito.

—De hecho, estoy pensando en dejarlo.

—¿Por qué?

—No estoy seguro de seguir creyendo.

Nora se encoge de hombros.

—Finja.

—¿Fingir?

—Es fácil. Yo lo hago siempre.

—Ah. Aaah, ya entiendo. —Parada nota que se ruboriza—. Pero ¿por qué debería fingir?

—Por el poder —dice Nora. Al ver que Parada parece confuso, continúa—: Un arzobispo debe de ser muy poderoso, ¿verdad?

—En cierto sentido.

Nora asiente.

—Yo me acuesto con hombres poderosos. Sé que cuando quieren que se haga algo, se hace.

—¿Y?

—Pues que hay que hacer muchas cosas —dice Nora mientras señala el parque que les rodea.

—Ah.

Por la boca de los niños, piensa Parada. Ya no digamos de las prostitutas.

—Bien, ha sido agradable hablar contigo —dice—. Deberíamos mantenernos en contacto.

—¿Una puta y un obispo?

—Está claro que no has leído la Biblia —dice Parada—. ¿El Nuevo Testamento? ¿Te suena María Magdalena?

—No.

—En cualquier caso, sería estupendo que fuéramos amigos —dice, y añade enseguida—: No me refiero a ese tipo de amistad. Hice voto... Solo quiero decir... Me gustaría que fuéramos amigos.

—Creo que a mí también.

Parada saca una tarjeta del bolsillo.

—Cuando las cosas se tranquilicen, ¿querías llamarme?

—Sí, lo haré.

—Estupendo. Bueno, será mejor que me vaya. Tengo cosas que hacer.

—Yo también.

Parada vuelve hacia la tienda del Socorro Católico.

—Empiece a averiguar el nombre de estos niños —ordena a un sacerdote—, y después cótejelos con la lista de muertos, desaparecidos y supervivientes. Alguien tendrá una lista de padres que buscan a sus hijos. Compare ambas.

—¿Quién es usted? —pregunta el sacerdote.

—Soy el arzobispo de Guadalajara —contesta Parada—. Ponga manos a la obra. Y que otra persona se encargue de conseguir comida y mantas para esos niños.

—Sí, Ilustrísima.

—Y necesitaré un coche.

—¿Ilustrísima?

—Un coche —dice Parada—. Necesitaré un coche para ir a ver al nuncio.

La residencia de Antonucci se encuentra al sur de la ciudad, lejos de las zonas más afectadas. La electricidad funcionará, las luces estarán encendidas. Lo más importante, los teléfonos funcionarán.

—Muchas calles están cortadas, Ilustrísima.

—Y muchas no —replica Parada—. Ustedes siguen aquí parados. ¿Por qué?

Dos horas después, el nuncio papal, el cardenal Girolamo Antonucci, regresa a su residencia y se encuentra al personal inquieto y al arzobispo Parada en su despacho, con los pies apoyados sobre la mesa, fumando un cigarrillo y dando órdenes por teléfono.

Parada levanta la vista cuando Antonucci entra.

—¿Puede traernos un poco de café? —pregunta Parada—. La noche va a ser larga.

Y mañana, el día será más largo todavía.

Placeres culpables.

Café caliente y fuerte. Pan recién horneado.

Y gracias a Dios, Antonucci es italiano y fuma, piensa Parada mientras inhala en sus pulmones el más culpable de todos los placeres culpables, al menos entre los que están al alcance de un sacerdote.

Exhala el humo y ve que se eleva hacia el techo, y escucha a Antonucci mientras deja su taza sobre la mesa y habla con el ministro del Interior.

—He hablado en persona con Su Santidad, y desea que asegure al gobierno de su amado pueblo de México que el Vaticano está dispuesto a ofrecer toda la ayuda que pueda, pese al hecho de que no disfrutamos de relaciones diplomáticas oficiales con el gobierno de México.

Antonucci parece un pájaro, piensa Parada.

Un pájaro diminuto con un pico pequeño y pulcro.

Le enviaron desde Roma ocho años antes con la misión de devolver oficialmente México al redil después de más de cien años de anticlericalismo gubernamental oficial, desde que la Ley Lerdo de 1856 se había incautado de las inmensas haciendas propiedad de la Iglesia y las había vendido a continuación. La constitución revolucionaria de 1857 había despojado de poder a la Iglesia, y el Vaticano se desquitó excomulgando a todo mexicano que tomara el juramento constitucional.

Por lo tanto, durante un siglo había existido una tregua endeble entre el Vaticano y el gobierno mexicano. Las relaciones oficiales nunca se habían reanudado, pero ni siquiera a los socialistas más radicales del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que ha gobernado México con un sistema de partido único pseudo-democrático desde 1917, se les ocurriría intentar abolir la Iglesia por completo en un país de campesinos creyentes. En consecuencia, se han producido pequeños hostigamientos, como la prohibición de la indumentaria clerical, pero en general ha existido un acuerdo más o menos forzado entre el gobierno y el Vaticano.

Pero el objetivo del Vaticano ha sido siempre recuperar el rango legal en México, y como político del ala ultraconservadora de la Iglesia, Antonucci ha sermoneado a Parada y a los demás obispos en el sentido de que «no debemos permitir que los creyentes mexicanos caigan en manos de los ateos comunistas».

Por lo tanto, es natural, piensa Parada, que Antonucci considere el terremoto una buena oportunidad. Presentar la muerte de diez mil fieles como la forma elegida por Dios para doblegar al gobierno.

La necesidad obligará al gobierno a tener que humillarse con frecuencia durante los siguientes días. Ya ha tenido que aceptar la ayuda de los norteamericanos, pero eso solo ha sido el principio. Aún tiene que arrastrarse ante la Iglesia para solicitar ayuda, y lo hará.

Y les daremos dinero.

Dinero que nos han dado los creyentes, ricos y pobres, durante siglos. La moneda en el platillo, no sujeta a impuestos, invertida hasta obtener grandes beneficios. De modo que, piensa Parada, ahora exigiremos un precio a un país postrado, para devolverle el dinero que antes le quitamos.

Cristo lloraría.

¿Mercaderes en el templo?

Nosotros somos los mercaderes del templo.

—Ustedes necesitan dinero —anuncia Antonucci al ministro—. Lo necesitan cuanto antes, y les va a costar conseguir los préstamos, teniendo en cuenta su escasa credibilidad.

—Lanzaremos bonos del Estado.

—¿Quién los comprará? —pregunta Antonucci, con una insinuación, de sonrisa satisfecha en las comisuras de su boca—. Para esa cantidad de dinero, son incapaces de ofrecer intereses suficientes para tentar a los inversores. Ni siquiera pueden pagar los intereses, y no digamos condonar las deudas que todavía arrastran. Lo sabemos con certeza: poseemos cantidades de papel mexicano.

—Seguros —dice el ministro.

—Están infraasegurados —replica Antonucci—. Su propio Ministerio del Interior ha hecho la vista gorda en relación con las prácticas hoteleras de asegurar por debajo del valor real, con el fin de fomentar el turismo. Pasa lo mismo con los grandes almacenes, los edificios de apartamentos. Incluso con los ministerios que se han venido abajo. O estaban autoasegurados, debería decir, sin fondos de apoyo. Temo que es algo escandaloso. De manera que, mientras su gobierno desprecia oficialmente al Vaticano, las instituciones financieras tienen mejor opinión de nosotros. Creo que, en su jerga, se llama la « Triple A ».

Maquiavelo solo habría podido ser italiano, piensa Parada.

Si no se tratara de un chantaje tan espantosamente cínico, cabría sentir admiración.

Pero hay demasiado trabajo que hacer, y es urgente, de modo que Parada interviene.

—Dejémonos de chorradas, ¿vale? Aportaremos cualquier tipo de ayuda, económica y material, extraoficialmente. A cambio, ustedes permitirán que nuestros sacerdotes exhiban la cruz y reconocerán sin ambages cualquier ayuda procedente de la Santa Iglesia Católica. Nos garantizarán que la siguiente administración, al cabo de un mes de tomar posesión, iniciará negociaciones para establecer relaciones oficiales entre el Estado y la Iglesia.

—Eso será en mil novecientos ochenta y ocho —dice con brusquedad Antonucci—. Faltan casi tres años.

—Sí, ya lo he calculado —dice Parada. Se vuelve hacia el ministro—. ¿Trato hecho?

Sí, por supuesto.

—¿Quién se cree que es? —pregunta Antonucci después de que el ministro se haya ido—. No vuelva a ningunearme en una negociación. Le tenía cogido por las pelotas.

—¿Es lo que debemos hacer ahora? —pregunta Parada—. ¿Tener cogida por

las pelotas a gente necesitada?

—Usted carece de autoridad para...

—¿Voy a ser conducido al paredón? —pregunta Parada—. En tal caso, dese prisa. Tengo trabajo que hacer.

—Parece olvidar que soy su superior directo.

—Para empezar, no puede olvidar lo que es incapaz de reconocer —dice Parada—. Usted no es mi superior. Usted es un político enviado por Roma para hacer política.

—El terremoto fue un acto de Dios... —empieza Antonucci.

—No doy crédito a mis oídos.

—... que nos brinda una oportunidad de salvar las almas de millones de mexicanos.

—¡No salve sus almas! —grita Parada—. ¡Sálveles a ellos!

—¡Eso es una herejía!

—¡Cojonudo!

No solo son las víctimas del terremoto, piensa Parada. Son los millones de personas que viven en la pobreza. Los incontables millones de personas hacinadas en las chabolas de Ciudad de México, la gente que vive en los vertederos de Tijuana, los campesinos sin tierra de Chiapas, que en realidad son poco más que siervos.

—Esa «teología de la liberación» no me convence —dice Antonucci.

—Me da igual —contesta Parada—. Yo no respondo ante usted, sino ante Dios.

—Puedo descolgar ese teléfono y ordenar que le trasladen a una capilla de Tierra del Fuego.

Parada agarra el teléfono y se lo acerca.

—Hágalo —dice—. Me encantaría ser un cura de parroquia en los confines del mundo. ¿Por qué no marca el número? ¿Quiere que lo haga por usted? Se está echando un farol. Llamaré a Roma, y después llamaré a los periódicos para contarles exactamente por qué me trasladan.

Ve que aparecen manchitas rojas en las mejillas de Antonucci. El pájaro está cabreado, piensa Parada. He erizado sus plumas. Pero Antonucci recupera la calma, su apariencia plácida, incluso su sonrisa complacida, al tiempo que cuelga el auricular.

—Ha elegido bien —dice Parada con una confianza que no siente—. Dirigiré este esfuerzo humanitario, blanquearé este dinero de la Iglesia para no avergonzar al gobierno, y contribuiré a que la iglesia vuelva a México.

—Estoy esperando el *quid* del *pro quo* —dice Antonucci.

—El Vaticano me nombrará cardenal.

Porque el poder de hacer el bien solo puede apoyarse en el... en el poder.

—Usted también se ha convertido en un político —dice Antonucci.

Es verdad, piensa Parada.

Estupendo.

Magnífico.

Así sea.

—Por lo tanto, hemos llegado a un acuerdo —dice Parada.

De pronto se ha convertido más en un gato que en un pájaro, piensa Parada. Piensa que se ha comido al canario. Que le he vendido mi alma por ambición. Una transacción que él puede comprender.

Bien, que piense eso.

Finja, había dicho la encantadora prostituta norteamericana.

Tiene razón: es fácil.

Tijuana

1985

Adán Barrera medita sobre el trato que acaba de hacer con el PRI. Fue muy sencillo, piensa. Vas a desayunar con una maleta llena de dinero y te marchas sin ella. Se queda debajo de la mesa, al lado de tus pies, nunca mencionada pero en todo momento asumida, un entendimiento tácito: pese a las presiones norteamericanas en sentido contrario, permitirán a Tío que vuelva a casa de su exilio en Honduras.

Y que se jubile.

Tío vivirá discretamente en Guadalajara y administrará sus negocios legales en paz y tranquilidad. Este es el aspecto positivo del acuerdo.

El negativo es que García Abrego hará realidad su antigua ambición de sustituir a Tío como el Patrón. Y tal vez no sea tan negativo. La salud de Tío es precaria y, no nos engañemos, ha cambiado desde que la perra de Talavera le traicionó. Dios, con lo mucho que le gustaba la pequeña *segundera*, hasta quería casarse con ella, y ya no es el mismo de antes.

Así que Abrego asumirá el liderazgo de la Federación desde su base de los estados del Golfo. El Verde continuará al frente de Sonora. Güero Méndez conservará la Plaza de Baja.

Y el gobierno federal mexicano hará la vista gorda. Gracias al terremoto.

El gobierno necesita dinero para reconstruir, y en este momento solo hay dos fuentes: el Vaticano y los narcos. La Iglesia ya ha intervenido, sabe Adán, y nosotros también. Pero habrá una compensación, y el gobierno cumplirá.

Además, la Federación también correrá con los gastos necesarios para que el partido gobernante, el PRI, gane las próximas elecciones, como ha sucedido desde la revolución. Incluso ahora, Adán está ayudando a Abrego a organizar

una cena para recaudar fondos, a veinticinco millones de dólares el cubierto, a la que se espera que contribuyan todos los narcos y hombres de negocios de México.

Si es que quieren hacer negocios, claro está.

Y siempre necesitamos hacer negocios, piensa Adán. El fiasco de Hidalgo alteró gravemente sus planes, e incluso con Arturo fuera del país y la situación calmada, hay que recuperar mucho dinero. Ahora, una vez restablecidas las relaciones con Ciudad de México, podemos volver a los negocios como antes.

Lo cual significa robar la Plaza de Baja a Güero.

Había sido idea de Tío que sus sobrinos se infiltraran en Tijuana.

Como cuclillos.

Porque el plan a largo plazo era ir aumentando poco a poco su poder e influencia, y después expulsar a Güero de su nido. De todos modos, es un propietario ausente, que intenta dirigir la Plaza de Baja desde su rancho situado en las afueras de Culiacán. Güero confía en lugartenientes para controlar el día a día de la Plaza, narcos que le son leales, como Juan Esparagoza y Tito Mical.

Y Adán y Raúl Barrera.

Había sido idea de Tío que Adán y Raúl entablaran amistad con los vástagos de la clase dirigente de Tijuana. «Convertíos en parte del tejido, por si quieren eliminaros que no puedan hacerlo sin romper toda la manta. Cosa que no harán». Hacedlo lenta, cautelosamente, hacedlo sin que Güero se dé cuenta, pero hacedlo.

—Empezad con los críos —había aconsejado—. Los mayores harán cualquier cosa con tal de proteger a los pequeños.

Así que Adán y Raúl habían lanzado una ofensiva de seducción. Compraron casas caras en la exclusiva Colonia Hipódromo, y de repente estuvieron metidos en el ajo. De hecho, estaban en todas partes. Como si un día no existiera Raúl Barrera, y al día siguiente te lo encontraras hasta en la sopa. Vas a un club, y allí está Raúl, pagando la cuenta. Vas a la playa, y Raúl está haciendo katas de kárate. Vas a las carreras, y Raúl está apostando fuerte. Vas a una disco, y Raúl está inundando el lugar de Dom Pérignon. Empieza a congregar una corte a su alrededor, los vástagos de la sociedad de Tijuana, los hijos de diecinueve y veinte años de banqueros, abogados, médicos y funcionarios del gobierno, a quienes les gusta aparcar sus coches a lo largo de una pared, junto a un gigantesco roble centenario, y hablar de chorradas con Raúl.

Muy pronto, el árbol se convierte simplemente en «el árbol», y todo el mundo se reúne en el Árbol.

Como Fabián Martínez.

Fabián es guapo como una estrella de cine.

No se parece a su tocayo, un antiguo cantante que salía en películas playeras, sino a un joven Tony Curtis hispano. Fabián es un chico guapo, y lo sabe. Todo el mundo se lo ha estado diciendo desde que tenía seis años, y el espejo no es más que una confirmación. Es alto, de piel cobriza y boca ancha y sensual. Tiene abundante pelo negro, que lleva peinado hacia atrás. Tiene dientes blancos y relucientes (tras años de caros tratamientos de ortodoncia) y una sonrisa seductora.

Lo sabe porque la ha practicado... un montón.

Fabián está matando el tiempo un día cuando oye que alguien dice:

—Vamos a matar a alguien.

Fabián mira a su *cuate* Alejandro.

Esto es la hostia.

Como salido de *El precio del poder*.

Aunque Raúl Barrera no se parece en nada a Al Pacino, es alto y fornido, ancho de espaldas y con un cuello adecuado a los movimientos de kárate que está siempre exhibiendo. Hoy viste una chaqueta de cuero y una gorra de béisbol de los San Diego Padres. Las joyas sí que son como las de Al Pacino. No le caben más: gruesas cadenas de oro alrededor del cuello, pulseras de oro en las muñecas, anillos de oro y el inevitable Rolex de oro.

De hecho, piensa Fabián, el hermano mayor de Raúl se parece más a Al Pacino, pero ahí acaban las semejanzas con *El precio del poder*. Fabián se ha encontrado con Adán Barrera solo unas cuantas veces: en un club nocturno con Ramón, en un combate de boxeo, otra vez en El Big, la hamburguesería de Ted en la avenida de la Revolución. Pero Adán parece más un contable que un *narcotraficante*. Ni abrigos de visón, ni joyas, muy tranquilo y de voz suave. Si alguien no te lo señalara, ni repararías en su presencia.

En Raúl sí que te fijas.

Hoy está apoyado contra su flamante Porsche Targa rojo, y habla como si tal cosa de matar a alguien.

Da igual a quién.

—¿Quién tiene un enemigo? —les pregunta Raúl—. ¿A quién queréis borrar del mapa?

Fabián y Alejandro intercambian otra mirada.

Han sido *cuates* durante mucho tiempo, casi desde que nacieron, pues nacieron con pocas semanas de diferencia en el mismo hospital, el Scripps de San Diego. Era una práctica común entre la clase alta de Tijuana a finales de los sesenta: cruzaban la frontera para que sus hijos gozaran de la ventaja de la doble nacionalidad. De manera que Fabián y Alejandro, y la mayoría de sus *cuates*, nacieron en Estados Unidos, fueron al jardín de infancia y a preescolar juntos en

el exclusivo barrio de Hipódromo, en las colinas que dominan el centro de Tijuana. Cuando ya estaban a punto de entrar en quinto o sexto, sus padres se trasladaron a San Diego con los hijos, para que los chicos pudieran ir a un instituto de Estados Unidos, aprender inglés, ser totalmente biculturales y establecer contactos transnacionales que tan importantes serían para triunfar más adelante. Sus padres reconocían que, si bien Tijuana y San Diego se encontraban en dos países diferentes, se hallaban en la misma comunidad comercial.

Fabián, Alejandro y todos sus colegas fueron al instituto para chicos católico Augustine. Sus hermanas fueron a Nuestra Señora de la Paz (Sus padres echaron un rápido vistazo a las escuelas públicas de San Diego y decidieron que no querían que fueran tan biculturales). Pasaban los días de la semana con los curas y los fines de semana en Tijuana, celebrando fiestas en el club de campo o visitando las playas de Rosarito y Ensenada. A veces se quedaban en San Diego, dedicados a la misma mierda que los adolescentes norteamericanos los fines de semana: comprar ropa en el centro comercial, ir al cine, pasear por Pacific Beach o La Jolla Shores, montar fiestas en casa del amigo cuyos padres estuvieran fuera el fin de semana (y había muchos. Una de las ventajas de ser un chico rico es que tus padres tienen dinero para viajar), beber, follar, fumar hierba.

Estos chicos llevan dinero en el bolsillo y visten bien. Siempre fue así, tanto en el colegio como en el instituto. Fabián, Alejandro y su pandilla iban siempre a la última, compraban en las mejores tiendas. Incluso ahora, los dos en la Universidad de Baja, llevan suficiente dinero en el bolsillo para ir de punta en blanco. Gran parte del tiempo que no pasan en discos y clubes, o matando el tiempo en el Árbol, lo dedican a ir de compras. Pasan muchísimo tiempo más comprando que estudiando, de eso no cabe duda.

No es que sean estúpidos.

No lo son.

Sobre todo Fabián: es un chico listo. Podría hacer un curso de económicas con los ojos cerrados, como lo tiene en clase la mitad del tiempo. Fabián es capaz de calcular el interés compuesto en su cabeza mientras tú aún estás pulsando las teclas de tu calculadora. Podría ser un estudiante estupendo.

Pero no hace falta. No forma parte del plan.

El plan es el siguiente: tú vas al instituto en Estados Unidos, vuelves y apruebas en la universidad, tu papá te mete en el negocio, y con todos los contactos que has hecho a ambos lados de la frontera, ganas dinero.

Ese es el plan de vida.

Pero el plan no preveía que los hermanos Barrera se mudaran a la ciudad. No estaba incluido en el lote que Adán y Raúl Barrera se mudaran a Colonia Hipódromo y alquilaran una gran mansión blanca en lo alto de la colina.

Fabián conoce a Raúl en una disco. Está sentado a una mesa con un grupo de

amigos y entra este tío asombroso (abrigo de visón largo hasta los pies, botas de vaquero verde fosforescente y sombrero de vaquero negro), y Fabián mira a Alejandro y dice:

—¿Te has fijado en eso?

Piensan que el tipo está de guasa, pero el guasón les mira, llama a gritos a un camarero y pide treinta botellas de champán.

Treinta botellas de champán.

Y no una mierda barata, no: Dom.

Que paga a tocateja.

—¿Quién se viene de marcha conmigo? —pregunta después.

Resulta que todo el mundo.

La marcha va por cuenta de Raúl Barrera.

La marcha va por cuenta, y punto, tío.

Entonces, un día no está, y al otro sí.

Por ejemplo, están sentados un día alrededor del Árbol, fumando un poco de hierba y practicando un poco de kárate, y Raúl se pone a hablar de Felizardo.

—¿El boxeador? —pregunta Fabián. César Felizardo, el héroe más grande de México.

—No, el labriego —contesta Raúl. Termina un veloz golpe hacia atrás y mira a Fabián—. Sí, el boxeador. Pelea contra Pérez aquí la semana que viene.

—No quedan entradas —contesta Fabián.

—Para ti no —dice Raúl.

—¿Para ti sí?

—Es de mi ciudad —dice Raúl—. Culiacán. Yo era su representante. Es mi *piejo*. Si queréis ir, yo me encargo.

Sí, quieren ir, y sí, Raúl se encarga. Asientos de primera fila. El combate no dura mucho (Felizardo deja KO a Pérez en el tercer asalto), pero aun así es una caña. Lo mejor es cuando Raúl les lleva al vestuario después para presentarles a Felizardo. Habla con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Fabián también repara en algo más: Felizardo les trata como a colegas, y trata a Raúl como a un *cuate*, pero el boxeador trata a Adán de una manera diferente. Hay un aire de deferencia en su forma de hablarle a Adán. Y Adán no se queda mucho rato, entra, felicita al boxeador y se marcha.

Pero todo se detiene durante los escasos minutos que está en la habitación.

Sí, Fabián capta la idea de que los Barrera pueden llevarte a sitios, y no solo a asientos de tribuna de un partido de fútbol (Raúl les lleva), o a asientos de palco para ver el partido de los Padres (Raúl les lleva), o incluso a Las Vegas, a donde todos vuelan un mes después, se alojan en el Mirage, pierden todo su puto dinero, ven a Felizardo sacudir de lo lindo a Rodolfo Aguilar durante seis asaltos para conservar su título de peso ligero, y después se van de juerga con un batallón de *call girls* de lujo a la suite de Raúl, para volver a casa (con resaca, bien follados y

felices) la tarde siguiente.

No, capta la idea de que los Barrera pueden llevarte de un día a otro a lugares a los que no accederías en años, si lo consigues alguna vez, trabajando catorce horas en la oficina de tu padre.

Se oyen cosas acerca de los Barrera (el dinero que van tirando a su alrededor procede de las drogas, bueno, ¿y qué?), pero sobre todo acerca de Raúl. Una de las historias que les han contado entre susurros sobre Raúl dice así:

Está sentado en su coche delante de casa, con música *bandera* sonando en los altavoces a toda pastilla y el bajo a máximo volumen, cuando uno de los vecinos sale y llama con los nudillos a la ventanilla del coche.

Raúl baja la ventanilla.

—¿Sí?

—¿Podría bajar el volumen? —chilla el tipo por encima de la música—. ¡La oigo dentro de casa! ¡Las ventanas vibran!

Raúl decide tocarle un poco los cojones.

—¿Qué? —grita—. ¡No le oigo!

El hombre no está de humor para mamonadas. También es un machito.

—¡La música! —grita—. ¡Bájela! ¡Está demasiado alta, joder!

Raúl saca la pistola de la chaqueta, la apoya en el pecho del hombre y aprieta el gatillo.

—Ahora no está demasiado alta, ¿verdad, *pendejo*?

El cuerpo del hombre desaparece, y nadie se vuelve a quejar de la música de Raúl.

Fabián y Alejandro han hablado de esta historia y han decidido que debe de ser una chorrada, no puede ser cierta, es demasiado al estilo de *El precio del poder* para ser real. Pero, cuando Raúl ha terminado su canuto sugiere: «Vamos a matar a alguien», como si sugiriera ir a Bassin-Robbins a comprar un cucurucho de helado.

—Vamos —dice Raúl—, seguro que querréis desquitaros de alguien.

Fabián sonríe a Alejandro.

—De acuerdo... —dice.

El padre de Fabián le había regalado un Miata. Los padres de Alejandro le habían regalado un Lexus. La otra noche estaban haciendo carreras, como tantas otras noches. Pero esa noche Fabián adelanta a Alejandro en una carretera de dos carriles y otro coche viene en dirección contraria. Fabián consigue meterse en su carril y evitar un choque frontal por un pelo. Resulta que el otro conductor es un tipo que trabaja en el edificio de oficinas de su padre y reconoce el coche. Llama al padre de Fabián, que se cabrea como una mona y le confisca el Miata durante seis meses, y ahora Fabián se ha quedado sin coche.

Fabián se lo cuenta a Raúl.

Es una broma, ¿verdad? Una bobada, una gracia, cosas de colgados.

Hasta que el hombre desaparece una semana después.

Una de esas raras noches en que el padre de Fabián va a casa a cenar, encuentra a Fabián y empieza a hablarle de un hombre de su edificio que ha desaparecido, borrado de la faz de la Tierra, y Fabián se excusa de la mesa, va al cuarto de baño y se lava la cara con agua fría.

Más tarde se encuentra con Alejandro en un club y comentan el asunto protegidos por la música estridente.

—Mierda —dice Fabián—. ¿Crees que lo habrá hecho?

—No lo sé —dice Alejandro. Mira a Fabián y se echa a reír—. Noooo.

Pero el hombre no aparece. Raúl nunca dice ni una palabra al respecto, pero el hombre no aparece. Y Fabián está acojonado, digamos. Era una broma, solo le estaba poniendo a prueba, ¿y por eso ha muerto un hombre?

¿Y cómo te sientes?, se pregunta, como haría un consejero escolar.

La respuesta sorprende a Fabián.

Se siente alucinado, culpable y...

Estupendo.

Poderoso.

Señalas con un dedo y...

Adiós, cabronazo.

Es como el sexo, pero mejor.

Dos semanas después hace acopio de valor para hablar de negocios con Raúl. Suben al Porsche rojo y van a dar una vuelta.

—¿Cómo entro? —pregunta Fabián.

—¿Dónde?

—*La pista secreta* —dice Fabián—. No tengo mucho dinero. Quiero decir que no tengo mucho dinero propio.

—No necesitas dinero —dice Raúl.

—¿No?

—¿Tienes una carta verde?

—Sí.

—Por ahí se empieza.

Así de sencillo. Dos semanas después, Raúl regala a Fabián un Ford Explorer y le dice que cruce la frontera por Otay Mesa. Le dice a qué hora tiene que cruzar y qué carril tiene que utilizar. Fabián está acojonado, pero es una pasada, un chute de adrenalina. Cruza la frontera como si no existiera. El hombre le indica con un ademán que pase. Conduce hasta la dirección que Raúl le ha dado, donde dos tíos suben al Explorer, él sube al de ellos y vuelve a Tijuana.

Raúl le da diez de los grandes.

En metálico.

Fabián también enrola a Alejandro.

Son *cuates*, colegas.

Alejandro le acompaña dos veces, y luego entra en el negocio. Está bien, ganan dinero, pero...

—No estamos ganando mucho dinero —le dice a Alejandro una tarde.

—A mí me parece que sí.

—Pero se gana mucho más dinero transportando coca.

Va a ver a Raúl y le dice que está dispuesto a prosperar.

—Genial, hermano —dice Raúl—. Todos estamos dispuestos a prosperar.

Le cuenta a Fabián de qué va el rollo y hasta le pone en contacto con los colombianos. Se sienta con él mientras redactan un contrato de lo más habitual: Fabián recibirá cargamentos de cincuenta kilos de coca, que un barco de pesca desembarcará en Rosario. Los pasará a través de la frontera a mil el kilo. No obstante, cien de esos grandes irán a parar a Raúl, a cambio de protección.

Bam.

Cuarenta de los grandes, así de fácil.

Fabián hace dos contratos más y se compra un Mercedes.

Puedes quedarte el Miata, papá. Aparca ese cortacésped japonés, y no lo muevas. Y entretanto: Ya puedes dejarme de dar la paliza con las notas, porque he sacado sobresaliente en Marketing 101. Ya soy corredor de materias primas, papá. No te preocupes por meterme en la empresa, porque lo último que deseo en este mundo es un T-R-A-B-A-J-O.

No podría soportar el recorte salarial.

Si crees que Fabián ligaba antes, tendrías que verle ahora.

Fabián tiene D-I-N-E-R-O.

Tiene veintiún años y vive a lo grande.

Los demás chicos se dan cuenta, los demás hijos de médicos y abogados y corredores de Bolsa. Se dan cuenta y quieren imitarle. Muy pronto, casi todos los chicos que frecuentan el pequeño círculo de Raúl en el Árbol, practicando kárate y fumando hierba, están en el negocio. Introducen la mierda en Estados Unidos, o hacen sus propios contratos y dan su parte a Raúl.

Están metidos (la siguiente generación de la estructura de poder de Tijuana) hasta el cuello.

Muy pronto, el grupo recibe un mote. Los Junior.

Fabián se convierte, pues, en el Junior.

Una noche, está tomando unas copas en Rosario cuando se topa con un boxeador llamado Eric Casavales y su promotor, un tío mayor llamado José Miranda. Eric es un boxeador muy bueno, pero esta noche está borracho y no se da cuenta de quién es aquel blandito cachorro de yuppy. Bebidas derramadas, camisas manchadas, intercambio de palabras. Sin dejar de reír, Casavales saca una pistola del cinturón y la agita ante las narices de Fabián, antes de que José consiga llevarse lo.

De modo que Casavales se aleja tambaleante, riendo de la expresión asustada

del niño rico cuando vio el cañón de la pistola, y todavía continúa riendo cuando Fabián se dirige a su Mercedes, saca su pistola de la guantera, alcanza a Casavales y a Miranda, que están parados ante el coche del boxeador, y les mata a tiros.

Fabián tira la pistola al mar, sube a su Mercedes y regresa a Tijuana.

Y se siente muy bien.

Satisfecho de sí mismo.

Esa es una versión de la historia. La otra, muy popular en Ted's Big Boy, es que el encuentro de Martínez con el boxeador no fue accidental, que el promotor de Casavales estaba retrasando un combate que César Felizardo necesitaba para ascender y no daba su brazo a torcer, ni siquiera después de que Adán Barrera le abordara con una oferta muy razonable. Nadie sabe cuál es el verdadero motivo, pero Casavales y Miranda están muertos, y ya avanzado ese mismo año, Felizardo consigue su combate por el campeonato de los pesos ligeros y lo gana.

Fabián niega haber matado a alguien por ningún motivo, pero cuanto más lo niega, más credibilidad gana la historia.

Raúl llega al extremo de ponerle un mote.

El Tiburón.

Porque se mueve como un tiburón en el agua.

Adán no trabaja con los chicos. Trabaja con los adultos.

Lucía le supone una enorme ayuda, con su árbol genealógico y su estilo de la vieja escuela. Le lleva a un buen sastre, le compra trajes caros y clásicos y ropa sencilla. (Adán intenta, pero fracasa, que Raúl se someta a la misma transformación. En todo caso, su hermano se vuelve aún más extravagante, y añade a su indumentaria de narcovaquero de Sinaloa, por ejemplo, un abrigo de visón largo hasta los pies). Lucía le lleva a clubes de poder privados, a los restaurantes franceses del distrito de Río, a fiestas privadas en casas particulares de los barrios de Hipódromo, Chapultepec y Río.

Y van a la iglesia, por supuesto. Van a misa los domingos por la mañana. Dejan generosos cheques en el cepillo, dedican enormes contribuciones al fondo para construcción, el fondo del orfanato, el fondo para curas ancianos. El padre Rivera va a su casa a cenar, celebran barbacoas en el patio trasero, jóvenes parejas que acaban de iniciar una familia les piden que sean los padrinos de sus primogénitos. Son como cualquier otra pareja joven y ambiciosa de Tijuana. Él es un hombre de negocios tranquilo y serio, primero con un restaurante, después dos, después cinco. Ella es la esposa de un hombre de negocios joven.

Lucía va al gimnasio, a comer con las demás esposas, a San Diego de compras en Fashion Valley y Horton Plaza. Ella lo considera un deber para con los negocios de su marido, pero nada más. Las demás esposas lo comprenden: la

pobre Lucía tiene que dedicar tiempo a la pobre niña, quiere estar en casa, está entregada a la Iglesia.

Ahora es madrina de media docena de bebés. Sufre por ello. Cree que está condenada a erguirse con una sonrisa afligida ante la pila bautismal, sosteniendo al hijo sano de otra mujer.

Si no está en casa, es fácil encontrar a Adán en la parte posterior de alguno de sus restaurantes, bebiendo café y anotando cifras en una libreta. Si no supieras cuáles son sus verdaderos negocios, nunca lo adivinarías. Parece un joven contable. Si no pudieras ver las cifras escritas a lápiz en la libreta, jamás pensarías que son los cálculos de equis kilos de cocaína por la cuota de entrega de los colombianos, menos los gastos de transporte, los gastos de protección, los sueldos de los empleados y otros gastos generales, el diez por ciento de Güero, los diez puntos de Tío. Son cálculos más prosaicos que el coste del filete de buey, las servilletas de hilo y los artículos de limpieza de los cinco restaurantes que ya posee, pero casi siempre está ocupado con el cálculo más complicado de mover toneladas de coca colombiana, así como la sinsemilla de Güero, y cantidades pequeñas de heroína para introducirse en el mercado.

Raras veces ve las drogas, a los proveedores o a los clientes. Adán solo se encarga del dinero (cobrarlo, contarlo, blanquearlo). Pero no lo recoge. Eso es asunto de Raúl.

Raúl se encarga de su parte del negocio.

Pongamos el caso de los dos camellos que cogen doscientos kilos de dinero de los Barrera, cruzan la frontera y siguen conduciendo hacia Monterrey en lugar de ir a Tijuana. Pero las autopistas mexicanas pueden ser largas y, como no podía ser menos, el PJF detiene a los dos *pendejos* cerca de Chihuahua, y los retiene el tiempo suficiente para que Raúl llegue.

Raúl no está contento.

Tiene las manos de un camello extendidas bajo una cortadora de papel.

—¿Tu madre no te enseñó nunca a guardarte las manos en los bolsillos? —le pregunta.

—¡Sí! —chilla el camello. Tiene los ojos desorbitados.

—Tendrías que haberle hecho caso —dice Raúl.

Entonces apoya todo su peso sobre la hoja, que cercena las muñecas del camello. Los polis llevan al tipo corriendo al hospital porque Raúl ha dejado muy claro que quiere vivo al hombre sin manos, y paseando por ahí como un tablero de anuncios humano.

El otro camello fugitivo consigue llegar a Monterrey, pero encadenado y amordazado en el maletero de un coche que Raúl conduce hasta un aparcamiento desierto, rocía con gasolina y prende fuego. Después Raúl transporta el dinero hasta Tijuana en persona, come con Adán y va a un partido de fútbol.

Durante mucho tiempo, nadie intenta apropiarse del dinero de los Barrera.

Adán no interviene en ninguno de los asuntos sucios. Es un hombre de negocios. Tiene una empresa de importación/exportación: exporta drogas, importa dinero. Después se ocupa del dinero, lo cual supone un problema. Es el tipo de problema que todo hombre de negocios quiere padecer, por supuesto: ¿Qué hago con todo este dinero? Pero sigue siendo un problema. Adán puede blanquear cierta cantidad por mediación de los restaurantes, pero cinco restaurantes no pueden producir millones de dólares, de modo que siempre está buscando sistemas de blanqueo.

Pero para él, todo son números.

Hace años que no ve drogas.

Ni sangre.

Adán Barrera nunca ha matado a nadie.

Ni siquiera ha cerrado un puño impulsado por la ira. No, todo eso es cosa de Raúl. No parece importarle, todo lo contrario. Y esta división del trabajo facilita a Adán negar el origen del dinero que entra en casa.

Y eso es lo que necesita volver a hacer, llevar dinero a casa.

7
NAVIDAD

*And the tuberculosis old men
At the Nelson wheeze and cough
And someone will head south
Until this whole thing cools off...*

TOM WAITS, « Small Change »

Nueva York
Diciembre de 1985

Callan desbasta una tabla.

Con un largo y suave movimiento, recorre la madera con el cepillo de un extremo a otro, y después retrocede para examinar su obra.

Tiene buen aspecto.

Coge un pedazo de papel de lija, lo envuelve alrededor de un bloque de madera y empieza a alisar el borde que acaba de crear.

Las cosas van bien.

Sobre todo, reflexiona Callan, van bien porque se pusieron muy mal.

Pensemos en la gran puntuación de cocaína de Peaches: cero.

En realidad, menos de cero.

Callan no recibió ni un centavo de eso, pues toda la cocaína acabó en un almacén del FBI antes de que llegara a la calle. Los federales debían de estar enterados desde el primer momento, porque en cuanto Peaches introdujo la coca en la jurisdicción del Distrito Este de Nueva York, los hombres de Giuliani cayeron sobre ella como moscas atraídas por la mierda.

Y Peaches fue acusado de posesión con intención de distribución.

Mal rollo.

Peaches se expone a padecer la crisis de los cincuenta en Ossining, si vive para contarle, y tiene que encontrar el dinero de la fianza, sin contar el dinero del abogado, sin contar que durante todo ese tiempo no va a ganar ni un centavo, de modo que Peaches ha anunciado «Muchachos, ha llegado el momento de recaudar impuestos», de manera que no solo Callan y O-Bop pierden su inversión en coca, sino que han de aportar fondos para la defensa de Big Peaches, lo cual supone un buen pedazo del dinero de los sobornos, el dinero de

las extorsiones y el dinero de los préstamos.

Pero la buena noticia es que no fueron acusados de nada. Pese a todos sus defectos, Peaches es un tipo legal (y también Little Peaches), y si bien los federales grabaron en cinta a Peaches hablando con y/o sobre todos los gánsters de la Gran Zona Metropolitana de Nueva York, no obtuvieron nada sobre O-Bop o Callan.

Lo cual nos ha ido de puta madre, piensa Callan.

Esa cantidad de coca supone entre treinta años y la perpetua, con más probabilidades de que caiga la perpetua.

De modo que todo va bien.

Lo cual consigue que el aire sea muy dulce, poder olerlo y saber que vas a seguir oliéndolo.

Ya cuentas con una ventaja.

Pero Peaches está como loco, y Little Peaches también, y corre la voz de que los federales pillaron a Cozzo, al hermano de Cozzo y a un par más, y están intentando que Peaches pierda la chaveta para crucificarlo.

Sí, buena suerte, piensa Callan.

Peaches es de la vieja escuela.

Los de la vieja escuela no se lo ponen fácil.

Pero esta época difícil es el último de los problemas de Peaches, porque los federales han presentado cargos contra Big Paulie Calabrese.

No por la coca, sino por un barco cargado de otros implicados de RICO, y Big Paulie está sudando la gota gorda porque solo han pasado unos meses desde que ese plasta de Giuliani condenó a un siglo de cárcel por cabeza a otros cuatro jefazos, y el caso de Big Paulie es el siguiente.

Ese Giuliani es un cabronazo, conoce muy bien el viejo brindis italiano *Cent'anni* (« Que vivas cien años »), solo que significa « Que vivas cien años en la treña ». Y Giuliani quiere concluir el ciclo, quiere cortar todas las cabezas de las Cinco Familias, y da la impresión de que Paulie está de capa caída. Como resulta comprensible, Paulie no quiere morir en chirona, así que está un poco tenso.

Intenta descargar un poco de su *agita* sobre Big Peaches.

Si traficas, mueres.

Peaches proclama que es inocente, que los federales le tendieron una trampa, que ni soñaría en desafiar a su jefe vendiendo droga, pero Calabrese no para de oír rumores sobre unas cintas en las que Peaches habla de la coca y dice cosas ofensivas sobre el propio Calabrese, pero Peaches se defiende: ¿Cintas? ¿Qué cintas? Y los federales no entregarán las cintas a Paulie, porque no pretenden utilizarlas como pruebas en el caso de Calabrese (todavía), pero Calabrese está convencido de que van a utilizarlas contra Peaches en su caso, de manera que Peaches las tiene, y Paulie exige que se las lleve a su casa de Todt Hill.

Y Peaches se resiste a ello con desesperación, porque sería como meterse una granada en el culo y tirar de la anilla. Porque sale en las cintas soltando mierda como: « ¿Sabes esa tía que la Madrina se está tirando? ¿Estás preparado? Por lo visto, utiliza un hinchador de pollas» .

Y otros cotilleos sobre la Madrina, y el capullo mezuquino, barato y pichaflaja que es, por no hablar de un resumen verbal de todo el orden de bateo de los Cimino, de manera que Peaches no quiere que las cintas lleguen a oídos de Paulie.

Lo que tensa todavía más la situación es que el cáncer está acabando por fin con Neill Demonte, el jefe de los Cimino, un hombre de la vieja escuela, y el único capaz de impedir que la rama Cozzo de la familia se rebelara abiertamente. De modo que no solo se ha perdido esa influencia disuasoria, sino que el puesto de jefe va a quedar vacante, y la rama Cozzo alberga esperanzas.

La de que Johnny Boy, y no Tommy Bellavia, sea nombrado el nuevo jefe.

—No voy a obedecer las órdenes de un puto chófer —rezonga Peaches, como si no estuviera patinando ya sobre una fina capa de hielo. Como si fuera a tener una puta posibilidad de obedecer otras órdenes que no sean las del alcaide de Saint Peter.

Callan escucha todas estas habladurías de labios de O-Bop, el cual se niega a creer que Callan vaya a retirarse.

—No puedes salirte —dice O-Bop.

—¿Por qué no?

—¿Crees que puedes irte así como así? —le pregunta O-Bop—. ¿Crees que hay una puerta de salida?

—Eso creo —responde Callan—. ¿Por qué?, ¿vas a impedirme el paso?

—No —se apresura a decir O-Bop—, pero hay gente por ahí que abriga, y a sabes, resentimientos. No te conviene estar solo.

—Eso es lo que quiero.

Bien, no exactamente.

La verdad es que Callan está enamorado.

Termina de cepillar la tabla y se marcha a casa, pensando en Siobhan.

La conoce en el pub Glocca Morra, en la Veintiséis con la Tercera. Está sentado en la barra tomando una cerveza, mientras oye a Joe Burke tocar su flauta irlandesa, y la ve con un grupo de amigos sentada a una mesa de delante. Lo primero que le llama la atención es su largo pelo negro. Después ella se vuelve, ve su cara y aquellos ojos grises, y está perdido.

Se acerca a la mesa y se sienta.

Resulta que su nombre es Siobhan y acaba de llegar de Belfast. Se crió en

Kashmir Road.

—Mi padre era de Clonnard —dice Callan—. Kevin Callan.

—He oído hablar de él —dice ella, y vuelve la cara.

—¿Qué?

—Vine aquí para huir de todo aquello.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunta Callan.

Mierda, todas las canciones que cantan en este local van de eso, de los Problemas, pasados, presentes o futuros. Incluso ahora, Joe Burke deja la flauta, coge el banjo y la banda ataca « The Men Behind the Wire » :

Armoured cars and tanks and guns

Came to take away our sons

But every man will stand behind

The men behind the wire.

—No sé —dice ella—. Es donde van los irlandeses, ¿no?

—Hay otros lugares —dice él—. ¿Has cenado?

—He venido con unos amigos.

—No les importará.

—Pero a mí sí.

Abrasado en llamas.

—Tal vez en otro momento —dice ella.

—¿« En otro momento » es un rechazo educado? —pregunta Callan—. ¿O quiere decir que quedamos en otro momento?

—El jueves por la noche estoy libre.

La lleva a un local caro de Restaurant Row, en las afueras de la Cocina, pero dentro del área de influencia de O-Bop y él. Ni una servilleta llega a este lugar sin que O-Bop y él permitan el paso, el inspector de incendios no repara en que la puerta de atrás está cerrada con llave, el poli de ronda siempre considera conveniente pasar de largo y revelar sus intenciones, y a veces algunas cajas de whisky bajan del camión sin el engorro de una factura, de modo que Callan recibe una mesa de primera y un servicio atento.

—Jesús —dice Siobhan cuando examina la carta—. ¿Puedes permitirte esto?

—Sí.

—¿Qué haces? —pregunta ella—. ¿En qué trabajas?

Una pregunta incómoda.

—Esto y aquello.

Con « esto » se refiere al chantaje, la usura y los asesinatos pagados. Con « aquello », a la droga.

—Debe de ser lucrativo —dice ella—, « esto y aquello ».

Callan cree que ella va a levantarse y salir por la puerta en ese mismo momento, pero en cambio pide lenguado a la plancha. Callan no sabe una mierda

de vinos, pero se pasó por el restaurante esa tarde e informó de que, pidiera lo que pidiese la chica, el sumiller debía aparecer con la botella adecuada.

Lo hace.

Obsequio de la casa.

Siobhan mira a Callan de una forma peculiar.

—Trabajo un poco para ellos —explica Callan.

—Esto y aquello.

—Sí.

Se levanta unos minutos después para ir al cuarto de baño y localiza al encargado.

—Escucha, quiero la cuenta, ¿vale?

—Sean, el propietario me matará si te presento la factura.

Porque este no es el trato. El trato es, siempre que Sean Callan y Stevie O'Leary entran, comen y la cuenta no aparece, y dejan una generosa propina para el camarero. Está muy claro, tanto como que no van muy a menudo, sino que van visitando por turnos los locales de Restaurant Row.

Está nervioso. No sale con muchas chicas, y cuando lo hace suelen ir al Gloc o al Liffey, y si comen algo es una hamburguesa, o un guiso de cordero, y luego cogen una buena mierda, follan y después apenas se acuerda. Solo va a sitios como este por asuntos de negocios, a hacer acto de presencia, como dice O-Bop.

—Ha sido la mejor cena de toda mi vida —dice ella mientras se limpia los últimos restos de la mousse de chocolate de sus labios.

Llega la cuenta y es para desmayarse.

Cuando Callan la mira, no sabe cómo la gente normal puede vivir. Saca un fajo de billetes del bolsillo y los deja sobre la bandeja, lo cual le vale otra mirada de curiosidad de Siobhan.

De todos modos, se queda sorprendido cuando le lleva a su apartamento y le conduce sin más preámbulos al dormitorio. Se quita el jersey por encima de la cabeza y se sacude el pelo, después se desabrocha el sujetador. Luego se quita los zapatos, los vaqueros y se mete bajo las sábanas.

—Aún llevas puestos los calcetines —dice Callan.

—Tengo los pies helados —dice ella—. ¿Vienes?

Callan se quita la ropa, salvo los calzoncillos, de los cuales se desprende cuando está bajo las sábanas. Ella le guía hacia su interior. Se corre enseñada, y cuando él está a punto de hacerlo intenta salir, pero ella le inmoviliza con las piernas para impedirlo.

—No pasa nada. Tomo la pildora. Quiero que te corras dentro de mí.

Entonces menea las caderas, y asunto concluido.

Por la mañana se va a confesar. Si no, le explica, no podrá tomar la comunión el domingo.

—¿Vas a confesar lo que hemos hecho? —pregunta él.

—Por supuesto.

—¿Vas a prometer que no lo volverás a hacer? —pregunta él, temeroso de que la respuesta sea sí.

—No puedo mentirle a un cura —dice ella.

Se marcha. Callan vuelve a dormirse. Despierta cuando nota que ella ha vuelto a la cama con él. Pero cuando extiende la mano, ella le rechaza, le dice que tendrá que esperar hasta la misa de mañana, porque tiene que tener el alma pura para tomar la comunión.

Chicas católicas, piensa Callan.

La lleva a la misa de medianoche.

Al cabo de poco, pasan juntos casi todo el tiempo.

Demasiado tiempo, según O-Bop.

Después se van a vivir juntos. La actriz a la que Siobhan ha estado sustituyendo vuelve de su gira, y Siobhan tiene que encontrar un sitio donde vivir, lo cual no es fácil en Nueva York con lo que gana una camarera, de modo que Callan sugiere que se vaya a vivir con él.

—No sé —dice ella—. Es un paso muy importante.

—De todos modos, dormimos juntos casi todas las noches.

—«Casi» es la palabra clave.

—Acabarás viviendo en Brooklyn.

—Brooklyn está bien.

—Está bien, pero el trayecto en metro es muy largo.

—Deseas de verdad que me vaya a vivir contigo.

—Deseo de verdad que te vengas a vivir conmigo.

El problema es que su casa es un agujero de mierda. Un tercer piso sin ascensor en la Cuarenta y siete con la Once. Una habitación y un baño. Tiene una cama, una silla, una tele, un horno que nunca ha encendido y un microondas.

—¿Cuánto dinero ganas? —pregunta Peaches—. ¿Y vives así?

—Es todo lo que necesito.

Pero ahora no, así que empieza a buscar otro sitio.

Está pensando en el Upper West Side.

A O-Bop no le gusta.

—Quedaría mal que te fueras del barrio —dice.

—Aquí y a no hay sitios buenos —dice Callan—. Todo está alquilado.

Resulta que no es verdad. O-Bop hace correr la voz entre algunos administradores de fincas, se devuelven algunas entradas y cuatro o cinco bonitos apartamentos quedan libres para que Callan elija. Escoge un lugar en la Quince con la Doce, con un pequeño balcón y vistas al Hudson.

Siobhan y él empiezan a adecentar la casa.

Ella compra cosas, mantas y sábanas y almohadas y toallas y toda esa mierda femenina para el cuarto de baño. Y ollas y sartenes y platos y paños de

cocina y toda esa mierda que al principio le alucinan, pero luego empiezan a gustarle.

—Podríamos comer más en casa —dice ella—, y ahorrar mucho dinero.

—¿Comer más en casa? —pregunta él—. Nunca comemos en casa.

—A eso me refiero —dice ella—. Gastamos una fortuna que podríamos ahorrar.

—¿Para qué?

No lo entiende.

Peaches se lo aclara.

—Los hombres viven en el ahora. Come ahora, bebe ahora, echa un polvo ahora. No pensamos en la siguiente comida, en la siguiente copa, en el siguiente polvo: somos felices ahora. La mujer siempre está construyendo el nido. Todo lo que hace en realidad es recoger ramitas, hojas y mierda para el nido. Y el nido no es para ti, *paisan*. El nido ni siquiera es para ella. El nido es para el *bambino*.

Siobhan empieza a cocinar más, y a Callan no le gusta al principio (echa de menos las multitudes, el ruido y la cháchara), pero después se va acostumbrando. Le gusta el silencio, le gusta mirarla mientras come y lee el periódico, le gusta secar los platos.

—¿Por qué coño secas los platos? —pregunta O-Bop—. Cómprate un lavavajillas.

—Son caros.

—No —contesta O-Bop—. Vas a Handrigan's, eliges un lavavajillas, lo descargan del camión y Handrigan consigue el seguro.

—Secaré los platos.

Pero una semana después, O-Bop y él han salido para ocuparse de sus negocios y Siobhan está en casa, cuando suena el interfono y dos tipos suben con un lavavajillas.

—¿Qué es esto? —pregunta Siobhan.

—Un lavavajillas.

—Nosotros no hemos perdido un lavavajillas.

—Escuche —dice uno de los tipos—, hemos subido este trasto hasta aquí, y no vamos a bajarlo. Además, no pienso decirle a O-Bop que no he hecho lo que me dijo que hiciera, de manera que sea buena chica y déjenos enchufarle el lavavajillas, ¿vale?

Ella les deja, pero es un motivo de discusión cuando Callan vuelve a casa.

—¿Qué es esto? —pregunta Siobhan.

—Un lavavajillas.

—Sé lo que es. Te estoy preguntando qué coño es.

Le voy a dar una paliza al cabrón de Stevie, eso es lo que es, piensa Callan.

—Un regalo de estreno de casa —dice en cambio.

—Es un regalo de estreno de casa muy generoso.

—O-Bop es un tipo generoso.

—Es robado, ¿verdad?

—Depende de lo que quieras decir con robado.

—Lo devolveremos.

—Eso sería complicado.

—¿Qué tiene de complicado?

No quiere explicar que Handrigan ya habrá presentado una reclamación por él, y por tres o cuatro más iguales, que ha vendido a mitad de precio para estafar a la aseguradora.

—Es complicado, punto —dice.

—No soy estúpida, ¿sabes?

Nadie le ha dicho nada, pero lo capta. Solo por vivir en el barrio (ir a la tienda, ir a la tintorería, tratar con el instalador del cable, el fontanero), nota la deferencia con que la tratan. Son pequeñas cosas: un par de peras de propina tiradas en la cesta, la ropa lista mañana en lugar de pasado, la cortesía insólita del taxista, del hombre del quiosco, de los obreros de la construcción que no rien ni le dedican improperios.

—Me fui de Belfast porque estaba harta de gánsters —le dice por la noche en la cama.

Callan sabe a qué se refiere. Los provos se han convertido en poco más que matones, controlan en Belfast casi todo lo que... casi todo lo que O-Bop y él controlan en la Cocina. Sabe lo que le está diciendo. Callan quiere suplicarle que se quede.

—Estoy intentando salirme —dice en cambio.

—Salte, punto.

—No es tan sencillo, Siobhan.

—Es complicado.

—Exacto.

El antiguo mito de marcharse por el morro es solo eso, un mito. Puedes irte, pero es complicado. No puedes hacerlo por las buenas. Hay que hacerlo poco a poco, de lo contrario despiertas suspicacias peligrosas.

¿Y qué hará?, piensa.

¿Para ganar dinero?

No ha ahorrado mucho. Es la queja sempiterna de los hombres de negocios: entra mucho dinero, pero también sale mucho. La gente no lo entiende. Hay la parte de Calabrese y la parte de Peaches, para empezar. Después los sobornos, para dirigentes sindicales, para polis. Después hay que ocuparse de la banda. Después O-Bop y él se quedan el resto, que todavía es mucho, pero no tanto como parece. Y ahora tienen que colaborar en el fondo para la defensa de Big Peaches... Bien, no hay suficiente aún para retirarse, ni siquiera para abrir un negocio legal.

Y, en cualquier caso, se pregunta, ¿qué hará? ¿Para qué coño estoy cualificado? Solo entiendo de extorsionar, emplear mano dura y, reconozcámoslo, liquidar tipos.

—¿Qué quieres que haga, Siobhan?

—Lo que sea.

—¿Qué? ¿Camarero? No me veo con una servilleta en el brazo.

Un largo silencio en la oscuridad.

—En ese caso, supongo que yo no me veo contigo.

Callan se levanta a la mañana siguiente, ella está sentada a la mesa bebiendo té y fumando un cigarrillo (ya puedes sacarla de Irlanda, pero... piensa él). Callan se sienta al otro lado de la mesa.

—No puedo salirme así como así. Ese no es el método. Necesito un poco de tiempo.

Siobhan va al grano, una de las cosas que más le gustan de ella.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año, no sé.

—Eso es demasiado.

—Pero podría necesitar ese tiempo.

Ella asiente varias veces.

—Siempre que vayas hacia la puerta de salida.

—De acuerdo.

—Sin vacilar hacia la puerta, quiero decir.

—Sí, ya lo he entendido.

Dos meses después, está intentando explicárselo a O-Bop.

—Escucha, todo esto es una mierda. Ni siquiera sé cómo empezó. Estoy sentado una tarde en un bar, entra Eddie Friel y todo se nos va de las manos. No te echo la culpa, no le echo la culpa a nadie, solo sé que esto tiene que terminar. Me largo.

Como para poner punto final, mete todas sus armas en una bolsa de papel marrón y la tira al río. Después vuelve a casa para hablar con Siobhan.

—Estoy pensando en la carpintería —dice—. Escaparates, apartamentos, cosas así. Tal vez, a la larga, podría construir armarios, mesas y todo eso. Estaba pensando en ir a hablar con Patrick McGuigan, a lo mejor me aceptaría como aprendiz sin pagarme. Tenemos suficiente dinero ahorrado para aguantar hasta que consiga un trabajo de verdad.

—Suenas como un plan.

—Seremos pobres.

—Yo he sido pobre —dice ella—. Ya estoy acostumbrada.

A la mañana siguiente, va al loft de McGuigan, en la Once con la Cuarenta y ocho.

Fueron juntos al Sagrado Corazón y hablan unos minutos del instituto, y de

hockey unos minutos más, y después Callan pregunta si puede ir a trabajar para él.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dice McGuigan.

—No, hablo en serio.

Muy en serio: Callan trabaja como una madre primeriza.

Aparece a las siete en punto cada mañana con una fiambreira en la mano y una actitud de fiambreira en la cabeza. McGuigan no sabía qué esperar, pero lo que no esperaba era que Callan fuera una persona muy trabajadora. Imaginaba que era un borracho o un colgado, pero no el ciudadano que entra por la puerta puntual cada mañana.

No, el tipo ha venido a trabajar, y a aprender.

Callan descubre que le gusta trabajar con las manos.

Al principio es un manazas (se siente como un idiota, un gilipollas), pero después empieza a mejorar. Y McGuigan, una vez comprobado que Callan va en serio, tiene paciencia. Dedicar tiempo a enseñarle cosas, le da pequeños trabajos para que la cague, hasta que llega el momento en que puede hacerlos sin cagarla.

Callan vuelve a casa cada noche cansado.

Al final del día está agotado (le duelen los brazos, todo), pero mentalmente se siente bien. Está relajado, no le preocupa nada. No ha hecho nada durante el día que vaya a causarle pesadillas por la noche.

Deja de frecuentar los bares y pubs en los que O-Bop y él pasaban las horas. Ya no va al Liffey ni al Landmark. Casi todos los días vuelve a casa, Siobhan y él toman una cena rápida, ven un poco la tele y se van a la cama.

Un día O-Bop aparece en el estudio de carpintería.

Se queda en la puerta, con aspecto de estúpido un momento, pero Callan ni siquiera le mira, sino que presta atención al trabajo de lijamiento, y entonces O-Bop da media vuelta y se va, y McGuigan piensa que tal vez debería decir algo, pero no se le ocurre nada que decir. Es como si Callan se hubiera ocupado de ello, punto, y ahora McGuigan ya no tiene que preocuparse de que vengan los chicos del West Side.

Pero después de trabajar, Callan va a buscar a O-Bop. Le encuentra en la esquina de la Once con la Cuarenta y tres, y pasean hasta el puerto juntos.

—Que te den por el culo —dice O-Bop—. ¿Por qué te has comportado de esa manera?

—Es mi forma de decirte que mi trabajo es mi trabajo.

—¿Ya no puedo ir a saludarte?

—Cuando estoy trabajando no.

—¿Ya no somos amigos? —pregunta O-Bop.

—Somos amigos.

—No sé —dice O-Bop—. Ya no apareces, nadie te ve. Podrías venir a tomar una pinta de vez en cuando.

—Ya no pierdo el tiempo en los bares.

O-Bop ríe.

—Te estás convirtiendo en un puto boy scout, ¿eh?

—Ríete si quieres.

—Sí, ya lo creo.

Se quedan mirando el río. La noche es fría. El agua se ve negra y dura.

—Sí, vale, no me hagas favores —dice O-Bop—. Ya no eres nada divertido, desde que te has convertido en un héroe de la clase obrera. Es que la gente pregunta por ti.

—¿Quién pregunta por mí?

—Gente.

—¿Peaches?

—Escucha —dice O-Bop—, la cosa está muy tensa, hay mucha presión. La gente está nerviosa por si a otra gente se le ocurre hablar con los jurados de acusación.

—Yo no he hablado con nadie.

—Ya, bueno, sigue así.

Callan agarra a Stevie por las solapas de la chaqueta verde guisante.

—¿Me estás amenazando, Stevie?

—No.

La insinuación de un gemido.

—Porque ni se te ocurra amenazarme, Stevie.

—Solo estaba diciendo... ya sabes.

Callan le suelta.

—Sí, lo sé.

Lo sabe.

Es mucho más difícil salir que entrar. Pero lo está consiguiendo, se está marchando, y cada día aumenta más la distancia. Cada día se acerca más a esa vida nueva, y le gusta la vida nueva. Le gusta levantarse para ir a trabajar, trabajar con ahínco y después volver a casa con Siobhan. Cenar, acostarse temprano, levantarse y volver a repetir la rutina.

Siobhan y él se llevan de maravilla. Hasta hablan de casarse.

Entonces Neill Demonte muere.

—Tengo que ir al funeral —dice Callan.

—¿Por qué? —pregunta Siobhan.

—Por respeto.

—¿A un gánster?

Está cabreada. Está enfadada y asustada. De que Callan vuelva al redil. Porque está luchando contra los antiguos demonios de su vida, y ahora da la

impresión de que está a punto de rendirse a ellos de nuevo, después de haberse esforzado tanto por alejarse.

—Iré, presentaré mis respetos y volveré —dice Callan.

—¿Y a mí por qué no me respetas? —pregunta ella—. ¿Qué tal si respetas nuestra relación?

—La respeto.

Ella levanta las manos.

A él le gustaría explicárselo, pero no quiere asustarla. Que su ausencia sería malinterpretada. Que hay gente que ya sospecha de él y sospecharía todavía más, que podría entrarles el pánico y hacer algo movidos por sus sospechas.

—¿Crees que quiero ir?

—Debe de ser que sí, porque es lo que vas a hacer.

—No lo entiendes.

—Exacto. No lo entiendo.

Da media vuelta y cierra la puerta del dormitorio tras de sí, y después Callan oye el chasquido de la cerradura. Piensa en derribar la puerta de una patada, pero se lo piensa mejor, da un puñetazo en la pared y se va.

Es difícil encontrar un sitio para aparcar en el cementerio, con todos los gánsters de la ciudad presentes, sin contar los pelotones de policías locales, estatales y federales. Uno de ellos toma una foto de Callan cuando pasa, pero a él le da igual.

En ese momento se la suda todo.

Y le duele la mano.

—¿Problemas en el paraíso? —dice O-Bop cuando ve la mano.

—Vete a tomar por el culo.

—Muy bien —dice O-Bop—. No te van a dar la Medalla del Mérito a la Etiqueta en el Funeral.

Después cierra la boca, porque la expresión sombría de Callan delata que no está de buen humor.

Da la impresión de que todos los gánsters que Giuliani no ha enchironado están presentes. Están los hermanos Cozzo, con el pelo al cero y trajes a medida, los Piccone, Sammy Grillo y Frankie Lorenzo, Little Nick Corotti y Leonard DiMarsa y Sal Scachi. Está toda la familia Cimino, además de algunos capitanes de los Genovese: Barney Bellomo y Dom Cirillo. Y gente de los Lucchese: Tony Ducks y Little Al D'Arco. Y lo que queda de la familia Colombo, ahora que Persico está cumpliendo la sentencia de cien años, e incluso algunos chicos de los Bonanno: Sonny Blacky Lefty Ruggiero.

Todos han venido a presentar sus respetos a Aniello Demonte. Todos han venido a enterarse de cómo irán las cosas ahora que Demonte ha muerto. Saben que todo depende de a quién elija Calabrese como nuevo jefe, porque con toda probabilidad después de que Paulie vaya a la trena el nuevo jefe será el

siguiente jefe. Si Paulie elige a Cozzo, habrá paz en la familia. Pero si elige a otro... Cuidado. Todos los gánsters han acudido para intentar averiguarlo.

Han venido todos.

Con una notable excepción.

Big Paulie Calabrese.

Peaches no puede creerlo. Todos están esperando a que llegue su gran limusina negra para iniciar la ceremonia, pero no aparece. La viuda está consternada, no sabe qué hacer, y al final Johnny Cozzo interviene y da la orden de iniciarla.

—Mira que no ir al funeral de su subjefe —dice Peaches después de la ceremonia—. Eso no está bien. No está nada bien.

Se vuelve hacia Callan.

—En cualquier caso, me alegro de verte. ¿Dónde coño has estado?

—Por ahí.

—Pues y o no te he visto en ningún sitio.

Callan no está de humor.

—Vosotros los spaghetti no sois mis amos —dice.

—Cuidado con la puta boca.

—Vamos, Jimmy —interviene O-Bop—. Es buen chico.

—Bien —dice Peaches a Callan—, me han dicho que ahora eres...

hummm... ¿carpintero?

—Sí.

—Hubo un carpintero que acabó crucificado —dice Peaches.

—Cuando vengas a por mí, Jimmy —dice Callan—, ven en un coche fúnebre... porque te marcharás en él.

Cozzo se interpone entre ellos.

—¿Qué coño pasa? —pregunta—. ¿Queréis grabar más cintas para los federales? ¿Qué queréis ahora, el «Álbum en Directo de Jimmy Peaches»? Necesito que estéis unidos en este momento. Daos la mano.

Peaches extiende la mano hacia Callan.

Callan la acepta y Peaches pasa la otra mano alrededor del cuello de Callan y le acerca.

—Mierda, chico, lo siento. Es la tensión, es la pena.

—Lo sé. Yo también.

—Te quiero, jodido irlandés —susurra Peaches en su oído—. Si quieres irte, que te vaya bien. Vete. Ve a fabricar armarios y mesas y lo que te dé la gana, ¿de acuerdo? La vida es corta, debes ser feliz mientras puedas.

—Gracias, Jimmy.

Peaches suelta a Callan.

—Superaré este rollo de las drogas —dice en voz alta—. Celebraremos una fiesta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Invita a Callan a ir al Ravenite con los demás, pero no lo hace.

Se va a casa.

Encuentra un hueco para aparcar, sube la escalera y espera delante de la puerta un minuto, calmando sus nervios antes de poder introducir la llave y entrar.

Ella está en casa.

Sentada en una silla junto a la ventana, leyendo un libro.

Se pone a llorar cuando le ve.

—Pensaba que no ibas a volver.

—No sabía si estarías aquí.

Se inclina y la abraza.

Ella le abraza con mucha fuerza.

—Estaba pensando que podríamos comprar un árbol de Navidad —dice Callan cuando ella le suelta.

Eligen uno bonito. Es pequeño y poco frondoso. No es un árbol perfecto, pero ya les va bien. Ponen música de Navidad sensiblera, y se pasan el resto de la noche adornando el árbol. Ni siquiera saben que Big Paulie Calabrese ha nombrado a Tommy Bellavia como nuevo jefe.

Van a por él la noche siguiente.

Callan vuelve a casa andando desde el trabajo, con los tejanos y los zapatos cubiertos de serrín. Como la noche es fría, lleva subido el cuello del abrigo y la gorra calada sobre las orejas.

De modo que no oye ni ve el coche hasta que frena a su lado.

Se baja una ventanilla.

—Sube.

No hay pistola, no sobresale nada. No hace falta. Callan sabe que, tarde o temprano, subirá al coche (si no en este en el siguiente), así que sube. Se acomoda en el asiento delantero, levanta los brazos y deja que Sal Scachi le desabroche el abrigo y le palpe debajo de los brazos, en la zona lumbar y las piernas.

—Así que es verdad —dice Scachi cuando ha terminado—. Ahora eres un civil.

—Sí.

—Un ciudadano —dice Scachi—. ¿Qué coño es esto? ¿Serrín?

—Sí, serrín.

—Mierda, me ha manchado el abrigo.

Un bonito abrigo, piensa Callan. Tiene que costar cinco de los grandes.

Scachi toma la West Side Highway, se dirige hacia el centro, pasa por debajo

de un puente y frena.

Un buen lugar, piensa Callan, para meterle una bala a alguien.

Convenientemente cerca del río.

Oye los latidos de su corazón.

Y también Scachi.

—No debes tener miedo de nada, muchacho.

—¿Qué quieres de mí, Sal?

—Un último trabajo —dice Scachi.

—Ya no hago ese tipo de trabajos.

Mira al otro lado del río, hacia las luces de Jersey. Tal vez Siobhan y yo deberíamos mudarnos a Jersey, piensa, alejarnos un poco de esta mierda. Y entonces podríamos pasear junto al río y mirar las luces de Nueva York.

—No tienes elección, muchacho —dice Scachi—. O estás con nosotros o contra nosotros. Y eres demasiado peligroso para que te dejemos estar contra nosotros. Tú eres Billy «el Niño» Callan. Desde el primer día has demostrado que te gusta la venganza, ¿verdad? ¿Te acuerdas de Eddie Friel?

Sí, me acuerdo de Eddie Friel, piensa Callan.

Recuerdo que estaba asustado por mí, y por Stevie, y la pistola salió como si otra persona la estuviera empuñando, y recuerdo la expresión de los ojos de Eddie Friel cuando las balas le alcanzaron.

Recuerdo que tenía diecisiete años.

Y daría cualquier cosa por no haber estado en aquel bar aquella tarde.

—Hay gente que debe marcharse, muchacho —dice Scachi—. Y sería... poco diplomático... que alguien de la familia lo hiciera. Ya me entiendes.

Lo entiendo, piensa Callan. Big Paulie quiere purgar la rama Cozzo de la familia (Johnny Boy, Jimmy Peaches, Little Peaches), pero también quiere poder desmentir que él lo hizo. Que le echen la culpa a los salvajes irlandeses. Llevamos el asesinato en la sangre.

Tengo elección, piensa.

Puedo matar o puedo morir.

—No —dice.

—¿No qué?

—No voy a matar a más gente.

—Escucha...

—No pienso hacerlo —repite Callan—. Si quieres matarme, mátame.

De repente se siente liberado, como si su alma flotara en el aire, volando sobre esa asquerosa ciudad. Viajando entre las estrellas.

—Tienes una chica, ¿verdad?

Bum.

De vuelta a la Tierra.

—Tiene un nombre raro —dice Scachi—. Como si no se escribiera como se

pronuncia. Algo irlandés, ¿verdad? No, ya me acuerdo, es como esa tela antigua que utilizaban las chicas. Chiflón, ¿no? ¿Cómo es?

A este asqueroso mundo.

—¿Crees que si algo te pasa van a permitir que vaya corriendo a Giuliani para repetir vuestras conversaciones de alcoba? —está diciendo Scachi.

—Ella no sabe nada.

—Sí, pero ¿quién querría correr el riesgo, eh?

No puedo hacer nada, piensa Callan. Aunque me cargara a Sal aquí mismo, le quitara la pistola y se la vaciara en la boca, cosa que podría hacer, Scachi es un miembro importante de la mafia, y me matarían a mí y también a Siobhan.

—¿Quién? —pregunta Callan.

¿A quién queréis que mate?

El teléfono de Nora suena.

La despierta. Está dormida; ha tenido una cita tardía.

—¿Quieres trabajar en una fiesta? —pregunta Haley.

—No creo —contesta Nora. Le sorprende la pregunta de Haley. Hace mucho tiempo que ya no trabaja en fiestas.

—Esta es un poco diferente —dice Haley—. Es una fiesta, quieren varias chicas, pero solo serán parejas. Han preguntado expresamente por ti.

—¿Una especie de celebración de Navidad empresarial?

—Por decirlo de alguna manera.

Nora consulta el reloj digital de su radio despertador. Son las diez y treinta y cinco minutos de la mañana. Tiene que levantarse, tomar café y pomelo e ir al gimnasio.

—Ánimate —dice Haley—. Será divertido. Hasta yo voy.

—¿Dónde es?

—Ese es el otro detalle divertido —dice Haley.

La fiesta es en Nueva York

—Menudo árbol —dice Nora a Haley.

Se han parado al lado de la pista de patinaje de Rockefeller Plaza, y están contemplando el enorme árbol de Navidad. La plaza está atestada de turistas. Suenan villancicos por los altavoces, el Ejército de Salvación toca las campanas, los vendedores callejeros ofrecen castañas calientes.

—¿Lo ves? —dice Haley—. Ya te dije que sería divertido.

Lo ha sido, admite Nora para sí.

Seis de ellas, cinco empleadas y Haley, viajaron en un vuelo nocturno en primera clase, fueron recogidas por dos limusinas en La Guardia y conducidas al

hotel Plaza. Nora ya había estado antes, por supuesto, pero nunca en Navidad, y le pareció diferente. Bonito y anticuado, con todos los adornos encendidos, y su habitación tenía vistas a Central Park, donde hasta los coches de caballos iban engalanados con guirnaldas de acebo y flores de pascua.

Hizo la siesta y se dio una ducha, y después Haley y ella emprendieron una concienzuda expedición de compras a Tiffany's, Bergdorf's y Saks. Haley compraba y Nora se limitaba a mirar.

—Gasta un poco —dice Haley—. Eres muy austera.

—No soy austera —contestó Nora—. Soy conservadora.

Porque mil dólares no solo son mil dólares para ella. Es el interés de los mil dólares invertidos a lo largo de, digamos, veinte años. Es un apartamento en Montparnasse y la posibilidad de vivir allí cómodamente. No gasta dinero a lo loco, porque quiere que este trabajo para ella. De todos modos, compra dos bufandas de cachemira (una para ella y otra para Haley), porque hace mucho frío y porque quiere hacerle un regalo a Haley.

—Toma —dice cuando salen a la calle. Saca la bufanda gris de la bolsa—. Póntela.

—¿Para mí?

—No quiero que pilles un resfriado.

—Qué amable eres.

Nora se pone la bufanda, y después se acomoda el sombrero de piel sintética y el abrigo.

Es uno de esos días fríos y despejados de Nueva York, cuando un soplo de aire sorprende por su frígida intensidad y el viento llega rugiendo por los cañones que son las avenidas, te corta la cara y convierte tus ojos en agua.

De modo que cuando Nora mira a Haley con los ojos húmedos, se dice que es a causa del frío.

—¿Has visto alguna vez el árbol? —pregunta Haley.

—¿Qué árbol?

—El árbol de Navidad del Rockefeller Center —dice Haley.

—Creo que no.

—Vamos.

Por eso están ahora mirando el gigantesco árbol con admiración, y Nora tiene que admitir que se está divirtiendo.

La última Navidad.

Es lo que Jimmy Peaches está dejando claro a Sal Scachi.

—Es mi última Navidad fuera de la trena —dice. Llamando de cabina telefónica en cabina telefónica para impedir que los federales escuchen la conversación—. Durante mucho tiempo. Me han pillado, Sally. Me van a caer

treinta años como mínimo, por culpa de la puta Ley Rockefeller. Para cuando vuelva a catar un chocho, es probable que ya me dé igual.

—Pero...

—Pero nada —interrumpe Peaches—. Es mi fiesta. Quiero un filete del copón, quiero ir al Copa con una nena guapa del brazo, quiero oír cantar a Vic Damone, y después quiero el mejor culo del mundo y empalarlo hasta que me duela la polla.

—Piensa en cómo quedará, Jimmy.

—¿Mi polla?

—El hecho de que lleves cinco putas al almuerzo —dice Sal. Está cabreado, se pregunta cuándo se cansará Jimmy Peaches de follar, si es que alguna vez llega la ocasión. El tío es una máquina de echar polvos. Te pelas los huevos para que algo salga bien, y entonces va ese gordo salido y trae en avión cinco putas de la jodida California. Justo lo que necesita: cinco personas en la sala donde no deberían estar. Cinco testigos inocentes—. ¿Qué piensa John de esto?

—John piensa que es mi fiesta.

Ya lo creo que sí, piensa Peaches. John es de la vieja escuela, John tiene clase, no es como esa mierda de jorobado que tienen ahora por jefe. John está muy agradecido de que vaya a la cárcel como un hombre y acepte lo que se me viene encima, sin intentar negociar un acuerdo, sin dar nombres, sobre todo el de él... ¿Qué piensa John? John corre con los gastos de la puta fiesta.

«Lo que quieras, Jimmy. Lo que quieras. Es tu noche. Yo invito».

Lo que Jimmy quiere es el Sparks Steak House, el Copa y esa tal Nora, la pieza más hermosa y deseable que ha poseído jamás. Un culo como un melocotón maduro. Nunca se la ha quitado de la cabeza. Ponerla a cuatro patas y metérsela por detrás, mientras veía temblar aquellos melocotones.

—De acuerdo —dice Sal—. ¿Qué te parece si os encontráis con las mujeres en el Copa, después de Sparks?

—Una mierda.

—Jimmy...

—¿Qué?

—El asunto de esta noche es muy serio.

—Lo sé.

—Quiero decir que no puede ser más serio.

—Por eso la fiesta va a ser de órdago —dice Peaches.

—Escucha —dice Sal, cansado—, estoy a cargo de la seguridad de ese acto...

—En ese caso, preocúpate de mi seguridad —replica Peaches—. Es lo único que tienes que hacer, Sal, y olvidarte de ello después, ¿de acuerdo?

—No me gusta.

—No te gusta —dice Peaches—. Que te den por el culo. Feliz Navidad.

Sí, piensa Sal mientras cuelga.
Feliz Navidad, Jimmy.
Ya tengo tu regalo preparado.

Hay algunos paquetes bajo el árbol.

Menos mal que es un árbol pequeño, porque no hay muchos regalos, con eso de apretarse el cinturón y tal. Pero él le ha comprado un reloj nuevo, una pulsera de plata y una de esas velas de vainilla que tanto le gustan. Y hay algunos paquetes para él. Parecen ropa que necesita. Una nueva camisa de trabajo, tal vez, unos tejanos nuevos.

Una bonita Navidad.

Pensaban ir a la misa del Gallo.

Abrir los regalos por la mañana, intentar cocinar un pavo, ir al cine por la tarde.

Pero eso no va a suceder, piensa Callan.

Ya no.

De todos modos, iba a terminar, pero termina antes porque ella descubre el otro paquete, el que Callan había escondido debajo de la cama. Aquella noche llega antes de lo habitual a casa, y ella está sentada con la caja alargada a sus pies.

Ha encendido las luces del árbol. Destellos rojos, verdes y blancos tras de sí.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba acumulando polvo debajo de la cama. ¿Qué es?

Es una ametralladora sueca Model 45 Carl Gustaf de 9 milímetros. Con una culata de acero plegable y una recámara de treinta y seis balas. Más que suficiente para hacer el trabajo. Los números limados, limpia, sin posibilidad de seguir su rastro. Solamente cincuenta y cinco centímetros con la culata plegada. Pesa tres kilos y doscientos gramos. Puede cargar con el estuche hasta el centro de la ciudad como si fuera un regalo de Navidad. Dejar la caja y portar el arma bajo su chaquetón.

Sal se la había entregado.

No es eso lo que le dice. Lo que le dice es estúpido y obvio.

—No deberías haberlo visto.

Ella ríe.

—Pensé que era un regalo para mí. Me sentí culpable por abrirlo.

—Siobhan...

—Vas a volver a eso, ¿verdad? —dice ella, los ojos grises duros como la piedra—. Vas a hacer otro trabajo.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

Desea decírselo, pero no puede permitir que cargue con ese peso durante el resto de su vida.

—No lo entenderías —dice en cambio.

—Oh, ya lo creo que lo entiendo —dice ella—. Soy de Kashmir Road, ¿recuerdas? ¿Belfast? Crecí viendo a mis hermanos y tíos salir de casa con sus pequeños paquetes de Navidad, con los que iban a matar gente. Ya he visto antes metralletas debajo de la cama. Por eso me fui, porque estaba harta de asesinatos. Y de asesinos.

—Como yo.

—Pensaba que habías cambiado.

—He cambiado.

Ella señala la caja.

—Tengo que hacerlo —repite Callan.

—¿Por qué? —pregunta ella—. ¿Hay algo tan importante por lo que valga la pena matar?

Tú, piensa él.

Tú.

Pero se queda mudo. Un testigo idiota contra sí mismo.

—Esta vez no estaré aquí cuando vuelvas —dice Siobhan.

—No pienso volver —contesta él—. Tengo que ausentarme una temporada.

—Joder. ¿Pensabas decírmelo, o ibas a despedirte a la francesa?

—Pensaba pedirte que vinieras conmigo.

Es verdad. Tiene dos pasaportes, dos billetes. Los saca del fondo del cajón del escritorio y los deja sobre la caja, a sus pies. Ella no los recoge. Ni siquiera los mira.

—¿Así como así?

En su interior, una voz está chillando: « Díselo. Dile que lo estás haciendo por ella, por los dos. Suplicale que venga ». Empieza a decírselo, pero no puede. Ella nunca se perdonaría. Nunca te perdonaría.

—Te quiero —dice—. Te quiero muchísimo.

Ella se levanta de la silla.

—Yo no te quiero —dice—. Te quería, pero ya no. No me gusta lo que eres. Un asesino.

Callan asiente.

—Tienes razón.

Recoge su billete y el pasaporte, los guarda en el bolsillo, cierra el estuche y se lo cuelga al hombro.

—Puedes vivir aquí si quieres —dice—. El alquiler está pagado.

—No puedo vivir aquí.

Era un buen lugar, piensa Callan, mientras pasea la vista por el pequeño

apartamento. El mejor lugar de su vida, el más feliz. Ese lugar, el tiempo con ella. Intenta expresarlo con palabras, pero no se le ocurre nada.

—Vete —dice ella—. Ve a asesinar a alguien. Te dedicas a eso, ¿no?

—Sí.

Sale a la calle, está lloviendo a cántaros. Una lluvia fría, helada. Se sube el cuello y mira hacia el apartamento.

La ve sentada todavía junto a la ventana.

Inclinada, con la cara entre las manos.

Luces rojas, verdes y blancas destellan a su espalda.

Su vestido brilla bajo las luces.

Un top de lentejuelas rojas y verdes.

Muy propio de Navidad, había dicho Haley, muy sexy.

Très décolletée.

De hecho, Jimmy Peaches no puede parar de mirarla de arriba abajo.

Por lo demás, Nora tiene que reconocer que su comportamiento es el de un caballero. El traje gris acero Armani le queda sorprendentemente bien. Ni la camisa ni la corbata negras parecen horribles. Un toque de gánster chic, tal vez, pero no del todo ordinario.

Lo mismo con respecto al restaurante. Esperaba algún espectáculo de horror siciliano, pero Sparks Steak House, pese a su prosaico nombre, resulta estar decorado con bastante buen gusto. No a su gusto. Las paredes chapadas en roble y los grabados de caza, muy al gusto inglés, no le satisfacen, pero de todos modos son de buen gusto, justo lo que no esperaba de un restaurante frecuentado por mafiosos.

Llegaron en varias limusinas, y un portero armado con un paraguas les acompañó durante el medio metro que separaba el coche del largo toldo verde. Hicieron una entrada triunfal, los gánsters con sus ligues del brazo. Los comensales sentados a las mesas del gran salón delantero dejan de comer y miran sin disimulos, y por qué no, piensa Nora.

Las chicas son fantásticas.

Lo mejor de Haley, servido a domicilio.

Elegidas por el color de su pelo, su rostro, su figura.

Mujeres estupendas, adorables, sofisticadas, sin el menor toque de puterío. Vestidas con elegancia, peinadas de manera impecable, de modales exquisitos. Los hombres prácticamente se ruborizan de orgullo cuando hacen su entrada. Las mujeres no. Toman la adulación como un derecho natural. No se fijan en esas cosas.

Un jefe de comedor adecuadamente obsequioso les conduce al salón privado de la parte posterior.

Todo el mundo les ve entrar.

Bien, todo el mundo no.

Callan no.

Se pierde su entrada. Está a la vuelta de la esquina, en la Tercera avenida, esperando la orden de acercarse más. Ve llegar las limusinas, abrirse paso entre el tráfico de la hora punta en época de vacaciones, y después doblan por la Cuarenta y seis hacia Sparks, así que imagina que Johnny Boy, los Piccone y O-Bop han llegado a la fiesta.

Consulta su reloj.

Las cinco y media: puntualidad absoluta.

Scachi ha ido a recibirles, a todos los gánsters y a las chicas. Es el anfitrión, ha organizado la reunión. Hasta (mirándola de arriba abajo con disimulo) besa la mano de Nora.

—Es un placer —dice.

Dios, ahora comprende por qué Peaches la quería para su último polvo. Una belleza increíble. Todas son guapas, pero esta...

Johnny Boy toma a Scachi del brazo.

—Sal —dice—, solo quería darte las gracias por organizar la velada. Sé que ha hecho falta mucha mano izquierda, muchos detalles. Si esta noche obtenemos los resultados que esperamos, tal vez pueda haber paz en la familia.

—Eso es lo único que deseo, Johnny.

—Y un lugar para ti en la mesa.

—No persigo eso —dice Scachi—. Solo amo a mi familia, Johnny. Amo esta cosa nuestra. Quiero verla fuerte, unida.

—Eso es lo que deseamos también nosotros, Sally.

—Tengo que ir a comprobar cómo va todo —dice Sal.

—Claro —dice Johnny Boy—. Ahora ya puedes llamar al rey y decirle que puede hacer su entrada, ahora que han llegado los súbditos.

—Escucha, esa es la clase de actitud...

Johnny Boy ríe.

—Feliz Navidad, Sal.

Se abrazan e intercambian besos en las mejillas.

—Feliz Navidad, Johnny. —Sal se pone el abrigo, a punto de salir—. Por cierto, Johnny...

—¿Sí?

—Feliz Año Nuevo, joder.

Sal sale bajo el toldo. Una noche de puta pena. Caen cortinas de lluvia, que amenazan con convertirse en una tormenta de hielo. El trayecto de vuelta a Brooklyn será la hostia en verso.

Saca el pequeño walkie-talkie del bolsillo del chaquetón, lo sostiene bajo el cuello pegado a su boca.

—¿Estás ahí?

—Sí —dice Callan.

—Voy a llamar al jefe para que entre —dice Sal—. El reloj se ha puesto en movimiento.

—¿Todo va bien?

—Tal como quedamos —dice Sal—. Tienes diez minutos, muchacho.

Callan se acerca a un cubo de basura. Tira el estuche dentro, desliza el arma bajo su abrigo y empieza a recorrer la Cuarenta y seis abajo.

Bajo la lluvia.

El champán se derrama de la copa.

Carcajadas y risas.

—Qué coño —anuncia Peaches—. Hay de sobra.

Llena todas las copas.

Nora levanta la suya. En realidad, no piensa beber, solo tomará un sorbo durante el brindis inminente. De todos modos, le gusta sentir el cosquilleo de las burbujas en la nariz.

—Un brindis —dice Peaches—. Hay momentos malos en la vida pero también muy buenos. Así que nadie esté triste en estas fiestas. La vida es bella. Tenemos muchas cosas que celebrar.

En este tiempo de esperanza, piensa Nora.

Y entonces se desata el infierno.

Callan abre el abrigo y saca el arma.

Apunta a través de la lluvia torrencial.

Bellavia es el primero en verle. Acaba de abrir la puerta del coche para que el señor Calabrese baje, levanta la vista y ve a Callan. Hay un brillo de reconocimiento, y después de alarma, en los ojos porcinos del hombre, está a punto de preguntar «¿Qué estás haciendo aquí?», pero adivina la respuesta y lanza la mano hacia su pistola, que guarda dentro del abrigo.

Demasiado tarde.

Su brazo queda destrozado cuando las balas de 9 milímetros Parabellum cosen su pecho.cae contra la puerta abierta del Lincoln Continental negro, y después se desploma sobre la acera.

Callan vuelve el arma hacia Calabrese.

Sus ojos se encuentran medio segundo antes de que Callan vuelva a apretar el gatillo. El anciano se tambalea, y después parece fundirse con la lluvia hasta

formar un charco.

Callan se yergue sobre los dos cuerpos caídos. Acerca el cañón a la cabeza de Bellavia y aprieta el gatillo dos veces. La cabeza de Bellavia rebota en el cemento mojado. Después Callan apoya el cañón en la sien de Calabrese y aprieta el gatillo.

Callan tira el arma, da media vuelta y camina hacia la Segunda avenida.

La sangre se cuele por el desagüe detrás de él.

Nora oye los chillidos.

La puerta se abre.

Los camareros entran gritando que han disparado a alguien fuera. Nora se levanta, como todos, pero sin saber por qué. No saben si salir corriendo a la calle o quedarse donde están.

Entonces, Sal Scachi entra a informarles.

—Todo el mundo quieto —ordena—. Han matado al jefe.

Nora se pregunta: ¿Qué jefe? ¿Quién?

Ahora el aullido de las sirenas ahoga todo lo demás, y pega un bote cuando...

Pop.

El corazón se le sube a la garganta. Todo el mundo se sobresalta cuando Johnny Boy, todavía sentado, sirve champán en su copa.

Un coche está esperando en la esquina.

La puerta trasera se abre y Callan sube. El coche gira hacia el este por la Cuarenta y siete, va hacia el FDR y se dirige a los barrios altos. Hay ropa nueva detrás. Callan se quita su ropa y se pone la nueva. Mientras tanto, el conductor no dice nada, se limita a abrirse paso con eficacia entre el tráfico brutal.

Hasta el momento, piensa Callan, todo marcha como habían planeado. Bellavia y Calabrese llegaron esperando encontrar la escena de un crimen, sus colegas brutalmente asesinados y el escenario preparado para el llanto y rechinar de dientes, y esperaban oír gritos de «Hemos venido para hacer las paces con nuestra familia».

Pero no era eso lo que Sal Scachi y el resto de la familia tenían en mente.

Si traficas, mueres, pero si no traficas también mueres, porque ahí residen el dinero y el poder. Y si permites que las demás familias se queden con todo el dinero y el poder, te encuentras abocado al suicidio. Ese era el razonamiento de Scachi, y era el correcto.

Por lo tanto, Calabrese tenía que desaparecer.

Y Johnny Boy tenía que convertirse en rey.

—Es algo generacional —había explicado Sal Scachi durante su largo paseo

por Riverside Park—. Fuera lo viejo, adelante con lo nuevo.

Las cosas tardarán un tiempo en calmarse, por supuesto.

Johnny Boy negará cualquier implicación, porque los capos de las otras Cuatro Familias, o lo que queda de ellas, jamás aceptarían que hubiera hecho esto sin su permiso, que jamás le habrían concedido. («Un rey —le había sermoneado Scachi—, nunca sancionará el asesinato de otro rey»). Así que Johnny Boy jurará perseguir a los mamones traficantes de drogas que mataron a su jefe, y habrá algunos recalcitrantes leales a Calabrese que tendrán que seguir a su jefe al otro mundo, pero las cosas se calmarán al final.

Johnny Boy permitirá a regañadientes que le elijan como nuevo jefe.

Los demás jefes le aceptarán.

Y la droga correrá de nuevo.

Sin interrupciones desde Colombia hasta México, pasando por Honduras.

Hasta Nueva York

Donde, al fin y al cabo, habrá Navidades Blancas.

Pero yo no estaré aquí para verlas, piensa Callan.

Abre la bolsa de lona que hay en el suelo.

Tal como habían acordado, cien mil dólares en metálico, un pasaporte, billetes de avión. Sal Scachi lo organizó todo. Un viaje a Sudamérica y un nuevo trabajo.

El coche entra en el puente de Triborough.

Callan mira por la ventanilla y, pese a la lluvia, ve la línea del horizonte de Manhattan. Ahí, en algún lugar, estaba mi vida, piensa. La Cocina, el Sagrado Corazón, el pub Liffey, el Landmark, el Glocca Morra, el Hudson, Michael Murphy y Kenny Maher y Eddie Friel. Y Jimmy Boylan, Larry Moretti y Matty Sheehan.

Y ahora, Tommy Bellavia y Paulie Calabrese.

Y los fantasmas vivos... Jimmy Peaches. Y O-Bop.

Siobhan.

Mira hacia Manhattan y lo que ve es su apartamento. Cuando ella se acercaba a la mesa para desayunar los domingos por la mañana. Despeinada, sin maquillaje, tan hermosa. Sentado con ella, con una taza de café y el periódico, que casi no había leído, mirando el gris Hudson y Jersey al otro lado.

Callan creció mecido por fábulas.

Cuchulain, Edward Fitzgerald, Wolfe Tone, Roddy McCorley, Pádraic Pearse, James Connelly, Sean South, Sean Barry, John Kennedy, Bobby Kennedy, el Domingo Sangriento, Jesucristo.

Todos terminaron cubiertos de sangre.

TERCERA PARTE
TLCAN

Una voz se oye en Roma, lamentación y gemido grande; es Raquel, que llora a sus hijos y rehúsa ser consolada, porque no existen.

Mateo 2,18

Tegucigalpa, Honduras
San Diego, California
Guadalajara, México
1992

Art está sentado en un banco de un parque de Tegucigalpa y ve que un hombre con un chándal Adidas marrón abandona su edificio, al otro lado de la calle.

Ramón Mette tiene siete chándales, uno para cada día de la semana. Cada día se pone uno limpio y sale de su mansión de la zona residencial de Tegus para correr cinco kilómetros, flanqueado por dos guardias de seguridad con indumentaria similar, solo que les abulta en sitios poco habituales para dejar sitio a las Mac-10 que portan para que pueda correr sin peligro.

Mette sale cada mañana. Corre cinco kilómetros y regresa a la mansión, se da una ducha, mientras uno de los guardaespaldas le prepara un zumo en la licuadora. Mango, papaya, pomelo y, como estamos en Honduras, banana. Después saca la bebida al patio y la toma mientras lee el periódico. Hace algunas llamadas telefónicas, trabaja un rato en sus negocios, y después va a su gimnasio privado para hacer un poco de pesas.

Esta es su rutina.

Puntual como un reloj, cada día.

Durante meses.

Pero esta mañana, cuando el guardaespaldas abre la puerta, un sudoroso y jadeante Mette entra y la culata de una pistola golpea su sien.

Cae de rodillas delante de Art Keller.

Su guardaespaldas se queda inmóvil con las manos en alto, mientras el policía del servicio secreto hondureño vestido de negro apunta un M-16 a su cabeza. Habrá unos cincuenta policías en la casa. Lo cual es extraño, piensa Mette a través de una neblina de dolor y aturdimiento, porque, ¿acaso no soy el

propietario del servicio secreto?

Por lo visto, no, porque nadie hace nada cuando Art le da una patada en los dientes a Mette.

—Espero que hayas disfrutado de tu ejercicio —le dice—, porque ha sido el último de tu vida.

Así que Mette bebe su propia sangre en lugar del zumo de frutas, mientras Art desliza la vieja capucha negra sobre su cabeza, la anuda con fuerza y le obliga a caminar hacia la furgoneta de las ventanas tintadas que está esperando. Y esta vez no protesta nadie cuando le suben por la fuerza a un avión de la Fuerza Aérea que le conduce a la República Dominicana, donde le llevan a la embajada norteamericana, le detienen por el asesinato de Ernie Hidalgo, le conducen a otro avión y vuela a San Diego, donde le leen las acusaciones, se le niega la fianza y le encierran en una celda de aislamiento del edificio de los federales.

Todo esto provoca disturbios en las calles de Tegucigalpa, donde miles de airados ciudadanos, incitados y pagados por los abogados de Mette, queman la embajada norteamericana como protesta contra el imperialismo yanqui. Quieren saber de dónde ha sacado los *huevos* ese policía norteamericano para entrar en su país y secuestrar a uno de sus ciudadanos más importantes.

Mucha gente en Washington se hace la misma pregunta. También les gustaría saber de dónde ha sacado los huevos Art Keller, el ex ARM caído en desgracia de la oficina clausurada de Guadalajara, para provocar un incidente internacional. Y no solo los huevos, sino la pasta para llevarlo a cabo.

¿Cómo coño ha ocurrido?

Quito Fuentes es un traficante de poca monta.

Lo es ahora, y lo era en 1985, cuando condujo al torturado Ernie Hidalgo desde el piso franco de Guadalajara hasta el rancho de Sinaloa. Ahora vive en Tijuana, donde trafica con norteamericanos de poca monta que cruzan la frontera para un chute rápido.

Si te dedicas a ese tipo de actividades, no tienes que parecer blando, por si uno de los yanquis decide que es un bandido de verdad e intenta robarte la droga y marcharse corriendo hacia la frontera. No, tienes que llevar un poco de peso en la cadera, y lo que tiene ahora Quito es... un pedazo de mierda.

Quito necesita una pistola nueva.

Lo cual, al contrario de lo que pueda parecer, es difícil de conseguir en México, donde a los *federales* y a la policía estatal les gusta monopolizar las armas de fuego. Por suerte para Quito, que vive en Tijuana, está al lado del mayor supermercado de armas del mundo entero, Estados Unidos, así que es todo oídos cuando Paco Méndez llama desde Chula Vista para ofrecerle un trato. Tiene que mover una Mac-10 limpia.

Lo único que tiene que hacer Quito es ir a recogerla.

Pero a Quito ya no le gusta cruzar la frontera. Desde lo que pasó con aquel poli yanqui, Hidalgo.

Quito sabe que no puede ser detenido en México, pero en Estados Unidos la historia sería diferente, así que le da las gracias a Paco, pero no, gracias, ¿por qué no se la trae a Tijuana? Es más una pregunta esperanzada que realista, porque a) tienes que tener muy buenos contactos o b) ser un imbécil para intentar pasar de contrabando cualquier arma de fuego, y ya no digamos una metralleta, a México. Si te pillan los *federales*, te darán más que a una estera, y después te caerán un mínimo de dos años en una prisión mexicana. Paco sabe que en las cárceles mexicanas no te dan de comer, ese es problema de tu familia, y Paco ya no tiene familia en México. Tampoco tiene buenos contactos ni es un imbécil, así que le dice a Quito que no puede hacer el viaje.

—Deja que me lo piense —dice Paco, que necesita convertir el arma en dinero con rapidez—. Te volveré a llamar.

Cuelga y se lo cuenta a Art Keller.

—No vendrá.

—En ese caso, tienes un problema gordo —dice Art.

No es una broma, es un problema gordo, acusación de posesión de cocaína y armas.

—Lo convertiré en un caso federal y pediré al juez sentencias consecutivas —añade Art, por si Paco no ha comprendido el mensaje todavía.

—¡Lo estoy intentando! —lloriquea Paco.

—No sumas puntos pese al esfuerzo —dice Art.

—Es usted un gran tocapelotas, ¿lo sabía?

—Lo sé —dice Art—. ¿Y tú?

Paco se derrumba en la silla.

—De acuerdo —dice Art—. Cítale en la valla.

—¿Sí?

—Nosotros nos encargaremos del resto.

Paco vuelve a telefonar y se citan para cerrar el trato en la desvencijada valla de tela metálica fronteriza de Coyote Canyon.

En tierra de nadie.

Si vas a Coyote Canyon de noche, será mejor que lleves una pistola, e incluso eso podría ser insuficiente, porque un montón de hijos de Dios llevan pistola en Coyote Canyon, una gran cicatriz en las colinas ondulantes de tierra yerma que flanquean el mar a lo largo de la frontera. El cañón corre desde el borde norte de Tijuana durante unos dos kilómetros y se interna en Estados Unidos, y es territorio de bandidos. Al anochecer, miles de aspirantes a inmigrantes empiezan a congregarse a cada lado del cañón, en un risco que domina el acueducto seco, que es la frontera real. Cuando el sol se pone, corren por el cañón, superando en

número a los agentes de la Patrulla de Fronteras. Es la ley de las cifras: pasan más que caen. Y aunque te pillen, siempre hay un mañana.

Quizá.

Porque los bandidos de verdad esperan en el cañón como depredadores al rebaño de *mojados*. Eligen a los débiles y a los heridos. Roban, violan y asesinan. Se llevan el escaso dinero que puedan llevar los ilegales, arrastran a sus mujeres hacia los arbustos y las violan, y a veces les rebanan el pescuezo.

De modo que si quieres ir a recoger naranjas a Estados Unidos, tienes que superar el obstáculo de Coyote Canyon. Y en medio del caos, entre el polvo de mil pies que corren, en la oscuridad y entre los chillidos, disparos y hojas centelleantes, con los vehículos de la Patrulla de Fronteras rugiendo arriba y abajo de las colinas, como vaqueros intentando controlar una estampida (como así es), se hacen muchos negocios a lo largo de la valla.

Se trafica con drogas, sexo, armas.

Y eso es lo que está haciendo Quito, acucillado junto a un hueco practicado en la valla.

—Dame la pistola.

—Dame el dinero.

Quito ve la Mac-10 brillando a la luz de la luna, así que está muy seguro de que su viejo *cuate* Paco no le va a estafar. Pasa la mano a través del hueco para entregar el dinero a Paco, y Paco agarra...

... no el dinero, sino su muñeca.

Y la sujeta.

Quito intenta resistir, pero ahora hay tres yanquis agarrándole.

—Estás detenido por el asesinato de Ernie Hidalgo —dice uno.

—No pueden detenerme, estoy en México —responde Quito.

—Ningún problema —dice Art.

Así que empieza a tirar de él en dirección a Estados Unidos, a tirar de él a través del hueco de la valla. Uno de los cortes puntiagudos de la valla se enreda en los pantalones de Quito. Pero Art sigue tirando, y el alambre afilado perfora el trasero de Quito y sobresale por el otro lado.

Prácticamente se halla empalado a través de la nalga izquierda, y no para de chillar.

—¡Estoy atascado! ¡Estoy atascado!

A Art le da igual. Apoya los pies contra el lado norteamericano de la valla y continúa tirando. El alambre desgarró el trasero de Quito, y ahora sí que chillaba de lo lindo, porque le duele, está sangrando y dentro de Estados Unidos, y los yanquis le están dando una buena, y le meten un trapo en la boca para ahogar sus gritos, y le esposan, y le conducen hacia un jeep, y Quito ve a un agente de la Patrulla de Fronteras y trata de pedir ayuda, pero el *migra* se limita a darle la espalda y fingir que no ha visto nada.

Quito cuenta todo esto al juez, que mira con solemnidad a Art y le pregunta dónde tuvo lugar el arresto.

—El acusado fue detenido en Estados Unidos, señoría —dice Art—. Pisaba suelo norteamericano.

—El acusado afirma que usted tiró de él a través de la valla.

Entonces, mientras el abogado de oficio de Quito se pone a dar saltitos de indignación, Art contesta:

—No hay ni una palabra de cierto en todo eso, señoría. El señor Fuentes entró en el país por voluntad propia, con la intención de adquirir un arma de fuego ilegal. Tenemos un testigo.

—¿Es el señor Méndez?

—Sí, señoría.

—Señoría —dice el abogado de oficio—, es evidente que el señor Méndez ha llegado a un acuerdo con...

—No hubo ningún acuerdo —interrumpe Art—. Lo juro por Dios.

El siguiente.

El Doctor no va a ser tan fácil.

El Doctor Álvarez tiene una floreciente consulta de ginecología en Guadalajara, y no piensa irse. Nada en el mundo va a atraerle al otro lado o cerca de la frontera. Sabe que la DEA está enterada de su implicación en el asesinato de Hidalgo, sabe que Keller se muere de ganas por detenerle, por lo que el buen doctor no se mueve de Guadalajara.

—Ciudad de México ya está en pie de guerra por lo de Quito Fuentes —dice Tim Taylor a Art.

—Allá ellos.

—Para ti es fácil decirlo.

—Sí, lo es.

—Voy a decirte una cosa, Art: no puedes ir a detener al Doctor, y los mexicanos tampoco van a hacerlo. Ni siquiera le extraditarán. Esto no es Honduras, ni Coyote Canyon. Caso cerrado.

Tal vez para ti, piensa Art.

Para mí no.

No estará cerrado hasta que todas las personas implicadas en el asesinato de Ernie estén muertas o entre rejas.

Si no podemos hacerlo, y la policía mexicana no quiere hacerlo, tengo que encontrar a alguien que lo haga.

Art va a Tijuana.

Donde Antonio Ramos es el propietario de un pequeño restaurante.

Encuentra al gigantesco ex poli sentado fuera con los pies apoyados sobre una

mesa, el puro en la boca y una Tecate fría al alcance de la mano. Ve acercarse a Art y dice:

—Si buscas el *chile verde* perfecto, ya te aviso que este no es el lugar.

—No es eso lo que busco —dice Art al tiempo que se sienta. Pide una *cerveza* a la camarera que se materializa a su lado.

—¿Qué es, pues? —pregunta Ramos.

—Qué no, quién —dice Art—. El doctor Humberto Álvarez.

Ramos sacude la cabeza.

—Estoy jubilado.

—Lo sé.

—De todos modos, disolvieron la DFS —dice Ramos—. Llevo a cabo una gran hazaña en mi vida, y no le dan importancia.

—Tu ayuda todavía me sería útil.

Ramos baja las piernas de la mesa y se inclina hacia delante en su silla, para acercar la cara a la de Art.

—Ya contaste con mi ayuda, ¿recuerdas? Te entregué al jodido Barrera, y tú no apretaste el gatillo. No querías venganza, querías justicia. No obtuviste ninguna de las dos cosas.

—No me he retirado aún.

—Deberías —dice Ramos—. Porque la justicia no existe, y tú no te tomas en serio la venganza. Tú no eres mexicano. No hay muchas cosas que nos tomemos en serio, pero la venganza es una de ellas.

—Hablo en serio.

—No lo creo.

—Mi seriedad se cotiza en cien mil dólares —dice Art.

—Me estás ofreciendo cien mil dólares por matar a Álvarez.

—Por matarle no —contesta Art—. Ráptale. Métele en una bolsa, súbele a un avión con destino a Estados Unidos, donde pueda llevarle a juicio.

—¿Lo ves? A eso me refería —dice Ramos—. Eres blando. Quieres venganza, pero no eres lo bastante hombre para tomarla por tu mano. Tienes que enmascararla con esa *mierda* del «juicio justo». Sería mucho más fácil matarle a tiros.

—Lo fácil no me interesa —replica Art—. Me interesan los sufrimientos largos y penosos. Quiero meterle en un agujero federal durante el resto de sus días, y confío en que la suya sea larga. Tú sí que eres blando, queriendo ahorrarle toda esa desdicha.

—No sé...

—Blando y aburrido —dice Art—. No me digas que no estás aburrido. Sentado aquí día tras día, preparando *tamales* para los turistas. Estás al corriente de las noticias. Sabes que ya he cazado a Mette y a Fuentes. Y el siguiente va a ser el Doctor, con o sin tu ayuda. Y después iré a por Barrera. Con o sin tu ayuda.

—Cien de los grandes.

—Cien de los grandes.

—Necesitaré unos cuantos hombres...

—Tengo cien de los grandes para el trabajo —dice Art—. Divídelos como te dé la gana.

—Chico duro.

—Será mejor que lo creas.

Ramos da una larga calada al puro, exhala el humo en círculos perfectos y los mira flotar en el aire.

—Mierda —dice después—, aquí no gano dinero. De acuerdo. *Acuérdate*.

—Lo quiero vivo —dice Art—. Si me traes un cadáver, no verás ni un centavo del dinero.

—Sí, sí, sí...

El doctor Humberto Álvarez Machain termina con su última paciente, la acompaña galantemente hasta la puerta, dice buenas noches a su recepcionista y vuelve a su despacho privado para recoger unos papeles antes de regresar a casa. No oye a los siete hombres que entran por la puerta exterior. No oye nada hasta que Ramos entra en el despacho, apunta una pistola aturdidora a su tobillo y dispara.

Álvarez cae al suelo y se retuerce de dolor.

—Acaba de ver su último *funciete*, doctor —dice Ramos—. A donde va no hay *chochos*.

Vuelve a dispararle.

—Duele la hostia, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —gime Álvarez.

—Si dependiera de mí, le metería una bala en la cabeza ahora mismo —explica Ramos—. Por suerte para usted, no depende de mí. Bien, va a hacer todo lo que yo le diga, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo.

Le vendan los ojos, inmovilizan sus muñecas con cables de teléfono y le conducen por la puerta de atrás hasta un coche que está esperando en el callejón, le arrojan al asiento trasero y le obligan a tumbarse en el suelo. Ramos sube y apoya los pies sobre el cuello de Álvarez, y después se dirigen a un piso franco de los suburbios.

Le introducen en una sala de estar a oscuras y le quitan la venda.

Álvarez se pone a gritar cuando ve al hombre alto espatarrado en la silla delante de él.

—¿Sabe quién soy? —pregunta Art—. Era amigo íntimo de Ernie Hidalgo. *Un*

hermano. Sangre de mi sangre.

Álvarez está temblando de manera incontrolable.

—Usted fue su torturador —dice Art—. Le raspó los huesos con pinchos metálicos, le metió dentro hierros al rojo vivo. Le dio inyecciones para mantenerle consciente y con vida.

—No —dice Álvarez.

—No me mienta —dice Art—. Solo conseguiré enfurecerme más. Lo tengo grabado en cinta.

Una mancha aparece en la parte delantera de los pantalones del médico y se extiende por una pernera.

—Se ha meado encima —dice Ramos.

—Desnudadle.

Le quitan la camisa y la dejan colgando alrededor de sus muñecas esposadas. Le bajan los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Los ojos de Álvarez se convierten en pequeñas órbitas de terror. Sobre todo cuando Kleindeist dice:

—Huela. ¿A qué huele?

Álvarez sacude la cabeza.

—En la cocina —continúa Kleindeist—. Piense: ya lo ha olido antes. ¿No? Muy bien: metal al rojo vivo. Un espetón.

Entra uno de los hombres de Ramos, sujetando el hierro al rojo vivo con una manopla de cocina.

Álvarez se desmaya.

—Despertadle —dice Art.

Ramos le dispara en la pantorrilla.

Álvarez recobra el sentido gritando.

—Inclinadle sobre el sofá.

Arrojan a Álvarez sobre el brazo del sofá. Dos hombres le sujetan los brazos y le abren las piernas. Otros dos inmovilizan sus pies en el suelo. El otro se acerca con el hierro y se lo enseña.

—No, por favor... No.

—Quiero los nombres —dice Art—. De todos los que vio en la casa con Ernie Hidalgo. Y los quiero ahora.

Ningún problema.

Álvarez empieza a largar como si le hubieran dado cuerda.

—Adán Barrera, Raúl Barrera —dice—. Ángel Barrera, Güero Méndez.

—¿Cómo?

—Adán Barrera, Raúl Barrera...

—No —interrumpe Art—. El último nombre.

—Güero Méndez.

—¿Estaba allí?

—Sí, sí, sí. Era el líder, señor. —Álvarez toma una bocanada de aire—. Él

mató a Hidalgo.

—¿Cómo?

—Una sobredosis de heroína —dice Álvarez—. Un accidente. Íbamos a liberarle. Lo juro. *La verdad*.

—Levantadle.

Art mira al sollozante médico.

—Va a declararlo por escrito. Contará todo sobre su implicación. Todo sobre los Barrera y Méndez. *¿De acuerdo?*

—*De acuerdo*.

—Después redactará otra declaración —dice Art—, afirmando que no fue torturado ni coaccionado de ninguna manera a hacer esta declaración. *¿De acuerdo?*

—Sí. —Recupera la compostura y empieza a negociar—. ¿Me ofrecerá algo a cambio de mi colaboración?

—Intercederé por usted, sí —dice Art.

Se sientan a la mesa de la cocina con papel y pluma. Una hora después, las dos declaraciones están terminadas. Art las lee, las guarda en su maletín.

—Ahora va a hacer un pequeño viaje —dice.

—¡No, señor! —grita Álvarez. Conoce muy bien esos viajecitos. Suelen incluir palas y tumbas poco profundas.

—A Estados Unidos —dice Art—. Un avión nos espera en el aeropuerto. Supongo que vendrá por voluntad propia.

—Sí, por supuesto.

Por supuesto, piensa Art. El hombre acaba de delatar a los Barrera y a Güero Méndez. Sus esperanzas de vida en México son nulas, más o menos. Art confía en que en el penal federal de Marion su longevidad alcance proporciones bíblicas.

Dos horas después tienen a Álvarez, aseado y con unos pantalones limpios, en un avión con destino a El Paso, donde es detenido y acusado del asesinato mediante torturas de Ernie Hidalgo. En la cárcel le fotografian desnudo, desde la cabeza a las rodillas, para demostrar que no ha sido torturado.

Y Art, fiel a su promesa, intercede por Álvarez. Dice a los fiscales federales que no quiere la pena de muerte.

Quiere la perpetua sin posibilidad de que le concedan la libertad provisional.

Una vida sin esperanza.

El gobierno mexicano protestó y un escuadrón de abogados norteamericanos defensores de los derechos civiles se le sumaron, pero tanto Mette como Álvarez están sentados en la prisión federal de máxima seguridad de Marion, esperando el resultado de sus apelaciones. Quito Fuentes está en la celda de una cárcel de San Diego, y nadie se ha preocupado de frenar a Art Keller.

Los que quieren, no pueden.

Los que pueden, no quieren.

Porque mintió.

Art mintió como un bellaco al comité del Senado que investigaba los rumores acerca de que la CIA era cómplice de los manejos de la Contra en el intercambio de drogas por armas. Art todavía conserva en su cabeza una transcripción de su testimonio, como la banda sonora de una película que no puedes silenciar.

P: ¿Ha oído hablar de una compañía aérea de transportes llamada SETCO?

R: Lejanamente.

P: ¿Cree ahora o creyó en algún momento que los aviones de SETCO se utilizaban para transportar cocaína?

R: No sé nada acerca de eso.

P: ¿Ha oído hablar alguna vez de algo llamado el « Trampolín Mexicano » ?

R: No.

P: ¿Puedo recordarle que está bajo juramento?

R: Sí.

P: ¿Ha oído hablar del TIWG?

R: ¿Qué es eso?

P: El Terrorist Incident Working Group.

R: Hasta ahora no.

P: ¿Y la directiva número tres de Seguridad Nacional?

R: No.

P: ¿Y de la NHAO?

El abogado de Art se inclinó hacia delante y dijo al micrófono:

—Abogado, si lo que quiere es ir a pescar, ¿puedo sugerirle que alquile una barca?

P: ¿Ha oído hablar de la NHAO?

R: Hace muy poco, en los periódicos.

P: ¿Alguien de la NHAO le ha presionado en relación con su testimonio?

—No pienso permitir que esto se prolongue más —dijo el abogado de Art.

P: ¿Le presionó el coronel Craig, por ejemplo?

La pregunta tenía la intención de despertar a la prensa.

El coronel Scott Craig estaba metiendo la bandera norteamericana, con palo y todo, por el culo de otro comité, que intentaba colgarle el muerto del trato de armas a cambio de rehenes con los iraníes. Entretanto, Craig se estaba convirtiendo en un héroe del pueblo norteamericano, un ídolo de los medios, un patriota de la televisión. El país estaba concentrado en la atracción secundaria

Irán-Contra, el asqueroso acuerdo de armas a cambio de rehenes, y no acababa de caer en la cuenta del verdadero escándalo: que la administración había ayudado a la Contra a intercambiar drogas por armas. Por lo tanto, la insinuación de que el coronel Craig, a quien Art había visto por última vez en Ilopongo descargando cocaína, había presionado a Keller para que guardara silencio dio paso a un momento de gran tensión.

—Esto es indignante, abogado —dijo el abogado de Art.

P: Estoy de acuerdo. ¿Su cliente contestará a la pregunta?

R: He venido para responder a sus preguntas sincera y adecuadamente, y es lo que estoy intentando hacer.

P: Por lo tanto, ¿contestará a la pregunta?

R: No conozco ni he mantenido conversaciones con el coronel Craig sobre ningún tema.

Los medios volvieron a dormitar.

P: ¿Qué sabe de algo llamado « Cerbero », señor Keller? ¿Ha oído hablar de eso?

R: No.

P: ¿Algo llamado Cerbero estuvo relacionado con el asesinato del agente Hidalgo?

R: No.

Althea abandonó la tribuna al oír la respuesta. Más tarde, en el Watergate, le dijo:

—Tal vez un grupo de senadores no puedan decirte que estás mintiendo, Art, pero yo sí.

—¿No podríamos ir a cenar tranquilamente con los chicos? —preguntó Art.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—¿El qué?

—Alinearte con un grupo de fascistas...

—Basta.

Levantó la mano y le dio la espalda. Está harto de oírlo.

Está harto de todo, pensó Althea. Si ya se mostraba distante durante sus últimos meses en Guadalajara, fue una luna de miel comparado con el hombre que volvió de México. O no volvió, al menos el hombre al que consideraba su marido. No quería hablar, no quería escuchar. Pasó la mayor parte de su « permiso sin sueldo » sentado solo junto a la piscina de los padres de ella, dando largos y solitarios paseos por Pacific Palisades, o en la playa. Cuando se sentaba a cenar apenas hablaba, o, peor aún, lanzaba amargas diatribas acerca de la jodida política, y después se excusaba para subir, solo, o dar un paseo nocturno.

Después se tumbaba en la cama, zapeaba como un poseso con el mando a distancia, saltando de canal en canal, anunciando que todo era una mierda. En las raras ocasiones en que hacían el amor (si es que podía llamarse así), era agresivo y veloz, como si intentara descargar su ira, más que expresar su amor o su lujuria.

—No soy un saco de arena —dijo Althea una noche, con él encima durante una de sus espectaculares depresiones poscoitales.

—Nunca te he pegado.

—No me refería a eso.

Siguió siendo un padre dedicado, aunque acartonado. Hacía todo lo de antes, pero como un robot, un robot que llevaba a los chicos al parque, el robot Art que enseñaba a Michael los secretos del bodyboarding, el robot Art que jugaba al tenis con Cassie. Los niños se daban cuenta.

Althea intentó que fuera a ver a alguien.

Art se rió.

—¿Un loquero?

—Un loquero, un consejero, alguien.

—Lo único que hacen es atiborrarte de drogas —dijo él.

Pues atibórrate, hostia, pensó ella.

La cosa empeoró cuando llegaron las citaciones.

Las reuniones con los burócratas de la DEA, funcionarios de la administración, investigadores del Congreso. Y abogados, Dios mío, cuántos abogados. Althea estaba preocupada por si las facturas acababan por arruinarles, pero él decía que no debía preocuparse. «Alguien se hace cargo». Nunca supo de dónde procedía el dinero, pero lo había, porque jamás vio ni una sola factura.

Art, por supuesto, se negó a hablar del tema.

—Soy tu mujer —le suplicó una noche—. ¿Por qué no te sinceraras conmigo?

—Hay cosas que no puedes saber —fue la respuesta.

Deseaba hablar con ella, contárselo todo, salvar el abismo, pero no podía. Era como si existiera un muro invisible, un campo de fuerza de ficción científica (no entre ellos, sino dentro de él) que era incapaz de atravesar. Era como si estuviera todo el tiempo caminando en el agua, bajo el agua, mirando la luz del mundo real, pero viendo solo los rostros distorsionados por el agua de su mujer y sus hijos. Incapaz de llegar hasta ellos, incapaz de tocarlos. Incapaz de dejar que le tocaran.

Cada vez se iba hundiendo más.

Se sumió en el silencio, el lento veneno de un matrimonio.

Aquel día en el Watergate miró a Althea y supo que ella sabía que se había tirado a la piscina, que había mentado para la administración, que les había ayudado a ocultar el jodido acuerdo que había inundado de crack las calles de los guetos norteamericanos.

Lo que ella ignoraba era el motivo.

Este es el motivo, piensa Art, mientras mira a través de la persiana el 2718 de la calle Cosmos, al otro lado de la calle, donde Tío Barrera está atrincherado.

—Ya te tengo, cabronazo —dice Art—. Y esta vez, nadie impedirá que caigas en mis garras.

Tío ha estado cambiando de residencia cada pocos días, moviéndose entre su docena de apartamentos y pisos de Guadalajara. Si es resultado del temor a ser detenido, o, como afirman los rumores, de haber estado fumando su propio producto, Tío está cada vez más paranoico.

Con motivo, piensa Art. Lleva tres días vigilando a Tío. Mucho tiempo para estar en el mismo lugar. Es probable que esta tarde se traslade.

Eso cree él.

Art tiene planes al respecto.

Pero hay que hacerlo bien.

Su gobierno ha prometido al gobierno mexicano que se hará con discreción. Sobre todo, no habrá daños colaterales. Y Art tiene que desaparecer lo antes posible. Tiene que parecer una operación mexicana desde el primer momento, un triunfo de los *federales*.

Lo que queráis, piensa Art.

Me da igual, Tío, mientras acabes en la celda de una cárcel.

Se acucilla junto a la ventana y vuelve a mirar. La recompensa de mi Travesía del Desierto, como llama al espantoso periodo 87-89, cuando se abrió paso entre el campo de minas de las investigaciones, esperó sudando la acusación de perjurio que nunca llegó, vio que un presidente abandonaba el cargo y su vicepresidente (el mismo hombre que había dirigido la guerra secreta contra los sandinistas) le sustituía. Mi Travesía del Desierto, recuerda Art, trasladado de un trabajo administrativo a otro mientras su matrimonio agonizaba, mientras Althea y él se retiraban a habitaciones separadas y vidas separadas, mientras Althea solicitaba por fin el divorcio y él luchaba a cada paso del camino.

Incluso ahora, piensa Art, un fajo de papeles del divorcio continúan sin firmar sobre la mesa de la cocina de su pequeño apartamento en el centro de San Diego.

—Nunca permitiré que te laves a mis hijos.

Por fin llegó la paz.

No para los Keller, sino para Nicaragua.

Se celebraron elecciones, los sandinistas fueron barridos, la guerra secreta llegó a su fin, y unos cinco minutos después Art fue a ver a John Hobbs para reclamar su recompensa.

La destrucción de todos los hombres implicados en el asesinato de Ernie Hidalgo.

La operación limpieza de la lista: Ramón Mette, Quito Fuentes, el doctor Álvarez, Güero Méndez.

Raúl Barrera.

Adán Barrera.

Y Miguel Ángel Barrera.

Tío.

Sea cual sea la opinión de Art sobre el presidente, John Hobbs, el coronel Scott Craig y Sal Scachi han demostrado ser hombres de palabra. Concedieron carta blanca a Art Keller y toda la colaboración posible. No se apartó ni un milímetro de su objetivo.

—Como resultado —había dicho Hobbs—, tenemos una embajada quemada en Honduras y una batalla en marcha por los derechos civiles, y nuestras relaciones diplomáticas con México están por los suelos. Para llevar la metáfora al límite, al Estado le encantaría celebrar un auto de fe contigo de protagonista, al cual Justicia aportaría los malvaviscos.

—Pero estoy seguro de contar con el pleno apoyo de la Casa Blanca y el presidente.

Una forma de recordar a Hobbs que, antes de que el actual presidente ocupara la Casa Blanca, estaba muy ocupado financiando a la Contra con cocaína, de modo que basta de chorradas acerca del « Estado » y la « Justicia » .

La extorsión funcionó: Art recibió permiso para cazar a Tío.

No fue fácil arreglarlo.

Negociaciones al más alto nivel, en las que Art ni siquiera participó.

Hobbs fue a Los Pinos, la residencia del presidente, para hacer el trato: la detención de Miguel Ángel Barrera eliminaría un obstáculo fundamental para la aprobación del TLCAN.

El TLCAN es la clave, la clave absolutamente esencial de la modernización de México. Con ella, México puede dar el salto al nuevo siglo. Sin ella, la economía se estancará y derrumbará, y el país seguirá siendo otro país del Tercer Mundo más, anclado en la pobreza.

Por lo tanto, entregarán a Barrera como parte del trato.

Però hay otra condición más preocupante: esa será la última detención. Esto salda las cuentas del asesinato de Hidalgo. Art Keller no podrá volver a entrar en el país nunca más. Detendrá a Barrera, pero no a Adán, ni a Raúl ni a Güero Méndez.

De acuerdo, piensa Art.

Tengo planes para ellos.

Pero antes, Tío.

Art vigila y espera.

El problema estriba en los tres guardaespaldas de Tío (otra vez Cerbero, piensa Art, el inevitable perro guardián de tres cabezas), armados con pistolas

ametralladoras de 9 milímetros, AK-47 y granadas de mano. Y dispuestos a utilizarlas.

No es que eso preocupe demasiado a Art. Su equipo también va armado hasta los dientes. Hay veinticinco *agentes federales* especiales con M-16, rifles de mira telescópica y todo el arsenal del SWAT, además de Ramos y su grupo de mercenarios. Pero la orden mexicana fue « No podemos tolerar un tiroteo en las calles de Guadalajara, no puede suceder », y Art está decidido a cumplir su palabra.

Así que están intentando encontrar una oportunidad.

La chica se la proporciona.

La última amante de pelo grasiento de Barrera. No sabe cocinar.

Art ha visto las tres mañanas anteriores cómo los guardaespaldas iban a la *comida* más cercana a comprar el desayuno. Ha escuchado mediante los detectores de sonidos las discusiones, los gritos de la chica, los gruñidos de los hombres mientras salen y vuelven veinte minutos después, alimentados y preparados para un largo día dedicado a custodiar a Miguel Ángel.

Hoy no, piensa Art.

Hoy será un día corto.

—Deberían salir —dice a Ramos.

—No te preocupes.

—Estoy preocupado —dice Art—. ¿Y si a ella le da un repentino ataque de ama de casa?

—¿A esa guarra? —dice Ramos—. Olvídalo. Si fuera mi mujer, me prepararía el desayuno. Se despertaría por la mañana silbando, con ganas de complacerme. La mujer más feliz de México.

Pero él también está nervioso, observa Art. Tiene las mandíbulas cerradas sobre el omnipresente puro, y sus dedos están tamborileando pequeños tatuajes sobre la culata de Esposa, su Uzi.

—Tienen que comer —añade.

Esperemos que sí, piensa Art. Si no, y desperdiciamos la oportunidad, todo el frágil acuerdo con el gobierno mexicano podría venirse abajo. Ya son aliados nerviosos, reticentes. El secretario del Interior y el gobernador de Jalisco se han distanciado literalmente de la operación. Se encuentran a kilómetros de distancia, en alta mar, en una «excursión de buceo» de tres días, para que puedan proclamar su falta de implicación ante la nación y ante los hermanos Barrera supervivientes. Y hay tantas piezas en movimiento en la operación, que tienen que coordinarse, que todo el asunto depende del factor tiempo.

El grupo de *federales* de Ciudad de México está en su puesto, dispuesto a apoderarse de Barrera. Al mismo tiempo, una unidad especial de tropas del ejército se encuentra apostada en la periferia de la ciudad, dispuesta a avanzar y detener a toda la policía estatal de Jalisco, a su jefe y al gobernador del Estado,

hasta que Barrera sea trasladado a México, acusado formalmente y encarcelado.

Es un golpe de Estado del Estado, piensa Art, planeado al segundo, y si este momento pasa, será imposible mantener el secreto un día más. La policía de Jalisco salvará a Barrera, el gobernador aducirá ignorancia y todo se acabará.

De modo que tiene que ser ahora.

Vigila la puerta delantera de la casa.

Dios, por favor, que les entre hambre. Que vayan a desayunar.

Contempla la puerta de la casa como si pudiera obligarla a abrirse.

Tío es adicto al crack

Enganchado a la pipa.

Es trágico, piensa Adán mientras mira a su tío. Lo que empezó como una farsa para declarar su discapacidad se ha convertido en real, como si Tío interpretara un papel que no puede quitarse de encima. Siempre de complexión delgada, ahora está más flaco que nunca, no come, encadena un cigarrillo tras otro. Cuando no está inhalando humo, lo expulsa tosiendo. Su pelo negro como el azabache es ahora plateado, y su piel tiene un tinte amarillento. Está conectado a un gotero de glucosa que descansa sobre una plataforma con ruedas, y que arrastra detrás de él a todas partes como un perro faldero.

Tiene cincuenta y tres años.

Una joven (Joder, ¿cuál es esta?, ¿la quinta o la sexta después de Pilar?) entra, deja caer su amplio culo sobre la mecedora y enciende el televisor con el mando a distancia. Raúl está asombrado por la falta de respeto, y todavía se queda más estupefacto cuando su tío dice mansamente:

—*Calor de mi vida*, estamos hablando de negocios.

Calor de mi vida, y una mierda, piensa Adán. La chica (ni siquiera recuerda su nombre) es otra pálida imitación de Pilar Talavera Méndez. Con ocho kilos de más, el pelo lacio y grasiento, una cara que se halla a muchas *carnitas* de distancia de ser bonita, pero existe un leve parecido. Adán podría comprender la obsesión con Pilar (Dios, qué belleza), pero con esta *segundera*, no lo entiende. Sobre todo cuando la chica hace un puchero con su boca grasienta y maúlla:

—Siempre estáis hablando de negocios.

—Prepáranos algo de comer —dice Adán.

—No sé cocinar.

Sale anadeando con expresión desdeñosa. Oyen que otro televisor se enciende, a todo volumen, en otra habitación.

—Le gustan los culebrones —explica Tío.

Adán ha guardado silencio hasta el momento, reclinado en la silla sin dejar de mirar a su tío con creciente preocupación. Su evidente mala salud, su debilidad, sus intentos de sustituir a Pilar, intentos tan persistentes como desastrosos. Tío

Ángel se está convirtiendo a marchas forzadas en una figura patética, y no obstante aún es el *patrón* del *pasador*.

Tío se inclina hacia delante.

—¿La has visto?—susurra.

—¿A quién, Tío?

—A ella —dice con voz ronca Tío—. A la *mujer* de Méndez. Pilar.

Güero se había casado con la chica. La conoció cuando ella bajó del avión, recién llegada de su «luna de miel» salvadoreña con Tío, y de hecho se casó con una chica a la que la mayoría de los mexicanos jamás habrían tocado, porque no era virgen y porque era la concubina de Barrera, su *segundera*.

Pero Güero quiere mucho a Pilar Talavera.

—Sí, Tío —dice Adán—. La he visto.

Tío asiente. Lanza una mirada veloz hacia la sala de estar, para asegurarse de que la chica sigue mirando la televisión.

—¿Todavía es tan guapa?—susurra.

—No, Tío —miente Adán—. Ahora está gorda. Y fea.

Pero no es verdad.

Es exquisita, piensa Adán. Va al rancho de Méndez en Sinaloa cada mes con su tributo y la ve allí. Ahora es una madre joven, con una hija de tres años y un bebé, y su aspecto es impresionante. La grasa de la adolescencia ha desaparecido, y se ha convertido en una hermosa mujer joven.

Y Tío sigue enamorado de ella.

Adán intenta retomar el hilo de la conversación.

—¿Qué hacemos con Keller?

—¿Qué pasa con él?—pregunta Tío.

—Secuestró a Mette en Honduras —explica Adán—, y ahora ha secuestrado a Álvarez aquí mismo, en Guadalajara. ¿Eres el siguiente?

Es una verdadera preocupación, piensa Adán.

Tío se encoge de hombros.

—Mette se durmió en los laureles, Álvarez se confió demasiado. Yo no soy como ellos. Cambio de casa cada tantos días. La policía de Jalisco me protege. Además, tengo otros amigos.

—¿Te refieres a la CIA?—pregunta Adán—. La guerra de la Contra ha terminado. ¿De qué les sirves ahora?

Porque la lealtad no es una virtud norteamericana, piensa Adán, ni tampoco la memoria a largo plazo. Si no lo sabes, pregúntaselo a Manuel Noriega, de Panamá. También había sido un socio clave en Cerbero, un elemento vital del Trampolín Mexicano, ¿y dónde está ahora? En el mismo lugar que Mette y Álvarez, en una cárcel norteamericana, solo que no fue Art, sino el viejo amigo de Noriega, George Bush, quien le metió dentro. Invadió su país, le secuestró y le encarceló.

Si esperas que los norteamericanos te paguen por tu lealtad, Tío, cuenta con los dedos de una mano. He visto la actuación de Art en la CNN. Hay un precio por su silencio, y ese precio podrías ser tú, podríamos ser todos nosotros.

—No te preocupes, *sobrino* —está diciendo Tío—. Los Pinos es amigo nuestro.

Los Pinos, la residencia del presidente de México.

—¿Por qué es tan amigo? —pregunta Adán.

—Por veinticinco millones de mis dólares —contesta Tío—. Y por otra cosa.

Adán sabe cuál es la « otra cosa » .

Que la Federación había ayudado al presidente a robar las elecciones. Hace cuatro años, en el 88, parecía seguro que el candidato de la oposición, el izquierdista Cárdenas, iba a ganar las elecciones y derribar al PRI, que había estado en el poder desde la Revolución de 1917.

Entonces sucedió algo extraño.

Los ordenadores que contaban los votos se pusieron a funcionar mal como por arte de magia.

El secretario de Gobernación apareció en televisión para anunciar encogiéndose de hombros que los ordenadores se habían averiado, y que tardarían varios días en contar los votos y decidir el ganador. Y durante esos días, los cuerpos de los dos interventores de la oposición, encargados de controlar los votos del ordenador, los dos hombres que habrían podido confirmar la verdad, que Cárdenas había ganado con el cincuenta y cinco por ciento de los votos, fueron encontrados en el río.

Cabeza abajo.

Y el secretario de Gobernación salió de nuevo en televisión para anunciar impertérrito que el PRI había ganado las elecciones.

El actual *presidente* juró su cargo y procedió a nacionalizar los bancos, las industrias de telecomunicaciones, los yacimientos petrolíferos, todos los cuales fueron adquiridos a precios inferiores al mercado por los mismos hombres que habían acudido a su cena para recaudar fondos y dejado veinticinco millones de dólares de propina por cabeza sobre la mesa.

Adán sabe que Tío no organizó los asesinatos de los interventores de la oposición —fue García Abrego—, pero Tío habría sido informado y debió de dar su aprobación. Y si bien Abrego es uña y carne con Los Pinos (socio, en realidad, del Recaudador de Impuestos, el hermano del presidente, propietario de una tercera parte de todos los cargamentos de cocaína que Abrego pasa a través de su cártel del Golfo), Tío tiene buenos motivos para creer que Los Pinos cuenta con todos los motivos para serle leal.

Adán alberga sus dudas.

Mira a su tío y ve que está ansioso por terminar la reunión. Tío quiere fumar su crack y no quiere hacerlo delante de Adán. Es triste, piensa mientras se

marcha, ver lo que la droga ha hecho a este gran hombre.

Adán toma un taxi hasta el Cruce de las Plazas y camina hacia la catedral para pedir un milagro.

Dios y ciencia, piensa.

Los poderes a veces serviciales, a veces conflictivos, a los que acuden Adán y Lucía para intentar ayudar a su hija.

Lucía se inclina más hacia Dios.

Va a la iglesia, reza, ofrece misas y bendiciones, se arrodilla ante una panoplia de santos. Compra *milagros* ante la catedral y los ofrece, enciende velas, da dinero, hace sacrificios.

Adán va a la iglesia los domingos, entrega sus donativos, reza sus oraciones, toma la comunión, pero es más un gesto hacia Lucía. Ya no cree que la ayuda venga de esa dirección. Así que se postra de hinojos, masculla las palabras, repite maquinalmente los gestos, pero son gestos vacíos. Durante sus viajes habituales a Culiacán para llevar su ofrenda regular a Güero Méndez, se detiene ante el altar de san Jesús Malverde y hace su *manda*.

Reza al *narcosanto*, pero deposita más esperanzas en los médicos.

Adán vende drogas. Compra biofarmacología.

Neuropediatras, neuropsicólogos, psiconeurólogos, endocrinólogos, especialistas en el cerebro, químicos investigadores, herboristas, curanderos nativos, charlatanes, medicuchos. Médicos en todas partes, en México, Colombia, Costa Rica, Inglaterra, Francia, Suiza, incluso al otro lado de la frontera, en Estados Unidos.

Adán no puede participar en esas visitas.

No puede acompañar a su esposa e hija en sus tristes e inútiles desplazamientos para ver a especialistas del Scripps en La Jolla o del Mercy en Los Angeles. Envía a Lucía con notas escritas, preguntas escritas, montones de informes médicos, historiales, resultados de pruebas. Lucía se va sola con Gloria, cruza la frontera con su nombre de soltera (todavía es ciudadana norteamericana), y a veces se ausenta durante semanas, a veces meses, y Adán sufre por no poder ver a su hija. Siempre regresan con la misma noticia.

Que no hay noticia.

No se ha descubierto ningún milagro.

Ni ha sido revelado.

Ni por Dios ni por los médicos.

No pueden hacer nada más.

Adán y Lucía se consuelan mutuamente con esperanza y fe (que Lucía posee y Adán finge), y amor.

Adán quiere muchísimo a su mujer y a su hija.

Es un buen marido, un padre maravilloso.

Otros hombres, sabe Lucía, habrían dado la espalda a una niña deforme, la

habrían evitado, habrían evitado su hogar, inventado mil excusas para ausentarse.

Adán no.

Está en casa casi cada noche, casi todos los fines de semana. Lo primero que hace por la mañana es ir a la habitación de Gloria para besarla y abrazarla. Después le prepara el desayuno antes de ir a trabajar. Cuando vuelve a casa por la noche, primero se detiene en su habitación. Le lee, le cuenta cuentos, juega con ella.

Adán no esconde a su hija como si fuera algo vergonzoso. La lleva a dar largos paseos por el distrito de Río. La lleva al parque, a comer, al circo, a donde sea, a todas partes. Se les ve con frecuencia en los mejores barrios de Tijuana, Adán, Lucía y Gloria. Todos los comerciantes conocen a la niña. Le regalan caramelos, flores, pequeñas joyas, horquillas, pulseras, cosas bonitas.

Cuando Adán tiene que ausentarse por negocios (como ahora, en su viaje habitual a Guadalajara para ver a Tío, y después a Culiacán, con un maletín lleno de dinero para Güero), llama todos los días, varias veces al día, para hablar con su hija. Le cuenta chistes, cosas divertidas que ha visto. Le lleva regalos de Guadalajara, Culiacán, Badiraguato.

Y no se pierde los viajes a los que puede ir para consultar con médicos, excepto a Estados Unidos. Se ha convertido en un experto en linfangioma quístico. Lee, estudia, hace preguntas, ofrece incentivos y recompensas. Entrega generosas donaciones para la investigación, anima a sus socios a imitarle. Lucía y él tienen cosas bonitas, una hermosa casa, pero podrían tener cosas mejores, una casa mucho más grande, de no ser por el dinero que gastan en médicos. Y donaciones y misas y bendiciones y parques infantiles y clínicas.

Lucía está contenta con lo que tienen. No necesita cosas más bonitas, ni una casa más grande. No necesita (y no le haría gracia) las mansiones suntuosas y, la verdad, de mal gusto que poseen algunos *narcotraficantes*.

Lucía y Adán darían todo cuanto poseen, como haría cualquier padre, a cualquier médico o dios que curara a su hija.

Cuanto más fracasa la ciencia, más se vuelve Lucía hacia la religión. Descubre más esperanza en un milagro divino que en los guarismos implacables de los informes médicos. Una bendición de Dios, de los santos, de Nuestra Señora de Guadalupe, podría invertir el sentido de esas cifras en un abrir y cerrar de ojos, en el latido de un corazón. Frecuenta cada vez más la iglesia, toma la comunión a diario, invita a cenar a casa al padre Rivera, para rezar en privado y estudiar la Biblia. Se cuestiona la profundidad de su fe (« Tal vez son mis dudas las que están impidiendo un *milagro* »), cuestiona la fe de Adán. Le insta a ir a misa más a menudo, a rezar con más ahínco, a dar más dinero a la Iglesia, a hablar con el padre Rivera para « decirle lo que hay en tu corazón ».

Con el fin de que se sienta mejor, va a ver al cura.

Rivera no es mal tipo, aunque un poco tonto. Adán se sienta en el despacho

del cura, al otro lado del escritorio.

—Espero que no esté animando a Lucía a creer que es su falta de fe lo que impide encontrar una cura para nuestra hija —dice.

—Claro que no. Jamás se me ocurriría sugerir algo semejante.

Adán asiente.

—Pero hablemos de usted —dice Rivera—. ¿En qué puedo ayudarle, Adán?

—Estoy bien, la verdad.

—No puede ser fácil...

—No lo es. La vida es así.

—¿Cómo están las cosas entre usted y Lucía?

—Bien.

Una mirada astuta aparece en los ojos de Rivera.

—¿Y en el dormitorio, si me permite la pregunta? ¿Los deberes conyugales...?

Adán consigue reprimir una sonrisa de satisfacción. Siempre le divierte que los sacerdotes, esos eunucos autocastrados, quieran dar consejos sobre asuntos sexuales. Es como si un vegetariano se ofreciera a asarte un filete en la barbacoa. No obstante, es evidente que Lucía ha estado hablando de su vida sexual con el cura, de lo contrario el hombre jamás habría tenido el valor de abordar el tema.

La verdad es que no hay nada de que hablar.

No hay vida sexual. A Lucía le aterroriza la posibilidad de quedar embarazada. Y como la Iglesia prohíbe la anticoncepción artificial, y ella no hará nada que no signifique un compromiso total con las leyes de la Iglesia...

Adán le ha dicho cien veces que las probabilidades de tener otro bebé con un defecto de nacimiento son de una entre mil, de una entre un millón, pero la lógica no influye en ella. Sabe que él tiene razón, pero una noche le confiesa entre lágrimas que no puede soportar el recuerdo de aquel momento en el hospital, aquel momento en que le dijeron, en que vio...

No puede soportar la idea de revivir aquel momento.

Ha intentado varias veces hacer el amor con él, cuando los ritmos de la anticoncepción natural lo permitían, pero se quedaba paralizada. El terror y la culpa, observa Adán, no son afrodisiacos.

La verdad, le gustaría confesar a Rivera, es que no es importante para él. Que está ocupado en el trabajo, ocupado en casa, que todas sus energías se dedican a dirigir el negocio (de cuya naturaleza específica jamás se habla), cuidar de una niña minusválida muy enferma, y tratar de encontrar una cura para ella. Comparada con los sufrimientos de su hija, la falta de vida sexual es insignificante.

—Quiero a mi mujer —dice a Rivera.

—La he animado a tener más hijos —dice Rivera—. A...

Basta, piensa Adán. Esto empieza a ser insultante.

—Padre —dice—, de momento, nuestra única preocupación es Gloria.

Deja un cheque sobre la mesa.

Vuelve a casa y dice a Lucía que ha hablado con el padre Rivera y la charla ha fortalecido su fe.

Pero Adán solo cree en los números.

Le duele ser testigo de la fe inútil y triste de ella. Sabe que cada día se hace más daño, porque algo que Adán sabe con certeza es que los números nunca mienten. Trabaja con números cada día, todos los días. Toma decisiones fundamentales basadas en los números, y sabe que la aritmética es la ley absoluta del universo, que una prueba matemática es la única prueba.

Y los números dicen que su hija empeorará, no mejorará, a medida que vaya haciéndose mayor, que nadie escuchará o contestará a las fervientes oraciones de su mujer.

De modo que deposita su confianza en la ciencia, en que alguien descubra la fórmula correcta, el fármaco milagroso, el procedimiento quirúrgico que superará a Dios y a Su inútil séquito de santos.

Entretanto, lo único que se puede hacer es seguir poniendo un pie delante del otro en esta absurda maratón.

Ni Dios ni la ciencia pueden ayudar a su hija.

La piel de Nora es de un rosado intenso, debido al agua humeante del baño.

Lleva puesto un albornoz blanco grueso y una toalla en la cabeza a modo de turbante. Se deja caer en el sofá, apoya a los pies sobre la mesita auxiliar y levanta la carta.

—¿Vas a hacerlo?—pregunta.

—¿Voy a hacer qué?—pregunta Parada, cuando la pregunta de Nora le distrae del dulce ensueño del disco de Coltrane que suena en el estéreo.

—Dimitir.

—No lo sé —dice él—. Supongo que sí. Quiero decir, una carta del propio Papa...

—Pero dijiste que era una solicitud. Está pidiendo, no ordenando.

—Una simple cortesía —dice Parada—. Viene a ser lo mismo. Nadie se niega a una petición del Papa.

Nora se encoge de hombros.

—Siempre hay una primera vez.

Parada sonríe. Ah, la valentía despreocupada de la juventud. Es un defecto y una virtud al mismo tiempo, piensa, de la gente joven tener tan poco respeto por la tradición, y menos aún por la autoridad. ¿Que un superior te pide que hagas algo que no quieres hacer? Fácil: niégate.

Pero sería muy fácil acceder, piensa. Más que fácil: tentador. Dimitir y convertirse en un simple párroco otra vez, o aceptar un destino en un monasterio, « un período de reflexión », como dirían ellos. Un tiempo de contemplación y plegaria. Suena maravilloso, en contraposición a la tensión y la responsabilidad constantes. Las interminables negociaciones políticas, los incesantes esfuerzos por conseguir comida, viviendas, medicinas. Por no hablar del alcoholismo crónico, los malos tratos conyugales, el paro y la pobreza, las innumerables tragedias que se derivan de todo eso. Es una carga, piensa, muy consciente de su autocompasión, y ahora el Papa no solo desea quitarle el cáliz de las manos, sino que está pidiendo que lo suelte.

Bien, de hecho me lo arrebatará por la fuerza si no lo entrego por voluntad propia.

Eso es lo que Nora no comprende.

Una de las pocas cosas que Nora no comprende.

Hace años que va a verle. Al principio eran breves visitas de unos días, y prestaba su ayuda en el orfanato de las afueras de la ciudad. Después las visitas se prolongaron más, se quedaba unas cuantas semanas, y después las semanas se convirtieron en meses. Después volvía a Estados Unidos para hacer lo que hace para ganar dinero, y luego regresaba, y las estancias en el orfanato se alargaban cada vez más.

Lo cual es estupendo, porque su colaboración es inestimable.

Para su sorpresa, se ha dado cuenta de que lo hace muy bien. Algunas mañanas cuida de los chicos de preescolar, otras se dedica a supervisar la reparación de los, al parecer, interminables problemas de fontanería, o a negociar con los contratistas los precios de la nueva residencia. O va en coche al gran mercado central de Guadalajara para conseguir al mejor precio los comestibles de la semana.

Al principio, cada vez que se presentaba una nueva tarea, rezongaba la misma frase: « No sé nada de esto ». Y siempre recibía la misma respuesta de la hermana Camila: « Ya aprenderás ».

Y aprendió. Se ha convertido en una verdadera experta en las complejidades de la fontanería del Tercer Mundo. Los contratistas locales la aman y odian al mismo tiempo. Es muy guapa, pero implacable, y se quedan sorprendidos y complacidos al mismo tiempo cuando ven a una mujer acercarse y pronunciar en un español deficiente pero eficaz: *No me quiebres el culo*.

En otras ocasiones, puede ser tan seductora y adorable que le dan lo que quiere sin casi obtener beneficios. Se inclina hacia delante y les mira con aquellos ojos y aquella sonrisa, y les dice que aquel tejado no puede esperar hasta que reúnan el dinero. Las lluvias se acercan, ¿es que no ven el cielo?

No. No lo ven. Lo que ven es su cara y su cuerpo y, seamos sinceros, su alma, y van a arreglar el *condenado* tejado. Y saben que, de todos modos, va a

conseguir el dinero, porque, ¿quién se lo va a negar en la diócesis?

Nadie.

Nadie tiene pelotas.

¿Y en el mercado? *Dios mío*, es el terror. Pasea entre los puestos de verduras como una reina, exige lo mejor, lo más fresco. Estruja, huele y pide que le dejen probar piezas.

Una mañana un verdulero harto de ella le pregunta:

—¿Para quién se cree que está comprando? ¿Para los clientes de un hotel de lujo?

—Mis chicos merecen lo mejor —responde ella—. ¿No está de acuerdo?

Les consigue la mejor comida al mejor precio.

Corren muchos rumores sobre ella. Es actriz, no, es puta, no... Es la amante del cardenal. No, era una cortesana muy cara, y se está muriendo de sida, ha venido al orfanato como penitencia por sus pecados antes de ir a reunirse con Dios.

Pero esa historia pierde credibilidad a medida que pasan los años. Dos, cinco, siete... y sigue yendo al orfanato, y su salud no ha declinado, y su belleza no ha menguado, y a esas alturas las especulaciones sobre su pasado ya se han desvanecido.

Disfruta de la comida cuando va a la ciudad. Come hasta sumirse en una especie de estupor, después se lleva una copa de vino al gran cuarto de baño con baldosas de verdad, y retoza en agua caliente hasta que su piel se tiñe de un rosa intenso. Después se seca con las enormes toallas mullidas (las del orfanato son pequeñas y prácticamente transparentes), y una doncella entra con la ropa limpia que le lava mientras está en la bañera, y después se reúne con el padre Juan para disfrutar de una velada de música, cine o conversación agradable. Sabe que ha aprovechado su baño para salir al jardín y fumar a escondidas (los médicos se lo han repetido hasta la saciedad, y su respuesta es: «¿Y si dejo de fumar y me atropella un coche? ¡Habré sacrificado ese placer por nada!»), y después chupa un caramelo de menta antes de que ella vuelva, como si pudiera engañar a alguien, como si necesitara engañarla.

De hecho, han llegado al extremo de medir sus baños en cigarrillos. «Me voy a dar un baño de cinco cigarrillos», o, si se siente especialmente sucia y cansada, «Va a ser un baño de ocho cigarrillos». Pero él aún se toma la molestia de negar la realidad, y siempre chupa un caramelo de menta.

Este juego se ha prolongado durante casi siete años.

Siete años. Nora no puede creerlo.

En esta visita en concreto, ella ha llegado por la mañana, algo poco habitual, tras haber pasado toda la noche con un niño enfermo en el hospital. Cuando la crisis hubo pasado, tomó un taxi hasta la residencia de Juan, y disfrutó de un baño y un desayuno completo. Ahora está sentada en su estudio y escucha música.

—¿Adónde han ido a parar? —le pregunta, mientras el solo de Coltrane asciende hasta un crescendo y vuelve a descender.

—¿Adónde han ido a parar qué?

—Estos siete años.

—Donde van a parar siempre —dice él—. A hacer lo que se debe.

—Supongo.

Está preocupada por él.

Parece cansado, agotado. Y, si bien bromearon al respecto, ha perdido peso últimamente, y parece más sensible a los resfriados y la gripe.

Pero se trata de algo más que su salud.

También es su seguridad.

Nora tiene miedo de que le maten.

No se trata tan solo de sus constantes sermones políticos y las actividades sindicales. Durante los últimos años cada vez ha pasado más tiempo en el estado de Chiapas, convirtiendo su iglesia en un centro del movimiento indígena, lo cual ha enfurecido a los terratenientes locales. Habla sin ambages de ciertos problemas sociales, adoptando siempre posturas peligrosamente izquierdistas, incluso atacando el TLCAN, el cual solo servirá para desposeer todavía más a los pobres y a los sin tierra.

Ha llegado al punto de clamar contra el tratado desde el púlpito, lo cual ha enfurecido a sus superiores de la Iglesia y a la derecha mexicana.

Las pintadas se ven, literalmente, en las paredes.

La primera vez que Nora vio uno de los carteles se lanzó a arrancarlo, pero él la detuvo. Pensaba que era divertido, un dibujo de él estilo cómic con la leyenda EL CARDENAL ROJO, y el anuncio: CRIMINAL PELIGROSO. SE BUSCA POR TRAICIONAR A SU PAÍS.

Se hizo con una copia para enmarcarla.

No está asustado. Asegura a Nora que ni siquiera la derecha mataría a un cura. Pero asesinaron a Óscar Romero en Guatemala, ¿verdad? Su hábito no paró las balas. Un escuadrón de la muerte de extrema derecha entró en su iglesia mientras decía misa y le cosió a balazos. Por eso ella tiene miedo de la Guardia Blanca mexicana, y de esos carteles que pueden azuzar a algún lunático solitario a convertirse en un héroe si mata a un traidor.

—Solo intentan intimidarme —le dijo Juan cuando vieron por primera vez los carteles.

Pero eso es justo lo que le asusta, porque sabe que no le intimidarán. Y cuando vean que no lo consiguen, ¿qué harán? Por lo tanto, quizá la «solicitud» de dimitir sea algo bueno, piensa. Por eso saca a colación la idea de que dimita. Es demasiado inteligente para hablar abiertamente de su salud, su cansancio y las amenazas dirigidas contra él, pero quiere dejarle una puerta abierta para que salga.

Solo para que salga.

Vivo.

—No sé —dice como si tal cosa—. Tal vez no sea una idea tan mala.

Juan le ha contado la discusión con el nuncio papal, cuando le llamó a Ciudad de México para explicarle «sus graves errores doctrinales y pastorales» en Chiapas.

—Esa «teología de la liberación» ... —había empezado Antonucci.

—No me interesa la teología de la liberación.

—Me alegra saberlo.

—Solo me interesa la liberación.

La cara de pinzón de Antonucci se ensombreció.

—Cristo libera nuestras almas del infierno y la muerte, y yo diría que esa liberación es suficiente. Que es la buena noticia de los Evangelios, y es lo que tiene que predicar a los fieles de su diócesis. Y que eso, y no la política, debería ser su principal preocupación.

—Mi principal preocupación —replicó Parada— es que los Evangelios se conviertan en buenas noticias para el pueblo ahora, y no después de que se haya muerto de hambre.

—Esta orientación política estuvo muy de moda después del Concilio Vaticano Segundo —dijo Antonucci—, pero tal vez no se ha fijado en que ahora tenemos un Papa diferente.

—Sí —dijo Parada—, y a veces nos hace retroceder en el tiempo. Allá donde va, besa el suelo y pasa del pueblo.

—Esto no es una broma —dijo Antonucci—. Le están investigando.

—¿Quién?

—La Sección de Asuntos Latinos del Vaticano —contestó Antonucci—. El obispo Gantin. Y quiere que le expulsen.

—¿Acusado de qué?

—Herejía.

—¡Qué ridiculez!

—¿De veras? —Antonucci levantó una carpeta de la mesa—. ¿Celebró misa en un pueblo de Chiapas el mayo pasado, vestido con hábitos mayas y coronado con un tocado de plumas?

—Son símbolos que el pueblo indígena...

—De modo que la respuesta es sí —interrumpió Antonucci—. Estaba alentando sin ambages la idolatría pagana.

—¿Cree que Dios llegó aquí con Colón?

—Se está autocitando —dijo Antonucci—. Sí, tengo aquí ese pequeño fragmento. Déjeme ver. Sí, aquí está. «Dios ama a toda la humanidad...».

—¿Tiene algo que objetar a esa afirmación?

—«... y en consecuencia ha revelado su condición divina a todos los grupos

culturales y étnicos del mundo. Antes de que cualquier misionero llegara para hablar de Cristo, ya se había abierto un proceso de salvación en estas tierras. Sabemos con certeza que Colón no trajo a Dios a bordo de sus barcos. No, Dios ya está presente en estas culturas, de modo que el trabajo de los misioneros posee un significado muy diferente: anunciar la presencia de un Dios que ya ha llegado». ¿Niega haber dicho esto?

—No, lo asumo.

—¿Están salvados antes de Cristo?

—Sí.

—Pura herejía.

—No.

Es pura salvación. Esa sencilla afirmación, Colón no trajo a Dios consigo, hizo más que mil catecismos por lanzar un renacimiento espiritual en Chiapas, cuando el pueblo indígena empezó a buscar en su cultura señales del Dios revelado. Y las encontraron: en sus costumbres, en su administración de la tierra, en las antiguas leyes de cómo tratar a sus hermanos. Fue solo entonces, después de encontrar a Dios en su seno, cuando pudieron recibir la buena noticia de Jesucristo.

Y la esperanza de redención. De quinientos años de esclavitud. Medio milenio de opresión, humillación y pobreza extrema, desesperada, criminal. Y si Cristo no venía a redimir eso, nunca vendría.

—¿Qué le parece esto? —dijo Antonucci—. «El misterio de la Santísima Trinidad no es el acertijo matemático de Tres en Uno. Es la manifestación del Padre en la política, del Hijo en la economía, y del Espíritu Santo en la cultura». ¿De veras refleja esto su forma de pensar?

—Sí.

Sí, porque Dios necesita todo eso (política, economía y cultura) para revelarse en todo su poder. Por eso hemos dedicado los últimos siete años a construir centros culturales, clínicas, cooperativas agrícolas y, sí, organizaciones políticas.

—¿Reduce Dios Padre a simple política, y a Nuestro Señor Jesucristo a una cátedra de teoría marxista en un departamento de economía de tercera fila? Ni siquiera voy a comentar la blasfema relación del Espíritu Santo con la cultura pagana local, signifique eso lo que signifique.

—El problema reside en que usted no sabe lo que significa.

—No —replicó Antonucci—, el problema es que usted sí lo sabe.

—¿Quiere saber lo que me preguntó el otro día un indio anciano?

—Me lo va a contar de todas formas.

—Me preguntó: «¿Este Dios de usted salva solo las almas? ¿O también salva los cuerpos?».

—Tiemblo solo de pensar en lo que pudo haberle contestado.

—Más le vale.

Estaban sentados a ambos lados de un escritorio, mirándose fijamente, y entonces Parada se contuvo un poco y trató de explicarse.

—Fijese en lo que estamos consiguiendo en Chiapas: ahora tenemos seis mil catecúmenos indígenas, esparcidos por todos los pueblos, que enseñan el Evangelio.

—Sí, fijémonos en lo que ha conseguido en Chiapas —replicó Antonucci—. Tiene el porcentaje más elevado de conversos al protestantismo de todo México. Poco más de la mitad de su gente son católicos, el porcentaje más bajo de México.

—Así que eso es lo único que importa —replicó Parada—. Coca-Cola está preocupada por perder mercado en relación con Pepsi.

Pero Parada se arrepintió al instante de la pulla. Fue inmadura, orgullosa y acabó con cualquier posibilidad de acercamiento.

Y el principal argumento de Antonucci es cierto, piensa ahora. Fui al campo a convertir a los indígenas.

En cambio, ellos me convirtieron a mí.

Y ahora, este horror del TLCAN les arrebatara la poca tierra que poseían, para dejar sitio a ranchos grandes más «eficaces». Para abrir paso a fincas de café más grandes, explotaciones mineras y madereras, y por supuesto, perforaciones petrolíferas.

¿Ha de sacrificarse todo en aras del capitalismo?, se pregunta.

Se levanta, baja la música y busca sus cigarrillos en la sala. Siempre los tiene que buscar, como pasa con sus gafas. Ella no le ayuda, aunque los ve junto a una mesilla auxiliar. Está fumando demasiado. No puede evitarlo.

—El humo me molesta —dice.

—No voy a encenderlo —dice él cuando encuentra el paquete—. Solo voy a chuparlo.

—Prueba el chicle.

—No me gusta el chicle.

Se sienta frente a ella.

—Quieres que lo deje.

Ella sacude la cabeza.

—Quiero que hagas lo que quieras.

—Deja de llevarme la corriente —dice él con brusquedad—. Dime lo que piensas.

—Tú lo has preguntado. Mereces otro tipo de vida. Te lo has ganado. Si decides dimitir, nadie te culpará. Culparán al Vaticano, y podrás alejarte de todo esto con la cabeza bien alta.

Se levanta del sofá, camina hacia el bar y se sirve una copa de vino. Le apetece el vino, pero sobre todo desea evitar el contacto visual. No quiere que la mire cuando dice:

—Soy egoísta, de acuerdo. No soportaría que te pasara algo.

—Ah.

El pensamiento compartido, no verbalizado, flota entre ellos: si me retirara no solo del cardenalato, sino del sacerdocio, entonces podríamos...

Pero él nunca podría hacerlo, piensa Nora, y yo no querría que lo hiciera.

Y tú eres un viejo de lo más idiota, piensa él. Ella tiene cuarenta años menos que tú, y tú eres un sacerdote.

—Temo que soy yo el egoísta —dice en cambio él—. Tal vez nuestra amistad te está impidiendo buscar una relación...

—No.

—... que satisfaga más tus necesidades.

—Tú satisfaces todas mis necesidades.

La expresión de su cara es tan seria que él se queda sorprendido un momento. Aquellos ojos maravillosos tan intensos.

—Todas no —contesta.

—Todas.

—¿No quieres un marido? ¿Una familia? ¿Hijos?

—No.

Nora tiene ganas de chillar: «No me abandones. No me obligues a abandonarte». No necesito marido, familia, ni hijos. No necesito sexo, dinero, comodidades o seguridad.

Te necesito a ti.

Para lo cual deben de existir millones de razones psicológicas: un padre indiferente, disfunción sexual, temor a comprometerse con un hombre que esté disponible. Un loquero se lo pasaría en grande, pero me da igual. Tú eres el mejor hombre que he conocido. El mejor, el más inteligente, cariñoso, divertido que he conocido, y no sé qué haría si algo te pasara, así que no te vayas, por favor. No me obligues a marcharme.

—No vas a renunciar, ¿verdad?

—No puedo.

—De acuerdo.

—¿Sí?

—Seguro.

En ningún momento pensó que fuera a renunciar.

Una suave llamada a la puerta, y el ayudante del obispo murmura que ha llegado un visitante imprevisto, a quien le han dicho...

—¿Quién es? —pregunta Parada.

—Un tal señor Barrera —dice el ayudante—. Le he dicho...

—Le recibiré.

Nora se levanta.

—De todos modos, tengo que irme.

Se abrazan y ella va a vestirse.

Parada entra en su despacho privado y encuentra a Adán sentado.

Ha cambiado, piensa Parada.

Aún conserva la cara juvenil, pero es un chico preocupado. Y no me extraña, piensa Parada, con la hija enferma. Parada le ofrece la mano. Adán la toma e, inesperadamente, le besa el anillo.

—Eso ha sido de todo punto innecesario —dice Parada—. Ha pasado mucho tiempo, Adán.

—Casi seis años.

—Entonces, ¿por qué...?

—Gracias por los regalos que envié a Gloria —dice Adán.

—De nada. También digo misas por ella. Y ofrezco mis oraciones.

—Las agradecemos más de lo que usted piensa.

—¿Cómo está Gloria?

—Como siempre.

Parada asiente.

—¿Y Lucía?

—Bien, gracias.

Parada se sienta detrás del escritorio. Se inclina hacia delante, enlaza los dedos y mira a Adán con estudiada expresión pastoral.

—Hace seis años me puse en contacto contigo y te pedí clemencia para un hombre indefenso. Tu respuesta fue asesinarle.

—Fue un accidente —dice Adán—. Estaba fuera de mi control.

—Puedes mentirme a ti y a mí —replica Parada—, pero no a Dios.

¿Por qué no?, se pregunta Adán. Él nos miente a nosotros.

—Le juro por mi vida y la de mi hija que iba a dejar en libertad a Hidalgo —dice en cambio—. Uno de mis colegas le administró accidentalmente una sobredosis, con la intención de paliar su dolor.

—Que necesitaba porque fue torturado.

—No fui yo.

—Basta, Adán —dice Parada, y agita las manos como para alejar las evasivas—. ¿Para qué has venido? ¿En qué puedo ayudarte?

—No es para mí.

—Entonces...

—Le pido que sea pastor de mi tío.

—Jesús caminó sobre las aguas —dice Parada—. Que yo sepa, no ha vuelto a repetirse.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiero decir? —contesta Parada mientras coge un paquete de cigarrillos, se lleva uno a la boca con una mano temblorosa y lo enciende—. Que pese a la línea oficial del partido, debo creer que algunas personas están más allá

de la redención. Lo que tú pides es un milagro.

—Pensé que se dedicaba al negocio de los milagros.

—Así es —contesta Parada—. Por ejemplo, en este mismo momento estoy intentando dar de comer a miles de personas hambrientas, proporcionarles agua potable, casas decentes, medicinas, educación y alguna esperanza de futuro. Cualquiera de estas cosas sería un milagro.

—Si es una cuestión de dinero...

—Métete el dinero en el culo —dice Parada—. ¿Me he expresado con claridad?

Adán sonríe, y recuerda por qué quiere a este hombre. Y por qué el padre Juan es el único cura lo bastante duro para ayudar a Tío.

—Mi tío vive en un tormento —dice.

—Bien. Se lo merece.

Cuando Adán enarca una ceja, Parada dice:

—No estoy seguro de creer en el infierno de las llamas, Adán, pero si existe uno, no me cabe duda de que tu tío acabará en él.

—Es un adicto al crack.

—Me abstendré de comentar la ironía de la circunstancia —dice Parada—. ¿Conoces el concepto de karma?

—Vagamente —dice Adán—. Sé que necesita ayuda. Y sé que usted no puede negarse a ayudar a un alma atormentada.

—Un alma que acude arrepentida de verdad, en busca de una forma de cambiar su vida —dice Parada—. ¿Describe esa frase a tu tío?

—No.

—¿Te describe a ti?

—No.

Parada se levanta.

—Entonces, ¿de qué tenemos que hablar?

—Vaya a verle, por favor —dice Adán. Saca una libreta del bolsillo de la chaqueta y escribe la dirección de Tío—. Si pudiera convencerle de que fuera a una clínica, a un hospital...

—Hay cientos de personas en mi diócesis que quieren seguir ese tratamiento y no se lo pueden permitir —dice Parada.

—Envíe cinco con mi tío, y me envía las facturas a mí.

—Como ya he dicho antes.

—Sí, que me meta el dinero en el culo —dice Adán—. Sus principios, el sufrimiento de los demás.

—Por culpa de las drogas que vendes.

—Y lo dice con un cigarrillo en la boca.

Adán agacha la cabeza, contempla el suelo durante un segundo.

—Lo siento. He venido a pedirle un favor. Tendría que haber cambiado de

actitud en la puerta. Quería hacerlo.

Parada da una larga calada al cigarrillo, se acerca a la ventana y mira el *zócalo*, donde los vendedores callejeros han extendido sus mantas y dispuesto los *milagros* que venden.

—Iré a ver a Miguel Ángel —dice—. Dudo que sirva de algo.

—Gracias, padre Juan.

Parada asiente.

—Padre Juan...

—¿Sí?

—Hay mucha gente que quiere saber esa dirección.

—No soy policía —replica Parada.

—No tendría que haber dicho nada —contesta Adán. Camina hacia la puerta —. Adiós, padre Juan. Gracias.

—Cambia de vida, Adán.

—Es demasiado tarde.

—Si de veras lo creyeras, no habrías venido.

Parada acompaña a Adán hasta el pequeño vestíbulo, donde está esperando una mujer con una pequeña bolsa de viaje colgada del hombro.

—Tengo que irme —dice Nora a Parada. Mira a Adán y sonríe.

—Nora Hayden —dice Parada—. Adán Barrera.

—*Mucho gusto* —dice Adán.

—*Mucho gusto*. —Nora se vuelve hacia Parada—. Volveré dentro de unas semanas.

—Ojalá sea así.

Ella se vuelve para salir.

—Yo también me voy —dice Adán—. ¿Puedo llevarle la bolsa? ¿Necesita un taxi?

—Muy amable.

Nora besa a Parada en la mejilla.

—*Adiós*.

—*Buen viaje*.

—Esa sonrisa irónica... —dice ella fuera, en el *zócalo*.

—¿Yo he sonreído con ironía?

—... no viene a cuento. No es lo que usted piensa.

—Me ha malinterpretado —dice Adán—. Quiero y respeto a ese hombre. Jamás envidiaré la felicidad que pueda encontrar en este mundo.

—Solo somos amigos.

—Como usted diga.

—Es la verdad.

Adán mira al otro lado de la plaza.

—Allí hay un buen café. Me disponía a desayunar, y detesto comer solo.

¿Tiene tiempo y ganas de acompañarme?

—No he comido nada.

—Pues vamos —dice Adán. Cruza la calle con ella—. Perdona, tengo que llamar por teléfono.

—Adelante.

Saca el móvil y marca el número de Gloria.

—Hola, *sonrisa de mi alma* —dice cuando ella contesta. Ella es la sonrisa de su alma. Su voz es su aurora y su crepúsculo—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Bien, papá. ¿Dónde estás?

—En Guadalajara. He ido a ver a Tío.

—¿Cómo está?

—Bien, también —dice Adán. Contempla la plaza donde se han reunido los vendedores ambulantes—. *Consuelo de mi corazón*, aquí venden pájaros cantores. ¿Quieres que te traiga uno?

—¿Qué cantan, papá?

—No sé. Creo que tienes que enseñarles canciones. ¿Te sabes alguna?

—Papá, yo siempre te canto —ríe la niña, complacida, pues sabe que su padre está bromeando.

—Ya lo sé.

Tus canciones me parten el corazón.

—Sí, papá, por favor. Me encantaría tener un pájaro.

—¿De qué color?

—¿Amarillo?

—Creo que veo uno amarillo.

—O verde. De cualquier color, papá. ¿Cuándo volverás a casa?

—Mañana por la noche —dice Adán—. Tengo que ir a ver a tío Güero, y después vuelvo.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Te llamaré esta noche.

—Te quiero.

—Te quiero.

Finaliza la llamada.

—¿Su novia? —pregunta Nora.

—El amor de mi vida —contesta Adán—. Mi hija.

—Ah.

Eligen una mesa de la terraza. Adán le acerca una silla, y después se sienta. Contempla aquellos increíbles ojos azules. Ella no aparta la vista, se encoge o enrojece. Sostiene su mirada.

—¿Y su mujer?

—¿Qué pasa con ella?

—Es lo que le iba a preguntar —dice Nora.

La puerta chasquea como un disparo.

El metal destroza la madera.

El *pito* de Tío se sale de la chica cuando se vuelve y ve que los *federales* irrumpen por la puerta.

Art piensa que es casi cómico ver a Tío arrastrar los pies con los pantalones en los tobillos, en un burdo intento de correr, el gotero móvil siguiéndole como un lacayo servil, con la intención de llegar a las armas amontonadas en un rincón de la habitación. Entonces el gotero móvil se derrumba, le arranca la aguja del brazo, Tío cae sobre las armas y se levanta con una granada de mano, forcejeando con la anilla hasta que un *federal* le arrebató la granada de la mano.

Un culo gordo y blanco sobresale de la mesa de la cocina, como una pila de masa gigantesca. Ramos se acerca y lo golpea con la culata del rifle.

Ella suelta un « Ay » indignado.

—Tendrías que haber preparado el desayuno, puta perezosa.

Ramos la agarra del pelo y la levanta.

—Ponte los pantalones, nadie quiere ver tus *gordas nalgas*.

—Te daré cinco millones de dólares —dice Ángel al *federal*—. Cinco millones de dólares norteamericanos si me sueltas. —Entonces ve a Art y sabe que los cinco millones no van a servirle de nada, no hay dinero suficiente. Se pone a gritar—. Mátame. Por favor, mátame ahora.

Este es el rostro de la maldad, piensa Art.

Una triste parodia.

Sentado en un rincón con los pantalones caídos, suplicándome que le mate.

Patético.

—Tres minutos —dice Ramos.

Antes de que vuelvan los guardias.

—Saquemos de aquí a este pedazo de mierda —dice Art. Se arrodilla para acercar la boca al oído de Tío—. Tío, voy a decirte lo que siempre has querido saber —susurra.

—¿Qué?

—Quién era Mamada.

—¿Quién?

—Güero Méndez —dice Art.

Güero Méndez, grandísimo cabronazo.

—Te odiaba —añade Art—, porque le robaste a la putita y la mancillaste. Sabía que la única forma de conseguirla era deshaciéndose de ti.

Tal vez me sea imposible acabar con Adán, Raúl y Güero, piensa Art, de modo que me conformaré con la mejor alternativa.

Conseguiré que se destruyan entre sí.

Adán se derrumba sobre el cuerpo de Nora. Ella le sujeta el cuello y acaricia su pelo.

—Ha sido increíble —murmura él.

—Hace mucho tiempo que no estabas con una mujer —dice Nora.

—¿Tan evidente ha sido?

Habían salido del café para dirigirse al hotel más cercano. Los dedos de Adán temblaban cuando le desabrochó la blusa.

—No te has corrido —dice él.

—Lo haré. La próxima vez.

—¿La próxima vez?

Una hora después, ella apoya las manos contra el antepecho de la ventana, con las piernas formando una V musculosa, mientras él la empala por detrás. La brisa que entra por la ventana abierta enfría el sudor que cubre su piel, en tanto gime y finge un hermoso orgasmo, hasta que él se queda satisfecho y se corre.

—Quiero verte otra vez —dice después Adán, tendido en el suelo.

—Podríamos arreglarlo —contesta Nora.

Es solo un asunto de negocios.

Tío está sentado en una celda.

La lectura del acta de acusación no salió como él esperaba.

—No sé por qué me relacionan con el negocio de la cocaína —dijo desde el banquillo de los acusados—. Me dedico a la compraventa de coches. Del tráfico de drogas solo sé lo que leo en los periódicos.

Y la gente que estaba en la sala del tribunal se echó a reír.

Rieron, y el juez decretó que fuera a juicio. Sin fianza. Un delincuente peligroso, dijo el juez. Riesgo de fuga muy elevado. Sobre todo en Guadalajara, donde el acusado ejerce una notable influencia sobre las fuerzas de la ley. Así que le condujeron esposado a un avión militar con destino a Ciudad de México. Bajo un dosel especial desde el avión hasta una furgoneta con las ventanillas tintadas. Después, a la cárcel de Almoloya, a una celda de aislamiento.

Donde el frío se filtra en sus huesos.

Y la necesidad de crackear sus huesos como un perro hambriento. El perro le devora, le devora, ansioso de cocaína.

Pero lo peor es su rabia.

La rabia de la traición.

La traición de sus aliados, pues tiene que haber existido traición a los niveles más altos para que esté en esta celda.

Aquel *hijo de puta* y su hermano en Los Pinos. A los que compró, pagó y nombró. Las elecciones robadas a Cárdenas utilizando mi dinero y el dinero que obligué al cártel a darles... y me han traicionado así. Los hijos de puta, *cabrones*, *lambiosos*.

Y los norteamericanos, los norteamericanos a los que ayudé en su guerra contra los comunistas, también me han traicionado.

Y Güero Méndez, que me robó mi amor. Méndez, quien posee a la mujer que debería ser mía, y los hijos que deberían ser míos.

Y Pilar, el putón que me traicionó.

Tío está sentado en el suelo de la celda, con los brazos alrededor de las piernas, meciéndose atrás y adelante con rabia y mono. Tarda un día en localizar a un guardia que le venda crack. Inhala el delicioso humo y lo retiene en los pulmones. Deja que suba hasta su cerebro. Que le proporcione euforia, y después claridad.

Entonces lo ve todo.

Venganza.

De Méndez.

De Pilar.

Se duerme sonriente.

Fabián Martínez, alias el Tiburón, es un asesino implacable.

El Junior se ha convertido en uno de los principales *sicarios* de Raúl, su pistolero más eficaz. El director del periódico de Tijuana que llevó demasiado lejos el periodismo de investigación... El Tiburón acabó con él como si fuera el blanco de un videojuego. Aquel surfista y camello californiano que desembarcó tres toneladas de *yerba* en la playa, cerca de Rosarita, pero no pagó la cuota de desembarco... El Tiburón lo reventó como un globo, y después se fue a una fiesta. Y aquellos tres idiotas *pendejos* de Durango que robaron un cargamento de coca que los Barrera habían garantizado... Bien, el Tiburón cogió un AK y los cosió a balas en plena calle como si fueran mierda de perro, después vertió gasolina sobre sus cuerpos, les prendió fuego y dejó que quemaran como *luminarias*. Los bomberos tuvieron miedo de apagarlos, y con fundadas razones, y la historia dice que dos de los tipos todavía respiraban cuando el Tiburón dejó caer la cerilla.

—Eso son chorradas —dijo Fabián, negando la veracidad de la historia—. Utilicé mi encendedor.

Da igual.

Mata sin remordimientos ni conciencia.

Justo lo que necesitamos, piensa Raúl, sentado en el coche con el chico,

cuando le pide el favor de que sea el nuevo *pasador* de los Barrera.

—Queremos que te encargues de las entregas de dinero a Güero Méndez—le dice Raúl—. Que seas el nuevo correo.

—¿Eso es todo?—pregunta Fabián.

Pensaba que habría algo más, algo húmedo, algo que implicara el dulce y penetrante chute de adrenalina de matar.

De hecho, hay algo más.

Los hijos de Pilar son el amor de su vida.

Es una joven *madonna*, con una hija de tres años y un bebé, de rostro y cuerpo ya maduros, y una personalidad alrededor de los ojos que antes no existía. Está sentada en el borde de la piscina y sus pies desnudos cuelgan en el agua.

—Los niños son *la sonrisa de mi corazón*—le dice a Fabián Martínez—. Mi marido no—añade después con tristeza.

Fabián cree que la *estancia* de Güero Méndez es de una ordinarietà apabullante.

«Un *traficante chic*», le describe Pilar en privado, en un tono que no pretende disimular su desprecio.

—Intento cambiarlo, pero tiene metida esa imagen en su cabeza...

Narcovaquero, piensa Fabián.

En lugar de disimular sus raíces rurales, Güero las exhibe. Recrea una grotesca versión moderna de los grandes terratenientes del pasado, los dones, los rancheros, los *vaqueros* que llevaban sombreros de ala ancha, botas y chaparreras porque los necesitaban para conducir los rebaños. Ahora, los nuevos *narcos* han recreado la imagen en su mente: camisas de vaquero de poliéster negro con falsos botones de nácar, chaparreras de poliéster de colores chillones, verde lima, amarillo canario y rosa coral. Y botas de tacón alto. No son botas prácticas para caminar, sino botas puntiagudas de vaquero yanqui, hechas de toda clase de materiales, cuanto más exóticos mejor (avestruz, caimán), teñidas de rojos y verdes brillantes.

Los antiguos *vaqueros* se habrían partido el culo.

O se habrían revuelto en sus tumbas.

Y la casa...

A Pilar le da vergüenza.

No es el clásico estilo de *estancia* (una planta, tejado de tejas un porche agradable y elegante), sino una monstruosidad de tres plantas de ladrillo amarillo, columnas y barandilla de hierro. Y el interior... Butacas de cuero con cuernos de vaca a modo de orejeras y pezuñas a modo de pies. Sofás hechos de piel de vaca

roja y blanca. Taburetes con sillas de montar como asientos.

—Con todo su dinero —suspira ella—, lo que podría haber hecho.

Hablando de dinero, Fabián lleva un maletín lleno en la mano. Más dinero para Güero Méndez con el fin de que prosiga su guerra contra el buen gusto. Fabián es el nuevo correo, y el pretexto consiste en que es demasiado peligroso para los hermanos Barrera desplazarse, después de lo sucedido a Miguel Ángel.

Tienen que ser discretos.

Fabián se encargará de las entregas mensuales y de transmitir las órdenes.

Este fin de semana se está celebrando una fiesta en el rancho. Pilar interpreta el papel de anfitriona refinada, y Fabián se queda sorprendido cuando se descubre pensando que es refinada, encantadora, adorable y sutil. Se esperaba un ama de casa desaliñada, pero ella no es así. En la cena de la noche, en el enorme comedor atestado de invitados, ve su rostro a la luz de las velas, y es un rostro exquisito.

Ella le mira y observa que la está mirando.

Ese chico hermoso como un astro del cine, vestido con elegancia.

Al poco se encuentra paseando junto a la piscina con ella, y entonces le confiesa que no ama a su marido.

Él no sabe qué decir, de modo que cierra la boca. Se sorprende cuando ella continúa.

—Yo era muy joven. Él también, y *muy guapo*, ¿no? Y, perdóname, iba a rescatarme de don Ángel. Y lo hizo. Me convirtió en una gran señora. Y lo hizo. Una gran señora desdichada.

—¿Es usted desdichada? —dice Fabián como si fuera estúpido.

—No le amo —dice ella—. ¿No te parece terrible? Soy una persona horrible. Me trata bien, me lo da todo. No va con otras mujeres, no se va de putas... Soy el amor de su vida, y por eso me siento tan culpable. Güero me adora, y yo le desprecio por eso. Cuando está conmigo, no siento... No siento. Y después empiezo a hacer una lista de las cosas que me desagradan de él: es un hortera, carece de gusto, es un patán, un palurdo. Odio este lugar. Quiero volver a Guadalajara. Restaurantes de verdad, tiendas de verdad. Quiero ir a museos, conciertos, galerías de arte. Quiero viajar. Ver Roma, París, Río. No quiero aburrirme... de mi vida, de mi marido.

Sonríe, y después mira a los invitados congregados alrededor del enorme bar situado al final de la piscina.

—Todos creen que soy una puta.

—No.

—Pues claro que sí —replica ella—. Pero nadie es lo bastante valiente para decirlo en voz alta.

Pues claro que no, piensa Fabián. Todos conocen la historia de Rafael Barragos.

Se pregunta si ella también.

Rafi había asistido a una barbacoa en el rancho, poco después de que Güero y Pilar se casaran, y estaba con algunos *cuates* cuando Güero salió de la casa con Pilar del brazo. Rafi lanzó una risita, y en voz baja hizo una broma acerca de que Güero se había casado con la *puta* de Barrera. Y uno de sus buenos amigos fue a ver a Güero y se lo contó, y aquella noche sacaron a Rafi de su cuarto de invitado, fundieron delante de él la bandeja de plata que les había obsequiado como regalo de bodas, le metieron un embudo en la boca y vertieron la plata fundida.

Mientras Güero observaba.

Así fue como encontraron el cadáver de Rafi: colgado cabeza abajo de un poste telefónico en una carretera secundaria a treinta kilómetros del rancho, los ojos abiertos de par en par a causa del dolor, la boca llena de plata solidificada. Y nadie se atrevió a bajar el cadáver, ni la policía, ni incluso la familia, y durante años el viejo pastor de cabras que vivía al lado habló del extraño sonido que producían los picos de los cuervos cuando perforaron las mejillas de Rafi y golpearon la plata.

Y aquel lugar de la carretera llegó a ser conocido como *Donde los cuervos son ricos*.

Pues sí, piensa Fabián mientras la mira, mientras el agua que se refleja en el estanque tiñe su piel de oro. Todo el mundo tiene miedo de llamarte *puta*.

Deben de tener miedo hasta de pensarlo.

Y si Güero hizo eso a un hombre solamente por insultarte, piensa Fabián, ¿qué le haría al hombre que te sedujera? Siente una punzada de temor, pero después se convierte en excitación. Le pone cachondo. Siente orgullo de su fría valentía, de sus proezas como amante.

Entonces ella se inclina hacia él y, ante su sorpresa y excitación, susurra: *Yo quiero rabiarse*.

Quiero arder.

Quiero rugir.

Quiero volverme loca.

Adán llega al orgasmo y grita.

Se derrumba sobre los suaves pechos de Nora, y ella le sujeta con fuerza entre sus brazos y le mece rítmicamente en su interior.

—Dios mío —jadea él.

Nora sonríe.

—¿Te has corrido? —pregunta él.

—Oh, sí —miente ella—. Ha sido estupendo.

No quiere decirle que nunca se corre con un hombre, que más tarde, a solas, utilizará los dedos para aliviarse. Sería inútil decírselo, y no quiere herir sus sentimientos. En realidad, le gusta, siente una especie de afecto por él, y además, no es algo que le digas a un hombre al que intentas complacer.

Se han estado citando con regularidad durante algunos meses desde su primer encuentro en Guadalajara. Al igual que hoy, suelen alquilar una habitación de un hotel de Tijuana, un lugar al que ella puede desplazarse con facilidad desde San Diego, y muy conveniente para él. Una vez a la semana o así desaparece de uno de sus restaurantes y se encuentra con ella en la habitación de un hotel. Es el tópico del « amor por la tarde ». Por las noches, Adán siempre está en casa.

Adán lo dejó muy claro desde el primer momento.

—Amo a mi mujer.

Ella lo ha oído miles de veces. Todos aman a sus mujeres. Y en la mayoría de los casos es cierto. Esto es una cuestión de sexo, no de amor.

—No quiero hacerle daño —afirmó Adán, como si estuviera fijando una política comercial.

Y así era.

—No quiero avergonzarla ni humillarla. Es una persona maravillosa. Nunca la abandonaré, ni tampoco a mi hija.

—Estupendo —dijo Nora.

Siendo ambos gente de negocios, llegaron a un rápido acuerdo, sin ínfulas emocionales. A ella no le gusta ver el dinero. Adán abrió una cuenta a su nombre, y deposita cierta cantidad de dinero cada mes. Él elige las fechas y las horas de sus citas, y ella acude, pero tiene que decírselo con una semana de adelanto. Si quiere verla más de una vez a la semana, ningún problema, pero de todos modos tiene que avisarla por adelantado.

Una vez al mes, los resultados de un análisis de sangre, certificando la salud sexual de Nora, llegarán con discreción a la oficina de Adán. Él hará lo mismo, y así podrán pasar del molesto condón.

En otra cosa se ponen de acuerdo: el padre Juan tiene que ignorar su relación.

De una forma desquiciada, cada uno piensa que le está engañando: ella a su amistad platónica; Adán a su relación anterior.

—¿Sabe él cómo te ganas la vida? —le había preguntado Adán.

—Sí.

—¿Y lo aprueba?

—Somos amigos —dijo Nora—. ¿Sabe él a qué te dedicas tú?

—Soy restaurador.

—Ajá.

No le creyó entonces, y ahora menos, después de meses de citarse con él. El nombre le sonaba vagamente, de una noche de casi diez años antes en la Casa Blanca, cuando Jimmy Piccone había inaugurado tan brutalmente su carrera. De

manera que, cuando regresó de Guadalajara, llamó a Haley, le preguntó por Adán Barrera y obtuvo toda la información.

—Ve con cuidado —avisó Haley—. Los Barrera son peligrosos.

Tal vez, piensa Nora, ahora que Adán se ha sumido en el sopor poscoital. Pero no ha visto esa faceta de Adán, y hasta duda de que exista. Con ella solo ha sido amable, dulce. Admira su lealtad hacia su hija enferma y su esposa frígida. Tiene necesidades, punto, e intenta satisfacerlas de la manera más ética posible.

Para ser un hombre relativamente sofisticado, es muy poco sofisticado en la cama. Ella ha tenido que introducirle en ciertas prácticas, enseñarle posturas y técnicas. El hombre se queda sorprendido por la magnitud del placer que ella le proporciona.

Y no es egoísta, piensa Nora. No llega a la cama con la mentalidad de consumidor de tantos clientes, la sensación de amo y señor que le otorgan sus tarjetas platino. Quiere complacerla, quiere que quede tan satisfecha como él, quiere que experimente el mismo goce.

No me trata como a una máquina expendedora, piensa Nora, en la que introduce la moneda, aprieta el botón y coge el caramelo.

Maldita sea, piensa, me gusta ese hombre.

Ha empezado a abrirse, sexual y personalmente. Entre polvo y polvo, hablan. No hablan del negocio de la droga, por supuesto (él sabe que ella sabe a qué se dedica), sino del negocio de los restaurantes, de la multitud de problemas relacionados con la actividad de llevar comida a las bocas y sonrisas a los labios de los consumidores. Hablan de deportes (él se alegra de que Nora puede discutir de boxeo en profundidad y conoza la diferencia entre un *slider* y un lanzamiento en curva) y del mercado de valores. Ella es una astuta inversionista que empieza el día igual que él, con el *Wall Street Journal* al lado del café. Hablan de gastronomía, comentan la clasificación de los pesos medios, diseccionan los puntos fuertes y débiles relativos de los fondos de inversión inmobiliaria comparados con los bonos municipales.

Nora sabe que es otro tópico, tan manido como el del amor por la tarde, pero los hombres van de putas para hablar. Las esposas del mundo le arrancarían un pedazo de sus beneficios si echaran un vistazo a la página de deportes, dedicaran unos minutos a mirar la ESPN o el *Wall Street Week*. Sus maridos invertirían de buena gana unas cuantas horas en hablar de sentimientos si las esposas quisieran hablar de sus cosas un poco más.

Forma parte de su trabajo, pero le gusta conversar con Adán. Le interesan los temas y le gusta hablar de ellos con él. Está acostumbrada a hombres inteligentes y triunfadores, pero Adán es muy listo. Es un analista incansable. Piensa las cosas a fondo, lleva a cabo un trabajo quirúrgico intelectual hasta llegar al meollo del asunto.

Y reconócelo, se dice, te atrae su dolor. La tristeza que lleva con tanta

dignidad. Crees que puedes paliar su dolor, y te gusta. No es la habitual satisfacción hueca de tener a un hombre cogido del pene, sino de tomar a un hombre sumido en el dolor y conseguir que olvide un rato su tristeza.

Sí, la enfermera Nora, piensa.

Florence Puta Nightingale, con una mamada en lugar de un farol.

Se inclina y le acaricia el cuello hasta que abre los ojos.

—Tienes que levantarte —dice—. Tienes una cita dentro de una hora, ¿te acuerdas?

—Gracias —contesta él adormilado.

Se levanta y entra en la ducha. Como en casi todo lo que hace, es enérgico y eficaz. No se demora bajo el chorro de agua caliente, sino que se lava, se seca, vuelve a la habitación y empieza a vestirse.

—Quiero que nuestra relación sea exclusiva —dice hoy, mientras se abrocha los botones de la camisa.

—Oh, Adán, eso sería muy caro —dice ella algo desconcertada, pillada por sorpresa—. Si quieres todo mi tiempo, tendrás que pagar por todo mi tiempo.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Te lo puedes permitir?

—El dinero no es el problema de mi vida.

—Adán, no quiero que robes dinero a tu familia.

Se arrepiente al instante de haberlo dicho, porque ve que se ha ofendido. Levanta la vista de la camisa, la mira de una forma inédita hasta aquel momento.

—Supongo que ya sabes que nunca haría eso —dice.

—Lo sé. Lo siento.

—Te conseguiré un apartamento aquí, en Tijuana —dice—. Podemos acordar una compensación anual y renegociarla al final de cada año. Aparte de eso, nunca tendremos que hablar de dinero. Serás mi...

—Querida.

—Yo pensaba más en la palabra « amante » —dice Adán—. Te quiero, Nora. Quiero integrarte en mi vida, pero la mayor parte ya está ocupada.

—Lo comprendo.

—Ya lo sé, y te lo agradezco, más de lo que puedas imaginar. Sé que tú no me quieres, porque creo que para ti soy antes que nada un cliente. El acuerdo que propongo no es el ideal, pero considero que puede proporcionarnos lo máximo que somos capaces de compartir.

Ha venido preparado, piensa Nora. Lo ha pensado todo, elegido las palabras exactas y ensayado.

Debería pensar que es patético, se dice, pero la verdad es que estoy conmovida.

Por el hecho de que dedicara tiempo a la idea.

—Me siento halagada, Adán —dice—, y tentada. Es una oferta encantadora.

¿Puedo pensármelo un poco?

—Por supuesto.

Cuando él se va, se pone a pensar.

Evalúa la situación.

Tienes veintinueve años, se dice, unos espléndidos y jóvenes veintinueve años, pero no obstante, justo al borde del declive. Los pechos siguen firmes, el culo prieto, el estómago liso. Nada de eso cambiará durante un tiempo, pero cada año será más difícil de conservar, incluso con disciplina gimnástica férrea. El tiempo se cobrará su peaje.

Y vienen chicas más jóvenes, chicas de largas piernas y pechos altos, chicas para las cuales la gravedad todavía es un aliado. Chicas que mantienen el cuerpo sin necesidad de horas en la bicicleta estática y la rueda de andar, sin abdominales ni levantar pesas, sin dietas. Son las chicas que cada vez van a desear más los clientes con tarjeta platino.

¿Cuántos años me quedan?

Años en la cumbre, porque en la mitad no quieres estar, y el fondo es el lugar al que no quieres ir. ¿Cuántos años antes de que Haley empiece a enviarte clientes de segunda clase, y después deje de mandarte?

¿Dos, tres, cinco, a lo sumo?

Y después, ¿qué?

¿Habrás ahorrado suficiente dinero para retirarte?

Depende del mercado, de las inversiones. Dentro de dos o tres años es posible que tenga bastante dinero para vivir en París, o tal vez tenga que trabajar; en tal caso, ¿en qué trabajo?

La industria del sexo se divide en dos ramas amplias.

Prostitución y porno.

Sí, está el striptease, pero por ahí es donde empiezan la mayoría de las chicas, y no se quedan mucho tiempo. O van a la prostitución, o van al porno. Te saltaste la fase de bailarina (gracias, Haley) y fuiste directa a la cumbre del negocio de la prostitución, pero ¿qué pasa después?

¿Si no aceptas la oferta de Adán y el mercado no funciona?

¿Porno?

Bien sabe Dios que ha recibido ofertas. El dinero es bueno, aunque el trabajo duro. Y sabe que hay que ir con cuidado en lo referente a la salud, pero Dios... Eso de hacerlo delante de una cámara la frena un poco.

Y de nuevo, ¿cuánto duraría? Seis o siete años, máximo.

Después llegaría la pendiente pronunciada hacia los vídeos de bajo presupuesto. Follar sobre un colchón en el patio trasero de alguna casa del Valle. Escenas de chica con chica; escenas de orgías; el papel de la esposa cornuda y salida; la suegra ninfómana; la mujer mayor ansiosa, hambrienta de sexo y pollas, agradecida.

Te matarías en un año.

Una navaja en las muñecas o una sobredosis.

Lo mismo con la inevitable derivación a *call girl*. Lo has visto, te has encogido ante el espectáculo, te has compadecido de la mujer que se quedó demasiado tiempo, que no ahorró dinero, que no se casó, que no llegó a un acuerdo duradero con un cliente. Has visto desmoronarse sus rostros, envejecer sus cuerpos, venirse abajo su moral, y te has compadecido de ellas.

Compasión.

De ti misma o la que fuera, no podrías soportarlo.

Acepta la oferta de ese hombre.

Te quiere, te trata bien.

Acepta la oferta ahora que todavía eres hermosa, ahora que todavía te desea, ahora que todavía puedes proporcionarle más placer del que había soñado en su vida. Acepta su dinero, ahórralo, y después, cuando se canse de ti, cuando empiece a mirar con más atención a las jovencitas, a mirárlas como te mira ahora a ti, puedas largarte con la dignidad intacta y una vida decente ante ti.

Retirarte del negocio y vivir.

Resuelve decirle sí a Adán.

Guamuchilito, Sinaloa, México
Tijuana, México
Colombia
1992

Fabían está que arde.

Debido a lo que Pilar le había susurrado.

Yo quiero rabiar.

¿Me estaba diciendo lo que creo que me estaba diciendo?, se pregunta. Lo cual conduce a otros pensamientos, sobre su boca, sus piernas, sus pies colgando en el agua, el sexo que se le marcaba bajo el bañador. Y fantasías, de deslizar la mano por debajo de su vestido y palpar sus pechos, acariciar su *chocho*, oír sus gemidos, estar dentro de ella y...

¿Dijo en serio *rabiar*? El español es un idioma sutil, en que cada palabra puede encerrar muchos significados. *Rabiar* puede significar ansiar, arder, estar furioso, volverse loco, y tal vez ella se refería a todo eso. Y también puede referirse específicamente al sadomaso, y se pregunta si quería decir que deseaba ser atada, azotada, follada con brutalidad... lo cual le despierta fantasías aún más fascinantes. Sorprendentes fantasías que jamás había alimentado. Se imagina atándola con pañuelos de seda, azotando su hermoso culo, dándole con el látigo.

Se imagina detrás de ella, que está a cuatro patas, follándola como a un perro, y ella chillándole que le tire del pelo. Y él agarrando un puñado de aquel cabello negro y reluciente y tirando de él como las riendas de un caballo, de manera que su largo cuello se arquea y se estira, y ella chillando de dolor y placer.

Yo quiero rabiar.

¡Ay, Dios mío!

La próxima vez que va a Rancho Méndez (semanas después, interminables semanas después), apenas puede respirar cuando baja del coche. Siente una opresión en el pecho y la cabeza ligera. Y se siente culpable, además. Se pregunta, cuando Güero le recibe con un abrazo, si el deseo por su mujer se trasluce en su cara. Y así debe ser cuando ella sale por la puerta de la casa y le sonrío. Carga en brazos al bebé y rodea con el brazo a la niña, a la que dice: *Mira, Claudia. Tío Fabián está aquí.*

Siente una punzada de vergüenza, como si hubiera dicho: *Hola, Claudia, tío Fabián quiere follarse a mami.*

Con desesperación.

Aquella noche la besa.

El jodido de Güero les deja solos en la sala de estar para llamar por teléfono, y están de pie junto al fuego y ella huele a mimosas y Fabián cree que su corazón va a estallar y se están mirando y se están besando.

Sus labios son sorprendentemente suaves.

Como melocotones pasados.

Se siente mareado.

El beso termina y se separan.

Asombrados.

Asustados.

Excitados.

Él se aleja hacia el otro lado de la sala.

—Yo no quería que esto sucediera —dice ella.

—Ni yo.

Ya lo creo que sí.

Forma parte del plan.

El plan que le explicó Raúl Barrera, pero Fabián está seguro de que el autor es Adán. Y tal vez el mismísimo Miguel Ángel Barrera.

Y Fabián está llevando a cabo el plan.

Muy pronto están intercambiando a escondidas besos, abrazos, roces de manos, miradas de complicidad. Es un juego terriblemente peligroso, terriblemente excitante. Flirtear con el sexo y la muerte, porque Güero mataría a ambos si lo descubriera.

—No lo creo —dice Pilar a Fabián—. Creo que te mataría a ti, pero después gritaría, lloraría y me perdonaría.

Lo dice casi con tristeza.

No quiere el perdón.

Quiere arder en deseos.

—Jamás puede ocurrir algo entre nosotros —dice no obstante.

Fabián le da la razón. Con palabras. En su mente, está pensando: Sí, ya lo creo que sí. Sí, sucederá. Es mi trabajo, mi tarea, mi misión. «Seduca a la mujer de Güero. Llévatela contigo».

Empieza con las palabras mágicas: «Y si».

Las dos palabras más poderosas de cualquier idioma.

¿«Y si» nos hubiéramos conocido antes? ¿«Y si» fuéramos libres? ¿«Y si» pudiéramos viajar juntos, a París, Río, Roma? ¿«Y si» nos fugáramos? ¿«Y si» nos llevaríamos dinero suficiente para iniciar una nueva vida?

Y si, y si, y si.

Son como dos niños que juegan. (¿«Y si» esas piedras fueran de oro?). Empiezan a imaginar los detalles de su fuga, adónde irían, cómo, qué se llevarían. ¿Cómo podrían huir sin que Güero se enterara? ¿Y sus guardaespaldas? ¿Dónde podrían encontrarse? ¿Y sus hijos? No los abandonaría jamás.

Todas estas fantasías compartidas, expresadas en fragmentos de conversaciones, momentos robados a Güero. Ya es infiel a Güero en pensamiento y corazón. Y en el dormitorio... Cuando está encima de ella, piensa en Fabián. Güero se siente muy satisfecho de sí mismo cuando ella chilla al alcanzar el orgasmo (esto es nuevo, esto es inédito), pero está pensando en Fabián. Hasta eso le está robando.

La infidelidad es completa. Solo quedan los detalles físicos.

La posibilidad conduce a la fantasía, la fantasía se convierte en especulación, la especulación en planificación. Es delicioso planificar esta nueva vida. Lo hacen hasta el mínimo detalle. Como los dos están obsesionados con la ropa, desperdician preciosos minutos hablando de qué se llevarán, qué pueden comprar allí («allí» puede ser París, Roma o Río, según el momento).

O detalles más serios: ¿deberíamos dejar una nota a Güero? ¿Deberíamos irnos juntos o encontrarnos en algún sitio? Si nos reunimos, ¿dónde? Tal vez podríamos marchar por separado, en el mismo vuelo. Intercambiar miradas de complicidad de fila a fila, un largo y sexualmente tortuoso vuelo nocturno, después acostar a los niños y encontrarse en la habitación de Fabián del hotel de París.

Rabiar.

No, yo no podría esperar, dice ella. Iré al lavabo del avión. Tú me seguirás. La puerta no estará cerrada con llave. No, se encontrarán en un bar de Río. Fingirán que no se conocen. Él la seguirá hasta un callejón, la empujará contra una valla.

Rabiar.

« ¿Me harás daño?»

« Si tú quieres» .

« Sí» .

« Entonces te haré daño» .

Fabián es todo lo contrario de Güero: sofisticado, apuesto, bien vestido, elegante, sexy. Y adorable. Muy adorable.

Ella está preparada.

Le pregunta cuándo.

—Pronto —dice él—. Quiero huir contigo, pero...

Pero.

El terrible contrapeso de « Y sí» . La intrusión de la realidad. En este caso...

—Necesitaremos dinero —dice Fabián—. Yo tengo algo, pero no lo bastante para escondernos el tiempo necesario.

Sabe que este tema es delicado. Es el frágil momento en que la burbuja podría estallar. Ahora flota en el aire leve del romance, pero los groseros detalles mundanos podrían reventarla. Compone una máscara de sensibilidad, mezclada con una pizca de vergüenza, y clava la vista en el suelo cuando dice:

—Tendremos que esperar hasta que consiga más dinero.

—¿Cuánto tiempo será? —pregunta ella. Sueno herida, decepcionada, al borde de las lágrimas.

Fabián tiene que ser cauteloso. Muy cauteloso.

—No mucho —dice—. Un año. Tal vez dos.

—¡Eso es demasiado!

—Lo siento. ¿Qué puedo hacer?

Deja la pregunta flotando en el aire, como si no hubiera respuesta. Ella le proporciona la contestación que desea y espera.

—Yo tengo dinero.

—No —dice Fabián con firmeza—. Jamás.

—Pero dos años...

—Está descartado.

Al igual que el flirteo estuvo descartado en su momento, los besos descartados en su momento, la huida.

—¿Cuánto necesitaríamos? —pregunta Pilar.

—Millones —dice él—. Por eso tardaré.

—Puedo retirarlos del banco.

—Yo no podría.

—Solo piensas en ti —dice ella—. Tu orgullo masculino. Tu machismo. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

Y esa es la clave, piensa Fabián. Ya es trato hecho, ahora que ha invertido la ecuación. Ahora que aceptar su dinero sería un acto de generosidad y altruismo por su parte. Ahora que la ama tanto que es capaz de sacrificar su orgullo, su

machismo.

—No me quieres —dice ella haciendo pucheros.

—Te quiero más que a mi vida.

—No me amas lo suficiente para...

—Sí —dice Fabián—. Sí te quiero.

Ella le rodea en sus brazos.

Cuando vuelve a Tijuana, se encuentra con Raúl y le dice que el trato está hecho.

Ha tardado meses, pero el Tiburón está a punto de comer.

Un momento óptimo, piensa Raúl.

Porque ha llegado el momento de declarar la guerra a Güero Méndez.

Pilar dobla y guarda en la maleta con cuidado un pequeño vestido negro.

Junto con sujetadores, panties y otra ropa interior negra.

A Fabián le gusta el negro.

Quiere complacerle. Quiere que la primera vez con él sea perfecta. *Bueno, a menos que la fantasía sea mejor que el acto.* Pero no lo cree. Ningún hombre puede hablar como él lo hace, utilizar esas palabras, abrigar esas ideas, y no ser capaz de respaldar al menos algunas. Si ya se pone húmeda cuando habla con él, ¿qué conseguirá cuando la rodee en sus brazos?

Le dejaré hacer todo lo que quiera, piensa.

Quiero que haga todo lo que quiera.

« ¿Me harás daño?»

« Si tú quieres» .

« Sí» .

« Entonces te haré daño» .

Eso espera, espera que lo diga en serio, que su belleza no le intimide y pierda el valor.

Que no lo pierda en ningún momento, porque desea una nueva vida, lejos de este pueblucho de Sinaloa con su marido y los patanes de sus amigos. Quiere una vida mejor para sus hijos, una buena educación, cultura, la idea de que el mundo es más amplio y mejor que una grotesca fortaleza oculta en las afueras de una aislada ciudad de las montañas.

Y Fabián comparte sus ideas. Han hablado de ello. Le ha hablado de hacer amistades fuera del estrecho círculo de los *narcotraficantes*, de forjar relaciones con banqueros, inversionistas, incluso artistas y escritores.

Pilar lo desea para ella.

Lo desea para sus hijos.

Durante el desayuno, Güero se había excusado, momento que Fabián había aprovechado para inclinarse hacia ella.

—Hoy —susurró, y ella sintió un aleteo en el corazón. Fue casi como un pequeño orgasmo.

—¿Hoy? —preguntó.

—Güero se va a inspeccionar sus campos —dijo Fabián.

—Sí.

—Cuando me vaya al aeropuerto, me acompañarás. He reservado un vuelo a Bogotá.

—¿Y los niños?

—Por supuesto —dijo Fabián—. ¿Puedes meter algunas cosas en una maleta, y deprisa?

Oye que Güero se acerca por el pasillo. Pilar esconde la maleta debajo de la cama.

Güero ve ropa esparcida por la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy pensando en deshacerme de algunas cosas viejas —dice ella—. Las llevaré a la iglesia.

—¿Después irás de compras? —pregunta él con una sonrisa. Le gusta que vaya de compras. Le gusta que gaste dinero. Él la alienta.

—Es probable.

—Me voy —dice Güero—. Estaré fuera todo el día. Puede que no venga hasta mañana.

Ella le da un beso cariñoso.

—Te echaré de menos.

—Yo también. Tal vez me agencie *una nena* para que me dé calor.

Ojalá, piensa ella. Entonces no vendrías a nuestra cama con tanta desesperación.

—Tú no —dice en cambio—. Tú no eres como esos viejos *gomer*os.

—Y quiero a mi esposa.

—Y yo quiero a mi marido.

—¿Fabián se ha ido ya?

—No, creo que está haciendo el equipaje.

—Iré a despedirme de él.

—Y dale un beso a los niños.

—¿Aún no se han dormido?

—Por supuesto, pero les gusta saber que les has besado antes de marcharte.

Él la besa de nuevo.

—*Eres toda mi vida.*

En cuanto sale, Pilar cierra la puerta y saca la maleta de debajo de la cama.

Adán se despide de su familia.

Entra en la habitación de Gloria y la besa en la mejilla. La niña sonríe.

Pese a todo, sonríe, piensa Adán. Es tan alegre, tan valiente... Al fondo, el pájaro que le compró en Guadalajara gorjea.

—¿Le has puesto nombre al pájaro? —pregunta Adán.

—Gloria.

—¿Como tú?

—No —ríe ella—. Como Gloria Trevi.

—Ah.

—Te vas, ¿verdad?

—Sí.

—Papááááá...

—Solo una semana o así.

—¿Adónde?

—A muchos sitios. Costa Rica, tal vez Colombia.

—¿Por qué?

—Porque quiero comprar café. Para los restaurantes.

—¿No puedes comprarlo aquí?

—No es bastante bueno para nuestros restaurantes.

—¿Puedo ir contigo?

—Esta vez no. Tal vez la próxima.

Si hay una próxima, piensa. Si todo va bien en Badiraguato, en Culiacán y en el puente del río Magdalena, donde va a encontrarse con los Orejuela.

Si todo va bien, mi amor.

Si no, siempre ha tomado la precaución de que Lucía sepa dónde están los seguros de vida, cómo acceder a las cuentas bancarias de las Caimán, los valores de las cajas de seguridad, las carteras de inversiones. Si las cosas van mal en este viaje, si los Orejuela arrojan su cuerpo desde el puente, su esposa y su hija tendrán la vida asegurada.

Y también Nora.

Ha dejado una cuenta bancaria e instrucciones a su banquero particular.

Si no vuelve de su viaje, Nora contará con fondos suficientes para iniciar un pequeño negocio, una nueva vida.

—¿Qué quieres que te traiga? —pregunta a su hija.

—Bastará con que vuelvas —contesta la niña.

La intuición de los niños, piensa. Te leen la mente y el corazón con misteriosa precisión.

—Te traeré una sorpresa —dice—. ¿Le das un beso a papá?

Siente los labios secos en su mejilla, y los delgados brazos que rodean su cuello aferrándose. Se le parte el corazón. Siempre le cuesta separarse de ella, y por un momento considera la posibilidad de no ir. Salir de la *pista secreta* y dedicarse solo a sus restaurantes. Pero es demasiado tarde para eso. La guerra

con Güero se avecina, y si no le matan, Güero les matará a ellos.

De modo que endurece su corazón, interrumpe el abrazo y se levanta.

—Adiós, *mi alma* —dice—. Te llamaré todos los días.

Se vuelve a toda prisa para que no vea las lágrimas en sus ojos. Le aterrían. Sale de su cuarto, y Lucía está esperando en la sala de estar con su maleta y la chaqueta.

—Una semana, más o menos —dice Adán.

—Te echaremos de menos.

—Yo os echaré de menos.

La besa en la mejilla, coge la chaqueta y camina hacia la puerta.

—¿Adán?

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dice—. Un poco cansado.

—A lo mejor puedes dormir en el avión.

—A lo mejor. —Va a abrir la puerta, pero da media vuelta—. Lucía, ya sabes que te quiero.

—Yo también te quiero, Adán.

Lo dice en tono de disculpa. Lo es, más o menos. Una disculpa por no hacer el amor con él, por convertir la cama en un lugar frío, por su incapacidad de conseguir que las cosas sean diferentes. De decirle que eso no significa que no le ame todavía.

Él sonríe con tristeza y se va.

Camino del aeropuerto, llama a Nora para decirle que esta semana no se verán.

Tal vez nunca, piensa cuando cuelga.

Depende de lo que suceda en Culiacán.

Donde los bancos acaban de abrir.

Pilar retira siete millones de dólares.

De tres bancos diferentes de Culiacán.

Dos de los directores empiezan a poner pegas y quieren consultarla previamente con el señor Méndez (ante el horror de Fabián, que ha descolgado el teléfono), pero Pilar insiste, e informa a los acobardados directores de que ella es la señora Méndez, no un ama de casa vulgar dilapidando la asignación mensual.

Cuelgan el teléfono.

Recibe su dinero.

Antes incluso de llegar al avión, Fabián la convence de que envíe por giro telegráfico dos millones a cuentas esparcidas por bancos de todo el mundo.

—Ahora podremos vivir —dice—. No podrá encontrarnos, ni encontrar el

dinero.

Meten a los niños en el coche y van hacia el aeropuerto, para subir a un vuelo privado con destino a Ciudad de México.

—¿Cómo has organizado esto? —pregunta Pilar a Fabián.

—Tengo amigos influyentes —contesta Fabián.

Pilar se queda impresionada.

Güerito es demasiado pequeño para comprender lo que está pasando, por supuesto, pero Claudia quiere saber dónde está papá.

—Estamos jugando con papá —explica Pilar—. Como si fuera al escondite.

La niña acepta la explicación, pero Pilar se da cuenta de que está preocupada.

El trayecto hasta el aeropuerto es aterrador y emocionante. Siempre están mirando atrás, preguntándose si Güero y sus *sicarios* les persiguen. Después llegan al aeropuerto y se dirigen hacia la pista donde está esperando el avión privado. Esperando el permiso para despegar. Fabián mira por la ventanilla y ve que Güero y un puñado de hombres llegan en dos jeeps.

El director del banco le habrá telefonado.

Pilar le está mirando con los ojos como platos por el terror.

Y la excitación.

Güero salta del jeep, y Pilar le ve discutir con un policía de seguridad, y luego la mira a ella a través de la ventanilla del avión, está señalando el avión, y entonces Fabián se inclina hacia delante con frialdad, la besa en los labios y se vuelve hacia la cabina.

—*Vámonos* —ordena.

El avión empieza a rodar sobre la pista. Güero vuelve a subir al jeep y corre en persecución del avión, pero Pilar siente que las ruedas se levantan, se elevan en el aire, y Güero y el pequeño mundo de Culiacán se hacen cada vez más pequeños.

Pilar siente ganas de arrastrar a Fabián hasta el pequeño lavabo del avión y tirárselo allí dentro, pero los niños la están mirando, así que tiene que esperar, y la frustración y la excitación no hacen más que aumentar.

Vuelan primero a Guadalajara para repostar. Después vuelan a Ciudad de México, donde abandonan el avión privado y suben a un vuelo turístico a Belice, donde ella cree que bajarán, irán a algún complejo turístico de la playa y podrá relajarse un poco, pero en el pequeño aeropuerto de Belice cambian de avión otra vez y toman otro vuelo a San José de Costa Rica, donde ella cree que descansarán unos dos días, como mínimo, pero facturan el equipaje en un vuelo a Caracas y no suben a bordo.

En cambio, suben a otro vuelo comercial, a Cali, Colombia.

Con pasaportes diferentes y nombres falsos.

Es todo tan estimulante y excitante, y cuando por fin llegan a Cali, Fabián le

dice que van a quedarse unos días. Toman un taxi hasta el hotel Internacional, donde Fabián les consigue dos habitaciones contiguas bajo nombres diferentes de nuevo, y ella experimenta la sensación de que va a estallar, mientras están todos sentados en una habitación hasta que los niños se duermen, agotados.

Él la toma por la muñeca y la conduce a su habitación.

—Quiero ducharme —dice Pilar.

—No.

—¿No?

No es una palabra que esté acostumbrada a oír.

—Quítate la ropa. Ya.

—Pero...

Fabián la abofetea. Después se sienta en una silla del rincón y la mira mientras ella se desabrocha la blusa y se la quita. Se quita los zapatos de una patada, se baja los pantalones y se queda en ropa interior negra.

—Fuera.

Dios, la polla está palpitando. Sus pechos blancos aplastados contra el sujetador negro son tentadores. Quiere tocarlos, acariciarla, pero sabe que eso no es lo que ella desea, y no osa decepcionarla.

Pilar se desabrocha el sujetador y sus pechos caen, pero solo un poco. Después se quita los panties y le mira.

—¿Y ahora qué? —pregunta al tiempo que enrojece violentamente.

—Sobre la cama —dice—. A cuatro patas. Exhibete.

Está temblando cuando sube a la cama y baja la cabeza entre las manos.

—¿Estás mojada para mí? —pregunta Fabián.

—Sí.

—¿Quieres que te folle?

—Sí.

—Di « Por favor» .

—Por favor.

—Aún no.

Se quita el cinturón. Agarra las manos de Pilar, las levanta (Dios, qué bonitos son sus pechos cuando tiemblan), rodea las muñecas con el cinturón y después lo pasa alrededor de la barandilla de la cabecera de la cama.

Agarra un puñado de pelo, tira su cabeza hacia atrás, arquea su cuello. La cabalga como a un caballo, al tiempo que azota su grupa, la conduce hasta el final. A Pilar le encanta el sonido de las palmadas, el escozor. Lo siente muy dentro de ella, una vibración que la conduce al orgasmo.

Duele.

Rabiar.

Pilar está rabiando. Su piel arde, su culo arde, su coño arde cuando él la acaricia, la abofetea, la folla. Se retuerce en la cama, de rodillas, con las

muñecas inmovilizadas, atada a la cabecera de la cama.

El dolor es fantástico porque ha esperado mucho tiempo. Meses, sí, de flirteo, después las fantasías, después los planes, pero también la emoción de la huida.

Ay. Ay. Ay. Ay.

La golpea al ritmo de sus gemidos.

Pam. Pam. Pam. Pam.

—*¡Voy a morir! ¡Voy a morir!* —gime ella—. *¡Voy a volar!* —chilla.

Después grita.

Un largo, gutural y tembloroso grito.

Pilar sale del cuarto de baño y se sienta en la cama. Le pide que suba la cremallera de su vestido. Él obedece. Su piel es hermosa. Y su pelo. Acaricia su pelo con el dorso de la mano y besa su cuello.

—Más tarde, *mi amor* —ronronea ella—. Los niños están esperando en el coche.

Fabián vuelve a acariciarle el pelo. Con la otra mano le roza el pezón. Ella suspira y se inclina hacia atrás. No tarda en estar de cuatro patas otra vez, esperando (él la hace esperar; le encanta hacerla esperar) a que se corra dentro de ella. Él la agarra del pelo y tira su cabeza hacia atrás.

Entonces Pilar siente el dolor.

Alrededor de su garganta.

Al principio piensa que es otro juego sadomaso, que la está estrangulando, pero no se detiene y el dolor es...

Se retuerce.

Arde.

Rabiar.

Se revuelve y sus piernas patean de forma involuntaria.

—Esto es por don Miguel Ángel, *bruja* —susurra Fabián en su oído—. Te envía su amor.

Aprieta y tira hasta que el cable le secciona la garganta, después las vértebras, y luego la cabeza da un salto antes de caer en el suelo de cara con un golpe sordo.

La sangre salpica el techo.

Fabián levanta la cabeza por el lustroso pelo negro. Sus ojos sin vida le miran. La guarda en una nevera portátil, y después mete la nevera dentro de una caja que ya lleva puesta la dirección. Envuelve la caja con varias capas de cinta de embalar.

Después se ducha.

La sangre de Pilar baila sobre sus pies antes de desaparecer por el desagüe.

Se seca, se pone ropa limpia y sale a la calle con la caja, donde un coche está

esperando.

Los niños van sentados en el asiento trasero.

Fabián sube con ellos e indica a Manuel con una seña que se ponga en marcha.

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá? —pregunta Claudia.

—Se reunirá con nosotros allí.

—¿Dónde?

Claudia se pone a llorar.

—Un lugar especial —dice Fabián—. Una sorpresa.

—¿Cuál es la sorpresa? —dice Claudia. Seducida, deja de llorar.

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa, ¿verdad?

—¿La caja también es una sorpresa?

—¿Qué caja?

—La que has puesto en el maletero —dice Claudia—. Te he visto.

—No —dice Fabián—. Es algo que tengo que enviar por correo.

Entra en la oficina postal y deja la caja sobre el mostrador. Es sorprendentemente pesada, piensa, la cabeza de Pilar. Recuerda su abundante cabello, su peso cuando jugaba con él, lo acariciaba, durante el cortejo. Era maravillosa en la cama, piensa. Siente —algo horrorizado, teniendo en cuenta lo que acaba de hacer, lo que está a punto de hacer— un escalofrío de deseo sexual.

—¿Cómo quiere que lo enviemos? —pregunta el funcionario.

—Para esta noche.

El funcionario lo deposita sobre una balanza.

—¿Lo quiere certificado?

—No.

—De todos modos, va a ser caro —dice el funcionario—. ¿Está seguro de que no quiere que lo envíe urgente? Tardará dos o tres días en llegar.

—Tiene que llegar mañana —dice Fabián.

—¿Un regalo?

—Sí, un regalo.

—¿Una sorpresa?

—Eso espero —dice Fabián. Paga el envío y vuelve al coche.

Claudia se ha asustado otra vez durante la espera.

—Quiero a mamá.

—Voy a llevarte con ella —dice Fabián.

El puente de Santa Isabel salva una garganta del mismo nombre, a través de la cual, doscientos diez metros más abajo, el río Magdalena corre sobre rocas

afiladas en su largo y tortuoso viaje desde su origen en la Cordillera Occidental hasta el mar Caribe. Durante su trayecto atraviesa casi toda Colombia central, y pasa cerca, aunque no las cruza, de las ciudades de Cali y Medellín.

Adán comprende por qué los hermanos Orejuela han elegido este lugar. Está aislado, y desde cualquier extremo del puente es posible detectar una emboscada desde varios cientos de metros de distancia. Al menos eso espero, piensa Adán. La verdad es que podrían estar cortando la carretera detrás de mí en este mismo momento y no me enteraría. Pero es un riesgo que hay que correr. Sin la fuente de cocaína de los Orejuela, el *pasador* no puede confiar en ganar la guerra contra Güero y el resto de la Federación.

Una guerra que, a estas alturas, debería estar irrevocablemente declarada.

El Tiburón ya tendría que haberse fugado con Pilar Méndez, tras convencerla de que robara millones de dólares a su marido. Tendría que aparecer aquí en cualquier momento, con el dinero para seducir a los Orejuela y lograr que abandonen la Federación. Todo es parte del plan de Tío para vengarse de Méndez, convirtiéndole primero en un cornudo, y después añadiendo a la humillación que sea su esposa quien aporte el dinero para declararle la guerra.

O quizá Fabián está colgando de un poste telefónico con la boca llena de plata y los Orejuela vienen a asesinarme.

Oye el sonido de otro coche que se acerca por detrás. ¿Balas en la espalda, o Fabián con el dinero?, se pregunta. Se vuelve para ver...

Fabián Martínez con un conductor, y en el asiento trasero los hijos de Güero. ¿Qué coño está pasando? Adán sale del coche y se acerca.

—¿Tienes el dinero? —pregunta a Fabián.

Fabián exhibe su sonrisa de estrella de cine.

—Con una prima.

Entrega la maleta con los cinco millones a Adán.

—¿Dónde está Pilar? —pregunta Adán.

—Camino de casa —dice Fabián con una sonrisa torcida que pone la carne de gallina a Adán.

—¿Se ha ido sin sus hijos? —pregunta—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Qué...?

—Solo estoy siguiendo las instrucciones de Raúl —dice Fabián—. Adán...

Señala al otro lado del puente, por donde se está acercando poco a poco un Land Rover negro.

—Espera aquí —dice Adán. Coge la maleta y empieza a cruzar el puente.

—¿Es aquí donde nos encontraremos con mamá? —oye Fabián que pregunta la niña.

—Sí —contesta.

—¿Dónde está? ¿Está con esa gente? —pregunta Claudia, y señala el coche que hay al otro lado del puente, del cual están bajando los Orejuela.

—Creo que sí —dice Fabián.

—¡Quiero ir allí!

—Tendrás que esperar unos minutos —dice Fabián.

—¡Quiero ir ahora!

—Antes tenemos que hablar con esos hombres.

Adán camina hacia el centro del puente, tal como habían acordado. Siente las piernas rígidas a causa del miedo. Si hay un francotirador en las colinas, soy hombre muerto, se dice. Pero podrían haberme matado en cualquier momento desde que llegué a Colombia, así que querrán oír lo que voy a decirles.

Llega a la mitad del puente y espera, mientras los Orejuela se acercan. Dos hermanos, Manuel y Gilberto, bajos, morenos y achaparrados. Se estrechan la mano.

—¿Hablamos de negocios? —pregunta Adán.

—Para eso hemos venido —contesta Gilberto.

—Vosotros habéis pedido este encuentro —añade Manuel.

Con brusquedad, piensa Adán. Con rudeza. Y le da igual. Por lo visto, la dinámica será que Gilberto se incline por el pacto y Manuel se resista. Muy bien. Empecemos.

—Voy a sacar a nuestro *pasador* de la Federación —dice Adán—. No obstante, quiero asegurarme de que nuestras relaciones con Colombia continuarán.

—Nuestra relación es con Abrego —dice Manuel—, y con la Federación.

—Muy bien —dice Adán—, pero por cada kilo de vuestra cocaína que la Federación maneja, maneja cinco kilos de Medellín.

Se da cuenta de que ha tocado un punto débil, sobre todo en Gilberto. Los hermanos están celosos de sus rivales más poderosos de Medellín, y son ambiciosos. Ahora que la DEA norteamericana está machacando el cártel de Medellín y sus sucursales de Florida, se presenta una oportunidad para los Orejuela de dar un paso adelante.

—¿Nos estás ofreciendo un acuerdo en exclusiva? —pregunta Gilberto.

—Si dejáis que me ocupe de vuestra cocaína —dice Adán—, solo comerciaríamos con producto de Cali.

—La oferta es muy generosa —dice Manuel—, pero a don Abrego le sabría mal que os mantuviéramos en el negocio, y nos negaría el suyo.

Pero Gilberto está buscando una respuesta a eso, piensa Adán. Se siente tentado.

—Don Abrego es el pasado... Nosotros somos el futuro —dice Adán.

—Cuesta creerlo —dice Manuel—, cuando el jefe de vuestro *pasador* está en la cárcel. Da la impresión de que los poderes fácticos de México creen que Abrego es su futuro. Y después de él... Méndez.

—Derrotaremos a Méndez.

—¿Por qué estás tan convencido? —pregunta Manuel—. Tendréis que luchar

contra Méndez, y Abrego apoyará a Méndez, al igual que los otros *pasadores*. Y los *federales*. No te ofendas, Adán Barrera, pero la verdad es que creo estar mirando a un hombre muerto, ofreciéndome la exclusiva de dejar de trabajar con los vivos para trabajar con los muertos. ¿Cuánta cocaína podrás manejar desde la tumba?

—Nosotros somos el *pasador* de los Barrera —dice Adán—. Ya hemos ganado antes, y volveremos a...

—No —dice Manuel—. Perdóname de nuevo, pero vosotros ya no sois el *pasador* de los Barrera. Tu tío, estoy de acuerdo, habría podido vencer a Abrego, a Méndez y a todo el gobierno mexicano, pero tú no eres tu tío. Eres muy inteligente, pero el cerebro solo no es suficiente. ¿Hasta qué punto eres duro? Te diré la verdad, Adán: me pareces blando. No me pareces un hombre lo bastante duro para cumplir lo que dices, lo que tendrás que hacer.

Adán asiente, y después pide permiso para abrir la maleta que tiene a los pies. Recibe el permiso, se inclina, la abre y enseña el dinero que hay dentro.

—Cinco millones del dinero de Güero Méndez. Le dimos por el culo a su mujer y la obligamos a darnos el dinero. Bien, si todavía creéis que no podemos vencerle, tomad este dinero, matadme a tiros, arrojad mi cuerpo por el puente y seguid recibiendo vuestra limosna de la Federación. Si decidís que podemos derrotar a Méndez, aceptad este dinero como un gesto de buena voluntad y un adelanto de los muchos millones que vamos a ganar juntos.

Su expresión es serena, pero deduce de la expresión de los hermanos que podría pasar cualquier cosa.

Fabián también.

Y las instrucciones del Tiburón en este caso son muy claras. Órdenes de Raúl dictadas por el legendario M-1.

—*Vengan* —dice Fabián a los niños.

—¿Vamos a ver a mamá? —pregunta Claudia.

—Sí.

Fabián la toma de la mano, se sube a Güerito al hombro y empieza a andar hacia el centro del puente.

—*¡Mi esposa, mi esposa linda!*

Los gritos de Güero resuenan en la desierta y espaciosa casa.

Los criados se han escondido. Los guardaespaldas esperan fuera, mientras Güero pasea tambaleante por la casa, derriba muebles, destroza cristales, se arroja sobre el sofá de piel de vaca y sepulta la cara en la almohada mientras solloza.

Ha encontrado una simple nota: YA NO TE QUIERO, ME HE IDO CON FABIÁN Y ME HE LLEVADO A LOS NIÑOS. SE ENCUENTRAN BIEN.

Tiene el corazón partido. Haría cualquier cosa por recuperarla. La perdonaría, se reconciliarían. Se lo dice a la almohada. Después levanta la cabeza y aúlla.

—*¡Mi esposa, mi esposa linda!*

Los guardaespaldas, la docena de *sicarios* que vigilan los muros y puertas de la *estancia*, le oyen desde fuera. Les asusta, y ya estaban nerviosos desde la detención de Miguel Ángel Barrera, pues saben que se avecina una guerra. Una reorganización seguro, y suelen ir acompañadas de derramamiento de sangre.

Y ahora, el *jefe* está en la casa bramando como una mujer para que todo el mundo le oiga.

Es *inquietante*.

Y todo el día ha sido igual.

Una furgoneta de FedEx se acerca por la carretera.

Un montón de AK-47 apuntan hacia ella.

Los guardias detienen la furgoneta antes de que llegue a la puerta. Uno de ellos apunta con una metralleta al conductor, mientras los demás registran la parte posterior de la furgoneta.

—¿Qué quieres? —preguntan al aterrizado conductor.

—Traigo un paquete para el señor Méndez.

—¿De quién?

El conductor señala la dirección del remitente en la etiqueta.

—De su mujer.

El guardia está preocupado. Don Güero dijo que no debían molestarle, pero si es de la señora Méndez habrá que aceptarlo.

—Se lo llevaré —dice.

—Lo tiene que firmar.

El guardia apunta el cañón del arma a la cara del conductor.

—Lo puedo firmar yo por él, ¿verdad? —pregunta.

—Por supuesto, faltaría más.

El guardia firma, lleva el paquete a la casa y toca el timbre. Una criada acude a la puerta.

—Don Güero no quiere que...

—Un paquete de la señora. Federal Express.

Güero aparece detrás de la criada. Tiene los ojos hinchados, la cara congestionada, la nariz llena de mocos.

—¿Qué pasa? —pregunta con brusquedad—. Maldita sea, dije...

—Un paquete de la señora.

Güero lo coge y cierra la puerta de golpe. Güero abre la caja.

Al fin y al cabo, es de ella.

Abre la caja y ve la pequeña nevera portátil. La abre y ve el reluciente pelo negro.

Los ojos muertos.

La boca abierta.

Y entre sus dientes, una tarjeta.

Güero se pone a chillar.

Los guardias, presas del pánico, abren la puerta a patadas y entran.

Irrompen en la sala y ven al *jefe* parado delante de una caja, sin dejar de chillar. El guardia que entró el paquete mira dentro de la caja, se agacha y vomita. La cabeza cercenada de Pilar descansa sobre el lecho de su propia sangre, con los dientes apretados alrededor de una tarjeta.

Dos guardias más toman a Güero de los brazos y tratan de llevárselo, pero él planta los pies en el suelo y sigue gritando. El otro guardia se seca la boca, se recupera y coge la nota de la boca de Pilar.

El mensaje es absurdo:

HOLA, MAMADA.

Los demás guardias intentan acercar a Güero al sofá, pero él se apodera de la nota, la lee, palidece todavía más, si eso es posible, y grita:

—¡Dios mío, mis niños! ¿Dónde están mis niños?

—¿Dónde está mi madre? ¡Yo quiero a mi madre!

Claudia brama porque no ve a su madre en el puente, solo un puñado de hombres desconocidos que les miran. Güerito se contagia de su pánico y empieza a llorar. Claudia no quiere abrazos ahora. Se retuerce en los brazos de Fabián.

—¡Mi madre! —grita—. ¡Mi madre!

Pero Fabián sigue caminando hacia el centro del puente.

Adán le ve acercarse.

Como una pesadilla, una visión del infierno.

Adán se siente paralizado, con los pies clavados a la madera del puente, y así se queda mientras Fabián sonríe a los hermanos Orejuela.

—Don Miguel Ángel Barrera da por sentado que su sangre corre por las venas de su sobrino —dice.

Adán cree en los números, en la ciencia, en la física. Es en ese preciso momento cuando comprende la naturaleza del mal, que el mal posee un impulso propio, el cual, una vez puesto en marcha no puede detenerse. Es la ley de la física: un cuerpo en descanso tiende a mantenerse en descanso. Un cuerpo en movimiento tiende a mantenerse en movimiento. Hasta que algo lo detiene.

Y el plan de Tío es, como de costumbre, brillante. Incluso en su absoluta depravación inspirada por el crack, es muy agudo en la percepción de la naturaleza humana. En eso reside el genio de Tío: sabe que un hombre incapaz de poner un gran mal en movimiento carece de energía para detenerlo una vez en marcha. Que lo más difícil del mundo no es reprimirse de cometer maldades,

sino plantarles cara y frenarlas.

Interponer la vida en el camino de un maremoto.

Porque las cosas son así, piensa Adán, mientras su cabeza da vueltas. Si impido esto demostraré debilidad ante los Orejuela, una debilidad que, a la corta o a la larga, comportará consecuencias fatales. Si muestro la más mínima desunión con Fabián, somos hombres muertos.

El genio de Tío consiste en colocarme en esta posición, a sabiendas de que no me queda ninguna alternativa.

—¡Quiero a mamá! —chilla Claudia.

—Chsss... —susurra Fabián—. Te voy a llevar con ella.

Fabián mira a Adán, esperando la señal.

Y Adán sabe que va a darla.

Porque tiene que proteger a una familia, piensa Adán, y no existe otra elección. Es la familia de Méndez o la mía.

Si Parada hubiera estado presente lo hubiera expresado de otra manera. Habría dicho que en ausencia de Dios solo existe la naturaleza, y las leyes de la naturaleza son crueles. Que lo primero que hacen los nuevos líderes es matar a la prole de los antiguos. Sin Dios, solo existe una cosa: la supervivencia.

Bien, Dios no existe, piensa Adán.

Asiente.

Fabián arroja a la niña desde el puente. Su cabello se eleva como alas inútiles y se precipita al fondo, mientras Fabián agarra al pequeño y lo tira por encima de la barandilla de un solo movimiento.

Adán se obliga a mirar.

Los cuerpos de los niños caen doscientos diez metros y se estrellan contra las rocas.

Entonces mira a los hermanos Orejuela, que han palidecido de horror. La mano de Gilberto tiembla cuando cierra la maleta, la levanta y retrocede por el puente.

Abajo, el río Magdalena se lleva los cuerpos y la sangre.

*¿No habrá nadie capaz de librarme
de este cura turbulento?*

Enrique II

San Diego
1994

Es el Día de los Muertos.

Un gran día en México.

La tradición se remonta a la época azteca y rinde honor a la diosa Mictecacihuatl, la « Señora de los Muertos », pero los sacerdotes españoles la maquillaron y la trasladaron de mediados de verano a otoño, para que coincidiera con la víspera del día de Todos los Santos. Sí, vale, piensa Art, los dominicanos y a pueden decir misa, pero todo gira en torno a la Muerte.

A los mexicanos no les importa hablar de la muerte. Le dan muchos nombres: la Señora Guapa, la Flaca, la Huesuda, o solo la Muerte. No intentan mantenerla alejada. Están muy unidos con la muerte, son carne y uña. Mantienen lazos firmes con los muertos. El Día de los Muertos, los vivos van a visitar a los muertos. Preparan platos muy laboriosos, se los llevan al cementerio, se sientan y comparten una sabrosa comida con sus seres queridos.

Mierda, piensa Art, me gustaría compartir una sabrosa comida con mi familia viva. Viven en la misma ciudad, ocupan el mismo tiempo y espacio físico, y no obstante vivimos en diferentes planos de existencia.

Firmó los papeles del divorcio poco después de enterarse de los asesinatos de Pilar Méndez y sus dos hijos. ¿Un simple reconocimiento de una realidad inevitable, o una forma de penitencia?, se preguntó. Sabía que compartía cierta responsabilidad por la muerte de los niños, que había colaborado en poner en marcha la espantosa máquina, en el mismo momento en que susurró en los oídos de Tío la falsa información de que Güero Méndez era el imaginario informador Mamada. De modo que cuando corrió la voz por los canales de inteligencia (los rumores de que los Barrera habían decapitado a Pilar y arrojado a sus hijos desde un puente de Colombia), Art tomó una pluma por fin y firmó los papeles de divorcio que llevaban meses encima de su mesa.

Concedió la custodia absoluta de los niños a Althie.

—Estoy agradecida, Art —dijo ella—, pero ¿por qué ahora?

Castigo, pensó él.

Yo también he perdido dos hijos.

No los ha perdido, por supuesto. Los ve cada dos fines de semana y un mes en verano. Va a los partidos de voleibol de Cassie y a los partidos de béisbol de Michael. Asiste religiosamente a las asambleas escolares, las obras de teatro, los recitales de ballet, las reuniones de padres y profesores.

Pero es una especie de obligación. Por definición, los escasos momentos de espontaneidad no tienen lugar durante el tiempo estipulado, y se pierde pequeñas cosas. Prepararles el desayuno, leer cuentos, pelearse en el suelo. La triste realidad es que no existe eso llamado « tiempo de calidad », sino solo « tiempo », y se echa de menos.

También echa de menos a Althie.

Dios, cómo la echa de menos.

Pero tú la expulsaste de tu lado, piensa.

¿Y para qué?

¿Para convertirme en el Señor de la Frontera? Así le llaman ahora en la DEA, a sus espaldas, claro está. A excepción de Shag, que se lo dice a la cara. Entra en su despacho con una taza de café y pregunta: « ¿Cómo está el Señor de la Frontera esta mañana? ».

Desde un punto de vista técnico, es el jefe del Destacamento Especial de la Frontera Sudoeste, y dirige un grupo de coordinación de todas las agencias que combaten en la Guerra contra las Drogas: la DEA, el FBI, la Patrulla de Fronteras, Aduanas e Inmigración, la policía local y estatal. Todos se hallan bajo el mando de Art Keller. Con base en San Diego, tiene una oficina enorme, y personal en consonancia.

Es una posición de poder, justo la que exigió a John Hobbs.

También es miembro del Comité Vertical. Es un grupo pequeño (consiste en John Hobbs y él) que coordina las actividades de la DEA y la CIA en las Américas, para evitar que se hagan la zancadilla mutuamente. Ese es el propósito oficial: el extraoficial es evitar que Art Keller haga algo que estropee los planes de la Compañía.

Ese fue el trato. Art consiguió el Destacamento Especial de la Frontera del Sudoeste para poder continuar su guerra contra los Barrera. A cambio, pasa por el aro.

¿Día de los Muertos?, piensa, sentado en un coche aparcado en una calle de La Jolla. No estaría mal ir a depositar caramelos sobre mi propia tumba.

Entonces ve a Nora Hayden salir de la tienda de modas.

Es una persona de costumbres, y así lo ha sido durante los meses que la ha tenido bajo vigilancia. La primera vez que llamó su atención fue gracias a sus

fuentes de Tijuana. El rumor de que Adán Barrera tenía una novia, una amante, que había alquilado un apartamento en el distrito de Río y la iba a ver con regularidad.

Un descuido impropio de Adán, elegir a una mujer norteamericana para ser infiel, piensa Art, mientras ve a la mujer acercarse por la acera con bolsas de compras en ambas manos. Algo extraño en Adán, que tenía fama, al menos hasta hace poco, de ser un devoto padre de familia.

Pero Art comprende la tentación cuando ve a Nora.

Tal vez la mujer más hermosa que ha visto en su vida.

Por fuera, piensa, al recordar que esta puta se está tirando a Adán Barrera.

En plan profesional.

Había ordenado seguirla tres meses antes, cuando había vuelto a cruzar la frontera. Obtuvo un nombre y una dirección, y muy pronto algo más.

Haley Saxon.

La DEA tenía fichada a la madame desde hacía años. Y también el IRS. El Departamento de Policía de San Diego lo sabía todo sobre la Casa Blanca, por supuesto, pero nadie había efectuado el menor movimiento, porque la lista de clientes de Haley Saxon era un avispero político que nadie tenía pelotas de remover.

Y ahora resulta que la *segundera* de Adán es una de las mejores chicas de Haley. Mierda, piensa Art, si Haley Saxon fuera Mary Kay, a estas alturas Nora Hayden sería la propietaria de una flota de Cadillacs.

Espera a que se acerque un poco más, sale del coche, exhibe su identificación.

—Tenemos que hablar, señorita Hayden.

—Me parece que no.

Tiene unos ojos azules asombrosos, y su voz es educada y segura de sí misma. Art tiene que recordarse que solo es una puta.

—¿Por qué no vamos a sentarnos en mi coche? —sugiere Art.

—Porque no.

Empieza a alejarse, pero él la toma por el codo.

—¿Por qué no ordeno que detengan a su amiga Haley Saxon por dirigir una casa de prostitución? —pregunta Art—. ¿Por qué no cierro su negocio de una vez por todas?

Nora deja que la conduzca hasta el coche. Art abre la puerta del pasajero y ella sube. Después Art da la vuelta y se sienta en el asiento del conductor.

Nora consulta sin disimulos su reloj.

—Mi intención es ir al cine a la sesión de la una y cuarto.

—Hablemos de su novio —dice Art.

—¿Mi novio?

—¿O Barrera es su « cliente » ? Enséñeme la jerga.

Ella ni pestaña.

—Es mi amante.

—¿Le paga por el privilegio?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Sabe de qué vive su amante?

—Es restaurador.

—Venga, Nora.

—Señor Keller, digamos que siento simpatía por ciertos placeres que la sociedad considera ilegales.

—Sí, vale —dice Art—. ¿Qué me dice del asesinato? ¿Le parece bien?

—Adán nunca ha matado a nadie.

—Pregúntele por Ernie Hidalgo. Ya que estamos en ello, pregúntele por Pilar Méndez. Le cortaron la cabeza. Y por sus hijos. ¿Sabe qué hizo su novio con ellos? Lo arrojó desde un puente.

—Eso es una vieja patraña que Güero Méndez ha propagado...

—¿Es eso lo que le dijo Adán?

—¿Qué desea, señor Keller?

Es una mujer de negocios, piensa Art. Va al grano. Bien. Ha llegado el momento de efectuar tu lanzamiento. No la cagues.

—Su colaboración —dice Art.

—Quiere que le informe sobre...

—Digamos que se encuentra en una posición única para...

Ella abre la puerta del coche.

—Voy a llegar tarde a la película.

Art la detiene.

—Vaya a la sesión de más tarde.

—No tiene derecho a retenerme contra mi voluntad —replica Nora—. No he cometido ningún delito.

—Permítame que le explique algunas cosas —dice Art—. Sabemos que los Barrera tienen dinero invertido en el negocio de Haley Saxon. Solo eso puede provocarle problemas económicos. Si alguna vez han utilizado la casa para celebrar un encuentro, a Haley le caerán un mínimo de veinte años, y será culpa de usted. No obstante, tendrá mucho tiempo para pedirle disculpas, porque la encerraré en la misma celda. ¿Puede explicarme de dónde proceden todos sus ingresos, señorita Hayden? ¿Sabe de dónde sale el dinero que Adán le está pagando por ser su « amante »? ¿O está lavando el dinero de las drogas junto con las sábanas sucias? Está metida en un pozo muy profundo, señorita Hayden. Pero puede salvarse. Incluso puede salvar a su amiga Haley. Le estoy tendiendo la mano. Acéptela.

Ella le dirige una mirada de puro odio.

Me da igual, piensa Art. No necesito que me quieras, solo que hagas lo que

quiero.

—Si pudiera hacer lo que ha dicho que puede hacer a Haley —dice Nora con calma—, ya lo habría hecho. En cuanto a lo que pueda hacerme a mí... haga lo que pueda.

Se dispone a salir de nuevo.

—¿Y Parada? —pregunta Art—. ¿También se lo está tirando?

Porque saben que ha ido a ver al cura a Guadalajara, e incluso a San Cristóbal, en numerosas ocasiones.

Ella se vuelve y le fulmina con la mirada.

—Es usted un pedazo de cabrón.

—No lo dude.

—Por si quiere saberlo, Juan y yo somos amigos.

—¿Sí? —pregunta Art—. ¿Seguiría siendo amigo suyo si supiera que es una puta?

—Lo sabe.

Me quiere igual, piensa Nora.

—¿Sabe que se ha vendido a un cabrón asesino como Adán Barrera? —pregunta Art—. ¿Seguiría siendo amigo suyo si lo supiera? ¿Quiere que descuelgue el teléfono y le llame? Hace tiempo que nos conocemos.

Lo sé, piensa Nora. Me ha hablado de ti. Lo que no me contó era lo horrible que eras.

—Haga lo que le dé la gana, señor Keller —dice Nora—. Me da igual. ¿Puedo irme?

—De momento.

Nora sale del coche y baja por la calle. Su falda revolotea alrededor de sus hermosas piernas bronceadas.

Tan serena como si acabara de tomar el té con una amiga, piensa Art.

Capullo de mierda, piensa, la has cagado.

Pero me encantaría saber, Nora, si le cuentas a Adán nuestra pequeña charla.

México

1994

Adán se ha pasado todo el día en cementerios.

Tenía que visitar nueve tumbas, construir nueve altarcitos, preparar nueve laboriosas comidas. Nueve miembros de la familia asesinados por Güero Méndez en una sola noche, hace apenas un mes. Sus hombres, vestidos con el uniforme negro de los *federales*, los habían sacado de sus casas o secuestrado en plena calle, en Ciudad de México y Guadalajara, conducido a pisos francos y

torturado, para luego arrojar sus cadáveres en esquinas concurridas, con el propósito de que los encontrarán los barrenderos al amanecer.

Dos tíos, una tía y seis primos, dos de ellos mujeres.

Una de las primas era una abogada que trabajaba para el *pasador*, pero los demás no estaban implicados en los negocios de droga de la familia. Su única relación era ser parientes de Miguel Ángel, Adán y Raúl, con eso fue suficiente. Bien, fue suficiente para Pilar, Güerito y Claudia, ¿verdad?, piensa Adán. Méndez no inició esta historia de diezmar familias.

Fuimos nosotros.

Por lo tanto, todos los que sabían algo en México del tráfico de drogas se esperaban el «Septiembre Sangriento» de Méndez. La policía local apenas investigó los asesinatos. «¿Qué se creían? —era la opinión general—. Asesinaron a su mujer y a sus hijos». Y no solo los asesinaron, sino que enviaron a Méndez la cabeza de su esposa y una cinta de vídeo de sus hijos cayendo desde el puente. Fue demasiado, incluso para México, incluso para los *narcotraficantes*. El *pasador* de los Barrera se convirtió en alguien inaceptable, y si Méndez se vengó asesinando miembros de la familia Barrera, bien, era de esperar.

Así que Adán ha tenido un día ocupado, ha empezado a primera hora de la mañana con las tumbas de Ciudad de México, después ha volado a Guadalajara para cumplir sus deberes, y después un veloz vuelo a Puerto Vallarta, donde su hermano Raúl, muy propio de él, daba una fiesta.

—Ánimate —dice Raúl a Adán cuando llega al club—. Es el Día de los Muertos.

Sí, han tenido algunas bajas, pero también han causado algunas.

—Tal vez deberíamos llevar comida a sus tumbas también —dice Adán.

—Mierda, nos arruinaríamos si lleváramos comida a todos los tíos que hemos mandado al infierno —dice Raúl—. Que les den por el culo. Ya les darán de comer sus familias.

Los Barrera contra el mundo.

La cocaína de Cali contra la cocaína de Medellín.

Si Adán no hubiera cerrado el trato con los hermanos Orejuela, hoy serían los Barrera quienes recibirían caramelos y flores. Pero con el suministro regular de producto desde Cali, tienen los hombres y el dinero necesarios para librar la guerra. Y la batalla por la Plaza ha sido sangrienta pero sencilla. Raúl ha presentado a los traficantes locales una clara elección: ¿quieres ser distribuidor de Coca-Cola o distribuidor de Pepsi? Tienes que elegir. No puedes ser ambas cosas. Coca o Pepsi, Ford o Chevy, Hertz o Avis. O uno u otro.

Alejandro Cazares, por ejemplo, había elegido Coca. El inversor en bienes raíces, hombre de negocios y traficante de drogas de San Diego había declarado su lealtad a Güero Méndez, y su cadáver fue encontrado en su coche en una polvorienta calle de tierra de San Isidro. Y Billy Brennan, otro traficante de San

Diego, fue encontrado con una bala en la cabeza en la habitación de un motel de Pacific Beach.

Los polis norteamericanos se quedaron perplejos cuando descubrieron que ambas víctimas tenían una lata de Pepsi embutida en la boca.

Güero Méndez se desquitó, por supuesto. Eric Mendoza y Salvador Marechal prefirieron Pepsi, y sus cuerpos carbonizados fueron encontrados en sus coches, todavía humeantes, en un solar desierto de Chula Vista. Los Barrera contestaron del mismo modo, y durante unas semanas Chula Vista se convirtió en un aparcamiento de coches incendiados con cuerpos carbonizados dentro.

Pero los Barrera estaban dejando claro algo: estamos aquí, *pendejos*. Güero está intentando dirigir la Plaza desde Culiacán, pero nosotros estamos aquí. Podemos extender la mano y tocar a quien nos dé la gana, en Baja o en San Diego, y si Güero es tan duro, ¿por qué no puede tocarnos en nuestro territorio de Tijuana? ¿Por qué no nos ha matado Güero? La respuesta es sencilla, amigos míos: porque no puede. Está atrincherado en su mansión de Culiacán, y si queréis militar en su bando, adelante, hermanos, pero él está allí y nosotros estamos aquí.

La falta de acción de Güero es una demostración de debilidad, no de fuerza, porque la verdad es que se está quedando sin recursos. Puede que domine Sinaloa con mano de hierro, pero su amado estado natal carece de accesos al mar. Sin poder utilizar la Plaza, Güero tiene que pagar al Verde para transportar droga a través de Sonora, o pagar a Abrego para transportarla a través del Golfo, y no cabe duda de que esos dos avariciosos bastardos le cargan una buena cantidad por cada gramo de producto que atraviesa sus territorios.

No, Güero está casi acabado, y la matanza de los tíos, la tía y los primos de los Barrera era el último coletazo de un pez moribundo sobre la cubierta de un barco.

Es el Día de los Muertos, y Adán y Raúl aún siguen con vida, algo que vale la pena celebrar.

Cosa que hacen en su nueva disco de Puerto Vallarta.

Güero Méndez peregrina al cementerio de los Jardines del Valle, en Culiacán, hasta una cripta anónima con columnas talladas en mármol, esculturas en bajorrelieve y una cúpula adornada con frescos de dos angelitos. Dentro hay las tumbas de su mujer y sus hijos. Fotografías en cristal encerradas en cajas de cristal cuelgan de la pared.

Claudia y Güerito.

Sus dos *angelitos*.

Pilar.

Su *querida esposa*.

Seducida, pero aún amada.

Güero ha traído la *ofrenda a los muertos*.

Para sus *angelitos*, *papel picado*, papel de seda cortado en forma de esqueletos y calaveras de animalitos. Y galletas, y caramelos en forma de calavera con sus nombres en azúcar escarchado. Y juguetes, muñequitas para ella, soldaditos para él.

Para Pilar ha traído flores (los tradicionales crisantemos, maravillas y celosías) que forman cruces y guirnaldas. Y un ataúd hecho de azúcar hilado. Y las galletitas con semillas de amaranta que tanto le gustaban.

Se arrodilla delante de las tumbas y deposita sus ofrendas, y después vierte agua fresca en tres cuencos, para que puedan lavarse las manos antes de comer. Fuera, una pequeña banda *norteña* toca música alegre bajo el ojo vigilante de un pelotón de *sicarios*. Güero deja una toalla limpia al lado de cada cuenco, después erige un altar, distribuye con cuidado las velas votivas y los platos de arroz y judías, *pollo* con salsa de *mole*, calabazas y ñames escarchados. Enciende una varilla de incienso y se sienta en el suelo.

Comparte recuerdos con ellos.

Buenos recuerdos de pícnicos, zambullidas en lagos de montaña, partidos familiares de *fútbol*. Habla en voz alta, oye sus respuestas en la cabeza. Una música más dulce que la que están tocando fuera.

Pronto me reuniré con vosotros, dice a su mujer y a sus hijos.

No muy pronto, pero pronto.

Antes hay mucho trabajo que hacer.

Antes tengo que preparar una mesa para los Barrera.

Y cargarla de fruta amarga.

Y de calaveras de caramelo con sus nombres: Miguel Ángel, Adán, Raúl.

Y enviar sus almas al infierno.

Al fin y al cabo, es el Día de los Muertos.

La disco, piensa Adán, es un monumento a la vulgaridad.

Raúl ha construido La Sirena con temas submarinos. Una grotesca sirena de neón preside la entrada, y cuando entras, las paredes interiores están esculpidas como arrecifes de coral y cavernas submarinas.

Toda la pared izquierda es un enorme depósito que contiene dos mil litros de agua salada. El precio del cristal consiguió que Adán se estremeciera, dejando aparte el coste de los peces exóticos tropicales: cirujanos amarillos, azules y púrpura a doscientos dólares cada uno; un pez globo a trescientos; un pez payaso a quinientos, de un hermoso color amarillo y lunares negros. Después los costosos corales, y por supuesto Raúl los quiso de varios tipos: coral cerebro abierto, coral hongo, coral flor, en forma de dedos que se alzan del fondo marino como un marinero ahogado. Y «rocas vivas», con algas calcificadas que proyectan

destellos púrpura bajo las luces. Las anguilas (morenas copo de nieve negras y blancas, morenas marrones a franjas negras) asoman la cabeza por los agujeros de la roca y los corales, y hay cangrejos que corretean sobre las rocas y gambas que flotan en la corriente creada mediante impulsos eléctricos.

El lado derecho del club está dominado por una cascada de verdad. («Eso es absurdo —protestó Adán cuando estaba en construcción—. ¿Cómo puedes poner una cascada submarina?» «Quería una, punto», fue la contestación de Raúl. Bien, ya tengo la respuesta, pensó Adán. Quería una). Y debajo de la cascada hay una gruta con rocas lisas que sirven de cama a las parejas, y Adán se alegra de que, por motivos higiénicos, la cascada rocíe regularmente la gruta.

Las mesas del club son de metal retorcido y oxidado, y la superficie de madreperla con conchas incrustadas. La pista de baile está pintada como el fondo del mar, y la cara iluminada crea un efecto de ondulación azul, como si los bailarines estuvieran nadando bajo el agua.

El lugar costó una fortuna.

—Puedes construirlo —había advertido Adán a Raúl—, pero será mejor que dé dinero.

—¿No lo hacen todos? —replicó Raúl.

En justicia, era cierto, tuvo que admitir Adán. Raúl podía tener un gusto aterrador, pero es un genio creando clubes nocturnos y restaurantes de moda, centros de beneficios *per se* y de incalculable valor para blanquear los narcodólares que ahora fluyen desde *el norte* como un profundo río verde.

El lugar está atestado de gente.

No solo porque es el Día de los Muertos, sino porque La Sirena es un éxito rotundo, incluso en esta ciudad tan competitiva. Y durante la orgía alcohólica anual conocida como vacaciones de primavera, los universitarios norteamericanos acudirán en bandadas al club, para gastar todavía más dólares (limpios) norteamericanos.

Pero esta noche la clientela es sobre todo mexicana, la mayoría amigos y socios comerciales de los hermanos Barrera, que han venido a celebrar el día con ellos. Hay algunos turistas norteamericanos que han conseguido hacerse un hueco, y también un puñado de europeos, pero no hay problema. Esta noche no se hablará de negocios, ni ninguna noche. Existe la regla no escrita de que los negocios legales de los complejos de ocio veraniegos están al margen de cualquier actividad relacionada con el narcotráfico. Nada de negocios, nada de reuniones y, sobre todo, nada de violencia. Después de los narcóticos, el turismo es la mayor fuente de divisas del país, de manera que nadie quiere asustar a los norteamericanos, ingleses, alemanes y japoneses que dejan sus dólares, libras, marcos y yenes en Mazatlán, Puerto Vallarta, Cabo San Lucas y Cozumel.

Todos los cárteles son propietarios de clubes nocturnos, restaurantes, discos y hoteles en estas ciudades, de modo que tienen intereses que proteger, unos

intereses que saldrían malparados si un turista recibiera una bala perdida. Nadie quiere coger un periódico y ver titulares acerca de un tiroteo sangriento, con fotos de cadáveres tirados en la calle. De modo que los *pasadores* y el gobierno han llegado a un próspero acuerdo del tipo «Lleváoslo a otro sitio, chicos». Hay demasiado dinero en juego para cagarla.

En estas ciudades puedes jugar, pero tienes que jugar limpio.

Y esta noche no cabe duda de que están jugando, piensa Adán, mientras ve a Fabián Martínez bailar con tres o cuatro alemanas rubias.

Hay demasiados negocios de que ocuparse, el ciclo incesante del producto que va al norte y el dinero que va a al sur. Existen los acuerdos comerciales constantes con los Orejuela, después el movimiento de la cocaína desde Colombia a México, el sempiterno desafío de que llegue sana y salva a Estados Unidos y se convierta en crack, de venderla a los minoristas, de recoger el dinero, de transportar el dinero hasta México y blanquearlo.

Una parte del dinero se destina al ocio, pero otro tanto va a parar a los sobornos.

Plata o plomo.

Es sencillo: uno de los lugartenientes de los Barrera va al comandante de la policía local, o a cualquier oficial del ejército al mando, con una bolsa llena de dinero y le da a elegir con estas palabras exactas: ¿*Plata o plomo?*

Es lo único que hace falta decir. El significado está muy claro: puedes enriquecerte o morir. Tú eliges.

Si deciden enriquecerse, es asunto de Adán. Si deciden morir, es asunto de Raúl.

La mayoría prefieren enriquecerse.

Coño, piensa Adán, la mayoría de los polis planeaban enriquecerse. De hecho, tenían que comprar sus cargos a sus superiores, o pagar una cuota mensual de *mordida*. Era como en una franquicia. Burger King, Taco Bell, McSobornos. El dinero más fácil del mundo. Dinero gratis. Solo hacer la vista gorda, estar en otro sitio, no ver nada, no oír nada, no decir nada, y el pago mensual llegará completo y puntual.

Y la guerra, reflexiona Adán, mientras ve a la gente bailar bajo la luz azul centelleante, ha supuesto una bonificación para la pasma y el ejército. Méndez paga a sus polis para que confisquen nuestra droga, nosotros pagamos a nuestros chicos para que confisquen la de Méndez. Es un buen acuerdo para todos, excepto para aquel a quien le confiscan la droga. Digamos que la policía estatal de Baja se apodera de cocaína de Güero valorada en un millón de dólares. Nosotros les pagamos una «cuota de descubridor» de cien mil dólares, aparecen como héroes en los periódicos y quedan como buenos chicos delante de los yanquis, y tras un intervalo decente nos venden aquel cargamento valorado en un millón de dólares por quinientos mil.

Es un trato en que todo el mundo sale ganando.

Y eso solo en México.

También hay que pagar a los agentes de Aduanas de Estados Unidos para que hagan la vista gorda cuando coches cargados de coca, hierba o heroína cruzan sus puestos, treinta mil dólares por cargamento, sea cual sea. Y aun así, no existe garantía de que el coche vaya a cruzar por un puesto de control «limpio», aunque hayas comprado edificios de apartamentos desde cuyos tejados se dominan los pasos fronterizos, y tengas apostados vigías que están en contacto por radio con tus conductores e intenten encaminarles hacia los carriles «correctos». Pero cambian con frecuencia y de manera arbitraria a los agentes de Aduanas, de modo que si envías una docena de coches a la vez, que vayan a cruzar la frontera por San Isidro y Otay Mesa, esperas que al menos nueve o diez lo consigan.

Están los sobornos a los polis de San Diego, Los Angeles, San Bernardino, lo que quieras. Y a la policía estatal, y a los departamentos del sheriff. Y a las secretarías y mecanógrafas de la DEA, para que te pasen información sobre las investigaciones en marcha, o con qué tecnología se están llevando a cabo. O incluso ese extraño, extrañísimo, agente de la DEA que se ha vendido, pero son pocos y están muy alejados entre sí, porque entre la DEA y los cárteles mexicanos todavía existe una enemistad mortal, debido al asesinato de Ernie Hidalgo. Art Keller se encarga de eso.

Y menos mal, piensa Adán, porque la obsesión vengativa de Keller podría costarme dinero a corto plazo, pero a la larga me hace ganar dinero. Y esto es lo que los norteamericanos no consiguen llegar a comprender, que lo único que consiguen es aumentar el precio y hacernos ricos. Sin ellos, cualquier *bobo* con un camión viejo o una barca agujereada con motor fueraborda podría transportar drogas *al norte*. Y entonces el precio no compensaría el esfuerzo. Pero tal como están las cosas, hacen falta millones de dólares para mover las drogas, y en consonancia los precios son altísimos. Los norteamericanos se apoderan de un producto que crece literalmente en los árboles y lo transforman en una mercancía valiosa. Sin ellos, la cocaína y la marihuana serían como las naranjas, y en lugar de ganar miles de millones pasándolas de contrabando, yo ganaría unos pocos centavos trabajando como un negro en algún campo de California, recogiénolas.

Y lo más divertido de todo reside en que el propio Keller es también un producto, porque yo gano millones vendiendo protección contra él, cobrando miles de dólares por el uso de nuestros polis, soldados y agentes de Aduanas a los contratistas independientes que quieren transportar su producto a través de la Plaza. Agentes de Aduanas, guardia costera, equipos de vigilancia, comunicaciones... Es lo que la pasma mexicana valora y la norteamericana no. Somos socios, *mi hermano Arturo*, de la misma empresa.

Camaradas en la Guerra contra las Drogas.

No podríamos existir el uno sin el otro.

Adán ve a dos chicas de aspecto nórdico que se colocan bajo la cascada, para dejar que el chorro moje sus camisetas y exhibir los pechos a sus admiradores, que son numerosos. La música retumba, el baile es frenético, la bebida fluye sin parar. Es el Día de los Muertos, y casi toda la gente que ha venido esta noche son viejos amigos de Culiacán o Badiraguato, y si eres un narco de Sinaloa tienes muchos muertos a los que recordar.

Hay un montón de fantasmas en esa fiesta.

La guerra ha sido sangrienta.

Pero, piensa Adán, con suerte casi ha terminado, y volveremos a los negocios propiamente dichos.

Porque Adán Barrera ha reinventado el negocio de la droga.

La forma tradicional de cualquier *pasador* mexicano era la pirámide. Como en las familias de la mafia siciliana, había un padrino, un jefe, y después capitanes, soldados, y cada nivel «sustentaba» al siguiente. Los niveles inferiores ganaban muy poco dinero, a menos que pudieran construir niveles por debajo, que a su vez los sustentaban, pero ganaban muy poco. Todo el mundo, salvo los idiotas, comprendían el problema de la pirámide: si entras pronto, te forras; si entras tarde, estás jodido. Todo ello condujo a Adán, después de analizar el problema, a crear motivaciones para salir y crear una pirámide nueva.

La pirámide también era demasiado vulnerable a la agresión de las fuerzas de la ley. Lo único que se necesitaba, pensó Adán, era un *dedo*, un chivato, un soldado insatisfecho de los niveles inferiores, que podía delatarte a la pasma y derrumbar la estructura piramidal integrada. Todos los cabecillas de las Cinco Familias de Nueva York están ahora en la cárcel, y sus familias han entrado en un pronunciado e inevitable declive.

Fue Adán quien se cargó la pirámide y la sustituyó por una estructura horizontal. Bien, casi horizontal. Su nueva organización solo tenía dos niveles: los hermanos Barrera arriba y todos los demás debajo.

Pero a la misma altura.

—Queremos empresarios, no empleados —explicó Adán a Raúl—. Los empleados cuestan dinero, los empresarios ganan dinero.

La nueva estructura creó un creciente grupo de hombres de negocios independientes, bien recompensados y muy motivados, que pagaban el doce por ciento de sus ganancias a los Barrera, y de buena gana. Ahora solo había un nivel al que sustentar, y dirigías tu propio negocio, corrías tus propios peligros, recibías tus propias recompensas.

Y Adán se encargaba de que las recompensas potenciales fueran mayores para los empresarios emergentes. Reconstruyó su cártel de Baja sobre ese principio, permitiendo (no, alentando) a su gente que se independizara: redujo sus

«impuestos» al doce por ciento, concedió préstamos a un interés bajo para reunir el capital de lanzamiento, les facilitó acceso a servicios financieros (por ejemplo, blanqueo de dinero), todo a cambio de la simple lealtad al cártel.

—El doce por ciento de muchos —había explicado Adán a Raúl cuando propuso la drástica reducción de impuestos— sumará más que el treinta por ciento de unos pocos.

Había tenido en cuenta las lecciones de la Revolución Reagan. Podían ganar más dinero bajando impuestos que elevándolos, porque los impuestos menores permitían que más empresarios se integraran en el negocio, ganaran más dinero y pagaran más impuestos.

Raúl es de la opinión que el plomo, no el nuevo modelo de negocio, está ganando la guerra contra Méndez, y en cierto sentido tiene razón. Pero Adán está convencido de que el factor más poderoso es la pura fuerza de la economía: los Barrera han arruinado a Güero Méndez. Puedes vender Coca-Cola con un treinta por ciento de recargo, o Pepsi con un veinte por ciento de recargo. Tú eliges. Una elección fácil: puedes vender Pepsi y ganar un montón de dinero, o Coca-Cola y ganar menos dinero, hasta que Raúl te mate. De pronto había un montón de distribuidores de Pepsi. Tenías que ser idiota para elegir el plomo de la Coca-Cola en lugar de la plata de la Pepsi.

Plata o plomo.

El yin y el yang del nuevo cártel de Baja.

Negociar con Adán y obtener plata, o negociar con Raúl y obtener plomo. Una estructura que inclinó la balanza de Baja en contra de Güero Méndez. Tardó demasiado en comprender lo que estaba pasando, y cuando lo hizo, no pudo bajar sus precios porque no podía mover suficiente cocaína a través de la Plaza, y tenía que desembolsar el treinta por ciento para moverla a través de Sonora o el Golfo.

No, tuvo que admitir Raúl, el trato del doce por ciento había sido un acto de gran genialidad.

Es perfecto para tipos como Fabián Martínez y el resto de los Junior.

Las reglas eran sencillas.

Les decías a los Barrera cuándo ibas a trasladar el producto, fuera cual fuese (cocaína, marihuana o heroína), el peso y cuál era tu precio de venta acordado (por lo general entre catorce mil y dieciséis mil dólares por kilo), y en qué fecha pensabas entregarlo al minorista en Estados Unidos. Luego tenías cuarenta y ocho horas después de esa fecha para pagar a los Barrera el doce por ciento del precio de venta acordado. (El precio acordado era una simple garantía sobre un mínimo. Si lo vendías por menos, seguías debiendo el porcentaje sobre el precio acordado. Si lo vendías por más, debías el porcentaje sobre el precio aumentado). Si eras incapaz de entregar el dinero antes de dos días, lo mejor era sentarse con Adán y acordar un plan de pago, o sentarse con Raúl y...

Plomo o plata.

El doce por ciento era solo por transportar droga a través de la Plaza. Si querías llegar a acuerdos independientes con la policía local, los *federales* o cualquier *comandante* para garantizar la seguridad de tu cargamento, estupendo, pero si te pillaban, seguías debiendo el doce por ciento. Si querías que los Barrera se encargaran de las medidas de seguridad, estupendo también, pero te costaba el precio de la *mordida* más una cuota de gestión. Pero en ese caso, los Barrera garantizaban la seguridad de tu cargamento en el lado mexicano de la frontera. Si lo capturaban, te reembolsaban el coste entero del cargamento. En el caso de la cocaína, por ejemplo, los Barrera te pagaban el precio de compra que habías negociado con el cártel de los Orejuela de Cali, no el precio al por menor que esperabas obtener en Estados Unidos. Si comprabas a los Barrera el paquete de seguridad, la seguridad de tu cargamento estaba garantizada por completo desde el momento en que llegaba a Baja hasta que alcanzaba la frontera. Ningún otro traficante intentaría apoderarse de él, ningún bandido intentaría robarlo. Raúl y sus *sicarios* se encargaban de eso. Tendrías que estar muy loco para intentar apropiarte de un cargamento cuya seguridad dependía de Raúl Barrera.

Los Barrera también ofrecían servicios financieros. Adán quería facilitar a la mayor cantidad de gente posible la incorporación al negocio, de modo que nunca había que adelantar el doce por ciento. No tenías que pagarlo hasta después de haber vendido la mercancía. Pero los Barrera daban un paso más: te ayudaban a blanquear el dinero una vez que habías vendido tu cargamento, un producto que les proporcionaba beneficios complementarios. La tasa vigente por blanqueo de dinero era del seis y medio por ciento, pero los banqueros sobornados cedían a los Barrera un rapel del cinco por ciento, de manera que Adán ganaba un uno y medio por ciento más de cada dólar de cada cliente. Una vez más, no estabas obligado a lavar tu dinero por mediación de los Barrera (eras un hombre de negocios independiente, podías hacer lo que te diera la gana). Pero si acudías a otros y te engañaban o embargaban el cargamento, si la policía de Aduanas de Estados Unidos te requisaba el dinero al cruzar la frontera, tú te lo habías buscado, mientras que los Barrera te garantizaban el dinero. Todo lo que ingresabas en sucio, te lo devolvían limpio, al cabo de tres días laborables, menos el seis y medio por ciento.

Y esta ha sido la «Revolución de Baja» de Adán Barrera: actualizar el negocio de la droga.

«Miguel Ángel Barrera introdujo el negocio de la droga en el siglo XX —dijo un *narcotraficante*—. Adán lo está reconduciendo al siglo XXI».

Y de paso, derrotando a Güero Méndez, piensa Adán. Si no puede mover su cocaína, no puede pagar la *mordida*. Si no puede pagar la *mordida*, no puede mover la cocaína. Entretanto, nosotros estamos construyendo una red veloz, eficiente y emprendedora, utilizando la tecnología y los mecanismos financieros

más nuevos y mejores.

La vida es estupenda, piensa Adán, en este Día de los Muertos.

El Día de los Muertos, piensa Callan.

Cojonudo.

¿Es que cada día no es el día de los muertos?

Está tomando unas copas en la barra de La Sirena. Si quieres un desafío, intenta tomarte un whisky sin hielo en un bar de playa mexicano. Le dices a un tipo que quieres una copa sin la puta sombrilla, y te mira como si le hubieras arruinado el día.

De todos modos, Callan lo hace.

—Eh, *viejo*, ¿está lloviendo?

—No.

—Pues entonces no necesito esto, ¿verdad?

Y si quisiera zumo de frutas, *amigo*, pediría un zumo de frutas. Pero el único zumo que me apetece es el de cebada.

Vitamina C irlandesa.

El agua de la vida.

Lo cual no deja de ser divertido, piensa Callan, cuando piensas en cómo me gano la vida, en lo que he hecho siempre, básicamente.

Cancelar reservas de gente.

« Lo siento, señor, se va a marchar pronto» .

« Sí, pero...» .

« Ni pero ni nada. Salga de la piscina» .

Ya no trabaja para la familia Cimino, pero Sal Scachi aún tiene la última palabra. Callan se estaba relajando en Costa Rica, esperando a que amainara la tormenta de mierda de Nueva York, cuando Scachi fue a verle.

—¿Te apetece ir a Colombia? —le preguntó a Callan.

—¿Para qué?

Para ponerse en contacto con algo llamado « MAS» , fue la respuesta.

Muerte a Secuestradores. Scachi explicó que había empezado en el 81, cuando el grupo insurgente de izquierdas M-19 secuestró a la hermana del señor de la droga colombiano Fabián Ochoa y pidió un rescate.

Sí, un buen plan de negocios, pensó Callan, secuestrar a la hermana de un jefe.

Como si Ochoa fuera a pagar, ¿verdad?

Lo que hizo el magnate de la coca fue, dijo Scachi, convocar a doscientos veintitrés socios y obligarles a desembolsar a cada uno veinte mil dólares en metálico y diez de sus mejores pistoleros. Haced los cálculos: es una suma de cuatro millones y medio de pavos y un ejército de más de dos mil matones.

—Escucha esto —dijo Scachi—. Esos tíos volaron sobre un estadio de fútbol en helicóptero y lanzaron folletos anunciando lo que iban a hacer.

Que consistía, básicamente, en arrasar Cali y Medellín como perros rabiosos cargados de crack. Irrumpir en casas, sacar a estudiantes universitarios de sus clases, matar a tiros a algunos sin más trámites y llevar a otros a pisos francos para «interrogarlos».

La hermana de Ochoa fue liberada sana y salva.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó Callan.

Scachi se lo cuenta. En el 85, el gobierno colombiano pactó una tregua con varios grupos izquierdistas que formaban una alianza llamada la Unión Patriótica, que consiguió catorce escaños en las elecciones del 86.

—Vale —dijo Callan.

—Nada de vale —replicó Scachi—. Esos tipos son comunistas, Sean.

Scachi se lanzó a una diatriba feroz, cuya idea principal consistía en que nosotros luchábamos contra los comunistas para que la gente tuviera democracia, y que los jodidos desagradecidos nos daban la espalda y votaban a los comunistas. Lo que Sal estaba diciendo, supuso Callan, era que la gente debía tener democracia, pero no tanta.

Tenían total y absoluta libertad para elegir a quienes nosotros queríamos.

—MAS va a hacer algo al respecto —dijo Scachi—. Les iría bien un hombre de tu talento.

Tal vez, pensó Callan, pero no van a conseguir a un hombre de mi talento. No sé cuál es la relación de Scachi con MAS, pero no tiene nada que ver conmigo.

—Creo que voy a volver a Nueva York —dijo Callan.

Al fin y al cabo, Johnny Boy se hallaba al frente de la familia, y Johnny Boy no tenía motivos para dar otra cosa a Callan que no fuera amor y amparo.

—Sí, puedes hacerlo —dijo Scachi—. Solo que te están esperando unas tres mil acusaciones federales.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —dijo Scachi—. Tráfico de cocaína, extorsión, chantaje. Ha llegado a mis oídos que también te quieren por lo de Big Paulie.

—¿Te quieren a ti por lo de Big Paulie, Sal? —pregunta Callan.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú me metiste en ello.

—Escucha, muchacho, tal vez te lo pueda arreglar —dice Scachi—, pero no te haría daño echarnos una manita con esto.

Callan no preguntó cómo iba a arreglar Sal una acusación federal mandándole a Colombia para ponerse en contacto con una pandilla de vigilantes de la cocaína anticomunistas, porque son cosas que prefieres no saber. Se limitó a aceptar el billete de avión y un pasaporte nuevo, voló a Medellín y se dispuso a trabajar para MAS.

Muerte a los Secuestradores resultó ser Muerte a los Candidatos Electos de la Unión Patriótica. Seis recibieron balas en la cabeza en lugar de jurar su cargo. (Días de los Muertos, piensa Callan, mientras trasiega su copa. Días de los Muertos).

Después de eso, la cosa se animó, recuerda. El M-19 se desquitó apoderándose del Palacio de Justicia, y más de cien personas, incluidos varios jueces del Tribunal Supremo, resultaron muertos en el intento de rescate fallido. Eso es lo que consigues, piensa Callan, cuando utilizas polis y soldados en lugar de profesionales.

No obstante, utilizaron profesionales para acabar con el líder de la Unión Patriótica. Callan no apretó el gatillo, pero sí empleó el arma cuando se cargaron a Jaime Pardo Leal. Fue un buen golpe: limpio, eficiente, profesional.

Resultó ser un simple calentamiento.

La auténtica matanza empezó en el 88.

El dinero empleado procedía en su mayor parte del Hombre en persona, el señor de la cocaína de Medellín Pablo Escobar.

Al principio, Callan no entendía por qué Escobar y los demás señores de la coca se preocupaban tanto por la política. Pero después averiguó que los chicos del cártel habían invertido un montón de dinero procedente de la cocaína en bienes raíces, extensos ranchos de ganado que no querían ver repartidos por algún plan izquierdista de distribución de la tierra.

Callan llegó a conocer muy bien uno de esos ranchos.

En la primavera del 87, MAS le trasladó a Las Tangas, una enorme finca propiedad de un par de hermanos, Carlos y Fidel Cardona. Cuando todavía eran adolescentes, su padre había sido secuestrado y asesinado por guerrilleros comunistas. Para que luego hablen de política y toda esa mierda, pensó Callan cuando les conoció en el rancho, es algo personal. Siempre es algo personal.

Las Tangas no era tanto un rancho como un fuerte. Callan vio algo de ganado, pero sobre todo vio a asesinos como él.

Había muchos colombianos, soldados del cártel en préstamo, pero también sudafricanos y rodesianos que habían perdido su guerra y esperaban ganar esta. Había israelíes, libaneses, rusos, irlandeses y cubanos. Era una puta Villa Olímpica de asesinos a sueldo.

Su entrenamiento también era duro.

Se rumoreaba que un tipo era un coronel israelí llegado con una puta pandilla de ingleses, todos ex-SAS, al menos eso afirmaban. Como buen irlandés, Callan odiaba a los ingleses y al SAS, pero tuvo que admitir que aquellos británicos sabían lo que hacían.

Callan siempre había sido hábil con una 22, pero ese tipo de trabajo exigía mucho más, y muy pronto le enseñaron a utilizar y manejar el M-16, el AK-47, la ametralladora M-60 y el rifle con mira telescópica Modelo 90.

También se entrenó en el combate cuerpo a cuerpo, cómo matar con un cuchillo, con un garrote, con las manos y los pies. Algunos de los instructores permanentes eran ex miembros de las Fuerzas Especiales norteamericanas, algunos de ellos veteranos de la Operación Fénix de Vietnam. Muchos eran oficiales del ejército colombiano que hablaban inglés como si fueran de Mayberry, en Estados Unidos.

Callan se tronchaba de risa cuando uno de aquellos colombianos abría la boca y hablaba como un patán norteamericano. Después descubrió que la mayoría de aquellos tíos se habían entrenado en Fort Benning, Georgia.

Algo así como la Escuela de las Américas.

Sí, ¿qué clase de escuela es esa?, pensó Callan. Leer, escribir y matar. En cualquier caso, enseñaban desagradables disciplinas, que los colombianos transmitían muy contentos al grupo que había llegado a conocerse como los Tangueros.

También había un montón de « Aprendizaje en el Trabajo » .

Un día un pelotón de Tangueros fue a tender una emboscada a un grupo de guerrilleros que estaban operando en la zona. Un oficial del ejército local había entregado fotos de los seis presuntos objetivos, que vivían en pueblos como *campesinos* cuando no se dedicaban a la guerrilla.

Fidel Cardona iba al mando de la misión. Cardona se había convertido en una especie de chalado, que se hacía llamar Rambo y se vestía como el tío de la película. En cualquier caso, montaron una emboscada en la carretera de tierra por la que aquellos tíos transitaban.

Los Tangueros se desplegaron en formación de U perfecta, tal como les habían enseñado. A Callan no le gustó estar tirado en la maleza, con uniforme de camuflaje, sudando por el calor. Soy un tío de ciudad, piensa. ¿Cuándo he ingresado yo en el puto ejército?

La verdad era que estaba nervioso. No asustado, más bien aprensivo, sin saber qué esperar. Nunca había combatido contra guerrilleros. Pensó que debían de ser muy buenos, que estaban bien entrenados, que conocían mejor el terreno y que sabían utilizarlo.

Los guerrilleros se internaron en el extremo abierto de la U.

No eran lo que Callan había esperado, combatientes veteranos con uniforme de camuflaje, armados con AK. Parecían granjeros con camisas de algodón viejas y pantalones cortos de *campesino*. Tampoco se movían como soldados, desplegados, vigilantes. Solo estaban caminando por la carretera.

Callan fijó el visor de su rifle Galil en el tío que iba más a la izquierda. Apuntó un poco bajo, al estómago del tipo, por si el rifle se levantaba. Tampoco quería ver la cara del tipo, porque tenía cara de niño y hablaba con sus amigos y reía, como haces con tus colegas al finalizar la jornada laboral. Callan clavó la vista en el azul de la camisa del hombre, porque era como disparar contra una cosa, un

blanco.

Esperó a que Fidel hiciera el primer disparo, y cuando lo oyó, apretó el gatillo dos veces.

Su hombre cayó.

Todos cayeron.

Los pobres mamones ni se enteraron. Tan solo una ráfaga desde los arbustos que flanqueaban la carretera, y seis guerrilleros abatidos, que se desangraban sobre la tierra.

Ni siquiera tuvieron tiempo de sacar las armas.

Callan se obligó a caminar hasta el hombre que había derribado. El tipo estaba muerto, caído de cara al suelo. Callan empujó al tipo con el pie. Habían recibido órdenes estrictas de recoger cualquier arma, pero Callan no encontró ninguna. Lo único que portaba el tipo era un machete, de los utilizados por los *campesinos* para cortar bananas de los árboles.

Callan paseó la vista a su alrededor y comprobó que ningún guerrillero iba armado.

Fidel ni siquiera se inmutó. Paseó de un lado a otro, disparó en la nuca de los caídos, y después llamó por radio a Las Tangas. Al cabo de poco, un camión apareció con un montón de ropa como la utilizada por los guerrilleros comunistas, y Fidel ordenó a sus hombres que vistieran a los cadáveres con la ropa nueva.

—Estás de broma —dijo Callan.

Rambo no estaba bromeando. Dijo a Callan que pusiera manos a la obra.

Callan se sentó en la cuneta.

—No soy un puto enterrador —le dijo a Fidel.

Contempló a los demás Tangueros mientras cambiaban la ropa de los cadáveres, y después tomaban fotos de los « guerrilleros » muertos.

Fidel no dejó de gritarle durante el camino de regreso.

—Sé lo que hago —decía—. Sé latín.

Sí, y yo también sé latín, le dijo Callan. Lo enseñaban en la Cocina del Infierno.

—Pero los tíos a los que disparaba, Rambo, llevaban armas en las manos —añadió Callan.

Rambo debió de chivarse a Scachi, porque Sal apareció unas semanas después en el rancho para celebrar una « sesión de asesoramiento » con Callan.

—¿Cuál es tu problema? —le preguntó.

—Mi problema es ametrillar a putos agricultores —replicó Callan—. Llevaban las manos vacías, Sal.

—Aquí no estamos rodando películas del Oeste —contestó Sal—. No existe un « código de honor ». ¿Quieres dispararles en la selva, cuando van con AK en las manos? ¿Te sentirás mejor si hay bajas? Esto es una puta guerra, Callan.

—Sí, y a veo que es una guerra.

—Te pagan, ¿verdad? —preguntó Sal.

Sí, pensó Callan, me pagan.

El águila chilla dos veces al mes, en metálico.

—¿Y te tratan bien?—preguntó Scachi.

Como a un puta rey, admitió Callan. Filetes cada noche, si quieres. Cerveza gratis, whisky gratis, coca gratis si te va ese rollo. Callan fumaba un poco de coca de vez en cuando, pero prefería el alcohol. Muchos Tangueros esnifaban montones de coca, y después se iban con las putas que venían los fines de semana y las follaban toda la noche.

Callan fue de putas un par de veces. Un hombre tiene necesidades, pero nada más, solo satisfacer una necesidad. No eran *call girls* de categoría como las de la Casa Blanca, sino mujeres indias que llegaban de los campos petrolíferos del oeste. Ni siquiera eran mujeres, para ser sinceros. La mayoría, tan solo chicas con vestidos baratos y mucho maquillaje, punto.

La primera vez que estuvo con una, Callan se sintió después más abatido que aliviado. Entró en un pequeño cubículo situado en la parte posterior de los barracones. Paredes de madera contrachapada desnuda y una cama con un colchón. Ella intentó decirle cosas sexies, cosas que, en teoría, le haría gracia oír, pero él le pidió al final que cerrara la boca y se limitara a follar.

Después se quedó tumbado, pensando en la mujer rubia de San Diego.

Se llamaba Nora.

Era hermosa.

Pero aquella era otra vida.

Después de la charla con Sal Scachi, Callan participó en más misiones. Los Tangueros tendieron una emboscada a seis «guerrilleros» desarmados más a orillas de un río, y ametrallaron a otra media docena en la plaza de una aldea.

Fidel tenía una palabra para estas actividades.

Limpieza, lo llamaba.

Estaban limpiando la zona de guerrilleros, comunistas, líderes sindicales, agitadores, toda esa basura de mierda. Callan se enteró de que no eran los únicos que llevaban a cabo la limpieza. Había montones de grupos más, de ranchos, de centros de adiestramiento por todo el país. Todos los grupos tenían motes: Muerte a Revolucionarios, ALFA 13, Los Tinados. Al cabo de dos años, habían matado a más de tres mil activistas, organizadores, candidatos y guerrilleros. La mayoría de esas matanzas tenían lugar en aldeas aisladas, sobre todo en la zona de Medellín del valle Magdalena, donde todos los varones de los pueblos eran hacinados como ganado y ametrallados. O despedazados con machetes, cuando las balas se consideraban demasiado caras.

Además de los comunistas, la limpieza se hizo extensiva a mucha otra gente: niños de la calle, homosexuales, drogadictos, alcohólicos.

Un día los Tangueros fueron a liquidar a unos guerrilleros que se trasladaban de una base de operaciones a otra. Callan y los demás esperaron a que su autobús

rural llegara, lo pararon y obligaron a todo el mundo a bajar, excepto al conductor. Fidel paseó entre los pasajeros, comparó sus rostros con las fotos que sostenía en la mano, después apartó a cinco hombres del grupo y ordenó que los condujeran a la cuneta.

Callan vio que los hombres caían de rodillas y se ponían a rezar.

Casi antes de llegar al *Padre Nuestro*, los Tangueros los fusilaron. Callan dio media vuelta, a tiempo de ver que dos de sus camaradas encadenaban el conductor al volante.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó.

Pasaron gasolina del depósito del autobús a una jarra de plástico y la vertieron sobre el conductor, y mientras este suplicaba clemencia a gritos, Fidel se volvió hacia los pasajeros.

—¡Eso es lo que pasa por transportar guerrilleros! —anunció.

Dos Tangueros sujetaron a Callan mientras Fidel arrojaba una cerilla al autobús.

Callan vio los ojos del conductor, oyó sus chillidos y vio que el cuerpo del hombre bailaba y se retorció entre las llamas.

Nunca logró sacarse ese olor de la nariz.

(Sentado ahora en el bar de Puerto Vallarta, percibe el olor de la piel quemada. No hay suficiente whisky en el mundo para quitarse ese olor).

Aquella noche, Callan le dio duro a la botella. Se puso ciego de comer y beber, y pensó en coger la vieja 22 y meterle una bala a Fidel en la cara. Decidió que aún no estaba preparado para suicidarse y empezó a hacer las maletas.

Uno de los rodesianos le detuvo.

—No te irás por tu propio pie —le advirtió—. Te matarán antes de que hayas recorrido un *klik*.

El tío tiene razón, no podré recorrer ni un kilómetro.

—No puedes hacer nada —añadió el rodesiano—. Es la Niebla Roja.

—¿Qué es la Niebla Roja? —preguntó Callan.

El tío le miró de una forma rara y se encogió de hombros.

Como diciendo: Si no lo sabes...

—¿Qué es Niebla Roja? —preguntó Callan a Scachi cuando este volvió para enderezar la actitud cada vez más mierdosa de Callan. El puto irlandés se quedaba sentado en los barracones, sosteniendo largas conversaciones con Johnnie Walker.

—¿Dónde has oído hablar de Niebla Roja? —preguntó Scachi.

—Da igual.

—Sí, bueno, pues olvídale.

—Que te den por el culo, Sal —dijo Callan—. Estoy metido en algo. Quiero saber qué es.

No, pensó Scachi.

Y aunque quisieras, no puedo decírtelo.

Niebla Roja era el nombre en clave de la coordinación de la miríada de operaciones destinadas a «neutralizar» los movimientos de izquierdas en Latinoamérica. Básicamente, el programa Fénix adaptado a Sudamérica y Centroamérica. La mitad de las veces, los agentes ni siquiera sabían que estaban siendo coordinados en el seno de Niebla Roja, pero el papel de Sal Scachi, como chico de los recados de John Hobbs, era lograr que la información se compartiera, los activos se distribuyeran, los objetivos cayeran y nadie se hiciera la zancadilla en el intento.

No era un trabajo fácil, pero Scachi era el hombre perfecto. Boina Verde, agente de la CIA en algún momento, miembro de la mafia, Sal desapareció del ejército en «misión independiente» y trabajó como colaborador de Hobbs. Y había mucho en que colaborar. Niebla Roja abarcaba literalmente cientos de milicias de extrema derecha y sus patrocinadores, señores de la droga, así como mil oficiales del ejército y algunos cientos de miles de soldados, decenas de agencias de inteligencia diferentes y fuerzas de policía.

Y la Iglesia católica.

Sal Scachi era Caballero de Malta y miembro del Opus Dei, la feroz organización secreta, de extrema derecha y anticomunista, compuesta por obispos, sacerdotes y leales esbirros como Sal. La Iglesia católica estaba sumida en una guerra intestina, pues su líder conservador del Vaticano luchaba, por el «bien» de la Iglesia, contra los «teólogos de la liberación», sacerdotes y obispos izquierdistas, a menudo marxistas, que trabajaban en el Tercer Mundo. Los Caballeros de Malta y el Opus Dei trabajaban codo con codo con las milicias de extrema derecha, los oficiales del ejército, incluso con los cárteles de la droga cuando era necesario.

Y la sangre fluía como el vino en la comunión.

Casi todo ello pagado, directa o indirectamente, con dólares norteamericanos. Directamente mediante la ayuda norteamericana a los militares de los países, cuyos oficiales formaban el grueso de los escuadrones de la muerte. Indirectamente mediante los norteamericanos que vendían drogas, cuyos dólares iban a parar a los cárteles que patrocinaban los escuadrones de la muerte.

Miles de millones de dólares en ayuda económica, miles de millones de dólares en dinero de la droga.

En El Salvador, escuadrones de la muerte de extrema derecha asesinaron a políticos izquierdistas y líderes sindicales. En 1989, en el campus de la Universidad Central Americana de El Salvador, oficiales del ejército salvadoreño ametrallaron a seis jesuitas, a una criada y a su hija de pocos meses con rifles provistos de mira telescópica. En aquel mismo año, el gobierno de Estados

Unidos envió quinientos mil millones de dólares en ayudas al gobierno salvadoreño. A finales de los ochenta, unas setenta y cinco mil personas habían sido asesinadas.

Guatemala doblaba esa cifra.

Durante la larga guerra contra los rebeldes marxistas, más de ciento cincuenta mil personas fueron asesinadas, y otras cuarenta mil desaparecieron. Niños sin hogar fueron abatidos en las calles. Estudiantes universitarios fueron asesinados. Un hotelero norteamericano fue decapitado. Un profesor universitario fue apuñalado en el vestíbulo del edificio donde daba clase. Una monja norteamericana fue violada, asesinada y arrojada sobre los cuerpos de sus compañeras. En todo momento, soldados norteamericanos aportaron entrenamiento, asesoría y equipo, incluidos los helicópteros que transportaban a los asesinos a los campos de exterminio. A finales de los ochenta, el presidente George Bush se hartó de la carnicería y bloqueó por fin los fondos y el armamento para los militares guatemaltecos.

Lo mismo sucedía en toda Latinoamérica: la larga guerra en la sombra entre los ricos y los pobres, entre la extrema derecha y los marxistas, con los liberales atrapados en medio sin saber reaccionar.

Y siempre, Niebla Roja estaba presente. John Hobbs supervisaba la operación. Sal Scachi se encargaba del día a día.

Trabajaba en colaboración con oficiales del ejército entrenados en la Escuela de las Américas, en Fort Benning, Georgia. Aportaba adiestramiento, asesoría técnica, equipamiento, inteligencia. Prestaba activos a las fuerzas armadas y milicias latinoamericanas.

Uno de esos activos era Sean Callan.

El hombre está hecho un desastre, pensó Scachi mientras observaba a Callan: el pelo largo y sucio, la piel amarillenta debido a días y días de beber sin parar. No es exactamente la imagen de un guerrero, pero las apariencias engañan.

Sea lo que sea, Callan posee talento, pensó Scachi.

Y el talento no abunda, así que.

—Te voy a sacar de Las Tangas —dijo Scachi.

—Estupendo.

—Tengo otro trabajo para ti.

Ya lo creo, recuerda Callan.

Luis Carlos Galán, el candidato presidencial del Partido Liberal que contaba con kilómetros de ventaja en las encuestas, fue eliminado en el verano del 89. Bernardo Jaramillo Osa, el líder de la UP, fue abatido a tiros cuando bajaba de un avión en Bogotá la primavera siguiente. Carlos Pizarro, el candidato del M-19 a la presidencia, fue asesinado unas semanas después.

Tras eso, Colombia se puso al rojo vivo para Callan.

Pero Guatemala no. Ni Honduras, ni El Salvador.

Scachi le movía como a un caballo en un tablero de ajedrez. Saltar aquí, saltar allí, le utilizaba para barrer piezas del tablero. Guadalupe Salcedo, Héctor Oqueli, Carlos Toledo y una docena más. Callan empezó a olvidar los nombres. Tal vez no sabía con exactitud qué era Niebla Roja, pero él lo tenía muy claro: sangre, una niebla roja que llenaba su cabeza hasta convertirse en lo único que podía ver.

Después Scachi le trasladó a México.

—¿Para qué?—preguntó Callan.

—Para que te relajés un poco —contestó Scachi—. Para colaborar en la protección de unas personas. ¿Te acuerdas de los hermanos Barrera?

¿Cómo no? Era el trato de cocaína a cambio de armas que había iniciado toda la mierda, allá en el 85. Jimmy Peaches se pasó al bando de Big Paulie, cosa que dio inicio a su extraño viaje.

Sí, Callan se acordaba de ellos.

¿Cuál era su problema?

—Son amigos nuestros —dijo Scachi.

«Amigos nuestros», pensó Callan. Una extraña elección de palabras, una frase que los gánsters utilizaban para describir a otros gánsters. Bien, yo no soy un gánster, pensó Callan, y un par de traficantes de coca mexicanos tampoco, de modo que, ¿qué más da?

—Son buena gente —explicó Scachi—. Contribuyen a la causa.

Sí, eso les convierte en putos ángeles, pensó Callan.

Pero fue a México.

Porque, ¿adónde iba a ir, si no?

Así que ahora está aquí, en esta ciudad playera, el Día de los Muertos.

Decide tomar un par de copas, porque se encuentran en un lugar seguro, es día festivo, así que no habrá problemas. Incluso si surgieran, piensa, últimamente estoy mejor un poco borracho que sobrio por completo.

Termina su bebida, y entonces ve que el gran acuario estalla en pedazos, el agua sale disparada y dos personas caen de esa forma peculiar que solo se produce cuando les han disparado.

Callan se arroja detrás del taburete del bar y saca la 22.

Unos cuarenta *federales* uniformados de negro irrumpen por la puerta principal, disparando M-16 desde la altura de la cadera. Las balas impactan en las paredes de roca falsa de la cueva, y menos mal que es falsa, piensa Callan, porque absorbe las balas en lugar de rebotarlas hacia la muchedumbre.

Entonces uno de los *federales* desengancha una granada de su tirante.

—¡Al suelo! —grita Callan, como si alguien pudiera oírle o entenderle, y después dispara dos veces a la cabeza del *federal*, y el hombre se desploma antes

de poder tirar de la anilla, y la granada cae al suelo, inofensiva, pero otro *federal* lanza otra granada, que aterriza cerca de la pista de baile y estalla con un destello pirotécnico de discoteca, y varios clientes caen, chillando de dolor cuando la metralla siega sus piernas.

La gente está hundida hasta los tobillos en agua ensangrentada y peces boqueantes, y Callan siente que algo golpea su pie, pero no es una bala, sino un pez cirujano azul, hermoso y de un aíl eléctrico bajo las luces del club nocturno, y se extravía en un momento de paz contemplando el pez, y un gran alboroto reina en La Sirena, mientras los clientes chillan, lloran e intentan abrirse paso para salir, pero no hay salida, porque los *federales* están bloqueando las puertas.

Y disparando.

Callan se alegra de estar un poco bolinga. Se ha puesto el piloto automático de asesino a sueldo irlandés, con la cabeza despejada y fría, y ya sabe que quienes disparan no son *federales*. Por lo tanto, no es una redada, es una emboscada, y si estos tipos son polis, están fuera de servicio y ganando un dinerito extra en vista de las inminentes vacaciones. Y se da cuenta enseguida de que nadie va a salir por la puerta de delante, al menos vivo, y de que tiene que haber una puerta trasera, así que empieza a gatear hacia la parte posterior del club.

Es el muro de agua lo que salva a Adán.

Le derriba de la silla y le envía al suelo, de modo que la primera salva de disparos y metralla pasa por encima de su cabeza. Empieza a levantarse, pero el instinto toma el control mientras las balas pasan zumbando por encima de su cabeza, de modo que vuelve a sentarse. Contempla como idiotizado las balas que destrozan el costoso coral, ahora seco y sin protección detrás del acuario destrozado, y entonces pega un bote cuando una morena se retuerce a su lado. Mira hacia la otra pared donde, detrás de la cascada, Fabián Martínez está intentando ponerse los pantalones, al tiempo que una de las chicas alemanas, sentada sobre la roca, intenta hacer lo mismo, y Raúl se encuentra de pie con los pantalones caídos alrededor de los tobillos y una pistola en la mano, disparando a través de la cascada.

Los falsos *federales* no pueden ver a través de la cascada. Eso es lo que salva a Raúl, que sigue disparando con toda impunidad hasta que se queda sin munición, tira la pistola y se sube los pantalones. Después agarra a Fabián del hombro.

—Vámonos, tenemos que salir de aquí.

Porque los *federales* se están abriendo paso a través de la multitud, en busca de los hermanos Barrera. Adán les ve acercarse y se levanta con la intención de encaminarse hacia la parte de atrás, resbala y cae, vuelve a levantarse, y cuando lo hace, un *federal* apunta un rifle a su cara y sonríe, y Adán ya es hombre

muerto, pero la sonrisa del *federal* desaparece en un torbellino de sangre, Adán siente que alguien aferra su muñeca y le tira al suelo, donde se encuentra cara a cara con un yanqui.

—Agáchate, capullo —le dice.

Entonces Callan empieza a disparar contra *los federales* que avanzan con salvas lentas y eficaces (pop-pop, pop-pop), y los derriba como patos flotantes en una feria. Adán mira al *federal* muerto, y ve horrorizado que los cangrejos ya han empezado a devorar el hueco bostezante donde estaba la cabeza del hombre.

Callan se arrastra hacia delante y coge dos granadas del tío al que acaba de disparar, recarga el arma a toda prisa, vuelve a gatas, agarra a Adán y, sin dejar de disparar con la otra mano, le empuja hacia la parte de atrás.

—¡Mi hermano! —grita Adán—. ¡Tengo que encontrar a mi hermano!

—¡Al suelo! —grita Callan cuando disparan una nueva andanada de fuego hacia ellos.

Adán se desploma cuando las balas alcanzan la parte posterior de su pantorrilla derecha y le envían de cara al agua, donde se queda tumbado como un idiota, mientras su sangre mana ante sus narices.

Da la impresión de que no puede moverse.

Su cerebro está intentando ordenarle que se levante, pero de pronto se siente agotado, demasiado cansado para moverse.

Callan se acuclilla, carga a Adán sobre sus hombros y se dirige tambaleante hacia una puerta con el rótulo de BAÑOS. Casi ha llegado cuando Raúl le quita el peso de encima.

—Yo le llevaré —dice Raúl.

Callan asiente. Otro pistolero de los Barrera está detrás de ellos, dispara hacia el caos del club. Callan abre la puerta de una patada y se encuentra en la relativa tranquilidad de un pequeño vestíbulo.

A la derecha hay una puerta con el letrero de SIRENAS, con la pequeña silueta de una sirena. La puerta de la izquierda indica POSEIDONES, con la silueta de un hombre de largo pelo rizado y barba. Justo delante está la SALIDA, y Raúl se dirige hacia allí.

—¡No! —grita Callan, y le agarra del cuello de la camisa. Justo a tiempo, porque una ráfaga de balas barre la puerta abierta, tal como se figuraba. Cualquiera que cuente con el tiempo y los hombres necesarios para montar un atentado así habrá apostado tiradores ante la puerta de atrás.

De modo que arrastra a Raúl a través de la puerta de POSEIDONES. El otro pistolero le sigue detrás. Callan tira de la anilla de una granada y la arroja por la puerta de atrás para disuadir a cualquiera de esperar delante o entrar.

Después salta al interior del lavabo de caballeros y cierra la puerta a su espalda.

Oye que la granada estalla con un ruido sordo de bajo.

Raúl sienta a Adán en el váter y el otro pistolero vigila la puerta, mientras Callan examina la pierna herida de Adán. Las balas la han atravesado limpiamente, pero es imposible saber si han roto algún hueso. O si han alcanzado la arteria femoral, y en ese caso Adán va a desangrarse hasta morir antes de que puedan conseguir ayuda.

La verdad es que ninguno de ellos va a salvarse si siguen llegando pistoleros, porque están atrapados. Joder, piensa, de alguna manera siempre he sabido que moriría en un cagadero, después pasea la vista a su alrededor, y no hay ventanas como en los lavabos de Estados Unidos, pero encima de él ve una claraboya.

¿Una claraboya en el lavabo de hombres?

Otro de los gustos de Raúl.

—Quiero que los baños parezcan camarotes de transatlántico al revés —había explicado a Adán cuando discutieron sobre las claraboyas—. Ya sabes, como si el barco estuviera hundido.

Así que la claraboya tiene forma de portilla, y los cuartos de baño están adornados, y todo, excepto el lavabo y el váter, está al revés. Justo lo que quieres, piensa Callan, si has estado trincando margaritas y vas a mear: un cagadero mareante. Se pregunta cuántos chicos universitarios habrán entrado aquí en plena forma y habrán acabado vomitando en cuanto se pusieron de lado, pero no piensa mucho en ello, porque la estúpida portilla del techo es su vía de escape, así que se sube al lavabo y abre la claraboya. Salta, se agarra al borde, se yergue, sale al tejado, el aire es salado y tibio, y luego asoma la cabeza por la portilla.

—¡Venid! —dice.

Fabián salta y pasa a través de la portilla, después Raúl levanta a Adán, y Callan y Fabián le suben al tejado. A Raúl le cuesta pasar por el hueco de la pequeña portilla, pero lo consigue justo cuando los *federales* derriban a patadas la puerta y rocían el techo de balas.

Entran en tromba, esperando ver cadáveres y heridos agonizantes, pero no ven nada de eso y se quedan perplejos, hasta que uno levanta la vista, ve la claraboya abierta y comprende lo sucedido. Pero lo siguiente que ve es la mano de Callan, que deja caer una granada, y después la claraboya se cierra, y ahora sí que hay cadáveres y heridos agonizantes en el lavabo de caballeros de La Sirena.

Callan les guía hacia la parte posterior del edificio. Solo hay un *federal* custodiando la callejuela, y Callan lo despacha con dos veloces disparos en la nuca. Después Raúl y él bajan con cuidado a Adán, mientras Fabián les espera.

Corren por la callejuela, Raúl cargado con Adán, hacia la calle de atrás, donde Callan destroza de un disparo la ventanilla de un Ford Explorer, abre la puerta y tarda unos treinta segundos en hacer un puente para encender el motor.

Diez minutos después se hallan en la sala de urgencias del hospital de Nuestra Señora de Guadalupe, donde las enfermeras de recepción oyen el apellido

Barrera y no hacen preguntas.

Adán tiene suerte: el fémur está astillado pero no roto, y la arteria femoral está intacta.

Raúl le está dando sangre con un brazo, habla por teléfono con la otra mano, y al cabo de pocos minutos sus *sicarios* están corriendo hacia el hospital o registrando el barrio de La Sirena en busca de los muchachos de Güero que hayan podido rezagarse. No vuelven con ninguno, solo con la noticia de que seis clientes han muerto, y hay diez *federales* muertos o heridos.

Pero los pistoleros de Méndez no han conseguido acabar con los hermanos Barrera.

Gracias a Sean Callan.

—Lo que quieras —le dice Adán.

En este Día de los Muertos.

Solo tienes que pedir.

Todo lo que quieras.

La adolescente prepara su *pan de muerto*.

El tradicional panecillo azucarado con una sorpresa escondida dentro, que a don Miguel Ángel Barrera le gusta tanto y espera recibir en este día. Da buena suerte que te toque el trozo de la sorpresa, de manera que prepara un panecillo solo para él, para que sea don Miguel quien obtenga la sorpresa.

Quiere que todo le salga perfecto en esta noche especial.

Por lo tanto, se viste con especial esmero: un vestido negro sencillo pero elegante, medias negras y zapatos de tacón alto. Se aplica el maquillaje con parsimonia, presta especial atención al grosor exacto del rímel, y lo que ve le gusta; su piel es suave y pálida, los ojos oscuros quedan resaltados, el pelo le cae sobre los hombros.

Entra en la cocina y coloca el *pan de muerto* especial sobre una bandeja de plata, dispone velas a ambos lados, las enciende y entra en el comedor de la celda.

El hombre tiene un aspecto majestuoso, piensa ella, con la chaqueta de esmoquin marrón sobre el pijama de seda. Los sobrinos de don Miguel se encargan de que su tío disfrute de todos los lujos que necesita para lograr que su existencia en la cárcel sea tolerable: buena ropa, buena comida, buenos vinos y, bien, ella.

La gente susurra que Adán Barrera cuida tanto a su tío para calmar su sentimiento de culpa, porque prefiere que su tío siga en prisión para que el viejo no se entrometa con su liderazgo como *pasador* de los Barrera. Lenguas más afiladas insinúan que Adán tendió la celada a su tío para tomar el control de las riendas.

La chica no sabe la verdad que contienen esas habladurías, y le da igual. Solo sabe que Adán Barrera la ha rescatado de un futuro miserable en un burdel de Ciudad de México y la eligió para compañera de su tío. Los rumores apuntan a que se parece a la mujer a quien don Miguel amó en un tiempo.

Lo cual me ha traído buena suerte, piensa.

Las exigencias de don Miguel no son excesivas. Cocina para él, le lava la ropa, complace sus necesidades masculinas. Le pega, cierto, pero no tan a menudo ni con tanta brutalidad como su padre, y sus exigencias sexuales no son muy frecuentes. Le pega, después se la tira, y si no puede mantener duro el *floto* se cabrea y le pega hasta que puede hacerlo.

Hay vidas peores, piensa.

Y el dinero que Adán Barrera le envía es generoso.

Pero no tan generoso como...

Aleja el pensamiento de su cabeza y ofrece el *pan de muerto* a don Miguel.

Le tiemblan las manos.

Tío se da cuenta.

Las pequeñas manos de la muchacha tiemblan cuando deposita el pan delante de él, y cuando la mira a los ojos ve que están húmedos, al borde de las lágrimas. ¿Es de pena?, se pregunta. ¿O de miedo? Y mientras la mira fijamente a los ojos, ella baja la vista hacia el *pan de muerto*, después la alza de nuevo hacia él, y Tío comprende.

—Es bonito —dice mientras contempla el panecillo.

—Gracias.

¿Se ha quebrado su voz?, se pregunta el hombre. ¿La más ínfima vacilación?

—Siéntate, por favor —dice al tiempo que le acerca la silla.

La muchacha se sienta y sus manos aferran los bordes de la silla.

—Toma el primer bocado, por favor —dice él al tiempo que toma asiento.

—Oh, no, es para usted.

—Insisto.

—No podría.

—Insisto.

Es una orden.

Que ella no puede desobedecer.

Por lo tanto, rompe un trozo de pan y se lo lleva a los labios. Su mano tiembla tanto que le cuesta encontrar la boca. Y por más que intenta reprimirlas, las lágrimas anegan sus ojos y luego se derraman, y el rímel rueda sobre sus mejillas, pintando franjas negras en su cara.

Le mira y sorbe por la nariz.

—No puedo.

—No obstante, me lo habrías dado.

La joven sorbe por la nariz, pero pequeñas burbujas de mocos surgen de ella.

Tío le da una servilleta de hilo.

—Sécate la nariz —ordena.

Ella obedece.

—Ahora tienes que comerte el pan que me has preparado —dice Tío.

—Por favor —se le escapa a la muchacha.

Después baja la vista.

¿Mis sobrinos ya están muertos?, se pregunta Tío. Güero no se atrevería a asesinarme, a menos que Adán y Raúl, sobre todo este último, hubieran sido eliminados. Así que o bien están muertos, o no tardarán en estarlo, o quizá Güero también ha fracasado en eso. Esperemos que así sea, piensa, y toma nota mental de ponerse en contacto con sus sobrinos lo antes posible, en cuanto concluya este *triste* asunto.

—Méndez te ha ofrecido una fortuna, ¿verdad? —pregunta Miguel Ángel a la chica—. Una vida nueva para ti, para toda tu familia.

Ella asiente.

—Tienes hermanas menores, ¿verdad? —pregunta Tío—. ¿El borracho de tu padre las maltrata? Con el dinero de Méndez podrías salvarlas, comprarles una casa.

—Sí.

—Entiendo —dice Tío.

Ella le mira esperanzada.

—Come —dice Miguel Ángel—. Es una muerte misericordiosa, ¿verdad? Sé que no habrías querido que muriera lenta y dolorosamente.

Ella se resiste a llevarse el pan a la boca. Su mano tiembla, pequeñas migas se quedan pegadas al carmín de un rojo intenso. Gruesas lágrimas caen sobre el pan, estropean la capa de azúcar tan primorosamente aplicada.

—Come.

La muchacha toma un pedazo de pan, pero no puede tragarlo, de modo que Tío llena una copa de vino y se la pone en la mano. Ella bebe, y eso parece ser de ayuda, porque engulle el pan con el líquido, da otro mordisco y bebe.

Él se inclina hacia delante y le acaricia el pelo con el dorso de la mano.

—Lo sé, lo sé —murmura con dulzura, mientras con la otra mano le introduce otro pedazo de pan en la boca. Ella abre la boca y lo recibe en la lengua, bebe un sorbo de vino, y entonces la estricnina surte efecto y su cabeza cae hacia atrás, los ojos abiertos de par en par, y la muerte gorgotea entre sus labios abiertos.

Ordena que arrojen su cadáver a los perros.

Parada enciende un cigarrillo.

Da una calada mientras se inclina, se pone los zapatos y se pregunta por qué

le han despertado a las tantas de la madrugada, y de qué se trata ese « asunto personal urgente» que no podía esperar a que saliera el sol. Le dice al ama de llaves que acompañe al ministro de Educación a su estudio, que enseguida bajará.

Hace años que Parada conoce a Cerro. Era obispo de Culiacán cuando Cerro era gobernador de Sinaloa, y hasta bautizó a los dos hijos legítimos del hombre. ¿No había sido el padrino Miguel Ángel Barrera en ambas ocasiones?, se pregunta. Era Barrera quien había acudido a él para encargarse de los asuntos, espirituales y temporales, de la prole ilegítima de Cerro, cuando el gobernador se había aprovechado de una joven de un pueblo. Oh, bien, acudieron a mí por ser lo contrario de un abortista, cabe decirlo a favor del hombre.

Pero, piensa mientras se pone un viejo jersey de lana, si se trata de otra adolecente en circunstancias interesantes, estoy dispuesto a enfadarme de verdad. Cerro ya tiene edad suficiente para saber lo que se hace. Como mínimo, la experiencia tendría que haberle enseñado una lección, y en cualquier caso, ¿por qué tiene que presentarse (echa un vistazo al reloj) a las cuatro de la mañana?

Llama al ama de llaves.

—Café, por favor —le dice—. Para dos. En el estudio.

En los últimos tiempos, su relación con Cerro ha sido un tira y afloja constante, desde que pidió al ministro de Educación nuevos colegios, libros, programas de nutrición y más profesores. Ha sido una incesante negociación, en la que Parada ha pasado de puntillas al borde del chantaje, y en una ocasión echó en cara a Cerro que los pueblos rurales no debían ser tratados como « hijos bastardos », un comentario que, por lo visto, se tradujo en dos escuelas primarias y una decena de profesores nuevos.

Tal vez Cerro quiera vengarse, piensa Parada mientras baja. Pero cuando abre la puerta de su estudio y ve la cara de Cerro, sabe que el asunto es mucho más grave.

Cerro no se anda con rodeos.

—Me estoy muriendo de cáncer.

Parada se queda estupefacto.

—Lo siento muchísimo. ¿Es posible...?

—No. No hay esperanza.

—¿Quiere que le confiese?

—Ya tengo un cura para eso —dice Cerro.

Entrega a Parada un maletín.

—Le he traído esto —dice—. No sabía a qué otra persona dárselo.

Parada lo abre, mira los papeles y las cintas.

—No entiendo —dice.

—He sido cómplice de un crimen múltiple —dice Cerro—. No puedo

morir... Tengo miedo de morir... con esto sobre mi alma. Tengo que expiar mis culpas.

—Si confiesa, recibirá la absolución —contesta Parada—, pero si todo esto son pruebas de algo, ¿por qué me las entrega a mí? ¿Por qué no las entrega al fiscal general, o a...?

—Su voz sale en esas cintas.

Bien, no cabe duda de que es un buen motivo, piensa Parada.

Cerro se inclina hacia delante.

—El fiscal general —susurra—, el secretario del Interior, el presidente del PRI. El presidente. Todos. Todos nosotros.

Santo Dios, piensa Parada.

¿Qué hay en esas cintas?

Se fuma paquete y medio escuchándolas.

Encadenando un cigarrillo tras otro, escucha las cintas y examina los documentos. Informes de reuniones, notas de Cerro.

Nombres, fechas y lugares. La documentación de quince años de corrupción... No, no solo de corrupción. Eso sería la triste norma, y esto es extraordinario. Más que extraordinario. No hay palabras.

Lo que hicieron, en los términos más sencillos posibles: vendieron el país a los *narcotraficantes*.

No lo habría creído de no haberlo oído. Cintas de una cena, a veinticinco millones de dólares el cubierto, para contribuir a la elección del presidente. Los asesinatos de interventores electorales y el robo de las elecciones. Las voces del hermano del presidente y del fiscal general planeando tales atrocidades. Y pidiendo a los narcos un pago por ellas. Y por cometer los asesinatos. Y por torturar y asesinar al agente norteamericano Ernie Hidalgo.

Y después la Operación Cerbero, la conspiración para financiar, equipar y entrenar a la Contra mediante la venta de cocaína.

Y la Operación Niebla Roja, los asesinatos de la extrema derecha financiados en parte por los cárteles de la droga de Colombia y México, y apoyados por el PRI.

No es de extrañar que Cerro tenga miedo del infierno. Ha contribuido a construirlo en la tierra.

Y ahora comprendo por qué me entregó estas pruebas. Las voces de las cintas, los nombres de los informes... El presidente, su hermano, el secretario de Estado, Miguel Ángel Barrera, García Abrego, Güero Méndez, Adán Barrera, las decenas de policías, oficiales del ejército y agentes de inteligencia, dirigentes del PRI... No hay nadie en México que quiera o pueda actuar en esto.

Y Cerro me lo trae a mí. Quiere que se lo dé a... ¿Quién?

Se dispone a encender otro cigarrillo, pero descubre sorprendido que está harto de fumar. Nota la boca sucia. Sube a cepillarse los dientes, luego se da una

ducha con el agua casi hirviendo y, mientras se aplica el agua en la nuca, piensa que tal vez debería entregar estas pruebas a Arthur Keller.

Ha mantenido abundante correspondencia con el norteamericano, ahora persona *non grata* en México, por desgracia, y el hombre continúa obsesionado con aplastar a los cárteles de la droga. Pero piénsalo bien, se dice: si le das esto a Arthur, ¿dónde acabará, teniendo en cuenta la escandalosa revelación de la Operación Cerbero y la complicidad de la CIA con los Barrera a cambio de la financiación de la Contra? ¿Está en condiciones Arthur de actuar en esto, o será silenciado por la actual administración? ¿O por cualquier administración norteamericana, ahora que están tan obsesionados con el TLCAN?

TLCAN, piensa Parada con asco. La cumbre hacia la que marchamos al unísono con los norteamericanos. Pero existen esperanzas. Las elecciones presidenciales se acercan, y el candidato del PRI (que ganará, por fuerza) parece ser un buen hombre. Luis Donaldo Colosio es un verdadero hombre de izquierdas, que atenderá a razones. Parada ha conversado con él, y el hombre simpatiza con sus ideas.

Y si estas asombrosas pruebas que el agonizante Cerro me ha traído son capaces de desacreditar a los dinosaurios del PRI, tal vez eso proporcionará a Colosio el impulso que necesita para seguir sus verdaderos instintos. ¿Debo cederle a él la información?

No, piensa Parada, no debe notarse que Colosio actúa contra su partido. Eso le robaría la nominación.

Por lo tanto, ¿quién posee la autonomía, el poder, la fuerza moral de sacar a la luz el hecho de que todo el gobierno de un país se ha vendido a un cártel de traficantes de droga?, se pregunta Parada mientras se enjabona la cara y empieza a afeitarse. ¿Quién?

La respuesta se le ocurre de repente.

Es evidente.

Espera hasta una hora decente de la mañana, y después telefona a Antonucci para decirle que quiere transmitir una información importante al Papa.

La orden del Opus Dei fue fundada en 1928 por el acaudalado abogado convertido al sacerdocio José María Escrivá de Balaguer, un hombre preocupado por el hecho de que la Universidad de Madrid se hubiera transformado en un caldo de cultivo de organizaciones izquierdistas. Estaba preocupado hasta tal punto que su nueva organización de la élite católica luchó al lado de los fascistas en la guerra civil española, y se pasó los treinta años siguientes ayudando al general Franco a consolidar su poder. La idea consistía en reclutar jóvenes con talento entre la élite conservadora para introducirlos en el gobierno, la prensa y

las grandes empresas, imbuirlos de los valores católicos tradicionales (sobre todo el anticomunismo) y enviarlos a hacer el trabajo de la Iglesia en sus esferas elegidas.

Salvatore Scachi (coronel de las Fuerzas Especiales, agente de la CIA, Caballero de Malta y esbirro de la mafia) es miembro en cuerpo y alma del Opus Dei. Cumplía todos los requisitos: asistía a misa cada día, se confesaba únicamente con un sacerdote del Opus Dei y hacía ejercicios espirituales con regularidad en centros del Opus Dei.

Ha sido un buen soldado. Ha combatido contra el comunismo en Vietnam, Camboya y el Triángulo de Oro. Ha luchado en México, en Centroamérica por mediación de Cerbero, en Sudamérica por mediación de Niebla Roja, operaciones que el teólogo de la liberación Parada amenaza ahora con revelar al mundo. Está sentado en el despacho de Antonucci, y reflexionan sobre lo que hay que hacer acerca de la información que el cardenal Juan Parada quiere transmitir al Vaticano.

—Dice que Cerro fue a verle —dice Scachi a Antonucci.

—Eso es lo que Parada me dijo.

—Cerro sabe lo bastante para hundir a todo el gobierno —dice Scachi. Y más.

—No podemos abrumar al Santo Padre con esta información —dice Antonucci.

Este Papa ha sido un gran partidario del Opus Dei, hasta el punto de beatificar en fecha reciente al padre Escrivá, el primer paso hacia la canonización. Obligarle a enfrentarse a las pruebas de la implicación de la orden en algunas de las acciones más despiadadas emprendidas contra la conspiración comunista mundial sería, como mínimo, embarazoso.

Peor sería el escándalo que estallaría contra el actual gobierno, justo cuando se han iniciado las negociaciones para devolver a la Iglesia la plena legalidad en México. No, estas revelaciones sacudirían al gobierno, y con él a las negociaciones, y darían impulso a los teólogos de la liberación herejes, muchos de los cuales son «tontos útiles» bienintencionados que contribuirían a elevar a los comunistas al poder.

La misma historia se ha repetido en todas partes, piensa Antonucci. Curas liberales estúpidos y engañados que ayudaban a aupar a los comunistas al poder, y después los rojos masacraban a los curas. Ocurrió en España, y por eso el bendito Escrivá fundó la orden.

Como miembros del Opus Dei, Scachi y Antonucci conocen bien el concepto del mayor bien, y para Scachi el mayor bien de derrotar al comunismo pesa más que el mal de la corrupción. También tiene otra cosa en mente: el TLCAN, que todavía se debate en el Congreso. Si alguna vez se hicieran públicas las revelaciones de Parada, el TLCAN se resentiría. Y sin el TLCAN, no habrá esperanza para el desarrollo de una clase media mexicana, que es el antídoto a

largo plazo para la propagación ponzoñosa del comunismo.

—Tenemos la oportunidad de hacer algo grande por las almas de millones de fieles —dice Antonucci—, por devolver la verdadera Iglesia al pueblo mexicano, ganándonos la gratitud del gobierno mexicano.

—Si suprimimos esta información.

—Exacto.

—Pero no es tan sencillo —dice Scachi—. Por lo visto, Parada posee cierta información que saldrá a la luz si no entiende...

Antonucci se levanta.

—Debo dejar esos detalles terrenales a los hermanos laicos de la orden. Yo no entiendo de esas cosas.

Pero Scachi sí.

Adán está tumbado en la cama del rancho Las Bardas, la mayor fortaleza-estancia de Raúl, a un lado de la carretera entre Tijuana y Tecate.

El principal recinto del rancho, compuesto de casas separadas para Adán y Raúl, está rodeado de un muro de tres metros coronado de alambre de espino y fragmentos de botellas de cristal rotas. Hay dos portales, cada uno con enormes puertas de acero blindadas. Hay torres con focos en cada esquina, con guardias provistos de AK-47, ametralladoras M-50 y lanzacohetes chinos.

Y para llegar a este lugar, tienes que recorrer tres kilómetros, después de salir de la autopista, por una carretera de tierra roja, pero es muy posible que ni siquiera llegues a esa carretera, porque el cruce con la autopista está vigilado, veinticuatro horas al día los siete días de la semana, por policías del estado de Baja de paisano.

Fue aquí a donde fueron los hermanos después del ataque contra la disco La Sirena, y ahora el lugar está en alerta máxima. Los guardias patrullan los muros día y noche, brigadas en jeeps patrullan la campiña circundante, los técnicos barren la zona con aparatos electrónicos para detectar transmisiones de radio y llamadas de móvil.

Y Manuel Sánchez está sentado delante de la habitación de Adán como un perro fiel. Ahora somos gemelos, piensa Adán, con idéntica cojera. Pero la mía es temporal y la de él permanente, y por eso he mantenido empleado como guardaespaldas a ese hombre durante todos estos años, desde los días malos de la Operación Cóndor.

Sánchez no abandonará su puesto, no comerá, no dormirá.

Se queda apoyado contra la pared con la escopeta sobre el regazo, o de vez en cuando se levanta y cojea de un lado a otro del muro.

—Tendría que haber estado con usted, *patrón* —le dijo a Adán, mientras resbalaban lágrimas sobre su cara—. Tendría que haber estado con usted.

—Tu trabajo es proteger mi hogar y mi familia —contestó Adán—. Nunca me has decepcionado.

Ni lo hará.

No abandonará la ventana de Adán. La cocinera le lleva platos con *tortillas* de harina calientes, acompañadas de *refritas* y pimientos, y cuencos de *albóndigas*, y se sienta al lado de la ventana mientras come. Pero no se irá: don Adán le salvó la vida y la pierna, y don Adán, su mujer y su hija están en la casa, y si los *sicarios* de Güero logran infiltrarse en el recinto, tendrán que pasar por encima del cadáver de Manuel Sánchez para llegar hasta ellos.

Y nadie va a pasar por encima del cadáver de Manuel.

Adán se alegra de tenerle a su lado, aunque solo sea para que Lucía y Gloria se sientan seguras. Ya han sufrido lo suyo, cuando los *sicarios* del *pasador* las despertaron en plena noche y se las llevaron al campo sin ni siquiera hacer el equipaje. El episodio provocó a su hija una crisis respiratoria grave, y un médico tuvo que volar con los ojos vendados, para después ser conducido al rancho y asistir a la niña enferma. El costoso y delicado equipo médico (respiradores, tiendas de oxígeno, humidificadores) tuvo que ser trasladado en plena noche, e incluso ahora, semanas después, Gloria aún muestra síntomas.

Y después, cuando le vio cojear, presa del dolor, sufrió otra conmoción, y él se había sentido mal al mentirle, al decirle que había sido un accidente de moto, y seguir mintiéndole, diciéndole que se iban a quedar en el campo una temporada porque el aire era mejor para ella.

Pero no es estúpida, y Adán lo sabe. Ve las torres, los fusiles, los guardias, y pronto comprenderá, gracias a sus explicaciones, que la familia es muy rica y necesita protección.

Y entonces hará preguntas más difíciles de contestar.

Y recibirá respuestas más duras. Sobre cómo se gana la vida papá.

¿Lo comprenderá?, se pregunta Adán. Está nervioso, inquieto, cansado de la convalecencia. Y para ser sincero, se dice, echas de menos a Nora. La echas de menos en tu cama y a tu mesa. Sería estupendo comentar con ella la situación.

Había conseguido telefonarla un día después del ataque a La Sirena. Sabía que habría visto la tele o leído los periódicos, y quería decirle que estaba bien. Que pasarían algunas semanas antes de que pudieran verse de nuevo, pero lo más importante, que debía mantenerse alejada de México hasta que él le dijera lo contrario.

Ella había reaccionado tal como él había imaginado, tal como había esperado. Contestó al teléfono después del primer timbrado, y notó el alivio en su voz. Después empezó a bromear con él, le dijo que, si se había dejado tentar por otra sirena, había recibido su merecido.

—Llámame —dijo—. Iré corriendo.

Ojalá pudiera, piensa él mientras estira penosamente la pierna. No sabes

cuánto lo deseo.

Está harto de estar en la cama y se incorpora, baja poco a poco la pierna herida y se pone en pie. Coge el bastón y se acerca cojeando a la ventana. Hace un día precioso. Brilla un sol resplandeciente y cálido, los pájaros cantan y estar vivo es estupendo. Su pierna está curando deprisa y bien (no ha habido infección), y pronto estará como antes. Lo cual es estupendo, porque hay mucho que hacer y el tiempo apremia.

La verdad es que se siente preocupado. El ataque a La Sirena, el hecho de que utilizaran uniformes e identificaciones de *federales*, debió de costar cientos de miles en *mordidas*. Y el hecho de que Güero se sintiera lo bastante fuerte para violar la prohibición de utilizar la violencia en una ciudad turística tiene que significar que el negocio de Güero es más sólido de lo que habían supuesto.

Pero ¿cómo?, se pregunta Adán. ¿Cómo consigue que su producto atraviese la Plaza, que el *pasador* de los Barrera le ha cerrado? ¿Cómo ha conseguido Güero el apoyo de Ciudad de México y de sus *federales*?

¿Se habrá aliado Abrego con Güero? ¿Habría lanzado Güero el ataque contra La Sirena con la aprobación del viejo? Y si tal es el caso, el apoyo de Abrego significaría el del hermano del presidente, el Recaudador de Impuestos, con todo el peso del gobierno federal.

Incluso en Baja se ha desencadenado una guerra civil entre la pasma local: los Barrera son propietarios de la policía del estado de Baja, y Güero de los *federales*. Los polis de la ciudad de Tijuana son más o menos neutrales, pero hay un nuevo jugador en la ciudad, el Grupo Táctico Especial, un grupo de élite como los Intocables, al frente de los cuales se halla el insobornable Antonio Ramos. Si alguna vez se alía con los *federales*...

Gracias a Dios que se avecinan las elecciones, piensa Adán. Su gente ha abordado con discreción al candidato del PRI, Colosio, intentos que han sido rechazados de plano. Pero Colosio, al menos, ha asegurado que es antinarco en general. Si lo eligen, irá a por los Barrera y a por Méndez con igual vigor.

Pero, entretanto, somos nosotros contra el mundo, piensa Adán.

Y esta vez, el mundo gana.

A Callan no le hace un pelo de gracia.

Está en el asiento trasero de un Suburban rojo robado (el vehículo favorito de los vaqueros *narcotraficantes*), sentado al lado de Raúl Barrera, que está atravesando Tijuana como si fuera el puto alcalde. Recorren el bulevar Díaz Ordaz, una de las calles más concurridas de la ciudad. Conduce un agente de la policía estatal de Baja y otro va en el asiento delantero. Y él exhibe el atuendo completo de los vaqueros de Sinaloa, desde las botas hasta el sombrero blanco,

pasando por la camisa negra con botones de perlas.

Así no se libra una guerra, piensa Callan. Lo que estos tipos deberían hacer es imitar a los sicilianos, ser discretos, no hacer ruido. Pero, por lo visto, ese no es el estilo mexicano, tal como ha aprendido Callan. No, los mexicanos son muy *machos*, van por ahí haciendo acto de presencia.

A Raúl le gusta que le vean.

Por lo tanto, Callan no se sorprende cuando dos Suburbans negros llenos de *federales* uniformados de negro empiezan a seguirles por el bulevar. Lo cual no es una buena noticia, piensa Callan.

—Mmm... Raúl...

—Ya les he visto.

Ordena al conductor que se desvíe a la derecha, corriendo en paralelo a un gigantesco mercadillo.

Güero va en el segundo Suburban. Ve que aquel coche de bomberos yuppy gira a la derecha, y cree ver a Raúl Barrera en el asiento trasero.

De hecho, lo primero que ve es un payaso.

Una estúpida y risueña cara de payaso está pintada en la pared del enorme mercadillo, que abarca dos manzanas de la ciudad. El payaso tiene una de esas grandes narices rojas, la cara blanca, la peluca y nueve metros de longitud, y Güero parpadea y después se concentra en el tipo del asiento trasero del Suburban rojo, con matrícula de California, y no le cabe la menor duda de que es Raúl.

—Adelántale —dice a su chófer.

El Suburban negro adelanta y obliga al Suburban rojo a acercarse al bordillo. El vehículo de Güero frena detrás del todoterreno rojo.

Mierda, piensa Callan, cuando un *comandante federal* baja del coche y se acerca hacia ellos, apuntando su M-16, seguido de dos de sus muchachos. No es una multa de tráfico. Se baja un poco en el asiento, saca la 22 de la cadera y la deja debajo de su antebrazo izquierdo.

—Estamos cubiertos —dice Raúl.

Callan no está tan seguro, porque cañones de rifles asoman de las ventanillas de dos Suburbans negros, como mosquetes de los carrromatos de una película del Oeste antigua, y Callan piensa que si la caballería no llega pronto, no quedará gran cosa que enterrar en la gran pradera.

Puto México.

Güero baja la ventanilla trasera derecha, apoya su AK sobre el antepecho y apunta a Raúl.

El conductor de la poli estatal de Baja abre la ventanilla.

—¿Algún problema? —pregunta.

Sí, debe de haber algún problema, porque el *comandante federal* ve a Raúl por el rabillo del ojo y se dispone a apretar el gatillo de su M-16.

Callan le dispara desde el regazo.

Las dos balas alcanzan al *comandante* en la frente.

El M-16 cae al suelo un segundo antes que él.

Los dos polis estatales de Baja del asiento delantero disparan a través de su parabrisas. Raúl dispara desde atrás, y las balas pasan rozando las orejas de sus dos chicos de delante, y no para de gritar porque si este es el último *Arriba*, quiere marcharse con estilo. Se irá de una forma que los *narcocorridos* cantarán durante años.

Pero no se va a marchar.

Güero ha visto el Suburban rojo, pero no llegó a ver el Ford Aerostar ni el Volkswagen Jetta que lo seguían a una manzana de distancia, y ahora esos dos vehículos robados llegan a toda velocidad y atrapan a los *federales*.

Fabián salta del Aerostar y cose a balazos a un *federal* con su AK. El *federal* herido intenta ponerse a cubierto bajo el Suburban negro, pero uno de los suyos ve que están en desventaja y, en su afán de sobrevivir, cambia de bando en un abrir y cerrar de ojos. Levanta su M-16 y, mientras el hombre suplica por su vida, le da el golpe de gracia en la cara, y después mira a Fabián a la espera de su aprobación.

Fabián le mete dos tiros en la cabeza.

¿Quién necesita a un cobarde así?

Callan obliga a Raúl a sentarse.

—¡Tenemos que sacarte de aquí cagando leches!

Callan abre la puerta y rueda sobre la acera. Dispara desde debajo del coche contra cualquier cosa que lleve pantalones negros, mientras Raúl baja, y se ponen a disparar mientras corren por la calle hacia el bulevar.

Menuda putada, piensa Callan.

Están llegando polis de todos los puntos cardinales, en coches, en motos y a pie. Policías federales, policías estatales, policías de la ciudad de Tijuana, y nadie está seguro de quién es quién. La bronca es generalizada.

Todo el mundo intenta saber a quién tiene que disparar, y al mismo tiempo intenta saber a quién no. Al menos, los pistoleros de Fabián saben contra quién están disparando, pues van abatiendo metódicamente a todos los *federales* que pueden, pero esos tipos son duros, repelen la agresión, vuelan balas desde todos los ángulos, y hay un imbécil al otro lado de la calle con una Sony de 8 milímetros, que intenta grabar en vídeo toda la puta movida, y gracias a la misericordia concedida a los idiotas y a los borrachos sobrevive al tiroteo de diez minutos, aunque mucha gente no.

Tres *federales* han muerto y tres están heridos. Dos *sicarios* de los Barrera,

incluido un policía del estado de Baja, la han palmado y hay dos muy malheridos, al igual que siete transeúntes que han sido alcanzados por las balas. Y en uno de esos momentos surrealistas que solo parecen ocurrir en México, aparece el obispo de Tijuana, que pasaba por allí, y va de cadáver en cadáver dando la extremaunción a los muertos y consuelo espiritual a los supervivientes. Llegan ambulancias, coches de la televisión y camionetas de la televisión. Hay de todo, salvo veinte enanos bajando de un cochecito.

El payaso ya no ríe.

Le han borrado literalmente la sonrisa de la cara, su nariz roja está acribillada a balazos, y hay agujeros recientes en la comisura de cada pupila, de modo que está contemplando la escena con los ojos bizcos.

Güero se ha escurrido por un pasaje entre dos edificios. Pasó casi todo el tiroteado tirado en el suelo de su Suburban, después se bajó por la puerta contraria y se alejó sin que nadie le viera.

No obstante, mucha gente ve a Raúl. Callan y él van retrocediendo por la calle, codo con codo, Raúl disparando con su AK, Callan lanzando ráfagas de dos disparos con su 22.

Callan ve que Fabián salta al interior del Aerostar y da marcha atrás, aunque tiene los neumáticos reventados. Rueda sobre las llantas, saltan chispas a ambos lados, hasta que frena junto a Callan y Raúl.

—¡Subid! —grita.

Por mí, cojonudo, piensa Callan. Apenas ha llegado a la puerta cuando Fabián acelera de nuevo y vuelan calle abajo, y entonces se estrellan contra otro puto Suburban que ha bloqueado el cruce. El coche está lleno de detectives de paisano, con los M-16 apuntados y dispuestos.

Callan se siente aliviado cuando Raúl deja caer su AK, levanta las manos y sonrío.

Entretanto, Ramos y sus muchachos llegan preparados para zurrar la badana, pero todas las badanas que quedan están sangrando o se han marchado ya. La calle entera zumba como una nube de insectos en los oídos de Ramos, mientras le llega el rumor de que la policía ha detenido a uno de los Barrera.

Era Adán.

No, era Raúl.

Sea quien sea el que ha detenido la poli, piensa Ramos, ¿adónde le habrán llevado? Es importante, porque si han sido los *federales* le habrán llevado a un vertedero y disparado cuatro tiros, y si ha sido la policía de Baja le habrán llevado a un piso franco, y si ha sido la policía de la ciudad, Ramos aún podría meter en el saco a un Barrera.

Sería estupendo que fuera Adán.

Y no tanto si fuera Raúl, pero aun así...

Ramos está reuniendo testigos oculares, hasta que un agente uniformado de la ciudad se acerca y le dice que los detectives de la brigada de homicidios de la ciudad han detenido a uno de los Barrera y a dos tipos que iban en el coche con ellos.

Ramos corre hacia la comisaría.

Con el puro en la boca, Esposa en la cadera, entra como una tromba en la sala de la brigada de homicidios, justo a tiempo de ver desaparecer la nuca de Raúl por la puerta de atrás. Ramos levanta la pistola para meter una bala en aquella nuca, pero un tío de homicidios agarra el cañón.

—Tómatelo con calma —dice.

—¿Quién coño era ese? —pregunta Ramos.

—¿Quién coño era quién?

—El tipo que acaba de matar a balazos a un montón de polis —replica Ramos.
— ¿O es que te da igual?

Por lo visto, sí, porque los tíos de homicidios se apelonan ante la puerta para dejar que Raúl, Fabián y Callan se vayan de rositas, y si están avergonzados de sí mismos, Ramos no lo detecta en sus caras.

Adán lo ve en la televisión.

El Mercadillo de Sinaloa ha salido en todos los telediaros.

Oye a reporteros sin aliento anunciar que ha sido detenido. O bien su hermano, según el canal. Pero todos están comentando que, por segunda vez en cuestión de semanas, ciudadanos inocentes han quedado atrapados en el fuego cruzado entre bandas de drogas rivales, en pleno centro de una ciudad importante. Y que hay que hacer algo para detener la violencia entre los cárteles rivales de Baja.

Bien, pronto se hará algo, piensa Adán. Tenemos suerte de haber sobrevivido a los dos últimos ataques, pero ¿cuánto tardaremos en agotar la suerte?

La conclusión es que estamos acabados.

Y cuando yo haya muerto, Güero perseguirá a Lucía y a Gloria y las matará. A menos que pueda descubrir, y neutralizar, la fuente del nuevo poder de Güero.

¿De dónde procede?

Ramos y sus tropas están poniendo patas arriba un almacén cercano a la frontera, en el lado mexicano. El sople era bueno, y han encontrado montones de cocaína envasada al vacío. Una decena de trabajadores de Güero Méndez están maniatados, y Ramos observa que todos lanzan miradas furtivas hacia una

carretilla elevadora aparcada en un rincón.

—¿Dónde están las llaves? —le pregunta al encargado del almacén.

—En el cajón de arriba del escritorio.

Ramos se apodera de las llaves, salta sobre la carretilla y sube. Apenas da crédito a sus ojos.

La boca de un túnel.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta en voz alta Ramos.

Salta de la carretilla, agarra al encargado y lo levanta del suelo.

—¿Hay hombres ahí? —pregunta—. ¿Trampas explosivas?

—No.

—Si hay, volveré y te mataré.

—Lo juro.

—¿Las luces están apagadas?

—Sí.

—Pues enciéndelas.

Cinco minutos después, Ramos sujeta a Esposa con una mano y utiliza la otra para bajar por la escalerilla clavada a un lado de la entrada del túnel.

Diecinueve metros y medio de profundidad.

El pozo tiene unos dos metros de altura y uno veinte de ancho, con suelos y paredes reforzados. Hay luces fluorescentes sujetas al techo. Un sistema de aire acondicionado bombea aire fresco a todo el túnel. Han dispuesto una vía estrecha en el suelo, con cochecitos sobre los raíles.

Joder, piensa Ramos, al menos no hay locomotora. De momento.

Empieza a caminar por el pozo en dirección norte, hacia Estados Unidos. Entonces se le ocurre que debería ponerse en contacto con alguien del otro lado antes de cruzar la frontera, incluso bajo el suelo. Vuelve a la superficie y hace algunas llamadas telefónicas. Dos horas después, vuelve a bajar la escalerilla, seguido de Art Keller. Y detrás de ellos, un batallón del Grupo Táctico Especial y un montón de agentes de la DEA.

En el lado norteamericano, un ejército de agentes de la DEA, el INS, la ATF, el FBI y Aduanas están concentrados en la zona que hay al otro lado del túnel, a la espera de asaltar el lugar preciso en cuanto el grupo del túnel les dé la orden por radio.

—Increíble, joder —dice Shag Wallace cuando llegan al fondo—. Alguien ha invertido un montón de dinero en esto.

—Alguien ha pasado un montón de dinero por aquí —contesta Art. Se vuelve hacia Ramos—. ¿Sabemos que es obra de Méndez, y no de los Barrera?

—Es de Güero —dice Ramos.

—¿Qué pasa? ¿Alguien le pasó un vídeo de *La gran evasión*? —pregunta Shag.

—Avisame cuando crucemos la frontera —dice Ramos a Art.

—Lo haré a ojo —contesta Art—. Joder, ¿cuánto mide esto?

Unos cuatrocientos veinte metros, más o menos, así lo calculan antes de llegar al siguiente pozo vertical. Una escalerilla de hierro clavada a las paredes de cemento conduce a una trampilla sujeta con tornillos.

Art conecta un dispositivo GPS.

Las tropas llegarán de un momento a otro.

Mira la trampilla.

—Bien —dice—, ¿quién quiere ser el primero en pasar?

—Estamos en tu jurisdicción —dice Ramos.

Art sube por la escalerilla, seguido de Shag, y se agarran a la escalerilla con una mano mientras abren la trampilla con la otra.

Debía de ser complicado subir la droga desde el túnel, piensa Art. Una cadena de hombres situados en diversos peldaños de la escalerilla, probablemente. Se pregunta si estaban pensando en construir un montacargas.

La trampilla se abre y entra luz en el pozo.

Art aferra con firmeza la pistola y sube.

Caos.

Los hombres corren como cucarachas cuando las luces se encienden, y los chicos del destacamento especial con chaqueta azul se abalanzan sobre ellos, les obligan a tirarse al suelo y les inmovilizan las manos a la espalda con cables de teléfono.

Es una fábrica de conservas, observa Art.

Hay tres cintas transportadoras organizadas, montañas de latas vacías, máquinas de empaquetar, máquinas de etiquetar. Art lee una de las etiquetas: GUNDILLAS. Y la verdad es que hay inmensas pilas de guindillas preparadas para ser colocadas en las cintas transportadoras.

Pero también hay ladrillos de cocaína.

Y Art cree que la coca se enlata a mano.

Russ Dantzer se acerca a él.

—Güero Méndez, el Willy Wonka de los polvos para la nariz.

—¿Quién es el propietario de este edificio? —pregunta Art.

—¿Estás preparado para esto? Los hermanos Fuentes.

—No jodas.

—Desde luego que no.

Alimentos Tres Hermanos, piensa Art. Vaya, vaya, vaya. La familia Fuentes es un elemento importante de la comunidad méxico-americana. Importantes hombres de negocios del sur de California, grandes contribuyentes del Partido Demócrata. Los camiones de los Fuentes van desde las fábricas de conservas y los almacenes de San Diego y Los Angeles a ciudades de todo el país.

Un sistema de distribución preparado para la cocaína de Güero Méndez.

—Genial, ¿verdad? —dice Dantzer—. Pasan la coca por el túnel, la enlatan como guindillas y la envían a donde les da la gana. Me pregunto si alguna vez la

habrán cagado. Quiero decir, si alguien de Detroit habrá comprado una lata de guindillas y habrá acabado con trescientos gramos de polvitos. En ese caso, deme una lata de aquellas guindillas, ¿sabe a qué me refiero? ¿Qué quieres que hagamos con los hermanos Fuentes?

—Detenerles.

Lo cual será interesante, piensa. No solo son grandes contribuyentes del Partido Demócrata, sino grandes contribuyentes de la campaña presidencial de Luis Donaldo Colosio.

Adán tarda unos treinta y dos segundos en enterarse de la noticia.

Ahora sabemos cómo pasaba Méndez su cocaína a través de la Plaza, piensa Adán. La ha estado pasando por debajo. Y ahora también conocemos el origen de su poder en Ciudad de México. Ha comprado al presunto heredero, Colosio.

Eso es todo.

Güero ha comprado Los Pinos, y estamos acabados.

Entonces suena el teléfono.

Sal Scachi quiere ofrecer su ayuda.

Cuando explica lo que entraña su oferta, Adán se niega al instante. Firme, inalterable, tajantemente, la respuesta es no.

Es impensable.

A menos que...

Adán le dice lo que quiere a cambio.

Favor con favor se paga.

Hacen falta días de negociaciones secretas, pero Scachi accede por fin.

Pero Adán tiene que actuar con celeridad.

Estupendo, piensa Adán.

Pero necesitaremos gente para hacerlo.

Chicos.

Eso es lo que Callan anda buscando, chicos.

Está sentado en el sótano de una casa de Guadalajara. El lugar es una puta armería. Hay chatarra por todas partes, y no solo los habituales AR y AK.

Hay material pesado: ametralladoras, lanzagranadas, chalecos antibalas Kevlar. Callan está sentado en una silla plegable metálica, mirando a un puñado de adolescentes chicanos, todos miembros de bandas callejeras de San Diego, mientras miran a Raúl Barrera clavar con chinchetas una fotografía en un tablón de anuncios.

—Memorizad esta cara —les dice Raúl—. Es Güero Méndez.

Los adolescentes están fascinados. Sobre todo cuando Raúl saca lenta y teatralmente fajos de billetes de una bolsa de lona y los deja sobre la mesa.

—Cincuenta mil dólares norteamericanos —dice—. En metálico. Irán a parar

al primero de vosotros que...

Una pausa melodramática.

—... se cargue a Güero Méndez.

Van a iniciar la «caza de Güero», anuncia Raúl. Van a formar convoyes de vehículos blindados hasta encontrar a Méndez, y después utilizarán su potencia de fuego combinada para enviarle al infierno, donde merece estar.

—¿Alguna pregunta?—dice Raúl.

Sí, unas cuantas, piensa Callan. Para empezar, ¿cómo coño crees que vas a liquidar a los asesinos profesionales de Güero con esta pandilla de críos? ¿Es esto lo que nos queda? ¿Es esto lo mejor que el *pasador* de los Barrera, con todo su dinero y poder, es capaz de reunir? ¿Un puñado de pandilleros de San Diego?

Es una puta broma, con motes como Flaco, Soñador, Poptop y, no es coña, Scooby Doo. Fabián los reclutó en el barrio, dice que son asesinos despiadados, que se lo han dejado claro.

Sí, es posible, piensa Callan. Es posible, pero una cosa es llevarte por delante a otro pandillero que está fumando hierba en el porche, y otra muy distinta cargarte a un puñado de asesinos profesionales.

¿Una pandilla de niñatos para un golpe de envergadura? Estarán demasiado ocupados meándose encima y disparándose entre sí (espero que a mí no), cuando les entre el pánico y se dediquen a ametrallar cualquier cosa que destelle en su visión periférica. No, Callan aún no comprende esta Cruzada de los Niños de Raúl. Se va a armar un pollo de los gordos, y Callan solo espera *a*) localizar en el caos a Méndez y quitarle de en medio, y *b*) hacerlo antes de que uno de los chavales le abata por equivocación.

Entonces recuerda que solo tenía diecisiete años cuando se cargó a Eddie Friel en la Cocina. Sí, pero eso fue diferente. Tú eras diferente. Estos chicos no parecen asesinos como yo.

La pregunta que quiere plantear a Raúl es: ¿Estás borracho? ¿Se te ha ido la puta olla? De todos modos, no hace esa pregunta, sino que se decanta por otra más práctica.

—¿Cómo sabemos que Méndez sigue en Guadalajara?

Porque Parada le pidió que fuera a verle.

Porque Adán le pidió a Parada que se lo pidiera.

—Quiero parar la violencia —le dice al anciano sacerdote.

—Eso es fácil —contesta Parada—. Párala.

—No es tan fácil —arguye Adán—. Por eso le pido ayuda.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Para hacer las paces con Güero.

Adán sabe que ha tocado un punto débil, el punto que ningún sacerdote puede

resistir.

Presenta a Parada una difícil elección. No es idiota. Sabe que sí, contra todo pronóstico, consiguiera hacer las paces entre los Barrera y los Méndez, también estaría favoreciendo un ambiente más eficaz para el funcionamiento de los cárteles de la droga. En ese sentido, estaría colaborando a perpetuar un mal, cosa que, como sacerdote, ha jurado no hacer. Por otra parte, también ha jurado aprovechar cualquier oportunidad de mitigar el mal, y la paz entre los dos cárteles enfrentados impediría solo Dios sabe cuántos asesinatos más. Y obligado a elegir entre los males del tráfico de drogas y el asesinato, ha de juzgar el asesinato como un mal mayor.

—¿Quieres sentarte a hablar con Güero? —pregunta.

—Sí, pero ¿dónde? Güero no querrá ir a Tijuana, y yo no quiero ir a Culiacán.

—¿Vendrías a Guadalajara? —pregunta Parada.

—Si garantiza mi seguridad.

—¿Tú garantizarías la de Güero?

—Sí —dice Adán—, pero él no aceptaría esa garantía, del mismo modo que yo no aceptaría la de él.

—No es eso lo que estoy preguntando —dice Parada impaciente—. Te estoy preguntando si jurarás no atacar contra Güero de ninguna manera.

—Lo juro por mi alma.

—Tu alma, Adán, es más negra que el infierno.

—Cada cosa a su tiempo, padre.

Parada escucha. Si puedes arrojar un solo rayo de luz en la oscuridad, a veces se convierte en una cuña que se propagará hasta iluminar todo el vacío. Si no creyera en esto, piensa mientras reflexiona sobre el alma de este asesino múltiple, no podría levantarme por las mañanas. De modo que, si este hombre está pidiendo ese único rayo de luz, no puedo negarme.

—Lo intentaré, Adán —dice.

No será fácil, piensa mientras cuelga el teléfono. Si la mitad de lo que he oído sobre la guerra entre estos hombres es cierto, será imposible convencer a Güero para que venga a hablar con Adán Barrera sobre paz. Aunque puede que también esté harto de matar.

Tarda tres días en poder ponerse en contacto con Méndez.

Parada se pone en contacto con viejos amigos de Culiacán y hace correr el rumor de que quiere hablar con Güero. Tres días después, Güero llama.

Parada no pierde el tiempo con preliminares.

—Adán Barrera quiere hablar de paz.

—No me interesa la paz.

—Deberías.

—Mató a mi mujer y a mis hijos.

—Más motivo aún.

Güero no ve la lógica, pero lo que sí ve es una oportunidad. Mientras Parada insiste sobre la reunión de Guadalajara en un lugar público, con él como mediador y « todo el peso moral de la Iglesia » como garantía de su seguridad, Méndez ve la oportunidad de sacar por fin a los Barrera de su fortaleza de Baja. Al fin y al cabo, su mejor oportunidad de matarlos fracasó, y tiene el culo clavado en San Diego.

Así que escucha, y mientras oye al cura insistir en que su mujer y sus hijos lo habrían deseado así, finge algunas lágrimas de cocodrilo, y después, con voz entrecortada, accede a celebrar la reunión.

—Lo intentaré, padre —dice en voz baja—. Aprovecharé esta oportunidad de hacer las paces. ¿Podemos rezar juntos, padre? ¿Podemos rezar por teléfono?

Y mientras Parada pide a Dios que les ayude a encontrar la luz de la paz, Güero está rezando a San Jesús Malverde para algo diferente.

No cagarla esta vez.

La van a cagar a base de bien. Es lo que opina Callan.

Mientras contempla el espectacular Looney Toon que Raúl está montando en la ciudad de Guadalajara. Es de una ridiculez absoluta, exhibirse en este desfile, con la esperanza de localizar a Güero para alinearse en paralelo como acorazados ante una isla y volarle por los aires.

Callan ha dado grandes golpes. Él mismo fue el hombre que descabezó a dos de las Cinco Familias, y trata de explicarle a Raúl cómo deberían hacerse las cosas. (« Averiguas dónde va a estar en un momento concreto, llegas antes y le tiendes una emboscada »). Pero Raúl no le hace caso: es un cabezota. Es como si quisiera que saliera mal. Se limita a sonreír y a decir a Callan:

—Calma, tío, y estate preparado cuando empieza el tiroteo.

Durante toda una semana las fuerzas de los Barrera atraviesan la ciudad, día y noche, en busca de Güero Méndez. Y mientras ellos miran, otros hombres escuchan. Raúl ha apostado a técnicos en otro piso franco, que utilizan el equipo de tecnología más avanzado para captar llamadas de móviles, con la intención de interceptar mensajes entre Güero y sus lugartenientes.

Güero está haciendo lo mismo. Tiene sus propios técnicos en su propio piso franco controlando el tráfico de móviles, intentando localizar a los Barrera. Ambos bandos juegan al mismo juego, cambian de móviles sin cesar, se trasladan de un piso franco a otro, patrullan las calles y las ondas, intentan localizarse y matarse entre sí antes de que Parada organice la reunión de paz, que solo puede terminar en un peligroso tiroteo.

Y ambos bandos están intentando lograr ventaja, recabar cualquier información que les sea provechosa: qué clase de coche conduce el enemigo, cuántos hombres tiene en la ciudad, quiénes son, qué tipo de armas portan, dónde

se hospedan y qué ruta tomarán. Tienen espías trabajando, dedicados a investigar qué policías están en nómina, cuándo estarán de servicio, si rondarán los *federales* y por dónde.

Ambos bandos están escuchando los teléfonos del despacho de Parada, intentan averiguar sus horarios, sus planes, cualquier cosa que les proporcione un indicio sobre dónde pretende celebrar la reunión y les conceda ventaja para tender una emboscada. Pero el cardenal esconde sus cartas, por ese mismo motivo, y ni Barrera ni Méndez pueden descubrir dónde o cuándo tendrá lugar la reunión.

Uno de los técnicos de Raúl descubre algo sobre Güero.

—Está utilizando un Buick verde —dice a Raúl.

—¿Güero conduce un Buick? —pregunta Raúl con desdén—. ¿Cómo lo sabes?

—Uno de sus chóferes llamó a un taller —explicó el técnico—. Quería saber cuándo iba a estar listo el Buick. Es un Buick verde.

—¿Qué garaje? —pregunta Raúl.

Pero para cuando llegan, el Buick ya no está.

De manera que la búsqueda continúa, día y noche.

Adán recibe la llamada de Parada.

—Mañana a las dos y media en el hotel del aeropuerto de Hidalgo —le dice Parada—. Nos encontraremos en el vestíbulo.

Adán ya lo sabía, tras haber interceptado una llamada del chófer del cardenal a su mujer para comentar sus horarios del día siguiente. Confirma lo que Adán ya sabía: el cardenal Antonucci llega desde Ciudad de México a la una y media, y Parada va a recogerle al aeropuerto. Después subirán a una sala de conferencias privada para celebrar una reunión, después de la cual el chófer de Parada devolverá a Antonucci al aeropuerto para que tome el vuelo de las tres, y Parada se quedará en el hotel, para asistir a la cumbre de paz con Méndez y Adán.

Adán lo ha sabido desde el principio, pero era absurdo revelárselo a Raúl hasta el último momento.

Adán se aloja en un piso franco diferente del resto. Baja al sótano, donde el verdadero escuadrón de la muerte está atrincherado. Estos *sicarios* han ido llegando en vuelos diferentes durante los últimos días, los han recogido con discreción en el aeropuerto y después los han tenido encerrados en este sótano. La comida ha llegado de diferentes restaurantes a horas diferentes, o la han preparado en la cocina de arriba para luego bajarla. Nadie ha ido de paseo o de putas. Es algo estrictamente profesional. Una decena de uniformes de la policía estatal de Jalisco están pulcramente doblados sobre unas mesas. Chalecos antibalas y AR-15 esperan en los percheros.

—Acabo de confirmarlo todo —dice Adán a Fabián—. ¿Tus hombres están preparados?

—Sí.

—Tiene que salir bien.

—Saldrá.

Adán asiente y le entrega un teléfono móvil que ha sido interceptado con su conocimiento. Fabián marca un número.

—Ha llegado la orden. Estad en vuestros sitios a las dos menos cuarto.

Cuelga.

Güero recibe la noticia diez minutos después. Ya ha recibido la llamada de Parada, y ahora sabe que Adán intenta tenderle una emboscada cuando entre en el aeropuerto.

—Creo que llegaremos a la reunión un poco antes —dice Güero al jefe de sus *sicarios*.

Y tenderemos una emboscada a la emboscada, piensa.

Raúl recibe la llamada de Adán en un teléfono seguro, baja al dormitorio y despierta a los dormidos pandilleros.

—Se ha suspendido —anuncia—. Mañana volvemos a casa.

Los chavales están cabreados, decepcionados, su sueño de conseguir cincuenta de los grandes se ha ido por el desagüe. Le preguntan a Raúl qué ha pasado.

—No lo sé —contesta Raúl—. Supongo que se ha enterado de que íbamos a por él y volvió corriendo a Culiacán. No os preocupéis, ya se presentarán más oportunidades.

Raúl procura animarlos.

—Nos levantaremos temprano para coger el vuelo. Podéis ir al centro comercial.

Es un pequeño consuelo, pero menos da una piedra. El centro comercial de Guadalajara es uno de los más grandes del mundo. Con la capacidad de recuperación de la juventud, se ponen a hablar de lo que comprarán en el centro.

Raúl se lleva arriba a Fabián.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —le pregunta Raúl.

—Claro.

—¿Estás preparado?

—Lo estoy.

Raúl encuentra a Callan en el dormitorio de arriba.

—Mañana volvemos a Tijuana —dice Raúl.

Callan se siente aliviado. El plan era una mierda. Raúl le da un billete de avión y el programa del día.

—Güero intentará atacarnos en el aeropuerto —le informa.

—¿Qué quieres decir?

—Cree que vamos a hacer las paces con él —continúa Raúl—. Cree que una pandilla de críos nos protegen. Que nos va a dejar como un colador.

—Tiene razón.

Raúl sonríe y sacude la cabeza.

—Te tenemos a ti, y a toda una banda de *sicarios* que irán vestidos de policías estatales de Jalisco.

Bien, piensa Callan, al menos eso responde a mi pregunta de por qué los Barrera estaban utilizando a una pandilla de críos. Los críos son el cebo.

Y tú también.

Raúl aconseja a Callan que tenga la pistola dispuesta y los ojos bien abiertos.

Siempre lo hago, piensa Callan. La mayoría de los tíos muertos que conoce acabaron así por no tener los ojos bien abiertos. Se descuidaron, o confiaron en alguien.

Callan no se descuida.

Y no confía en nadie.

Parada deposita su fe en Dios.

Se levanta antes de lo acostumbrado, va a la catedral y dice misa. Después se arrodilla ante el altar y pide a Dios que le dé fuerza y sabiduría para hacer lo que es necesario ese día. Reza para hacer lo correcto, y acaba con « Así sea » .

Vuelve a su residencia y se afeita de nuevo, después elige su ropa con más esmero que de costumbre. Según como vista, Antonucci entenderá automáticamente una cosa u otra, y Parada quiere dar a entender un mensaje unívoco.

De alguna manera, alberga la esperanza de reconciliarse con la Iglesia. ¿Por qué no? Si Adán y Güero pueden hacerlo, Antonucci y Parada también. Por primera vez en mucho tiempo, se siente esperanzado. Si esta administración salta y entra una mejor, cabe la posibilidad de que en este nuevo ambiente las teologías conservadoras y de la liberación encuentren un terreno común. Trabajar juntas para que reine la justicia en la tierra y alcanzar el paraíso.

Enciende un cigarrillo, pero lo apaga.

Debería dejar de fumar, piensa, aunque solo fuera para complacer a Nora.

Hoy es un buen día para empezar.

Un día de nuevos principios.

Elige una sotana negra y cuelga de su cuello una gran cruz. Lo bastante religioso para aplacar a Antonucci, piensa, pero no tan ceremonial para que el

nuncio crea que se ha convertido en un conservador recalcitrante. Conciliador pero no obsequioso, piensa, complacido con el cambio.

Dios, qué ganas tengo de fumar un cigarrillo, piensa. Está nervioso por las tareas que le aguardan: entregar a Antonucci la información acusadora de Cerro, y después sentarse con Adán y Güero. ¿Qué puedo decir para que hagan las paces?, piensa. ¿Cómo haces las paces entre un hombre cuya familia ha sido asesinada y el hombre que, según apuntan todos los rumores, la asesinó?

Bien, deposita tu fe en Dios. Él te dará las palabras.

Pero fumar sería un consuelo.

Pero no voy a hacerlo.

Y voy a adelgazar unos kilos.

Irá dentro de un mes a la conferencia de obispos de Santa Fe, donde se encontrará con Nora. Será divertido, piensa, sorprenderla esbelto y sin fumar. Bueno, esbelto no, pero tal vez más delgado.

Baja a su despacho y ocupa su mente con papeleos varios durante unas horas, después llama a su chófer y le pide que tenga preparado el coche. Luego se acerca a su caja fuerte y saca el maletín que contiene las notas y cintas acusadoras de Cerro.

Ha llegado el momento de ir al aeropuerto.

En Tijuana, el padre Rivera se prepara para el bautizo. Se pone los hábitos, bendice el agua y rellena los documentos necesarios. Al pie del formulario añade como padrinos a Adán y a Lucía Barrera.

Cuando los nuevos padres llegan con su flamante hijo, Rivera hace algo extraño.

Cierra las puertas de la iglesia.

El grupo de los Barrera llega al aeropuerto de Guadalajara, recién salido del centro comercial.

Van cargados de bolsas de compras, en su afán por adquirir todo el centro. Raúl ha entregado a los chicos dinero extra para calmar su decepción por la cancelación de la lotería de Güero, y han hecho lo que hacen los chavales con dinero en el bolsillo.

Gastarlo.

Callan contempla el espectáculo con incredulidad; Flaco compró un jersey del Chivas Rayadas de Guadalajara (que lleva con la etiqueta de venta todavía colgando del cuello negro), dos pares de zapatillas Nike, una Nintendo nueva y media docena de juegos.

Sañador siguió la ruta de la ropa. Se compró tres gorras, que se ha embutido

en la cabeza a la vez, una chaqueta de gamuza y un traje nuevo (el primero de su vida), cuidadosamente envuelto en una bolsa de ropa.

Scooby Doo tiene los ojos vidriosos después de salir del salón de juegos. Joder, piensa Callan, el pequeño esnifador de cola siempre tiene los ojos vidriosos, pero ahora sus pupilas están petrificadas después de jugar dos horas a Tomb Raider, Mortal Kombat y Assassin 3, y está sorbiendo la misma Slurpee gigante a la que le ha ido dando durante todo el trayecto desde las galerías comerciales.

Poptop está borracho.

Mientras los demás compraban, Poptop entró en un restaurante y empezó a trincar cervezas, y cuando le pillaron in fraganti ya era demasiado tarde, y Flaco, Soñador y Scooby tuvieron que devolverle por la fuerza a la furgoneta para ir al aeropuerto, y tuvieron que parar tres veces para que Poptop pudiera vomitar.

Y ahora el muy mierda no encuentra el billete de avión, de modo que sus compinches y él están registrando su mochila.

Cojonudo, piensa Callan. Si estamos intentando convencer a Güero Méndez de que somos un blanco fácil, lo estamos haciendo de coña.

Tenemos a una pandilla de críos cargados de maletas y bolsas de compras en la acera, delante de la terminal, y Raúl está intentando establecer algún tipo de orden, y Adán acaba de llegar con su gente, y todo parece un viaje de instituto que regresa a casa el último y caótico día. Y los chicos ríen y dan gritos de júbilo, y Raúl está intentando dilucidar con el empleado del mostrador exterior si hay que facturar el equipaje allí o hay que hacerlo dentro, y Soñador va a buscar un par de carritos para transportar las maletas, y le dice a Flaco que le acompañe a ayudarlo, mientras Flaco grita a Poptop:

—¿Cómo has podido perder el puto billete, *pendejo*?

Y da la impresión de que Poptop va a volver a vomitar, pero lo que sale de su boca no es vómito, sino sangre, y entonces se derrumba sobre el bordillo.

Callan ya se ha dejado caer sobre la acera, tras ver un Buick verde con cañones de pistolas asomando por las ventanillas laterales. Saca la 22 y dispara dos balas al Buick. Después rueda detrás de otro coche aparcado, justo cuando una ráfaga de AK barre el punto de la acera donde se encontraba, y las balas rebotan en el cemento y en la pared de la terminal.

El imbécil de Scooby Doo se ha quedado parado sorbiendo la pajita de su Slurpee, contemplando la escena como si fuera un videojuego con gráficos muy realistas. Intenta recordar si ya se han marchado del centro comercial y qué juego es ese, que debe de haber costado una tonelada de fichas, porque es real como la vida misma. Callan salta desde detrás del relativo refugio de la furgoneta, agarra a Scooby y le arroja sobre el cemento, la Slurpee se derrama sobre el pavimento y es de frambuesa, de modo que cuesta diferenciarla de la

sangre de Poptop, que también se está esparciendo sobre el cemento.

Raúl, Fabián y Adán tiran bolsas negras al suelo y sacan de ellas AK, luego apoyan los rifles contra el hombro y empiezan a disparar contra el Buick.

Las balas rebotan en el coche (incluso en el parabrisas), así que Callan supone que el vehículo está blindado, pero dispara dos veces, se deja caer al suelo y ve que las puertas opuestas del coche se abren y Güero y otros dos tipos armados con rifles bajan, se aplastan contra el coche, apoyan los AK sobre el capó y sueltan una andanada.

Callan se adentra en aquella zona en la que no oye nada (reina un silencio perfecto en su cabeza cuando ve a Güero, apunta con cuidado a su cabeza y está a punto de enviarle al otro mundo), cuando un coche blanco frena en la línea de tiro. El conductor parece ajeno a lo que está pasando, como si acabara de llegar al rodaje de una película, y está cabreado y decidido a llegar al aeropuerto como sea, de modo que deja atrás el Buick y se acerca al bordillo, que se encuentra a unos seis metros de distancia.

Lo cual parece poner en acción a Fabián.

Ve el Marquis blanco y se lanza hacia él sin dejar de disparar, y Callan imagina que Fabián ha confundido el coche blanco con un nuevo cargamento de *sicarios* de Güero, y Fabián corre hacia el vehículo, y Callan trata de cubrirle, pero el coche blanco está en la línea de fuego y no quiere disparar por si son civiles en lugar de chicos de Güero.

Pero ahora las balas están alcanzando al Buick por el otro lado, y Callan distingue por el rabillo del ojo algunos de los falsos policías de Jalisco, lo cual obliga a Güero y a sus muchachos a acuclillarse detrás del Buick, de manera que Fabián sobrevive a su carrera hacia el Marquis.

Parada ni siquiera le ve venir. Está demasiado concentrado en el derramamiento de sangre que tiene lugar ante él. Hay cuerpos tirados en la acera, algunos inmóviles, otros se arrastran a cuatro patas, y Parada no sabe si están heridos, muertos, o están intentando protegerse de las balas que vuelan por todas partes. Entonces mira por la ventanilla y ve a un joven tendido de espaldas, con burbujas de sangre en la boca y los ojos abiertos de par en par a causa del dolor y el terror, y Parada sabe que ese joven se está muriendo, así que se dispone a bajar del coche para darle la extremaunción.

Pablo, su chófer, intenta agarrarle y retenerle, pero es un hombre menudo y Parada se lo quita de encima con facilidad.

—¡Sal de aquí! —grita el sacerdote, pero Pablo se niega, se acurruca como puede bajo el volante y se tapa los oídos con las manos, mientras Parada abre la puerta y baja, justo cuando llega Fabián y le apunta el arma al pecho.

Callan le ve.

Maldito cabrón, piensa, no es ese. Ve que Parada extrae su largo cuerpo del coche, se endereza y camina hacia Poptop, y ve que Fabián se interpone en su

camino y levanta su AK. Callan se levanta y grita:

—¡NO!

Salta sobre el capó de un coche y corre hacia Fabián sin dejar de gritar.

—¡NO, FABIÁN! ¡NO ES ÉL!

Fabián mira a Callan, y en ese momento Parada agarra el rifle y consigue desviar el cañón hacia el suelo, y Fabián intenta levantarlo de nuevo y aprieta el gatillo, y el primer disparo alcanza a Parada en el tobillo, y el siguiente en la rodilla, pero una descarga de adrenalina recorre el cuerpo de Parada, que ni siquiera los siente, y no suelta el rifle.

Porque quiere vivir. Lo siente ahora con más fuerza y apremio que nunca. Siente que la vida es buena, el aire es dulce y quedan muchas cosas por hacer, cosas que quiere hacer. Quiere llegar junto al joven agonizante y sosegar su alma antes de que muera. Quiere escuchar más jazz. Quiere ver la sonrisa de Nora. Quiere otro cigarrillo, otra buena comida. Quiere arrodillarse para rezar a su Señor. Pero no caminar con ÉL, todavía no, hay mucho por hacer aún, así que lucha. Sujeta el cañón del rifle con todas sus fuerzas.

Fabián baja la cabeza, levanta el pie, lo planta sobre el crucifijo de Parada y lanza una patada, y el cura sale disparado contra el coche, y entonces Fabián vuelve a levantar el cañón del rifle y envía quince balas al pecho de Parada.

Parada siente que la vida se le escapa mientras su cuerpo resbala sobre un flanco del coche.

Callan se arrodilla junto al cura agonizante.

El hombre le mira y murmura algo que Callan no entiende.

—¿Qué? —pregunta Callan—. ¿Qué ha dicho?

—Te perdono —murmura Parada.

—¿Qué?

—Dios te perdona.

El cura empieza a hacer la señal de la cruz, pero sus manos se desploman y su cuerpo se agita antes de morir.

Callan mira al cura muerto, mientras Fabián levanta el rifle, apunta y dispara dos veces más contra la cabeza de Parada.

La sangre mancha la pintura blanca del coche.

Y brota del cabello blanco de Parada.

Callan se vuelve.

—Ya estaba muerto —dice.

Fabián no le hace caso, mete la mano en la parte delantera del coche, saca un maletín y se aleja con él. Callan se sienta y acuna la cabeza destrozada de Parada en sus brazos, mientras que, llorando como un niño, no para de preguntar:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Indiferente a la batalla que ruge a su alrededor.

Le da igual.

A Adán no.

No presencia la muerte de Parada. Está ocupado llevando a cabo la ejecución de Güero Méndez, que está agachado detrás del Buick, consciente de que la ha cagado. Dos de sus muchachos ya han caído, y el coche, aunque blindado, vibra debido al número de balas que lo alcanzan, y no va a aguantar mucho más. Hay mucho cristal astillado, los neumáticos están reventados y solo es cuestión de tiempo que el depósito de gasolina estalle. Los hombres de Barrera disfrazados de policías de Jalisco les superan en número, y esa brigada infantil de pacotilla era una burda artimaña. Y ahora le tienen rodeado por tres lados, y si consiguen dominar el cuarto, detrás del Buick, está acabado. Está muerto. Y si bien se iría contento llevándose por delante a Raúl y Adán, está muy claro que eso no va a suceder, de modo que hay que salir cagando leches e intentarlo en otro momento.

Pero huir no es tan fácil. Decide que le queda una última oportunidad y la aprovecha. Saca del maletero del coche una granada de gas lacrimógeno y la arroja por encima del Buick hacia los Barrera, y después grita a sus cuatro hombres supervivientes que aprovechen el momento, y lo hacen, corriendo en paralelo a la terminal sin dejar de disparar.

Los hombres de Adán van armados hasta los dientes, pero no tienen mascarillas antigás, y empiezan a toser y padecer náuseas, y Adán experimenta la sensación de que le arden los ojos, pugna por levantarse, y después decide que, debido a que no ve nada y las balas siguen zumbando a su alrededor, tal vez no sea una buena idea, así que cae de rodillas.

Raúl no.

Con los ojos irritados, la nariz abrasada, carga hacia el grupo de Méndez que está huyendo, disparando a la altura de la cadera. Una ráfaga alcanza al jefe de los *sicarios* de Méndez en la columna vertebral y lo derriba, pero Raúl ve con gran frustración cómo Méndez consigue llegar a un taxi aparcado, arroja al chófer a la acera y se sienta al volante, mientras espera el tiempo suficiente para que sus tres *tiros* supervivientes suban antes de salir a toda mecha.

Raúl dispara contra el coche, pero no consigue alcanzar las ruedas, y Güero se aleja del aparcamiento, con la cabeza agachada, mientras que los policías de Jalisco que no han sufrido los efectos del gas lacrimógeno disparan contra el taxi.

—¡Hijo de la gran puta! —chilla Raúl.

Se vuelve a su derecha y ve a Callan sosteniendo el cuerpo de Parada en los brazos.

Raúl cree que Callan ha sido alcanzado. El hombre está llorando y cubierto de sangre y, sea lo que sea Raúl, no es desagradecido, recuerda sus deudas, así que se agacha para levantar a Callan.

—¡Vamos! —grita—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Callan no contesta.

Raúl le golpea en la cabeza con la culata de la pistola, le levanta y le arrastra hacia la terminal.

—¡Vámonos todos! —grita sin dejar de andar—. ¡Tenemos que tomar un avión!

En la pista, el vuelo 211 de Aeroméxico lleva ya quince minutos de retraso.

Pero el vuelo espera.

Los «polis de Jalisco» se quitan el uniforme (debajo van vestidos de civil), tiran sus armas en la acera y caminan con calma hacia la salida. Después los Barrera, los pandilleros supervivientes y los pistoleros profesionales entran en la terminal. Tienen que pasar por encima de los cadáveres para llegar, no solo el de Poptop y los de los dos pistoleros de Méndez, sino también de los seis transeúntes atrapados en el fuego cruzado. La terminal es un manicomio, la gente llora y grita, el personal médico intenta localizar a los heridos, y el cardenal Antonucci se yergue en medio del caos y grita:

—¡Calma! ¡Calma! ¿Qué ha pasado? ¿Alguien quiere decirme qué ha sucedido?

Tiene miedo de ir a comprobarlo por sí mismo. Siente el estómago revuelto, y siente que no es justo que se encuentre en esa tesitura. Todo lo que Scachi le había pedido era que se reuniera con Parada, nada más, y ahora se encuentra con esa escena, y no puede menos que experimentar un sentimiento de alivio y vergüenza cuando un joven pasa a su lado y le contesta:

—¡Hemos acabado con Güero Méndez! —le dice Soñador—. ¡El Tiburón ha acabado con Méndez!

El grupo de los Barrera recorre con calma el pasillo en dirección a su vuelo y hace cola para entregar los billetes a la encargada de la puerta, como harían en cualquier otro vuelo. La encargada toma los billetes, les devuelve los pasajes de embarque, suben por la pasarela hasta entrar en el avión. Adán Barrera sigue cargando su bolsa con el AK dentro, pero es como cualquier otra pieza de equipaje, sobre todo porque va en primera clase.

El único problema se presenta cuando Raúl llega a la puerta con el inconsciente Callan cargado al hombro.

—No puede subir así —dice la encargada con voz temblorosa.

—Lleva su billete —contesta Raúl.

—Pero...

—Primera clase —dice Raúl.

Le entrega los billetes y sube por la pasarela. Localiza el asiento de Callan y lo deja caer, después cubre su camisa manchada de sangre con una manta y dice a la estupefacta azafata:

—Se le fue la mano en la fiesta.

Adán se sienta al lado de Fabián, que tiene la vista puesta en el piloto.

—¿A qué estamos esperando? —le pregunta.

El piloto cierra la puerta de la cabina a su espalda.

Cuando el avión aterriza, la policía del aeropuerto va a recibirles y les acompañan a través de una puerta trasera hasta los coches que aguardan. Y Raúl da una orden:

Dispersaos.

No hace falta que se lo diga a Callan.

Le dejan en su casa, donde se queda lo suficiente para ducharse, cambiarse la ropa ensangrentada, recoger algo de dinero y marcharse. Toma un taxi hasta el paso fronterizo de San Isidro y recorre el puente, de vuelta en Estados Unidos. Otro gringo borracho más que regresa de una juerga en la avenida Revolución.

Ha estado ausente nueve años.

Ahora está de vuelta en el país donde, bajo el nombre de Sean Callan, está buscado por conspiración para distribuir narcóticos, chantaje, extorsión y asesinato. Le da igual. Prefiere arriesgarse aquí que pasar un minuto más en México. De modo que cruza la frontera, sube al tranvía rojo del puente y se baja en el centro de San Diego.

Tarda una hora y media en localizar una armería, en la esquina de la Cuarta con J, y compra una 22 en la trastienda sin enseñar papeles. Después encuentra una licorería y compra una botella de whisky escocés, va a un hotel de habitaciones individuales y alquila una habitación por una semana.

Se encierra en la habitación y empieza a beber.

Te perdono, es lo que el cura había dicho.

Dios te perdona.

Nora está en su dormitorio cuando oye la noticia.

Está leyendo, con la CNN como ruido de fondo, cuando su oído capta las palabras.

—Cuando volvamos, la trágica muerte del sacerdote de mayor rango de México...

Su corazón se detiene, y nota cómo retumba su cabeza cuando marca el número de Juan, mientras contempla una serie eterna de anuncios publicitarios, con la esperanza de que descuelgue el teléfono, de que no sea él, de que conteste al teléfono (Dios, por favor, no permitas que sea él), pero cuando vuelven las noticias ve una antigua foto de él en una mitad de la pantalla y la escena del aeropuerto en la otra, y le ve tirado en el pavimento, pero no grita.

Abre la boca, pero no logra emitir ningún sonido.

En un día normal, el Cruce de las Plazas de Guadalajara está lleno de turistas, enamorados y transeúntes que pasean a mediodía. En un día normal, los muros de la catedral están bordeados de paradas donde los buhoneros venden cruces, tarjetas del rosario, modelos en plastilina de santos y *milagros*, diminutas esculturas de rodillas, codos y otras partes del cuerpo que la gente convencida de que ha sanado gracias a la oración deja en la catedral a modo de recuerdo.

Pero hoy no es un día normal. Hoy es el funeral del cardenal Parada, y las agujas gemelas de azulejos amarillos de la catedral se ciernen sobre una *plaza* abarrotada de fieles afligidos, que hacen una cola sinuosa y esperan horas para desfilar ante el ataúd del cardenal mártir y rendirle homenaje.

Han venido de todas partes de México. Muchos son tapatíos sofisticados, ataviados con trajes caros y vestidos elegantes, aunque de tonos apagados. Otros han venido del campo, *campesinos* con camisas y vestidos blancos recién lavados. Otros se han desplazado desde Culiacán y Badiraguato, y estos hombres van vestidos de vaquero, y muchos fueron bautizados por Parada, él les dio la primera comunión, les casó, enterró a sus padres cuando solo era un cura rural. Después están los burócratas del gobierno con trajes grises y negros, y sacerdotes y obispos con sus uniformes clericales y cientos de monjas con gran variedad de hábitos, pertenecientes a sus respectivas órdenes.

En un día normal, la *plaza* bulle de sonidos (el veloz parloteo de las conversaciones mexicanas, los gritos de los buhoneros, la música de los mariachis), pero hoy reina en la *plaza* un extraño silencio. Solo se oye el murmullo de las plegarias y oscuros susurros acerca de conspiraciones.

Porque muy pocos de los congregados creen en la explicación del gobierno sobre la muerte de Parada, que le confundieron con otro, que los *sicarios* de los Barrera confundieron a Parada con Güero Méndez.

Pero estas cosas se dicen entre susurros. Hoy es día de luto, y los miles de personas que esperan con paciencia en la cola sinuosa, para entrar luego en la catedral, lo hacen en silencio o rezando en voz baja.

Art Keller es uno de ellos.

Cuanto más datos descubre sobre la muerte del padre Juan, más le preocupa. Parada iba en un Marquis blanco, Méndez en un Buick verde. Parada vestía sotana negra con una gran cruz sobre el pecho (que ha desaparecido), Méndez llevaba atuendo de vaquero chic de Sinaloa.

¿Cómo pudo alguien confundir a un hombre de un metro noventa, sesenta y dos años, pelo blanco, con sotana y crucifijo, con un tipo rubio de metro setenta y cinco vestido de narcovaquero? Le dispararon a quemarropa. ¿Cómo pudo hacer eso un asesino avezado como Fabián Martínez? ¿Por qué había un avión esperando? ¿Cómo pudieron Adán, Raúl y sus pistoleros subir a bordo? ¿Cómo

podieron bajar en Tijuana y salir escoltados del aeropuerto?

¿Y por qué, aunque decenas de testigos describieron a un hombre idéntico a Adán Barrera en el aeropuerto y en el avión, un tal padre Rivera, de Tijuana, declaró que Adán Barrera fue el padrino de un bautizo celebrado en el mismo momento en que Parada era tiroteado?

El cura hasta llegó a exhibir el certificado del bautizo, con el nombre y la firma de Adán.

¿Y quién era el misterioso yanqui que una decena de testigos vieron acunar el cadáver de Parada, que subió al avión con los Barrera, y desde entonces ha desaparecido del mapa?

Art recita una rápida oración (hay gente en la cola detrás de él) y encuentra un asiento en la atestada catedral.

El funeral es largo y emotivo. Una persona tras otra salen a hablar sobre la influencia del padre Juan en su vida, y el sonido de los sollozos resuena en el amplio espacio. La atmósfera es serena, dolorida, respetuosa, silenciosa.

Hasta que el presidente se levanta para hablar.

Tenía que estar presente, por supuesto, el presidente y todo el gabinete, y un montón de funcionarios del gobierno, y cuando se levanta y camina hacia el púlpito, un silencio expectante cae sobre la muchedumbre. El presidente carraspea y empieza:

—Un acto criminal ha terminado con la vida de un hombre bueno, decente y generoso...

Y no puede continuar, porque alguien grita entre la multitud:

—*¡Justicia!*

Y otro le corea, y luego otro, y al cabo de unos segundos, miles de personas dentro de la catedral, y otros miles fuera, empiezan a cantar:

—*Justicia, justicia, justicia...*

... y el presidente retrocede del micrófono con una sonrisa de comprensión, mientras espera a que cesen los cánticos, pero no cesan...

—*Justicia, justicia, justicia...*

... cada vez con mayor fuerza...

—*JUSTICIA, JUSTICIA, JUSTICIA...*

... y entonces la policía secreta empieza a ponerse nerviosa, murmuran entre sí en sus pequeños micrófonos y auriculares, pero es difícil hacerse oír sobre el cántico de...

—*JUSTICIA, JUSTICIA, JUSTICIA...*

... que va creciendo de intensidad hasta que dos nerviosos policías alejan al presidente del micrófono y lo sacan por una puerta lateral de la catedral y lo meten en su limusina blindada, pero los gritos le siguen cuando el coche sale de la plaza...

—*JUSTICIA, JUSTICIA, JUSTICIA...*

Casi todos los funcionarios del gobierno ya se han marchado cuando Parada es enterrado en la catedral.

Art no se había sumado a los cánticos, sino que permaneció sentado, asombrado al ver a la gente de la iglesia anunciar que ya estaba harta de tanta corrupción, plantar cara al poderoso líder de su país y exigir justicia. Y pensó: Bien, la obtendréis si de mí depende.

Se levanta para sumarse a la cola que desfila ante el ataúd. Escoge con cuidado su sitio.

El pelo rubio de Nora Hayden está cubierto con un chal negro, su cuerpo envuelto en un vestido negro. Hasta así está hermosa. Se arrodilla a su lado, une las manos como si rezara y susurra:

—¿Reza por su alma y se acuesta con su asesino?

Ella no contesta.

—¿Cómo puede vivir con su conciencia? —pregunta Art, y luego se levanta. Se aleja de sus quedos sollozos.

Por la mañana, el jefe nacional de todo el PJF, el general Rodolfo León, vuela a Tijuana con cincuenta agentes de élite especialmente seleccionados, y por la tarde ya se han dividido en escuadrones de seis agentes cada uno, armados hasta los dientes y preparados para combatir, que peinan las calles de Colonia Chapultepec en Suburbans y Dodge Rams blindados. Por la noche han irrumpido en seis pisos francos de los Barrera, incluida la residencia personal de Raúl en Caco Sur, donde han encontrado un alijo de AK-47, pistolas, granadas de fragmentación y dos mil cartuchos. En el enorme garaje descubren seis Suburbans negros blindados. Al terminar la semana han detenido a veinticinco socios de los Barrera, confiscado más de ochenta casas, almacenes y ranchos pertenecientes a los Barrera y a Güero Méndez, y detenido a diez policías de seguridad del aeropuerto que acompañaron a los Barrera cuando bajaron del vuelo 211.

En Guadalajara, un escuadrón auténtico de la policía estatal de Jalisco se topa con un camión de mudanzas lleno de policías de Jalisco falsos, y una persecución a través de la ciudad termina con dos de los polis falsos atrapados dentro de una casa, disparando contra más de cien policías de Jalisco toda la noche hasta bien entrada la mañana, cuando uno muere y el otro se rinde, pero no antes de que hayan conseguido abatir a dos policías auténticos y herido al jefe de la fuerza de policía estatal.

A la mañana siguiente, el *presidente* aparece ante las cámaras para proclamar su determinación de aplastar de una vez por todas a los cárteles de la droga, y para anunciar que han descubierto, detenido, expulsado y llevarán a juicio a más de setenta agentes corruptos del PJF, y que ofrece cinco millones de

dólares de recompensa por cualquier información que conduzca a la captura de Adán y Raúl Barrera, así como de Güero Méndez, todos los cuales siguen en libertad y en paradero desconocido.

Porque ni siquiera con el ejército, los *federales* y todas las policías estatales que peinan el país son capaces de encontrar a Güero, a Raúl o a Adán.

Porque no están allí.

Güero ha cruzado la frontera de Guatemala.

Y los Barrera también han cruzado la frontera. De Estados Unidos.

Están viviendo en La Jolla.

Fabián descubre a Flaco y a Soñador viviendo bajo el puente de la calle Laurel en Balboa Park

Los polis no los localizaron, pero Fabián recorrió de cabo a rabo el barrio y la gente le dijo cosas que no diría a la pasma. Se lo dicen porque saben que, si mienten a la policía, tal vez les darán la paliza y toda esa mierda, pero si mienten a Fabián, les dará por el culo, y esa es la cruda realidad.

Una noche en que Flaco y Soñador están dormitando bajo el puente, Flaco siente que un zapato se clava en sus costillas y pega un bote, pensando que es un poli o un marica, pero es Fabián.

Mira a Fabián con sus grandes ojos porque tiene miedo de que el *tiro* vaya a meterle una bala entre ceja y ceja, pero Fabián sonríe.

Y golpea su pecho con el puño.

—*Hermanitos* —dice—, es hora de demostrar que tenéis arrestos.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Flaco.

—Adán quiere que volváis a México —contesta Fabián.

Explica que a los Barrera les están atribuyendo toda la responsabilidad de la muerte de aquel cura, que los *federales* les están presionando, irrumpiendo en sus pisos francos, deteniendo a gente, y que la cosa no va a calmarse hasta que pillen a alguien implicado en el tiroteo.

—Vais y os detienen —dice Fabián—, y les decís la verdad, que íbamos a por Güero Méndez, que nos tendió una emboscada, y que Fabián confundió a Parada con Güero y le mató por accidente. Nadie quería hacer daño a Parada. Algo por el estilo.

—No sé, tío —dice Soñador.

—Escuchad —dice Fabián—, sois unos críos. No participasteis en el tiroteo. Solo os caerán unos años, y entretanto cuidaremos como reyes a vuestros familiares. Y cuando salgáis, encontraréis en el banco el respeto y el agradecimiento de Adán Barrera, acumulando intereses para vosotros. Flaco, tu madre trabaja de camarera en un hotel, ¿verdad?

—Sí.

—Dejará de hacerlo si demuestras tener arrestos —dice Fabián.

—No sé —dice Soñador—. La poli mexicana...

—Os diré una cosa. ¿Os acordáis de la recompensa por Güero? ¿Aquellos cincuenta mil? Os los dividís, nos decís a quién hay que entregarlo, y asunto concluido.

Ambos dicen que el dinero vaya a parar a sus madres.

Cuando se acercan a la frontera, las piernas de Flaco tiemblan tanto que tiene miedo de que Fabián se dé cuenta. Sus rodillas están entrecrocando entre sí literalmente, tiene los ojos anegados en lágrimas y no puede impedir que se derramen. Está avergonzado, aunque oye a Soñador sorber por la nariz en el asiento de atrás.

Cuando están cerca del cruce, Fabián frena para que salgan.

—Tenéis arrestos —dice—. Sois guerreros.

Atraviesan Inmigración y Aduanas sin ningún problema y empiezan a caminar hacia el sur, hasta entrar en la ciudad. Apenas han recorrido dos manzanas cuando unos focos les iluminan, les deslumbran, y los *federales* gritan y les dicen que levanten las manos, y Flaco obedece. Entonces un poli le agarra, le tira al suelo y le espora las manos a la espalda.

Flaco está tirado en el suelo, con la espalda arqueada de forma dolorosa, pero ese dolor no es nada comparado con el que experimenta después de que el *federal* le escupa en la cara y le dé una patada en la oreja con la punta de su bota de combate, como si le hubiera reventado el tímpano.

El dolor estalla como fuegos artificiales dentro de la cabeza de Flaco.

Después, desde muy lejos, oye una voz que le dice...

Esto solo es el principio, *mi hijo*.

Apenas ha empezado.

El teléfono de Nora suena y ella descuelga.

Es Adán.

—Quiero verte.

—Vete al infierno.

—Fue un accidente —dice él—. Una equivocación. Dame la oportunidad de explicártelo. Por favor.

Ella quiere colgar, se detesta por no hacerlo, y no lo hace. Accede a encontrarse con él aquella noche en la playa de La Jolla Shores, junto a la Torre Salvavidas 38.

Le ve acercarse bajo la tenue luz de la torre. Da la impresión de que Nora está sola.

—Sabes que he puesto mi vida en tus manos —dice Adán—. Si has llamado a la policía...

—Era tu cura —dice ella—. Tu amigo. Mi amigo. ¿Cómo pudiste...?

Él niega con la cabeza.

—Ni siquiera estaba allí. Estaba en un bautizo en Tijuana. Fue un accidente, se cruzó...

—Eso no es lo que dice la policía.

—Méndez es el dueño de la policía.

—Te odio, Adán.

—No digas eso, por favor.

Parece tan triste, piensa ella. Solo, desesperado. Quiere creerle.

—Júralo —dice—. Júrame que estás diciendo la verdad.

—Lo juro.

—Por la vida de tu hija.

No puede permitirse perderla.

Asiente.

—Lo juro.

Ella le estrecha en sus brazos.

—Dios, Adán, me siento tan mal.

—Lo sé.

—Le quería.

—Lo sé —dice Adán—. Yo también.

Y lo más triste, piensa, es que es verdad.

Debe de ser un vertedero, porque Flaco huele a basura.

Y debe de ser por la mañana, porque nota en la cara la tenue luz del sol, aunque a través de una capucha negra. Le han reventado un tímpano, pero puede oír las súplicas de Soñador.

—Por favor, por favor, no, no, por favor.

Suena un disparo y Flaco ya no oye a Soñador.

Después Flaco siente que un cañón de pistola roza su cabeza, junto a su oído bueno. Describe pequeños círculos, como si su poseedor quisiera asegurarse de que Flaco sabe lo que es, y entonces oye que el percusor chasquea.

Flaco chilló.

Un clic seco.

Flaco pierde el control. Su vejiga no aguanta más y siente la orina caliente que resbala por su pierna, las rodillas ceden y cae al suelo, retorciéndose como un gusano, intentando alejarse del cañón de la pistola, y entonces oye que el percutor retrocede de nuevo, otro clic seco, y una voz:

—Tal vez la siguiente, ¿eh, pequeño *pendejo*?

Clic.

Flaco se caga encima.

Los *federales* gritan de alegría.

—¡Dios, qué hedor! ¿Qué has estado comiendo, *mierdita*?

Flaco oye que el percutor retrocede de nuevo.

La pistola ruge.

Las balas se hunden en la tierra, al lado de su oído.

—Levantadle —ordena la voz.

Pero los *federales* no quieren tocar al chico cubierto de mugre. Encuentran por fin una solución: le quitan la capucha y la mordaza a Soñador y le obligan a despojar a Flaco de los pantalones y la ropa interior manchados, y le dan un paño mojado para que limpie la mierda de su amigo.

—Lo siento —murmura Flaco—. Lo siento.

—No pasa nada.

Después los meten en la parte posterior de una furgoneta y les conducen de vuelta a su celda. Les arrojan sobre un suelo de cemento desnudo, cierran la puerta con estrépito y les dejan a solas un rato.

Los dos chicos lloran tumbados en el suelo.

Una hora después, un *federal* regresa y Flaco se pone a temblar de manera incontrolada.

Pero el *federal* se limita a tirarles una libreta y un lápiz, y les dice que se pongan a escribir.

Su historia se publica en los periódicos al día siguiente.

Confirmación de las sospechas del PJF sobre lo sucedido en el caso Parada: el cardenal fue víctima de una equivocación de identidad, asesinado porque miembros de una banda norteamericana le confundieron con Güero Méndez.

El *presidente* vuelve a la televisión, con el general León a su lado, para anunciar que esta noticia no hace más que fortalecer la resolución de su administración de declarar una guerra sin cuartel contra los cárteles de la droga. No cesarán hasta castigar a esos asesinos y destruir a los *narcotraficantes*.

La lengua de Flaco cuelga de su boca.

Tiene la cara de un azul oscuro.

Cuelga del cuello de la tubería de vapor que corre a lo largo del techo de su celda.

Soñador cuelga a su lado.

El forense regresa con el veredicto de doble suicidio. Los jóvenes no podían soportar la culpa de haber asesinado al cardenal Parada. El forense nunca entró en detalles sobre los golpes con fractura de hueso recibidos en la nuca.

San Diego

Art espera en el lado norteamericano de la frontera.

El terreno aparece de un verde extraño en los prismáticos de visión nocturna. De todos modos, es un territorio extraño, piensa. Tierra de nadie, la desolada extensión de colinas polvorientas y profundos cañones que hay entre Tijuana y San Diego.

Cada noche se practica un juego siniestro aquí. Justo antes del ocaso, los aspirantes a *mojados* se congregan sobre el canal de drenaje seco que corre a lo largo de la frontera, a la espera de que oscurezca. Como si recibieran una señal, todos corren al unísono. Es un juego de cifras: los ilegales saben que la Patrulla de Fronteras solo puede detener a un número limitado, de modo que el resto cruzará para conseguir trabajos por debajo del salario mínimo, recogiendo fruta, lavando platos, trabajando en granjas.

Pero esta noche el jaleo ya ha terminado, y Art se ha asegurado de que la Patrulla de Fronteras esté lejos de este sector. Un desertor llega desde el otro lado, y si bien va a ser invitado del gobierno de Estados Unidos, no puede cruzar por ninguno de los puestos normales. Sería demasiado peligroso. Los Barrera tienen observadores que vigilan los puestos de control veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y Art no puede correr el riesgo de que divisen a este hombre.

Consulta su reloj y no le gusta lo que ve. Es la una y diez, y su hombre lleva un retraso de diez minutos. Podría ser tan solo la dificultad de recorrer el traicionero terreno de noche. Su chico podría haberse extraviado en alguno de los numerosos cañones, o subido por la cresta equivocada, o...

Deja de engañarte, dice, Ramos le acompaña, y Ramos conoce este territorio como si fuera su patio trasero, porque lo es.

Tal vez Ramos no consiguió convencerle, y el tipo decidió seguir siendo fiel a los Barrera. Tal vez se ha acojonado, ha cambiado de opinión. O tal vez Ramos no logró llegar a tiempo, y ahora yace en una cuneta con una bala en la cabeza. O un disparo en la boca, lo más probable, como les suele pasar a los soplones.

Justo entonces ve la luz de una linterna parpadear tres veces.

Hace parpadear la suya dos veces, quita el seguro de su revólver y se interna en el cañón, la linterna en una mano, la pistola en la otra. Al cabo de un minuto distingue dos figuras, una alta y gruesa, la otra baja y mucho más delgada.

El cura tiene aspecto desdichado. No lleva sotana ni alzacuello, sino una sudadera Nike con capucha, vaqueros y zapatillas de deporte. Muy apropiado, piensa Art.

Parece aterido y asustado.

—¿Padre Rivera?—pregunta Art.

Rivera asiente.

Ramos le da una palmada en la espalda.

—Ánimo, padre. Ha elegido bien. Los Barrera le habrían matado tarde o temprano.

Eso era lo que querían que creyera, al menos. Fue Ramos, a instancias de Art, quien se encargó de abordarle. Encontró al cura corriendo como todas las mañanas, se acercó a su lado y le preguntó si le gustaba respirar aire puro, y si quería seguir respirándolo. Después le enseñó las fotos de algunos de los hombres que Raúl había torturado hasta la muerte, y añadió en tono risueño que, como era cura y todo eso, quizá se limitarían a pegarle un tiro.

Pero no pueden dejarle vivir, padre, le había dicho Ramos. Sabe demasiado. Miserable, mentiroso, lameculos. Puedo salvarle, no obstante, añadió Ramos cuando el hombre se puso a llorar. Pero tiene que ser pronto, esta noche, y tendrá que confiar en mí.

—Tiene razón —dice Art.

Cabecea en dirección a Ramos, y si los ojos de un hombre pueden sonreír satisfechos, los ojos de Ramos están sonriendo satisfechos.

—*Adiós, viejo* —le dice Ramos a Art.

—*Adiós, viejo amigo.*

Art toma a Rivera por la muñeca y le guía con dulzura hacia su vehículo. El cura deja que le conduzca como a un niño.

Chalino Guzmán, alias el Verde, *patrón* del cártel de Sonora, llega a su restaurante favorito de Ciudad Juárez para desayunar. Va cada mañana para tomar sus *huevos rancheros* con *tortillas* de harina, y si no fuera por las características botas de piel de lagarto verdes, cualquiera diría que es un granjero más que apenas vive de una tierra roja calcinada por el sol.

Pero los camareros saben quién es. Le conducen hasta su mesa habitual en el patio y le llevan café y el periódico de la mañana. Y sacan termos con café a sus *sicarios*, que esperan en coches aparcados delante del restaurante.

Justo al otro lado de la frontera se encuentra la ciudad texana de El Paso, a través de la cual el Verde pasa toneladas de cocaína, marihuana y algo de heroína. Se sienta y mira el periódico. No sabe leer, pero finge que sí, y en cualquier caso le gusta mirar las fotos.

Mira por encima del periódico y ve que uno de sus *sicarios* se acerca a un Ford Bronco aparcado delante para decirle que se mueva. El Verde se enfada un poco. Casi todos los residentes conocen las normas de esta hora de la mañana. Debe de ser un forastero, piensa, mientras el *sicario* llama con los nudillos a la

ventanilla.

Entonces la bomba estalla y hace pedazos al Verde.

Don Francisco Unzueta, alias García Abrego, jefe del cártel del Golfo y *patrón* de la Federación, cabalga un corcel de color tostado con crin y cola blancas al frente del desfile del festival anual de su pequeño pueblo de Coquimatlán. El corcel trota, sus cascos repiquetean sobre los adoquines de la estrecha calle, y él va vestido de *vaquero*, tal como corresponde al *patrón* del pueblo. Describe un arco con su sombrero enjoyado para contestar a los vítores.

Desde luego que le vitorean. Don Francisco ha construido la clínica del pueblo, la escuela, el patio de recreo. Incluso pagó el aire acondicionado de la nueva comisaría de policía.

Sonríe a la gente y agradece elegantemente su gratitud y amor. Reconoce a algunos individuos de entre la multitud y procura saludar a los niños. No ve el cañón de una ametralladora M-60, que asoma por la ventana de un segundo piso.

La primera ráfaga de balas calibre 50 se lleva su sonrisa, junto con el resto de la cara. La segunda le destroza el pecho. El caballo relincha de terror, se encabrita y corcovea.

La mano muerta de Abrego continúa sujetando las riendas.

Mario Aburto, un mecánico de veintitrés años, espera entre la inmensa multitud aquel día, en el barrio pobre de Lomas Taurinas, cerca del aeropuerto de Tijuana.

Lomas Taurinas es una colonia de cabañas y chozas improvisadas, en una cañada de las montañas desnudas y fangosas que flanquean el lado este de Tijuana. En Lomas Taurinas, cuando no te estás atragantando con el polvo, estás resbalando en el barro que descende desde las colinas erosionadas, y a veces se lleva las chozas con él. Hasta hace poco, el agua corriente significaba que construías tu choza sobre uno de los miles de riachuelos (agua que corre literalmente a través de tu casa), pero la *colonia* recibió en fecha reciente cañerías de agua y electricidad como recompensa a su lealtad al PRI. De todos modos, gran parte del suelo embarrado es una cloaca abierta al aire libre y un vertedero que poco a poco se va llenando.

Luis Donald Colosio está flanqueado por quince soldados de paisano del Estado Mayor, los guardaespaldas del presidente. Un escuadrón especial de ex policías de Tijuana, contratados para fortalecer la seguridad en las paradas de la campaña electoral, se halla diseminado entre la muchedumbre. El candidato habla desde un camión de mudanzas aparcado en una especie de anfiteatro natural situado en el fondo de la cañada.

Ramos vigila desde la pendiente, con sus hombres apostados en diferentes puntos del anfiteatro. Es una tarea difícil, la multitud es numerosa, estridente y fluida como barro. La gente se había apiñado alrededor del Chevy Blazer rojo cuando avanzó poco a poco por una calle hasta entrar en el barrio, y le preocupa a Ramos que ocurra lo mismo cuando Colosio se marche.

—Se va a armar un pollo —dice para sí.

Pero Colosio no vuelve al coche cuando termina el discurso.

En cambio, decide ir a pie.

«Nadar entre la gente», como dice él.

—¿Que va a hacer qué? —grita Ramos por la radio al general Reyes, el jefe de la guardia del ejército.

—Va a ir a pie.

—¡Está loco!

—Es lo que él quiere.

—¡Si hace eso, no podremos protegerle! —dice Ramos.

Reyes es miembro del Estado Mayor mexicano y segundo de a bordo de la guardia personal del presidente. No va a aceptar órdenes de un piojoso poli de Tijuana.

—Su trabajo no es protegerle —resopla—. Nosotros somos los responsables.

Colosio escucha la conversación.

—¿Desde cuándo necesito protección del pueblo? —pregunta.

Ramos ve impotente cómo Colosio se zambulle en un mar de gente.

—¡La cabeza alta! ¡La cabeza alta! —grita por radio a sus hombres, pero sabe que pueden hacer poca cosa. Aunque sus hombres son estupendos tiradores, apenas pueden ver a Colosio entre la muchedumbre, y mucho menos abatir a un posible asesino. No solo no pueden ver, sino que apenas pueden oír, pues los altavoces montados sobre el camión empiezan a emitir a toda pastilla *cumbias* de Baja.

Ramos no oye el disparo.

Apenas ve a Mario Aburto abrirse paso entre los guardaespaldas, agarrar a Colosio por el hombro derecho, apoyar la pistola del 38 contra su sien derecha y apretar el gatillo.

Ramos empieza a bajar mientras se desata el caos.

Algunas personas se apoderan de Aburto y empiezan a golpearle.

El general Reyes toma al caído Colosio en sus brazos y lo lleva hasta un coche. Uno de sus hombres, un comandante de paisano, agarra a Aburto del cuello de la camisa y lo arrastra a través de la multitud. La sangre mancha el cuello del mayor cuando alguien golpea con una piedra a Aburto en la cabeza, pero el escuadrón del Estado Mayor rodea al mayor como los defensores rodean a un corredor en un partido de rugby, se abre paso por la fuerza entre la muchedumbre y mete al asesino en un Suburban negro.

Mientras Ramos avanza hacia el Suburban, ve que una ambulancia ha conseguido llegar, y ve que Reyes y sus hombres introducen a Colosio en la parte trasera. Es entonces cuando Ramos ve la segunda herida en el costado izquierdo de Colosio. Le han disparado dos veces, no una.

La sirena de ambulancia aúlla mientras se aleja.

El Suburban negro se dispone a seguirla, pero Ramos alza a Esposa y apunta al comandante sentado en el asiento delantero.

—¡Policía de Tijuana! —grita—. ¡Identifíquese!

—¡Estado Mayor! No se entrometa —grita el comandante.

Desenfunda la pistola.

Una mala idea. Doce rifles de la policía de Tijuana apuntan a su cabeza.

Ramos se acerca al coche por el lado del pasajero. Ve al presunto asesino en el suelo del asiento trasero, entre tres soldados de paisano que le están dando puñetazos y patadas.

Ramos mira al comandante.

—Abra la puerta, voy a subir.

—Y una mierda.

—¡Quiero que ese hombre llegue vivo a la comisaría de policía!

—¡No es asunto suyo! ¡No se entrometa!

Ramos se vuelve hacia sus hombres.

—¡Si el coche se mueve, matadles!

Levanta a Esposa y destroza con la culata la ventanilla del pasajero. Mientras el comandante se agacha, Ramos introduce la mano, abre la puerta y sube. Tiene apuntado el cañón de Esposa al estómago del comandante. El comandante tiene apuntada su pistola a la cara de Ramos.

—¿Qué pasa? —pregunta el comandante—. ¿Cree que soy Jack Ruby?

—Solo estoy comprobando que no. Quiero que este hombre llegue vivo a la comisaría de policía.

—Vamos a llevarle al cuartel general de la policía federal —dice el comandante.

—Mientras llegue vivo —repite Ramos.

El comandante baja la pistola.

—Vámonos —ordena al conductor.

Una muchedumbre llega al hospital general de Tijuana antes que la ambulancia de Colosio. La gente llorosa se ha congregado en la escalinata, solloza, grita el nombre de Colosio y exhibe su foto. La ambulancia entra a Colosio por la puerta de atrás y le conducen a un quirófano. Un helicóptero ha aterrizado en la calle, con los rotores girando, dispuesto a transportar al hombre herido a un centro especial que hay en San Diego, al otro lado de la frontera.

El cual nunca llega a utilizarse.

Colosio ha fallecido.

Bobby.

Se parece demasiado a Bobby, piensa Art.

El pistolero solitario, el chiflado enajenado, aislado. Las dos heridas, una en la sien derecha, otra en el costado izquierdo.

—¿Cómo lo hizo Aburto? —pregunta a Shag—. ¿Dispara a bocajarro a la sien derecha de Colosio, y después otra vez en el lado izquierdo del estómago? ¿Cómo?

—Igual que Robert F. Kennedy —contesta Shag—. La víctima se da la vuelta cuando le alcanza la primera bala.

Shag lo demuestra, echa la cabeza hacia atrás con brusquedad y gira a la izquierda mientras cae al suelo.

—Eso está muy bien —dice Art—, solo que la trayectoria de las balas ha llegado de direcciones opuestas.

—Ah, ya estamos.

—De acuerdo —dice Art—. Hacemos una redada en el túnel de Güero y está relacionado con los hermanos Fuentes, que son grandes partidarios de Colosio. Después Colosio va a Tijuana, territorio de los hermanos Barrera, y lo matan. Dime que estoy loco, Shag.

—No creo que estés loco —dice Shag—. Pero creo que estás obsesionado con los Barrera desde...

Calla. Clava la vista en la mesa.

Art termina por él.

—Desde que asesinaron a Ernie.

—Sí.

—¿Y tú no?

—Sí —admite Shag—. Quiero cargármelos a todos, a los Barrera y a Méndez, pero, jefe, en algún momento, o sea... En algún momento tienes que dejarlo correr.

Tiene razón, piensa Art.

Claro que tiene razón. Y me gustaría dejarlo correr. Pero querer y poder son dos cosas muy diferentes, y dejar correr esta «obsesión con los Barrera», como dice Art, es algo que no puedo hacer.

—Voy a decirte una cosa: cuando las cosas se calmen, descubriremos que los Barrera estaban detrás de esto.

No me cabe la menor duda.

Güero Méndez está tendido en una camilla en un hospital privado, donde tres de los mejores cirujanos plásticos de México están preparados para darle una cara nueva. Una cara nueva, piensa, pelo teñido, un nombre nuevo, y podré reanudar

mi guerra contra los Barrera.

Una guerra que ganará sin duda, con el nuevo presidente de su lado.

Se recuesta sobre la almohada cuando la enfermera le prepara.

—¿Está preparado para dormir?—pregunta.

Asiente. Preparado para dormir, y para despertar convertido en un hombre nuevo.

La mujer coge una jeringa, quita el taponcito de goma y apoya la aguja contra una vena de su brazo, y después empuja el émbolo. Le acaricia la cara mientras la droga empieza a surtir efecto.

—Colosio ha muerto —dice entonces en voz baja.

—¿Qué ha dicho?

—Tengo un mensaje de Adán Barrera. Su hombre, Colosio, ha muerto.

Güero intenta levantarse, pero su cuerpo no obedece a su mente.

—Esto se llama Dormicum —dice la enfermera—. Una dosis masiva. Podría llamarse «inyección letal». Esta vez, cuando sus ojos se cierren, no volverán a abrirse.

Güero intenta chillar, pero su boca no emite ningún sonido. Lucha por mantenerse despierto, pero nota que se le escapa todo, la conciencia, la vida. Forcejea con las correas, intenta liberar una mano para quitarse la mascarilla y pedir auxilio, pero sus músculos no responden. Ni siquiera su cuello gira para negar con la cabeza, no, no, no, mientras su vida se le escapa.

—Los Barrera dicen que se pudra en el infierno —oye decir a la enfermera como desde una distancia infinita.

Dos guardias empujan un carrito de la lavandería, lleno de sábanas y mantas limpias, hasta la suite de celdas de Miguel Ángel Barrera, en la prisión de Almoloya.

Tío se sube, los guardias le cubren con una sábana y le sacan del edificio, cruzan los patios y salen por la puerta.

Así de sencillo, así de fácil.

Tal como estaba prometido.

Miguel Ángel baja del carrito y camina hasta una furgoneta que lo aguarda.

Doce horas después vive retirado en Venezuela.

Tres días antes de Navidad, Adán se arrodilla ante el cardenal Antonucci en su estudio privado de Ciudad de México.

«El hombre más buscado de México» oye recitar al nuncio papal en latín, la absolución para él y para Raúl por su papel involuntario en la muerte accidental del cardenal Juan Ocampo Parada.

Antonucci no le absuelve de los asesinatos del Verde, Abrego, Colosio y Méndez, piensa Adán, pero el gobierno sí. Por anticipado.

... Todo a cambio de asesinar a Parada.

Si mato a su enemigo, había insistido Adán, tienen que dejar que mate al mío.

Todo ha terminado, piensa Adán. Méndez ha muerto, la guerra ha concluido. Tío ha huido de la prisión.

Y yo soy el nuevo *patrón*.

El gobierno mexicano acaba de devolver a la Santa Iglesia Católica todo su pleno rango legal. Un maletín repleto de información acusadora ha pasado de las manos de Adán a las de algunos ministros del gobierno.

Adán abandona la habitación con una nueva alma oficialmente limpia.

Favor con favor se paga.

La víspera de Año Nuevo, Nora vuelve a casa después de cenar con Haley Saxon. Se marchó incluso antes de que descorcharan las botellas de champán.

No está de humor para fiestas. Las vacaciones han sido deprimentes. Es la primera Navidad en nueve años que no pasa con Juan.

Introduce la llave en la puerta y la abre, y cuando entra, una mano le tapa la boca. Busca en el bolso el aerosol de pimienta, pero le arrebatan el bolso de la mano.

—No voy a hacerle daño —dice Art—. No grite.

Aleja poco a poco la mano de su boca.

Ella se vuelve y le abofetea.

—Voy a llamar a la policía —dice.

—Yo soy la policía.

—Voy a llamar a la policía de verdad.

Se dirige al teléfono y empieza a marcar.

—Tiene derecho a permanecer en silencio —dice Art—. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada contra usted en un...

Nora cuelga el teléfono.

—Eso está mejor.

—¿Qué quiere?

—Quiero que vea algo.

—No tiene ni idea de las veces que he oído eso.

Art saca un video del bolsillo de la chaqueta.

—¿Tiene reproductor de video?

Nora ríe.

—¿Videos de aficionado? Fantástico. ¿Son de usted?, ¿quiere impresionarme? ¿O son de mí? Primero amenazas, ahora chantaje. Permíteme decirte algo cariñoso: he visto cientos, y salgo muy bien en las cintas.

Abre un armario y le enseña la televisión y el vídeo.

—Si eso te pone cachondo...

Art introduce la cinta.

—Siéntese.

—Estoy bien, gracias.

—He dicho que se siente.

—Ah, es por la fuerza. —Nora se sienta en el sillón—. ¿Contento? ¿Excitado?

—Mire.

Nora sonríe con suficiencia cuando empieza la cinta, pero la sonrisa desaparece cuando ve en la pantalla la imagen de un joven sacerdote. Está sentado en una silla metálica plegable, detrás de una mesa metálica. Al pie de la pantalla, una franja indica la fecha y la hora.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—El padre Esteban Rivera —contesta Keller—. El cura párroco de Adán.

Oye la voz de Art al fondo, haciendo preguntas.

Su corazón da un vuelco mientras escucha.

« ¿Recuerda dónde estaba el 24 de mayo de 1994? » .

« Sí » .

« Estaba bautizando a un niño, ¿verdad? » .

« Sí » .

« En su iglesia de Tijuana » .

« Sí » .

« Eche un vistazo a este documento » .

Nora ve que una mano desliza un papel sobre la mesa hacia el cura. Lo recoge, lo mira y lo vuelve a dejar sobre la mesa.

« ¿Lo reconoce? » .

« Sí » .

« ¿Qué es? » .

« Una fe de bautismo » .

« Adán Barrera aparece mencionado como padrino. ¿Lo ve? » .

« Sí » .

« Anotó a Adán Barrera como padrino e indicó que estuvo presente durante el bautizo, ¿verdad? » .

« Sí, lo hice » .

« Pero no es verdad, ¿eh? » .

Nora es incapaz de respirar durante la larga pausa, mientras Rivera medita sobre la respuesta.

« No » .

Se le revuelve el estómago.

« Mintió sobre eso » .

« Sí, y estoy avergonzado » .

« ¿Quién le pidió declarar que Adán estaba presente? » .

« Él » .

« ¿Es esa su firma? » .

« Sí » .

« ¿Cuándo firmó eso? » .

« Una semana antes » .

Nora se inclina hacia delante y apoya la cabeza entre las rodillas.

« ¿Sabe dónde estuvo Adán ese día? » .

« No » .

—Pero nosotros sí, ¿verdad? —dice Art a Nora. Se levanta, saca la cinta del aparato y la devuelve a su bolsillo—. Feliz Año Nuevo, señorita Hayden.

Nora no levanta la vista cuando Art sale.

El Día de Año Nuevo, Art se levanta con el sonido del televisor y una resaca descomunal.

Debí de dejarla encendida anoche, piensa. La cierra, entra en el cuarto de baño, toma un par de aspirinas y engulle un gran vaso de agua. Entra en la cocina y prepara café.

Abre la puerta mientras hierve y recoge el diario del pasillo. Se lleva el periódico y el café a la mesa de la sala de estar del desnudo apartamento y se sienta. Hace un día diáfano de invierno, y ve el puerto de San Diego a unas manzanas de distancia; y al otro lado, México.

Adiós a 1994, piensa. Un año cabrón.

Que 1995 sea mejor.

Más invitados en la reunión de los muertos de anoche. Los de siempre, y ahora el padre Juan. Sacrificado en la cruz de fuego que yo creé, intentando hacer las paces en la guerra que yo inicié. Se llevó gente consigo, además. Chavales. Dos pandilleros de San Diego, hijos de mi propio barrio.

Todos vinieron a despedir el año.

Menuda fiesta.

Mira la primera plana del periódico y observa sin mucho interés que el TLCAN entra en vigor hoy.

Bien, felicidades a todo el mundo, piensa. El mercado libre florecerá. Las fábricas brotarán como setas justo al otro lado de la frontera, y obreros mexicanos mal pagados fabricarán nuestras zapatillas de tenis, nuestra ropa de diseño, nuestras neveras y aparatos electrodomésticos a precios que podamos permitirnos.

Todos nos engordaremos y seremos felices, ¿y qué es un cura muerto comparado con esto?

Bien, me alegro de que todos tengáis vuestro tratado, piensa.

Pero yo, desde luego, no lo he firmado.

CUARTA PARTE
CAMINO DE ENSENADA

*All the federales say
They could have had him any day.
They only let him go so long
Out of kindness, I suppose.*

TOWNES VAN ZANDT, « Pancho and Lefty »

San Diego
1996

La luz del sol es sucia.

Se filtra a través de una ventana manchada y unas mugrientas y rotas persianas, se introduce en la habitación de Callan como un gas nocivo, enfermizo y amarillo. Enfermizo y amarillo también son palabras que describen a Callan: enfermizo, amarillo, sudoroso, fétido. Yace retorcido entre las sábanas que no se han cambiado durante semanas, mientras sus poros intentan (sin éxito) expulsar el alcohol, costras de saliva seca en las comisuras de la boca entreabierta, y su cerebro trata desesperadamente de ordenar los fragmentos de las pesadillas de la realidad emergente.

El débil sol llega a sus párpados y se abren.

Otro día en el paraíso.

Mierda.

De hecho, casi se alegra de despertar. Los sueños eran malos, agravados por el alcohol. Casi espera ver sangre en la cama, porque sus sueños son encarnados. La sangre fluye a través de ellos como un río, y empalma una pesadilla con otra.

La realidad tampoco es mucho mejor.

Parpadea varias veces, comprueba que está despierto, baja poco a poco las piernas, que le duelen a causa de la concentración de ácido láctico, al suelo. Se queda sentado unos segundos, sopesa la posibilidad de volver a acostarse, y después coge el paquete de cigarrillos de la mesita de noche. Se lleva un cigarrillo a la boca, busca el encendedor y acerca la llama al extremo del cigarrillo.

Una profunda calada, una tos entrecortada, y se siente mejor.

Lo que necesita ahora es una copa.

Algo que le abra los ojos.

Baja la vista y ve la pinta de Seagram's a sus pies.

Putá mierda... Cada vez sucede con más frecuencia. Todas las noches. Te acabas la puta botella y no dejas nada para la mañana, ni el más ínfimo rayo de sol líquido ambarino. Lo cual significa que tendrás que levantarte. Levantarte, vestirme y salir a tomar un trago.

En otro tiempo (tampoco parece que haga tanto), se despertaba con resaca y lo que necesitaba era un café. En los primeros tiempos de aquellos primeros tiempos, salía al pequeño restaurante de la Cuarta avenida, se tomaba aquella primera taza que aliviaba el dolor de cabeza, y tal vez desayunaba algo, patatas, huevos y tostadas grasientas, el «especial». Después dejó de desayunar (solo le entraba el café), y luego, en algún momento, en algún momento del lento y vagabundo río que es la borrachera prolongada, descubrió que ya no era café lo que deseaba en la espantosa primera hora de la mañana, sino más licor.

Se pone en pie.

Le crujen las rodillas, le duele la espalda de dormir tanto rato en la misma postura.

Entra en el cuarto de baño arrastrando los pies, un lavabo, un váter y una ducha amontonados en lo que había sido un armario.

Un borde de metal, delgado e insuficiente, separa la ducha del suelo, de modo que cuando aún se duchaba con regularidad (y paga cada semana una cantidad considerable por el cuarto de baño privado, porque no quería compartir el baño común que hay al final del pasillo con los psicóticos babeantes, los viejos casos de sífilis y las reinonas alcoholizadas), el agua siempre se salía e inundaba el viejo suelo de baldosas manchadas. O atravesaba la delgada cortina de plástico, con las flores desteñidas pintadas. Ahora ya no se ducha mucho. Piensa en hacerlo, pero se le antoja que es demasiado trabajo, y de todos modos la botella de champú está casi vacía, el champú restante solidificado y pegado al fondo de la botella, y supone un esfuerzo mental excesivo ir a Longs Drugs y comprar otra. Tampoco le gusta estar en compañía de tanta gente, al menos de civiles.

Un delgado fragmento de jabón sobrevive en el suelo de la ducha, y otra diminuta pastilla de jabón antiséptico (proporcionada por el hotel junto con la delgada toalla) descansa sobre el lavabo.

Se moja un poco la cara.

No se mira en el espejo, pero este a él sí.

Tiene la cara hinchada y amarillenta, con el pelo grasiento largo hasta los hombros, la barba enmarañada.

Estoy empezando a parecer, piensa Callan, el típico alcohólico y yonqui del Lamp. Bien, mierda, ¿por qué no? Salvo porque voy al cajero automático y siempre saco dinero, soy como cualquier alcohólico y yonqui del Lamp.

Se cepilla los dientes.

Hasta eso llega. No puede soportar el sabor rancio a vómito y whisky de su boca. Le produce más arcadas. Así que se lava los dientes y mea. No tiene que vestirse, porque lleva puesto lo que llevaba antes de perder el conocimiento, tejanos negros y camiseta negra. Pero tiene que calzarse, lo cual significa sentarse en la cama, agacharse, y cuando acaba de anudarse sus zapatillas de baloncesto negras Chuck Taylor (sin calcetines), casi siente ganas de volver a la cama.

Pero son las once de la mañana.

Hora de ponerse en marcha.

De tomar esa copa.

Saca la 22 de debajo de la almohada, la embute en la parte posterior de la cintura, bajo la camiseta varias tallas más grande, busca la llave y sale.

El pasillo apesta.

Sobre todo a Lysol, que la dirección esparce a destajo como si fuera napalm, con la intención de matar los aromas persistentes a orina, vómitos, mierda y viejos agonizantes. De matar los gérmenes, en cualquier caso. Es una batalla constante y perdida, como este lugar, piensa Callan mientras oprime el botón del único y traqueteante ascensor: una batalla constante y perdida.

El hotel Golden West.

Alojamiento de habitaciones individuales.

La última parada antes del cartón en la calle o la losa del forense.

Porque el hotel Golden West transforma cheques de la asistencia social, cheques de la (in)Seguridad Social, cheques del paro, cheques de invalidez, en alquileres de habitaciones. Pero en cuanto los cheques se acaban, te conviertes en una mierda. Lo siento, chicos, a la puta calle, el cartón, la losa. Algunos afortunados mueren en sus habitaciones. No han pagado el alquiler, o el olor de la descomposición se cuela por debajo de la puerta y al final se impone al Lysol, y un reticente empleado se tapa la nariz con un pañuelo y gira la llave maestra. Después hace la llamada y la ambulancia realiza su lento y acostumbrado trayecto hasta el hotel, y sacan a otro tipo en camilla para el último viaje, porque su sol se ha puesto por fin sobre el hotel Golden West.

No todo son borrachuzos. Algún turista europeo se deja caer por aquí, atraído por el precio en el caro San Diego. Se aloja una semana y se larga. O el jovencito norteamericano que se cree el siguiente Jack Kerouac o el nuevo Tom Waits, fascinado por su sordidez extrema, hasta que le roban la mochila de la habitación, con el discman y todo su dinero, le atracan en la calle, o uno de los veteranos intenta encularle en el baño común. Entonces el aspirante a hippy llama a mamá, y ella da el número de su tarjeta de crédito a la recepción para sacar a su niño de allí, pero ya ha visto una parte de Estados Unidos que, de lo contrario, jamás habría conocido.

Pero la clientela se compone sobre todo de viejos borrachos y psicóticos de

toda la vida, que se reúnen como cuervos en sillas destrozadas delante del televisor del vestíbulo. Balbucean sus propios diálogos, discuten por el canal (se han producido apuñalamientos, incluso víctimas mortales, por *Los casos de Rockford* o *La isla de Gilligan*; mierda, se han producido apuñalamientos por Ginger comparada con Mary Ann), o se limitan a mascullar monólogos internos de escenas, reales o imaginarias, que tienen lugar en su cerebro.

Batallas constantes y perdidas.

Callan no tiene por qué vivir aquí.

Tiene dinero, podría vivir mejor, pero elige este lugar.

Llámalo penitencia, purgatorio, lo que quieras... Este es el lugar donde se entrega a su autocastigo, se trinca cantidades inhumanas de alcohol (¿autoinyección letal?), suda por las noches, vomita sangre, chilla en sueños, muere cada noche, y vuelta a empezar de nuevo por la mañana.

« Te perdono. Dios te perdona » .

¿Por qué tuvo que decir eso el cura?

Después del puto tiroteo de Guadalajara, Callan se dirigió a San Diego, se alojó en el hotel Golden West y empezó a beber. Un año y medio después, sigue ahí.

Un buen decorado para odiarse a sí mismo. Le gusta.

Llega el ascensor, quejoso como un cansado camarero del servicio de habitaciones. Callan abre la puerta y oprime el botón que hay debajo de la desteñida B. La puerta de rejilla se cierra como si fuera una celda, y el ascensor desciende entre crujidos. Callan se alegra de ser el único ocupante. No hay ningún turista francés que lo atosigue con petates, ningún universitario dispuesto a descubrir Estados Unidos que le golpee con la mochila, ningún borracho apestoso. Mierda, piensa Callan, el borracho apestoso soy yo.

Da igual.

Al recepcionista le cae bien Callan.

No tiene nada en su contra. El tipo, extraño y joven (para el Golden West), paga en metálico y por adelantado. Es tranquilo y no se queja, y aquella noche, cuando estaba esperando el ascensor y aquel atracador amenazó con una navaja al empleado, este chico le miró y lo derribó. Borracho como una cuba y derribó al atracador de un puñetazo, y después volvió a pedir educadamente la llave.

Así que al recepcionista le cae bien Callan. Sí, el hombre siempre está borracho, pero es un borracho tranquilo que no causa problemas, y eso es lo máximo que puedes pedir. Así que dice hola a Callan cuando deja su llave, Callan murmura un hola y sale por la puerta.

El sol le golpea como un puñetazo en el pecho.

De la oscuridad a la luz, tal cual. Deslumbrado, se queda quieto y entorna los ojos un momento. No está acostumbrado. En Nueva York nunca hacía este sol. Tiene la impresión de que siempre hace sol en el puto San Diego. Sun Diego,

deberían llamarlo. Daría su hemisferio cerebral izquierdo por un día de lluvia.

Adapta sus ojos a la luz y entra en el Gaslamp District.

En otro tiempo, era un barrio peligroso y chabacano, lleno de garitos de strip-tease, salas de porno y hoteles de habitaciones individuales, la típica zona centro en declive. Después los hoteles destartados empezaron a ceder el sitio a edificios de apartamentos cuando llegó el aburguesamiento y se puso de moda vivir en el Lamp. De modo que tienes un restaurante exclusivo al lado de un local porno, un club a la última delante de un hotel de habitaciones individuales, un edificio de apartamentos con cafetería en la planta baja junto a un edificio ruinoso con borrachuzos en el sótano y yonquis en el tejado.

El aburguesamiento está ganando.

Pues claro: el dinero siempre gana, y el Lamp está empezando a convertirse en un parque temático yuppy. Aún aguantan algunos hoteles de habitaciones individuales, un par de locales porno, unos pocos bares cutres, pero el proceso es irreversible, porque las cadenas han iniciado la invasión, los Starbucks, los Gap, los cines Edwards. El Lamp empieza a parecerse a todo lo demás, y los locales porno, los bares cutres y los hoteles de habitaciones individuales parecen indios borrachos que merodean en el aparcamiento del comercio norteamericano.

Pero Callan no piensa en todo eso.

Solo piensa en ese trago, y sus pies le conducen hasta uno de los antiguos supervivientes, un bar estrecho y oscuro cuyo nombre desconoce (el letrero se borró hace mucho tiempo), encajado entre el último Laundromat del barrio y una galería de arte.

Está oscuro, como debe ser.

Es un bar de bebedores empedernidos (nada de aficionados o diletantes), y hay una docena o más en este momento, la mayoría hombres, que se tambalean en la barra y en los reservados de la pared del fondo. La gente no entra aquí a entablar relaciones sociales, a hablar de deportes o de política, o a catar whiskies estupendos. Entran a emborracharse y a continuar borrachos mientras se lo permitan sus bolsillos y sus hígados. Algunos alzan la vista con hosquedad cuando Callan abre la puerta y deja que un rayo de sol perfore la oscuridad.

La puerta se cierra deprisa, y todos vuelven a clavar la vista en su vaso, mientras Callan entra, se acomoda en un taburete ante la barra y pide.

Bien, todos no.

Hay un tío en un extremo de la barra que sigue mirando subrepticamente por encima de su whisky. Un tipo pequeño, un tipo viejo con cara de querubín y la cabeza poblada de pelo plateado. Parece un duende subido sobre una seta en lugar del taburete de un bar, y sus ojos parpadean de sorpresa cuando reconoce al hombre que acaba de entrar en el bar, se sienta y pide dos cervezas con un chupito de whisky.

Han pasado veinte años desde que vio por última vez a este hombre, en el pub

Liffey de la Cocina del Infierno, cuando este hombre (un crío, en realidad) sacó una pistola de la región lumbar y le metió dos balazos a Eddie « Carnicero» Friel.

Mickey hasta se acuerda de la música que sonaba. Recuerda que había cargado la máquina de discos con versiones de « Moon River », porque quería escuchar la canción el máximo número de veces posible antes de ir a chirona de nuevo. Recuerda haberle dicho a este hombre (sí, no cabe duda de que es él, incluso con el mismo bulto en la región lumbar, donde lleva la pistola) que tirara el arma al río Hudson.

Mickey nunca volvió a ver al chico, hasta este momento, pero se enteró del resto de la historia. Acerca de que este chico, ¿cómo se llama?, derrocó a Matty Sheehan y se convirtió en uno de los reyes de la Cocina del Infierno. De que él y su amigo hicieron las paces con la familia Cimino y se convirtieron en pistoleros de Big Paulie Calabrese, y de que, si los rumores son ciertos, había abatido a Big Paulie delante del Spark Steak House, justo antes de Navidad.

Callan, piensa el viejo.

Sean Callan.

Bien, te he reconocido, Sean Callan, pero da la impresión de que tú a mí no.

Lo cual está bien, está bien.

Mickey Haggerty termina su bebida, baja del taburete y se encamina hacia una cabina telefónica. Sabe que alguien estará muy interesado en averiguar que Sean Callan está en un bar del Gaslamp.

Tiene que ser delirium trémens.

De todos modos, Callan busca su pistola.

Pero tiene que ser delirium trémens, aquí al menos, porque no existe otra explicación de que esté viendo a Big Peaches y a O-Bop al lado de su cama del Golden West, apuntándole con sus armas. Ve las balas en las recámaras, brillantes y letales, hermosas y plateadas, en las que se refleja la luz de la farola de la calle, la falsa lámpara de gas que la persiana rota no puede tapar.

El neón rojo del local porno de enfrente destella como una alarma.

Demasiado tarde.

Si esto no es delirium trémens, ya estoy muerto, piensa Callan. Pero, de todos modos, empieza a sacar la pistola de debajo de la almohada. Se los llevará con él.

—No lo hagas, puto irlandés —gruñe una voz.

La mano de Callan se queda petrificada. ¿Es un sueño de borracho o la realidad? ¿De veras están Big Peaches y O-Bop en su habitación, apuntándole con sus armas? Y si van a disparar, ¿por qué no lo hacen? Dicen que si mueres en sueños mueres en vida, pero a veces cuesta diferenciar entre los vivos y los

muerdos. Lo último que recuerda es haberse trincado cervezas con whisky en el bar. Ahora se despierta (más o menos), y podría estar vivo o podría estar muerto. ¿O está de vuelta en la Cocina, y los últimos nueve años han sido un sueño?

Big Peaches ríe.

—¿Qué eres ahora?, ¿un puto hippy? Con ese pelo y esa barba...

—Está bolinga —dice O-Bop—. Una buena trompa irlandesa.

—¿Tienes esa veintidós debajo de la almohada? —pregunta Peaches—. Me da igual lo borracho que estés. Saca la pistolita. Despacio, ¿eh? Si hubiéramos venido a liquidarte, ya habrías muerto antes de despertar.

—Entonces, ¿a qué vienen las pistolas? —pregunta Callan.

—Llámalo abundancia de precauciones —dice Peaches—. Eres Billy «el Niño» Callan. ¿Quién sabe qué te ha traído aquí? Tal vez un contrato para acabar conmigo. Así que saca la pistola poco a poco.

Callan obedece.

Durante medio segundo piensa en cargárselos, pero qué más da.

Además, la mano le tiembla.

O-Bop toma con delicadeza la pistola de la mano de Callan y la guarda en su cinturón. Después se sienta a su lado y le abraza.

—Jesús, cómo me alegro de verte.

Peaches se sienta al pie de la cama.

—¿Dónde coño has estado? Joder, dijimos que te fueras al sur, no nos referíamos a la Antártida. Eres la hostia.

—Estás hecho un asco —dice O-Bop.

—Estoy hecho un asco.

—Bien, al menos lo parece —dice Peaches—. ¿Qué coño estás haciendo en este cagadero? Joder, Callan.

—¿Lleváis algo de beber?

—Claro.

O-Bop saca media pinta de Seagram's del bolsillo y se la pasa a Callan.

Le da un buen viaje.

—Gracias.

—Malditos irlandeses —dice Peaches—. Sois todos unos borrachos.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunta Callan.

—Hablando de borrachos, Little Mickey Haggerty. Te vio en ese chiringuito de mierda al que vas a beber, metió una moneda en una cabina, averiguamos que vives en el hotel Golden West, no podíamos creerlo. ¿Qué coño te ha pasado?

—Muchas cosas.

—No me jodas —dice Peaches.

—¿Para qué habéis venido?

—Para sacarte de aquí —dice Peaches—. Te vienes a casa conmigo.

—¿A Nueva York?

—No, capullo —dice Peaches—. Ahora vivimos aquí. Sun Diego, nene. Es bonito. Un sitio bonito.

—Tenemos una banda —explica O-Bop—. Peaches, Little Peaches, Mickey y yo. Y ahora tú.

Callan sacude la cabeza.

—No, estoy harto de esa mierda.

—Sí —dice Peaches—. No cabe duda de que las cosas te van bien. Escucha, y a hablaremos de eso más tarde. Ahora vamos a ponerte sobrio, a darte bien de comer. Un poco de fruta. La fruta de aquí es increíble. No solo los melocotones. Estoy hablando de peras, naranjas, pomelos tan rosados y jugosos que son mejor que el sexo, te lo aseguro. O-Bop, recoge la ropa de tu chico y vámonos de aquí.

Callan está lo bastante borracho para obedecer.

O-Bop recoge algo de su mierda y Peaches le saca a rastras.

Tira uno de cien sobre la recepción y dice que la cuenta está saldada, sea cual sea el monto. De camino al coche (Peaches se ha comprado un Mercedes nuevo), O-Bop y Peaches le cuentan a Callan lo bien que les va aquí.

Que se atan los perros con longanizas, nene.

Con longanizas.

El pomelo descansa como un sol gordo en el cuenco.

Un sol gordo, hinchado, jugoso.

—Cómelo —dice Peaches—. Necesitas vitamina C.

Peaches se ha convertido en un obseso de la salud, como toda la gente de California. Aún es un hombre corpulento, pero un hombre corpulento bronceado, con el colesterol bajo y una dieta rica en fibra.

—Me tiré un montón de años en chirona —explica a Callan—, pero me siento cojonudo.

Callan no.

Callan se siente exactamente como un hombre que se ha tirado una borrachera de años. Se siente como muerto, si es que la muerte es tan asquerosa. Y ahora, el gordo de Big Peaches le está dando la paliza para que se coma el puto pomelo.

—¿Tienes una cerveza? —pregunta Callan.

—Sí, tengo una cerveza —contesta Peaches—. Eres tú quien no tiene ni va a beber ninguna cerveza, jodido alcohólico. Vamos a enderezarte.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro putos días —dice Peaches— de lo más placenteros, con tus vómitos, tus lloros, tus balbuceos, tus gritos de mierda.

¿Qué gritaba?, se pregunta Callan. Es preocupante, porque los sueños eran sangrientos y aterradores. Los malditos fantasmas (y había muchos) no querían

marcharse.

Y aquel puto cura.

« Te perdono. Dios te perdona » .

No, Él no, padre.

—No me gustaría ver una foto de tu hígado, tío —dice Peaches—. Debe de parecer una pelota de tenis usada. Ahora juego al tenis, ¿te lo había dicho? Juego todas las mañanas, salvo las cuatro últimas, en las que he estado haciendo de enfermera. Sí, juego al tenis, patino...

¿Ciento treinta kilos de Big Peaches sobre ruedas?, piensa Callan. La de accidentes que puede haber...

—Sí —dice O-Bop—, sacamos las ruedas de un camión Mack y se las pusimos a los patines.

—Que te den por el culo, Ricitos —dice Peaches—. Patino muy bien.

—La gente se aparta de su camino, te lo aseguro —dice O-Bop.

—Tendrías que hacer ejercicio, en lugar de empinar tanto el codo —dice Peaches a O-Bop—. Tú, Días sin Huella, come el puto pomelo.

—¿Se pela antes? —pregunta Callan.

—Malditos idiotas. Dame eso.

Peaches coge un cuchillo, corta el pomelo por la mitad, lo parte con cuidado en rodajas y lo devuelve al cuenco de Callan.

—Ahora, te lo comes con la cuchara, so bárbaro. ¿Sabes que la palabra « bárbaro » procede de los romanos? Significaba « pelirrojo ». Se referían a los tuyos. Lo vi en el, ¿cómo se llama?, Canal Historia anoche. Me encanta esa mierda.

Suena el timbre de la puerta, Peaches se levanta y va a abrir.

O-Bop sonríe a Callan.

—Con esa bata, Peaches parece un viejo *mamma mia*, ¿verdad? Hasta le están saliendo tetas. Sólo le faltan unas zapatillas de color rosa con pompones. Tendrías que verle patinando. La gente sale corriendo. Es como una película de terror japonesa. Wopzilla.

—Entra en la cocina, verás lo que ha traído el gato —oyen que dice Peaches.

Un par de segundos más tarde, Callan está ante Little Peaches, quien le da un gran abrazo.

—Me lo habían contado —dice Little Peaches—, pero si no lo veo no lo creo. ¿Dónde has estado?

—En México, sobre todo.

—¿No hay teléfonos en México? —pregunta Little Peaches—. ¿No puedes llamar a la gente para informarla de que estás vivo?

—¿Adónde debía llamarte? —pregunta Callan—. Estás en el puto Programa de Protección de Testigos. Si yo pudiera encontrarte, también otra gente lo haría.

—Toda la demás gente está en Marion —dice Peaches.

Sí, claro, piensa Callan. Tú les metiste allí. Big Peaches, el de la vieja escuela, se convirtió en el más espectacular pájaro cantor desde Valachi. Metió a Johnny Boy en la cárcel de por vida, y a algunos más de propina. No parece que su vida vaya a durar mucho, por otra parte. Dicen que Johnny Boy tiene cáncer de garganta.

Es bueno que Peaches cantara, así Callan no tendrá que preocuparse de que llame a Sal Scachi, a quien no le gustará nada que Callan haya escapado de la reserva. Callan sabe demasiado sobre el trabajo de Scachi (toda aquella mierda de Niebla Roja) para andar suelto, así que es bueno que Peaches y él no sigan en contacto.

Little Peaches se vuelve hacia su hermano.

—¿Estás dando de comer a este tipo?

—Sí, le estoy dando de comer.

—Pero este pomelo de mierda no —dice Little Peaches—. Joder, dale salchichas, un poco de prosciutto, unos raviolis. Si es que encuentras. Callan, en esta ciudad hay una Little Italy, pero no podrías conseguir un cannoli ni con una ametralladora. En los restaurantes italianos de aquí sirven tomates secos. ¿Qué significa eso? Después de dos años, yo también me he convertido en un tomate seco. Siempre hace sol y calor, incluso de noche. ¿Cómo lo consiguen, eh? ¿Alguien me traerá un café, o tengo que pedirlo como en un puto restaurante?

—Aquí tienes tu puto café —dice Peaches.

—Gracias. —Little Peaches deja una caja encima de la mesa y se sienta—. He traído unos Donuts.

—¿Donuts? —dice Peaches—. ¿Por qué me estás saboteando siempre?

—Eh, Richard Simmons, no los comas si no los quieres. Nadie te ha apuntado una pistola a la cabeza.

—Capullo de mierda.

—Porque no me presento en casa de mi hermano con las manos vacías —dice Little Peaches a Callan—. Los buenos modales me convierten en un capullo.

—En un capullo de mierda —rectifica Peaches mientras coge un Donuts.

—Come un Donuts, Callan —dice Little Peaches—. Come cinco. Cada uno que comas significará uno menos para mi hermano, y así no tendré que oírle lloriquear sobre su figura. Estás gordo, Jimmy, spaghetti de sebo. Desengañaite.

Salen al patio porque Peaches cree que a Callan le sentará bien tomar un poco el sol. De hecho, Peaches cree que a Peaches le sentaría bien tomar un poco el sol, pero no quiere parecer egoísta. Peaches opina que no hay motivos para vivir en San Diego si no te pones a tomar el sol a la menor oportunidad.

De manera que se reclina en la tumbona, abre la bata y empieza a aplicarse Bain du Soleil en el cuerpo.

—No hay que jugar con el cáncer de piel —explica.

Mickey no piensa hacerlo. Se encasqueta la gorra de los Yankees y se sienta

bajo el parasol del patio.

Peaches abre una lata fría de melocotón en almíbar y se mete unos cuantos gajos en la boca. Callan ve que una gota de zumo cae sobre su gordo pecho, y después se mezcla con el sudor y la loción bronceadora, y resbala sobre su estómago.

—En cualquier caso, es bueno que aparecieras —dice Peaches.

—¿Por qué?

—¿Qué te parecería cometer delitos en que las víctimas no pudieran acudir a la policía?

—Suena bien.

—¿«Suena bien»? —pregunta Peaches—. A mí me suena celestial.

Se lo explica a Callan.

Las drogas van al norte, de México a Estados Unidos.

El dinero va al sur, de Estados Unidos a México.

—Se limitan a meter el producto (seis, a veces siete cifras) en coches y cruzan la frontera de México —dice Peaches.

—O no —añade Little Peaches.

Ya han hecho tres trabajitos antes, y ahora les ha llegado la noticia de que un piso franco de los narcos de Anaheim está a reventar de dinero y tiene que viajar al sur. Tienen la dirección, tienen los nombres, tienen la marca del coche y la matrícula. Hasta tienen una idea de cuándo van a efectuar el viaje los correos.

—¿De dónde sacáis la información? —pregunta Callan.

—De un tipo —contesta Peaches.

Callan ya se imaginaba que era de un tipo.

—No hace falta que lo sepa —dice Peaches—. Se lleva un treinta por ciento.

—Es como volver al tráfico de drogas, pero mejor —dice O-Bop—. Recibimos los beneficios, pero no tenemos que tocar el producto.

—Es delito honrado —dice Peaches—. Arriba las manos, danos el dinero.

—Tal como al Buen Dios le gusta —dice Mickey.

—Bien, Callan —dice Little Peaches—, ¿te unes a nosotros?

—No sé —dice Callan—. ¿A quién robamos el dinero?

—A los Barrera —contesta Peaches con una mirada astuta e inquisitiva, como diciendo: ¿Hay algún problema?

No lo sé, piensa Callan. ¿Lo hay?

Los Barrera son peligrosos como tiburones, no es gente a la que puedas joder impunemente. Eso por un lado. Además, son «amigos nuestros», según Sal Scachi, al menos, y eso es otra cosa.

Pero asesinaron a aquel cura. Eso fue un atentado, no un accidente. Un asesino a sangre fría como Fabián el Tiburón Cabronazo no dispara contra nadie a quemarropa por accidente. Eso no ocurre nunca.

Callan no sabe por qué asesinaron al cura, solo sabe que lo hicieron.

Y me convirtieron en cómplice, piensa.
Y van a pagar por ello.
—Sí —dice Callan—. Me uno a vosotros.
La banda del West Side ataca de nuevo.

O-Bop ve que el coche sale del camino de entrada.

Son las tres de la mañana y está agazapado a media manzana de distancia. Tiene un trabajo importante que hacer: seguir al coche correo sin que le vean y confirmar que entra por la 5. Teclea un número en su móvil.

—Ya sale —dice.

—¿Cuántos tíos?

—Tres. Dos delante, uno detrás.

Cuelga, espera unos segundos y sale.

Tal como habían planificado, Little Peaches llama a Peaches, el cual llama a Callan, que a su vez llama a Mickey. Se ponen a cronometrar sus relojes y esperan la siguiente llamada. Mickey ha calculado el tiempo medio de recorrido desde el camino de entrada a la rampa de la 5: seis minutos y medio. Por lo tanto, saben que dentro de un minuto o así deberían recibir la siguiente llamada.

Si reciben la llamada, el plan sigue adelante.

Si no, tendrán que improvisar, y nadie lo desea. Así que los seis minutos son tensos. Sobre todo para O-Bop. Es el que se está encargando del trabajo en este momento, el que la puede cagar si se fijan en él, el que tiene que quedarse donde pueda verles pero sin que ellos le vean. Les sigue desde diferentes distancias. Una manzana, dos manzanas. Pone el intermitente de la izquierda y apaga los faros un segundo para que parezca un coche diferente cuando reanude la persecución.

O-Bop lo consigue.

Mientras tanto, Little Peaches está sentado, sudando, a una hora y media al sur, en la 5.

Durante tres minutos.

Cuatro.

Big Peaches está sentado en un reservado del Denny's, junto a la autopista, un poco al norte de Little Peaches. Está dando buena cuenta de una tortilla de queso, patatas fritas, tostada y café. A Mickey no le gusta que coman antes de un trabajo (un estómago lleno complica las cosas si te disparan), pero Peaches es así. No quiere atraer la mala suerte sobre su persona, tomando precauciones por si le disparan. Se pule las patatas grasientas, saca dos Roloids del bolsillo y los mastica mientras echa un vistazo a la sección de deportes.

Cinco minutos.

Callan procura no mirar el reloj.

Está tendido en la cama de la habitación de un motel que hay en la salida de

la autopista de Ortega, al lado de la 5. Ha sintonizado la HBO y está viendo una película que ni siquiera sabe cuál es. Sería absurdo estar esperando en la moto a la intemperie. Si los correos llegan a la 5, habrá mucho tiempo. Consultar su reloj no va a cambiar nada, sólo conseguirá ponerle nervioso. Pero al cabo de unos diez minutos cede y lo mira.

Cinco minutos y medio.

Mickey no mira su reloj. La llamada llegará cuando llegue. Está sentado en un coche aparcado delante del Centro de Transportes de Oceanside. Fuma un cigarrillo y repasa en su cabeza lo que sucederá si los correos no toman la 5. En ese caso, lo que deberían hacer es abandonar, esperar a la siguiente vez. Pero Peaches no se lo va a permitir, así que tendrán que montárselo como sea. Intentar deducir la ruta a partir de la información que les proporcione O-Bop, encontrar una forma de adelantarse al coche correo y decidir un lugar donde darles el alto.

Como jugar a indios y vaqueros. No le gusta.

Pero no consulta su reloj.

Seis minutos.

Little Peaches está a punto de tirar la toalla.

Un millón de dólares en el saco y...

El teléfono suena.

—Todo va bien —oye que dice O-Bop.

Aprieta el botón de reinicio de su reloj. Una hora y veintiocho minutos es el tiempo medio que se tarda en llegar desde la rampa de entrada hasta esta salida. Después llama a Peaches, que descuelga el teléfono sin apartar los ojos del periódico.

—Todo va bien.

Peaches consulta su reloj, llama a Callan y pide un trozo de pastel de cerezas.

Callan recibe la llamada, coordina su reloj, telefonea a Mickey, se levanta y toma una ducha larga y caliente. No hay prisa, y quiere estar suelto y relajado, de modo que se queda bajo el agua humeante un rato y deja que golpee sus hombros y su nuca. Siente el principio de una descarga de adrenalina, pero no quiere que se dispare demasiado pronto. Se obliga a tomar la ducha lenta y cuidadosamente, y se siente bien cuando nota que su mano no tiembla.

Se viste también con parsimonia. Se pone poco a poco los tejanos negros, una camiseta negra y una sudadera negra. Calcetines negros, botas de motorista negras, un chaleco antibalas Kevlar. Después la chaqueta de cuero negra, los guantes ceñidos negros. Sale. La noche anterior pagó en metálico y firmó con un nombre falso, de manera que deja la llave en la habitación y cierra la puerta al salir.

El trabajo de O-Bop es más sencillo ahora. No sencillo, sino más sencillo, de modo que puede situarse a una buena distancia del correo y acercarse solo

cuando se aproximan a rampas de salida. Tiene que asegurarse de que no tomen una curva y salgan a la 57 o a la 22, o a Laguna Beach Road o a la autopista de Ortega. Pero da la impresión de que la corazonada de Peaches era acertada, estos tíos van a seguir la carretera principal hasta llegar a México. Así que O-Bop se lo toma con calma, y ahora puede hablar por teléfono sin temor a delatarse, de modo que proporciona los detalles a Little Peaches: «BMW azul, UZ 1 832. Tres tíos. Maletines en el maletero». Esto último no significa una buena noticia, porque tendrán que dar un paso más una vez que hayan detenido el coche, pero Mickey les obligó a practicar esta opción, de modo que O-Bop no está demasiado preocupado.

Mickey sí está preocupado.

Eso es lo que hace Mickey. Preocuparse y esperar hasta que abre la taquilla de Amtrak, después entra y paga en metálico un billete de ida a San Diego. Camina hacia la estación de los Greyhound y compra un billete para Chula Vista. Después vuelve al coche y espera. Y se preocupa. Lo han practicado decenas de veces, pero sigue preocupado. Demasiadas variables, demasiados «si». ¿Y si se produce un embotellamiento de tráfico, si hay un policía estatal aparcado cerca, si llevan un coche de apoyo y no lo vemos? ¿Y si alguien recibe un disparo? Y si, y si, y si...

«Si mi tía tuviera pelotas, sería mi tío», es lo que había contestado Peaches a todas aquellas preocupaciones. Termina su pastel, toma otra taza de café, deja dinero para la cuenta y la propina (la propina justa, ni demasiado pequeña, ni demasiado generosa. No quiere que le recuerden por ningún motivo), y va al coche. Saca la pistola de la guantera, la sostiene sobre su regazo y comprueba el cargador. Todas las balas siguen en su sitio, tal como pensaba, pero es un hábito, un reflejo. A Peaches le horroriza la posibilidad de ir a apretar el gatillo un día y oír el chasquido seco de una cámara vacía. Guarda la pistola en la funda del tobillo y disfruta de su peso confortable cuando pone en marcha el coche y pisa el acelerador.

Ahora todos están en su sitio: Little Peaches en Calafia Road. Peaches en la salida de la autopista de Ortega. Callan en su moto, esperando en la salida de Beach Cities, en Dana Point. Mickey en el Centro de Transportes de Oceanside. O-Bop en la 5, siguiendo al coche correo.

Todos en su sitio.

A la espera de la diligencia.

Que se dirige hacia la emboscada.

O-Bop habla por teléfono.

—Un kilómetro para la salida.

Little Peaches ve pasar el coche. Baja los prismáticos, habla por el móvil.

—Ahora.

Callan sale a la autopista.

—Estoy en ello.

—Recibido —contesta Peaches.

Mickey empieza a cronometrar de nuevo.

Callan ve el coche por el retrovisor y disminuye un poco la velocidad para que le adelante. Ningún pasajero del coche le mira. Un motorista solitario camino hacia el sur en la oscuridad antes del amanecer. Faltan veinte minutos para la recta desierta de Pendleton, el punto donde quiere hacerlo, de modo que se rezaga un poco sin perder de vista el objetivo. La mayor parte del tráfico se dirige hacia el norte, no hacia el sur, y los pocos coches que se ven irán disminuyendo de número cuando dejen atrás la ciudad de San Clemente, en el condado de Orange.

Dejan atrás Basilone Road, después las famosas playas de surfistas llamadas Trestles, las dos cúpulas de la central generadora de energía atómica de San Onofre, el puesto de control de la Patrulla de Fronteras que corta el paso de los carriles en dirección norte de la 5, y luego llega la tranquilidad. No hay nada a su derecha, salvo dunas de arena y mar, que ahora empieza a dibujarse bajo la tenue luz de los primeros rayos de sol sobre Black Mountain, que domina el paisaje de Camp Pendleton.

Callan lleva un micro y unos auriculares dentro del casco de motorista.

Pronuncia una sola palabra.

—¿Adelante?

—Adelante —contesta Mickey.

Callan retuerce el acelerador, se inclina hacia delante para cortar la resistencia del viento y corre en dirección al coche correo. Frena al lado casi justo donde había planeado, en la larga recta antes de la larga curva a la derecha que se desvía hacia el mar.

El conductor le ve en el último segundo. Callan observa que sus ojos se desorbitan a causa de la sorpresa, y entonces el coche salta hacia delante cuando el conductor acelera. No le preocupa que un poli le detenga ahora, sino que le maten, y el Beamer toma ventaja.

De momento.

Por eso eligieron la Harley, ¿verdad? Por eso la compraron, básicamente un motor con dos ruedas y un asiento sujeto a ellas. La puta Harley no se va a dejar vencer por un coche de yuppy. No se va a dejar vencer por un coche de yuppy con dos millones de dólares dentro.

De manera que cuando el Beamer llega a los cien, Callan se pone a cien.

Cuando llega a ciento veinte, Callan le imita.

Ciento cuarenta, ciento cuarenta.

Cuando se pasa al carril derecho, Callan también lo hace.

A la izquierda, a la izquierda.

A la derecha, a la derecha.

El Beamer alcanza los ciento cincuenta, y Callan no se queda atrás.

Y ahora, suelta la adrenalina. Recorre sus venas como el combustible del motor de la moto. Moto, motor, motorista, la adrenalina canta, navega, vuela, Callan ha llegado a la zona, una descarga de adrenalina pura cuando se coloca al lado del Beamer y el conductor da un volantazo a la izquierda para intentar embestirle, y casi lo consigue, y Callan tiene que rezagarse y casi pierde el equilibrio. Casi lo pierde a ciento cincuenta por hora, lo cual le pondría a dar vueltas sobre el asfalto, donde se convertiría en una mancha de sangre y tejidos. Pero endereza la moto y se pone detrás del Beamer, que ahora le lleva una ventaja de diez metros, y entonces se abre la ventanilla posterior, asoma un Mac-10 y empieza a disparar como la ametralladora de un avión.

Pero quizá Peaches tenía razón. En un coche lanzado a esa velocidad no puedes acertar una mierda, y en cualquier caso Callan se está inclinando a la derecha y a la izquierda, y los chicos del Beamer piensan que no le van a acertar, de modo que lo mejor es acelerar, y lo hacen.

El Beamer se pone a ciento sesenta, a ciento setenta, y subiendo.

Ni siquiera la Harley puede alcanzarlo.

Por eso Callan atacó donde lo hizo, porque la recta termina en una gigantesca curva cerrada que el Beamer jamás podría tomar a ciento veinte, y no digamos ya a ciento cincuenta. Eso es lo jodido de la física: es implacable, de modo que, o el conductor disminuye la velocidad y deja que el tipo de la moto le alcance, o sale volando de la carretera como un avión en una pista, solo que este no puede volar.

Decide arriesgarse con el perseguidor.

Decisión errónea.

Callan se inclina a la izquierda, con el pie casi rozando el cemento. Sale de la parte superior de la curva a la altura de la ventanilla del conductor, el cual se acojona cuando ve la 22 tan cerca de su cara. Callan dispara una vez para agrietar la ventanilla y...

Pop-pop.

Siempre dos disparos, muy seguidos, porque el segundo corrige automáticamente el primero. En este caso no era necesario. Ambos disparos dan en el blanco.

Las dos balas del 22 están dando vueltas en el cerebro del tipo como las bolas de una máquina del millón.

Por eso la 22 es el arma favorita de Callan. No es lo bastante potente para atravesar un cráneo. En cambio, envía la bala rebotando de un lado a otro del cráneo, buscando con desesperación una salida, encendiendo todas las luces para después apagarlas.

Juego terminado.

No hay partida gratis.

El Beamer da un giro de trescientos sesenta grados y se sale de la carretera.

No obstante, resiste (la estupenda ingeniería alemana), si bien los dos pasajeros están todavía aturridos por el impacto, mientras Callan se acerca con la moto y...

Pop-pop.

Pop-pop.

Callan vuelve a la autopista.

Tres segundos después, Little Peaches frena detrás del Beamer. Baja del coche con una escopeta en la mano izquierda, por si acaso, se acerca y abre la puerta del conductor. Se inclina sobre el conductor muerto y saca las llaves del encendido. Se dirige hacia la parte posterior del coche, saca los maletines del maletero, vuelve a subir a un coche y se marcha.

En la autopista hay una decena de coches que presencian fragmentos de lo ocurrido, pero ninguno para o se acerca porque Little Peaches va en un coche de la Patrulla de Caminos de California, con el uniforme correspondiente, con lo cual suponen que todo está controlado.

Y tienen razón.

Little Peaches vuelve al coche y se dirige con calma hacia el sur. No le preocupa la posibilidad de que le detenga un poli de verdad, porque momentos antes, a la hora exacta según el reloj de Mickey, Big Peaches ha accionado un interruptor de un transmisor de radio control, y en un solar desierto situado a media manzana de distancia una furgoneta Dodge se ha encendido como el pastel de cumpleaños de un octogenario, y mientras Peaches se encamina hacia su siguiente tarea, ya oye las sirenas que aúllan en su dirección. Se dirige hacia el aparcamiento de un campo de golf de Oceanside, al norte, y está sentado allí cuando Little Peaches llega. Little Peaches toma los maletines, baja del coche de poli falso y sube con Peaches. Mientras Little Peaches se desprende del uniforme de policía, se dirigen hacia el Centro de Transportes de Oceanside.

O-Bop acaba de pasar junto al Beamer accidentado, y sabe que la última parte del trabajo se ha cumplido, así que conduce hasta la salida de la autopista 76. Hay un pequeño solar de tierra dentro del cruce, y allí ha parado Callan. Abandona la Harley y sube con O-Bop. Se encaminan hacia el centro de transportes.

Donde Mickey está esperando en su coche.

Con los ojos clavados en el reloj, esperando.

Los minutos van pasando.

O el trabajo ha salido bien, o sus amigos están heridos, muertos, detenidos.

Entonces ve a Little Peaches entrar en el aparcamiento. Se quedan sentados en el coche hasta que anuncian el tren y lo ven llegar desde San Diego. Bajan del coche, con trajes clásicos, cada uno cargado con un maletín y una taza de café de cartón, una bolsa de viaje colgada del hombro, como unos ejecutivos más que

corren para subir al tren porque tienen una reunión en Los Ángeles. Mickey les da los billetes con disimulo cuando pasan junto al coche. Suben pocos momentos antes de que el tren se ponga en marcha, y por eso eligieron el Centro de Transportes de Oceanside, porque cuando el tren Amtrak llega desde el sur, el tren de cercanías sale hacia el sur por una vía diferente. Peaches coge un maletín y sube al tren que va en dirección a Los Ángeles. Su hermano toma el otro maletín y se dirige hacia San Diego, al sur.

Cuando los trenes se alejan de los andenes, Callan y O-Bop entran en el aparcamiento y bajan del coche. Llevan el pelo corto, al estilo marine, y el tipo de ropa mala de los marines cuando están de permiso. Se cuelgan los petates al hombro, pasan junto al coche de Mickey, reciben sus billetes y se encaminan hacia la parte de la estación de transportes en que están aparcados los autobuses. Un par de marines más de Pendleton que están de permiso. O-Bop sube a un autobús con destino a Escondido, y Callan a uno en dirección a Hemet.

Peaches tiene un billete para Los Angeles, pero no llega a terminar el viaje. Unos minutos al sur de la estación de Santa Ana, entra en los lavabos y cambia su traje de ejecutivo por ropa informal propia de California, y no sale hasta que el tren entra en la estación. Después, baja en Santa Ana y se registra en un motel. Little Peaches lleva a cabo una rutina similar, solo que en dirección sur, baja en la ciudad surfera de Encinitas y se registra en uno de esos viejos moteles de carretera que hay al otro lado de la Pacific Coast Highway.

Mickey vuelve a su hotel. No ha estado cerca de la acción, y si los polis quieren seguir su rastro y hacerle algunas preguntas, tampoco tiene nada que decir. Da un paseo por el centro y vuelve para echar una siesta.

Callan y O-Bop terminan sus respectivos viajes. O-Bop va a un motel No-Tell contiguo a un local porno, feliz de tener cosas que hacer mientras se oculta. Se registra, compra fichas por valor de veinte pavos y se tira casi toda la tarde metiendo las monedas en las máquinas de video.

Sentado en su autobús, Callan intenta olvidar que acaba de matar a tres hombres, pero no puede. No siente el vacío de costumbre. Siente algo que no puede definir.

« Te perdono. Dios te perdona » .

No puede sacarse esa mierda de la cabeza.

Baja del autobús y se registra en un Motel 6. La habitación es poca cosa, pero tiene cable. Callan se deja caer sobre la cama y ve películas en el televisor. La habitación huele a desinfectante, pero es mejor que el Golden West.

El plan es esperar unos días a que las cosas se enfríen, y después, si todo se ha calmado (y no hay motivos para creer lo contrario), se reunirán en el Sea Lodge de La Jolla, se relajarán en la playa unos días, pedirán algunas macizas (es Peaches el que dice « macizas ») a Haley Saxon y montarán una fiesta.

Callan recuerda la chica que vio allí, Nora. Recuerda que deseaba mucho a la

chica, y que Big Peaches se la quitó. Recuerda lo hermosa que era, y piensa que, si pudiera tocar aquella belleza, tal vez su vida sería menos fea. Pero eso fue hace mucho tiempo, mucha sangre ha corrido bajo el puente desde entonces y no es posible que Nora siga en aquella casa.

¿O sí?

De todos modos, no quiere preguntar.

Tres días después, Peaches se pone al teléfono como si estuviera pidiendo comida china para llevar: ¿qué quieres? ¿Una rubia, una morena, qué tal una negrita? Todos se han reunido en la habitación de Peaches, aunque tienen habitaciones contiguas en la playa. Es fantástico, piensa Callan. Sales de tu habitación y ya estás en la playa, y está contemplando el ocaso sobre el mar mientras Peaches pide coños por teléfono.

—Me da igual —dice a Peaches.

Y Peaches dice por teléfono «le da igual», y les despide porque tiene que ocuparse de unos negocios, en los que no deben participar. Id a nadar, daos una ducha, cenad algo, preparaos para las macizas.

Los negocios de Peaches llegan una hora más tarde, después de oscurecer.

No hablan mucho. Peaches le da un maletín que contiene trescientos de los grandes como pago por la información.

Art Keller coge el dinero y se va.

Así de sencillo.

Haley Saxon también se ocupa de sus negocios.

Decide cuáles serán las cinco chicas que enviará a Sea Lodge, y después da el soplo a Raúl Barrera.

Algunos gánsters de los viejos tiempos están en la ciudad, gastando mucho dinero, y adivina quiénes son. ¿Te acuerdas de Jimmy Peaches? Bien, ha aparecido de repente con un montón de pasta.

La información interesa mucho a Raúl.

Y claro, Haley sabe muy bien dónde están.

Pero deja a mis chicas al margen.

Callan está en la cama, mirando cómo se viste la chica.

Es bonita, muy bonita (largo pelo rojo, buena percha, bonito culo), pero no era ella. No obstante, se lo ha pasado bomba, un dinero bien invertido. Se la chupó, después se puso encima de él y le cabalgó hasta que se corrió.

Está en el cuarto de baño recomponiendo su maquillaje, y ve por el espejo

que la está mirando.

—Podemos repetir, si quieres —dice.

—Estoy bien.

Cuando la chica se va, Callan se envuelve en una toalla y sale a la pequeña terraza. Ve cómo las pequeñas olas plateadas bajo la luz de la luna rompen en la playa. Un bonito barco pesquero deportivo está amarrado a unos cien metros de distancia, y sus luces proyectan reflejos dorados.

La tranquilidad sería total, piensa Callan, si no oyera a Big Peaches dale que dale en la habitación de al lado. El cabrón de Peaches no cambiará nunca (volvió a repetir eso de « tu chica me gusta más », pero esta vez le tocó a su hermano. A Little Peaches le dio igual), ya le había enviado su chica a la habitación, después de decir « Es tuya », de modo que cambiaron de mujeres y de habitaciones, y por eso Callan está oyendo a Big Peaches resollar y jadear como un toro asmático.

Encuentran el cadáver de Little Peaches por la mañana.

Mickey llama con los nudillos a la puerta de Callan, y cuando Callan abre, Mickey le agarra, le empuja hasta la habitación de Big Peaches, y allí está Little Peaches, atado a una silla con las manos en los bolsillos.

Pero las manos no están sujetas a los brazos.

Están cortadas. La alfombra está empapada de sangre.

Little Peaches tiene un trapo embutido en la boca y los ojos desorbitados. No hay que ser Sherlock Holmes para deducir que le cortaron las manos y dejaron que se desangrara.

Callan oye cómo Big Peaches llora y vomita en el cuarto de baño. O-Bop está sentado en la cama, con la cabeza entre las manos.

El dinero ha desaparecido, por supuesto.

En cambio, en el armario hay una nota.

METEOS LAS MANOS EN LOS BOLSILLOS.

Los Barrera.

Peaches sale del cuarto de baño. Tiene la cara roja, surcada por las lágrimas. Burbujitas de mocos asoman de su nariz.

—No podemos abandonarle —llora.

—Tenemos que irnos, Jimmy —dice Callan.

—Los mataré —dice Peaches—. Aunque sea lo último que haga, esos bastardos me las pagarán.

No hacen las maletas ni nada. Cada uno sube a su vehículo y se largan. Callan va hasta San Francisco, encuentra un pequeño motel cerca de la playa y se esconde.

Raúl Barrera ha recuperado su dinero, aunque faltan trescientos mil dólares.

Raúl sabe que el dinero ha ido a parar a quien dio el soplo a los hermanos Piccone.

Pero (y hay que reconocer que Little Peaches se portó como un hombre) no les dijo quién era. Afirmó que no lo sabía.

Callan se esconde en Seaside, California.

Encuentra uno de esos moteles con cabañas no lejos de la playa y paga en metálico. Durante los primeros días no sale mucho. Después empieza a dar largos paseos por la playa.

Donde las olas le susurran rítmicamente:

« Te perdono...

Dios...» .

*Ante su sorpresa encontró a Eva dormida
con las trenzas sueltas y las mejillas encendidas,
como si su descanso hubiera sido perturbado...*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Rancho Las Bardas
Baja, México
Marzo de 1997

Nora duerme con el Señor de los Cielos.

Es el nuevo apodo de Adán entre los narco-*cognescenti*: el Señor de los Cielos.

Y si él es el Señor, Nora es su Dama.

Ya no esconden su relación. Ella casi siempre está con él. Los narcos han bautizado a Nora, con ironía, la Güera, la Rubia, la dama de pelo dorado de Adán. Su amante, su consejera.

Güero fue enterrado en Guamuchilito.

Todo el pueblo asistió al funeral.

Adán y Nora también. Él con traje negro, ella con vestido y velo negros, caminaron con el cortejo detrás del coche fúnebre rebotante de flores. Una banda de mariachis tocó lacrimógenos *corridos* en honor al fallecido, mientras la procesión marchaba desde la iglesia construida por Güero, pasaba ante la clínica y el campo de fútbol que él había pagado, en dirección al mausoleo que albergaba los restos de su mujer y sus hijos.

La gente lloraba a raudales, se arrojaba sobre el ataúd abierto y tiraba flores sobre el cuerpo de Güero.

La muerte confería a su rostro un aire apuesto, tranquilo, casi sereno. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás, y lo habían vestido con un caro traje gris y una corbata roja clásica, en lugar de la negra indumentaria de narcovaquero que solía exhibir.

Había *sicarios* por todas partes, tanto hombres de Adán como *veteranos* de

Güero, pero llevaban las armas escondidas bajo la camisa y la chaqueta por respeto a la ocasión. Y si bien los hombres de Adán estaban muy atentos, nadie estaba preocupado por la amenaza de un asesinato. La guerra había terminado. Adán Barrera era el vencedor y, además, se estaba comportando con un respeto y dignidad admirables.

Era Nora quien había sugerido no solo que debía permitir que Güero fuera enterrado en su pueblo natal, junto a su familia, sino también que asistieran al funeral, para que todo el mundo los viera. Fue Nora quien le instó a donar generosas cantidades a la iglesia local, y a la escuela y la clínica locales. Nora le animó a donar dinero para un nuevo centro comunitario que recibiría el nombre del finado Héctor «Güero» Méndez Salazar. Nora le convenció además de que enviara emisarios por adelantado para asegurar a los *sicarios* de Güero y a la pasma de que la guerra había terminado, de que no habría venganza por hechos del pasado, y de que las operaciones continuarían como antes, con el mismo personal en su sitio. Por eso Adán desfilaba en la procesión fúnebre como un conquistador, pero un conquistador que blandía una rama de olivo en la mano.

Adán entró en la pequeña tumba y, a instancias de Nora, se arrodilló al lado de la pequeña bóveda que albergaba las fotos de Pilar, Claudia y Güerito, y rezó a Dios por sus almas. Encendió una vela por cada uno de ellos, después inclinó la cabeza y rezó con fervor.

La farsa no pasó desapercibida a la gente que esperaba fuera. La comprendieron. Estaban acostumbrados a la muerte y el asesinato y, de una manera extraña, a la reconciliación. Cuando Adán salió del mausoleo, daba la impresión de que casi habían olvidado que había sido él quien lo había llenado de cadáveres.

Los recuerdos quedaron enterrados con Güero en su tumba.

Fue una repetición del procedimiento que Adán y Nora habían empleado en los funerales del Verde y de García Abrego, y que era igual allá donde iban. Con Nora a su lado, Adán entregaba donaciones a escuelas, clínicas, campos de juego, todo en nombre de los fallecidos. En privado, se reunía con ex socios del muerto y les ofrecía una extensión de la Revolución de Baja: paz, amnistía, protección y un recorte de impuestos.

La palabra ya había corrido: podías reunirte con Adán o podías reunirte con Raúl. La prudente mayoría se reunía con Adán. Los pocos estúpidos recibían funerales.

La Federación había vuelto, con Adán como *patrón*.

Reinaba la paz, y con ella la prosperidad.

El nuevo presidente mexicano juró su cargo el primero de diciembre de 1994. Aquel mismo día, dos agencias de corredores de bolsa controladas por la Federación empezaron a comprar *tesobonos*, bonos del gobierno. A la semana siguiente, los cárteles de la droga retiraron su capital del banco nacional

mexicano, lo cual obligó al nuevo presidente a devaluar el peso en un cincuenta por ciento. Después, la Federación cobró sus *tesobonos* y colapsó la economía mexicana.

Feliz Navidad.

Como autorregalo de Navidad, la Federación compró propiedades, negocios, bienes raíces y *pesos*, los enterró bajo un árbol y esperó.

El gobierno mexicano no tenía dinero para pagar los *tesobonos* pendientes. De hecho, tenía una deuda de cincuenta mil millones de dólares. El capital huía del país más deprisa que los predicadores de una casa de putas asaltada por la policía.

Faltaban días para que el país anunciara la bancarrota, cuando la caballería norteamericana acudió con cincuenta mil millones de dólares en préstamos para apuntalar la economía mexicana. El presidente norteamericano no tenía otra alternativa: él y todos los congresistas estaban recibiendo frenéticas llamadas telefónicas de los principales contribuyentes a la campaña de Citicorp, y reunieron aquellos cincuenta mil millones como si fuera dinero para una comida.

El nuevo presidente mexicano tuvo que invitar, literalmente, a los señores de la droga a regresar al país con sus millones de narcodólares, con el fin de revitalizar la economía y poder pagar el préstamo. Y los narcos tenían ahora más miles de millones de dólares que antes de la « crisis del *peso* », porque en el período de tiempo transcurrido entre el canje de *pesos* por dólares y la llegada de la ayuda norteamericana, utilizaron los dólares para comprar *pesos* devaluados, que a su vez volvieron a subir cuando los norteamericanos entregaron el enorme préstamo.

Lo que, en síntesis, hizo la Federación fue comprar el país, volver a venderlo a un precio alto, comprarlo de nuevo a precio bajo, reinvertir en él y ver crecer las inversiones.

Adán aceptó de buen grado la invitación del *presidente*, pero el precio que pidió por llevar de nuevo sus narcodólares al país, fue un « ambiente comercial favorable » .

Lo cual significaba que el *presidente* podía proclamar aquello de « romper la espalda de los cárteles de droga » cuando le viniera en gana, pero no debía hacer nada al respecto. Podía hablar por los codos, pero sin moverse ni un milímetro, porque eso sería una especie de suicidio político y económico.

Los norteamericanos lo sabían. Entregaron al *presidente* una lista de peces gordos del PRI que estaban en nómina de la Federación, y de repente tres de aquellos tipos fueron nombrados gobernadores de estados. Otro se convirtió en secretario de Transportes, y otro que aparecía en la lista fue nombrado zar de la droga: jefe del Instituto Nacional de la Lucha contra la Droga.

Todo había vuelto a la normalidad.

Mejor que antes, porque lo que hizo Adán con sus beneficios de la crisis del peso fue empezar a construir Boeings 727.

Al cabo de dos años tiene veintitrés, una flota de aviones más grande que la de casi todos los países del Tercer Mundo. Los llena de cocaína en Cali y vuelan hasta aeropuertos civiles, aeropuertos militares e incluso autopistas, cerradas y custodiadas por el ejército hasta que el avión ha sido descargado.

Meten la coca en camiones frigoríficos y la transportan hasta almacenes cercanos a la frontera, donde la dividen en unidades más pequeñas y la cargan en camiones y coches que son obras de ingeniería. Toda una nueva industria ha nacido en Baja, una industria de « tuneadores », que remodelan vehículos con compartimientos ocultos llamados « bodegas de alijo ». Tienen techos falsos, suelos falsos y guardabarros trucados huecos que se llenan de droga. Como cualquier industria, ha desarrollado especialistas, tíos que son grandes cortadores, y otros que son lijadores y pintores. Hay tíos que hacen cosas con masilla Bondo que un yesero veneciano solo podría soñar. En cuanto los coches están preparados, cruzan la frontera de Estados Unidos, son entregados en pisos francos, por lo general de San Diego o Los Angeles, para después ser enviados a diferentes destinos: Los Angeles, Seattle, Chicago, Detroit, Cleveland, Filadelfia, Newark, Nueva York y Boston.

La droga también viaja por mar. Desde su punto de partida en México es entregada en ciudades de la costa de Baja, donde la envasan al vacío y la cargan después en barcos pesqueros comerciales y privados, que recorren la costa hasta las aguas de California y tiran la droga al agua, donde flota hasta que es recogida por lanchas motoras, o a veces incluso por buceadores que la llevan a la orilla y la transportan hasta pisos francos.

También viaja a pie. Contrabandistas de poca monta la meten en mochilas y la envían sobre la espalda de *mojados* o coyotes que atraviesan corriendo la frontera con la esperanza de ganar una fortuna (digamos unos cinco mil dólares) por entregarla en un punto acordado de la región situada al este de San Diego. Parte de esta zona son desiertos alejados o montañas elevadas, y no es extraño que la Patrulla de Fronteras encuentre el cadáver de un *mojado* que murió deshidratado en el desierto o por exposición a condiciones climáticas extremas en las montañas, porque no cargaba con el agua o las mantas que le habrían salvado la vida, sino con un cargamento de coca.

La droga va al norte y el dinero al sur. Y ambas patas de este viaje de ida y vuelta son mucho más fáciles porque el TLCAN ha relajado la seguridad fronteriza, lo cual facilita, entre otras cosas, un flujo ininterrumpido de tráfico entre México y Estados Unidos. Y con él, un flujo ininterrumpido de droga.

Y el tráfico es más beneficioso que nunca, porque Adán utiliza su nuevo poder para negociar un trato mejor con los colombianos, que consiste en « Os compramos vuestra cocaína al por mayor y nosotros nos encargamos de

venderla al por menor, gracias». Se acabaron los mil dólares por kilo de gastos de envío. Nos hemos independizado.

El Tratado de Libre Comercio (de droga) de América del Norte, piensa Adán.

Dios bendiga el libre comercio.

Adán ha conseguido que el antiguo Trampolín Mexicano parezca un niño pequeño dando saltitos en la cama. Eh, ¿para qué saltar cuando se puede volar?

Y Adán puede volar.

Es el Señor de los Cielos.

Pero la vida no ha vuelto al *status quo ante bellum*.

No. Hasta el siempre realista Adán sabe que nada puede ser igual después del asesinato de Parada. En teoría, es un hombre buscado. Sus nuevos «amigos» de Los Pinos han ofrecido una recompensa de cinco millones de dólares por los hermanos Barrera, el FBI les ha puesto en la lista de los Más Buscados, sus fotos cuelgan en las paredes de los puntos de control fronterizos y en las oficinas gubernamentales.

Es una farsa, por supuesto, de cara a los norteamericanos. Las fuerzas de la ley mexicanas ya no persiguen a los Barrera, del mismo modo que ya no intentan acabar con el tráfico de drogas entendido como un todo.

De todos modos, los Barrera no se lo pueden refregar por la cara, no pueden exhibirse. Es el trato no verbalizado. Los viejos tiempos han terminado. Se acabaron las fiestas en grandes restaurantes, las discos, los hipódromos, los asientos de primera fila en los grandes combates pugilísticos. Los Barrera tienen que facilitar al gobierno que pueda encogerse de hombros ante los norteamericanos y afirmar que de buena gana detendría a los Barrera si supiera dónde están.

Así que Adán ya no vive en la mansión de Colonia Hipódromo, no va a sus restaurantes, no se sienta en la trastienda para anotar cifras en sus libretas. No echa de menos la casa, no echa de menos los restaurantes, pero sí que echa de menos a su hija.

Lucía y Gloria están viviendo en Estados Unidos, en la tranquila zona residencial de Bonita, en San Diego. Gloria va al colegio católico; Lucía, a una iglesia nueva. Una vez a la semana, un coche correo de los Barrera se encuentra con ella en el aparcamiento de un centro comercial y le entrega un maletín con setenta mil dólares.

Una vez al mes, Lucía lleva a Gloria a Baja para que vea a su padre.

Se encuentran en hoteles rurales alejados, o en una zona de picnic que hay junto a la carretera cerca de Tecate. Adán vive para estas visitas. Gloria ya tiene doce años, y está empezando a entender por qué su padre no puede vivir con ellas, por qué no puede cruzar la frontera de Estados Unidos. Él intenta explicarle que le han acusado falsamente de muchas cosas, que los norteamericanos cogen

todos los pecados del mundo y los cargan sobre las espaldas de los Barrera.

Pero sobre todo hablan de cosas más mundanas, de cómo le va en el colegio, qué tipo de música escucha, qué películas ha visto, quiénes son sus amigos y lo que hacen cuando se reúnen. Está creciendo, por supuesto, pero a medida que crece también lo hace su deformidad, y el progreso de la enfermedad tiende a acelerarse en la adolescencia. La hinchazón del cuello empuja todavía más hacia abajo y a la izquierda su cabeza, ya de por sí pesada, lo cual le impide hablar bien. Algunos chicos del colegio (es un tópico que los niños son crueles, piensa él) la llaman la Chica Elefante.

Sabe que es doloroso para ella, pero lo desecha con un encogimiento de hombros.

—Son idiotas —dice la niña—. No te preocupes, tengo amigos.

Pero sí que se preocupa, por su salud, se reprende por no poder estar con ella, sufre por el diagnóstico a largo plazo. Reprime las lágrimas cada vez que la visita va a terminar. Mientras Gloria se queda sentada en el coche, Adán discute con Lucía, intenta convencerla de que regrese a México, pero ella no quiere ni oír hablar de ello.

—No pienso vivir como una fugitiva —le dice. Además, dice que tiene miedo de México, miedo de otra guerra, miedo por ella y por su hija.

Son motivos más que suficientes, reflexiona Adán, pero él sabe el verdadero motivo: ahora siente desprecio por él. Está avergonzada de él, de cómo se gana la vida, de lo que ha hecho para ganársela. Quiere mantenerse alejada de él lo máximo posible, entregarse por completo a su frágil hija, cuidarla en la paz y tranquilidad de una vida residencial norteamericana.

Pero aun así, acepta el dinero, piensa Adán.

Nunca envía de vuelta el coche correo.

Intenta no amargarse por ello.

Nora le ayuda.

—Tienes que entender cómo se siente —le dice—. Quiere una vida normal para su hija. Es duro para ti, pero tienes que comprender cómo se siente.

Es curioso, piensa Adán, la amante defendiendo a la esposa, pero la respeta por ello. Ella le ha dicho muchas veces que, si pudiera reunirse con su familia de nuevo, debería hacerlo, y ella se retiraría a un segundo plano.

Pero Nora es el consuelo de su vida.

Cuando es sincero consigo mismo, tiene que reconocer que el lado positivo de estar separado de su esposa es que le concede libertad para estar con Nora.

No, el Señor de los Cielos vuela alto.

Hasta que...

El suministro de cocaína empieza a secarse.

No sucede de repente. Es como una sequía lenta y gradual.

Es la puta DEA norteamericana.

Primero, acabaron con el cártel de Medellín (Fidel « Rambo» Cardona se revolvió contra su viejo amigo Pablo Escobar, y ayudó a los norteamericanos a localizarle y matarle), y después fueron a por Cali. Detuvieron a los hermanos Orejuela cuando regresaban de una reunión en Cancún con Adán. Tanto el cártel de Medellín como el de Cali se rompieron en pedazos. Las Campanitas, los bautizó Adán.

Es lógico, piensa Adán, una evolución natural debido a la incesante presión norteamericana. Los que sobrevivirán serán aquellos capaces de mantener un perfil bajo. De no ser detectados por el radar norteamericano. Es lógico, pero también complica y dificulta los negocios de Adán. En lugar de tratar con una o dos entidades grandes, tiene que hacer juegos malabares con decenas, cuando no miríadas de pequeñas células, e incluso empresarios individuales. Y, con la desaparición de los cárteles integrados verticales, Adán ya no puede confiar en la entrega incesante y puntual de un producto de calidad. Digan lo que digan de los monopolios, piensa Adán, son eficaces. Pueden entregar lo que prometen donde y cuando dicen que lo harán, al contrario que las Campanitas, con quienes la entrega puntual de un producto de calidad se ha convertido en una excepción más que en una norma.

De modo que el sector de producción del negocio de cocaína de Adán ha empezado a temblar, y la vibración se está propagando a todo el entramado, desde los mayoristas a quienes los Barrera proporcionaban transporte y protección, hasta los nuevos mercados minoristas de Los Angeles, Chicago y Nueva York, de los que Adán se apoderó después de la detención de los Orejuela. Para colmo, tiene Boeings 727 vacíos (caros de comprar y mantener) aparcados en pistas de aterrizaje de Colombia, a la espera de cocaína que, con frecuencia, llega demasiado tarde o no aparece, o cuando lo hace, no es de la calidad y potencia prometidas. Así que los clientes de la calle se quejan a los minoristas, quienes se quejan a los mayoristas, quienes (con educación) se quejan a los Barrera.

Más tarde el flujo de cocaína se paraliza casi por completo.

El torrente se convierte en riachuelo, después en hilillo de agua, luego en gotas.

Por fin Adán descubre el motivo:

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

Las FARC.

El movimiento insurgente marxista más antiguo y longevo de Latinoamérica.

Las FARC controlan la remota zona sudoeste de Colombia, además de las decisivas fronteras con Perú y Ecuador, países productores de cocaína. Desde su baluarte de los territorios del noroeste de la selva amazónica, las FARC libran

desde hace treinta años una guerra de guerrillas contra el gobierno colombiano, los ricos terratenientes de la nación y los intereses petroleros que operan desde los distritos costeros ricos en petróleo.

Y el poder de las FARC está en alza. Tan solo el mes anterior, las guerrillas lanzaron un osado ataque contra un puesto avanzado del ejército en la ciudad de Las Delicias. Conquistaron el fuerte, utilizando morteros y cargas explosivas de gran potencia, mataron a sesenta soldados y capturaron al resto. Las FARC cortaron la principal autopista que comunica los distritos del sudoeste con el resto del país.

Y las FARC no solo controlan las rutas de contrabando de cocaína que llegan de Perú y Ecuador, también se halla dentro de su territorio el distrito de Putumayo, una espesa selva tropical amazónica y ahora importante zona de cultivo de la planta de la coca. La producción nacional de coca era el sueño de los cárteles gigantes, e invirtieron millones de dólares en plantaciones de coca en la zona, pero justo cuando sus esfuerzos comenzaban a dar sus frutos, los cárteles se quedaron sin negocio, dejando atrás las caóticas Campanitas y unas trescientas mil hectáreas en cultivo, en las que cada día se plantaba más.

Lo que Sinaloa era para la amapola, lo es Putumayo para la hoja de coca: la fuente, el manantial, la cabecera del río desde la que fluye el tráfico de droga.

Las FARC lo bloquearon, y ahora se han puesto en contacto con él para negociar.

Y tendré que hacerlo, piensa Adán, mientras mira a Nora acostada a su lado.

Despierta y ve que Adán la está mirando.

Nora sonríe y le da un beso cariñoso.

—Me gustaría ir a dar un paseo.

—Te acompañaré.

Se ponen una bata y salen.

Manuel está allí.

Manuel siempre está allí, piensa Nora.

Adán le construyó una casa en los terrenos. Es una casa pequeña y sencilla, construida al estilo de los *campesinos* de Sinaloa. Pero Adán le dijo al constructor que aumentara un poco las dimensiones en atención a la pierna rígida de Manuel. Ordenó que construyeran muebles especiales para facilitarle la labor de levantarse y sentarse, y un pequeño jacuzzi en la parte de atrás para aliviar los dolores de su pierna, que empeoran con la edad. A Manuel no le gusta utilizarlo, porque cree que cuesta demasiado dinero calentarlo, de modo que Adán ha encargado a un criado que vaya cada noche a encenderlo.

Manuel se levanta del banco y les sigue, arrastrando la pierna derecha. Les sigue desde una distancia prudencial, con su inconfundible cojera. Para Nora es

casi una caricatura: un AK colgado del hombro, dos bandoleras cruzadas sobre el pecho como un bandido de otros tiempos, una pistola enfundada en cada cadera, un enorme cuchillo encajado en el cinturón.

Solo le faltan el sombrero grande y el bigote caído, piensa Nora.

Una criada acude corriendo con una bandeja.

Dos cafés: con leche y azúcar para él, solo y sin azúcar para ella.

Adán da las gracias a la criada, que vuelve corriendo a la cocina. No mira a Nora, temerosa de que los ojos de la *gringa* la hechicen como hizo con el *patrón*. Es la comidilla de la cocina: miras a los ojos de la *bruja* y te cae un hechizo.

Al principio fue difícil aguantar la pasiva hostilidad de la servidumbre y la activa desaprobación de Raúl. El hermano de Adán pensaba que estaba bien tener una amante, pero no instalarla en la casa familiar. Oyó a los hermanos pelear al respecto y ofreció marcharse, pero Adán no quiso ni escucharla. Ahora se han acostumbrado a una plácida rutina doméstica, que incluye este paseo matutino.

El complejo residencial es precioso. A Nora le gusta en especial por las mañanas, antes de que el sol reduzca todas las formas a siluetas y destiña todos los colores. Empiezan su paseo por el huerto, porque Adán sabe que le gusta el olor ácido de los árboles frutales (naranjas, limones y pomelos), y el dulce aroma de las mimosas y jacarandás, cuyas flores caen de las ramas como lágrimas de lavanda. Pasan junto a los jardines florales (hemerocallis, zantedeschias, amapolas) y entran en la rosaleda.

Nora contempla las flores que brillan a causa del agua, oye el rítmico chup-chup-chup del sistema de riego que rocía todas las flores antes de que el sol convierta el riego en un ejercicio de evaporación instantánea.

Adán ahuyenta a un pavo real del jardín.

El recinto bulle de aves: pavos reales, faisanes, pintadas. Una mañana, cuando Adán estaba ausente, Nora se levantó temprano y vio un pavo real subido sobre el borde de la fuente central. La miró y desplegó su cola, y fue un espectáculo maravilloso, con todos los colores desplegados en contraste con la arena caqui.

Hay más aves en los árboles. Un asombroso surtido de pinzones. Adán intenta en vano enseñarle los nombres, pero ella los reconoce solo por los colores: dorado y amarillo, púrpura y rojo. Las currucas y el escribano lapislázuli, y la increíble tangara occidental que se le antoja un ocaso volador. Y los colibris. Se han plantado flores especiales y colgado dispensadores de agua dulce para atraer a los colibris, el de Anna, el de Costa, el de garganta negra, como Adán ha intentado diferenciarlos para que ella los reconociera. Nora solo reconoce las manchas deslumbrantes de colores rutilantes, y sabe que los echaría mucho de menos si un día no fueran a visitarla.

—¿Quieres ver a los animales?—pregunta Adán.

—Por supuesto.

Adán es un hombre trabajador y práctico, y no consigue dar su aprobación al tiempo y el dinero que Raúl dedica a su zoo. Significa otra diversión para su hermano, una compensación para su ego, el hecho de poseer un ocelote, dos tipos de camellos, un guepardo, un par de leones, un leopardo, dos jirafas, un rebaño de ciervos raros.

Pero un tigre blanco no. Raúl lo vendió a un coleccionista de Los Angeles, y el muy idiota intentó cruzarlo por la frontera y lo pillaron. Tuvo que pagar una buena multa, y el tigre le fue confiscado. Ahora vive en el zoo de San Diego.

Su ballena se convirtió en una estrella de cine. Hicieron una redada en el parque de atracciones y después lo quemaron, y la ballena acabó en una serie de películas muy comerciales. De manera que a la ballena le fue muy bien, aunque Adán hace tiempo que no ve películas.

Adán y Nora pasean por su zoo privado por las mañanas, y uno de los cuidadores ya está preparado con comida para que Nora dé de comer a las jirafas. Le encanta su elegancia, sus largos cuellos y su forma de andar.

Baja de la pequeña plataforma que utilizan para dar de comer a las jirafas, recoge su taza de café y se adelanta a Adán. Otro cuidador abre una puerta para dejarla entrar en el corral de los ciervos, y le entrega una taza de plástico llena de comida.

—Buenos días, Tomás.

—Señora.

Nora y Adán desayunan en la terraza este para recibir la caricia del sol. Nora toma pomelo y café. Eso es todo, pomelo recién cogido del huerto y café. Adán come como uno de los leones de Raúl. Un enorme plato de *huevos con machaca* y ristras de chorizo frito. Una pila de *tortillas* de maíz calientes. Debido a la insistencia de Nora, un cuenco de fruta. Y un pequeño cuenco de salsa recién hecha. A Nora se le hace la boca agua al percibir el olor a tomate y cilantro, pero se conforma con el pomelo.

Adán se da cuenta.

—No lleva grasa —dice.

—La *tortilla* que me comería sí.

—Tendrías que engordar unos kilos.

—Eres muy galante.

Adán sonríe y vuelve a su periódico, sabiendo que no la convencerá. Nora está casi tan obsesionada con su cuerpo como él. En cuanto se duche y vaya a su oficina a trabajar, se pasará toda la mañana en el gimnasio. Mandó colocar un sistema estéreo y un televisor porque a ella le gusta el ruido cuando hace ejercicio. Y el gimnasio tiene dos elementos de todo (dos bicicletas reclinables, dos ruedas de andar, dos máquinas de musculación, dos conjuntos de pesos libres), aunque ella consigue convencerle muy pocas veces de que se ejercite

con ella.

En días alternos corre en la larga pista de tierra que serpentea hasta el complejo, lo cual provocó algunas protestas del personal de seguridad, hasta que Adán descubrió a dos *sicarios* a quienes les gustaba correr. Entonces ella se quejó de eso, dijo que la cohibía tener a dos hombres que le pisaran los talones, pero en este tema Adán no dio su brazo a torcer y ella capituló.

De modo que, cuando corre, dos guardaespaldas van tras ella. Siguiendo instrucciones concretas de Adán, uno corre mientras el otro trota, y se van turnando. No quiere que los dos estén sin aliento al mismo tiempo. Si se produce un tiroteo, quiere que al menos uno tenga la mano firme. Además, les ha dicho: « Si algo le pasa, moriréis los dos» .

Sus tardes son largas y lentas. Como Adán trabaja a la hora de comer, ella come sola. Después hace una breve siesta, se acomoda en una tumbona bajo la sombrilla para protegerse del sol. Por el mismo motivo, pasa la mayor parte de la tarde dentro, leyendo libros y revistas, viendo la televisión mexicana, esperando a que vuelva Adán para cenar tarde.

—Tengo que irme en viaje de negocios —dice él—. Puede que esté fuera unos días.

—¿Adónde vas?

Adán sacude la cabeza.

—A Colombia. Las FARC quieren negociar.

—Te acompañaré.

—Es demasiado peligroso.

Ella le dice que lo comprende. Irá a San Diego durante su ausencia. Irá de compras, verá algunas películas, saldrá con Haley.

—Pero te echaré de menos —dice.

—Yo también.

—Vamos a la cama.

Se lo folla con energía demoníaca. Le sujeta con el coño, le aferra con las piernas y él siente que se corre a borbotones dentro de ella. Le acaricia el pelo cuando él apoya la cara sobre sus pechos y le dice:

—Te quiero. *Tienes mi alma en tus manos.*

Putumayo, Colombia

1997

Adán va sentado en la parte de atrás de un jeep que traquetea sobre una carretera embarrada y llena de baches, practicada en la selva amazónica del sudoeste de Colombia. El aire que le rodea es tibio y fétido, y ahuyenta con la

mano a las moscas y mosquitos que vuelan alrededor de su cabeza.

El viaje ha sido difícil.

Rechazó la idea de volar en uno de sus 727. Nadie puede saber que Adán va a reunirse con Tirofijo, el comandante de las FARC. En cualquier caso, volar habría sido demasiado peligroso. Si la CIA o la DEA interceptaran el plan de vuelo, los resultados serían desastrosos. Además, hay cosas que Tirofijo quiere que Adán vea *en route*.

Adán subió primero a bordo de un yate deportivo particular en Cabo, y después cambió a un viejo barco de pesca para el largo y lento viaje que le dejó en la costa del sur de Colombia, en la boca del río Coqueta. Fue la parte más peligrosa del viaje, porque la costa está bajo el control del gobierno y patrullada por milicias privadas, contratadas por las compañías petroleras para vigilar sus torres de perforación.

Adán subió desde el barco pesquero a un pequeño esquife de un solo motor. Se internaron en el río de noche, guiados por las llamas escupidas por las torres de refinería, como si fueran hogueras del infierno. La boca del río estaba llena de sedimentos y contaminada; el aire, irrespirable y sucio. Subieron río arriba, dejaron atrás las propiedades de la compañía petrolera, protegidas por vallas de alambre de espino de tres metros de altura y torres vigía en las esquinas.

Tardaron dos días en subir por el río, esquivando patrullas del ejército y escuadrones de seguridad privados. Por fin se internaron en la selva tropical, y ahora hará el resto del viaje en jeep. Su ruta les lleva más allá de los campos de coca, y Adán ve por primera vez los orígenes del producto que le ha reportado millones.

Bien, a veces los ve.

Otras veces ve los campos muertos y marchitos, envenenados por los helicópteros que lanzan defoliantes. Los productos químicos no son especializados. Matan las plantas de coca, pero también las judías, los tomates, las hortalizas. Envenenan el aire y el agua. Adán atraviesa pueblos desiertos que parecen objetos de museo: perfectos objetos antropológicos de una aldea colombiana, salvo que nadie vive en ella. Han huido de los defoliantes, han huido del ejército, han huido de las FARC, han huido de la guerra.

Pasan junto a otros pueblos que han sido quemados, sin más trámites. Círculos carbonizados en el suelo señalan el lugar donde se alzaban las cabañas.

—El ejército —explica su guía—. Queman los pueblos que creen conchabados con las FARC.

Y las FARC queman los pueblos que creen conchabados con el ejército, piensa Adán.

Llegan por fin al campamento de Tirofijo.

Los guerrilleros con uniforme de camuflaje de Tirofijo utilizan boinas y portan AK-47. Hay un número sorprendente de mujeres. Adán se fija en una

impresionante amazona de pelo negro que le cae por debajo de su boina. Ella sostiene su mirada, como diciendo y tú qué miras, y él desvía la vista.

Hay actividad por todas partes (escuadrones de guerrilleros se están entrenando, otros están limpiando armas, haciendo la colada, cocinando, patrullando el campamento), y toda esta actividad parece organizada. El campamento es grande y ordenado. Pulcras hileras de tiendas verde oliva están montadas bajo redes de camuflaje. Varias cocinas han sido construidas bajo *ramadas* de paja. Ve lo que parece ser una tienda hospital y un dispensario. Incluso pasan ante una tienda que parece albergar una especie de biblioteca. Esto no es una pandilla de bandidos en fuga, piensa Adán. Es una fuerza bien organizada que controla su territorio. Las redes de camuflaje, para protegerlos de la vigilancia aérea, constituyen la única concesión a cierta sensación de peligro.

Su acompañante conduce a Adán hasta lo que parece la zona del cuartel general. Las tiendas son más grandes, con avances de lona sujetos para crear porches, bajo los cuales hay jofainas, así como sillas y mesas hechas de madera toscamente labrada. Un momento después, el acompañante vuelve con un hombre mayor y corpulento, vestido con uniforme de camuflaje verde oliva y boina negra.

Tirofijo tiene cara de sapo, piensa Adán. Más gordo de lo que cabría esperar en un guerrillero, con profundas bolsas bajo los ojos, gruesos mofletes y una boca ancha, que parece permanentemente fruncida. Tiene los pómulos altos y afilados, los ojos estrechos, las cejas arqueadas plateadas. No obstante, aparenta menos edad de sus casi setenta años. Camina hacia Adán con vigor y energía. Sus piernas cortas y pesadas no tiemblan.

Tirofijo mira a Adán un momento, como tomándole la medida, y después indica una *ramada* de paja bajo la cual hay una mesa y unas cuantas sillas. Se sienta y señala con un gesto a Adán para que haga lo mismo.

—Sé que colaboró en la Operación Niebla Roja —dice sin más preámbulos.

—No fue una cuestión política —dice Adán—. Simples negocios.

—Sabe que podría retenerle para pedir rescate —dice Tirofijo—. O podría ordenar que le mataran ahora mismo.

—Y usted sabe —replica Adán— que tal vez solo me sobreviviría una semana.

Tirofijo asiente.

—Bien, ¿de qué tenemos que hablar? —pregunta Adán.

Tirofijo saca un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta y ofrece uno a Adán. Cuando Adán niega con la cabeza, Tirofijo se encoge de hombros y enciende el cigarrillo, y da una larga calada.

—¿Cuándo nació usted? —pregunta.

—En mil novecientos cincuenta y tres.

—Yo empecé a luchar en mil novecientos ochenta y cuatro —dice Tirofijo

—. Durante un período que ahora llaman de la « Violencia » . ¿Ha oído hablar de eso?

—No.

Tirofijo asiente.

—Yo era leñador, y vivía en un pueblo pequeño. En aquellos tiempos, no estaba politizado. Izquierda, derecha, todo era indiferente a la madera que cortaba. Una mañana estaba en las colinas cortando leña cuando la milicia local de extrema derecha entró en nuestro pueblo, reunió a todos los hombres, lesató los brazos a la espalda y los degolló. Dejó que se desangraran hasta morir como cerdos, en la plaza del pueblo, mientras violaban a sus mujeres e hijas. ¿Sabe por qué lo hicieron?

Adán niega con la cabeza.

—Porque los aldeanos habían permitido que un grupo de izquierdas cavara un pozo para el pueblo —dice Tirofijo—. Aquella mañana, cuando volví, encontré los cadáveres tirados en el polvo. Mis vecinos, mis amigos, mi familia. Volví a las colinas, esta vez para unirme a las guerrillas. ¿Por qué le he contado esta historia? Porque usted puede decir que es apolítico, pero el día que vea a sus amigos y familiares tirados en el suelo, tomará conciencia política.

—Existe el dinero y la falta de dinero —dice Adán—, el poder y la falta de poder. Y punto.

—¿Lo ve? —sonríe Tirofijo—. Ya es medio marxista.

—¿Qué quiere de mí?

Armas.

Tirofijo tiene mil doscientos combatientes y planes para aumentarlos hasta treinta mil más. Pero solo tiene ocho mil rifles. Adán Barrera tiene dinero y aviones. Si sus aviones pueden sacar cocaína, tal vez puedan introducir rifles.

Por lo tanto, si quiero proteger mi fuente de cocaína, comprende Adán, tendré que hacer lo que quiere este viejo guerrero. Tendré que conseguirle armas para proteger su territorio de las milicias de extrema derecha, el ejército y, también, de los norteamericanos. Es una necesidad práctica, que a la vez entraña una dulce venganza.

—¿Ha pensando en algún tipo de trato? —pregunta.

Sí.

Algo sencillo, dice Tirofijo.

Un kilo igual a un rifle.

Por cada rifle que Adán introduzca, las FARC permitirán que un kilo de cocaína se venda desde su territorio, a un precio rebajado para reflejar el coste del arma. Eso para un rifle normal. El AK-47 es el arma elegida, pero los M-16 o M-2 norteamericanos también son aceptables, siempre que las FARC puedan conseguir la munición adecuada gracias a los soldados o milicianos de extrema derecha capturados. Para otras armas —y Tirofijo ansia con desesperación

lanzacohetes—, permitirán un kilo y medio, o incluso dos kilos.

Adán acepta sin negociar. Se le antoja que sería inapropiado regatear, casi antipatriótico. Además, este trato funcionará. Si —y es un «sí» muy grande— es capaz de apoderarse de armas suficientes.

—Trato hecho —dice Adán.

Tirofijo le estrecha la mano.

—Un día se dará cuenta de que todo es política, y actuará basándose en el corazón, no en el bolsillo.

Aquel día, le dice Tirofijo, descubrirá su alma.

Nora deja ropa sobre la cama de su suite de un pequeño hotel de Puerto Vallarta, camisas y el traje que compró para Adán en La Jolla.

—¿Te gusta?

—Me gusta.

—Apenas los has mirado.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Nora se acerca y le abraza—. Solo dime en qué estás pensando.

Escucha con atención mientras Adán describe el cambio logístico al que se enfrenta: dónde conseguir la cantidad de armas militares que necesita para cumplir su parte del trato con Tirofijo. Es relativamente fácil conseguir algunas armas aquí y allá (Estados Unidos es, básicamente, un gran supermercado de armas), pero los miles de rifles que necesitará durante los próximos meses es algo que el mercado negro norteamericano no le puede proporcionar.

Y, no obstante, las armas tendrán que llegar a través de Estados Unidos, no de México. Así como los yanquis se ponen como locos por la entrada de drogas en su territorio, los mexicanos son todavía más fanáticos con respecto a las armas. Cuando Washington se queja de los narcóticos procedentes de México, Los Pinos contesta con quejas sobre las armas que entran desde Estados Unidos. Es un constante motivo de irritación en las relaciones entre ambos países el hecho de que los mexicanos parezcan considerar más peligrosas las armas que las drogas. No entienden por qué, en Estados Unidos, te cae una sentencia más larga por traficar con un poco de marihuana que por vender montones de armas.

No, el gobierno mexicano es muy sensible a las armas, tal como corresponde a un país que cuenta con un largo historial de revoluciones. Todavía más ahora, con la insurgencia de Chiapas. Tal como dice Adán a Nora, es imposible que pueda introducir tal cantidad de armas en México de una forma directa, aunque encuentre suministrador. Las armas tendrán que entrar por Estados Unidos, serán introducidas de contrabando a través de Baja, cargadas en 727 y transportadas a Colombia.

—¿Puedes conseguir esa cantidad de armas?—pregunta Nora.

—Tengo que hacerlo —contesta Adán.

—¿Dónde?

Hong Kong

1997

La primera impresión de Hong Kong siempre es asombrosa.

En primer lugar, el interminable vuelo a través del Pacífico, sin nada más que horas y horas de agua azul debajo, y de pronto aparece la isla, un retazo verde esmeralda con altas torres que brillan al sol, y detrás las impresionantes colinas.

Adán nunca había estado allí. Ella sí, varias veces, y le va señalando a través de las ventanillas los lugares más característicos: la isla de Hong Kong, Victoria Peak, Kowloon, el puerto.

Se hospedan en el hotel Península.

La idea de Nora es alojarse en Kowloon, en el continente, en lugar de decantarse por uno de los modernos hoteles para ejecutivos de la isla. Le gusta el encanto colonial del Península, cree que a él le gustará también, y además, Kowloon es un barrio mucho más interesante, sobre todo de noche.

El hotel es del agrado de Adán, su elegancia a la antigua usanza le atrae. Se sientan en la antigua terraza (ahora acristalada), con su vista del puerto y el embarcadero del ferry, y toman una merienda inglesa completa (que ella pide), mientras esperan a que su suite esté preparada.

—Aquí es donde descansaban los antiguos señores del opio —dice Nora.

—¿De veras? —pregunta Adán. Sus conocimientos de historia son muy limitados, incluso la relacionada con el tráfico de drogas.

—Claro —dice ella—. Por eso los ingleses se apoderaron de Hong Kong. Lo conquistaron durante la guerra del Opio.

—¿La guerra del Opio?

—En la década de mil ochocientos cuarenta —explica Nora—, los ingleses declararon la guerra a los chinos para obligarles a permitir el comercio de opio.

—Bromeas.

—No —dice Nora—. Como parte del tratado de paz, los comerciantes de opio ingleses consiguieron vender su producto en China, y la corona británica convirtió Hong Kong en colonia. Así tenían un puerto para proteger el opio. El ejército y la marina protegían la droga.

—Nada cambia —dice Adán—. ¿Cómo sabes todas estas cosas?

—Leo —dice Nora—. De todos modos, pensé que te gustaría estar aquí.

Y así es. Adán se reclina, bebe su Darjeeling, unta su bollo con crema espesa

y mermelada, y se siente como si fuera el continuador de una larga tradición.

Cuando entran en su habitación, se derrumba en la cama.

—No querrás ponerte a dormir —dice ella—. Nunca podrás superar el jet lag.

—No puedo mantenerme despierto —murmura Adán.

—Yo te mantendré despierto.

—Ah, ¿sí?

Oh, sí.

Después se duchan y ella le dice que ya ha planificado el resto del día y la noche, si está dispuesto a ponerse en sus manos.

—¿No acabo de hacerlo? —pregunta él.

—¿No te lo has pasado bien? —pregunta Nora.

—Era yo el que chillaba.

—La coordinación es fundamental —dice Nora mientras él se afeita—. Date prisa.

Se da prisa.

—Esta es una de las cosas que más me gusta hacer en el mundo —explica Nora mientras se encaminan al embarcadero del Star Ferry. Compra los billetes y esperan unos minutos, y después suben al ferry. Ella escoge asientos en la parte de babor del viejo barco, rojo como un coche de bomberos, con la mejor vista del centro de Hong Kong mientras se dirigen a la isla. A su alrededor, barcas de pesca, lanchas motoras, juncos y sampanes surcan el puerto.

Cuando atracan, ella le insta a salir de la terminal.

—¿A qué vienen tantas prisas? —pregunta Adán cuando ella le agarra del codo y le empuja hacia delante.

—Ya lo verás, y a lo verás. Venga.

Le guía por Garden Road hasta la base de Victoria Peak, donde suben al Tram. El Tram, un funicular, asciende la pendiente empinada.

—Es como una atracción de feria —dice Adán.

Llegan al observatorio justo antes de ponerse el sol. Es lo que ella quiere que vea. Se quedan en la terraza mientras el cielo se tiñe de rosa, después de rojo, y luego se sume en la oscuridad, en tanto las luces de la ciudad se encienden como un ramillete de diamantes sobre una almohada de raso negro.

—Jamás había visto algo semejante —dice Adán.

—Estaba segura de que te gustaría —contesta ella.

Adán se vuelve y la besa.

—Te quiero —dice.

—Yo también te quiero.

Se reúnen con los chinos la tarde siguiente.

Tal como habían acordado, una lancha motora recoge a Nora y Adán en el puerto de Kowloon y les conduce hacia el centro de la bahía, donde suben a un junco que está esperando, en el cual realizan el largo trayecto hasta Silver Mine Bay, en la costa este de Lantau Island. Aquí, el junco desaparece entre una flota de otros miles de juncos y sampanes, en los que vive la « gente de los barcos ». Su junco se abre camino entre el laberinto de muelles, dársenas y barcos anclados, antes de detenerse junto a un sampán grande. El capitán dispone una tabla entre su barco y el sampán, y Nora y Adán cruzan.

Tres hombres están sentados a una pequeña mesa, bajo el dosel en forma de arco que cobija la parte media del barco. Se levantan cuando ven subir a bordo a Nora y a Adán. Dos de los hombres son mayores. Uno de ellos, repara enseguida Nora, tiene los hombros cuadrados y la postura rígida de un militar. El otro es más informal y algo encorvado: el hombre de negocios. El tercero es un joven, muy nervioso en presencia de sus superiores. Tiene que ser el traductor, piensa Nora.

El joven se presenta en inglés como señor Yu, y Nora traduce sus palabras al español, aunque Adán sabe suficiente inglés para seguir la conversación básica. Pero eso sirve de pretexto a Nora para estar presente, y se ha vestido para la ocasión con un traje gris corriente, blusa color marfil de cuello alto y unas joyas muy sencillas.

De todos modos, el oficial, el señor Li, no pasa por alto su belleza, y se inclina cuando le presentan, ni tampoco el hombre de negocios, el señor Chen, que sonríe y está a punto de besarle la mano. Una vez efectuadas las presentaciones, se sientan para tomar el té y hablar de negocios.

Resulta frustrante para Adán que la primera parte de la reunión se limite a una serie inacabable de trivialidades y cumplidos, todavía más tediosos debido a la doble capa de traducción del mandarín al inglés, después del inglés al español, y vuelta a empezar. Le gustaría ir directo al grano, pero Nora le ha advertido de que es una parte necesaria de la ceremonia de los negocios en China, y de que sería considerado un socio grosero, y por tanto de nula confianza, si interrumpiera el proceso. De modo que se queda sentado y sonríe durante toda la conversación sobre lo bonito que es Hong Kong, después sobre la belleza de México, de lo maravillosa que es su comida, de lo encantador e inteligente que es el pueblo mexicano. A continuación, Nora alaba la calidad del té, y el señor Li responde que es basura inmundada, y entonces Nora le dice que ya le gustaría tener « basura » como esa en Tijuana, y el señor Li se ofrece a enviarle un poco si insiste, pese al hecho de que es indigno de ella, y así sucesivamente, hasta que el señor Li (un general de alto rango del Ejército Popular de Liberación) hace una seña casi imperceptible en dirección al joven señor Yu, que empieza a hablar de negocios en serio.

Una compra de armas.

Lo cual requiere capas y capas de traducción, a pesar de que Li habla un más que aceptable inglés. Pero el proceso de traducción le concede tiempo para pensar y conferenciar con Chen, un ejecutivo de la Guangdong Overseas Shipping Company (GOSCO), y, además, mantiene viva la alegre ficción de que esta mujer extraordinaria es una traductora y no la amante de Barrera, como todo el mundo sabe en los círculos diplomáticos de Ciudad de México. Ha sido necesario tiempo para montar la reunión, tiempo y delicadas maniobras, y los chinos han hecho los deberes. Saben que el traficante de drogas mantiene relaciones con una famosa cortesana, que es, como mínimo, una mujer de negocios tan inteligente y agresiva como su amante. Así que Li escucha con paciencia, mientras Yu habla con la mujer y la mujer habla con Barrera, aunque todos saben ya que ha venido para comprar armas que ellos ansían vender, de lo contrario no estaría aquí.

« ¿Qué clase de armamento? »

« Rifles. AK-47 » .

« Ustedes los llaman "cuernos de chivo". Me parece muy adecuado. ¿Cuántos desea adquirir? »

« Al principio, un pedido pequeño. Tal vez un par de miles » .

El tamaño del pedido asombra a Li. Y le impresiona que Barrera (o quizá fue la mujer) se tomara la molestia de describirlo como un pedido « pequeño », lo cual les confiere mucha dignidad. La cual perderé si no consigo satisfacer un pedido tan « pequeño ». También me ha gustado el hecho de que esgrimieran ese « al principio » a modo de cebo. Para informarme de que, si soy capaz de satisfacer su gigantesco pedido, vendrán más.

Li se vuelve hacia Adán.

« No solemos trabajar con cifras tan pequeñas » .

« Sabemos que nos están haciendo un favor. Tal vez podríamos conseguir que valiera la pena tomarse tantas molestias si adquiriéramos también armamento pesado. Digamos lanzacohetes KPG-2 » .

« ¿Lanzacohetes? ¿Esperan que estalle una guerra? »

Nora contesta.

« El pueblo chino, tan amante de la paz, sabe que a veces no se compran armas para declarar una guerra, sino para impedir la necesidad de declararla. Sun Tzu escribió: "Ser invencible depende de uno mismo. Ser vulnerable, del enemigo" » .

Nora ha invertido bien las largas horas en el avión. Li está impresionado.

« Por supuesto —dice Li—, teniendo en cuenta el modesto volumen, no podríamos ofrecer el mismo precio que en pedidos de mayor cuantía » .

« Teniendo en cuenta que nuestro pedido es el principio de lo que esperamos sea una larga relación comercial —contesta Adán—, confiamos en que, como gesto de buena voluntad, nos ofrezcan un precio que nos permita acudir a ustedes

en futuras ocasiones» .

« ¿Está diciendo que no puede pagar el precio total?» .

« No, estoy diciendo que no pagaré el precio total» .

Adán también ha hecho los deberes. Sabe que el EPL es tanto un negocio como la fuerza de defensa nacional, y que Beijing lo está sometiendo a una gran presión para conseguir ingresos. Necesitan este acuerdo tanto como yo, piensa, tal vez más, y el tamaño del pedido no es para hacerle ascos, en absoluto. Así que vas a aceptar mi precio, mi general, sobre todo si...

« Por supuesto —añade—, pagaríamos en dólares norteamericanos. En metálico» .

Porque el EPL no solo está sometido a presión para obtener ingresos, sino también para conseguir divisas extranjeras, y deprisa, y no quieren *pesos* mexicanos inestables, sobre todo en papel. Quieren los billetes verdes norteamericanos. El ciclo satisface a Adán: dólares norteamericanos para China a cambio de armas, rifles para Colombia a cambio de cocaína, cocaína para Estados Unidos a cambio de dólares norteamericanos...

A mí me va bien.

A los chinos también. Dedicán las tres horas siguientes a repasar los detalles: precios, fechas de entrega.

El general arde en deseos de cerrar el trato. Y el ejecutivo también. Y Beijing. GOSCO no solo está construyendo instalaciones en San Pedro y Long Beach, también las está construyendo en Panamá. Y comprando enormes extensiones de tierra a lo largo del canal que no solo parte en dos a la flota norteamericana, sino que también se sienta a horcajadas sobre las dos insurgencias izquierdistas emergentes de Centroamérica: la guerra de las FARC en Colombia y la insurrección zapatista en el sur de México. Que los norteamericanos se ocupen por una vez de su propio hemisferio. Que se preocupen más de los apuros de Panamá que de eso llamado Taiwán.

No, este acuerdo con el cártel de los Barrera solo puede aumentar la influencia china en el patio trasero de los norteamericanos, mantenerlos ocupados apagando incendios comunistas, y obligarles también a gastar recursos en su Guerra contra las Drogas.

Aparece una botella de vino y brindan por la amistad.

—*Wan swei* —dice Nora.

Diez mil años.

Dentro de seis semanas, un cargamento de dos mil AK-47 y seis docenas de lanzagranadas, con munición suficiente, será enviado desde Guangzhou a bordo de un carguero de GOSCO.

Una semana después de regresar de Hong Kong, Nora cruza la frontera en Tecate, y después recorre el largo camino a través del desierto hasta llegar a San Diego. Se registra en el hotel Valencia y pide una suite con vistas a la La Jolla Cove y al mar. Haley se reúne con ella y cenan en Top of the Cove. El negocio va bien, le dice Haley.

Nora se acuesta temprano y se levanta temprano. Se pone una sudadera y corre un buen rato alrededor de La Jolla Cove, por el sendero que bordea los acantilados. Regresa cansada y sudorosa, pide su habitual pomelo y café al servicio de habitaciones y se ducha, mientras espera a que le suban el desayuno.

Después se viste y va de compras a La Jolla Village. Puede ir andando a todas las tiendas de moda, y ya va cargada de bolsas antes de llegar a su tienda favorita, donde elige tres vestidos y se los lleva al probador.

Unos minutos después, sale con dos de los vestidos y los deja sobre el mostrador.

—Me llevo estos. He dejado el rojo en el probador.

—Ya lo cuelgo y o —dice la propietaria.

Nora le da las gracias, sonríe y vuelve a salir al soleado atardecer de La Jolla. Decide que le apetece cocina francesa para comer y consigue una mesa en la Brasserie sin problemas. Pasa el resto de la tarde viendo una película y echando una larga siesta. Se levanta, pide un consomé para cenar, se pone uno de sus vestidos negros, y se recompone el pelo y el maquillaje.

Art Keller aparca a tres manzanas de distancia de la Casa Blanca y recorre a pie el resto del camino.

Se siente solo. Tiene su trabajo y poca cosa más.

Cassie tiene ya dieciocho años, pronto se graduará en Parkman. Michael tiene dieciséis, cursa primer año en la Bishop's School. Art va a los partidos de voleibol de Cassie y a los certámenes de natación de Michael, y sale con los chicos después si no han quedado con sus amigos. Se encuentran una vez al mes en su apartamento del centro. Art lleva a cabo esfuerzos extravagantes por entretenerlos, pero casi siempre se quedan junto a la piscina del complejo con los demás «padres de visita» y sus hijos. A los suyos cada vez les molestan más estas visitas obligadas, que interfieren en su vida social.

Art lo comprende, y por lo general permite que las cancelen con un «La próxima vez» falsamente alegre.

No sale con mujeres. Ha mantenido un par de relaciones breves con mujeres divorciadas (polvos fáciles programados entre las exigencias de la profesión y de las familias monoparentales), pero fueron más tristes que satisfactorias, por lo que no tardó en dejar de intentarlo.

De modo que casi todas las noches las pasa en compañía de los muertos.

Nunca están demasiado ocupados y no escasean. Ernie Hidalgo, Pilar Talavera y sus hijos, Juan Parada. Todos ellos, bajas colaterales de la guerra privada de Art contra los Barrera. Le van a ver de noche, charlan con él, le preguntan si ha valido la pena.

De momento, la respuesta es no.

Art está perdiendo la guerra.

El cártel de los Barrera consigue ahora unos beneficios de unos ocho millones de dólares a la semana. La mitad de la cocaína y un tercio de la heroína que llega a las calles de Estados Unidos proceden del cártel de Baja. Prácticamente toda la metanfetamina al oeste del Mississippi tiene su origen en los Barrera.

Nadie osa retar en México el poder de Adán. Ha puesto en pie de nuevo la Federación de su tío, y es el *patrón* indiscutible. Ninguno de los restantes cárteles le disputa la influencia. Además, Barrera ha asegurado su propio suministro de cocaína en Colombia. Es independiente de Cali o Medellín. El negocio de los Barrera es autosuficiente desde la planta de coca hasta la esquina, desde la flor de la amapola a la galería de tiro, desde la sinsemilla hasta el ladrillo que llega a las calles, desde la efedrina base hasta la piedra de meta de crystal.

El cártel de Baja es un negocio de polidrogas verticalmente integrado.

Eso sin contar los negocios « legales ». El dinero de los Barrera está invertido en las *maquiladoras* que hay junto a la frontera, en bienes raíces de todo México (sobre todo en las ciudades costeras de Puerto Vallarta y Cabo San Lucas) y del sudoeste de Estados Unidos, y en la banca, incluidos varios bancos y cooperativas de crédito de Estados Unidos. Los mecanismos financieros del cártel están íntimamente entrelazados con los negocios más saneados y poderosos de México.

Art llega a la puerta de la Casa Blanca y toca el timbre.

Haley Saxon sale al vestíbulo para recibirle.

Sonríe como una profesional y le entrega la llave de una habitación de arriba.

Nora está sentada en la cama.

Espléndida con su vestido negro.

—¿Estás bien? —pregunta Art.

El vestido rojo era la señal de que debía verle en persona. Durante más de dos años, le está dejando mensajes en lugares previamente convenidos de toda la ciudad.

Fue Nora quien le facilitó los detalles de la reunión de los hermanos Orejuela con Adán, la información que permitió a la DEA detenerlos cuando volvían a Colombia.

Nora fue quien le puso al día sobre la nueva organización de la Federación.

Nora le ha facilitado cientos de informaciones, a partir de las cuales ha conseguido deducir miles más. Gracias sobre todo a ella, posee una gráfica de la organización de los Barrera en Baja y en California. Rutas de entrega, pisos

francos, correos. Cuando entraban las drogas, cuando salía el dinero, quién mató a quién y por qué.

Ella ha arriesgado su vida para proporcionarle esta información durante sus «expediciones de compras» a San Diego y Los Ángeles, en sus visitas a balnearios, en cualquier viaje que hace fuera de México y sin Adán.

El método que utilizan es de una sencillez sorprendente. La verdad es que los cárteles de la droga cuentan con mayor presupuesto y mejor tecnología que Art, y que no se les aplican restricciones constitucionales. Por lo tanto, la única forma de acabar con la superioridad tecnológica de los Barrera es acudir a la tecnología tradicional: Nora se sienta en la habitación de su hotel, escribe su información y la envía a Art a un apartado de correos que tiene bajo un nombre falso.

Nada de móviles.

Nada de internet.

El correo de Estados Unidos, eficaz como siempre.

A menos que se produzca una emergencia. En tal caso, tiene que dejar un vestido rojo en un probador. La propietaria de la tienda se enfrentaba a una acusación de posesión que habría podido enviarla a la cárcel durante cinco años. En cambio, accedió a hacer este favor al Señor de la Frontera.

—Estoy bien —contesta Nora.

Lo que está es furiosa.

No, furiosa no es la palabra adecuada para describir su estado de ánimo, piensa mientras mira a Art Keller. Dijiste que con mi ayuda detendrás a Adán enseguida, pero han pasado dos años y medio. Dos años y medio de fingir amar a Adán Barrera, de aceptar a un hombre al que odio en mi fuero interno, de sentirle en la boca, en el coño, en el culo, y fingir que me encanta. Fingir que amo a este monstruo que asesinó al hombre al que amaba de verdad, para después guiarle, moldearle, ayudarle a conseguir el poder para cometer más iniquidades. No sabes lo que es (no, no puedes) despertar por la mañana con eso a tu lado, reptar entre sus piernas, abrir las tuyas, gritar como si tuvieras de verdad un orgasmo, sonreír y reír y compartir comidas y conversaciones, todo el tiempo viviendo una pesadilla, a la espera de que tú actúes.

Y hasta el momento, ¿qué has hecho? Aparte de detener a los Orejuela, nada.

Ha estado con esta información durante dos años y medio, a la espera del momento adecuado para actuar.

—Esto es demasiado peligroso —dice Art.

—Confío en Haley —dice ella—. Quiero que entres en acción. Ya.

—Adán aún es intocable. No quiero que...

Ella le explica el acuerdo de Adán con las FARC y los chinos.

Art la mira con admiración. Sabía que era lista (no le ha perdido la pista en todo este tiempo), pero ignoraba que era tan perspicaz. Lo ha pensado todo de principio a fin.

Ya lo creo que sí, piensa Nora. Ha estado leyendo hombres toda su vida. Ve el cambio transparentarse en su rostro, los ojos que se iluminan de emoción. A cada hombre le excita algo. Ha visto todas las modalidades, y ahora es el turno de Art Keller.

Venganza.

Igual que yo.

Porque Adán ha cometido una grave equivocación. Está haciendo justo lo que podría destruirle.

Y ambos lo sabemos.

—¿Quién más sabe lo del cargamento de armas? —pregunta Art.

—Adán, Raúl y Fabián Martínez —contesta Nora—. Y yo. Y ahora, tú.

Art sacude la cabeza.

—Si intervengo en esto, sabrán que has sido tú. No puedes volver.

—Voy a volver —replica Nora—. Sabemos lo de San Pedro y lo de GOSCO. Pero no sabemos qué barco, qué muelle...

Y aunque puedas conseguir esa información, piensa Art, lanzar la redada será como matarte.

—¿Quieres follarme, Art? —pregunta Nora cuando él se dispone a marcharse

—. Para que resulte más realista, por supuesto.

Su soledad es palpable, piensa.

Tan fácil de tocar.

Abre las piernas apenas.

Él vacila.

Es una pequeña venganza por dejarla «dormir» durante tanto tiempo, pero le sienta bien.

—Estaba bromeando, Art.

Él capta el mensaje.

Desquite.

Sabe que dejar a un agente secreto en el mismo lugar durante tanto tiempo como ha hecho él es una insensatez. Seis meses es mucho tiempo, un año es lo máximo. No pueden durar tanto. Se desquician, se queman, la información que proporcionan les delata, el tiempo se acaba.

Y Nora Hayden no es una profesional. En términos estrictos, ni siquiera es una agente secreta, sino un informador confidencial. Da igual. Ha estado ejerciendo durante demasiado tiempo.

Pero no habría podido utilizar los datos que me facilitó en México, porque Barrera está bajo protección mexicana. Y no habría podido utilizar sus datos en Estados Unidos, porque tal vez la habría puesto en peligro antes de acabar con Adán de una vez por todas.

La frustración ha sido espantosa. Nora le ha proporcionado suficiente información para destruir la organización de los Barrera de la noche a la

mañana, y no ha podido utilizarla. Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que el Señor de los Cielos volara demasiado cerca del Sol.

Y ahora lo ha hecho.

Es hora de apretar el gatillo. Y de sacar a Nora.

Podría detenerla en este momento, piensa. Bien sabe Dios que me sobran los pretextos. Detenerla, ponerla en una situación comprometida, y de esa forma nunca podría volver. Conseguirle una nueva identidad y una nueva vida.

Pero no lo va a hacer.

Porque todavía la necesita cerca de Adán, un tiempo más. Sabe que está poniendo a prueba su suerte, pero permite que salga de la habitación.

—Necesito pruebas —dice John Hobbs.

Pruebas sólidas y tangibles para enseñar al gobierno mexicano antes de pensar siquiera en animarles a lanzar una ofensiva contra Adán Barrera.

—Tengo una fuente —dice Art.

Hobbs asiente. Sí, continúa.

—No puedo revelar su identidad —contesta Art.

Hobbs sonríe.

—¿No eres tú quien inventó una fuente que no existía?

¿Y ahora, Keller, con su obsesión con los Barrera, viene con una historia acerca de que Adán Barrera ha llegado a un acuerdo con las FARC para importar armas chinas a cambio de cocaína? ¿Algo que apoyaría con solidez la guerra de la CIA contra los Barrera? Es demasiado conveniente.

Art lo comprende. Que viene el lobo.

—¿Qué clase de prueba? —pregunta.

—El cargamento de armas sería estupendo, por ejemplo.

Pero ahí está el dilema, piensa Art. Trincar el cargamento de armas delataría a quien estoy intentando proteger. Si pudiera lograr que Hobbs presionara a Ciudad de México para lanzar un ataque preventivo contra los Barrera, no sería necesario poner en peligro a Nora. Pero para conseguir que lancen el ataque, tengo que destapar el cargamento de armas, y la única persona que me lo puede conseguir es Nora.

Pero si lo hace, es persona muerta.

—Vamos, John —dice—, podrías fingir que lo has descubierto desde China. Señales de radio marítimas interceptadas, tráfico de internet, satélites espía... Di que tienes un informador en Beijing.

—¿Quieres que ponga en peligro fuentes valiosas de Asia para proteger a algún traficante de drogas que te has agenciado? Por favor.

Pero se siente tentado.

Los zapatistas de Chiapas están más activos que nunca, y por lo visto sus filas

se han nutrido en fecha reciente de refugiados procedentes de Guatemala, de modo que existen posibilidades de que la insurgencia comunista se vaya propagando de región a región.

Y un nuevo grupo insurgente de izquierdas, el Ejército Popular Revolucionario (EPR), apareció en junio durante un funeral en memoria de los campesinos de Guerrero asesinados por milicias de extrema derecha. Después, hace pocas semanas, el EPR lanzó ataques simultáneos contra puestos de policía de Guerrero, Tabasco, Puebla y el propio México, en los que mataron a dieciséis agentes de policía e hirieron a otros veintitrés. El Vietcong empezó con más humildad, piensa Hobbs. Ofreció a sus homólogos de inteligencia mexicanos ayuda contra el EPR, pero los mexicanos, siempre sensibles a las interferencias neoimperialistas de los yanquis, la rechazaron.

Una estupidez, piensa Hobbs, porque basta con echar un rápido vistazo al mapa para darse cuenta de que la insurgencia comunista se está extendiendo hacia el norte desde Chiapas, alimentada por la devastación económica de la crisis del *peso* y los desajustes causados por la implementación del TLCAN.

México está basculando al borde de la revolución, y todo el mundo, salvo los avestruces, lo saben. Incluso Defensa reconoce la posibilidad. Hobbs acaba de leer los planes de contingencia ultrasecretos para una invasión estadounidense de México en el caso de un derrumbe social y económico total. Dios, con un Castro en Cuba ya es suficiente. ¿Te imaginas un subcomandante Marcos gobernando desde Los Pinos? ¿Un gobierno marxista que comparte una frontera de tres mil kilómetros con Estados Unidos? ¿Teniendo en cuenta que todos los estados de esa frontera pronto serán de mayoría hispana? Pero, por Dios, ¿no les daría un ataque a los mexicanos si se enteraran de ese informe?

No, los mexicanos solo pueden aceptar ayuda militar norteamericana a través del velo de la Guerra contra las Drogas. Pasa lo mismo con el Congreso, piensa Hobbs. El Síndrome de Vietnam impide que el Congreso autorice un solo centavo para lanzar guerras encubiertas contra los comunistas, pero siempre tiene abierta la caja de caudales para luchar contra las drogas. Así que no vayas al Capitolio para decirles que estás ayudando a tus aliados y vecinos a defenderse de la guerrilla marxista. No, envía a tus partidarios de la DEA a pedir dinero para impedir que las drogas lleguen a las manos de los jóvenes norteamericanos.

De modo que el Congreso jamás autorizaría, ni el gobierno mexicano aceptaría sin más, la oferta de setenta y cinco helicópteros Huey y una docena de aviones C-26 para luchar contra los zapatistas y el EPR, pero el Congreso ha destinado el mismo paquete para ayudar a los mexicanos a acabar con los traficantes de droga, y el equipo será entregado con discreción al ejército mexicano para que lo utilice en Chiapas y en Guerrero.

¿Y ahora tenemos al *patrón* de la Federación proporcionando armas a los insurgentes comunistas de Colombia? Eso animaría a los mexicanos.

Art juega su última carta.

—¿Vas a permitir que un cargamento de armas vaya a parar a manos de los insurgentes comunistas de Colombia? Por no hablar del aumento de la influencia china en Panamá.

—No —dice Hobbs con calma—. Tú lo estás permitiendo.

—Que te jodan, John —replica Art—. Si esto se hunde, la CIA no se lleva nada. Yo no comparto información, bienes, logros, nada.

—Dime quién es el informador, Art.

Art le mira fijamente.

—Entonces, consígueme las armas —dice Hobbs.

Pero es que no puedo, piensa Art. No hasta que Nora me diga dónde están.

México

También se está celebrando una reunión en el rancho Las Bardas. Entre Adán, Raúl y Fabián.

Y Nora.

Adán insistió en que la incluyeran. La verdad es que el acuerdo no habría sido posible sin ella.

A Raúl no le sienta bien.

—¿Desde cuándo nuestras *baturras* se meten en nuestros asuntos? —pregunta a Fabián—. Debería quedarse en el dormitorio, que es su lugar. Que abra las piernas, pero la boca no.

Fabián lanza una risita. A él sí que le gustaría abrir las piernas de la Güera, y también la boca. Es el *chocho* más exquisito que ha visto en su vida. Está perdiendo el tiempo con un enclenque como Adán, piensa. Ven conmigo, *tragona*, te haré gritar.

Nora ve la expresión de su cara y piensa: Inténtalo, capullo. Adán ordenaría despellejarte vivo y asarte a fuego lento. Yo llevaría los malvaviscos.

Los chinos quieren cobrar al contado en metálico, y no aceptarán otra forma de pago, ni una transferencia, ni una serie de pagos blanqueados por mediación de empresas fantasma. Insisten en que tiene que ser absolutamente imposible seguir el rastro del pago, y la única forma es el pago al contado.

Y quieren que sea Nora quien se encargue de ello.

Para los chinos significa una garantía que Adán envíe a su adorada amante.

—De ninguna manera —dicen Adán y Raúl al mismo tiempo, aunque por motivos diferentes.

—Tú primero —dice Nora a Raúl.

—Tú y Adán no habéis hecho nada por ocultar vuestra relación —dice Raúl

—. La DEA debe de tener más fotos tuyas que mías. Si te arrestan, tienes mucha información dentro de esa bonita cabeza, y motivos para revelarla.

—¿Por qué habrían de detenerme?, ¿por acostarme con tu hermano? — replica Nora. Se vuelve hacia Adán—. Tu turno.

—Es demasiado peligroso —dice—. Si algo fuera mal, te caería la perpetua.

—Entonces, tenemos que asegurarnos de que nada salga mal —dice ella.

Expone su caso: No paro de cruzar la frontera en uno u otro sentido. Soy ciudadana norteamericana, con dirección en San Diego. Soy una rubia atractiva capaz de atravesar cualquier puesto de control flirteando. Y lo más importante, es lo que desean los chinos.

—¿Por qué? —pregunta Raúl de repente—. ¿Por qué quieres correr un riesgo así?

—Porque —dice ella sonriente—, a cambio, me haréis rica.

Espera a que asimilen la respuesta.

—Quiero al mejor tuneador de Baja —dice por fin Adán—. Máxima seguridad a ambos lados de la frontera. Fabián, que nuestra mejor gente de California se encargue de recoger la mercancía. Quiero que vayas en persona. Si algo le pasa a ella, los dos seréis responsables.

Se levanta y sale.

Nora sigue sentada y sonríe.

Raúl sigue a Adán hasta el jardín.

—¿En qué estás pensando, *hermano*? —pregunta—. ¿Qué le impediría denunciarnos? ¿Qué le impediría quedarse con el dinero sin pensarlo dos veces? ¡Es una puta, por el amor de Dios!

Adán gira en redondo y agarra a Raúl de la pechera de la camisa.

—Eres mi hermano y te quiero, Raúl, pero si vuelves a hablar de ella así, dividiremos el *pasador* y cada uno seguirá su camino. Ahora haz el favor de encargarte de tu trabajo.

Mientras Nora espera en la cola del paso fronterizo de San Isidro, el mejor tuneador de Baja está sentado en una silla del décimo piso de un edificio de apartamentos que domina el punto de control. Está un poco nervioso porque le han pedido que garantice su trabajo: si registran el coche, Raúl Barrera le meterá un balazo en la nuca.

—Para que te sientas más motivado —dice Raúl.

No sabe adónde va el coche, no sabe quién lo conduce, pero sí sabe que no es normal que el dinero suba hacia el norte en lugar de bajar hacia el sur. Ha construido escondites en todo el Toyota Camry, y va cargado de millones de dólares norteamericanos. Sólo desea que a la Patrulla de Fronteras no se le ocurra pesar el coche.

Lo mismo piensa Nora. No está demasiado preocupada por una inspección visual, ni siquiera por los perros, porque los han adiestrado para oler drogas, no dinero. Aun así, han empapado con zumo de limón los fajos de billetes de cien dólares para neutralizar cualquier olor. Y el coche es nuevo. Nunca lo han utilizado para transportar droga, de modo que no hay ningún aroma residual.

No obstante, han dejado restos de arena en el suelo del conductor, y también en el asiento trasero, con algunas toallas húmedas, una sudadera con capucha y un par de chancletas viejas.

La espera de hoy en la frontera es de una hora y media, lo cual es un coñazo. Pero Adán insistió en que cruzara un domingo por la tarde, cuando hay más tráfico, miles de norteamericanos que vuelven a casa después de pasar el fin de semana en los centros de ocio baratos de Ensenada y Rosarita. Por lo tanto, Nora tiene mucho tiempo para pasarse al tercer carril, donde el agente de la Patrulla de Fronteras de servicio está en la nómina de los Barrera.

Nada se ha dejado al azar, por otra parte. Raúl se encuentra ante la ventana del apartamento y mira por unos prismáticos. Hay tres edificios de apartamentos que dominan la frontera desde el lado mexicano, y los Barrera son propietarios de los tres. Raúl ve que su agente de la Patrulla de Fronteras ocupa su puesto y alza la vista hacia el edificio de apartamentos.

Raúl teclea unos números en su busca.

El busca de Nora zumba y ve el número 666 en la diminuta pantalla, el código de los narcos para comunicar que no hay problemas. Hace una señal en dirección al conductor del Ford Explorer que lleva delante. El hombre la está mirando por el retrovisor y se desvía hacia el tercer carril, con el fin de que Nora le siga. El jeep Cherokee que viene detrás hace lo mismo para dejarle sitio. Suenan bocinas, se hacen cortes de mangas, pero Nora se coloca en el tercer carril.

Lo único que tiene que hacer ahora es esperar y ahuyentar a los escuadrones de vendedores ambulantes que recorren las colas de coches vendiendo sombreros, *milagros*, rompecabezas de porespán con el plano de México, gaseosas, *tacos*, *burritos*, camisetas, gorras de béisbol, cualquier cosa, a la gente aburrida que espera para cruzar. La cola de la frontera es un largo y estrecho mercado al aire libre, y Nora compra un sombrero hortera, un poncho y una camiseta con el lema MI NOVIA FUE A TIJUANA Y SOLO COMPRÓ ESTA HORRENDA CAMISETA, con el fin de reforzar su pinta de turista, y también porque siempre siente pena por los vendedores callejeros, en especial los niños.

Está a tres coches de distancia del punto de control cuando Raúl mira por los prismáticos y grita:

—¡Joder!

El tuneador pega un bote en su silla.

—¿Qué pasa?

—Están cambiando el turno. Mira.

Raúl mira. Un supervisor de la Patrulla de Fronteras está cambiando a los agentes a colas diferentes. Es una práctica común, pero el momento elegido no parece una simple coincidencia.

—¿Sabrán algo? —pregunta el tuneador—. ¿Tenemos que abortar el plan?

—Demasiado tarde —contesta Raúl—. Ya no puede dar media vuelta.

La frente del tuneador se perla de sudor.

Nora ve que han cambiado al agente y piensa: Dios, por favor, ahora no, cuando estoy tan cerca. Siente que su corazón se acelera y lleva a cabo un esfuerzo deliberado por respirar lenta y profundamente. Los agentes de la frontera están entrenados para detectar signos de angustia, se dice, y tú solo quieres ser una rubia más que vuelve de un fin de semana salvaje en México.

El Ford Explorer frena en el punto de control. Está «lleno de chicanos», tal como había dicho Fabián, siguiendo parte del plan. El agente dedicará un montón de tiempo a registrar ese coche y solo dedicará a Nora una mirada superficial. El agente está haciendo un montón de preguntas, pasea alrededor del Explorer, mira por las ventanillas, examina tarjetas de identidad. El golden retriever baja y corre alrededor del vehículo, olfatea y mueve la cola.

Por una parte, es estupendo que se estén demorando con el coche, tal como habíamos planeado. Pero por otra parte, es insoportable, piensa Nora.

Por fin, el Explorer pasa y Nora frena. Apoya las gafas de sol sobre la frente, para que el agente vea sus hermosos ojos azules. Pero no le saluda ni inicia una conversación. Los agentes buscan a gente que se muestra demasiado cordial o ansiosa por complacer.

—¿Identificación? —pregunta el agente.

Ella le enseña su permiso de conducir de California, pero ha dejado el pasaporte en el asiento del pasajero para que se vea bien. El agente se da cuenta.

—¿Qué ha estado haciendo en México, señorita Hayden?

—He ido a pasar el fin de semana —dice ella—. Ya sabe, tomar el sol, la playa, unos cuantos margaritas.

—¿Dónde se ha alojado?

—En el hotel Rosarita.

Lleva facturas que coinciden con su visa en el bolso.

El agente asiente.

—¿Saben que se llevó las toallas?

—Uy.

—¿Entra algo más en el país?

—Solo esto.

El agente mira los souvenirs que ha comprado en la cola.

Este es el momento crucial. La dejará pasar, registrará el coche un poco más, o le dirá que se desvíe al carril de inspección. Las opciones una y dos son

aceptables, pero la tres podría constituir un desastre, y Raúl contiene el aliento cuando ve que el agente asoma la cabeza por la ventanilla y echa un vistazo al asiento de atrás.

Nora se limita a sonreír. Sigue el ritmo con los pies y canturrea al compás de la emisora de rock clásico de la radio.

El agente retrocede.

—¿Drogas?

—¿Qué?

El agente sonríe.

—Bienvenida, señorita Hayden.

—Va a pasar —dice Raúl.

El tuneador dice que necesita mear.

—¡No te relajes demasiado! —grita Raúl—. ¡Aún tiene que pasar por San Onofre!

El teléfono suena en el escritorio de Art Keller.

—Keller al habla.

—Acaba de entrar.

Art sigue a la escucha para que le digan la marca del coche, la descripción y la matrícula. Después telefonea al puesto de la Patrulla de Fronteras de San Onofre.

Adán recibe una llamada similar en su despacho.

—Ha pasado —dice Raúl.

Adán se siente aliviado, pero la preocupación no le abandona. Nora todavía tiene que cruzar el punto de control de San Onofre, y eso es lo que le da miedo. El punto de control de San Onofre se halla en un tramo desierto de la ruta 5, justo al norte de la base de la marina de Pendleton, y la zona está sembrada de vigilancia electrónica e interferencias radiofónicas. Si la DEA quisiera detenerla, lo haría ahí, lejos de las torres de vigilancia de los Barrera o de cualquier ayuda procedente de Tijuana. Es muy posible que Nora se esté precipitando hacia una emboscada en San Onofre.

Nora se dirige hacia el norte por la ruta 5, la principal arteria norte-sur que recorre California como una columna vertebral. Deja atrás el centro de San Diego, el aeropuerto y SeaWorld, el gran templo mormón que parece hecho de azúcar hilado, con aspecto de ir a fundirse bajo la lluvia. Deja atrás la salida de La Jolla, el hipódromo de Del Mar y Oceanside, antes de detenerse por fin en un

área de descanso al sur de la base de la marina de Camp Pendleton.

Baja y cierra el coche con llave. No ve dónde están los *sicarios* de los Barrera, que han aparcado cerca, pero sabe que están en uno u otro coche, o quizá en varios, para vigilar su vehículo mientras va al baño. Es muy dudoso que alguien vaya a robar un Toyota Camry, pero nadie quiere correr el riesgo con varios millones de dólares en el coche.

Va al baño, se lava las manos y recompone su maquillaje. La señora de la limpieza espera con paciencia a que termine. Nora sonríe, le da las gracias y un billete de un dólar antes de salir. Compra una Diet Pepsi en una máquina, vuelve a subir al coche y empieza a conducir en dirección norte. Le gusta este tramo de autopista que atraviesa la base de la marina porque, una vez que dejas atrás los barracones, está casi desierta. Tan solo la cordillera al este, y hacia el oeste nada, salvo los carriles de tráfico en dirección sur, y después el Pacífico azul.

Ha cruzado el punto de control de San Onofre cientos de veces, como la mayoría de los ciudadanos del sur de California, si se desplazan desde San Diego al condado de Orange. Siempre ha sido una especie de chiste, piensa, mientras el tráfico de delante empieza a disminuir la velocidad, un punto de control «fronterizo» a cien kilómetros de la frontera. Pero la verdad es que muchos ilegales se dirigen hacia la zona metropolitana de Los Angeles, y la mayoría utilizan la 5, de modo que quizá sea lógico.

Lo que suele pasar es que llegas al punto de control, frenas y, si eres blanco, el agente de la Patrulla de Fronteras te deja pasar con un ademán aburrido de la mano. Eso es lo que suele pasar, piensa, mientras se detiene a una docena de coches del punto de control, y eso es lo que espera.

Solo que esta vez el tipo de la Patrulla de Fronteras le indica que se detenga.

Art consulta su reloj... otra vez. Debería estar llegando. Sabe cuándo cruzó la frontera, cuándo llegó al área de descanso. Si no ha dado media vuelta en algún sitio, si no se ha puesto nerviosa y cambió de opinión, si... si... si...

Adán pasea de un lado a otro de su despacho. También tiene un horario en mente, y Nora no debería tardar en llamar. No se arriesgaría a llamar cerca de la vigilancia de Pendleton, y no tiene nada que decir hasta que haya cruzado San Onofre, pero ya tendría que haber pasado. Debería estar en San Clemente, debería estar...

El agente le indica que baje la ventanilla.

Otro agente se acerca por el lado del pasajero. También baja la ventanilla,

después mira al agente de al lado y le dedica su mejor sonrisa.

—¿Pasa algo?

—¿Lleva alguna tarjeta de identificación?

—Claro.

Busca su cartera en el bolso, y después abre la cartera para que el agente vea su permiso de conducir. Mientras tanto, el agente del lado del pasajero pasa el dispositivo de localización entre el apoyacabezas y el asiento, al tiempo que se inclina para examinar la parte posterior.

El primer agente examina el permiso de conducir un buen rato.

—Lamento las molestias, señora —dice después, y la deja pasar.

Art descuelga el teléfono antes de que termine de sonar el primer timbrado.

—Hecho.

Cuelga y lanza un suspiro de alivio. La vigilancia aérea ya está en su sitio, una combinación de helicópteros de « tráfico » militares y aviones privados, y podrá seguirla durante todo el trayecto.

Y cuando se reúna con los chinos, nosotros también estaremos allí.

Nora espera a llegar a San Clemente para sacar el móvil y marcar un número de Tijuana. Cuando Fabián contesta, ella dice:

—He pasado.

Cuelga.

Ahora ya solo es cuestión de ir hacia el norte, hasta que los chinos le digan la hora y el lugar del encuentro.

Y eso es lo que hace.

Conducir.

Adán recibe la llamada de Raúl, y este le comunica que Nora ha cruzado el punto de control de San Onofre. Después sale a dar una vuelta. Ya solo es cuestión de esperar.

Sí, piensa, solo esperar.

Fabián tiene camiones apostados en Los Angeles, esperando a cargar las armas y transportarlas hasta la frontera, en un punto aislado del desierto, donde serán transferidas a otros camiones, conducidas a distintas pistas de aterrizaje y enviadas a Colombia por avión.

Todo está en su sitio... pero antes Nora tiene que efectuar la transacción con los chinos. Y antes de hacer eso, los chinos deben decirle dónde y cuándo.

Art también tiene hombres apostados, escuadrones de agentes de la DEA armados hasta los dientes, jefes de policía federales, el FBI, esperando la orden en San Pedro. El puerto de San Pedro es inmenso, y las instalaciones de GOSCO son enormes, fila tras fila de almacenes de carga, de modo que tienen que saber cuál deben atacar. Es una operación complicada, porque tienen que permanecer quietos hasta que se haya producido el intercambio, y después actuar cuanto antes.

Art está en un helicóptero, contemplando un plano electrónico del condado de Orange y una luz roja parpadeante que representa a Nora. Discute consigo mismo. ¿Ordenar que la siga una unidad de tierra o esperar? Decide esperar cuando ella toma la salida norte 405 de la 5 y se dirige hacia San Pedro.

Ninguna sorpresa.

Pero sí se sorprende cuando la luz roja parpadeante se desvía de la 405 en el MacArthur Boulevard de Irving y gira hacia el oeste.

—¿Qué coño está haciendo? —dice Art en voz alta—. ¡Síguela! —ordena al piloto.

El piloto sacude la cabeza.

—¡No puedo! ¡Control de tráfico aéreo!

Entonces Art comprende qué coño está haciendo.

—¡Maldita sea!

Ordena que unidades de tierra se dirijan cuanto antes al aeropuerto John Wayne, pero el plano le dice que hay cinco salidas posibles del aeropuerto, y que tendrá suerte si consigue cubrir una sola.

Se desvía de MacArthur en la salida del aeropuerto y se dirige hacia el edificio del aparcamiento.

El helicóptero de Art planea sobre la 405, al norte del aeropuerto. Es su única esperanza, que haya entrado en el aeropuerto para eludir la vigilancia radiofónica, que el lugar se halle en San Pedro y vuelva pronto a la autopista.

O, piensa Art, que se quede los millones y suba a un avión. Mira la pantalla, pero la luz roja parpadeante se ha apagado.

Nora llama por el móvil.

—Estoy aquí —dice.

Raúl le da una dirección de la cercana Costa Mesa, a unos tres kilómetros de distancia. Nora sale del edificio y dobla al oeste por MacArthur, alejándose de la 405, después gira por la calle Bear y se adentra en el trazado anodino de Costa Mesa.

Lo localiza, un pequeño garaje en una calle llena de pequeños almacenes. Un

hombre con una ametralladora Mac-10 colgada al hombro abre la puerta y ella entra. La puerta se cierra tras de sí, y es como en una carrera de Fórmula 1 a la que asistió una vez en compañía de un cliente: un grupo de hombres saltan al instante sobre el coche provistos de herramientas eléctricas, lo desmontan, meten el dinero en maletines Halliburton, y después en el maletero de un Lexus negro.

Este sería un buen momento para quedarse con el dinero, piensa Nora, pero ninguno de estos hombres se siente tentado. Todos son ilegales, con la familia en Baja, y saben que los *sicarios* de los Barrera están aparcados delante de sus casas, con órdenes de matar a todos los que están dentro si el dinero y el correo no salen del garaje deprisa y a salvo.

Nora les mira trabajar con la diligente y silenciosa eficacia de un equipo de boxes. El único sonido es el chirrido de los taladros eléctricos, y solo tardan trece minutos en desmontar el coche y volver a cargar el dinero en el Lexus.

El hombre de la ametralladora le entrega un móvil nuevo.

Llama a Raúl.

—Hecho.

—Dime un color.

—Azul.

Cualquier otro color significaría que la están reteniendo contra su voluntad.

—Adelante.

Sube al Lexus. La puerta del garaje se abre y ella sale. Vuelve a Bear y diez minutos después se encuentra de nuevo en la 405, en dirección a San Pedro. Conduce bajo un helicóptero de tráfico que da vueltas sobre la zona.

Art contempla la pantalla vacía.

Nora Hayden, admite al fin, se ha esfumado.

Ella lo sabe, lo comprende, está viajando en dirección norte hacia Dios sabe dónde, y ahora está sola. Lo cual no es nuevo para Nora. Salvo por los pocos años con Parada, siempre ha estado sola.

Pero no sabe cómo se supone que debe hacer esto. O qué va a suceder. Lo más fácil del mundo sería quedarse con el dinero y seguir adelante, pero así no conseguirá lo que quiere.

Es de noche cuando cruza Carson, y sus torres perforadoras de gas natural brillan como torres de señales en una especie de versión industrial del infierno. Siguiendo el plan, se desvía por la salida de LAX y llama.

Le dicen el lugar del encuentro.

Una gasolinera de AARCO en la salida 110 dirección oeste.

Camino de San Pedro.

—Dime un color.

—Azul.

—Adelante.

Por un segundo piensa en utilizar el móvil para llamar a Keller al número secreto que le dio, pero el número aparecería en los registros telefónicos y, además, el coche podría llevar micrófonos. De modo que conduce hasta la gasolinera y frena al lado del surtidor. Un coche hace destellar sus luces. Avanza hacia una fila de cabinas telefónicas (Dios, ¿es que alguien utiliza todavía cabinas?, se pregunta) y se queda sentada, mientras un asiático provisto de un pequeño maletín sale del otro coche y camina hacia el asiento del pasajero de su coche.

Ella abre la puerta y el hombre sube.

Es joven, unos veinticinco años, vestido con el traje negro, la camisa blanca y la corbata negra que parece ser el uniforme de los jóvenes ejecutivos asiáticos actuales.

—Soy el señor Lee —dice.

—Sí, y yo la señora Smith.

—Lo siento —dice Lee—, pero haga el favor de darse la vuelta y apoyar las manos sobre la puerta.

Ella obedece y el hombre la cachea en busca de cables. Después abre el maletín, saca un pequeño barredor electrónico y busca micrófonos en el coche.

—Espero que me perdone —dice satisfecho.

—Ningún problema.

—Vámonos.

—¿Adónde?

—Yo la iré dirigiendo.

Se encaminan hacia el puerto.

Art tiene bajo vigilancia las instalaciones de GOSCO en el puerto.

Es su última oportunidad.

Un agente de la DEA está sentado en lo alto de una gigantesca caja, con sus potentes prismáticos de visión nocturna apuntados a la entrada de GOSCO, y ve el Lexus negro acercarse por la calle.

—Vehículo acercándose.

—¿Puedes identificar al conductor? —pregunta Art.

—Negativo. Ventanillas tintadas.

Podría ser cualquiera, piensa Art. Podría ser Nora, podría ser un directivo de GOSCO que viene a inspeccionar un almacén, podría ser un putero buscando un escondrijo para una mamada rápida.

—No lo pierdas.

No quiere hablar demasiado. Los narcos tendrán barredores de audio en marcha, y aunque sus transmisiones están codificadas, la triste realidad es que los narcos cuentan con mayor presupuesto y mejor tecnología.

Continúa sentado en la parte posterior de una furgoneta hippy, a unos cinco kilómetros del puerto, a la espera. Es lo único que puede hacer.

Nora recorre una calle entre dos filas de almacenes de GOSCO que corren perpendiculares a sus dos muelles de carga. Dos enormes cargueros de GOSCO están amarrados en los muelles. Saltan chispas de los soldadores que están haciendo reparaciones en los barcos, y carretillas elevadoras vienen y van entre el muelle y los almacenes. Sigue conduciendo hasta que entra en una zona más tranquila.

La puerta de un almacén se abre y Lee le ordena que entre.

—Los he perdido —dice el agente a Art—. Han entrado en un almacén.

—¿Qué puto almacén?

—Podría ser uno de los tres —contesta el agente—. D-1803, 1805 o 1807.

Art consulta un plano de las instalaciones de GOSCO. Puede tener equipos en el lugar dentro de diez minutos y aislar el grupo de almacenes por dos lados. Cambia de canal.

—Todas las unidades, preparadas para actuar dentro de cinco minutos.

El señor Lee es educado.

Baja, da la vuelta al coche y abre la puerta de Nora. Ella baja y pasea la vista a su alrededor.

Si aquí hay un enorme cargamento de armas, está muy bien disimulado: solo hay un montón de estanterías vacías y un Lexus idéntico al que está conduciendo.

Mira a Lee y enarca las cejas.

—¿Tiene el dinero? —pregunta el hombre.

Ella abre el maletero, y después los maletines. Lee examina las pilas de billetes usados, y después lo cierra todo de nuevo.

—Su turno —dice Nora.

—Esperaremos —contesta Lee.

—¿A qué?

—A ver si la policía llega.

—Eso no era parte del plan —dice Nora.

—No era parte de su plan —replica Lee.

Se miran fijamente durante unos momentos.

—Esto es muy aburrido —dice ella.

Vuelve al coche y se sienta, y piensa: Por favor, Dios, no dejes que Keller irrumpa por la puerta.

La voz de Shag Wallace suena en la radio.

—A tu señal, jefe.

Art ciñe su chaleco antibalas Kevlar, quita el seguro de su M-16, respira hondo.

—Adelante —dice.

—Recibido.

—¡Esperad! —grita en el micrófono. Le sale de dentro. Algo no va bien, algo no está claro. Han sido demasiado cautelosos, demasiado listos. O tal vez sea que me estoy acojonando en la vejez—. Replegaos.

Quince minutos.

Veinte.

Media hora.

Nora saca el teléfono.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Lee.

—Llamar a mi gente —dice Nora—. Se estarán preguntando qué demonios me ha pasado.

Lee le da su teléfono.

—Utilice este.

—¿Por qué?

—Seguridad.

Ella se encoge de hombros y coge el teléfono.

—¿Dónde estamos?

—No les envíe aquí —dice Lee.

—¿Por qué?

El hombre sonríe satisfecho. Nora ha visto esa sonrisa un millar de veces, sobre todo después de sus espectaculares orgasmos fingidos.

—La mercancía no está aquí.

—¿Dónde está?

Ahora que ningún policía se ha presentado en el almacén, el hombre se siente lo bastante seguro para decirle la verdad. Además, tiene a la amante de Adán Barrera como garantía.

—Long Beach.

Las nuevas instalaciones de GOSCO en el puerto de Long Beach, le dice.

Muelle 4, fila D, edificio 3323.

Llama a Raúl y le da la información.

—Tenemos que llamar a nuestro jefe y recibir permiso para este cambio de planes —dice después de colgar.

Art Keller está sudando la gota gorda.

Si ha sido Nora la que ha entrado en el almacén, lleva ahí dentro más de media hora. Y no ha pasado nada. Nadie ha entrado ni ha salido, ningún camión ha llegado. Algo va mal.

—Todas las unidades preparadas —dice—. Atacaremos a mi señal.

Entonces suena su móvil.

Lee escucha angustiado mientras Nora cuenta a Adán que la han llevado a un edificio desierto, le han apoyado una pistola en la cabeza a modo de prueba y que las armas están en realidad en Long Beach.

—Muelle 4, fila D, edificio 3323.

—Muelle 4, fila D, edificio 3323 —repite Art Keller.

—Exacto —dice Nora.

Cuelga y devuelve el teléfono a Lee.

—Pongámonos en marcha —dice ella.

El hombre niega con la cabeza.

—Nos quedamos aquí.

—No entiendo.

Lo entiende cuando Lee saca una 45 de debajo de su chaqueta negra y la deja sobre su regazo.

—Cuando la transacción haya terminado —dice—, yo me iré en un coche con el dinero, y usted subirá en otro y se marchará. Pero si algo desafortunado ocurre...

Long Beach, piensa Art.

Maldito sea Long Beach. Tenemos que llegar allí antes de que lo hagan los camiones de los Barrera y se pongan a cargar. Ordena por radio a su gente que se disperse. Tenemos que trasladar este puto ejército a Long Beach, y deprisa.

Fabián Martínez está pensando más o menos lo mismo. Tiene en la carretera un convoy, tres camiones articulados pintados con COMPAÑÍA DE PRODUCTOS CALEXICO, preparados para ir a San Pedro, y ahora tienen que volver por la 405 hasta Long Beach.

Menudo coñazo.

Está sentado en el asiento del pasajero del primer camión con una Mac-10 bajo la chaqueta.

Por si acaso.

Dos de sus mejores hombres van en un coche de reconocimiento a un kilómetro de distancia. Entrarán primero, y si ven algo sospechoso, le enviarán un mensaje por busca y saldrán cagando leches.

Hace frío para ser una noche del sur de California, incluso en marzo, así que se sube el cuello de la chaqueta y le dice al conductor que conecte la puta calefacción.

Nora está sentada en el asiento delantero del Lexus mientras espera.

—¿Le importa que encienda la radio?—pregunta.

A Lee no le importa.

Mientras se dirige a Long Beach, Art corrige su plan.

¿Qué plan?, piensa. Ese es el problema. Tenía un plan táctico para la redada en San Pedro, pero ahora será como una carga de la caballería a la desesperada, y eso le pone muy nervioso.

Lo mejor sería permitir que los camiones de los Barrera recogieran el cargamento, e interceptarles en la carretera. Pero tiene que asegurarse de que Nora está bien. Así que la redada tiene que ser en el almacén, veloz y eficaz. Entrar a toda leche y sin contemplaciones.

Todos los agentes han sido informados. Todos saben que el Señor de la Frontera quiere a la Güera, y la quiere viva para presionarla y conseguir que delate a su novio. Saben eso, piensa Art, pero ¿lo recordarán en mitad de la redada, sobre todo si los hombres de los Barrera deciden responder al fuego?

Existen montones de posibilidades de que la jodamos, y de que Nora acabe muerta.

Vuelve a ponerse en contacto por radio con Shag para asegurarse de que ha comprendido.

Los coches de reconocimiento de Fabián no ven nada que no les guste, y le envían la señal 666.

Es la una de la madrugada y el complejo de Long Beach está lleno de camiones que cargan y descargan. Lo cual es estupendo, piensa Fabián. Nadie se fijará en tres más.

Localiza el muelle 4, después la fila D, después el edificio 3323, un enorme

edificio prefabricado de acero ondulado como los demás. Salta del camión y llama a la puerta de la oficina. Da patadas en el suelo mientras dos chinos inspeccionan sus camiones, las cabinas y los remolques. Después la gran puerta metálica del edificio se abre.

Fabián vuelve a subir a la cabina del primer camión y les guía hacia el interior.

Nora se sobresalta cuando suena el móvil de Lee.

Ve que la mano de Lee se tensa sobre la culata de la pistola cuando contesta. Nora respira hondo y se prepara para agarrarle la muñeca, pero el hombre cuelga, se vuelve hacia ella y dice:

—Su gente ha llegado. Todo va bien.

—Estupendo —dice ella—. Vámonos.

El hombre niega con la cabeza.

—Todavía no.

Fabián está hablando con el chino que está al mando.

—¿Tienes el dinero?

—Sí.

—¿Dónde está ella?

—En otro sitio —dice el hombre—. En cuanto concluyamos la transacción, se reunirá con vosotros.

A Fabián no le hace gracia. No porque le importe una mierda Nora Hayden (aparte de desear follársela hasta cansarse, le daría igual que acabara muerta), sino porque a Adán sí le importa, y él es responsable de la seguridad de Nora. ¿Y esos monos amarillos la retienen como rehén? Muy mal.

—Quiero hablar con ella —dice.

Lee entrega el teléfono a Nora.

—Quieren hablar con usted.

Nora coge el teléfono.

—Dime un color —dice Fabián.

—Rojo.

Fabián devuelve el teléfono al chino, saca la Mac-10 de debajo de la chaqueta y la esgrime en su cara.

—Vuelve a llamar a tu chico —dice—. Dile que todo va de coña.

Aparecen armas por todas partes. Todos los hombres de Fabián, y también todos los chinos. Salvo que la mayoría de los chinos están en pasarelas elevadas,

apuntando hacia abajo, de modo que cuentan con ventaja táctica.

Son las típicas tablas.

Que se esfuman cuando la puerta de la oficina sale volando por los aires.

Se desata el caos.

Art es el primero en cruzar la puerta, seguido de una falange de agentes. Activa el interruptor y la puerta metálica de carga se abre de nuevo y deja al descubierto otro pelotón de la DEA, el FBI y el ATF, toda una sopa de letras letal provista de rifles automáticos, escopetas, chalecos Kevlar y viseras antibalas, con lamparillas que brillan sobre sus cascos.

Los agentes gritan a pleno pulmón.

—¡QUIETOS!

—¡DEA!

—¡AL SUELO! ¡AL SUELO!

—¡FBI!

—¡TIRAD LAS ARMAS!

Las armas caen haciendo ruido metálico sobre las pasarelas y el suelo de cemento. Fabián sopesa la posibilidad de empezar a disparar, pero enseguida se da cuenta de que es inútil, deja que su Mac-10 se deslice hasta el suelo y alza las manos.

Art busca a Nora con la vista. Es difícil ver algo en mitad del caos, con hombres corriendo, otros cayendo al suelo, agentes agarrando a gente y tirándola al suelo. Busca su pelo rubio y no lo ve, de manera que grita por el micro de su radio « ¡ADELANTE! », con la esperanza de que Shag le oiga por encima del barullo, mientras reza para que no sea demasiado tarde.

A su lado, un chino está gritando por su móvil.

Art le agarra por el cuello de la camisa, le arroja al suelo y le quita el teléfono de una patada.

Lee oye a su jefe gritar por el teléfono.

Nora ve que sus ojos se abren de par en par, y después la pistola se alza y la apunta a la frente.

Grita.

Por encima del ruido sordo de una explosión.

Sangre y huesos salpican la ventanilla del pasajero.

El cuerpo de Lee se derrumba en el asiento, Nora se vuelve y ve al tirador del SWAT en la puerta, que cuelga de sus goznes.

Aún sigue chillando cuando Shag Wallace se acerca poco a poco al coche, abre la puerta y la toma con delicadeza del codo.

—No pasa nada —dice—. Se encuentra bien. Vamos, tenemos que salir de aquí.

La saca del coche, la guía hasta el exterior y la acomoda en el asiento delantero de su coche.

—Espere aquí un momento.

Shag vuelve al interior del almacén, se sienta en el asiento delantero del Lexus y coge la 45 de la mano muerta de Lee. Después la sostiene a escasos centímetros de la frente de Lee, apunta a las heridas de entrada y aprieta el gatillo.

Limpia el arma y vuelve a su coche.

Se sienta al lado de Nora y le dice que sujete un momento la 45. Aturdida, ella obedece. Después Shag recupera el arma.

—Esta es la historia: las cosas se pusieron feas. El chino iba a dispararle. Usted agarró la pistola, luchó, ganó. ¿Lo ha comprendido?

Ella asiente.

Cree haberlo entendido. No está segura. Sus manos no dejan de temblar.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Shag—. Escuche, si no es así, no pasa nada. Si quiere parar esto ahora mismo, dígallo. Lo comprenderemos.

—¿Han detenido a Adán? —pregunta.

—Todavía no —contesta Shag.

Nora sacude la cabeza.

Art se arrodilla sobre el cuello de Fabián y le ata las muñecas con el cable de teléfono.

—Ha sido esa puta, ¿verdad? —pregunta Fabián.

Art ejerce más presión con las rodillas y empieza a recitar los derechos de Fabián.

—Quiero un abogado ahora mismo —dice Fabián.

Art le pone en pie, le empuja contra una de las furgonetas de la DEA y se aleja para inspeccionar los dos contenedores (seis metros de largo, dos metros y medio de ancho y dos metros y medio de altura) llenos de cajas.

Sus hombres las sacan y las revientan.

Dos mil AK-47 de fabricación china salen de las cajas en piezas: cañones, recámaras, culatas. Otras herramientas incluyen dos docenas de lanzacohetes KPG-2 chinos, considerados muy valiosos porque son manuales.

Dos mil rifles igual a dos mil kilos de cocaína, piensa Art. Solo Dios sabe cuántos kilos dejan pasar por los lanzacohetes, capaces de derribar helicópteros.

A continuación encuentran seis cargamentos de rifles M-2, M-1 reconvertidos, la típica carabina del ejército. La diferencia entre el original y el M-2 es que el último puede pasar a ser automático con un único cambio. También encuentra algunos LAWS, la versión norteamericana del KPG-2, no tan eficaz contra helicópteros pero muy bueno contra vehículos blindados. Todas ellas armas perfectas para una guerra de guerrillas.

Por valor de miles de kilos de coca.

El alijo más grande de la historia.

Pero aún no ha terminado.

Todo esto no sirve de nada si no conduce a la desaparición de Adán Barrera.

Cueste lo que cueste.

Si Adán escapa, la única posibilidad de encontrarle será por mediación de Nora. Tienes un plan para sacarla, pero los planes a veces salen mal.

Ella quería volver, se dice. Tú le concediste la posibilidad de abandonar, y ella tomó una decisión. Es adulta, capaz de tomar decisiones.

Sí, sigue repitiéndote eso.

Nora circula con el Lexus nuevo por la autopista hasta la primera salida, entra en una gasolinera, va al lavabo de señoras y vomita. Después de vaciar el estómago, vuelve al coche y conduce hasta la estación de tren de Santa Ana, deja el coche en un aparcamiento, entra en una cabina telefónica, cierra la puerta y llama a Adán.

Llorar no representa ningún problema. Las lágrimas ruedan con facilidad entre sus sollozos entrecortados.

—Algo salió mal... No sé... Iba a matarme... Yo...

—Vuelve.

—La policía me estará buscando.

—Es demasiado pronto —dice Adán—. Abandona el coche, sube al tren, ve a San Isidro, cruza por el puente peatonal.

—Estoy asustada, Adán.

—No pasará nada —dice él—. Ve al sitio de la ciudad. Espera allí. Estaremos en contacto.

Sabe a qué se refiere. Es un código que inventaron hace mucho tiempo para emergencias como esta. El sitio de la ciudad es un piso que tienen en la Colonia Hipódromo de Tijuana.

—Te quiero —dice Nora.

—Yo también te quiero.

Nora sube en el siguiente tren con destino a San Diego.

A veces, los planes salen mal.

En este caso, los mecánicos de Costa Mesa están trabajando en el pequeño Toyota Camry tuneado, con el fin de prepararlo para otro viaje, y encuentran algo interesante encajado entre el asiento y el reposacabezas del asiento del pasajero.

Una especie de aparato electrónico.

El jefe de los operarios hace una llamada.

Nora baja del tren en San Diego, sube al tranvía que baja a San Isidro, desciende, sube los peldaños del puente peatonal y cruza la frontera a pie.

12
ADENTRÁNDOSE EN LA OSCURIDAD

*Slippin' into darkness,
When I heard my mother say...
«You been slippin into darkness, oh, oh, oh
Pretty soon you're going to pay».*

WAR, « Slippin'Into Darkness»

Tijuana
1997

Nora Hayden se ha esfumado.

Así de sencillo, la brutal verdad que Art intenta afrontar.

Ernie Hidalgo otra vez.

Fuente Mamada revisado.

Hay momentos aterradores en la vida de cualquier persona que trabaja con agentes secretos. El control saltado, la no señal, el silencio.

Es el silencio lo que te revolverá el estómago, lo que te empujará a rechinar los dientes, a tensar las mandíbulas, el silencio lo que extinguirá poco a poco la llama de la falsa esperanza. El silencio absoluto de cuando lanzas una señal de radar tras otra a la oscuridad, a las profundidades, y luego esperas a que regrese. Y esperas y esperas, y solo obtienes silencio.

Tenía que haber ido al apartamento de Colonia Hipódromo para encontrarse con Adán. Pero nunca apareció, ni tampoco el Señor de los Cielos. Antonio Ramos sí, con dos pelotones de sus fuerzas especiales en coches blindados, que aislaron toda la manzana e invadieron el edificio como si fuera la playa de Normandía.

Pero estaba vacío.

Ni Adán Barrera, ni Nora.

Ahora Ramos está poniendo Baja patas arriba en busca de los hermanos Barrera.

Ha estado esperando esta oportunidad durante años. Convencido por John Hobbs de que Adán Barrera está entregando armas a los insurgentes izquierdistas de Chiapas y otros lugares, Ciudad de México ha quitado la correa a Ramos y se ha lanzado al ataque como un pit bull atiborrado de esteroides. Tras una semana

de operaciones, ya ha clausurado siete pisos francos, todos en los barrios exclusivos de Colonia Chapultepec, Colonia Hipódromo y Colonia Cacho.

Durante toda una semana, las tropas de Ramos recorrieron como una tromba los barrios ricos de Tijuana en camiones y todoterrenos blindados, y sus modales no son demasiado corteses, saltan por los aires puertas caras con cargas explosivas, invaden casas, cortan el tráfico e interrumpen los negocios durante horas. Casi parece que Ramos quiera granjearse la antipatía de las élites de la ciudad, que está dividida entre culpar a Ramos o a los Barrera de todos los problemas.

Lo cual, por supuesto, ha sido la pieza esencial de la estrategia a largo plazo de Adán durante años, entrelazarse hasta tal punto con la capa superior de Baja que un ataque contra los Barrera signifique un ataque contra ellos. Y gritan a Ciudad de México que Ramos está incontrolado, que se ha pasado, que está pisoteando sus derechos civiles.

A Ramos le da igual que la clase alta de Tijuana le odie a rabiar. Él también les odia, cree que han vendido la poca alma que tenían a los hermanos Barrera, los aceptaron en su seno, permitieron que sus hijos y sobrinos se metieran en el tráfico de drogas, a cambio de emociones baratas por asociación y dinero rápido y fácil. Se comportaron, piensa Ramos, como una pandilla de narcogrupies, tratando a los Barrera como celebridades, músicos de rock, estrellas de cine.

Y se lo dice a la cara cuando vienen a quejarse.

Escuchen, dice Ramos a los padres de la ciudad, los *narcotraficantes* asesinaron a un cardenal católico y ustedes les dieron la bienvenida. Ametrallaron a *federales* en plena calle en hora punta y ustedes los protegieron. Asesinaron a su propio jefe de policía y no hicieron nada al respecto. De modo que no me vengan con quejas. Ustedes se lo han buscado.

Ramos sale en la televisión y hace un llamamiento a la ciudad.

Mira sin pestañear a la cámara y anuncia que dentro de dos semanas tendrá a Adán y a Raúl Barrera entre rejas, y que su organización será historia. Se yergue ante montañas de armas capturadas y pilas de drogas incautadas, y da nombres y nombres (Adán, Raúl y Fabián), y después cita los nombres de los herederos de varias familias importantes de Tijuana, los Junior, y promete que también los meterá en la cárcel.

Después anuncia que ha despedido a cinco docenas de *federales* de Baja por falta de «sentido de la moralidad» para ser policías.

—Es motivo de vergüenza para la nación que, en Baja, haya muchos agentes de policía que no sean enemigos del cártel de los Barrera, sino sus criados —dice.

No pienso marcharme, dice. Voy a detener a los Barrera. ¿Quién está conmigo?

Bien, no demasiada gente.

Un joven fiscal, un investigador del Estado y los hombres de Ramos... y

punto.

Art comprende por qué la gente de Tijuana no desfila tras la bandera de Ramos.

Están asustados.

Con buenos motivos.

Hace dos meses, un poli de Baja que había revelado los nombres de polis corruptos de la policía estatal fue encontrado en una cuneta dentro de una bolsa de lona. Le habían roto todos los huesos del cuerpo, una de las marcas de fábrica de las ejecuciones de Raúl Barrera. Hace tan solo tres semanas, otro fiscal que estaba investigando a los Barrera fue asesinado a tiros mientras corría como cada mañana en la pista de la universidad. Los pistoleros aún no han sido detenidos. Y el alcaide de la prisión de Tijuana fue ametrallado desde un coche cuando salió a su porche para recoger el periódico de la mañana. Los rumores apuntan a que había ofendido a un socio de los Barrera encarcelado en su prisión.

No, puede que los Barrera se hayan dado a la fuga, pero eso no significa que su reinado de terror haya terminado, y la gente no va a arriesgar el pellejo hasta que vea a los dos hermanos Barrera sobre una losa del forense.

La verdad es, piensa Art al cabo de una semana de iniciada la operación, que no hemos avanzado. La gente de Baja sabe que lanzamos un directo a la cabeza de los Barrera y fallamos.

Raúl sigue suelto.

Adán sigue suelto.

¿Y Nora?

Bien, el hecho de que Adán no cayera en la trampa de Colonia Hipódromo puede significar que su tapadera saltó por los aires. Art todavía se aferra a la esperanza, pero a medida que transcurren los días en silencio tiene que reconocer la posibilidad de que tendrá que buscar su cadáver descompuesto.

Así que Art no está de buen humor cuando entra en la sala de interrogatorios de la cárcel del centro de San Diego para charlar con Fabián Martínez, alias el Tiburón.

El pequeño gamberro no parece tan elegante con su chándal naranja federal, esposado de pies y manos. Pero conserva su sonrisa desdeñosa cuando entra y se deja caer en una silla plegable enfrente de Art, al otro lado de la mesa metálica.

—Fuiste a un colegio católico, ¿verdad? —empieza Art.

—Los agustinos —contesta Fabián—. Aquí, en San Pedro.

—Así que conoces la diferencia entre el purgatorio y el infierno —dice Art.

—Refréscame la memoria.

—Claro —dice Art—. En síntesis, los dos son dolorosos. Pero tu tiempo en el purgatorio expira algún día, mientras que el infierno es eterno. He venido a

ofrecerte la posibilidad de elegir entre el infierno y el purgatorio.

—Te escucho.

Art se lo explica. Que solo por la acusación de tráfico de armas le caerán un mínimo de treinta años en una prisión federal, aparte de las acusaciones por tráfico de drogas, cada una de las cuales significa quince años como mínimo. Eso es el infierno. Por otra parte, si Fabián se convierte en testigo del gobierno, pasará unos cuantos años testificando dolorosamente contra sus antiguos amigos, seguido por un corto período en prisión, y después un nuevo nombre y una nueva vida. Y eso es el purgatorio.

—En primer lugar —contesta Fabián—, y yo no sabía nada de esas armas. Fui a recoger productos. En segundo, ¿de qué tráfico de drogas estás hablando? ¿De dónde han salido esas drogas?

—Tengo un testigo que te coloca en el centro de una red de narcotráfico importante, Fabián. De hecho, te quiero meter en chirona por tu «condición de líder», a menos que hayas pensado en otra cosa.

—Te estás echando un farol.

—Mira, si quieres que te caigan treinta años por ver esa carta, adelante. Pero resulta que estás en una guerra de pujas con mi otro testigo, y quien me proporcione mejor información sobre los Barrera gana.

—Quiero un abogado.

Bien, piensa Art, y yo quiero que lo tengas...

—No, Fabián —dice en cambio—. Un abogado solo te dirá que cierres la boca y te pudras en la cárcel el resto de tu vida.

—Quiero un abogado.

—¿Así que no hay trato?

—No hay trato.

—Tengo que leerte tus derechos —dice Art.

—Ya me los leíste —dice Fabián, y se reclina en la silla. Está aburrido. Quiere volver a su celda para leer revistas.

—Ah, eso fue por la acusación de tráfico de armas —dice Art—. Tengo que hacerlo otra vez por lo del asesinato.

Fabián se incorpora.

—¿Qué asesinato?

—Te detengo por el asesinato de Juan Parada —dice Art—. Es una acusación pendiente desde el noventa y cuatro. Tienes derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que digas...

—No tienes jurisdicción —dice Fabián—. Ese asesinato se cometió en México.

Art se inclina hacia delante.

—Los padres de Parada eran espaldas mojadas. Nació en las afueras de Laredo, Texas, de modo que es ciudadano norteamericano, igual que tú. Y eso

me da jurisdicción. Oye, tal vez te juzgarán en Texas. El gobernador es un entusiasta de las inyecciones letales. Nos veremos en el juicio, capullo.

Ahora ve a hablar con tu abogado.

Y húndete en la mierda.

Si Adán hubiera acudido en coche a su cita con Nora en Colonia Hipódromo, es probable que la policía le hubiera trincado.

Pero fue a pie.

La poli no esperaba que Adán Barrera llegara a pie, de manera que cuando vio los vehículos de la policía entrar en el barrio dio media vuelta y se largó. Caminó por la acera, al lado de los controles dispuestos en las calles.

No ha sido fácil desde entonces.

Ha sido expulsado de dos pisos francos más, ha recibido avisos de Raúl justo a tiempo, y ahora está en un piso franco del distrito de Río, mientras se pregunta cuándo irrumpirá la policía. Y lo peor son las comunicaciones, o la falta de ellas. Casi todos sus teléfonos móviles no están codificados, de modo que le da miedo utilizarlos.

Y los que sí lo están podrían estar interceptados, de manera que, aunque la policía fuera incapaz de descifrar lo que dijera, podrían localizarle mediante la señal. Por lo tanto, no sabe a quién han detenido, qué pisos han caído, qué han encontrado en ellos. No sabe quién dirige las redadas, cuánto tiempo van a durar, dónde van a atacar, ni siquiera si saben dónde está.

Lo que más preocupa a Adán es que las redadas llegaron sin previo aviso.

Ni una palabra, ni un susurro de sus amigos bien pagados de Ciudad de México.

Y eso le asusta, porque si los políticos del PRI se han vuelto contra él, deben de estar muy asustados. Y deben de saber que, si atacan al capo de los Barrera, no pueden fallar, lo cual les convierte en peligrosos.

Tienen que derrotarme, pensó.

Tienen que matarme.

Por lo tanto, está tomando medidas protectoras. En primer lugar, distribuye casi todos sus teléfonos móviles entre sus hombres, que se dispersan por toda la ciudad y el Estado con instrucciones de hacer llamadas y luego tirar los teléfonos (Ramos empieza a recibir informes de que Adán Barrera está en Hipódromo, en Chapultepec, Rosarito, Ensenada, Tecate, incluso al otro lado de la frontera, en San Diego, Chula Vista, Otay Mesa).

Raúl va a Radio Shack, compra más teléfonos y empieza a trabajar con ellos, se pone en contacto con polis que tiene en nómina, *federales* de Baja, policía estatal de Baja, polis municipales de Tijuana.

Las noticias no son buenas. Los polis estatales y locales que contestan a sus

llamadas no saben una mierda. Nadie les ha dicho nada, pero sí saben que se trata de una operación federal, que no tiene nada que ver con ellos. ¿Y los *federales* locales?

—Al margen —dice Raúl a Adán.

Han vuelto a trasladarse. Se largaron del piso franco de Río diez minutos antes de que la policía llegara. Están en un apartamento de Colonia Cacho, con la esperanza de ocultarse al menos unas horas, hasta averiguar qué coño está pasando. Pero la policía local no les puede ayudar.

—No contestan al teléfono —dice Raúl.

—Llámales a casa —replica Adán.

—Tampoco contestan allí.

Adán coge un móvil y hace una llamada de larga distancia.

A Ciudad de México.

No hay nadie en casa. Ninguno de sus contactos en el PRI está disponible para recibir una llamada, pero si es tan amable de dejar su número, le llamarán en cuanto...

Es el acuerdo de las armas, piensa Adán. El cabrón de Art Keller ha relacionado las armas con las FARC, y lo ha utilizado para que Ciudad de México reaccionara. Siente ganas de vomitar. Solo había cuatro personas en México que sabían lo del acuerdo con Tirofijo. Raúl, Fabián, y o...

Y Nora.

Nora ha desaparecido.

No apareció en Colonia Hipódromo.

Pero la policía sí.

Llegó antes que yo, piensa. La trincaron y la policía la tiene oculta en algún sitio.

Raúl consigue un ordenador portátil, y después obliga a uno de los magos de la informática residentes que venga a este piso franco, y el mago consigue enviar correos electrónicos codificados a su red de ordenadores. Una codificación que ha diseñado el propio mago (le pagaron una cantidad de seis cifras), tan complicada que ni siquiera la DEA ha sido capaz de descifrarla. Hasta eso hemos llegado, piensa Adán, a lanzar mensajes electrónicos al espacio. Se sientan y vigilan la calle, por si aparecen vehículos blindados, y vigilan la pantalla del ordenador, por si aparece algún mensaje. Al cabo de una hora, Raúl consigue reunir a unos cuantos *sicarios* y un par de coches de trabajo limpios que no pueden relacionarse con el cártel. También dispone una serie de puestos de vigilancia y está atento para controlar el paradero de la policía.

Cuando se pone el sol, Adán, vestido de peón, sube al asiento trasero de un Dodge Dart del 83 con Raúl. Delante van un conductor armado hasta los dientes y otro *sicario*. El coche se abre paso a través del laberinto peligroso en que se ha convertido Tijuana, mientras los coches de reconocimiento y los puestos de

escucha despejan electrónicamente el camino, hasta que Adán sale por fin de la ciudad y llega al rancho Las Bardas.

Allí, Raúl y él se toman un descanso y tratan de averiguar qué ha sucedido.

Ramos les ayuda.

Los Barrera ponen el telediario de la noche y allí está, en una conferencia de prensa, anunciando que va a destruir el cártel de Baja antes de dos semanas.

—Eso explica por qué no recibimos ningún aviso —dice Adán.

—Eso explica una parte —rectifica Raúl.

Ramos tiene un plano virtual de todo el cártel. El emplazamiento de pisos francos, nombres de socios. ¿De dónde ha sacado esa información?

—Es Fabián —dice Adán—. Lo está cantando todo.

Raúl se muestra incrédulo.

—No es Fabián. Es tu querida Nora.

—No lo creo —dice Adán.

—No quieres creerlo —replica Raúl. Cuenta a Adán que encontraron un dispositivo de localización en el coche.

—También pudo ser Fabián —dice Adán.

—¡La policía había montado una emboscada en tu nidito de amor! —grita Raúl—. ¿Lo sabía Fabián? ¿Quién sabía lo del acuerdo de las armas? Tú, Fabián, Nora y yo. Bien, no fui yo, no creo que fueras tú, Fabián está en una cárcel norteamericana, así que...

—Ni siquiera sabemos dónde está ella —dice Adán. Entonces un horrible pensamiento acude a su mente. Mira a Raúl, que ha apartado la persiana para mirar por la ventana—. ¿Le has hecho algo, Raúl?

Raúl no contesta.

Adán salta de la silla.

—¿Le has hecho algo, Raúl?

Agarra a Raúl de la camisa. Raúl se lo quita de encima con facilidad y le empuja hacia la cama.

—Y si es así, ¿qué?

—Quiero verla.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Ahora eres el jefe?

—Tu obsesión por esa puta nos ha jodido el negocio.

Lo cual significa: Sí, hermano, hasta que recuperes el sentido común y yo soy el jefe.

—¡Quiero verla!

—¡No voy a permitir que te conviertas en otro Tío!

El chocho, piensa Raúl, la debilidad de los Barrera.

¿Acaso no fue la obsesión de Tío por los coñitos jóvenes lo que provocó su caída? Primero con Pilar, y después con la otra puta, cuyo nombre ni siquiera

puedo recordar. Miguel Ángel Barrera, M-1, el hombre que construyó la Federación, el hombre más listo, más despiadado, más sensato que he conocido en mi vida, pero su cerebro se obnubiló por culpa de un culo y acabó con él.

Y Adán ha heredado la misma enfermedad. Joder, Adán podría tener todos los coños que quisiera, pero tiene que ser ese en concreto. Podría haber encadenado amante tras amante si hubiera sido discreto, sin avergonzar a su mujer. Pero Adán no. No, se enamora de esa puta y se exhibe en público con ella.

Lo cual proporciona a Art Keller el blanco perfecto.

Y ahora, miranos.

Adán clava la vista en el suelo.

—¿Está viva?

Raúl no contesta.

—Dime que está viva, Raúl.

Un guardia irrumpe en la sala.

—¡Váyanse! —grita—. ¡Váyanse!

Los animales del zoo chillan cuando Ramos y sus hombres saltan el muro.

Ramos apoya en el hombro el lanzagranadas, apunta y dispara. Una de las torres de vigilancia estalla en un destello de luz amarillenta. Recarga, vuelve a apuntar, otro destello. Baja la vista y ve que dos ciervos se están lanzando contra la valla con intención de escapar. Salta dentro del corral y abre la puerta.

Los dos animales se pierden en la noche.

Los pájaros chillan y graznan, los monos parlotean enloquecidos, y Ramos recuerda haber oído rumores de que Raúl tenía un par de leones por aquí, y entonces oye sus gruñidos, que suenan como en las películas, pero se olvida enseguida porque están devolviendo el fuego.

Han llegado de noche en avión después de oscurecer, un aterrizaje sin luces peligroso en una vieja pista utilizada por los traficantes de droga, han atravesado el desierto y han recorrido a rastras los últimos mil metros para esquivar las patrullas de jeeps de los Barrera.

Y ahora hemos entrado en materia, piensa Ramos. Apoya la mejilla en la vieja y confortable culata de Esposa, dispara dos veces, se levanta y avanza, consciente de que sus hombres le están cubriendo. Después, se deja caer y cubre a los hombres que gatean delante de él, y de esta manera van avanzando hacia la casa de Raúl.

Uno de sus hombres es alcanzado delante de él. Está avanzando, y de pronto salta como un antílope cuando le abaten. Ramos va a ayudarlo, pero la mitad de la cara del hombre ha desaparecido. Ramos le desengancha los cargadores de municiones del cinturón y se aleja rodando cuando una ráfaga le persigue.

El fuego procede del tejado de un edificio bajo. Ramos se arrodilla y barre la línea del tejado. Entonces siente dos golpes fuertes en el pecho, se da cuenta de

que le han alcanzado en el chaleco antibalas Kevlar, desengancha una granada del cinturón y la arroja hacia el tejado.

Un ruido sordo, un destello, y dos cuerpos saltan por los aires, tras lo cual los disparos desde el edificio cesan.

Pero no los procedentes de la casa.

Destellos reveladores de cañones brillan en las ventanas, tejados y puertas. Ramos vigila con atención las puertas, porque, al parecer, han sorprendido a varios hombres de Raúl dentro de la casa, y tratarán de salir para desbordar el flanco de sus atacantes. Uno de los mercenarios vacía un cargador desde la puerta, y luego lo intenta. Los dos disparos de Ramos le alcanzan en el estómago, cae al suelo y se pone a gritar. Uno de sus camaradas sale para arrastrarle al interior, pero media docena de balas le alcanzan y se desploma a los pies de su compinche.

—¡Disparad a los coches! —grita Ramos.

Hay vehículos por todas partes, Land Rover, los Suburban favoritos de los narcos, algunos Mercedes. Ramos no quiere que ningún narco, sobre todo Raúl, suba a uno de los coches y huya, y ahora, después de acribillarlos, ninguno de esos coches irá a ninguna parte. Todos tienen los neumáticos reventados y los cristales destrozados. Después, uno o dos depósitos de gasolina estallan, y un par de coches se incendian.

Entonces las cosas se ponen chungas.

Porque alguien ha tenido la brillante idea de que una buena táctica de distracción sería abrir todas las jaulas, y los animales empiezan a correr de un lado a otro del terreno. En todas direcciones, despavoridos por el estruendo, las llamas y las balas que silban en el aire, y Ramos se queda atónito cuando una condenada jirafa pasa corriendo delante de él, después dos cebras, y antílopes que zigzaguean a través del patio, y Ramos vuelve a pensar en los leones, decide que será una manera muy estúpida de morir, se levanta y corre hacia la casa, se agacha cuando un pájaro grande pasa zumbando sobre su cabeza, los narcos salen de la casa y se arma la de O. K. Corral.

La luz de la luna plateada proyecta imágenes de hombres, animales, armas; hombres de pie, hombres corriendo, disparando, cayendo, agachándose. Parece un drama surrealista, pero las balas, el dolor y la muerte son reales, y Ramos se levanta y dispara, después esquiva a un mono enloquecido que chilla aterrorizado, y luego tiene un narco a su izquierda, después a su derecha (no, ese es uno de sus hombres), y las balas zumban, los cañones de las armas destellan, los hombres chillan y los animales braman. Ramos dispara otras dos veces y un narco cae, y entonces ve (o cree ver, al menos) la alta figura de Raúl que corre, disparando a la altura de las caderas, y por un momento Ramos apunta a sus piernas, pero Raúl desaparece. Ramos corre hacia el punto donde le ha visto, y después se tira al suelo cuando ve a un narco levantar su pistola, y Ramos dispara

y el hombre salta en el aire y cae al suelo, una pequeña nube de polvo que se alza hacia la luz de la luna.

Los Barrera se han ido.

Mientras el tiroteo muere (Ramos escoge la palabra «muere» a propósito, porque muchos mercenarios de Raúl están muertos, o al menos caídos), va de cadáver en cadáver, de herido a herido, de prisionero a prisionero, en busca de Raúl.

El rancho Las Bardas es un caos. La casa principal parece un gigantesco colador de arte popular. Hay coches en llamas. Pájaros extraños están subidos a las ramas de los árboles, y algunos animales han regresado a sus jaulas, donde se cobijan y lloriquean.

Ramos ve un cuerpo alto tendido junto a la valla sobre un lecho de amapolas matilija, las flores blancas teñidas del rojo de la sangre. Con Esposa fuertemente agarrada contra el cuerpo, Ramos le da la vuelta con el pie. No es Raúl. Ramos está furioso. Sabemos que Raúl estaba aquí, piensa. Le oímos. Y yo le vi, o creí verle, al menos. Tal vez no. Tal vez las llamadas de móvil eran falsas, para despistarnos, y los hermanos están sentados en una playa de Costa Rica o de Honduras, riéndose de nosotros mientras toman cerveza bien fría. Tal vez no estaban aquí.

Entonces la ve.

La trampilla está cubierta de tierra y algo de maleza, pero distingue una forma rectangular en el suelo. Mira con más detenimiento y ve las pisadas.

Puedes correr, Raúl, pero volar no.

Pero un túnel... Muy bueno.

Se agacha y ve que han abierto hace poco la trampilla. Hay una línea estrecha en el borde, por donde la tierra ha caído. Aparta la maleza y palpa el tirador cóncavo, cierra la mano sobre él y levanta la trampilla.

Oye el tenue clic y ve la carga explosiva.

Demasiado tarde.

—*Me jodí.*

La explosión le vuela en mil pedazos.

El silencio antes ominoso ahora es fúnebre.

Art ha intentado todo cuanto se le ha ocurrido para encontrar a Nora. Hobbs ha volcado todos sus recursos, pese a que Art se ha negado a divulgar la identidad de su fuente. Por consiguiente, Art ha contado con fotografías de satélites, puestos de escucha, barridos de internet sin resultado alguno.

Sus opciones son limitadas. No puede lanzar una búsqueda como hizo en el caso de Ernie Hidalgo, porque solo conseguiría estropear la tapadera de Nora y que la mataran, si es que no está ya muerta. Y ahora se ha quedado sin Ramos, al

frente de su incesante campaña.

—Esto no pinta bien, jefe —dice Shag.

—¿Cuándo es nuestro siguiente barrido de satélite?

—Dentro de tres cuartos de hora.

Si el tiempo lo permite, recibirán imágenes del rancho Las Bardas, el refugio de los Barrera en el desierto. Ya han recibido cinco, y no han mostrado nada. Algunos criados, pero nadie parecido a Adán o Raúl, y desde luego nadie que recuerde a Nora.

Ni el menor movimiento. Ningún vehículo nuevo, ningún rastro reciente de neumáticos, nada que salga ni entre. Sucede lo mismo en los otros ranchos y pisos francos de los Barrera que Ramos aún no había atacado. Ni gente, ni movimiento, ni charlas por móvil.

Joder, piensa Art, Barrera se estará quedando sin refugios.

Pero nosotros también.

—Avisame —dice.

Tiene una reunión con el nuevo zar de las drogas de México, el general Augusto Rebollo.

En teoría, el propósito de la reunión es que Rebollo le informe sobre las operaciones contra el cártel de los Barrera, como parte de su recién descubierto bilateralismo.

El único problema es que Rebollo no sabe gran cosa de la operación. Ramos mantenía sus actividades casi en secreto, y lo único que puede hacer Rebollo es salir en la televisión, con expresión feroz y decidida, y anunciar su apoyo total a todo lo que ha hecho el fallecido Ramos, incluso si ignora qué ha hecho.

Pero la verdad es que el apoyo es vacilante.

Ciudad de México se está poniendo más nerviosa a medida que pasan los días y los Barrera siguen libres. Cuanto más se prolonga esta guerra, más nerviosos se ponen, y están buscando, como John Hobbs explica con cautela a Art antes de entrar en la reunión, un « motivo para el optimismo ».

En suma, Rebollo ronronea en su reunión con Art, con su uniforme verde del ejército planchado y limpio como un alfiler, que es evidente que sus colegas de la DEA tienen una fuente de información dentro del cártel de los Barrera, y que, en aras de la colaboración, su oficina podría ser de mucha más ayuda en la lucha común contra las drogas y el terrorismo si el señor Keller revelara dicha fuente.

Sonríe a Art.

Hobbs sonríe a Art.

Todos los burócratas de la sala sonríen a Art.

—No —dice.

Ve Tijuana desde las ventanas panorámicas del edificio de oficinas. Ella tiene que estar ahí, en algún sitio.

La sonrisa de Rebollo ha desaparecido. Parece ofendido.

—Arthur... —dice Hobbs.

—No.

Que se esfuerce un poco más.

La reunión acaba mal.

Art vuelve a la sala de guerra. Las fotos de satélite del rancho Las Bardas tendrían que haber llegado.

—¿Hay algo? —pregunta a Shag.

Shag niega con la cabeza.

—Mierda.

—Se han escondido, jefe —dice Shag—. Ni tráfico de móviles, correos electrónicos, nada.

Art le mira. El rostro del viejo vaquero está curtido por la intemperie y surcado de arrugas, y ahora lleva bifocales. Joder, ¿habré envejecido tanto como él?, se pregunta Art. Dos viejos guerreros de la droga. ¿Cómo nos llaman los nuevos? ¿Narcos Jurásicos? Y Shag es mayor que yo. Pronto se jubilará.

—Llamará a su hija —dice de repente Art.

—¿Qué?

—La hija, Gloria —dice Art—. La mujer y la hija de Adán viven en San Diego.

Shag hace un gesto de desaprobación. Ambos saben que implicar a una familia inocente es contrario a las reglas no escritas que gobiernan la guerra entre los narcos y ellos.

Art sabe lo que está pensando.

—A la mierda —dice—. Lucía Barrera sabe lo que su marido hace. No es inocente.

—La niña sí.

—Los hijos de Ernie Hidalgo también viven en San Diego —contesta Art—. Pero nunca ven a su padre. Pincha el teléfono.

—Jefe, ningún juez del mundo...

La mirada de Art le enmudece.

Raúl Barrera tampoco es feliz.

Pagan a Rebollo trescientos mil dólares al mes, y por ese dinero debería darles algo que valiera la pena.

Pero no acabó con Antonio Ramos antes del ataque contra el rancho Las Bardas, y ahora no puede confirmar que Nora Hayden es el origen de sus problemas, algo que Raúl necesita saber sea como sea, y deprisa. Está reteniendo a su propio hermano como prisionero virtual en este piso franco, y si el *soplón* no era la amante de su hermano, lo pagará caro.

Así que, cuando Raúl recibe el mensaje de Rebollo (Caramba, lo siento),

envía una frase de respuesta. Es sencilla: Hazlo mejor. Porque si no nos eres útil, no perderemos nada corriendo la voz de que estás en nuestra nómina. Entonces lo sentirás en la cárcel.

Rebollo recibe la frase.

Fabián Martínez hace piña con su abogado y va directo al grano.

Este sabe de procedimientos de actuación en redadas antidroga. El cártel envía a su representante legal y tú le das la información que tienes, si tienes alguna.

—No les dije nada —dice.

El abogado asiente.

—Tienen un informador —continúa Fabián, bajando la voz hasta susurrar—. Es la *baturra* de Adán, Nora.

—¡Joder! ¿Estás seguro?

—Solo puede ser ella —dice Fabián—. Tienes que sacarme bajo fianza, tío. Me voy a volver loco aquí.

—Con cargos por tenencia de armas, Fabián, va a ser difícil...

—Que se jodan las armas.

Le habla al abogado sobre la acusación de asesinato.

Qué desastre, piensa el abogado. Si Fabián Martínez no hace un trato, va a pasar mucho tiempo en la cárcel.

No es exactamente una prisionera, pero no es libre de irse.

Nora ni siquiera sabe dónde está, salvo que se trata de algún lugar de la costa este de Baja.

La casa donde la retienen está hecha de la misma piedra roja que la playa donde se encuentra. Tiene un techo de paja hecho de hojas de palma, y pesadas puertas de madera. No tiene aire acondicionado, pero las gruesas paredes de piedra la mantienen fresca por dentro. La casa cuenta con tres habitaciones, un pequeño dormitorio, un cuarto de baño y una sala delantera de cara al mar, que es una sala de estar combinada con una cocina abierta.

La electricidad la proporciona un generador que zumba ruidosamente fuera. Así que Nora tiene luz eléctrica, agua corriente caliente y un váter. Puede elegir entre una ducha caliente o un baño caliente. Incluso hay una antena parabólica fuera, pero se han llevado el televisor y no hay radio. También han quitado los relojes, y le confiscaron el reloj de pulsera cuando la trajeron.

Hay un pequeño reproductor de CD, pero sin CD.

Quieren que esté a solas con mi silencio, piensa.

En un mundo sin tiempo.

Lo cierto es que ha empezado a perder la noción del tiempo desde que Raúl la interceptó en Colonia Hipódromo y le dijo que subiera al coche, que se había montado un pollo y que la iba a llevar con Adán. Ella no confiaba en él, pero no tenía elección, y Raúl hasta empleó un tono de disculpa cuando le explicó que, por su propia protección, tenía que vendarle los ojos.

Sabe que se encuentra al sur de Tijuana. Sabe que circularon por la autopista de Ensenada durante un rato. Pero después la carretera se llenó de baches, y luego empeoró aún más, y se dio cuenta de que iban subiendo poco a poco por una carretera pedregosa en un todoterreno, y por fin percibió el olor del mar. Era oscuro cuando la llevaron dentro y le quitaron la venda.

—¿Dónde está Adán? —preguntó a Raúl.

—Ya vendrá.

—¿Cuándo?

—Pronto —dijo Raúl—. Relájate. Ve a dormir. Lo has pasado muy mal.

Le dio una pastilla para dormir, un Tuinol.

—No necesito eso.

—No, cógela. Necesitas dormir.

Se quedó delante de ella mientras la tomaba, Nora durmió como un tronco y despertó por la mañana algo aturdida y con la boca estropajosa. Pensó que estaba en alguna playa al sur de Ensenada, hasta que el sol salió por el lado contrario del mundo y dedujo que estaba tierra adentro. Cuando llegó la luz del día reconoció las aguas verdes del mar de Cortés.

Desde la ventana del dormitorio distinguió una casa grande en lo alto de la colina, y vio que toda la zona parecía un paisaje lunar de piedra roja. Un poco más tarde, una joven bajó de la casa grande con la bandeja del desayuno: café, pomelo y unas *tortillas* de harina.

Y una cuchara, observó Nora.

Ni cuchillo, ni tenedor.

Un vaso de agua con otro Tuinol.

Se resistió a tomarlo hasta que sus nervios cedieron, lo tragó y consiguió que se sintiera mejor. Durmió el resto de la mañana y solo despertó cuando la misma chica le trajo la bandeja de la comida: atún a la plancha, verduras hervidas, más *tortillas*.

Más Tuinol.

La despertaron en plena noche de su profundo sueño y empezaron a hacerle preguntas. Su interrogador, un hombre bajo con un acento que no era del todo mexicano, era afable, educado y persistente...

«¿Qué pasó la noche del embargo de armas?»

«¿Adónde fue? ¿A quién vio? ¿Con quién habló?»

«¿Qué hacía durante sus viajes de compras a San Diego? ¿Qué compraba? ¿A quién veía?»

« ¿Conoce a Arthur Keller? ¿Le dice algo ese nombre?»

« ¿Alguna vez la detuvieron por prostitución? ¿Por posesión de drogas? ¿Por evasión de impuestos?»

Ella contestaba con otras preguntas.

« ¿De qué está hablando?»

« ¿Por qué me pregunta estas cosas?»

« ¿Quién es usted?»

« ¿Dónde está Adán?»

« ¿Sabe que me está molestando?»

« ¿Puedo volver a dormir?»

La dejaron volver a dormir, la despertaron de nuevo un cuarto de hora después y le dijeron que era la noche siguiente. Ella sabía que no era cierto, pero fingió creerles cuando el interrogador le hizo las mismas preguntas, una y otra vez, hasta que ella se indignó y dijo:

« Quiero volver a dormir» .

« Quiero ver a Adán y ...» .

« Quiero otro Tuinol» .

Le daremos uno dentro de un rato, dijo el interrogador. Cambió de táctica.

« Hábleme del día del alijo de armas, por favor. Descríbalo minuto a minuto. Subió al coche y ...» .

« Y, y, y ...» .

Volvió a la cama, puso la cabeza debajo de la almohada y le dijo que cerrara el pico y se marchara, que estaba cansada. El hombre le ofreció otra pastilla y ella la aceptó.

La dejaron dormir durante veinticuatro horas y empezaron de nuevo.

Preguntas, preguntas, preguntas.

Dígame esto, dígame aquello.

Art Keller, Shag Wallace, Art Keller.

« Explíqueme cómo disparó al chino. ¿Qué hizo usted? ¿Qué sintió? ¿Por dónde cogió el arma? ¿Por el cañón? ¿Por la empuñadura?»

« Hábleme de Keller. ¿Desde cuándo le conoce? ¿Le abordó él o le abordó usted?»

« ¿De qué está hablando?» , —contestó ella.

Porque sabía que, si le daba una respuesta, lo estropearía todo. En la nube de barbitúricos, fatiga, miedo, confusión, desorientación. Comprendía lo que estaban haciendo, y no podía hacer nada para impedirlo.

El hombre nunca la tocaba, nunca la amenazaba.

Y eso le infundía esperanzas, porque daba a entender que no estaban seguros de que hubiera sido ella. De haber estado seguros, la habrían torturado para arrancarle la información, o la habrían matado. El interrogatorio « suave» significaba que albergaban dudas, y eso significaba otra cosa...

Que Adán aún estaba de su lado. No me están haciendo daño, pensó, porque aún tienen que preocuparse de Adán. De modo que aguantó. Dio evasivas, respuestas confusas, negativas tajantes, contraataques indignados.

Pero se está debilitando.

Le está afectando.

Una mañana, el desayuno no llegó. Lo pidió, la chica la miró confusa y dijo que se lo acababa de servir. Pero no era verdad. Lo sé... ¿o no?, se preguntó. Y después hubo dos comidas, una a continuación de la otra, y más sueño y más Tuinol.

Vaga por los alrededores, cerca de la casa. Las puertas no están cerradas con llave y nadie se lo impide. El recinto está flanqueado por el mar a un lado y el desierto interminable por el otro. Si intentara huir andando, moriría de sed o de exposición a los elementos.

Camina hacia el mar y se adentra hasta que el agua le llega a los tobillos.

El agua está tibia y le sienta de maravilla.

El sol se pone a su espalda.

Adán mira desde su habitación de la casa de la colina.

Está prisionero en su habitación, vigilado por una rotación de *sicarios* leales a Raúl. Se turnan ante la puerta de día y de noche, y Adán imagina que habrá unos veinte en todo el terreno.

La ve entrar en el agua. Lleva un vestido de playa desteñido y un sombrero blanco flexible para proteger su piel del sol. El pelo le cuelga suelto sobre los hombros desnudos.

¿Fuiste tú?, se pregunta.

¿Me traicionaste?

No, decide, no puedo creerlo.

Raúl sí que lo cree, aunque los días de interrogatorio no han conseguido demostrarlo. Es un interrogatorio suave, le ha asegurado su hermano. No la han tocado, ni mucho menos herido.

Más te vale, le había dicho Adán. Un moratón, una cicatriz, un chillido de dolor, y encontraré una forma de que te maten, por más hermano mío que seas.

¿Y si ella es el *soplón*?, preguntó Raúl.

Entonces, piensa Adán mientras la ve sentarse al borde del agua, eso sería diferente.

Sería algo diferente por completo.

Raúl y él han llegado a un acuerdo. Si Nora no es el traidor, Raúl permitirá que Adán vuelva a ser el *patrón*. Ese es el trato, piensa Adán, aunque la experiencia le dice que nadie que haya asumido el poder lo cede de nuevo.

De buen grado, al menos.

Ni con facilidad.

Y tal vez sería mejor así, piensa. Que Raúl se quede el *pasador*, cojo mi parte del dinero y me voy con Nora a vivir con tranquilidad a otro sitio. Siempre ha querido vivir en París. ¿Por qué no?

¿Y la otra mitad de la ecuación? Si resulta que Nora les traicionó, por el motivo que sea, el pequeño golpe de estado de Raúl será permanente, y Nora...

No quiere pensar en ello.

El ejemplo de Pilar Talavera está grabado a fuego en su mente.

Llegado el caso, me encargaré yo mismo, piensa. Es curioso que todavía puedas amar a alguien que te ha traicionado. La llevaré al mar, dejaré que vea los últimos rayos del sol desvanecerse sobre el agua.

Será rápido e indoloro.

Y después, si no fuera por Gloria, me metería la pistola en la boca.

Los hijos nos atan a la vida, ¿verdad?

Sobre todo esta hija, tan frágil y dependiente.

Debe de estar muriéndose de preocupación, piensa Adán. Las noticias de Tijuana habrán llegado a los periódicos de San Diego, y aunque Lucía intente protegerla, Gloria estará preocupada hasta que sepa algo de mí.

Lanza otra larga mirada a Nora, se aleja de la ventana y golpea la puerta.

El guardia la abre.

—Dame un móvil—ordena Adán.

—Raúl dijo...

—Me importa una mierda lo que dijo Raúl, *pendejo*—replica Adán—. Todavía soy el *patrón*, y si te digo que me des algo, me lo das.

Le dan el teléfono.

—¿Jefe?

—¿Sí?

—Ya.

Shag entrega a Art los auriculares conectados con el micrófono del teléfono intervenido de Lucía Barrera. Oye la voz de Lucía...

«¿Adán?»

«¿Cómo está Gloria?»

«Preocupada».

«Déjame hablar con ella».

«¿Dónde estás?»

«¿Puedo hablar con ella?»

Una larga pausa. Después, la voz de Gloria.

«¿Papá?»

«¿Cómo estás, cariño?»

« He estado preocupada por ti » .

« Estoy bien. No te preocupes » .

Art oye que la niña llora.

« ¿Dónde estás? El periódico decía... » .

« Los periódicos inventan cosas. Estoy bien » .

« ¿Puedo ir a verte? »

« Todavía no, cariño. Pronto. Escucha, dile a mamá que te dé un gran beso de mi parte, ¿de acuerdo? »

« De acuerdo » .

« Adiós, cariño. Te quiero » .

« Te quiero, papá » .

Art mira a Shag.

—Vamos a tardar un poco, jefe.

Tardan una hora, pero se le antojan cinco, mientras envían los datos electrónicos a la NSA y los analizan. Después llega la respuesta. La llamada procedía de un teléfono móvil (eso ya lo sabíamos, piensa Art), de modo que no pueden facilitar una dirección, pero pueden especificar la torre de transmisiones más cercana.

San Felipe.

En la costa este de Baja, al sur de Mexicali.

En un radio de noventa kilómetros desde la torre.

Art ya tiene un plano desplegado sobre la mesa. San Felipe es una ciudad pequeña, tal vez veinte mil habitantes, muchos de ellos norteamericanos en busca de sol y calor. Hay poca cosa, salvo la ciudad, un montón de desierto y una ristra de campamentos de pesca al norte y al sur.

Incluso con un radio de noventa kilómetros, es la típica aguja en un pajar, y cabe la posibilidad de que Adán se haya desplazado para tener cobertura, y en estos momentos se esté largando a toda leche.

Pero al menos tenemos una zona delimitada, piensa Art.

Un rayo de esperanza.

—La llamada no se hizo desde la ciudad —dice Shag.

—¿Cómo lo sabes?

—Escucha la cinta otra vez.

La vuelven a poner, y Art oye al fondo un tenue zumbido de pulsaciones rítmicas. Mira a Shag perplejo.

—Eres un chico de ciudad, ¿verdad? —dice Shag—. Yo crecí en un rancho. Lo que estás oyendo es un generador. No están conectados a la red eléctrica.

Art solicita un barrido por satélite, pero es de noche y tardarán horas en llegar imágenes.

El interrogador acelera el ritmo.

Despierta a Nora de un profundo sueño inducido por el Tuinol, la sienta en la silla y exhibe el dispositivo de localización ante su cara.

—¿Qué es esto?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe —insiste el hombre—. Usted lo puso allí.

—¿Dónde? ¿Qué hora es? Quiero volver...

El hombre la sacude. Es la primera vez que la toca. También es la primera vez que grita.

—¡Escuche! ¡Hasta el momento he sido amable, pero me está haciendo perder la paciencia! ¡Si no empieza a colaborar, le haré daño! ¡Mucho! ¡Dígame quién le dio esto para que lo pusiera en el coche!

Ella contempla el pequeño aparato durante mucho rato, como si fuera un objeto de un pasado lejano. Lo sostiene entre el índice y el pulgar y le da vueltas, lo examina desde diferentes ángulos. Después lo alza hacia la luz y lo examina con más atención. Se vuelve hacia el interrogador.

—Nunca lo había visto —dice.

Entonces él se pone a chillarle en la cara. Nora ni siquiera comprende lo que está diciendo, pero está chillando (recibe gotas de saliva en la cara) y la sacude de un lado a otro, y cuando por fin la suelta, ella se derrumba en la silla, agotada.

—Estoy muy cansada —dice.

—Ya lo sé —dice el hombre, todo suavidad y compasión de repente—. Esto podría acabar muy pronto, ¿sabe?

—¿Puedo dormir, pues?

—Oh, sí.

Art está sentado delante del ordenador cuando las fotos aparecen en la pantalla.

Con los ojos irritados a causa de la fatiga, despierta a Shag, que está dormido derrumbado en la silla con las botas encima del escritorio.

Examina las fotos. Empezando con una imagen grande de toda la zona de San Felipe, tomada desde un satélite meteorológico, desechan el sector conectado a la red eléctrica y empiezan a avanzar a través de los vectores norte y sur de la ciudad ampliados.

Descartan las zonas del interior. No hay suministro de agua, pocas carreteras transitables, y las escasas carreteras que serpentean a través del desierto rocoso dejarían a los Barrera tan solo una vía de escape, y no es probable que se hayan encerrado en esa ratonera.

Por lo tanto, se concentran en la costa, al este de la cadena de montañas bajas y la carretera principal, que corre paralela a la costa, con carreteras secundarias que van hacia el este, a los campamentos de pesca y otros pequeños pueblos de

la playa.

La costa norte de San Felipe es un lugar muy frecuentado por todoterrenos, y suele estar abarrotado de turistas, pescadores y campamentos de todoterrenos, de modo que no da mucho juego. La costa sur de la ciudad es similar, pero la carretera empeora de manera considerable y la civilización casi desaparece, hasta que te acercas a la pequeña aldea pesquera de Puertocitos.

Pero hay una extensión de diez kilómetros entre las dos ciudades (que empieza a unos cuarenta kilómetros al sur de San Felipe) en que no hay campamentos, tan solo algunas casas de playa aisladas. El radio de acción coincide con la potencia de la señal del móvil de Barrera, 4800 bps, de modo que es ahí donde tienen que concentrar sus esfuerzos.

Es un lugar perfecto, piensa Art. Solo hay unas pocas carreteras de acceso (pistas para todoterrenos), y los Barrera deben de tener apostados centinelas en esa carretera, y también en San Felipe y Puertocitos. Pueden divisar cualquier vehículo solitario que se acerque por la carretera, y ya no digamos el convoy armado necesario para el asalto. Para cuando puedan acercarse, los Barrera ya habrán desaparecido (por carretera o por barco).

Pero no puedes pensar en eso ahora. Primero, localiza el objetivo, y después, preocúpate de cómo conquistarlo.

Hay una docena de casas esparcidas por el tramo aislado de costa. Algunas en la misma playa, pero la mayoría en las colinas. Tres no están ocupadas. No hay vehículos ni señales, de neumáticos recientes. Cuesta elegir entre las nueve restantes. Todas parecen normales, desde el espacio, al menos, aunque es difícil para Art decidir cuál sería anormal en este caso. Todas parecen haber sido construidas en parcelas despejadas de rocas y agave. La mayoría son sencillas, edificios rectangulares de techo de paja o compuesto. La mayoría...

Entonces repara en la anomalía.

Casi la pasa por alto, pero algo le llama la atención. Algo que no encaja.

—Haz un zoom sobre eso —dice.

—¿Qué? —pregunta Shag.

Donde Art señala con el dedo solo ve rocas y maleza.

«Eso» es la sombra de unas rocas, que no se distinguen de un millón de otras, pero la sombra... la sombra es una línea recta.

—Eso es un edificio —dice Art.

Descargan la imagen y la amplían. Es granulada, cuesta verla, pero al examinarla bajo una lupa detectan una profundidad.

—¿Estamos mirando una roca cuadrada? —pregunta Art—. ¿O un edificio cuadrado con un techo de roca?

—¿Quién pone un techo de roca en una casa? —pregunta Shag.

—Alguien que quiere fundirla con el paisaje —contesta Art.

Hacen retroceder el zoom, y ahora empiezan a distinguir otras sombras

demasiado regulares, y fragmentos de maleza que contienen líneas rectas. Al principio es difícil, pero luego empieza a emerger una imagen de dos estructuras, una más pequeña que la otra, y formas que podrían disimular vehículos debajo.

Coordinan la imagen sobre el plano grande. La casa se halla junto a una pista que se desvía de la carretera principal, cuarenta y ocho kilómetros al sur de San Felipe.

Cinco horas después, un barco de pesca sube desde Puertocitos, desafiando un fuerte viento de cara. Echa el ancla a doscientos metros de la orilla, lanza sus sedales y espera al acaso. Después uno de los « pescadores» se tumba sobre la cubierta y apunta con un telescopio de rayos infrarrojos hacia la playa, delante de dos casas de piedra.

Divisa a una mujer con un vestido blanco que camina con paso inseguro hacia el agua.

Tiene el pelo largo y rubio.

Art cuelga el teléfono, hunde la cabeza entre las manos y suspira. Cuando vuelve a levantar la vista, una sonrisa alumbra su cara.

—La tenemos.

—¿No querrás decir « le » tenemos, jefe? —pregunta Shag—. No perdamos de vista el objetivo. Detener a los Barrera es el objetivo, ¿verdad?

Fabián Martínez continúa en su celda, pero se siente un poco más reconciliado con la vida en general.

Ha celebrado una buena reunión con su abogado, quien le ha asegurado que no debe preocuparse por las acusaciones de tráfico de drogas. Los testigos del gobierno no van a hacer acto de presencia, y ciertas personas aportarán información sobre el *soplón*.

La acusación de tráfico de armas sigue planteando problemas, pero el abogado también ha tenido una idea genial al respecto.

—Intentaremos que sea extraditado a México —dijo—. Por el asesinato de Parada.

—¿Bromea?

—En primer lugar —dijo el abogado—, en México no hay pena de muerte. En segundo, tardarán años en llevarle a juicio, y entretanto...

No terminó la frase. Fabián sabía a qué se refería. Entretanto, se arreglarán las cosas. Saldrán a la luz tecnicismos, los fiscales perderán el entusiasmo, los jueces conseguirán *ranchos* de vacaciones.

Fabián se tumba sobre el colchón y piensa que está en muy buena forma. Que te den por el culo, Keller. Sin Nora no tienes nada. Y que te den por el culo,

Güera. Espero que estés pasando una velada agradable.

No la dejan dormir.

Cuando llegó, no le dejaban hacer otra cosa que dormir, y ahora no le permiten cerrar los ojos. Puede sentarse, pero si se pone a dormir, la levantan y la obligan a estar de pie.

Está dolorida.

Le duele todo el cuerpo, los pies, las piernas, la espalda, la cabeza.

Los ojos.

Lo peor son los ojos. Los tiene irritados, le duelen, los siente en carne viva. Daría cualquier cosa por tumbarse y cerrar los ojos. O sentarse, incluso estar de pie, pero con los ojos cerrados.

Pero no la dejan.

Y no le dan Tuinol.

Nora no lo quiere. Lo necesita.

Siente hormigueos desagradables en la piel, y sus manos no dejan de temblar. Si añadimos a eso el dolor de cabeza, las náuseas y...

—Solo uno —lloriquea.

—Usted quiere cosas, pero no da nada —contesta el interrogador.

—No tengo nada que dar.

Siente las piernas entumecidas.

—No estoy de acuerdo —dice el interrogador. Entonces empieza a preguntar de nuevo, sobre Arthur Keller, la DEA, el dispositivo de localización, sus viajes a San Diego...

Lo saben, piensa Nora. Ya lo saben, de modo que, ¿por qué no les digo lo que ya saben? Se lo digo, dejo que hagan lo que van a hacer, pero sea lo que sea podré dormir. Adán no va a venir, Keller no viene... Diles algo.

—Si le hablo de San Diego, ¿me dejará dormir? —pregunta.

El interrogador accede.

La guía paso a paso.

Shag Wallace se marcha por fin de la oficina. Sube a su Buick de cinco años de antigüedad y conduce hasta un aparcamiento situado frente al supermercado Ames de National City. Espera unos veinte minutos, hasta que un Lincoln Navigator entra en el aparcamiento, da la vuelta poco a poco y frena a su lado.

Un hombre baja del Lincoln y sube al Buick con Shag.

Deja el maletín sobre su regazo. Lo abre con un chasquido metálico, y después da la vuelta al maletín para que Shag vea los fajos de billetes que contiene.

—¿La pensión de los policías es aquí mejor que en México? —pregunta el hombre.

—No mucho —contesta Shag.

—Trescientos mil dólares —dice el hombre.

Shag vacila.

—Cójalos —dice el hombre—. Al fin y al cabo, no está pasando información a los narcos. Esto es de policía a policía. El general Rebollo necesita saberlo.

Shag exhala un largo suspiro.

Entonces dice al hombre lo que desea saber.

—Necesitamos pruebas —dice el hombre.

Shag saca la prueba del bolsillo de la chaqueta y se la entrega.

Después coge los trescientos mil dólares.

Un viento del sur sopla en la península de Baja, empuja aire más caliente y una capa de nubes sobre el mar de Cortés.

Sin más fotos de satélite, la última información Art la ha recibido hace ya más de dieciocho horas, y podrían haber sucedido muchas cosas durante esas horas. Los Barrera podrían haberse marchado, Nora podría estar muerta. La capa de nubes no muestra señales de ir a disiparse, de modo que la información no hace otra cosa que envejecer.

O sea, lo que hay es lo que hay, y hay que actuar deprisa o no hacer nada.

Pero ¿cómo?

Ramos, el único poli de México en quien podía confiar, ha muerto. El responsable del NCID está en la nómina de los Barrera, y Los Pinos está dando marcha atrás a la campaña de los Barrera a mil por hora.

Art solo tiene una alternativa.

Que detesta.

Se reúne con John Hobbs en Shelter Island, el puerto deportivo que hay en mitad del puerto de San Diego. Se encuentran de noche, enfrente de Humphreys, junto a la bahía, y pasean a lo largo del estrecho parque que flanquea el agua.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —dice Hobbs.

Sí, piensa Art.

De todos modos, Hobbs lo verbaliza.

—Lanzar un ataque ilegal en territorio de un país amigo. Viola todas las leyes internacionales que conozco, además de cientos de leyes nacionales, y podría provocar, y perdona la franqueza, una grave crisis diplomática con un Estado vecino.

—Es nuestra última posibilidad de acabar con los Barrera —arguye Art.

—Detuvimos el cargamento chino.

—Este —contesta Art—. ¿Crees que Adán abandonará? Si no le detenemos

ahora, seguirá con el acuerdo de armas a cambio de drogas, y las FARC estarán armadas hasta los dientes dentro de seis meses.

Hobbs guarda silencio. Art camina a su lado, intenta leer sus pensamientos, escucha el sonido del agua mientras lame las rocas. A lo lejos, las luces de Tijuana centellean y parpadean.

Art experimenta la sensación de que no puede respirar. Si Hobbs no pica el anzuelo, Nora Hayden morirá y los Barrera ganarán.

—No podré utilizar nuestros recursos habituales —dice por fin Hobbs—. Tendremos que subcontratar, un experimento inédito hasta el momento.

Gracias a Dios, se dice Art.

—Por cierto, Arthur —añade Hobbs al tiempo que se vuelve hacia él—, esto va a ser una operación clandestina. Jamás podremos explicar a los mexicanos cómo detuvimos a los Barrera. No será una operación de las fuerzas de la ley, sino de la inteligencia. No será una detención, sino una sanción extrema. ¿Estás de acuerdo con todo eso?

Art asiente.

—Necesito oírte decir —insiste Hobbs.

—Es una sanción —dice Art—. Eso es lo que quiero.

Hasta el momento, todo va bien, piensa Art. Pero sabe que John Hobbs no se irá sin exigir un precio, que no tarda mucho en llegar.

—Y tengo que saber quién es tu informador.

—Por supuesto.

Art se lo dice.

Callan vuelve de la playa hacia la casa que ha alquilado. El día es frío y neblinoso en la costa de NoCal, y le gusta.

Se siente bien.

Abre la puerta de la casa, saca la 22 y apunta.

—Tranquiiiiiiilo —dice Sal—. Estamos bien.

—¿Estamos?

—Te marchaste de la reserva, Sean —dice Sal—. Tendrías que haber hablado conmigo antes.

—¿Me habrías dejado marchar?

—Sí, con las debidas precauciones —dice Sal.

—¿Qué hay del ataque contra los Barrera?

—Ha llovido mucho desde entonces.

—Así que estamos bien —dice Callan sin dejar de apuntar—. Gracias por la información. Ahora lárgate.

—Tengo una oferta de trabajo para ti.

—Paso —dice Callan—. Ya no me dedico a eso.

Estupendo, le dice Scachi, porque esta vez no estamos hablando de quitar vidas. Estamos hablando de salvar una.

Deciden atacar desde el mar.

Art y Sal examinan planos de zona muy detallados y deciden que es la única forma de actuar deprisa. Un barco de pesca subirá desde el sur de noche, y ellos embarcarán en Zodiacs y tomarán tierra en la playa.

Ahora es una cuestión de tiempo y marea.

El mar de Cortés tiene mareas extremas. La marea baja puede retirarse cientos de metros, y esa distancia frustraría por completo el ataque. No pueden cruzar cientos de metros de playa. Incluso de noche, serían detectados y abatidos antes de poder acercarse a las casas.

Por lo tanto, las posibilidades de que el ataque se salde con éxito son escasas. Tiene que ser de noche y con marea alta.

—Tenemos que atacar entre las nueve y las nueve y veinte —dice Sal—. Esta noche.

Demasiado pronto, piensa Art.

O quizá demasiado tarde.

Nora habla de su última visita a San Diego.

Cuenta que fue de compras, lo que compró, dónde se alojó, su comida con Haley, la siesta, el rato que fue a correr, la cena.

—¿Qué hizo aquella noche?

—Me quedé en la habitación, pedí la cena al servicio de habitaciones, vi la tele.

—¿Estaba en La Jolla y solo vio la tele? ¿Por qué?

—Porque me apetecía. Estar sola, haraganear, atontarme delante de la caja tonta.

—¿Qué vio?

Sabe que está descendiendo por una pendiente resbaladiza. Lo sabe, pero no puede remediarlo. Así es la naturaleza de las pendientes resbaladizas, ¿verdad?, piensa. Lo que hice en realidad aquella noche fue ir a la Casa Blanca y reunirme con Keller, pero no puedo decirlo, ¿verdad? Así que...

—No lo sé. No me acuerdo.

—No ha pasado tanto tiempo.

—Tonterías. Una película tonta. Tal vez me quedé dormida.

—¿PPV? ¿HBO?

No recuerda si el Valencia tiene películas de PPV, HBO o lo que sea. Ni siquiera está segura de haber encendido la tele. Pero si digo que vi una película

de pago, eso aparecería en mi cuenta, ¿verdad?, piensa.

—Creo que fue HBO o Showtime, una de esas.

El interrogador intuye que se está acercando a su meta. La mujer es una aficionada. Una mentirosa profesional siempre es vaga en todo. («No me acuerdo. Podría ser esto, podría ser aquello»). Pero esta mujer había explicado con seguridad y detalle todo lo que había hecho. Hasta su descripción de aquella noche, cuando empezó a mostrarse vacilante y evasiva.

Una mentirosa profesional sabe que la clave es conseguir que sus mentiras parezcan la verdad, y no al revés.

Bien, sus verdades parecen verdades, pero ¿y las mentiras?

—Pero ¿no se acuerda de qué película era?

—Estaba zapeando.

—Zapeando.

—Sí.

—¿Qué cenó?

—Pescado. Suelo tomar pescado.

—Controla su peso.

—Por supuesto.

—Voy a marcharme un rato. En mi ausencia, haga el favor de pensar en la película que vio.

—¿Puedo dormir?

—Si duerme, no podrá pensar, ¿verdad?

Pero no puedo pensar si no duermo, piensa Nora. Ese es el problema. No se me ocurren más mentiras. Ya ni siquiera estoy segura de lo que pasó y lo que no. ¿Qué película vi? ¿Qué película es esta? ¿Cómo termina?

—Si puede recordar lo que vio aquella noche, la dejaré dormir.

El hombre conoce el procedimiento. Sometida a suficiente presión, la mente creará una respuesta. En este caso, da igual que sea fantasía o verdad. Solo quiere que se comprometa con una respuesta.

A cambio de dormir, la mente de la mujer «recordará» la información. Incluso podría ser real para ella. Si es así, estupendo. Pero si resulta que es falsa, le habrá proporcionado la grieta a partir de la cual todo lo demás se astillará.

La mujer se desmoronará.

Y entonces sabremos la verdad.

—Está mintiendo —dice el interrogador a Raúl—. Inventa cosas.

—¿Cómo lo sabe?

—Lenguaje corporal —dice el interrogador—. Respuestas vagas. Si le hago la prueba del polígrafo y la interrogo sobre aquella noche en particular, fallará.

¿Tengo suficiente para convencer a Adán?, se pregunta Raúl. ¿Para poder

liquidar a esa puta mentirosa sin desencadenar una guerra civil con mi hermano? Primero, Fabián envía un mensaje a través de su abogado, diciendo que la mujer es el *soplón*. Ahora, el interrogador está a punto de pillarla mintiendo.

Pero ¿tengo que esperar?

¿A que Rebollo nos dé la respuesta definitiva? Si es que puede.

—¿Cuánto tiempo tardará en doblegar su voluntad? —pregunta.

El interrogador consulta su reloj.

—Ahora son las cinco —dice—. Las ocho y media, las nueve como máximo.

Ahora las nubes se han puesto de nuestro lado, piensa Art, mientras el pesquero surca las aguas picadas. Escucha el rítmico golpeteo del casco contra las pequeñas olas, que rompen contra la proa. El mal tiempo que había obstaculizado sus operaciones de recogida de datos está trabajando ahora en su favor, les oculta de los vigilantes de la costa, y también de otros barcos, algunos de ellos sin duda con guardias de los Barrera.

Mira a los hombres sentados en silencio en la cubierta. Sus ojos brillan en los rostros ennegrecidos. Fumar está prohibido, pero la mayoría llevan cigarrillos sin encender en los labios, para aplacar el nerviosismo. Otros mastican chicle. Algunos hablan en voz baja, pero casi todos tienen la vista clavada en la niebla gris que tiembla bajo la luz de la luna.

Los hombres llevan chalecos antibalas Kevlar encima de chándales negros, y cada hombre es todo un arsenal, provisto de una Mac-10 o un M-16, una 45 a un lado del cinturón y un cuchillo de hoja plana en el otro. Los chalecos están festoneados de granadas.

De modo que estos son los « recursos externos », piensa Art.

¿De dónde coño los ha sacado Scachi?

Callan lo sabe.

Lleva una semana sentado aquí con los chicos de Niebla Roja, algunos de ellos antiguos compañeros de litera de Las Tangas, a la espera de cumplir la misión.

« Interceptar el suministro de armas a los terroristas en su origen », tal como lo había expresado Scachi.

Tres Zodiacs cubiertas con lonas impermeables están amarradas a la cubierta. Irán ocho hombres por barca y desembarcarán alejadas cincuenta metros entre sí. Los hombres de las dos barcas situadas más al norte se dirigirán hacia la casa principal. La tripulación de la tercera barca tendrá como objetivo la casa pequeña.

Llegar o no llegar, esa es la cuestión, piensa Callan.

Si los Barrera han recibido el soplo, nos encontraremos en mitad de un fuego cruzado procedente de casas de piedra, atrapados en una playa desnuda sin otra protección que la niebla. La playa quedará sembrada de cadáveres.

Pero no se quedarán allí.

Sal lo ha dejado muy claro: no hay que abandonar a nadie. Muertos, vivos o a medias, volverán al barco. Callan echa un vistazo a la pila de bloques de ceniza que hay en la popa. «Lápidas», las había llamado Sal.

Entierro en el mar.

No vamos a abandonar cadáveres en México. Para el mundo exterior, será un golpe llevado a cabo por una banda rival de narcos que se aprovecharon de las dificultades actuales de los Barrera. Si te capturan, y no te dejes capturar, eso es lo que les dirás. Con independencia de lo que te hagan. ¿Una idea mejor? Trágate la pistola. No somos marines, no iremos a rescatarte.

Art baja.

El fuerte olor a diésel le revuelve el estómago. O tal vez son los nervios, piensa.

Scachi está tomando un café.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Arthur?

—Casi.

—Oye, Arthur, si no quieres que esto ocurra, sólo dilo.

—Quiero que ocurra.

—Tienes treinta minutos en esa playa —dice Sal—. Al cabo de media hora tienes que volver al barco y largarte. Lo último que nos interesa es que nos detenga una patrulla mexicana.

—Comprendido —dice Art—. ¿Cuánto falta para llegar?

Scachi traslada la pregunta al capitán del barco.

Dos horas.

Art consulta su reloj.

Llegarán a la playa alrededor de las nueve.

Nora comete la equivocación a las ocho y cuarto.

Está a punto de quedarse dormida de pie, pero la sacuden y la obligan a pasear por la habitación. Después la vuelven a sentar, cuando el interrogador entra y pregunta:

—¿Recuerda lo que vio aquella noche?

—Sí.

Porque tiene que dormir. Tengo que dormir. Si puedo dormir, puedo pensar, y podré pensar en una forma de salir de esta. Así que dale algo, lo que sea, compra

un poco de sueño. Compra un poco de tiempo.

—Muy bien. ¿Qué?

—*Amistad*.

—La película sobre los esclavos.

—Exacto.

Sé valiente y pregúntame sobre ella, piensa. La he visto. La recuerdo. Puedo hablar de ella. Haz preguntas. Que te jodan.

—No hay películas las noches del fin de semana, de modo que tiene que haber sido PPV o HBO.

—U otra...

—No. Lo he comprobado. Su hotel solo tiene HBO y PPV.

—Ah.

—¿Qué fue?

¿Cómo voy a saberlo?, piensa Nora.

—HBO.

El interrogador sacude la cabeza con tristeza, como un profesor cuyo alumno le ha decepcionado.

—No, ese hotel no tiene HBO.

—Pero acaba de decir.

—La estaba poniendo a prueba.

—Entonces debió de ser PPV.

—¿Sí?

—Sí, ahora me acuerdo. Fue PPV porque recuerdo haber mirado la tarjetita que dejan encima del televisor, y me pregunté si los empleados pensarían que había solicitado porno. Sí, eso es, y yo... ¿Qué?

—Nora, tengo una copia de su factura. No pidió ninguna película.

—¿No?

—No. Bien, ¿por qué no me dice lo que hizo en realidad aquella noche, Nora?

—Ya se lo he dicho.

—Me ha mentado, Nora. Estoy muy decepcionado.

—Solo estaba confusa. Estoy muy cansada. Si me deja dormir un poco...

—La única razón de mentir es que oculte algo. ¿Qué está ocultando, Nora? ¿Qué hizo en realidad aquella noche?

Nora apoya la cara en las manos y llora. No había llorado desde la muerte de Juan, y la conforta. Es un alivio.

—Estuvo en otro sitio aquella noche, ¿verdad?

Ella asiente.

—Ha estado mintiendo desde el primer momento.

Vuelve a asentir.

—¿Puedo dormir ya, por favor?

—Denle Tuinol —dice el interrogador—. Y llamen a Raúl.

La puerta de Adán se abre.

Raúl entra y le da una pistola.

—¿Puedes hacerlo tú, hermano?

Nora siente una mano sobre el hombro.

Al principio, cree que es un sueño, pero abre los ojos y ve a Adán de pie a su lado.

—Amor mío —dice él—, vamos a dar un paseo.

—¿Ahora?

Adán asiente.

Su aspecto es muy serio, piensa ella. Muy serio.

La ayuda a bajar de la cama.

—Estoy hecha un desastre —dice Nora.

Es cierto. Tiene el pelo revuelto y la cara hinchada a causa de las drogas. Adán piensa que nunca la había visto sin maquillaje.

—Tú siempre estás adorable —contesta—. Ponte un jersey. Hace frío. No quiero que te pongas enferma.

Sale con él a la niebla plateada. Está atontada y le cuesta caminar sobre los guijarros de la playa. Adán la sujeta por el codo y se alejan de la casa, en dirección a la orilla.

Raúl mira desde la ventana.

Ha visto a Adán y a su mujer salir de la casa de piedra y adentrarse en la oscuridad. Ahora les ha perdido de vista en la niebla.

¿Podrá hacerlo?, se pregunta Raúl.

¿Podrá apoyar el cañón en la nuca de esa bonita cabeza rubia y apretar el gatillo? ¿Tiene eso importancia? Si no, lo haré yo. Y en cualquier caso, soy el nuevo *patrón*, y el nuevo *patrón* dirigirá las cosas de una manera diferente a la del antiguo. Adán se ha ablandado. Siempre el pequeño contable... Bueno con los números, no tanto con la sangre.

Una llamada a la puerta interrumpe sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —pregunta con brusquedad.

Entra uno de sus hombres. Está sin aliento, como si hubiera subido la escalera corriendo.

—El *soplón* —dice—. Acaba de llamar Rebollo. Se lo dijo el propio tío de la DEA, Wallace...

—Es Nora.

El hombre niega con la cabeza.

—No, *patrón*. Es Fabián.

El mensajero aporta las pruebas: la acusación de asesinato, la amenaza de la pena de muerte, y después lo más flagrante de todo: copias de resguardos de depósitos, depósitos efectuados por Keller a nombre de Fabián en bancos de Costa Rica, las Caimán y hasta Suiza.

Cientos de miles de dólares, beneficios de los *tombes* conseguidos por los hermanos Piccone.

—Le ofrecieron un trato —dice el hombre—. *Plata o plomo*.

Eligió la plata.

—Sentémonos —dice Adán.

Ayuda a Nora a sentarse y se acomoda a su lado.

—Tengo frío —dice ella.

Adán la rodea con su brazo.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Hong Kong? —pregunta—. ¿Cuándo me llevaste a Victoria Peak? Imaginemos que estamos allí.

—Me gustaría.

—Mira hacia allí —le dice—. ¿Imaginas las luces?

—¿Estás llorando, Adán?

Él extrae poco a poco la pistola de la espalda.

—Bésame —dice Adán.

Vuelve la barbilla de Nora hacia él y la besa con dulzura en los labios, mientras pasa el cañón de la pistola por detrás de su cabeza.

—Eras la *sonrisa de mi alma* —susurra contra sus labios mientras amartilla el arma.

« Lo siento, hermano. Cuando me llegó la información, demasiado tarde. Qué tragedia. Pero nos vengaremos de Fabián, te lo aseguro » .

Raúl ensaya lo que va a decir.

Nos ocuparemos de la Güera ahora, y después de Fabián, piensa. Matar a esta mujer destruirá a Adán. Será incapaz de volver a asumir el control del *pasador*.

Es tu hermano.

Está chingada, piensa.

Aparta al mensajero a un lado, baja corriendo la escalera y sale a la noche.

—¡Adán! ¡Adán! —grita. Adán oye los gritos, apagados por la niebla.

Oye los pies que corren sobre las piedras, que se acercan. Tensa el dedo sobre el gatillo y piensa: No puedo dejar que lo haga él.

Mira hacia atrás y ve la forma alta de Raúl que corre hacia él como un

fantasma entre la niebla.

Tengo que hacerlo.

Hazlo.

Art salta del barco y pisa la playa.

Avanza dando tumbos con el agua hasta los tobillos, tropieza y cae de cara sobre la arena. Se levanta y corre agachado pendiente arriba, y entonces ve...

A Raúl Barrera.

Que corre hacia...

Adán.

Y Nora.

Es un disparo difícil, desde cien metros de distancia como mínimo, y Art no ha disparado furioso un M-16 desde Vietnam. Levanta el rifle hasta la altura del hombro, aplica el ojo al visor nocturno, apunta a Raúl y aprieta el gatillo.

La bala alcanza a Raúl a media zancada.

Justo en el estómago.

Art ve que cae, rueda y empieza a arrastrarse hacia delante.

Entonces la noche se ilumina.

Raúl cae al suelo.

Rueda sobre las rocas, lanzando gritos de dolor.

Adán corre hacia él. Caee de rodillas, intenta sujetarle, pero Raúl es demasiado fuerte. Su dolor es demasiado grande, y se suelta del abrazo de Adán.

—¡Dios mío! —grita Adán.

Tiene las manos empapadas en sangre. También la pechera de la camisa y los pantalones.

Está caliente.

—¡Adán! —gime Raúl—. No fue ella. Fue Fabián. —Entonces, clama a Dios —: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Madre de Dios!

Adán intenta aclarar sus ideas.

El mundo está estallando a su alrededor. Se oyen disparos por todas partes, y el sonido de pasos que corren hacia ellos sobre las rocas. Es entonces cuando aparecen los guardaespaldas de Raúl, algunos disparan detrás de ellos, mientras otros intentan levantar a Raúl del suelo.

—¡Id a buscar un coche! —grita Adán—. Traedlo aquí. Raúl, vamos a llevarlo a un hospital.

—¡No me mováis!

—Tenemos que hacerlo.

Empiezan a arrastrarle playa arriba, lejos del ataque.

Adán agarra a Nora de los brazos y tira de ella.

—¡Vamos!

Una granada aterriza a escasos metros y les derriba.

Nora queda tendida sobre las rocas, conmocionada, y le mana sangre de la nariz. Adán está gritando algo, pero no oye nada. Manuel se lo está llevando. Adán grita y trata de volver con ella, pero el *campesino* es demasiado fuerte para él.

Dos *sicarios* intentan levantarla, pero dos ráfagas los derriban.

Otro destello de luz, y después la oscuridad.

Art ve que Raúl y Adán están siendo arrastrados colina arriba, hacia unos Land Rovers que están aguardando, cerca de la casa principal.

Se dirige hacia ellos.

Una lluvia de balas cae alrededor de sus pies.

Un hombre delgado con gafas sin montura sale de la casa y empieza a correr hacia lo alto de la colina, pero una ráfaga de balas le alcanza mientras corre y cae hacia atrás, como un dibujo animado de una película muda que ha resbalado en una piel de plátano.

La puerta se cierra a su espalda y empiezan a disparar desde las ventanas. Art se tira al suelo y gatea hacia Nora. Callan avanza a su lado, rueda, lanza ráfagas de dos disparos y vuelve a rodar.

—¡Al suelo! —grita Callan detrás de él.

Un segundo después, una granada atraviesa una ventana de la casa y estalla.

Dejan de disparar desde la casa.

Raúl se encoge de dolor cuando sus hombres le depositan en el asiento trasero. Adán sube por el otro lado y acuna la cabeza de su hermano sobre el regazo.

Raúl toma su mano y llora.

Manuel salta detrás del volante. Los hombres de Raúl intentan detenerle, pero Adán grita:

—¡Quiero a Manuel!

Obedecen. El coche se pone en marcha, y cada traqueteo supone una tortura para Raúl.

Adán experimenta la sensación de que su hermano, al agarrarle, va a destrozarle los huesos de la mano, pero le da igual. Acaricia el pelo de Raúl y le dice que aguante, que todo saldrá bien.

—*Agua* —musita Raúl.

Adán encuentra una botella de agua en el bolsillo del asiento, desenrosca el tapón y acerca la botella a la boca de Raúl. Éste bebe y Adán nota que el agua

cae sobre sus zapatos.

Adán se vuelve y mira hacia el pie de la pendiente.

Ve el cuerpo inmóvil de Nora.

—¡Nora! —grita—. ¡Tenemos que volver! —dice a Manuel.

Manuel no quiere ni oír hablar de ello. El coche va en primera, con tracción en las cuatro ruedas, y asciende poco a poco la colina, seguido de otro Rover, cuyos *sicarios* disparan desde atrás para cubrirles.

Balas trazadoras describen arcos en la noche, como polillas mortíferas.

Una granada disparada desde un cohete alcanza el coche de detrás y estalla, enviando por los aires fragmentos de metal recalentado. El conductor salta en llamas del coche y se retuerce como fuegos artificiales en la noche. Otro cuerpo se desploma desde el lado abierto del coche y chisporrotea sobre las rocas.

Manuel pisa el acelerador y Raúl chillaba.

Art ve estallar uno de los Rovers, intenta distinguir algo a través de las llamas y ve que el primero prosigue su camino.

—¡Maldita sea! —brama. Se vuelve hacia Callan—. ¡Quédate con ella! —ordena.

Entrega el peso muerto de Nora a Callan y corre hacia el Land Rover, que escapa. Disparos lanzados desde la casa principal zumban alrededor de su cabeza como mosquitos. Agacha la cabeza y sigue corriendo, deja atrás el Rover en llamas y los cuerpos carbonizados, y persigue al vehículo que avanza penosamente colina arriba.

Adán le ve, gira en redondo y trata de sujetar con fuerza la pistola para disparar, pero cada músculo que mueve envía oleadas de dolor al cuerpo de Raúl. Ve que Keller, sin dejar de correr, apoya el rifle contra el hombro.

Adán dispara.

Los dos hombres fallan.

Entonces el Rover corona la colina. Baja la pendiente contraria y Raúl grita. Adán le sujeta cuando el vehículo acelera.

Art se para al borde del risco. Está encorvado, intentando recuperar el aliento, mientras ve alejarse el Rover.

Respira hondo tres veces, se lleva el rifle al hombro y apunta hacia la parte izquierda del parabrisas posterior, donde ha visto por última vez a Adán. Aspira

una larga bocanada de aire, aprieta el gatillo y exhala.

El coche sigue alejándose.

Art vuelve corriendo a la casa principal.

Los hombres de Scachi se dedican a su trabajo como una cuadrilla de obreros, sin prisas. Un escuadrón dispara para cubrir al segundo con ráfagas breves y disciplinadas, mientras el otro avanza. Después se intercambian. Tres rotaciones siguiendo esta táctica consiguen que uno de los hombres llegue junto a la casa. Se aplasta contra las paredes de piedra, mientras los otros disparan a través de las ventanas. Después, a una señal, dejan de disparar y el hombre de Scachi sujeta una carga a la puerta y se arroja al suelo, al tiempo que la puerta salta en pedazos.

Los demás mercenarios se precipitan hacia ella.

Tres veloces ráfagas, y después silencio.

Art entra.

Es una carnicería, es de locos.

Sangre por todas partes, muertos y heridos, los mercenarios de Scachi trabajan con diligencia para acabar con los *sicarios* que basculan entre ambos mundos.

Tres *sicarios* muertos están espatarrados en el suelo del salón. Uno de ellos yace cabeza abajo con dos heridas de bala en la nuca. Art pasa por encima de él y entra en el dormitorio.

Hay once cadáveres más.

Un hombre herido, con una mancha roja en el hombro, está sentado con la espalda apoyada contra la pared, las piernas abiertas ante él. Scachi se acerca al hombre y echa el pie hacia atrás como si se dispusiera a marcar un gol desde cincuenta metros de distancia.

Su bota golpea al hombre en las pelotas con un ruido sordo.

—Empieza a hablar —dice Art.

El *sicario* obedece. Adán y Raúl estaban aquí, y también la Güera, y Raúl resultó herido de un disparo.

—Bien, una buena noticia —dice Scachi. Hace los mismos cálculos que Art. Si Raúl Barrera ha recibido un balazo en el vientre, no sobrevivirá. Es como si estuviera muerto. Mejor, de hecho.

—Podemos alcanzarles —dice Art a Scachi—. Van por la carretera. No están muy lejos.

—¿Alcanzarles con qué? —pregunta Scachi—. ¿Has traído un jeep? —Consulta su reloj—. ¡Diez minutos!

—¡Tenemos que seguirles! —brama Art.

—No hay tiempo.

El hombre sigue vomitando información. Los hermanos Barrera se fueron en el jeep, en dirección a San Felipe para auxiliar a Raúl.

Scachi le cree.

—Sacadle fuera y pegadle un tiro —ordena.

Art ni se inmuta.

Todo el mundo conoce las reglas.

El Land Rover traquetea sobre la carretera llena de baches.

Raúl chillaba.

Adán no sabe qué hacer. Si dice a Manuel que vaya más despacio, Raúl se desangrará antes de que pueda recibir ayuda. Si le dice que acelere, los sufrimientos de Raúl aún serán peores.

El neumático delantero izquierdo se hunde en un charco y Raúl grita.

—*Por favor, hermano* —murmura cuando recupera el aliento.

—¿Qué pasa, hermano?

Raúl le mira.

—Ya lo sabes.

Desvía los ojos hacia la pistola que lleva al cinto.

—No, Raúl. Te salvarás.

—No... puedo... aguantarlo... más —jadea Raúl—. Por favor, Adán.

—No puedo.

—Te lo suplico.

Adán mira a Manuel.

El viejo guardaespaldas sacude la cabeza. No va a hacerlo.

—Para el coche —ordena Adán.

Saca la pistola del cinto de Raúl, abre la puerta del coche, deja caer con suavidad la cabeza de su hermano sobre el asiento. El aire del desierto transporta los aromas de la savia y el *hermosillo*. Adán levanta la pistola y apunta a la cabeza de Raúl.

—Gracias, hermano —susurra Raúl.

Adán aprieta el gatillo dos veces.

Art sigue a Scachi hasta la playa, donde Sal se persigna ante los cadáveres de dos mercenarios.

—Buenos hombres —dice a Art.

Dos mercenarios depositan los cuerpos en las Zodiacs. Art corre hacia el lugar donde dejó a Nora.

Se detiene cuando ve a Callan acercarse, cargado con Nora sobre el hombro, el pelo rubio colgando alrededor de sus brazos.

Art le ayuda a cargar el peso muerto hasta una barca.

Adán no va a San Felipe, sino que se dirige a un pequeño campamento pesquero.

El propietario sabe quién es, pero finge no saberlo, que es la decisión más sabia. Les alquila dos cabañas en la parte de atrás, una para Adán y la otra para el conductor.

Manuel sabe lo que hay que hacer aunque no se lo hayan dicho.

Aparca el Land Rover al lado de su cabaña y transporta el cadáver de Raúl hasta el cuarto de baño. Deja el cuerpo en la bañera y sale a comprar un cuchillo de los utilizados por los pescadores. Vuelve y despedaza el cadáver de Raúl. Corta las manos, los pies, los brazos, las piernas y, por fin, la cabeza.

Es una pena que no puedan dispensarle el funeral que merece, pero nadie debe saber que Raúl Barrera ha muerto.

Los rumores correrán, por supuesto, pero mientras exista la posibilidad de que el *pasador* de los Barrera continúe con vida, nadie se atreverá a atacarles. En cuanto sepan que ha muerto, se abrirán las puertas y los enemigos entrarán en tromba para vengarse en la persona de Adán.

Manuel coge un cuchillo de desescamar y despelleja con sumo cuidado la piel de los dedos cortados de Raúl, y después tira la piel por el desagüe de la bañera. Luego, guarda las partes cercenadas en bolsas de la compra de plástico y enjuaga la bañera. Carga las bolsas hasta una pequeña barca motora, las llena con las bolas de plomo que utilizan los pescadores para hundir las redes y se adentra con la barca en el golfo. Después, cada doscientos o trescientos metros, tira una de las bolsas al agua.

Cada vez que lo hace recita una rápida oración, dirigida tanto a la Virgen María como a san Jesús Malverde.

Adán llora bajo la ducha.

Sus lágrimas se cuelan por el desagüe junto con el agua sucia.

Art y Shag van al cementerio y dejan flores en la tumba de Ernie. —Solo queda uno —dice Art a la lápida—. Solo queda uno.

Después van a La Jolla Shores y contemplan la puesta de sol desde el bar del Sea Lodge.

Art levanta su cerveza.

—Por Nora Hayden.

—Por Nora Hayden.

Entrechocan los vasos y miran en silencio el espectáculo del sol cuando descende sobre el mar, como una bola en llamas que tiñe las aguas de un dorado resplandeciente.

Fabián sale contoneándose del edificio del Tribunal Federal de San Diego. El juez federal ha aceptado extraditarle a México.

Aún va con el chándal naranja, las muñecas esposadas a la cintura, los tobillos sujetos con grilletes, pero aun así logra contonearse y dedicar su mejor sonrisa de estrella de cine a Art Keller.

—Saldré antes de un mes, perdedor —dice cuando pasa al lado de Art y entra en la furgoneta que le está esperando.

Ya lo sé, piensa Art. Por un segundo, se le ocurre detenerle, pero acto seguido piensa: Que se joda.

El general Rebollo se encarga en persona de detener a Fabián Martínez

—No te preocupes por nada —dice a Fabián en el coche, camino de la comparecencia ante el magistrado—, pero procura no ser arrogante. Declárate no culpable y mantén la boca cerrada.

—¿Se encargaron de la Güera?

—Está muerta.

Sus padres aguardan en la sala del tribunal. Su madre llora y le abraza. Su padre le estrecha la mano. Una hora más tarde, después de pagar medio millón de dólares de fianza, y una cifra similar a modo de soborno bajo mano, el juez entrega a Junior Número Uno a la custodia de sus padres.

Quieren que se pierda de vista y salga de Tijuana, así que le llevan a la finca de su tío en las afueras de Ensenada, cerca de la aldea de El Sauzal.

A la mañana siguiente se levanta temprano para ir a mear.

Se levanta de la cama, en realidad un colchón preparado en la terraza, y baja al cuarto de baño. Está durmiendo fuera porque todos los dormitorios de la *estancia* de su tío están llenos de parientes, y porque de noche hace más fresco gracias a la brisa que llega del Pacífico. Y es más silencioso. No puede soportar los aullidos de los bebés, las discusiones, el ajetreo de las relaciones sexuales, los ronquidos ni ningún otro sonido procedente de una reunión de familia numerosa.

El sol acaba de salir y ya hace calor fuera. Será otro día largo y cálido en El Sauzal, otro día aburrido y abrasador de Ensenada, plagado de hermanos ruidosos, sus mandonas esposas, sus irritantes retoños y su tío, que piensa que es un vaquero y se empeña en que monte a caballo.

Baja y nota que algo va mal.

Al principio, no sabe definirlo, pero luego sí. Algo que debería haber, pero que no ve.

Humo.

Tendría que salir humo de los alojamientos de los criados, al otro lado de las puertas de la casa principal. Ha salido el sol, y las mujeres ya deberían estar preparando *tortillas*, y el humo tendría que elevarse por encima de los muros del complejo residencial.

Pero no es así.

Lo cual es raro.

¿Será fiesta hoy?, se pregunta. No puede ser, porque su tío habría preparado algo, sus cuñadas habrían estado discutiendo como posesas por algún detalle del menú o la disposición de la mesa, y a él y a le habrían asignado su aburrido papel en la celebración.

¿Por qué no se han levantado los criados?

Entonces ve por qué.

Los *federales* entran en tromba por la puerta.

Habría una docena o así, con sus características chaquetas negras y gorras de plato, y Fabián piensa: Joder, y a estamos otra vez, y recuerda lo que Adán siempre le ha dicho, así que levanta las manos, a sabiendas de que va a ser un rollo patatero, aunque seguro que puede solucionarse, pero entonces se fija en que el jefe de los *federales* arrastra la pierna detrás de él.

Es Manuel Sánchez.

—No —musita Fabián—. No, no, no, no...

Tendría que haberse pegado un tiro.

Pero le prenden antes de que pueda encontrar una pistola, y le obligan a presenciar lo que hacen a su familia.

Después le atan a una silla, y uno de los hombres más grandes se coloca detrás de él y le agarra por su espeso pelo negro, para que no pueda mover la cabeza, incluso cuando Manuel le enseña el cuchillo.

—Esto es por Raúl —dice Manuel.

Hace cortes breves y profundos siguiendo el contorno de la frente de Fabián, después coge cada ristra de piel y la desprende. Los pies de Fabián patean el suelo de piedra mientras Manuel despelleja su cara, y deja las ristras colgando sobre su pecho como pieles de plátano.

Manuel espera a que los pies dejen de patear y le dispara en la boca.

El bebé está muerto en brazos de su madre.

A juzgar por la forma en que yacen los cuerpos (ella encima, el bebé debajo), Art deduce que la mujer intentó proteger al niño.

Es culpa mía, piensa Art.

Yo he provocado su desgracia.

Lo siento, piensa Art. Lo siento muchísimo. Se inclina sobre la madre y el niño, hace la señal de la cruz y susurra:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—*El poder del perro* —oye murmurar a un poli mexicano.

El poder del perro.

QUINTA PARTE
LA FRONTERA

LAS VIDAS DE LOS FANTASMAS

*When you're headin' for the border lord,
you're bound to cross the line.*

KRIS KRISTOFFERSON, «Border Lord»

Distrito de Putumayo
Colombia
1998

Art entra en el campo de coca destruido y arranca una hoja marchita y amarillenta de su tallo.

Plantas muertas o personas muertas, piensa.

Soy un agricultor de los campos sembrados de muertos. Mi única herramienta para la cosecha estéril que cultivo es la guadaña. Mi paisaje, la devastación.

Art está en Colombia, en misión de recopilar información para el Comité Vertical, con el fin de asegurar que la CIA y la DEA canten la misma canción en el Congreso. Las dos agencias y la Casa Blanca están intentando ganarse el apoyo del Congreso para el Plan Colombia, una ayuda de diecisiete mil millones de dólares para Colombia destinados a destruir el tráfico de cocaína en su origen, los campos de coca de la selva del distrito de Putumayo, al sur de Colombia. La ayuda significa más dinero para defoliantes, más dinero para aviones, más dinero para helicópteros.

Viajaron en uno de esos helicópteros desde Cartagena hasta la ciudad de Puerto Asís, junto al río Putumayo, en la frontera con Ecuador. Art descendió por el río, una franja marrón cenagosa que atravesaba el verde intenso, casi asfixiante, de la selva, y se detuvo sobre un muelle tambaleante donde cargan canoas largas y estrechas (el medio de transporte principal de una zona que cuenta con escasas carreteras) con plátanos y haces de leña. Javier, su acompañante, un joven soldado de la Brigada Veinticuatro, bajó corriendo la orilla para reunirse con él. Joder, pensó Art, este chico no tendrá más de dieciséis años.

—No puede cruzar el río —le dijo Javier.

Art no estaba pensando en cruzar, pero preguntó:

—¿Por qué?

Javier señaló la orilla sur del río.

—Eso es Puerto Vega. Territorio de las FARC.

Estaba claro que Javier tenía muchas ganas de alejarse de la orilla, de modo que Art regresó con él a territorio «seguro». El gobierno controla Puerto Asís y la orilla norte del río en los alrededores de la ciudad, pero al oeste de aquí, incluso en el lado norte, se encuentra la ciudad de Puerto Calcedo, controlada por las FARC.

Pero Puerto Asís es territorio de las AUC.

Art lo sabe todo acerca de las Autodefensas Unidas de Colombia. Las AUC fueron creadas por el antiguo señor de la cocaína Fidel Cardona, alias Rambo. Cardona dirigía un escuadrón de la muerte de extrema derecha desde su rancho de Las Tangas, al norte de Colombia, en los tiempos en que todo iba bien para el cártel de Medellín. Entonces Cardona traicionó a Pablo Escobar y ayudó a la CIA a detenerle, una hazaña gracias a la cual se le perdonaron todos sus delitos relacionados con la cocaína. Cardona tomó su nueva alma purificada y se dedicó a la política a tiempo completo.

Las AUC solían actuar en la parte norte del país. Su entrada en el distrito de Putumayo es un acontecimiento reciente. Pero cuando lo hizo, lo hizo con fuerza, y Art ve pruebas de ello por todas partes.

Vio a los paramilitares de extrema derecha por todo Puerto Asís con sus uniformes de camuflaje y boinas, atravesando la ciudad en camiones, deteniendo a transeúntes, registrándolos o blandiendo sus M-16 y *machetes*.

Lo cual equivalía a enviar un mensaje a los *campesinos*, pensó Art: Esto es territorio de las AUC y podemos hacer con vosotros lo que nos dé la gana.

Javier le estaba guiando a toda prisa hacia un convoy de vehículos del ejército, en la calle principal. Art vio a John Hobbs de pie junto a uno de los jeeps, pateando el suelo con impaciencia. Necesitamos una escolta militar para internarnos en el campo, pensó Art.

—Tenemos que darnos prisa, señor —dijo Javier.

—Claro —contestó Art—. Pero necesito beber algo.

El calor era opresivo. La camisa de Art ya estaba empapada de sudor. El soldado le condujo hasta un puesto de una calle lateral, donde Art compró dos latas calientes de Coca-Cola, una para él y otra para el soldado. La propietaria del puesto, una anciana, le preguntó algo en el dialecto local que Art no entendió.

—Quiere saber cómo va a pagar —explicó Javier—. ¿Con dinero o con cocaína?

—¿Cómo?

Aquí, la coca es como el dinero, explicó el soldado. Los habitantes llevan pequeñas bolsas de polvo, del mismo modo que otros llevan calderilla. Casi todo el mundo paga con cocaína. Pagar un refresco con cocaína, pensó Art mientras

sacaba unos billetes arrugados del bolsillo. Coca a cambio de Coca. Sí, aquí estamos ganando la Guerra contra las Drogas.

Dio al soldado una lata, y después continuaron el recorrido turístico.

Ahora está sentado en un campo de coca arrasado y frota la superficie de una hoja con el pulgar. Está pegajosa, y se vuelve hacia el representante de Monsanto que revolotea a su alrededor como un mosquito.

—¿Están mezclando Cosmo-Flux con el Roundup?

Roundup Ultra es el nombre de una marca de glifosato defoliante, que el ejército colombiano, con el patrocinio de asesores norteamericanos, rocía desde aviones que vuelan bajo, protegidos por helicópteros.

Por más que cambien las cosas, piensa Art... Primero Vietnam, después Sinaloa, ahora Putumayo.

—Bien, sí, así se pega mejor a las plantas —dice el representante de Monsanto.

—Sí, pero también aumenta el riesgo tóxico para la gente, ¿verdad?

—Bien, tal vez en grandes cantidades —dice el tipo—, pero aquí estamos utilizando dosis pequeñas de Roundup, y el Cosmo-Flux consigue que esa pequeña cantidad sea mucho más eficaz. Resultados mucho mejores a cambio de su dinero.

—¿Qué cantidades están utilizando aquí?

El tipo de Monsanto no lo sabe, pero Art no cesa hasta obtener la respuesta. Parando a uno de los pilotos, abren su depósito y lo averiguan. Después de tenaces preguntas, y de intimidar a los tipos que llenan el depósito, Art descubre que están utilizando diez litros por hectárea. La literatura de Monsanto recomienda dos litros por hectárea como dosis máxima no tóxica.

—¿Cinco veces la dosis no tóxica? —pregunta Art a John Hobbs—. ¿Cinco veces?

—Lo investigaremos —contesta Hobbs.

El hombre ha envejecido. Supongo que yo también, piensa Art, pero Hobbs parece un anciano. Su pelo blanco es más ralo, su piel casi transparente, sus ojos azules aún son lo bastante penetrantes, aunque está claro que ven acercarse el ocaso. Y lleva chaqueta, aunque está en la selva y el calor es asfixiante. Siempre tiene frío, piensa Art, como los viejos y los moribundos.

—No —dice Art—, yo me encargaré de investigarlo. ¿Cinco veces la dosis recomendada de glifosato, y lo mezcláis con Cosmo-Flux? ¿Qué intentáis contaminar?, ¿una cosecha o todo el medio ambiente?

Porque sospecha que no está viendo la zona cero de la Guerra contra las Drogas, sino la zona cero de la guerra contra las guerrillas comunistas, que viven, se esconden y luchan en la selva.

Así que se defolia la selva...

Mientras sus anfitriones le enseñan sus «éxitos», miles de hectáreas de

plantas de coca marchitas, Art les somete a un incesante interrogatorio: ¿mata solo la coca, o también envenena las demás cosechas? ¿Mata cosechas alimenticias, judías, bananas, maíz, yuca? ¿No? Bien, ¿qué estoy viendo en ese campo? Amí me parece maíz. ¿No es el trigo el alimento básico de la dieta local? ¿Qué comen después de la destrucción de sus cosechas?

Porque no estamos en Sinaloa, piensa Art. No hay señores de la droga que posean miles de hectáreas. La mayor parte de la cocaína la cultivan pequeños *campesinos*, que plantan media hectárea o una como máximo. Las FARC les cobran impuestos en su territorio, las AUC les cobran impuestos en la tierra que controlan. Donde los *campesinos* lo tienen peor es en el territorio que ambos bandos se disputan. Allí pagan el doble de impuestos por la cocaína que cosechan.

Mientras ve los aviones rociar la tierra, pregunta: ¿A qué altura vuelan? ¿A treinta metros? Hasta los propios especialistas de Monsanto dicen que no está recomendado fumigar desde una altura superior a tres metros. ¿No aumenta eso el peligro de que se desvíe hacia otras cosechas? Hoy sopla una brisa persistente. ¿No están fumigando con defoliantes toda la zona?

—Te equivocas por completo —dice Hobbs.

—Ah, ¿sí? —replica Art—. Quiero traer aquí a un bioquímico y analizar el agua de una docena de pozos de pueblos.

Les obliga a llevarle a un campamento de refugiados, al que los *campesinos* han huido de la fumigación. Es poco más que un claro en la selva, con edificios de bloques de ceniza construidos a toda prisa y chozas con techo de hojalata. Exige que le acompañen a la clínica, donde un médico misionero le enseña los niños con los síntomas que temía ver: diarrea crónica, erupciones cutáneas, problemas respiratorios.

—¿Diecisiete mil millones de dólares para envenenar niños? —pregunta a Hobbs cuando vuelven al jeep.

—Estamos en guerra —responde Hobbs—. No es el momento de ponerse histérico, Arthur. También es tu guerra. ¿Puedo recordarte que se trata de la cocaína que encumbró al poder a hombres como Adán Barrera? ¿Que el dinero de esta cocaína compró las balas utilizadas en El Sauzal?

No necesito que me lo recuerden, piensa Art.

¿Quién sabe dónde estará ahora Adán? Seis meses después de la redada en Baja y la posterior matanza en El Sauzal, Adán sigue en libertad. El gobierno estadounidense ofrece una recompensa de dos millones de dólares por su cabeza, pero hasta el momento nadie ha ido a cobrar.

¿Quién quiere dinero si no vivirá para cobrar?

Después de conducir durante una hora, llegan a un pueblo abandonado por completo. No hay personas, ni cerdos, ni pollos, ni perros.

Nada.

Todas las cabañas parecen intactas, salvo un edificio más grande (el almacén

del pueblo, a juzgar por su aspecto), que ha sido devorado por las llamas desde dentro.

Un pueblo fantasma.

—¿Dónde está la gente? —pregunta Art a Javier.

El chico se encoge de hombros.

Art pregunta al oficial al mando.

—Desaparecidos —contesta—. Habrán huido de las FARC.

—¿Huido adónde?

Ahora es el oficial quien se encoge de hombros.

Pasan la noche en una pequeña base del ejército, al norte de la ciudad. Después de cenar filetes asados sobre un fuego encendido con gasolina, Art se excusa para ir a dormir un poco, y después va a dar un vistazo alrededor de la base.

Has estado en bases de apoyo, has estado en todas, piensa Art. Todas son iguales, ya sea en Vietnam o en Colombia. Un claro practicado en la maleza y allanado, rodeado a continuación de alambre de espino, para luego despejar el perímetro con la intención de improvisar un campo de tiro.

Esta base está dividida burdamente en dos, descubre Art mientras prosigue su exploración. La parte más grande acoge a la Brigada Veinticuatro, pero llega a un portón que separa la parte principal de la base de lo que parece ser una sección reservada a las AUC.

Camina en paralelo a la valla de alambre de espino y mira al otro lado.

Es un campamento de entrenamiento. Art distingue el campo de tiro y los muñecos de paja colgados de los árboles para las prácticas cuerpo a cuerpo. Se están entrenando en este momento, se acercan por detrás a los muñecos con cuchillos, como si se dispusieran a eliminar centinelas enemigos.

Art mira un rato, y después vuelve a su alojamiento, una pequeña habitación al final de uno de los barracones, cerca del perímetro. La habitación tiene una ventana, abierta pero protegida con una tela mosquitera, una litera, una lámpara conectada con el generador y, por suerte, un ventilador eléctrico.

Art se sienta en el catre y se inclina hacia delante. El sudor cae desde su nariz al suelo de cemento.

Jesús, piensa Art. Las AUC y yo. Somos lo mismo.

Se tumba en la cama, pero no puede dormir.

Horas después, oye una suave llamada en el borde de la ventana. Es el joven soldado, Javier. Art se acerca a la ventana.

—¿Qué pasa?

—¿Quiere acompañarme?

—¿Adónde?

—¿Quiere acompañarme? —repite Javier—. Usted preguntó adónde había

ido la gente.

—Sí.

—Niebla Roja —dice Javier.

Art se calza y sale por la ventana. Se agacha detrás de Javier y los dos recorren el perímetro, evitando los focos, hasta llegar a una pequeña puerta. El guardia ve a Javier y les deja pasar. Cruzan a rastras el campo de tiro y se internan en la maleza. Art sigue al chico por la estrecha senda que conduce al río.

Esto es estúpido, piensa Art. Es más que estúpido. Javier podría estar conduciéndote a una trampa. Ya ve los titulares: JEFE DE LA DEA SECUESTRADO POR LAS FARC. Pero sigue adelante. Hay algo que tiene que averiguar.

Una canoa está esperando en la orilla.

Javier sube e indica a Art con un gesto que le imite.

—¿Vamos a cruzar el río? —pregunta Art.

Javier asiente y le indica que se apresure.

Art sube.

Tardan pocos minutos en cruzar. Desembarcan, y Art ayuda a Javier a arrastrar la canoa hasta la orilla. Cuando se endereza, ve a cuatro hombres enmascarados con fusiles.

—Llevalle —dice Javier.

—Cabronazo —dice Art, pero los hombres no le agarran, solo le indican que les siga en dirección oeste, siguiendo la orilla del río. Es una cuesta difícil (Art no para de tropezar con ramas y enredaderas gruesas), pero llegan por fin a un pequeño claro, y allí, bajo la luz de la luna, ve adónde fue la gente.

Cadáveres decapitados están alineados en la orilla como pescados a la espera de ser limpiados. Otros troncos decapitados están sujetos a ramas que cuelgan sobre el río. Bancos de pececillos están devorando sus pies desnudos. Más arriba, varias cabezas han sido alineadas y alguien les ha cerrado los ojos.

—¿Las guerrillas han hecho esto? —pregunta Art.

Uno de los hombres enmascarados niega con la cabeza y le cuenta la historia: las AUC fueron al pueblo ayer, mataron a tiros a los jóvenes y violaron a las mujeres. Después encerraron a casi todos los supervivientes en el granero del pueblo, le prendieron fuego y obligaron al resto a mirar y escuchar. Luego condujeron a los supervivientes al puente sobre el Putumayo, los decapitaron con sierras eléctricas y arrojaron sus cabezas y cuerpos al río, para que flotarían río abajo como advertencia a los demás pueblos de la zona.

—Hemos acudido a usted —explica Javier— porque pensamos que, si alguien averiguaba la verdad, volvería a su país y lo contaría. Si supiera la verdad, el pueblo de Estados Unidos... No enviaría dinero y soldados para esto.

—¿Soldados? ¿Qué quieres decir? —pregunta Art.

—Las AUC fueron entrenadas por sus Fuerzas Especiales —dice el hombre

enmascarado.

El hombre señala los cadáveres.

—El producto de sus impuestos —dice en perfecto inglés.

Art no dice nada durante el camino de vuelta.

No hay nada que decir.

Hasta que regresa a la base, localiza la habitación de Hobbs y golpea la puerta. El hombre está confuso, dormido. Lleva puesta una bata blanca delgada y parece un paciente de hospital.

—¿Qué hora es, Arthur? Santo Dios, ¿dónde has estado?

—Niebla Roja.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hobbs—. ¿Estás borracho?

Pero Art detecta en sus ojos que el hombre sabe muy bien de qué está hablando.

—¿Hay una operación en Colombia llamada Niebla Roja?

—No.

—A mí no me mientas, joder —dice Art—. Es el Programa Fénix, ¿verdad? Para Latinoamérica.

—Déjate de teorías conspiratorias, Arthur.

—¿Estamos entrenando a las AUC? —pregunta Art.

—Solo se da información a quien la necesita.

—¡Yo necesito saberlo!

Cuenta a Hobbs lo que ha visto en el río. Hobbs abre una botella de plástico de agua, se sirve un vaso y bebe. Art ve que su mano tiembla.

—Eres muy idiota, Art, y sorprendentemente ingenuo para un hombre de tu experiencia. Es obvio que las FARC cometieron esa atrocidad para culpar a las AUC, engañar todavía más a la población y granjearse la simpatía internacional. Era una jugada habitual del Vietcong en los...

—Niebla Roja, John. ¿Qué es?

—Ya deberías saberlo, Arthur —replicó Hobbs—. La utilizaste en tu pequeña excursión a México de hace poco. A los ojos de la ley, eres un asesino múltiple. Estás tan metido en esto como nosotros.

Art se sienta en la cama y se derrumba. Es verdad, piensa. Desde aquel momento, la última vez que estuvimos en un campamento del ejército en la selva y te vendí mi alma a cambio de venganza. Cuando mentí y engañé, cuando acudí a ti para que me ayudaras a matar a Adán Barrera.

Nota que Hobbs se sienta a su lado. El hombre apenas pesa nada, es como una hoja muerta y seca.

—Ni se te ocurra pensar en abandonar la reserva —dice Hobbs.

Art asiente.

—Espero todo tu apoyo para el Plan Colombia.

—Lo tendrás, John.

Art vuelve a su habitación.

Se quita la ropa, se prepara un whisky, se sienta en la cama entre sudores. El ventilador resuella en su batalla perdida contra el calor. Pero lo está intentando, piensa Art. Está combatiendo en la guerra correcta.

Yo solo soy un cómplice de una guerra encubierta.

La Guerra contra las Drogas. He combatido en ella toda mi puta vida, ¿y para qué?

¿Miles de millones de dólares para intentar, sin éxito, alejar las drogas de la frontera más porosa del mundo? ¿Una décima parte del presupuesto antidrogas destinado a educación y tratamiento, nueve décimas partes de esos miles de millones a su erradicación? No hay dinero suficiente para ahondar en las raíces del problema de la droga. Más los miles de millones gastados en mantener encarcelados a los traficantes, con celdas tan masificadas que hay que adelantar la liberación de los asesinos. Sin olvidar que dos tercios de los delitos «no relacionados con las drogas» de Estados Unidos son cometidos por gente colocada con droga o alcohol. Y nuestras soluciones son las mismas no-soluciones inútiles de siempre: construir más cárceles, contratar más policías, gastar más y más miles de millones de dólares en no curar los síntomas, al tiempo que hacemos caso omiso de la enfermedad. La mayoría de la gente de mi profesión que quiere dejar las drogas no puede permitirse los programas de tratamiento, a menos que tenga una mutua privada, de la que carece la mayoría. Y hay una lista de espera de entre seis meses y dos años para conseguir una cama en un programa de tratamiento subvencionado. Estamos gastando casi dos mil millones de dólares envenenando cosechas de cocaína y, de paso, a los niños de aquí, mientras que en casa no hay dinero para ayudar a alguien que quiere dejar las drogas. Es una locura.

Art es incapaz de decidir si la Guerra contra las Drogas es una idiotez obscena o una obscenidad idiota. En cualquier caso, es una farsa trágica y sangrienta.

Con énfasis en «sangrienta».

Tanta sangre, tantos cadáveres. Tantos visitantes nocturnos. Los invitados habituales, más los muertos de El Sauzal. Ahora, los fantasmas del río Putumayo. La habitación se está llenando.

Se levanta y camina hacia la ventana para respirar un poco de aire fresco.

La luz de la luna se refleja en el cañón de un rifle.

Art se tira al suelo.

Disparos de ametralladora destrazan la tela mosquitera, el marco de la ventana, trazan una línea en la pared que hay encima de la cama de Art. Se aplasta contra el suelo y oye el aullido de una sirena de alarma, el sonido de botas que corren, rifles amartillados, gritos, confusión.

La puerta se abre de repente y el oficial al mando entra con la pistola desenfundada.

—¿Está herido, señor Keller?

—Creo que no.

—No se preocupe, les cogemos.

Veinte minutos después, Art está sentado con Hobbs en la tienda comedor, bebiendo café y dejando que sus nervios se calmen después de la descarga de adrenalina.

—¿Aún eres tan entusiasta de las reformas agrarias humanitarias de las FARC? —pregunta con sequedad Hobbs.

Un rato más tarde, el oficial vuelve con tres soldados y arroja a un joven (asustado, tembloroso y evidentemente maltratado) a los pies de Art. Art mira al chico. Podría ser el hermano gemelo de Javier. Mierda, piensa Art, podría ser mi hijo.

—Es uno de ellos —dice el oficial, y le da una patada al chico en la cara—. Los demás huyeron.

—No... —empieza Art.

—Repítele lo que me dijiste —ordena el oficial, aplastando la cara del chico contra el suelo con la bota—. Díselo.

El chico empieza a hablar.

No es un guerrillero, no es de las FARC. No se atreverían a atacar una base del ejército.

—Solo intentábamos ganar el dinero —dice el chico.

—¿Qué dinero? —pregunta Art.

El chico se lo dice.

Adán Barrera pagará más de dos millones de dólares a la persona que mate a Arthur Keller.

—Las FARC y Barrera —dice Hobbs—. Es lo mismo.

Art no está tan seguro.

Solo está seguro de que él matará a Adán, o Adán le matará a él, porque este asunto solo puede acabar de una de las dos formas.

Sinaloa, México
San Diego, California

Adán también vive con fantasmas.

El fantasma de su hermano, por ejemplo, le protege. Casi todo México cree que fue Raúl quien dirigió la matanza de El Sauzal, que los rumores de su muerte son una tapadera para protegerle de la policía, y casi todo México le tiene demasiado miedo para actuar en contra de cualquier hermano Barrera.

Pero lo que siente Adán es el dolor por la muerte de su hermano, y la rabia

de que fuera Art Keller quien le matara. Así que su hermano merece venganza, y su fantasma no descansará hasta que Adán haya saldado cuentas con Keller.

Así que está el fantasma de Raúl, y el fantasma de Nora.

Cuando le dijeron que había muerto, no pudo creerlo. No quiso creerlo. Después le enseñaron la esquela, y los norteamericanos afirmaron que murió en un accidente de tráfico cuando volvía a casa desde Ensenada. Devolvieron su cuerpo a California para que la enterraran. Un ataúd cerrado para disimular el hecho de que la habían asesinado.

De que Keller la había asesinado.

Adán dedicó un funeral como es debido en Badiraguato. Pasearon una cruz con su foto a través del pueblo, mientras unos músicos cantaban *corridos* a su belleza y valentía. Construyó una tumba del mejor mármol con la inscripción TIENES MI ALMA EN TUS MANOS.

Ordenó que dijeran una misa por ella cada día, y cada día aparece dinero en nombre de ella en el altar de san Jesús Malverde. Y cada día aparecen flores sobre su tumba en el cementerio de La Jolla, un encargo que recibió una florista mexicana, que solo sabe que tiene que llevar lo mejor y la factura será pagada. Adán se siente así un poco mejor, pero no quedará satisfecho hasta que la haya vengado.

Ha ofrecido una recompensa de dos millones cien mil dólares a la persona que mate a Art Keller, y ha añadido los cien mil para que la recompensa sea superior a la que ofrece Estados Unidos por él. Es un lujo estúpido, y lo sabe, pero es una cuestión de orgullo.

Da igual. Tiene el dinero.

Adán ha dedicado los últimos seis meses a reconstruir paciente y laboriosamente toda su organización. La ironía es que, después de todos los acontecimientos del año anterior, es más rico y poderoso que nunca.

Todas sus comunicaciones las realiza a través de la red, codificadas con una tecnología que ni siquiera los norteamericanos son capaces de descifrar. Envía órdenes a través de la red, consulta sus cuentas a través de la red, vende su producto a través de la red y le pagan a través de la red. Mueve su dinero en un abrir y cerrar de ojos electrónico, lo blanquea a una velocidad superior a la del sonido, literalmente, sin ni siquiera tocar un dólar o un *peso*.

Puede, y lo hace, matar a través de la red. Teclea un mensaje y lo envía, y alguien abandona el mundo de los vivos. Ya no es necesario aparecer en persona en el espacio o el tiempo reales. De hecho, sería un lujo idiota.

Yo también me he convertido en un fantasma, piensa, que existe únicamente en el ciberespacio.

En carne y hueso, vive en una modesta casa de las afueras de Badiraguato. Se alegra de haber vuelto a Sinaloa, al campo, entre los *campesinos*. Los campos se han recuperado por fin de la Operación Cóndor. El suelo está refrescado y

revitalizado, y las amapolas florecen en espléndidos tonos rojos, naranja y amarillo.

Lo cual es estupendo, porque la heroína ha vuelto.

A la mierda los colombianos, las FARC, los chinos y todo aquello. El mercado de la cocaína está en franco declive. Hay demanda otra vez del buen Barro Mexicano en Estados Unidos, y las amapolas vuelven a llorar, esta vez de alegría. Los días de los *gomer* han vuelto, y yo soy el *patrón*.

Lleva una vida tranquila. Se levanta temprano por la mañana y se toma el *café con leche* que su *vieja* ama de llaves le ha preparado, y luego se sienta ante el ordenador para examinar sus inversiones, supervisar sus negocios, dar órdenes. Después come embutidos y fruta, y sube al balcón para echar una siesta breve. Más tarde se levanta y da un largo paseo por la *vieja* carretera de tierra que corre enfrente de la casa.

Manuel le acompaña, todavía en guardia por si aparece algún peligro real. Manuel está muy contento de haber vuelto a Sinaloa, con su familia y sus amigos, si bien insiste en vivir en la pequeña *casita* que hay detrás de la casa principal.

Después del paseo, Adán vuelve al ordenador y trabaja hasta la hora de la cena, y luego bebe una o dos cervezas, ve un partido de *fútbol* o un combate de boxeo en el televisor. Algunas noches se sienta en el jardín y oye el sonido de las guitarras que llega desde el pueblo. En las noches silenciosas distingue la letra de las canciones, que hablan de las hazañas de Raúl, la traición del Tiburón, cómo engañó Adán Barrera a los *federales* y a los yanquis, y que nunca lo cogerán.

Se acuesta temprano.

Es una vida tranquila, una buena vida, y sería una vida perfecta de no ser por los fantasmas.

El fantasma de Raúl.

El fantasma de Nora.

Los fantasmas de una familia distanciada.

Ahora solo se comunica con Gloria a través de la red. Es la única manera segura, pero le duele que su hija sea ahora una configuración de puntos electrónicos en una pantalla. Chatean casi cada noche, y ella le envía fotos. Pero es duro no verla, ni escuchar su voz, terrible, en realidad, y también culpa a Keller de eso.

En verdad, existen más fantasmas.

Llegan cuando se acuesta y cierra los ojos.

Ve la cara de los hijos de Güero, los ve caer sobre las rocas. Oye sus voces en el viento. Nadie canta canciones sobre eso, piensa. Nadie traduce ese momento en música.

Tampoco cantan sobre El Sauzal, pero esos fantasmas también acuden.

Y el padre Juan.

Es el más reincidente.

Le reprende con dulzura. Pero no puedo hacer nada respecto a ese fantasma, piensa. Tengo que concentrarme en lo que puedo hacer.

Lo que debo hacer.

Matar a Art Keller.

Está ocupado planeando eso y dirigiendo sus negocios, mientras el mundo se desmorona a su alrededor.

Se sienta ante el ordenador y recibe el mensaje de Gloria. Pero no es su hija la que le saluda, sino su esposa, y si un mensaje pudiera chillar este lo haría.

« Adán, Gloria ha sufrido una apoplejía. Está en la clínica Scripps Mercy » .

« Dios mío, ¿qué ha pasado? »

Aunque poco común, no extraño en alguien que se halla en su estado. La presión sobre su arteria carótida resultó excesiva. Lucía había entrado en su habitación y descubrió a Gloria inconsciente. No lograron revivirla. Se halla conectada a un sistema de respiración artificial, están efectuando pruebas, pero el pronóstico no es esperanzador.

A menos que ocurra un milagro, Lucía tendrá que tomar muy pronto una decisión muy difícil.

« No la desconectes del respirador » .

« Adán... » .

« No lo hagas » .

« No hay esperanza. Aunque sobreviva, dicen que se convertiría en un... » .

« No lo digas » .

« Tú no estás aquí. He hablado con mi sacerdote, dice que es moralmente aceptable... » .

« Me importa un bledo lo que diga un cura » .

« Adán... » .

« Esta noche estaré ahí. Mañana por la mañana, a lo sumo » .

« No te reconocerá, Adán. Será como si no estuvieras » .

« Pero estaré » .

« De acuerdo, Adán. Te esperaré. Tomaremos la decisión juntos » .

Doce horas después, Adán espera en el ático del edificio de apartamentos que domina el paso fronterizo de San Isidro. Mira por unos prismáticos de visión nocturna, a la espera de la conjunción de dos circunstancias: el guardia sobornado del lado de México tiene que entrar de guardia al mismo tiempo que el agente sobornado del lado norteamericano.

Se supone que tiene que suceder a las diez, pero si no, cruzará de todas maneras.

Solo espera que ocurra.

Le facilitaría las cosas.

De todos modos, no correrá más riesgos de los necesarios. Tiene que llegar al hospital, así que espera al cambio de guardia en los pasos fronterizos, y entonces suena el teléfono. Aparece el número 7 en la pantalla.

—Adelante.

Dos minutos después está en el aparcamiento, delante de un Lincoln Navigator robado aquella mañana en Rosarito y provisto de matrícula nueva. Un joven nervioso le abre la puerta. No puede tener más de veintidós o veintitrés años, piensa Adán, le tiembla la mano y está cubierta de sudor, y por un momento Adán se pregunta si es porque está nervioso o porque le han tendido una trampa.

—Supongo que eres consciente de que —dice—, si me traicionas, toda tu familia morirá.

—Sí.

Adán entra en la parte de atrás, donde otro joven, tal vez el hermano del conductor, quita la almohadilla del asiento trasero y deja al descubierto un hueco. Adán entra, se tiende, aplica el respirador a la nariz y la boca, y empieza a respirar oxígeno al tiempo que vuelven a poner el asiento en su sitio. Oye el zumbido del destornillador eléctrico cuando vuelven a colocar los tornillos.

Adán está encerrado en el hueco.

Se parece demasiado a un ataúd.

Reprime el pánico inicial de la claustrofobia y se obliga a respirar lenta e ininterrumpidamente. No puedes malgastar aire hiperventilando, se dice. Las emisoras de radio citan que la espera en la cola es de cuarenta y cinco minutos, pero ese cálculo podría ser erróneo, y aún tendrán que conducir unos minutos más, hasta encontrar un lugar lo bastante aislado para detenerse y sacarle.

Eso si todo va bien.

Si no es una trampa.

Todo cuanto deberían hacer, piensa, para ganar una enorme recompensa es conducirte hasta una comisaría de policía: Adivine lo que llevamos en el maletero. O peor aún, podrían estar a sueldo de alguno de tus enemigos, y les bastaría con conducir hasta un cañón del desierto aislado y dejar el todoterreno allí. Abandonarte hasta que te asfixies o el sol te cueza. O meter un trapo en el tubo de escape, encenderlo y...

No pienses en esas cosas, se dice.

Piensa que todo saldrá como habías planeado, que estos chicos son leales (han tenido muy poco tiempo para preparar una traición), que cruzarás la frontera gracias a los sobornos, y que dentro de tres horas o así estarás sujetando la mano de Gloria.

Y tal vez sus ojos se abrirán, tal vez se producirá un milagro.

Así que respira poco a poco y espera.

El tiempo pasa despacio en un ataúd.

Hay mucho tiempo para pensar.

En una hija agonizante.

En niños arrojados desde un puente.

En el infierno.

Mucho tiempo para pensar.

Entonces oye voces ahogadas. El agente de la Patrulla de Fronteras está haciendo preguntas. ¿Cuánto tiempo han estado en México? ¿A qué han ido? ¿Traen algo? ¿Les importa si miro atrás?

Adán oye que la puerta del vehículo se abre y después se cierra.

Se mueven de nuevo.

Adán lo percibe por el sutil cambio que se produce en el hueco. Tal vez sean imaginaciones suyas, o tal vez el aire sea un poco más fresco dentro del fétido contenedor, y respira con un poco más de facilidad cuando el coche acelera.

Después aminoran la velocidad y él rebota de un lado a otro del hueco, porque al parecer transitan por una carretera llena de baches, y después el coche para. Adán aferra la *pistola* que lleva en el cinturón de los pantalones y espera. Si le han traicionado, tal vez sea este el momento en que la tapa del hueco se abra y aparezcan hombres armados con pistolas o ametralladoras, a la espera de acribillarle.

O puede que el hueco no se abra nunca, piensa con un estremecimiento.

O que se limiten a encender una cerilla.

Entonces oye el chirrido eléctrico del destornillador, se levanta la tapa y ve al joven conductor, sonriente. Adán se quita el respirador de la nariz y acepta la mano que le ofrece el muchacho para ayudarlo a salir del hueco.

Se yergue entumecido en la carretera de tierra y ve un Lexus blanco aparcado en la cuneta. Otro chico sonriente, el cuello adornado con tatuajes de bandas juveniles, le entrega un llavero.

—Ponlo en marcha —dice Adán.

Tú giras la llave, y tú saltas convertido en una bola de fuego y cascotes de metal cuando la bomba estalle bajo tus pies.

El muchacho palidece, pero asiente, sube al Lexus y lo pone en marcha.

El motor ronronea.

El pandillero baja del coche y ríe.

Adán sube.

—¿Adónde vamos?

Se lo dicen. Le explican cómo salir de esta carretera de tierra y entrar en la autopista. Cincuenta minutos después, entra en el aparcamiento del hospital.

Adán cruza el aparcamiento, sin poder evitar imaginar decenas de ojos clavados en él.

Nadie sale de un coche, ningún hombre con cazadora azul y las letras DEA grabadas en ella se acerca chillando y diciéndole que se tire al suelo. Solo el triste y tétrico silencio de un aparcamiento de hospital. Se dirige hacia la entrada, atraviesa la puerta y descubre que la habitación de su hija está en la planta octava.

Las puertas del ascensor se abren.

Lucía está sentada en un banco del pasillo, encorvada, con las lágrimas resbalándole por la cara. La abraza.

—¿Llego demasiado tarde?

Incapaz de hablar, la mujer niega con la cabeza.

—Quiero verla —dice Adán.

Abre la puerta de la habitación de su hija y entra. Art Keller le apunta a la cara con una pistola.

—Hola, Adán.

—Mi hija...

—Se encuentra bien.

Adán siente que algo puntiagudo le atraviesa la camisa y le pincha en la espalda.

Después el mundo se oscurece.

Art y Shag colocan el cuerpo inconsciente de Adán sobre una camilla y le llevan al depósito de cadáveres. Le meten dentro de una bolsa de cadáveres, le atan a la camilla y la empujan hasta una furgoneta con la inscripción FUNERARIA HIDALGO. Cuarenta y cinco minutos después, se encuentran en un lugar seguro.

Fue relativamente fácil obligar a Lucía a traicionar a su marido, así como probablemente lo más espantoso que haya hecho Art en toda su vida.

La han seguido durante meses, vigilado la casa, pinchado la línea terrestre, controlado el teléfono móvil, intentado descifrar el código cibernético que envía mensajes entre Adán Barrera y su hija, y viceversa.

Art tuvo que reconocer la ironía de que fueran unos números los que le proporcionaran la clave por fin.

Las cuentas bancarias de Lucía.

Con independencia del método que utilizara Lucía para blanquear su dinero, no podía dar una explicación de sus ingresos. Fin de la historia. No trabajaba, pero su estilo de vida delataba ingresos considerables.

Art la había abordado y subrayado esta circunstancia cuando la mujer salía de una tienda de productos gourmet cerca de su casa, en una zona lujosa de Rancho Bernardo. Todavía es una mujer atractiva, pensó Art cuando la vio salir,

empujando un carrito de la compra. El cuerpo esbelto gracias a sus clases de Pilates tres veces a la semana, el pelo peinado y teñido con mechas ámbar en José Eber, de La Costa.

—¿Señora Barrera?

Ella pareció sobresaltarse, pero acto seguido puso expresión de cansancio.

—Utilizo mi nombre de soltera —dijo mientras miraba la placa de identificación—. No sé nada sobre los negocios de mi marido o su paradero. Haga el favor de perdonarme, pero tengo que recoger a mi hija en...

—Está en el cuadro de honor del colegio, ¿verdad? —preguntó Art, y sonrió, aunque se sentía como un pedazo de cabrón—. Canta en el coro. Matrícula de honor en inglés y matemáticas. Permítame hacerle una pregunta: ¿cómo se la apañará con usted en la cárcel?

Se lo explicó con todo lujo de detalles allí mismo, en el aparcamiento: Como mínimo, la acusarán de evasión de impuestos, y en el peor de los casos (y creo que lo conseguiré, añadió Art), demostraremos que recibe dinero de los narcóticos, por lo cual le caerán treinta años.

—Confiscaré su casa, sus coches, sus cuentas bancarias —dijo Art—. Usted irá a una prisión federal y Gloria a Protección de Menores. ¿Cree que Medicaid se preocupará por su salud? Hará cola en el ambulatorio, verá a los mejores médicos...

Ánimo, Art, pensó. Utilizar a una enferma terminal como cebo. Recordó el cadáver del bebé en El Sauzal, rodeado por los brazos de su madre muerta.

La mujer introdujo la mano en el bolso para sacar el móvil.

—Voy a llamar a mi abogado.

—Dígale que se reúna con usted en la prisión federal del centro de la ciudad —dijo Art—, porque allí es adonde vamos. Escuche, puedo enviar a alguien al colegio para que recoja a Gloria y le explique que su madre está en la cárcel. La llevarán al Centro Polaski. Hará muy buenos amigos allí.

—Es usted el ser más repugnante de la faz de la Tierra.

—No —contestó Art—. Soy el segundo más repugnante. Su marido es el primero. Usted todavía acepta su dinero, le da igual su procedencia. ¿Le gustaría ver algunas fotos de cómo Adán mantiene a su hija? Llevo algunas en el coche.

Lucía se puso a llorar.

—Mi hija está muy enferma. Tiene muchos problemas de salud que... No podría soportar...

—Estar sin su madre —interrumpió Art—. Lo entiendo.

Dejó que reflexionara un minuto o así, sabiendo la decisión que debía tomar.

Ella se secó los ojos.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó.

Art deja de teclear algo en el ordenador portátil y mira a Adán, que está esposado a una cama. Adán abre los ojos, recobra el conocimiento y se da

cuenta de que no va a despertar de esta pesadilla.

—Me sorprende seguir vivo —dice cuando reconoce a Art.

—A mí también.

—¿Por qué no me has matado?

Porque estoy cansado de matanzas, se dice Art. Estoy harto de tanta sangre.

—Tengo planes mejores para ti —contesta en cambio—. Déjame hablarte de la prisión federal de Marion, en Illinois. Pasarás solo veintitrés horas al día en una celda de ocho por dos y medio por dos que ni siquiera eres capaz de imaginar. Te concederán una hora al día para caminar de un lado a otro, solo, entre dos muros de bloques de ceniza coronados de alambre de espino y un cielo azul subyugador. Tendrás dos duchas de diez minutos a la semana. Te darán las asquerosas comidas a través de una ranura. Dormirás en una cama metálica con una manta delgada, y las luces estarán encendidas las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Te acucillarás como un animal sobre un váter abierto sin asiento y olerás tu mierda y tu pis, y yo no pediré la pena de muerte, sino la perpetua sin posibilidad de libertad condicional. ¿Qué tienes ahora?, ¿cuarenta y tantos? Te deseo una larga vida.

Adán se pone a reír.

—¿Vas a ser legal, Art? ¿Vas a llevarme a los tribunales? Buena suerte, *viejo*. No tienes testigos.

No para de reír, pero se siente un poco desconcertado cuando Art le corea. Entonces Art pone el ordenador delante de Adán, abre la pantalla y pulsa un par de teclas.

—Sorpresa, cabrón.

Adán mira la pantalla y ve un fantasma.

Nora está sentada en una silla y mira impaciente una revista. Después consulta su reloj, frunce el ceño y vuelve a mirar la revista.

—En vivo y en directo —dice Art, y cierra la pantalla—. ¿Crees que no te delatará? ¿Crees que no testificará contra ti porque te quiere tanto? ¿Crees que va a pasar el resto de su vida en un agujero para que tú puedas vivir en libertad?

—Yo daría mi vida por ella.

—Sí, eres muy noble.

Art nota que Adán está pensando, aquel pequeño ordenador que lleva dentro de la cabeza está zumbando, reconfigurando la nueva situación, descubriendo una solución.

—Podemos hacer un trato —dice Adán.

—No tienes nada con que negociar —dice Art—. Ese es el problema de estar en la cumbre, Adán. No puedes negociar. No tienes con qué.

—Niebla Roja.

—¿Qué?

—Niebla Roja —repite Adán—. ¿No sabes qué es? No, los norteamericanos

nunca saben nada. No solo las drogas que compráis están empapadas en sangre. También vuestro petróleo, vuestro café, vuestra seguridad. La única diferencia entre tú y yo es que yo reconozco lo que hago.

Adán hizo copias del contenido del maletín de Parada. Pues claro que lo hizo. Solo un idiota no lo habría hecho. La información se encuentra en una caja fuerte de Gran Caimán, y contiene pruebas capaces de derribar a dos gobiernos. Detalla la Operación Cerbero y la colaboración de la Federación con los norteamericanos en la operación de drogas a cambio de armas para financiar a la Contra. Habla de la Operación Niebla Roja, de que Ciudad de México, Washington y los cárteles de la droga patrocinaron el asesinato de figuras de izquierdas en Latinoamérica. Existen pruebas del asesinato de dos funcionarios con el fin de manipular las elecciones presidenciales mexicanas, y pruebas de la relación activa de Ciudad de México con la Federación.

Eso está en el maletín. Tiene más archivado en la cabeza, sobre todo información sobre el asesinato de Colosio, así como sobre el perjurio de Art Keller ante el comité del Congreso que investigaba Cerbero. De modo que quizá sea Keller quien acabe condenado de por vida y no él.

Adán explica el trato: si no llegan a un acuerdo satisfactorio en un plazo de treinta y seis horas, ordenará entregar un paquete de cintas y documentos al Subcomité del Senado.

—Puede que yo acabe en una prisión federal —dice Adán—, pero podríamos ser compañeros de celda.

¿Nada que negociar?, piensa Adán.

¿Qué tal el gobierno de Estados Unidos?

—¿Qué quieres? —pregunta Art.

—Una nueva vida.

Para mí.

Y para Nora.

Art le mira durante un largo rato. Adán sonríe como perro viejo.

—Vete a tomar por el culo —dice Art.

Se alegra de que Adán tenga las pruebas. Se alegra de que vayan a salir a la luz. Ya es hora de morder el polvo amargo de la verdad.

¿Crees que me da miedo la cárcel, Adán?

¿Dónde coño crees que estoy ahora?

Nora deja la revista y se pone a pasear por la habitación. Eso es algo que ha hecho muchas veces durante los últimos meses. Primero cuando la deshabituaron de las drogas, y después, cuando se sintió mejor, de puro aburrimiento.

Les ha dicho cientos de veces que quería marcharse. Ojos Castaños le ha dado cientos de veces la misma respuesta.

- Aún no es seguro.
—¿Cómo? ¿Estoy prisionera?
—No estás prisionera.
—Entonces quiero irme.
—Aún no es seguro.

Los suyos fueron los primeros ojos que vio cuando recobró la conciencia, aquella horrible noche en el mar de Cortés. Estaba tendida en el fondo de una barca, abrió los ojos y vio sus ojos castaños, que la estaban mirando. No con frialdad, como muchos hombres la habían mirado, ni con deseo, sino con preocupación.

- Un par de ojos castaños.
Estaba volviendo a la vida.

Quiso decir algo, pero él sacudió la cabeza y se llevó un dedo a los labios, como acallando a una niña pequeña. Ella intentó moverse, pero no pudo. Estaba envuelta en algo cálido y apretado, como un saco de dormir demasiado pequeño. Entonces le pasó con delicadeza la palma por encima de los ojos, como diciéndole que volviera a dormir, y ella obedeció.

Incluso ahora, sus recuerdos de aquella noche son vagos. Había oído a gente en programas tontos de entrevistas hablar acerca de abducciones alienígenas, y era algo similar, aunque sin las sondas y los experimentos médicos. Recuerda que la pincharon con una aguja, envuelta en aquella especie de bolsa, y no recuerda haberse asustado cuando subieron la cremallera y la cerraron por encima de su cabeza, porque había una rejilla negra pequeña sobre su cara, lo cual le permitía respirar sin problemas.

Recuerda que la trasladaron a otra barca, más grande, y después a un avión, y luego otra aguja y, cuando despertó, estaba en esta habitación.

Y él estaba con ella.

—Estoy aquí para protegerte —fue todo cuanto dijo. No le dijo su nombre, así que ella empezó a llamarle Ojos Castaños. Más tarde, ya avanzado el día, la puso en comunicación con Art Keller.

—Es solo por un breve tiempo —le aseguró Keller.

—¿Dónde está Adán? —preguntó ella.

—Escapó —admitió Keller—. No obstante, abatimos a Raúl. Estamos bastante seguros de que ha muerto.

Y tú también, añadió Keller. Le explicó toda la farsa. Aunque habían fabricado el bulo de que Fabián Martínez era el *soplón*, sería mejor que todo el mundo, en especial Adán, la creyera muerta. De lo contrario, Adán jamás cejaría en su empeño de rescatarla, o tal vez de asesinarla. Haremos circular la noticia de que falleciste en un accidente de coche, dijo Keller. Adán sabrá que «falleciste» en la redada, por supuesto, cuando lea la noticia.

Y eso también estuvo bien.

Experimentó una sensación rara cuando Ojos Castaños le enseñó su escuela. Era breve, como profesión citaba la de planificadora de eventos, y daba algunos detalles del funeral, las horas del velatorio, toda esa mierda. Se preguntó quién habría asistido. Su padre, probablemente, ebrio sin la menor duda. Su madre, por supuesto. Y Haley.

Y punto.

Un breve tiempo se convirtió en un largo tiempo.

Keller llama una vez a la semana, dice que aún está siguiendo la pista de Adán, dice que le gustaría ir a verla, pero no sería seguro. El mantra de siempre, piensa Nora. No sería seguro que fuera a dar un paseo, no sería seguro que fuera de compras, al cine, cualquier cosa parecida a reanudar algún tipo de vida.

Cada vez que interroga a Ojos Castaños al respecto, la respuesta es siempre la misma. La mira con aquellos ojos de cachorrillo y dice: « No sería seguro » .

—Dime lo que necesitas —le dice Ojos Castaños—. Yo te lo iré a buscar.

Se convierte en una de sus principales diversiones, enviar a Ojos Castaños en misiones de compras cada vez más complicadas. Le proporciona detalladas solicitudes de productos cosméticos caros, difíciles de encontrar. Instrucciones muy particulares sobre el tono concreto de la blusa que necesita. Solicitudes muy meticulosas, imposibles-de-comprender-para-un-hombre, de ropa de diseño de sus tiendas favoritas.

El hombre obedece en todo, salvo cuando le pide un vestido de su tienda favorita de La Jolla.

—Keller dice que no puedo ir allí —dice en tono de disculpa—. No sería...

—... seguro —termina ella.

Para vengarse, le envía a comprar productos femeninos y ropa interior. Le oye alejarse en su moto, y dedica las horas de soledad a imaginarle entrando sonrojado en Victoria's Secret pidiendo ayuda a una vendedora.

Pero no le gusta que se vaya, porque la deja sola con el extraño trío de guardaespaldas. Se presta a la estúpida farsa de que no sabe sus nombres, aunque les oye hablar entre sí desde su habitación. El viejo, Mickey, es muy amable y le lleva tazas de té. O-Bop, el del pelo rojo ondulado, solo es raro, pero la mira como si se la quisiera follar, a lo cual está acostumbrada. Es el otro quien la inquieta de verdad, el gordo que siempre está comiendo melocotón en almíbar de la lata.

Big Peaches.

Jimmy Piccone.

Fingen haber perdido la memoria.

Pero yo sí me acuerdo de ti, piensa ella.

Mi primer polvo profesional.

Recuerda su brutalidad, su repugnante fealdad, que la utilizó hasta que experimentó la sensación de ser un trapo con el que él se estaba haciendo una

paja. Recuerda bien aquella noche.

También recuerda a Callan.

Tardó un tiempo, sobre todo porque todavía estaba muy atontada cuando la trajeron aquí. Pero fue Callan, Ojos Castaños, quien fue disminuyendo la cantidad de pastillas, quien le daba astillas de hielo para que las chupara cuando tenía mucha sed pero aún lo vomitaba todo, quien le acariciaba el pelo cuando se agachaba sobre el váter, quien hablaba de chorradas con ella durante las horribles horas de insomnio, jugaba a las cartas con ella a veces toda la noche, la animaba a comer otra vez, le preparaba una tostada y caldo de pollo, y hacía viajes especiales para comprarle un budín de tapioca solo porque ella había dicho que sonaba bien.

Recordó dónde le había visto antes cuando ya estaba casi desintoxicada, cuando se encontraba mejor.

Mi debut como puta, piensa, mi fiesta de largo para ser presentada en la sociedad de los puteros. Era él a quien quería para mi primera vez, recuerda, porque parecía amable y dulce, y me gustaban sus ojos castaños.

—Me acuerdo de ti —dijo cuando entró en su habitación con su comida, una banana y una tostada de trigo.

Él pareció sorprenderse.

—Yo también me acuerdo de ti —contestó con timidez.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Mucho tiempo.

—Ha llovido mucho desde entonces.

—Sí.

De modo que, si bien su « confinamiento », tal como había llegado a llamarlo, era aburrido, lo estaba llevando muy bien. Le compraron un televisor, una radio y un walkman, una colección de cedés y un puñado de libros y revistas, y hasta crearon una pequeña zona de gimnasia al aire libre para ella. Callan y Mickey erigieron una valla de madera, aunque no había otra casa en kilómetros a la redonda, y después le compraron una rueda de andar y una bicicleta estática. Así que podía hacer ejercicio, leer y ver la tele, y lo estaba llevando muy bien hasta la noche que se acomodó en la cama y la PBS emitió un programa especial de una hora sobre la Guerra contra las Drogas, y vio imágenes de la matanza de El Sauzal.

Sintió que se quedaba sin aliento cuando el narrador especuló con que toda la familia de Fabián Martínez, el Tiburón, había sido ejecutada en represalia por haberse convertido en informador de la DEA. Toda ella se puso a temblar cuando vio las imágenes de los cuerpos esparcidos por el patio.

Obligó a Callan a que llamara a Keller en aquel momento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —chilló por teléfono.

—Pensé que sería mejor que no lo supieras.

—No tendrías que haberlo hecho —lloró Nora—. No tendrías que haberlo hecho...

A partir de entonces se hundió en picado, postrada en el lecho, en posición fetal, sin querer levantarse, sin querer comer, una depresión total.

Diecinueve vidas, reflexionaba.

Mujeres, niños.

Un bebé.

Por mí.

Sus guardaespaldas estaban aterrorizados. Callan entraba en su habitación y se sentaba al pie de la cama como un perro, sin hablar ni nada, solo sentado, como si pudiera protegerla del dolor que la estaba carcomiendo por dentro.

Pero no podía hacer nada.

Nadie podía.

Ella seguía tumbada en la cama.

Hasta que un día Callan, con semblante muy serio, le tendió el teléfono y era Keller, que se limitó a decir:

—Le tenemos.

John Hobbs y Sal Scachi también reaccionan ante la noticia de la captura de Adán.

—Estaba convencido de que Arthur se limitaría a matarle —dice Hobbs—. Habría sido lo más sencillo.

—Tenemos un problema —dice Scachi.

—Desde luego —dice Hobbs—. Esto se nos está escapando de las manos. Tenemos que poner un poco de orden.

Adán Barrera muerto es una cosa. Adán Barrera vivo y hablando, sobre todo en un tribunal, es otra muy diferente. Y Arthur Keller... Es difícil saber qué pasa por su mente en los últimos tiempos. No, lo más prudente es arreglar el asunto.

John Hobbs se pone al teléfono para hacerlo.

Hace una llamada a Venezuela.

Sal Scachi va a poner orden.

La tetera silba.

Con estrépito.

—¿Quieres cerrar ese maldito trasto? —grita Peaches—. ¡Tú y tu jodido té!

Mickey aparta la tetera de los fogones.

—Déjale en paz —dice Callan.

—¿Qué?

—He dicho que no le hables así.

—Eh —dice O-Bop—. Creo que estamos todos un poco tensos.

No me jodas, piensa Peaches. Encerrados en esta cabaña, en las colinas yermas que hay al norte de la frontera durante meses, con la amante de Adán Barrera en la habitación del fondo. Puta de mierda.

—Mickey, siento haberte gritado, ¿vale? —Peaches se vuelve hacia Callan—. ¿Vale?

Callan no contesta.

—Voy a llevarle el té —dice Mickey.

—¿Quién coño eres? ¿El mayordomo? —pregunta Peaches. No quiere que Mickey le coja cariño a esa mujer. Los tipos que han pasado por la cárcel son así. Se ponen sentimentales, le toman cariño a cualquier ser vivo que no intente matarles o darles por el culo, ratones, pájaros. Peaches ha visto a presidiarios ponerse a llorar porque una cucaracha murió por causas naturales en su celda—. Deja que otro se encargue del servicio de habitaciones. O-Bop, por ejemplo. Tiene pinta de camarero. No, pensándolo mejor, que sea Callan.

Callan sabe en qué está pensando Peaches.

—¿Por qué no lo llevas tú? —pregunta.

—Te lo he pedido a ti —dice Peaches.

—Se está enfriando —dice Mickey.

—No, no me lo has pedido —dice Callan—. Me lo has ordenado.

—Señor Callan —dice Peaches—, ¿sería tan amable de llevar su té a la joven dama?

Callan levanta la taza de la encimera.

—Dios, la mierda que tengo que tragar —dice Peaches mientras Callan se encamina hacia la habitación de Nora.

—Llama antes de entrar —dice Mickey.

—Es una puta —dice Peaches—. Nadie la ha visto desnuda nunca, ¿eh?

Sale al porche, contempla de nuevo la luz de la luna que brilla sobre las colinas yermas, y se pregunta cómo ha terminado así. Haciendo de canguro de una puta.

Callan sale.

—¿Cuál es tu problema?

—La puta de Barrera —dice Peaches—. ¿No tendríamos que haberla devuelto ya? Tendría que haberle cortado las manos, y luego habérselas enviado.

—No te ha hecho nada.

—Tú solo quieres follártela —dice Peaches—. Te digo una cosa, nos la podemos ir turnando.

Callan asiente lentamente.

—Escucha, Jimmy: intenta tocarla, y te meteré dos balas entre ceja y ceja. Ahora que lo pienso, tendría que haberlo hecho hace años, la primera vez que vi tu gordo culo.

—Si quieres bailar, irlandés, no es demasiado tarde.

Mickey sale al porche y se interpone entre los dos.

—Dejadlo ya, capullos. Este rollo terminará pronto.

No, piensa Callan.

Se va a terminar ahora.

Conoce a Peaches, sabe cómo es. Si se le mete algo en la cabeza, lo hace, pese a quien pese. Y sabe lo que está pensando Peaches: Barrera mató a alguien a quien yo quería, y yo mataré a alguien a quien él quiere.

Callan entra, pasa ante O-Bop, llama a la puerta de Nora y entra.

—Vámonos —dice.

—¿Adónde vamos? —pregunta Nora.

—Vámonos —repite Callan—. Ponte los zapatos. Nos marchamos.

Ella está desconcertada por su actitud. No la está tratando con dulzura ni timidez. Está enfadado, la está chuleando. Como no le gusta, se calza sin prisas, solo para demostrarle que no va a permitir que la chulee.

—Venga, date prisa.

—Tranqui.

—Estoy tranqui —dice Callan—. Pero pon tu culo en movimiento, ¿de acuerdo?

Ella se pone en pie y le fulmina con la mirada.

—¿Cómo quieres que lo mueva?

Se queda estupefacta cuando la agarra por la muñeca y tira de ella. Se está comportando como el típico macho capullo, y a ella no le gusta.

—¡Eh!

—No tengo tiempo para chorradas —dice Callan.

Solo quiero acabar de una vez por todas.

Ella intenta soltarse, pero él la retiene con fuerza, de modo que no le queda otra alternativa que seguirle cuando la conduce hasta la otra habitación.

—Quédate detrás de mí.

Saca la 22 y la sostiene ante él.

—¿Qué está pasando? —pregunta Nora.

Callan no contesta, se limita a tirar de ella hasta entrar en la estancia principal.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunta Peaches.

—Me largo.

Peaches se lleva la mano hacia la pistola que guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Ni hablar.

Peaches se lo piensa mejor.

—¿Qué estás haciendo, Callan? —lloriquea O-Bop.

Empieza a tender la mano hacia una escopeta tirada sobre el viejo sofá.

—No me obligues a hacerte daño, Stevie —dice Callan. Sería espantoso, teniendo en cuenta que todo esto, todo esto, empezó cuando salvó la vida a O-Bop —. No quiero hacerte daño.

O-Bop decide que no quiere que le haga daño, porque su mano se queda inmóvil.

—¿Lo has meditado bien? —le pregunta Mickey.

No, piensa Callan, no he meditado nada bien. Solo que no voy a permitir que nadie mate a esta mujer. Con ella detrás retrocede hacia la puerta, con la pistola apuntada a sus ex camaradas.

—Si veo a alguno de vosotros, lo mato.

Salen.

—Sube —dice a Nora.

Se monta en la moto.

—Agárrate a mi cintura —dice Callan.

Y menos mal que lo hace, porque Callan pone en marcha la moto y salen disparados como un misil, levantando una espesa nube de polvo. Ella se sujeta con más fuerza cuando Callan se desvía por una pista de tierra que asciende la colina, mientras la rueda culea en la tierra blanda. Detiene la moto en lo alto de la colina, un pedazo de tierra asolado por los fuertes vientos de Santa Ana, rodeado de espeso chaparral.

—Sujétate —dice.

Entonces Nora se siente caer.

Se lanzan colina abajo en caída libre.

Seguidos de disparos.

Callan hace caso omiso y se concentra en conducir la moto.

Deja atrás la choza, deja atrás algunos coches, deja atrás a los hombres agazapados detrás de los coches, que sacan sus armas, luego se agachan cuando el plomo destroza el cristal, pero Nora apenas puede ver nada, todo es confusión, y casi no puede oír los disparos, las balas que pasan zumbando junto a sus oídos, los gritos de sorpresa. Lo único que ve es la parte posterior del casco de Callan, mientras aplasta la cabeza contra su hombro y se sujeta. Es como si estuviera en un túnel de viento, y la fuerza del viento intenta arrancarla de la silla de la moto, a medida que aceleran, aceleran, aceleran.

Ha oscurecido durante su huida, la negrura se cierra a su alrededor en este túnel de velocidad. Sabe que están huyendo para salvar la vida, que corren hacia la vida, confían su destino al viento, confía en la espalda de este loco que conduce, la carretera de tierra la sacude, la impulsa de un lado a otro, de repente está en el aire, como un pájaro, como un pájaro, lanzada a toda velocidad hacia el cielo nocturno por un bache insignificante. Está volando, volando con él, las estrellas, las estrellas son hermosas, van a estrellarse, van a morir, su sangre manchará esta carretera de tierra, su sangre mezclada, siente que la sangre corre

por sus venas, siente la de él, su sangre fluye mientras surcan el cielo nocturno, después aterrizan, la moto pierde el control y patina. Ella se sujeta con fuerza, no quiere morir sola, quiere morir con él en este largo tobogán que conduce a la muerte, este largo, lento, veloz tobogán que conduce al olvido, un momento de agonía, después nada, la nada, la paz. Siempre pensó que ascendías al cielo, pero caes, caes, caes, sigues cayendo, le agarra, le sujeta, le abraza, no me dejes morir sola no quiero morir sola y entonces Callan endereza la moto, corren de nuevo, el aire es frío alrededor de sus oídos, el cuero cálido contra la piel, contra su cara. Callan traza una profunda bocanada de aire y Nora jura que se oye reír sobre el rugido del motor (¿o es su corazón?), pero se oye reír y le oye reír, y luego todo es suave bajo las ruedas, suave y negro cuando tocan el asfalto, una hermosa y negra carretera norteamericana, una autopista norteamericana.

Las luces de la autopista son doradas en la noche.

Jimmy Peaches sale al porche.

Coge una lata de Dole recién abierta y una cuchara, y hay un hermoso gajo de luna plateada en el cielo, y es un buen momento para pensar.

Tal vez era esto lo que Callan tramaba desde el primer momento. O puede que la tía y él lo planificaran juntos cada vez que iba a llevarle una taza de té. Muy propio de Callan, siempre en plan lobo solitario.

A Sal no le hará gracia. Llamó dando instrucciones: Voy a reunirme con vosotros, no quiero que falte nadie. Bien, Scachi capturará a Callan y le dará una buena lección, para que no vuelva a joder a sus amigos. Hunde la cuchara en la lata.

Un gajo de melocotón salta en el aire.

El zumo cae sobre el pecho de Peaches.

Baja la vista, sorprendido de que la mancha sea de un rojo dorado, el color del ocaso. No sabía que hacían esa clase de melocotones. Nota el pecho pegajoso y caliente, y se pregunta por qué el sol se está poniendo dos veces hoy.

La siguiente bala le alcanza en plena frente.

O-Bop ve todo esto mientras mira por la ventana, a través de la pequeña tela mosquitera octogonal. Su boca forma una O perfecta cuando ve saltar los sesos de Peaches por la parte posterior de su cabeza y estrellarse contra la pared de la cabaña, y eso es lo único que ve cuando una bala entra por su boca abierta y estalla en su córtex cerebral.

Mickey le ve derretirse como nieve en primavera y pone la tetera al fuego. El agua está empezando a hervir en el fondo de la tetera cuando Scachi y dos pistoleros entran por la puerta, apuntándole con sus rifles.

—Sal.

—Mickey.

—Iba a tomar un té —dice Mickey.

Sal asiente.

La tetera silba.

Mickey vierte el agua en la taza desportillada y hunde la bolsa de té varias veces. La taza vibra cuando añade un poco de azúcar y leche, y después la cuchara golpea un costado de la taza cuando su mano temblorosa agita el té.

Se lleva la taza a la boca y toma un sorbo.

Después sonrío (es bueno y está caliente), y hace una señal con la cabeza a Sal.

Scachi le mata con rapidez y limpieza, pasa por encima del cuerpo y entra en el dormitorio.

Ella no está.

¿Dónde está Callan?

Su Harley ha desaparecido.

Joder.

Callan se ha llevado a la mujer, siempre a su puta bola, piensa Scachi. Y ahora tendré que seguir su pista.

Pero antes hay que hacer limpieza.

Al cabo de un par de horas, sus hombres han montado un laboratorio de metanfetamina en la cabaña. Entran el cuerpo de Peaches y rocían el interior con ácido yodhídrico, después se dirigen a la colina de enfrente y disparan un cartucho incendiario a través de la ventana.

Los bomberos están de suerte esta noche. Hay poco viento y el incendio del laboratorio de meta solo quema unas cinco hectáreas de hierba vieja y chaparral. No es tan negativo. De hecho, es positivo que haya un incendio como ese de vez en cuando.

Quema la hierba vieja.

Para que crezca hierba nueva en su lugar.

*El amor es lo único que tenemos,
la única forma de poder ayudarnos mutuamente.*

EURÍPIDES, *Orestes*

Condado de San Diego
1998

Se levantan temprano y continúan huyendo.

—Hay gente que nos estará buscando —le explica Callan.

No me jodas, piensa Nora. Anoche, cuando pararon de correr y se detuvieron, ella exigió saber qué coño estaba pasando.

—Iban a matarte —contestó Callan.

Encontraron un motel barato algo apartado de la autopista y durmieron unas horas.

La despierta a las cuatro y dice que tienen que marcharse. Pero la cama es tan agradable y tibia que Nora se tapa la cara con la manta y descansa unos minutos más. De todos modos, Callan se está duchando. A través de las paredes baratas oye correr el agua.

Me levantaré cuando cierre el agua, piensa.

Lo siguiente que ella nota es que él le sacude el hombro y la despierta de nuevo.

—Tenemos que irnos.

Nora se levanta, localiza el jersey y los tejanos que había tirado sobre la única silla de la habitación, y se los pone.

—Voy a necesitar ropa nueva.

—Ya la compraremos.

La mira sentada en la cama y no puede creer que esté con él. No puede creer lo que ha hecho, ignora cuáles serán las consecuencias, y le da igual. Es tan hermosa, incluso con aspecto cansado y la ropa arrugada y que huele. Pero huele a ella.

Nora termina de anudarse un zapato, alza la vista y le sorprende mirándola.

Siempre hace frío a las cuatro de la mañana. Aunque sea en pleno verano, en mitad de la selva del Amazonas, si te levantas de la cama a las cuatro de la

mañana, aún hace frío. La ve temblar y le cede su chaqueta de cuero.

—¿Y tú?—pregunta ella.

—Estoy bien.

Acepta la chaqueta. Es demasiado grande, pero se envuelve con las mangas y la vieja chaqueta es suave y tibia, y experimenta la sensación de que son sus brazos lo que la están abrazando, como la abrazaron anoche. Los hombres le han regalado collares de diamantes, vestidos de Versace, pieles. Nada de eso la confortó tanto como esta chaqueta. Sube a la parte posterior de la moto y tiene que subirse las mangas para sujetarse. Se dirigen hacia el este por la interestatal 8. Por la carretera circulan sobre todo camiones, y algunas furgonetas llenas de *mojados* que van a trabajar a las granjas cercanas a Brawley. Callan sigue conduciendo hasta que ve una desviación hacia algo llamado Sunrise Highway. Suena bien, piensa, y dobla hacia el norte. La carretera asciende zigzagueando por la empinada pendiente sur de Mount Laguna, deja atrás la pequeña ciudad de Descanso, y después corre a lo largo de la cumbre del risco, con espesos bosques de pinos a la izquierda y, cientos de metros más abajo, a su derecha, un desierto. Y el amanecer es espectacular.

Se detienen en una salida y ven el sol alzarse sobre el suelo del desierto, tiñéndolo de tonos que cambian del rojo al naranja, y después a una panoplia de marrones: tostado, beige, pardo y, por supuesto, arena. Vuelven a montar en la moto y continúan su camino, mientras el bosque da paso al chaparral, y después a largos tramos de tierra herbosa, y después llegan al borde de un lago, cerca del cruce con la autopista 79.

Callan tuerce al sur por la 79 y siguen el borde del lago hasta llegar a un pequeño restaurante que se alza junto al agua.

Callan para delante.

Entran.

El lugar es muy tranquilo: unos cuantos pescadores, un par de hombres con pinta de rancheros, que alzan la vista de sus platos cuando Callan y Nora entran. Eligen una mesa junto a la ventana, con vistas al pequeño lago. Callan pide dos huevos fritos, beicon y puré de patatas. Nora pide té y tostadas.

—Toma comida de verdad —dice Callan.

—No tengo hambre.

—Como quieras.

Nora no toca ni el té ni la tostada. Cuando Callan ha devorado los huevos, salen a dar un paseo por la orilla del lago.

—¿Qué estamos haciendo?—pregunta Nora.

—Dar un paseo junto a un lago.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Hay pinos al otro lado del lago. Sus agujas brillan en la brisa, que levanta

pequeñas cabrillas en el agua.

—Me buscarán —dice Nora.

—¿Quieres que te encuentren? —pregunta Callan.

—No —contesta ella—. Durante un tiempo, al menos.

—A mí me gustaría vivir durante un tiempo —dice Callan—. No sé cómo acabará esto, pero quiero vivir durante un tiempo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —contesta ella—. Sí, estoy muy de acuerdo.

No obstante, Callan quiere tomar algunas precauciones.

—Tendremos que deshacernos de la moto —explica—. La buscarán, y canta demasiado.

Encuentran un vehículo nuevo en la 79, unos kilómetros al sur. Hay una vieja granja en una hondonada, al este de la autopista. Uno de esos clásicos patios delanteros de un blanco sucio, con coches viejos y piezas viejas diseminados ante un viejo establo, y unas chozas destartadas que debían de ser gallineros. Callan gira por la carretera de tierra y frena la moto ante el establo, dentro del cual hay un tipo con la inevitable gorra de béisbol trabajando en un Mustang del 68. Es alto, flaco, de unos cincuenta años, aunque cuesta saberlo por culpa de la gorra.

Callan mira el Mustang.

—¿Cuánto pide por él?

—Nada —dice el tipo—. No está en venta.

—¿Vende alguno?

El tipo señala un Grand Am del 85 aparcado fuera.

—La puerta del lado del pasajero no se abre desde fuera. Hay que abrirla desde dentro.

Se acercan al coche.

—Pero ¿el motor funciona? —pregunta Callan.

—Oh, sí, el motor funciona muy bien.

Callan sube y gira la llave.

El motor resucita como Blancanieves después del beso.

—¿Cuánto? —pregunta Callan.

—No sé. ¿Mil cien?

—¿Permiso de circulación?

—Permiso de circulación, certificado de matriculación, matrícula. Todo eso.

Callan vuelve a la moto, saca veinte billetes de cien dólares de la silla y se los da al tipo.

—Mil por el coche. El resto por olvidar que nos ha visto.

El tipo acepta el dinero.

—Oiga, cada vez que no quiera que le vea venga a verme.

Callan da las llaves a Nora.

—Sígueme.

Le sigue hacia el norte por la 79 hasta Julian, donde giran al este por la 78,

siguiendo el largo descenso hacia el desierto cruzan un tramo largo y liso, hasta que al fin Callan se desvía por una carretera de tierra y para a un kilómetro del final de la carretera en la boca de un cañón.

—Esto bastará —dice Callan cuando ella baja del coche en referencia a que el fuego no se propagará por la arena, y que no habrá nadie en los alrededores que vea el humo. Extrae un poco de gasolina del depósito extra y lo vierte sobre la Harley.

—¿Quieres despedirte? —pregunta a Nora.

—Adiós.

Tira la cerilla.

Contemplan la moto mientras arde.

—Un funeral vikingo —dice Nora.

—Solo que nosotros no somos los protagonistas —Callan vuelve hacia el Grand Am, sube al asiento del conductor y le abre la puerta—. ¿Adónde quieres ir?

—A algún sitio bonito y tranquilo.

Callan piensa. Si alguien descubre el esqueleto de la moto y lo relaciona con nosotros, pensará que nos hemos dirigido hacia el este, atravesando el desierto, para coger un avión desde Tucson o Phoenix, o quizá Las Vegas. Así que, cuando regresan a la autopista, retrocede hacia el oeste.

—¿Adónde vamos? —pregunta Nora. En realidad, le da igual. Es pura curiosidad.

Lo cual está muy bien, porque él contesta:

—No lo sé.

Solo piensa en conducir. Disfrutar del paisaje, disfrutar el hecho de estar con ella. Suben por la misma carretera que descendieron, se adentran en las montañas, hasta la pequeña ciudad de Julian.

La atraviesan (no quieren estar con gente), y después la carretera vuelve a bajar de nuevo, pues el terreno desciende hacia la llanura costera del oeste, y la tierra da paso a amplios campos, manzanares y ranchos de caballos, y bajan por una larga colina desde la que pueden ver un hermoso valle.

En mitad del valle hay un cruce. Una autopista va al norte y la otra al oeste. Hay algunos edificios esparcidos alrededor del cruce, una oficina de correos, un mercado, un restaurante, una panadería, una (improbable) galería de arte en el lado norte, unos grandes almacenes antiguos y algunas casas blancas en el lado sur, y aparte de eso no hay nada en ningún lado. Tan solo la carretera que atraviesa la amplia pradera, en la que pace el ganado.

—Esto es bonito —dice Nora.

Callan para en el camino de entrada de grava que hay junto a las cabañas. Entra en los grandes almacenes, que ahora venden libros y útiles de jardinería, y sale unos minutos después con una llave.

—Tenemos una durante un mes —dice—. A menos que la odies. En ese caso, recuperaremos el dinero y nos iremos a otro sitio.

Tiene un pequeño salón, con un sofá antiguo, un par de sillas y una mesa, y una pequeña cocina con unos fogones de gas, una nevera antigua y un fregadero con armarios blancos encima. Una única puerta conduce al diminuto dormitorio, que cuenta con un cuarto de baño todavía más diminuto (ducha, baño no) al fondo.

No vamos a perdernos en este lugar, piensa ella.

Él se ha detenido vacilante en la puerta de la calle.

—A mí y a me va bien —dice Nora—. ¿Y a ti?

—Está bien. —Deja que la puerta se cierre tras de sí—. A propósito, somos los Kelly. Yo soy Tom, y tú Jean.

—¿Soy Jean Kelly?

—No se me ocurrió.

Después de ducharse y vestirse, recorren en coche los seis kilómetros que dista Julian para comprar ropa. La única calle principal está flanqueada sobre todo de pequeños restaurantes que venden pastel de manzana, especialidad de la zona, pero hay algunas tiendas de ropa, donde Nora compra un par de vestidos informales y un jersey. No obstante, compran casi toda la ropa en la ferretería, que vende camisas vaqueras, tejanos, calcetines y ropa interior.

Nora descubre en la misma calle una librería que vende libros de segunda mano, y compra *Ana Karenina*, *Middlemarch*, *The Eustace Diamonds* y un par de novelas románticas de Nora Roberts: placeres culpables.

Vuelven al mercado que hay enfrente de su cabaña, al otro lado de la autopista, y compran comestibles: pan, leche, café, té, Raisin Bran (los favoritos de él), Grape-Nuts (los de ella), beicon, huevos, pan de masa fermentada, un par de filetes, un poco de pollo, patatas, arroz, espárragos, judías verdes, tomates, pomelo, arroz integral, un pastel de manzana, vino tinto y cervezas; artículos diversos, como toallas de papel, lavaplatos, papel higiénico, desodorante, pasta de dientes y cepillos, jabón, champú, una navaja y hojas, crema de afeitar, un kit de teñir el pelo y unas tijeras.

Han acordado tomar algunas precauciones. Ni huir, ni cometer imprudencias innecesarias. Por lo tanto, la Harley tenía que desaparecer, y también el pelo largo hasta los hombros de Nora, porque si bien el aspecto de Callan es de lo más normal, el de ella no, y lo primero que sus perseguidores preguntarán a la gente es si se han fijado en una rubia de una belleza extraordinaria.

—Ya no soy bella —dice Nora.

—Sí lo eres.

Cuando vuelven a la casa, se corta el pelo.

Corto.

Se mira en el espejo cuando ha terminado.

—Juana de Arco.

—Me gusta.

—Mentiroso.

Pero cuando se vuelve a mirar en el espejo, también le gusta. Todavía más después de teñirlo de rojo. Bien, piensa, será más fácil cuidarlo. Aquí estoy, con el pelo muy corto y rojo, una camisa vaquera y tejanos. ¿Quién lo habría pensado?

—Tu turno —dice ella, al tiempo que mueve las tijeras.

—Sal de aquí.

—De todos modos, hay que cortarlo —insiste Nora—. Tienes pinta de años setenta. Venga, deja que te lo recorte.

—No.

—Gallina.

—Ese soy yo.

—Hay tíos que han pagado mucho dinero por dejarme hacer esto.

—¿Cortarles el pelo? Estás de broma.

—Hay un mundo muy grande ahí fuera, Tommy.

—Te tiemblan las manos.

—Entonces, será mejor que te estés quieto.

Al final, se lo deja cortar. Se sienta inmóvil en la silla, contemplando la imagen de los dos, ella detrás de él, mientras mechones de pelo castaño van cayendo, primero sobre sus hombros y después al suelo. Nora termina y se miran en el espejo.

—No nos reconoczo —dice ella—. ¿Y tú?

No, piensa Callan. No.

Aquella noche, Nora prepara caldo de pollo para ella y filete y patatas para él, después se sientan a la mesa y comen, ven la televisión, y cuando sale la noticia de que un laboratorio de meta ha estallado y se han encontrado unos cadáveres, Callan no le dice nada, porque está claro que no lo sabe.

Intenta sentir pena por Peaches y O-Bop, pero no puede. Esos dos se llevaron a demasiada gente al otro mundo, tú y ya tenías que saber que iban a terminar así.

Como terminaré yo.

No obstante, le sabe mal por Mickey.

Pero la noticia también significa que Scachi les está siguiendo la pista.

Nora pasa una mala noche (no puede dormir, y no quiere ver lo que hay dentro de sus ojos). Él lo entiende. Guarda muchas imágenes iguales. Solo que yo me he endurecido más, piensa.

Así que se acuesta a su lado, la abraza y le cuenta cuentos irlandeses que recuerda de cuando era niño. Bien, los recuerda más o menos, y lo que no lo inventa, lo cual no es demasiado difícil, porque sólo tienes que hablar de hadas, duendes y chorradas por el estilo.

Cuentos de hadas y fábulas.

Ella se duerme al fin a las cuatro de la mañana, y él también, con la mano sujetando la 22 debajo de la almohada.

Nora despierta hambrienta.

No me extraña, piensa Callan, cruzan la autopista para ir al restaurante y Nora pide una tortilla de queso con guarnición de salchichas, y una tostada de pan de centeno con toneladas de mantequilla.

—¿Quiere queso norteamericano, cheddar o Jack? —pregunta la camarera.

—Sí.

Come como una condenada.

La mujer engulle la tortilla como si fuera su última cena, como si la estuvieran esperando fuera para darle el pasaporte. Callan reprime una sonrisa cuando la ve esgrimir el tenedor como si fuera un arma (esas salchichas no recibirán cuartel), y no le habla de la pequeña mancha de mantequilla que tiene en la comisura de la boca.

—¿No te ha gustado? —le pregunta él.

—Ha sido fantástico.

—Pide otra.

—¡No!

—¿Un bollo de canela?

—Vale.

—Los han hecho esta mañana —dice la camarera cuando deja sobre la mesa la enorme pasta y dos tenedores.

Nora sale y vuelve con el *San Diego Union-Tribune*, y mira los anuncios por palabras.

«Kim, de su hermana. Emergencia familiar. Buscándote por todas partes. Contacto Urgente». Con un número de teléfono. Típico de Keller, piensa, cubriendo todas las bases por si acaso, solo por si acaso. Soy una persona independiente en fuga por voluntad propia. De modo que Arthur quiere que vuelva.

No voy a volver, Arthur. Todavía no.

Si me quieres, tendrás que encontrarme.

Lo está intentando.

Las tropas de Art están desplegadas. En aeropuertos, estaciones de tren, estaciones de autobús, puertos de embarque. Investigan listas de pasajeros, reservas, controles de pasaportes. Los chicos de Hobbs comprueban registros de inmigración de Francia, Inglaterra y Brasil. Saben que se trata de una empresa descabellada, pero al final de la semana están seguros de una cosa: Nora Hayden no ha abandonado el país, al menos con su pasaporte. Tampoco ha utilizado

ninguna tarjeta de crédito ni su teléfono móvil, no ha intentado conseguir un trabajo, no la han detenido por una multa de tráfico ni han tomado nota de su número de la Seguridad Social para alquilar un apartamento.

Art presiona a Haley Saxon, la ha amenazado con todo, desde violar la Ley Mann hasta ser cómplice de un asesinato, pasando por estar al frente de una casa de lenocinio. De modo que la cree cuando dice que no sabe nada de Nora y que le llamará en cuanto sepa algo.

Ni sus puestos de escucha en la frontera ni los de Hobbs han recogido datos. Ni ella ha hablado, ni nadie ha hablado de ella.

Art se lleva a un especialista en reconstruir accidentes para que mida la profundidad de las huellas de la moto de Callan, y el tipo hace magia con la tierra y dice a Art que iban dos personas en esa moto, y confía en que el pasajero se sujetara con fuerza, porque iba muy deprisa.

Callan no puede haberla llevado muy lejos, razona Art. No habría podido retenerla contra su voluntad en un avión, un tren o un autobús, y hay muchos lugares en los que un prisionero podría huir de la moto, gasolineras, semáforos en rojo, un cruce.

En consecuencia, Art restringe la búsqueda a un radio de un depósito de gasolina desde el cruce de la carretera de tierra con la I-8. Busca una Harley-Davidson Electra Glide.

Y la encuentra.

Un helicóptero de la Patrulla de Fronteras que vuela sobre Anza-Borrego en busca de *mojados* divisa los restos carbonizados y aterriza para investigar. El informe llega a Art enseguida. Sus chicos están controlando todo el tráfico de radio, así que al cabo de dos horas tiene a un tipo allí en compañía de un vendedor de Harley que tiene pendiente un juicio por posesión de meta. El tipo contempla los restos carbonizados de la moto y confirma casi llorando que es el mismo modelo que andan buscando.

—¿Cómo es posible que hagan algo así? —protesta.

No tienes que ser Sherlock Holmes (mierda, ni siquiera ser Larry Holmes) para ver que un coche siguió a la moto hasta aquí, que alguien bajó del coche, todos se fueron en el coche de nuevo y regresaron a la autopista.

El experto en reconstrucción de accidentes ataca de nuevo. Mide la profundidad de las marcas de neumáticos y el ancho entre los neumáticos, toma un molde de las marcas de neumáticos, juega un poco con la tierra y comunica a Arthur que tiene que buscar un descapotable pequeño de dos puertas, transmisión automática y neumáticos Firestone antiguos.

—Otra cosa —le dice el tipo de la Patrulla de Fronteras—. La puerta del pasajero no funciona.

—¿Cómo coño lo sabe? —pregunta Art. Los agentes de la Patrulla de Fronteras son expertos en leer huellas. Sobre todo en el desierto.

—Las pisadas que hay ante la puerta del pasajero —le dice el agente—. Ella retrocedió para dejar que la puerta se abriera.

—¿Cómo sabe que era una mujer? —pregunta el experto de Art.

—Esas marcas son de zapatos de mujer —explica el agente—. La misma mujer conducía el coche. Salió por el lado del conductor, se acercó al tipo, paró y miró. ¿Ve que el talón se clava más donde esperó unos minutos? Después dio la vuelta para ir al lado del pasajero, el hombre dio la vuelta para ir al lado del conductor y la dejó entrar.

—¿Puede decirme qué tipo de zapatos calzaba la mujer?

—¿Yo? No —dice el agente—. Pero apuesto a que ustedes tienen a alguien que sí.

En efecto, y el tipo aparece en un helicóptero al cabo de media hora. Toma un molde del zapato y se lo lleva al laboratorio. Cuatro horas después llama a Art con los resultados.

Es ella.

Está con Callan.

Al parecer, por voluntad propia.

Lo cual siembra dudas en la mente de Art. ¿A qué nos estamos enfrentando?, ¿a un caso agudo de síndrome de Estocolmo, o a otra cosa?, se pregunta. Y si bien la buena noticia es que está viva, al menos hasta hace un par de días, la mala noticia es que Callan ha infringido las normas. Iba en un coche en dirección este con una «prisionera», que al menos parece colaborar, de modo que podría estar en cualquier parte.

Y Nora con él.

—Deja que me ocupe yo a partir de ahora —dice Sal Scachi a Art—. Conozco a ese tipo. Si le encuentro, negociaré con él.

—¿El tipo mató a tres de sus viejos camaradas y raptó a una mujer, y aún quieres negociar con él? —le pregunta Art.

—Todo irá bien —dice Scachi.

Art accede a regañadientes. Es lógico. Scachi conoce de antes a Callan, y Art no puede insistir mucho más en su empeño sin llamar la atención. Y necesita que Nora vuelva. Todos lo necesitan. No pueden llegar a un acuerdo con Adán Barrera sin ella.

Sus días se han transformado en una plácida rutina.

Nora y Callan se levantan pronto y desayunan, a veces en casa, a veces en el restaurante del otro lado de la autopista. Él sigue por lo general la vía del colesterol a tope, y ella suele tomar una tostada de harina de avena sin adornos porque el local no sirve fruta para desayunar, salvo en el *brunch* de los domingos. No hablan mucho durante el desayuno. Ninguno de los dos es muy hablador a

primera hora de la mañana. En lugar de conversar, intercambian secciones del periódico.

Después de desayunar suelen ir a dar un paseo en coche. Saben que no es muy inteligente por su parte (lo más inteligente sería dejar aparcado ese coche detrás de la casa), pero aún siguen en plan fatalista y les gusta ir a pasear. Callan ha descubierto un lago a diez kilómetros al norte por la autopista 79, un bonito paseo a través de praderas erizadas de robles y colinas ondulantes, grandes ranchos en el lado oeste de la carretera, la reserva de Kumeyaay al otro. Después las colinas dan paso a una llanura ancha y lisa de tierra de pastoreo, con colinas al sur (el observatorio de Monte Palomar descansa como una gigantesca pelota de golf sobre la cumbre más alta) y un gran lago en medio.

No es un lago de primera división (tan solo un amplio óvalo de agua en mitad de una llanura más grande), pero es un lago al fin y al cabo, y pueden pasear alrededor de su extremo sur, cosa que a ella le gusta. Por lo general, encuentran un numeroso rebaño de ganado Holstein blanco y negro pastando en el lado este del lago, y les gusta mirarlo.

A veces llegan hasta el lago y dan la vuelta andando. Otras, se adentran en el desierto, dejan atrás Ranchita y llegan a Culp Valley, donde hay dispersos enormes pedruscos redondos, como si un gigante hubiera abandonado su juego de canicas y no hubiera vuelto a buscarlas. En otras ocasiones suben hasta Inaja Peak, donde aparcan y suben por el breve sendero hasta el mirador, desde el que se pueden ver todas las cordilleras y, al sur, México.

Después vuelven a casa y preparan la comida (él toma pavo o bocadillo de jamón, ella algo de fruta que ha comprado en el mercado), tras la cual echan una larga siesta. Nora no se había dado cuenta hasta ahora de lo cansada que estaba, de su agotamiento extremo, y de que debía de necesitar mucho dormir, porque da la impresión de que su cuerpo lo anhela, y se queda dormida con facilidad nada más apoyar la cabeza sobre la almohada.

Después de la siesta pasan el tiempo en el salón o, si hace calor, en el pequeño porche. Ella lee libros, él escucha la radio y mira las revistas. Al atardecer van al mercado a comprar la cena. A ella le gusta comprar la comida a diario, porque eso le recuerda París, y siempre pregunta al tipo de la parada qué corte de carne le recomienda ese día.

—El noventa por ciento de la cocina consiste en una buena compra —dice a Callan.

—Vale.

Callan cree que a ella le gusta comprar y cocinar más que comer, porque dedica veinte minutos a elegir el mejor corte de filete, y luego apenas come un par de pedazos. O tres, si es pollo o pescado. Y es muy exigente con la verdura, que ingiere en cantidades masivas. Y aunque compra patatas para él (« Sé que eres irlandés »), ella se prepara arroz integral.

Preparan la cena juntos. Se ha convertido en un ritual que Callan disfruta, los dos embutidos en la diminuta cocina, troceando verduras, pelando patatas, calentando aceite, salteando la carne o hirviendo la pasta y hablando. Hablan de chorradas, de películas, de Nueva York, de deportes. Ella le habla un poco de su niñez, él le cuenta algo de la suya, pero aparcan lo más desagradable. Nora le habla de París, de la comida, los mercados, los cafés, el río, la luz.

No hablan del futuro.

Ni siquiera hablan del presente. Qué coño están haciendo, quiénes son, qué significan el uno para el otro. No han hecho el amor, ni siquiera se han besado, y ninguno sabe si eso es un « todavía » o qué. Solo sabe que es el segundo hombre en toda su vida que no quiere tirársela únicamente, y tal vez el primer hombre que ella desea que lo haga. Callan solo sabe que están juntos, y eso es suficiente.

Suficiente para vivir.

Scachi está conduciendo por la Sunrise Highway cuando la divisa, una granja destartada donde parece que se venden coches usados. Qué coño, piensa Scachi, y para.

El típico patán con gorra de béisbol se acerca renqueando.

—¿Necesita ayuda?

—Tal vez —dice Scachi—. ¿Vende esa chatarra?

—Solo trabajo con ella —dice Bud.

Pero Scachi percibe el destello de alarma en los ojos del tipo y sigue su instinto.

—¿Ha vendido uno hace poco, con la puerta del pasajero inutilizada?

Los ojos de Bud se abren de par en par, como esos mamones de los anuncios de la tele de *Psychic Friends Network*, como diciendo: « ¿Cómo lo sabes? ».

—¿Quién es usted? —pregunta Bud.

—Soy el que le va a pagar más por abrir la boca de lo que el otro le pagó por mantenerla cerrada —contesta Scachi—. Si no, me incautará de su casa, de su tierra, de todos sus coches y de la foto autografiada de Richard Petty, y después le meteré en la cárcel hasta que los Chargers ganen la Super Bowl, o sea, por toda la eternidad.

Saca el fajo de dinero y empieza a soltar billetes.

—Avíseme.

—¿Es usted poli?

—Y un poco más —dice Scachi sin dejar de soltar billetes—. ¿Ya?

Mil quinientos pavos.

—Basta.

—Es usted uno de esos patanes astutos, ¿eh? —dice Scachi—. Se aprovechan de los pobres urbanitas. Mil seiscientos y hasta ahí hemos llegado, amigo mío, y

no se pase.

—Un Grand Am del ochenta y cinco —dice Bud al tiempo que se guarda el dinero en el bolsillo—. Verde lima.

—¿Matrícula?

—4ADM045.

Scachi asiente.

—Voy a decirle lo mismo que le dijo el otro tipo. Si alguien pregunta, yo no he estado aquí, no me ha visto. Esta es la diferencia: si me vende al mejor postor... —saca un revólver del 38—, volveré, le meteré esto por el culo y apretaré el gatillo hasta vaciarlo. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien —dice Scachi, y guarda el revólver.

Vuelve al coche y se marcha.

Callan y Nora van a la iglesia.

Están dando uno de sus paseos de la tarde y salen de la autopista 79 en la reserva de Kumeyaay, y van a la antigua misión de Santa Isabel. Es una iglesia pequeña, poco más que una capilla, construida al estilo clásico de las misiones californianas.

—¿Quieres entrar? —pregunta Callan.

—Me gustaría.

Se acercan a una pequeña estatua abstracta que hay al lado de la iglesia. La placa anuncia EL ÁNGEL DE LAS CAMPANAS PERDIDAS, y cuenta la historia de que las campanas de la misión fueron robadas en los años veinte, y que los feligreses todavía rezan por su recuperación, para que la iglesia recobre la voz.

¿Alguien robó las campanas de la iglesia?, se pregunta Callan. Típico. La gente no puede dejar nada en paz.

Entran en la iglesia.

Las paredes de adobe encaladas contrastan con las vigas de madera oscura cortadas a mano que sostienen el techo picudo. Paneles de pino incongruentes pero baratos forran la mitad inferior de las paredes, bajo vidrieras que plasman santos y las estaciones del vía crucis. Los bancos de roble parecen nuevos. El altar está adornado al estilo abigarrado mexicano, con estatuas de colores vivos de la Virgen María y los santos. Para Nora es un momento agrisado: no ha entrado en una iglesia desde el funeral de Juan, y esto se lo recuerda.

Se paran delante del altar juntos.

—Quiero encender una vela —dice ella.

Callan la acompaña, y se arrodillan juntos delante de las velas votivas. Una estatua del Niño Jesús se alza detrás de la vela, y detrás hay un cuadro de una

hermosa joven kumeyaay que mira con reverencia al cielo.

Nora enciende una vela, agacha la cabeza y reza en silencio.

Callan se arrodilla, mientras espera a que Nora termine, y mira el mural que ocupa toda la pared derecha, detrás del altar. Es una expresiva plasmación de Cristo en la cruz, con los dos ladrones crucificados a cada lado.

Nora tarda un rato.

—Me siento mejor —dice cuando salen.

—Has rezado mucho rato.

Ella le habla de Juan Parada. De su amistad y del amor que sentía por él. De que el asesinato de Parada la condujo a traicionar a Adán.

—Odio a Adán —dice—. Quiero que se pudra en el infierno.

Callan no dice nada.

Vuelven al coche, y al cabo de diez minutos Nora habla de nuevo.

—Tengo que volver, Sean.

—¿Por qué?

—Para testificar contra Adán —dice ella—. Mató a Juan.

Callan lo entiende. Odia oír eso, pero lo entiende. De todos modos, intenta disuadirla.

—No creo que Scachi y los demás te dejen testificar. Creo que quieren matarte.

—Tengo que volver, Sean.

Él asiente.

—Te llevaré con Keller.

—Mañana.

—Mañana.

Aquella noche están acostados en la oscuridad, escuchando el sonido de los grillos y la respiración de cada uno. A lo lejos, una manada de coyotes se lanza a una algarabía de chillidos y aullidos, tras la cual vuelve a reinar el silencio.

—Yo estaba allí —dice Callan.

—¿Dónde?

—Cuando mataron a Parada —dice—. Yo colaboré.

Siente que el cuerpo de Nora se pone tenso a su lado. Deja de respirar.

—Por el amor de Dios, ¿por qué? —pregunta después.

Transcurren diez, quince minutos, antes de que él vuelva a reanudar su relato. Después le habla de cuando tenía diecisiete años, estaba en el pub Liffey y disparó contra Eddie Friel. Habla durante horas, murmura en voz baja contra el calor de su cuello, y le habla de los hombres que ha matado. Le habla de los asesinatos que cometió en Nueva York, Colombia, Perú, Honduras, El Salvador, México. Hasta que llega a aquel día en el aeropuerto de Guadalajara.

—No sabía que él era el objetivo. Intenté impedirlo, pero era demasiado tarde. Murió en mis brazos, Nora. Dijo que me perdonaba.

—Pero tú no lo has hecho.

Callan sacude la cabeza.

—Soy culpable. Por él. Por todos los demás.

Se sorprende cuando ella le abraza con fuerza. Sus lágrimas le caen en el cuello.

—Cuando tenía catorce años... —empieza Nora cuando para de llorar.

Le habla de los hombres. Los clientes, las fiestas, los trabajos. Todos los hombres que se corrieron en su boca, en su culo, donde fuera. Le mira a los ojos esperando ver asco, pero no lo descubre. Entonces le confiesa que amaba a Parada, y que deseaba vengarse, y que se fue con Adán, y que eso provocó más muertes, y que duele.

Sus caras están cerca, sus labios casi se tocan.

Coge su mano, la pasa por debajo de la camisa vaquera y la apoya sobre el pecho. Parece sorprendido, pero ella asiente y Callan roza el pezón con la palma, y ella siente que se pone duro y le gusta, y cuando él baja la boca para lamerlo y chuparlo es como si ella floreciera en su boca, y nota que se humedece.

La tiene dura. Le abre los tejanos, la palpa y el gemido de Callan vibra sobre su pecho. Libera su polla de los pantalones y la acaricia, mientras él le baja vacilante la cremallera de los pantalones, introduce la mano, le toca el coño con un dedo, y ella dice « Es estupendo », así que hunde el dedo en su humedad, frota con dulzura su flor, nota que se endurece, Nora arquea la espalda y gime y grita, y él baja la boca y la chupa y la lame como si estuviera curando una herida, y el cuerpo de ella se tensa y arquea, le agarra la mano cuando se corre, él le acaricia el cuello y el pelo y dice « Está bien, está bien », y cuando ella deja de llorar se inclina para chuparle la polla, pero él dice « Quiero estar dentro de ti », y ella dice « Te quiero dentro de mí » .

Nora se tumba, coge su polla y la guía hacia su interior, él empuja con delicadeza, ella le rodea con sus piernas para introducirle por completo, y él mira sus hermosos ojos y su hermosa cara y ella sonríe y él dice « Dios, es tan hermoso », ella asiente y levanta las caderas para que se zambulla todavía más, y él toca ese dulce lugar en su interior, y entra y sale, y ella es como calor dulce y resbaladizo, brilla en la oscuridad, le acaricia la espalda, el culo, las piernas, y gime « Fantástico, fantástico », y él busca aquel punto con la polla y lo toca, lame el sudor que cubre los labios de ella, lame el sudor de su cuello, nota el sudor que resbala entre sus pechos y cae sobre su torso, que cae desde sus muslos sobre los de él, porque le tiene sujeto con mucha fuerza, y él dice « Voy a correrme », y ella dice « Sí, cariño, córrrete dentro de mí, córrrete dentro de mí, córrrete dentro de mí », y él sigue empalándola sin cesar, y entonces nota que su coño le estruja y le aferra, grita, y vuelve a gritar, y después se derrumba sobre el calor de su hombro y ella dice « Me encanta sentirte dentro de mí » .

Se quedan dormidos así, él encima de ella.

Callan se levanta temprano, mientras ella todavía sigue dormida, y va a la ciudad a comprar comestibles para poder despertarla con el aroma de tortitas de arándanos, café y beicon.

Cuando vuelve, ella ya se ha marchado.

*This train carries saints and sinners.
This train carries losers and winners.
This train carries whores and gamblers.
This train carries lost souls...*

Canción popular

San Diego
1999

Art se reúne con Hobbs en el Organ Pavilion de Balboa Park. Filas y filas de sillas metálicas blancas en el amplio semicírculo del anfiteatro descienden hacia el escenario. Hobbs está sentado leyendo un libro en la penúltima fila. Sal Scachi está sentado en la fila anterior, dos asientos a la izquierda.

Hace calor. El inicio de la primavera.

Art se sienta al lado de Hobbs.

—¿Alguna noticia de Nora Hayden? —pregunta Art.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, Arthur —responde Hobbs—. Ha llovido mucho desde entonces.

—¿Qué me estás diciendo, John?

Joder, ¿estará muerta?

—Lo siento, Arthur —dice Hobbs—. No puedo permitir que lleves a juicio a Adán Barrera. Nos lo vas a entregar de inmediato.

La misma vieja historia de siempre, piensa Art. Primero Tío, y ahora Adán.

—¡Es un terrorista, John! ¡Tú mismo lo dijiste! Se acuesta con las FARC y...

—He recibido garantías de que el *pasador* de los Barrera no hará más negocios con las FARC —dice Hobbs.

—¿Garantías? —pregunta Art—. ¿De Adán Barrera?

—No —contesta Hobbs con calma—. De Miguel Ángel Barrera.

Art se queda sin habla.

Hobbs no.

—Esto se nos está escapando de las manos, Arthur. Hombres serios han de intervenir antes de que la cosa empeore.

—¿Hombres serios? Tú y Tío.

—Se quedó consternado al saber que su sobrino se había conchabado con los terroristas —dice Hobbs—. De haberlo sabido, lo habría impedido enseguida. Ahora está enterado. La solución es buena, Arthur. Adán Barrera podría ser una fuente de información de incalculable valor, si tuviera motivos para colaborar.

Eso es una chorrada, piensa Art. Están aterrorizados de lo que Adán pueda decir en el banquillo de los acusados. Y con motivo. Yo no quiero aceptar este trato, pero ellos sí. Ya lo han planeado todo. Le darán una nueva cara, una nueva identidad, una nueva vida.

Y una mierda.

—No os lo entregaré.

—¿Puedo recordarte que estamos librando una guerra contra el terrorismo? —dice Hobbs con voz temblorosa de ira.

Art inclina la cara hacia el sol para sentir el calor sobre la piel.

—Una guerra contra el terrorismo, una guerra contra el comunismo, una guerra contra las drogas. Siempre hay una guerra contra algo.

—Me temo que esa es la condición humana.

—Para mí no, y a no —dice Art—. Me abro.

Se levanta.

—Tiene que terminar —dice Art—. Tiene que terminar en algún momento.

—Te recuerdo que nosotros también te hemos sacado las castañas del fuego —dice Hobbs—. Tu santurrón aire de superioridad moral es francamente insoportable. Intolerable, debería añadir. Has sido cómplice de...

Art levanta las manos.

—Él ya me ofreció un trato. Lo rechacé. Voy a llevar a Adán Barrera al fiscal del distrito y dejaré que la justicia siga su curso. Después lo contaré todo. Lo que sucedió en Córdor, lo de Cerbero, lo de Niebla Roja.

Hobbs palidece.

—No harás eso, Arthur.

—¿Apuestas algo?

Si Hobbs estaba pálido, ahora parece un fantasma.

—Pensaba que eras un patriota.

—Lo soy.

Art se marcha.

Es primavera, en efecto. Los jardines del parque estallan de colores nuevos y el aire es tibio, con suficientes residuos del invierno para que todavía sea fresco. Mira hacia el anfiteatro, donde escolares diminutos están congregados alrededor de sus profesores, y parejas jóvenes están sentadas comiendo bocadillos, y turistas con cámaras colgadas alrededor del cuello estudian planos del parque y señalan, y los ancianos caminan con lentitud, disfrutan del aire y la tibieza nueva de la primavera.

Justo entonces un avión sobrevuela San Diego a escasa altura en dirección a

la corta pista de aterrizaje, el ruido es ensordecedor y apenas puede oír las palabras de John Hobbs.

—Nora Hayden.

—¿Qué?

—La tenemos —dice Hobbs—. Haremos un intercambio.

Art gira en redondo.

—No pudiste salvar a Ernie Hidalgo —dice Hobbs—. Puedes salvar a Nora Hayden. Es muy fácil. Tráeme a Barrera. De lo contrario...

No le hace falta terminar la amenaza. Le meterán una bala en la cabeza.

—El puente de Cabrillo —dice Hobbs—. A medianoche es melodramático. Digamos a las tres de la mañana. Después de que las citas románticas de los homosexuales hayan terminado, pero antes de que la gente empiece a correr. Llegarás con Barrera desde el lado oeste, nosotros llegaremos con la señorita Hayden desde el este. Por cierto, Arthur, si todavía sientes ese patético impulso de confesarlo todo, ¿puedo sugerirte que vayas a un cura? Si piensas que alguien creerá o sentirá interés por tu «verdad», te estás engañando de una manera lamentable.

Hobbs vuelve a leer su libro con expresión serena.

Detrás de sombras oscuras, Scachi tiene la vista clavada en el espacio infinito.

Art se marcha.

—¿Quieres que me encargue yo? —pregunta Scachi. Hobbs asiente. Es triste.

Art Keller es un buen hombre, pero es de todos conocido que los hombres buenos mueren en la guerra.

Art vuelve al lugar donde retiene a Adán.

—Trato hecho —dice Art.

Un último trabajo.

Es lo que Scachi dice a Callan.

Sí, siempre es el último.

Pero no te queda otra alternativa que crearle, piensa Callan mientras cruza Balboa Park

Hazlo o la matarán.

Compra una entrada para una representación de *Traición*, de Harold Pinter, en el Old Globe. En el intermedio, sale a fumar y camina hacia la parte posterior del teatro, hasta una callejuela que corre entre el edificio y el Hospital Zoológico. Recorre la callejuela hasta llegar a una alabrada de tela metálica, bajo unos eucaliptos que crecen sobre la pendiente desde la cual se domina la autopista y, a la izquierda, el puente de Cabrillo. La parte posterior del teatro, por un lado, y la parte posterior del hospital, por el otro, impiden que alguien le vea, y algunos remolques de almacenamiento le ocultan desde la autopista. Saca la mira

telescópica desmontada del rifle y mira a Scachi, parado en el puente. Está fumando un puro. La distancia es de unos cuatrocientos metros.

Será un disparo fácil, incluso de noche.

Vuelve al interior y ve el resto de la obra.

Art llama al timbre de la puerta.

Althea tiene un aspecto imponente.

Sorprendida de verle, pero imponente.

—Arthur...

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

Le conduce hasta el sofá de la sala de estar y se sienta a su lado. Esto habría podido ser mi hogar, piensa Art, debería ser mi hogar. Pero lo tiré por la borda para perseguir algo carente de todo valor.

También te tiré a ti por la borda, piensa, mientras mira a Althea.

Pocas mujeres mejoran con la edad. Las arrugas que aparecen cuando ríe y sonrío son un excelente complemento. Hasta las arrugas de preocupación son adorables. Observa que se ha hecho reflejos en el pelo. Viste una blusa negra sobre los vaqueros y lleva una cadena de oro alrededor del cuello. Art recuerda que él le regaló la cadena, pero no recuerda si fue por su cumpleaños o por San Valentín. Tal vez fue por Navidad, piensa.

—Me temo que Michael no está en casa —dice ella—. Ha ido al cine con unos amigos.

—Ya le veré la próxima vez.

—¿Te encuentras bien, Art? —pregunta Althea, preocupada de repente—. ¿No estarás enfermo o...?

—Estoy bien.

—Porque pareces...

—Hace mucho tiempo, quisiste que te dijera la verdad, ¿recuerdas?

Ella asiente.

—Ojalá te la hubiera dicho —dice Art—. Ojalá no te hubiera arrojado por la borda.

—Tal vez no sea demasiado tarde.

No, piensa él. Es demasiado tarde. Se levanta del sofá.

—Será mejor que me vaya.

—Me alegro de verte.

—Yo también.

Ella le abraza en la puerta. Le da un beso en la mejilla.

—Cuidate, Art. ¿De acuerdo?

—Claro.

Sale.

—¿Art?

Se vuelve.

—Lo siento.

No pasa nada, piensa él. En realidad, he venido a despedirme.

Sabe que va a caer en una emboscada. Que van a matarle a él y a Nora en el puente de Cabrillo.

No les queda otra alternativa.

Nora sube al asiento trasero con John Hobbs. Es muy gentil con ella, un anciano caballero vestido con traje, camisa blanca, pajarita y abrigo, aunque la noche es tibia. Está guapa esta noche y lo sabe. Se ha vuelto a teñir el pelo de rubio y le han comprado un vestido negro que le sienta como un guante. Lleva pendientes de brillantes, collar de diamantes y tacones altos. Su maquillaje es perfecto, sus ojos grandes, sus labios rojos.

Se siente como una puta.

Si interpretas el papel, piensa, te vistes como tal.

Hobbs lo repasa todo de nuevo con ella, pero ya lo ha comprendido. Sal Scachi se lo explicó todo. Lo único que tiene que hacer es reunirse con Adán en mitad del puente y volver al coche con él.

Después podrá ir donde quiera, y Callan también.

Nuevas identidades y nuevas vidas.

Está esperando en la parte posterior de un piso franco, un rehén hasta que ella cumpla su parte del trato. No tendrían que haberse molestado, piensa. Hasta el momento, me he portado bien. ¿Qué significan unos segundos más de amor fingido?

Lo único que le preocupa es que Adán se salga con la suya. La CIA, a la que estos hombres pertenecen sin duda, cuidará de él y jamás será castigado por el asesinato de Juan.

Es un error, y lo detesta, pero lo hará por Sean.

Y Juan lo entenderá.

¿Verdad?, piensa al tiempo que envía el pensamiento hacia el cielo. Dime que lo entiendes, dime que quieres que lo haga. Dime que me perdonas por los pecados que he cometido, y por el que estoy a punto de cometer.

Sal Scachi la mira por el espejo retrovisor y se encoge. No le cuesta nada comprender que un hombre se obsesione con ella. Hasta Callan se ha enamorado de ella, y Sean Callan es el cabrón más frío que he conocido en mi vida.

Bien, espero que pienses en ella esta noche, Callan. Espero que estés un poco

distraído, porque soy yo el que tiene que darte el pasaporte. Es una pena, hijo, pero tienes que desaparecer. No puedo correr el riesgo de que te vayas de la lengua sobre esto.

Todo está organizado. Un tiroteo relacionado con las drogas en el puente, después los medios exaltarán la figura del héroe Art Keller, y uno o dos días después aparecerá la noticia de que era un poli corrupto a sueldo de los Barrera, le pudo la codicia y recibió su merecido. Abatido por un pistolero de los Barrera.

El famoso Sean Callan.

Esta noche tendrás una nueva identidad, hijo.

Esta vez morirás de verdad.

John Hobbs inhala el perfume de la mujer.

Los viejos, piensa, obtienen sus marchitos placeres como pueden. En tiempos pasados, remotos, tal vez habría intentado seducirla. Si es que se puede « seducir » a una prostituta. Ahora, ay, lo único que espera de ella es que cumpla su obligación.

Entregarnos pacíficamente a Adán Barrera.

Hobbs no muestra escrúpulos al respecto, ninguno de los remordimientos que siente por la infortunada pero necesaria ejecución de Arthur Keller.

Ah, bien, el otro mundo es perfecto. Este, muchísimo menos.

Inhala el perfume de la mujer.

Art acude en su propio coche a la cita.

Adán va sentado a su lado, con las manos esposadas delante de él. No hay tráfico en las calles a las tres menos cuarto de la madrugada. Art circula por Harbor Drive porque le gusta ver los veleros y la luna brillando sobre las aguas y la línea del horizonte de la ciudad.

Adán guarda silencio, con una sonrisa presuntuosa en la cara.

—¿Sabes una cosa, Adán? —dice Art—. Tú eres el motivo de que crea que el infierno existe.

—No pienses que esto ha terminado —dice Adán—. Aún tienes que pagar lo de Raúl.

Art frena, baja, saca a Adán del coche y le pone de rodillas. Desenfunda la 38 y se complace en la mirada de miedo que aparece en los ojos de Adán. Levanta la pistola y le golpea con ella la cara. El primer golpe le hace un corte en la mejilla debajo del ojo izquierdo, que provoca un feo hematoma sanguinolento. El segundo le rompe la nariz. El tercero le parte el labio superior y rompe dos dientes.

Adán se derrumba con un gemido y escupe sangre por la boca rota.

—Esto es solo para que te enteres de que hablo en serio —dice Art—. Jódeme y juro por Dios que te mataré a golpes. ¿Lo has entendido?

Adán asiente.

—¿Quién acudió a ti para que tendieras una trampa a Parada?

—Nadie, fue un...

Sí, fue un accidente, piensa Art. Y fue un accidente que Tío escapara de la cárcel, un accidente que Antonucci te diera la absolución. Todo fue un puto accidente. Art le agarra del pelo y descarga la pistola sobre su oreja.

—¿Quién acudió a ti para que tendieras una trampa a Parada?

¿Qué coño?, piensa Adán. Ahora ya da igual.

—Fue Scachi —dice.

Art asiente. Eso pensaba, se dice.

Eso pensaba.

—¿Por qué?

—Lo sabía todo —dice Adán—. Como yo.

—¿Sabía lo de Cerbero?

—Sí.

—¿Lo de Niebla Roja?

—También.

Art le pone en pie y le empuja al interior del coche.

Es hora de ir al puente.

Callan ocupa su posición.

Saca el pesado rifle de la bolsa, sujeta el trípode y la mira telescópica, y enrosca el silenciador. Se tiende sobre la hierba muerta y apunta al puente.

La cosa irá rápida. En cuanto Keller entregue a Barrera, Sal levantará la vista, hará una señal y Callan eliminará a Keller.

Para luego marcharse.

Sal le recogerá en Park Boulevard y le llevará con Nora. Recibirán pasaportes nuevos, irán a Los Angeles, tomarán un avión a París.

Una nueva vida.

Se acomoda, preparado para matar a Art Keller.

La Operación Niebla Roja vuelve a casa.

El puente de Cabrillo corre sobre la autopista 63, donde cruza Balboa Park.

Art aparca el coche al oeste, junto a la pista de bolos a la que van los viejos, vestidos de blanco de pies a cabeza, para jugar con parsimonia bajo el sol de la tarde. Abre la puerta del coche, saca a Adán por el codo y le enseña la 38 que lleva al cinto.

—Intenta huir, por favor —le dice.

Después empuja a Adán hacia el extremo oeste del puente y empiezan a

caminar hacia el este, en dirección a la parte principal de Balboa Park.

La piedra del puente brilla suavemente con reflejos dorados bajo las luces ámbar.

A su derecha, Art ve las torres de oficinas del centro y el enorme letrero de neón rojo que anuncia HOTEL CORTEZ, el cual domina la línea del horizonte.

Al otro lado están el puerto, el mar y el puente de Coronado, que se alza como un sueño de su base en Chicano Park, en Barrio Logan, donde él creció. A su izquierda se halla la sima de Palm Canyon, cuyos cipreses y pinos se ciernen sobre el lado oeste de la autopista, detrás de él, con el zoo de San Diego al nordeste. Justo enfrente está Balboa Park, con la California Tower alzándose sobre dos altas palmeras como la parte superior de una tarta de boda. El puente se adentra en el Prado, la larga y ancha pasarela que corre entre los museos y los jardines, y al final del Prado una torre de agua salta hacia el cielo nocturno desde la plaza de Balboa.

Ha hecho este paseo muchas veces.

Así que asesinaron al padre Juan como parte de la Operación Niebla Roja, piensa Art.

Y Hobbs lo ordenó.

Por primera vez en mucho tiempo, la clarividencia de Art es perfecta.

Ahora lo ve todo.

Callan se queda mirando la frente de Keller, y luego su pecho, y luego otra vez su frente. Pégale un tiro en la cabeza, le ha dicho Scachi. Los narcos les pegan tiros en la cabeza a los renegados.

Art ve faros brillar enfrente, cuando un coche entra en el gran círculo que hay en medio del Prado y se dirige hacia él. El coche, un Lincoln negro, se detiene en el extremo este del puente.

Art ve que Scachi sale y abre la puerta de atrás. Hobbs baja poco a poco, apoyado con fuerza sobre su bastón, aunque Scachi le sostiene. Después Scachi da la vuelta al coche y abre la otra puerta, y Nora baja del vehículo con movimientos elegantes, como una mujer acostumbrada a que le abran las puertas.

Nota que el brazo de Adán se tensa.

Después alguien más baja del coche renqueando.

El hombre ha envejecido. Tiene el pelo plateado, y también el bigote. Está más delgado, pero su porte todavía es el de un caballero del Viejo Mundo.

Siempre galante, Tío toma a Nora del brazo.

Adán la ve y sonríe.

Está encantadora, todavía más bajo la suave luz. Da la impresión de que ha recuperado la vitalidad, la feminidad. Intenta correr hacia ella, pero Art le retiene. En realidad, da igual, porque ella se acerca a él.

No te acerques demasiado.

Es lo que piensa Callan cuando Nora cruza el puente. Reúnete con Barrera y regresa al coche. Ella no sabe lo que va a pasar. No hay motivos para que lo sepa. Confía en que ya haya vuelto al coche cuando él apriete el gatillo.

No hace falta que la salpique más sangre.

Se encuentran justo al oeste de la mitad del puente.

Scachi se adelanta a los demás y se detiene ante Art.

—No te ofendas, Art. Necesito tu arma.

Art echa hacia atrás la chaqueta, Scachi coge su 38 y la embute en su cinturón. Después da la vuelta a Art, le obliga a apoyarse contra la barandilla del puente y le cachea. Al no encontrar nada, indica con un ademán a los demás que se acerquen.

Art ve que Tío se aproxima con Nora tomada del brazo. Como si estuvieran recorriendo el pasillo de la iglesia, piensa Art.

Hobbs cojea detrás.

Tío mira el rostro ensangrentado y destrozado de Adán.

—No has cambiado nada, *sobrino mío* —dice a Art.

—Tendría que haberte metido una bala en la cabeza cuando tuve la oportunidad.

—Tendrás que haberlo hecho —admite Tío—. Pero no lo hiciste.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine para que mi sobrino supiera que no iba a pasarle nada —dice Tío—, y para que no le asesinaran. Da la impresión de que he llegado justo a tiempo.

Abraza a Adán, rodea su cabeza con las dos manos, procura no mancharse de sangre el traje.

—Adán, *sobrino mío*, ¿qué te han hecho?

—Me alegro de verte, Tío.

—Quítale las esposas, por favor —dice Tío.

Art se coloca detrás de Adán, le quita las esposas y le empuja hacia delante.

Hobbs mira a Art.

—Eres un hombre de palabra, Arthur —dice—. Eres un hombre de honor.

Art sacude la cabeza.

—La verdad es que no.

Agarra a Hobbs, le obliga a dar la vuelta delante de él a modo de escudo, con la mano izquierda alrededor de su cuello y la otra detrás de su cabeza. Un solo giro le matará.

Scachi saca la pistola, pero tiene miedo de disparar.

—Tira la pistola, Sal, o le romperé el puto cuello.

—Hazlo y te mataré.

—De acuerdo.

Sal deja la pistola sobre el puente.

—Ahora la mía.

Sal deja la 38 de Keller al lado de la suya. Después mira hacia el risco que se eleva detrás de Keller y hace una señal.

Callan lo ve.

Apunta a la cabeza de Keller y respira hondo.

«Cambia de vida» .

—Nora —dice Art—, tira una pistola desde el puente y dame la otra.
Adán ríe.

Hasta que Nora arroja una de las pistolas.

—¿Qué estás haciendo? —grita Adán.

Ella le mira a los ojos.

—Yo era el *soplón*, Adán. Siempre fui yo.

Adán echa la cabeza hacia atrás.

—Yo te amaba.

—Mataste al hombre que amaba —replica Nora—. Y nunca te quise.

Entrega la pistola a Art.

—¡Dispara! —grita Sal mirando por encima del hombro de Keller.

Art se gira hacia el tirador.

Scachi saca una segunda pistola del cinto y la apunta a la espalda de Art.

Callan mete la bala en la cabeza de Scachi.

Sal desaparece de la mira telescópica.

Tío se lanza hacia la pistola de Scachi.

Art se vuelve.

Tío levanta la pistola.

Art le mete dos balas en el pecho.

El dedo de Tío aprieta el gatillo en un acto reflejo.
La bala atraviesa la cadera de Hobbs y se hunde en la pierna de Art.
Los dos caen.

Hobbs se levanta, agarra el bastón y empieza a alejarse del puente dando tumbos, como un borracho.

Callan apunta al frágil pecho del hombre.
Una rosa de sangre florece en la espalda de Hobbs.
Su bastón cae sobre la piedra con un ruido metálico.

Adán se arrastra hacia Tío.

Coge la pistola de la mano de su tío.
Callan intenta disparar, pero Nora se interpone.

Art se pone de rodillas y ve a Adán arrodillado junto a Tío.

La pistola de Adán dispara una vez, dos veces, y ambas balas pasan rozando a Art.

Aturdido, apunta y dispara.
Las balas se clavan en el cadáver de Tío.
Adán vuelve a disparar.

Art echa la cabeza hacia atrás, un hilo de sangre remolinea en el aire, y Art se desploma sobre la barandilla del puente, mientras su pistola cae hacia la autopista.

Adán vuelve la pistola hacia Nora.
—¡AL SUELO! —grita Callan.
Nora se tira al suelo.

Y también Adán.

Cae sobre su estómago y se arrastra sobre el puente, disparando hacia atrás al mismo tiempo.

Callan no puede disparar a través de la barandilla, ni siquiera ve a Adán. Deja caer el rifle y corre hacia el puente.

Adán se levanta y corre.

El dolor es espantoso. Del profundo corte de la frente de Art mana sangre que se le mete en los ojos, de modo que apenas puede ver. Se tambalea y lucha contra la oscuridad que se cierne sobre su cerebro. Alza la vista y distingue la forma de Adán a la fuga. Da la impresión de que corre en una casa de la risa, porque el suelo oscila bajo sus pies.

Art se pone en pie con gran esfuerzo, cae, vuelve a levantarse.

Después empieza a correr.

Adán oye los pasos que le persiguen.

Sigue corriendo, se dice. Sabe que no es preciso llegar a la frontera, que solo tiene que llegar al barrio, llamar a la puerta adecuada, y las puertas se abrirán para Adán Barrera y se cerrarán para Art Keller.

Corre por el Prado, desierto a estas horas de la madrugada, los edificios de los museos se ciernen como los muros de una ciudad perdida a su alrededor. Si consigue salir del Prado y llegar a Park Boulevard, todo irá bien. Hay miles de lugares donde ocultarse en la oscuridad, para luego llegar hasta el barrio.

Ve la fuente a unos cincuenta metros de distancia, que señala el final del Prado, y su luz brilla sobre la torre de agua plateada.

Art también la ve.

Sabe lo que significa.

Si Adán consigue llegar a ella, desaparecerá para siempre. Los chicos de la calle Veintiocho le esconderán, le ayudarán a cruzar la frontera. Obliga a sus piernas a moverse más deprisa, aunque cada vez que apoya el pie le duele toda la pierna.

Oye sirenas a lo lejos y se pregunta si son reales o producto de su imaginación.

Adán también las oye y sigue corriendo.

Unos pocos metros más, y todo habrá acabado.

Se vuelve para ver dónde está Keller.

Art salta.

Rodea la espalda de Adán con los brazos, le arroja al agua por encima del muro bajo de la fuente.

Adán se levanta, aferra la cara de Keller, hunde los dedos en sus ojos.

La cabeza de Keller estalla de dolor, pero tiene sujeto a Adán por la camisa y

no la suelta. Aguanta, se dice, solo aguanta. La camisa de Adán se desgarrar y empieza a alejarse.

Art se lanza hacia delante ciega, desesperadamente, y nota que el cuerpo de Adán se desploma debajo de él y oye que Adán gime cuando el aire se escapa de sus pulmones. La sangre se mezcla con el agua en el lugar donde Adán se ha golpeado la cabeza. Art le agarra por el pelo y hunde su cabeza bajo el agua.

Le levanta, le oye jadear y vuelve a hundirle la cabeza, sin dejar de gritar, haciéndose oír por encima del rumor de la cascada de la fuente.

—¡Esta por Ernie, cabronazo! ¡Esta por Pilar Méndez y sus hijos! ¡Esta por Ramos!

Le retiene bajo el agua, complacido por su inútil patear, complacido con los estremecimientos de su cuerpo, su sufrimiento, su agonía.

—¡Esta por El Sauza!

Art aumenta la presión. Adán se revuelve bajo él, su espalda se arquea como si fuera a partirse. Art no ve eso. Ve a un bebé muerto en los brazos de su madre. Siente el poder del perro.

—¡Esta por el padre Juan! —grita.

Levanta y baja la cabeza de Adán.

Los dos hombres están arrodillados en el agua, mientras la sangre de ambos remolinea a su alrededor, y el agua se derrama sobre sus cabezas.

Art ve el destello de luces rojas, polis que se acercan a él con las pistolas desenfundadas. Sujeta con una mano el cuello de Adán y agita la otra en el aire.

—¡No disparen! ¡No disparen! —grita—. ¡Soy poli! ¡Este es mi prisionero! ¡Este es mi prisionero!

A lo lejos, como en un largo túnel, ve que Callan y Nora caminan en su dirección.

Después cae dentro del agua.

Se siente fresco y limpio.

EPÍLOGO

En algún lugar

Mayo de 2004

Las amapolas han florecido.

Naranja intenso, rojo intenso.

Art las riega con cariño.

Y saborea la ironía.

No le metieron en la cárcel, después de que el juez decidiera que el ex Señor de la Frontera no habría durado ni un día en una institución federal. Así que han sido una serie de pisos francos entre rondas de declaraciones, interminables sesiones ante interminables comités, y por fin otro refugio donde está relativamente a salvo.

Lleva en este tres meses y pronto llegará el momento de trasladarse de nuevo, pero vive al día, y el de hoy es soleado y caluroso, y está disfrutando del jardín en el patio cerrado.

Le gusta la soledad.

YOYO, piensa, mientras deja la regadera, se sienta en el pequeño banco y apoya la espalda contra la pared de adobe.

Pero no es verdad.

Están los fantasmas.

Nora ha desaparecido. Terminó de declarar y se esfumó en su nueva vida. Art prefiere pensar que está con Callan, que también desapareció. Es una idea agradable.

Adán está cumpliendo doce cadenas perpetuas consecutivas en un agujero federal, otra idea agradable. Art estaba sentado en la sala del tribunal y vio que se lo llevaban con esposas y grilletes en los tobillos, mientras Adán le gritaba que la recompensa por su cabeza aún estaba vigente.

Y quién sabe, piensa Art, quizá alguien quiera cobrarla.

Las drogas dejaron de llegar desde México durante unos quince minutos después de la caída de Adán, y después los nuevos chicos del barrio le sustituyeron. Entran más drogas que nunca en el país.

Basándose en el testimonio de Art, el Congreso lanzó una investigación a fondo sobre la Operación Cerbero y Niebla Roja, y prometió actuar. Hasta el momento, no se ha hecho nada. El gobierno gasta miles de millones de dólares al año en ayudas a Colombia para la erradicación de la droga. La mayor parte se destina a helicópteros que luchan contra los insurgentes. La guerra continúa.

El asesinato del cardenal Juan Parada fue declarado oficialmente un desafortunado accidente.

Art supone que debería estar amargado.

A veces lo intenta, pero todo lo vivido anteriormente se le antoja ridículo. Althie y los chicos (joder, piensa, ya no son chicos) llegan esta tarde para hacerle una rápida visita, y quiere estar alegre.

Aún no sabe qué pasará, cuánto tiempo tendrá que pasar en este limbo, si alguna vez saldrá de él. Lo acepta a modo de penitencia. Aún no sabe si cree en Dios, pero confía en la existencia de un Dios.

Y tal vez es lo mejor que puede hacer en este mundo, piensa, mientras se levanta para continuar regando las flores, cuidar del jardín y conservar la esperanza en la existencia de un Dios.

A pesar de todas las pruebas en su contra.

Mira las gotas de agua plateadas sobre los pétalos.

Y murmulla un fragmento de una curiosa oración que oyó en una ocasión, que no acaba de comprender, pero que sin embargo se ha quedado grabada en su cabeza...

Libra mi cuello de la espada.

Y mi vida de las garras del perro.

Fin

NOTA

[1] En adelante, todos los términos en castellano en el original aparecen en cursiva. (*N. del T.*) <<